

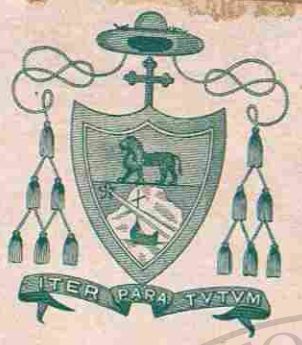
HISTORIA

DE LA DESTRUCCION

DE LOS JESUITAS

BX3706
C72
c.1

605733



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

1080027720

ns. Valverde.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IHS



Lit. de Salazar

A. M. D. G.

Verdadero Retrato de S. IGNACIO DE LOYOLA, Fundador de la COMPAÑIA DE JESUS.

sacado por el célebre pintor A. del Conte, el 31 de Julio de 1556 dia en que el Santo falleció.

CLEMENTE XIV Y LOS JESUITAS,

Ó SEA HISTORIA

DE LA DESTRUCCION DE LOS JESUITAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CLEMENTE XIV Y LOS JESUITAS,

O SEA HISTORIA

DE LA DESTRUCCION DE LOS JESUITAS,

escrita en francés con vista de auténticos
é ineditos documentos

POR

J. CRETINEAU-JOLY,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA.

Lleva añadido un apéndice que comprende la historia del restablecimiento de dicha órden en México, el año de 1815.

Tarde ó temprano llega á descubrirse la verdad y hacerse justicia al que la merece.

Carta de D. Manuel de Roda de 27 de Febrero de 1776 al caballero de Azara.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

CON CUATRO LITOGRAFIAS.

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE JUAN R. NAVARRO,
Calle de Chiquis núm. 6.

1849.

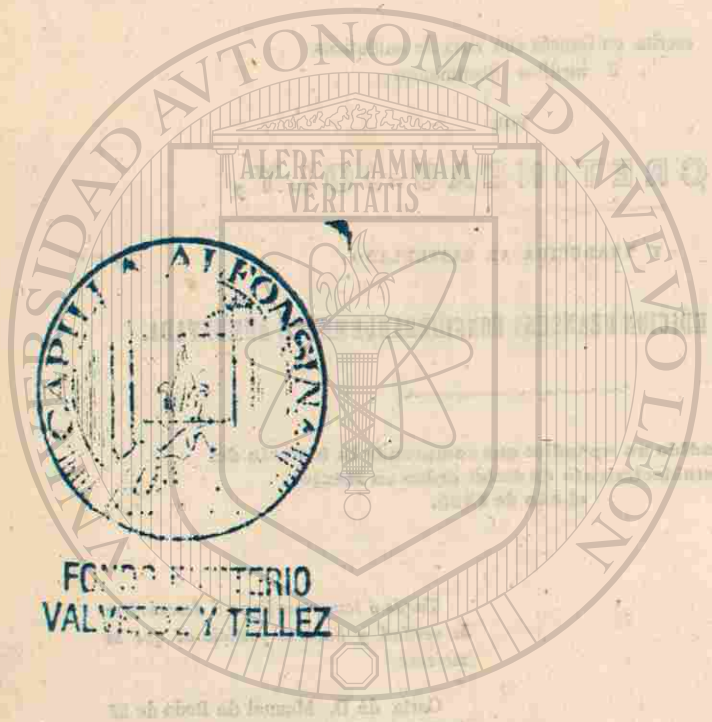
LIBRERIA ABADIANO.
ESCALERILLAS 17.
MEXICO.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

42778

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX 3706
C72



FONDO BIBLIOTECARIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

PROLOGO.

En la Defensa de Clemente XIV y respuesta a el abate Gioberti, que ataques, en lo general, poco leales, me han obligado á publicar, he manifestado los motivos que me habian determinado á componer la obra intitulada: Clemente XIV y los Jesuitas. Todos los dias no se encuentra un gran acto de justicia que cumplir, y confieso que me creo dichoso, al verme, por decirlo así, escogido por la Providencia, como instrumento destinado á hacer triunfar la verdad. Las revelaciones que caian de mi pluma, los documentos que evocaba, su misma autenticidad, sobre la que se propalaban dudas para asegurar mejor la victoria del derecho, obligándome á depositar los documentos originales en casa de mis editores MM. Mellier y hermanos, plazuela de San Andres núm. 11, en Paris; y la ardiente polémica suscitada á consecuencia de este libro, todo, todo ha contribuido á darle la apariencia de un acontecimiento.

He respondido vivamente á críticas apasionadas; pero éstas, á quienes no faltaba un buen lado en la cuestion, me han obligado á estudiar con mayor cuidado los manuscritos que están á disposicion del público en la librería de MM. Mellier y hermanos. Semejante depósito, cuyo descubrimiento tanto se anhelaba para sacar de él una acusacion de ligereza ó de mala fé, ha debido, sin duda, satisfacer completamente aun á aquellas personas mas desconfiadas y ecsigentes. Me he rendido á la primera intimacion, creyendo á la verdad, que pocos historiadores en caso semejante, darian ese ejemplo de honradez. Con efecto, es dificil que uno pueda hacerse, cuando guste, de los documentos que se citan; éstos se hallan, ya en los archivos del Estado, ya en los de particulares, y á veces parece imposible arrancarlos de su puesto. Quién sabe si la crítica contaba en algun tanto con esos obstáculos y pensaba vencer con ellos la dificultad que por algun tiempo, creyera irresoluble!

0065733

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Han querido saberse muchas cosas; se me han preguntado, con las mayores instancias, los medios de que me he valido para hacerme peseedor de tan preciosos materiales. No he dado mas respuesta que manifestarlos; y todo hombre sensato ha respetado mi secreto. Otros no han tenido esta reserva, y en su consecuencia se han puesto en circulacion los rumores mas absurdos, que yo mismo he leido en obras que aspiran á pasar por sérias. Unos me declaran cómplice ó corruptor de todas las cancillerías y de todos los diplomáticos, deduciéndose de este descubrimiento histórico nada menos que una conspiracion en que se hallan envueltos los mas ricos capitalistas de la Francia. Una sonrisa de lástima y desprecio es la única respuesta que merecen semejantes suposiciones.

Nuevos documentos, cuya existencia ignoraba, han llegado recientemente á mis manos, y como tales los he incorporado al testo. Muchas personas me han demostrado, por escrito y de palabra, su deseo de encontrar en CLEMENTE XIV Y LOS JESUITAS fragmentos mas estensos de la correspondencia de los cardenales de Bernis y Malvezzi, así como igualmente de la del marqués de Aubeterre. Me he persuadido de lo que iba á ganar la historia, satisfaciendo este deseo, y me he apresurado á cumplirlo en esta nueva edicion.

Grave y mas que grave ha sido la cuestion que contra mí se ha levantado. He hecho lo posible para resolverla fria y lógicamente, como conviene á un escritor que, despues de haberse mostrado á sí mismo la verdad, quiere manifestársela á otros. Es imposible tergiversar la historia, suponiendo falsos datos que hagan dudar de la existencia de auténticos manuscritos, de donde resulta la respectiva culpabilidad, mayor ó menor, de los reyes de la casa de Borbon, de sus cardenales ó de sus ministros. Es preciso confesar lo que está á la vista y al alcance de cuantos tienen ojos, y la luz que ha puesto en claro la misteriosa destruccion de los Jesuitas, es lo único que ha conmovido hasta ese punto la opinion pública.

Cuanto habia que decir, se habia dicho ya de la Sociedad religiosa fundada por San Ignacio de Loyola. No restaba otra cosa sino hacer ver cómo se llegó á persuadir á un papa de la necesidad de licenciar á unos sacerdotes á quienes d' Alembert y Federico II llamaban granaderos de la Iglesia y guardias de Corps de la Santa Sede.

Creemos, pues, y no sin fundamento, que hasta el dia no se ha esclarecido este punto tan importante y que ha preocupado á las naciones enteras. De aquí en adelante cualquiera podrá, á su placer, ensalzar ó calumniar á los Jesuitas, y entregarlos á las disputas de los hombres, como Dios hizo con el mundo; pero ya no será posible elevar un glorioso pedestal á los que los destruyeron, y menos hacer de Clemente XIV un modelo de Pontífices. Todas las cosas han vuelto á ocupar el lugar que las corresponden; y entre tanto cada uno puede decir con mas razon que D. Manuel de Roda: "Tarde ó temprano llega á descubrirse la verdad y hacerse justicia al que la merece."

La verdad se ha presentado juntamente con la justicia; desgraciadamente un Papa, varios Reyes, sus Ministros y algunos príncipes de la Iglesia, son los personages sobre quienes descarga sin compasion el lleno de su inflexible severidad. París, 3 de Noviembre de 1847.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPITULO I.

Origen de este libro.—Documentos inéditos que encierra.—Situacion de los espíritus en Europa.—La Compañía de Jesus cara á cara con los enemigos del órden social.—Todos toman por su primer objeto la destruccion de los Jesuitas.—El marqués de Pombal en Lisboa.—Su caracter.—Es protegido por los Jesuitas.—Domina al débil José I.—Sus medidas arbitrarias.—Reina en lugar del Monarca, infundiéndole miedo con conspiraciones quiméricas.—Comprende Pombal que para quedar dueño del campo es preciso alejar á los Jesuitas.—Cuida de separar al rey de los Padres del Instituto.—Destierro de los PP. Ballister y Fonseca.—Causas de este destierro.—Monopolio administrativo.—Temblor de tierra en Lisboa.—Valor de Pombal y y de los Jesuitas.—Caridad del P. Malagrida.—El rey vuelve á sus prevenciones contra la Sociedad.—Pombal sin relaciones con la secta enciclopédica.—Diferencia de sus planes.—Pombal sueña establecer una especie de religion Anglicana en Portugal.—Ataca á la Compañía de Jesus en sus misiones.—Tratado de cambio entre España y Portugal.—Las siete reducciones del Uruguay y la Colonia del Santo Sacramento.—Motivos de este cambio.—Las minas de oro de los Jesuitas.—Ambas cortes encargan á los Padres que preparen á sus neófitos para la emigracion.—Los PP. Barreda y Neydorffert.—Los Jesuitas, á riesgo de perder el cristianismo y su popularidad, obedecen el mandato.—Se les acusa de sublevar los indios.—Concesiones, que llegan á ser funestas.—Su obediencia les compromete en los dos campos.—Los neófitos se sublevan.—Proscripcion de los Jesuitas en el Marañon.—Los indios son vencidos por carecer de union entre sí.—Espulsion de los Jesuitas.—Se buscan las minas de oro.—Queda demostrado que jamas hubo una siquiera.—Pombal escribe contra los Jesuitas.—Los reyes de España Fernando VI, y Carlos III, hacen quemar su obra.—Ceballos y Gutierrez de la Huerta.—Los Jesuitas disculpados por las autoridades españolas.—Su elogio, por las reducciones del Paraguay.—La timidez de los Jesuitas alienta á Pombal.—Pide á Benedicto XIV, un breve de reforma.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benedicto XIV y el cardenal Passionei.—El capuchino protegido por Passionei.—Comercio de los Jesuitas en el Paraguay y en las misiones,—Lo que era este comercio.—Decreto de Felipe V que le aprueba.—Pombal se imagina que los Jesuitas se han desviado de su instituto.—Pretende atraerles á él.—Benedicto XIV moribundo presta su mano, y firma el breve de visita y de reforma.—El cardenal Saldanha y Pombal.—Los Jesuitas confesores del rey y de los infantes desterrados de la corte.—El provincial Henriquez y el general de la órden mandan guardar silencio y obedecer.—Muerte de Benedicto XIV.—Saldanha hace uso de sus poderes.—Condena á los Jesuitas como convencidos de un comercio ilícito.—Eleccion de Clemente XIII.—Su carácter.—El general de los Jesuitas Lorenzo Ricci se queja del cardenal Saldanha y de sus medidas.—Destierro de los PP. Fonseca, Ferreira, Malagrida y Torres.—El padre Santiago Camera.—Atentado contra la vida de José I.—Es acusado el marqués de Tavora.—Despues de tres meses de silencio es arrestado con toda su familia.—Secretos motivos del ódio de Pombal contra los Tavoras.—El tribunal de *la Inconfidencia* presidido por Pombal.—Los Tavoras en el tormento.—El duque de Aveiro en la tortura se acusa á sí mismo.—Acusa á sus parientes y á los Jesuitas.—Malagrida, Matos y Juan Alejandro condenados á la última pena.—Los demas Jesuitas sospechosos.—Manifiesto de José I á los obispos portugueses.—Doscientos prelados católicos protestan contra este escrito.—Son arrancados los misioneros de todas las reducciones.—Breve falso, para la espulsion de los Jesuitas en Portugal.—Pombal manda el primer convoy á los éstados pontificios.—Los dominicanos de Civita-Vechia los acogen.—El cardenal Saldanha trata de seducir á los Jesuitas jóvenes.—Desembarazado Pombal de los Jesuitas se ocupa de su cisma nacional —El librero Pagliarini, y el embajador portugues de Roma.—Pagliarini y sus folletos.—Imprentas clandestinas de la diplomacia.—Relacion de Pagliarini.—Medios que emplea para estender sus obras contra la Santa Sede.—El cardenal Andres Corsini encubridor de malos libros.—La corte de Lisboa le pensiona.—El P. Malagrida condenado como regicida y quemado como hechicero.—Su proceso por la Inquisicion, del que Pombal es el autor.—Proscripcion de la Compañía de Jesus en Portugal.—Los Jesuitas prisioneros.—Carta del P. Kaulen.—El ejemplo de Pombal alienta á los enemigos de la Sociedad.—Se renuevan las antiguas calumnias.—Se inventa un P. Enrique quemado en Amberes.—Ambrosio Guis y su herencia.—Decreto falso del consejo.—Los Jesuitas condenados á restituir ocho millones.—El P. Girard y Catalina La Cadiere.—La jóven iluminada y el Jesuita crédulo.—Intrigas de los Jansenistas.—El parlamento de Aix absuelve al P. Girard.—El P. Chamillart muerto, como apelante de la Bula.—Milagros obrados en su sepulcro.—El P. Chamillart resucita.—Su carta.

DESDE aquel dia en que los reyes y sus ministros se ligaron con los sofistas del siglo diez y ocho para destruir la Compañía de Jesus, no existe quizás un escritor en Europa, que directa ó indirectamente, de propósito ó por incidencia, no se haya ocupado de tan grande hecho histórico. Cuando el Soberano Pontífice Clemente XIV, por su breve *Dóminus et Redemptor*, sancionó los decretos de espulsion que poco antes habian ya espedido las cortes de Portugal, Francia, España y Nápoles, quedó, por decirlo así, consagrado este ostracismo con el nombre de la Santa Sede; pero, la prueba de que el proceso fué sentenciado, sin que precediese el juicio, es que este se encuentra siempre pendiente en el tribunal de la opinion pública. Los historiadores y los diplomáticos, los filósofos y los utopistas, los católicos y los protestantes, todos ellos, con miras de alabanza ó de vituperio, aparentando desengaños ó esperanzas, ya por lo claro, ó valiéndose del disimulo, han tratado de esplicar á su manera lo que hasta al presente ha permanecido inesplicable.

En épocas muy diversas, d'Alembert y el abate Proyart, el conde de Villegas y Tosetti, de la congregacion de las Escuelas Pías; Stark y el capuchino Norberto, Cristobal de Murr y Coxe, Lacretelle y San Victor, Sismondi y Schœll, Ranke y Gioberti, el conde Saint-Priest, y M. Collombet, han venido unos tras otros, y antes ó despues de numerosos escritores en pro ó en contra, á presentar sus inducciones, ya para acusar, ya para justificar á los reyes y al Papa. Los mismos Jesuitas, que tanto interes tenian en la investigacion, hallazgo y proclamacion de la verdad, si esta debiese serles favorable, no han sido mas afortunados que los anteriores en la aclaracion de tan singular misterio. Sus enemigos se esforzaban por todos los medios posibles en erigir un glorioso pedestal á Ganganelli. Estos le atribuian virtudes filosóficas, tan ciertas como la correspondencia que le supusieron Caracciolo y M. de la Touche. Los jansenistas y los abogados, los incrédulos y los indiferentes, los revolucionarios y los malos sacerdotes, han rodeado su frente con una aureola inmortal. Les hemos visto acuñar medallas y pagar el entusiasmo que su imagen les inspiraba, y no faltó alguno que, despues de haberle asesinado en sus escritos con la ponzoña jesuítica, ha querido erigirle altares. La circunstancia inaudita de ver brillar á un Papa, contado como en el número de los cómplices cegó su entendimiento; é imponiendo silencio, á lo que llamaban sueños anticristianos, bendijeron la memoria de Clemente XIV. Este fué su Papa escogido, y durante su ovacion continua, los católicos no se atrevieron, sino á manifestar apenas sus dudas, encubiertas con todas las fórmulas del respeto; y no sabiendo mas, que lo que otros habian sabido antes que ellos, lo manifestaban solamente por aquietar su conciencia; pero, siempre con cierta timidez, y á la manera de un escritor honrado que teme calumniar manifestando sus sospechas en lugar de la verdad.

Esta, respecto á la destruccion de la Compañía de Jesus, ayer puede decirse que era un problema indisoluble. Los enemigos de los Jesuitas han formado empeño en hacer la apoteosis del breve *Dóminus et Redemptor*, confundiendo sus palabras entre mentidos elogios. Los amigos de la Compañía, contenidos por el respeto y veneracion que merece la Sede Apostólica; retrocedian á esta sola idea, ó á lo mas se ocultaban con el velo de inofensiva re-

sistencia, cuando llegaba el caso de juzgar al que fué sobre la tierra sucesor de los Apóstoles. Tan singular posicion confundió de tal manera, y produjo tal desórden en los juicios, que nunca pudieron ser favorables á la equidad. Los hijos de San Ignacio de Loyola tenian justos motivos de queja contra Ganganelli; mas sus deberes como religiosos y su caridad como sacerdotes, se oponian á semejantes pensamientos, y á toda clase de investigacion, que al propio tiempo que llenase la conciencia de Jesuita, hiriese en lo mas mínimo á la suprema dignidad del sacerdocio; y así tuvieron por mejor resignarse en su silencio. Hubo algunos que, llevados del deseo de recordar las virtudes y las desgracias de sus hermanos, refirieron todos los acontecimientos relativos á la supresion; pero, aun en esto, jamás traspasaron el límite del cuadro que se habian trazado, y no dieron nuevas luces sobre la discusion.

Nosotros estamos convencidos, de que si, los documentos irrefragables que patentizan su inocencia, por cualquier acaso hubiesen caido en manos de los Jesuitas agraviados, ellos mismos los hubieran confundido y quizás de todo punto aniquilado.

Por un estremo de piadosa delicadeza, cuyo secreto orígen jamas será conocido de los hombres, los discípulos de San Ignacio han creido que debian hacer aquello mismo que, inspirados por motivos menos laudables, hacian sus contrarios. Los unos, por no suscitar tristes escándalos, teniendo en su mano los medios de justificarse, habrian ocultado á la posteridad estos documentos de venganza; mientras que otros, temiendo que su contenido los colocase en la dura necesidad de ser justos, los sepultarian en el mas profundo abismo; porque, no es á un papa, no es á Clemente XIV á quien honran y á quien adulan, es al enemigo de la Compañía de Jesus.

Por mis principios, por mi posicion y sobre todo por mi carácter, no pertenezco á ninguna de esas dos categorías. Soy un escritor amante de la justicia, y la justicia es la única caridad que se permite en la historia.

Durante un viage que acabo de hacer al Norte y al mediodia de Europa, viage cuyas causas esplicaré bien pronto en otra obra enteramente política, la Providencia me ha puesto en estado de juzgar con documentos inéditos sobre las ocultas tramas, que llevaron consigo la destruccion de los Jesuitas. Entre una multitud de papeles de diferentes fechas, paises é idiomas encontrados unos á fuerza de diligencia, adquiridos otros sin el menor trabajo por medio de personas que se apresuraban á ofrecérmelos, para trabajos de índole y especie diferentes, se hallaban algunos relativos á la supresion de la Compañía de Jesus. Como historiador suyo, estaba, mas que otro, interesado en profundizar cuanto hubiese de imaginario ó positivo en las acusaciones ó defensas de sus individuos y adversarios;

y dejando para mas adelante los estudios que me habia propuesto sobre ciertos puntos, no menos interesantes, de la historia pasada y contemporánea, me dediqué de lleno á penetrar hasta su mismo fondo, el misterio concerniente á los Jesuitas.

De investigacion en investigacion, y como suele decirse, con el sudor de mi frente, pude remontarme hasta las primeras fuentes: el resto ya me fué fácil, y me hice con datos venidos como por encanto, de todos los puntos á la vez. Correspondencias de cardenales y diplomáticos, instrucciones de los reyes y de sus ministros, testimonios escritos, cartas confidenciales, que abririan los ojos á un ciego de nacimiento, salieron de las Cancillerías, de los archivos y de las carpetas, donde se hallaban sepultadas desde hace medio siglo. El Cónclave de 1769, en que el franciscano Lorenzo Ganganelli salio electo Papa, se presentó á mi vista con todas sus peripecias, y así como he podido referir lo que le ensalza, debo igualmente hacerme cargo de cuanto le deshonra.

El cardenal de Bernis, el marqués de Aubeterre, embajador de Francia en Roma, el duque de Choiseul, primer ministro de Luis XV, D. Manuel de Roda, ministro de gracia y justicia en España, el cardenal de Orsini, embajador de Nápoles cerca de su Santidad; todos estos hombres se escribian casi diariamente con el fin de estar al corriente de la intriga, que dentro y fuera del cónclave manejaban en partida doble. Ninguno de estos preciosos documentos se ha traspapelado, y todos, sin esceptuar uno, están en mi poder. En ellos pueden leerse, contadas hora por hora, las tentativas, las promesas, las escenas de disolucion cardenalicia, y por último, la transacion oculta que dió un gefe de la Iglesia, asombrada con tan desconocidos escándalos.

Tenia la clave de la eleccion de Ganganalli, ya no me fué dificil penetrar en todo el secreto de su pontificado. El cardenal Vicente Malvezzi, arzobispo de Bolonia, era el agente mas activo de la destruccion de los Jesuitas. El fué quien dictó á Clemente XIV cuanto debia hacer para llegar al resultado. Sus cartas autógrafas, como todas las demas, no dejan la menor duda sobre este particular al lector mas prevenido. En derredor de aquellos culpables de primer órden se agrupan en segundo término los que no pudieron mas que secundarles en su obra. Entre estos se halla el cardenal Andrés Corsini; Campomanes, confidente del conde de Aranda; y algo mas distantes aparecen en el cuadro, Azpuru, Almada, Moñino, conde de Florida-Blanca; Joaquin de Osma, confesor de Cárlos III rey de España, el caballero de Azara, Dufour, intrigante frances al servicio del Jansenismo, y por último, Nicolás de Pagliarini, un librero que, despues de haber sido condenado en Roma á galeras, fué admitido en Portugal en el rango y con la consideracion de diplomático.

Estudiando con la mas escrupulosa atencion toda la correspondencia de estos hombres, he llegado al exacto y verdadero conocimiento de los hechos. He tenido y tengo aun á la vista sus cartas originales. Estas son las que me han servido de base para este escrito: ellas son las que le constituyen; á pesar de que éste no contiene mas que su espresion bastante debilitada, porque mas de una vez, ruborizándome, he creido de mi deber, el renunciar á seguir línea por línea su contesto, en ciertos desahogos de bufonería ó implacable odio, á cual mas impios é inmorales, y que corren unidos á la intriga.

Eso no obstante, despues que dí cima al trabajo, yo mismo quedé aterrado de mi obra, pues descollaba entre tantos nombres reunidos para deshonrarse los unos á los otros, un nombre á quien la Cátedra apostólica parecia cubrir con su inviolabilidad. Varios príncipes de la Iglesia, á quienes desde hace mucho tiempo profeso el mas respetuoso afecto, me rogaron que no descorriese el velo que á los del mundo entero ocultaba semejante pontificado. El general de la Compañía de Jesus, quien debia, por tantos y tan poderosos motivos, tener un interes en el descubrimiento que acababa de hacer, unia sus instancias á las de algunos cardenales. En nombre de su Orden y en honor de la Santa Sede, me suplicó con lágrimas en sus ojos, que renunciase á la publicacion de esta historia. Hasta intervino para esto el parecer y autoridad de nuestro actual Soberano Pontífice Pio IX, en las conferencias y argumentos de que mi obra fué esclusivo objeto.

Otros personages eminentes, por el contrario, considerando la cuestion bajo otro punto de vista, me escitaron á que divulgase el misterio de iniquidad, fundándose en que en medio de las tempestades y borrascas, que ha sufrido y que puede aun sufrir la nave de San Pedro, habia necesidad de aclarar el terreno, cortando por lo sano; pues, como añadian, la inercia de los buenos es lo que dá mas fuerza y valor á los malvados. Pretendian ademas que puesto que la Providencia habia salvado estos preciosos manuscritos de tantas manos interesadas en aniquilarlos, y constituídome su depotario, no seria para que la verdad continuase, como hasta entonces, oculta en el fondo de un archivo. Para alentarme á que nada callase, se apoyaban en venerables autoridades. Invocaban la libertad con que San Pedro Damiano hablaba al Papa Nicolás II: "En nuestros dias, le escribia este santo doctor, en circunstancias mucho mas dificiles, la Iglesia romana, segun su antigua costumbre, no ha tenido reparo en someter á una seria discusion toda especie de cuestion que se presente sobre disciplina eclesiástica; pero, cuando se trata de la disolucion del clero, el temor de provocar los insultos de los seglares la ha cerrado la boca. Semejante reserva de parte de los doctores de la Iglesia, sobre todo en una materia que escita las quejas de todo el pueblo, es muy reprensible. Si al menos se tratase de un mal oculto, el silencio seria mas disculpable; pero, ¡oh escándalo inaudito! tan atrevida peste no reconoce límites. . . . . Ha llegado hasta el punto de no hacerse la mas pequeña mencion en el sínodo, por respeto mal tenido, de cosas públicas y notorias, que andan en las conversaciones de todos, con el fin de que no solamente no sean castigados los culpables, segun su merecido, sino que aquellos que por su estado debieran ser los vengadores del honor de la Iglesia, sean reputados como cómplices del desórden."

Afortunadamente la situacion no era la misma que en los tiempos de San Pedro Damiano. Yo no tenia ni sus virtudes, ni sus talentos y se me aconsejaba que supliese todo aquello con un acto de franqueza, que en este caso escepcional, se hacia de todo punto necesario.

Tan contrarios pareceres en boca de hombres dotados de una gran sabiduría y de honradez á toda prueba, infundieron en mi ánimo la duda é incertidumbre; el pro y el contra se hallaban con igual peso en la balanza; por largo tiempo me hallé combatido y fluctuando, entre el deseo y el temor; pero, finalmente, el pensamiento de cumplir con un grande acto de justicia, pudo mas que todas las restantes consideraciones, y me decidí á llevar á cabo mi obra.

Un papa, varios cardenales, obispos, prelados, religiosos, ministros y embajadores, se hallaban desgraciadamente envueltos en la cuestion. Todos ellos habian comprometido sus nombres y la dignidad de su carácter, y á pesar de eso, no creí posible resignarme á cometer una injusticia razonada con los inocentes, para amnistiar por mas tiempo á unos culpables á quienes sus cómplices presentan aun como modelos de virtud y probidad.

Vivimos en un siglo en que el génio, el pensamiento y la razon falsean su mision civilizadora, rehabilitando el crímen. Del seno de todos los partidos han salido individuos, que con el fin de conquistar para sus oscuros nombres una popularidad efímera se improvisan como adoradores de inteligencias perversas, y como panegiristas de catástrofes sangrientas. Se ocupan como á destajo, de la deificacion del vicio, y de la apoteosis de las pasiones mas criminales. Guardan compasion y lágrimas para el asesino y para el ladron, encubiertos con el manto del patriotismo. A este se le admira, se le poetiza, y su víctima es á quien se acusa. La guillotina es celebrada con cánticos armoniosos; el verdugo es reputado como modelo de heroismo y de nacionalidad, mientras que el mártir en cambio de su abnegacion, no recoge mas que el anatema de la historia. Breno, al pronunciar su terrible *væ victis!* no se dirigia sino á enemigos siempre armados, y por lo tanto siempre temibles.

Hoy dia, la palabra: no hay perdon para el vencido! recae sobre todos los sentimientos nobles y generos, y sobre cuantos no consienten en dejarse corromper para adular las masas.

Los fabricantes, por decirlo así, de estos desórdenes sociales, los culpables á quienes la ambicion precipita hasta el mismo asesinato, los sofistas que la profesaron en la tribuna, los oradores que con su falsa elocuencia no pararon hasta ingerirla en la misma ley, convirtiendo á ésta en una vil prostituta encenegada en sangre y en disoluciones cívicas, todo esto por una fatal é incomprensible aberracion del entendimiento ó por una misteriosa disposicion de la Providencia, se encuentra adulado en el momento mismo en que vacilan y están para trastornarse las bases todas de la sociedad presente. En nombre de la inteligencia y de la libertad, principios eternamente bendecidos por la humanidad y bajo el velo de un estilo romancesco, se desciende á proclamar la apología de la desmoralizacion revolucionaria y de la rapacidad. Se oscurecen las nociones de lo justo y de lo injusto. La destruccion llega á ser una doctrina formulada entre los excesos y vapores de una orgía, y se inmortalizan la maldad y la perfidia humana sancionando sus arrebatos furiosos. Se quiere probar que este es el camino para llegar al progreso moral, á la perfeccion y á la fraternidad, y se hacen y publican libros para legitimar su esterminio. Se desentierran gloriosos cánticos en honor de aquellos que vivieron y murieron sumidos en la embriaguez del mal; y se inventan nuevas palabras de desprecio y envilecimiento para los que acabaron sus dias envueltos en el sudario de sus virtudes.

Halagando de esta manera los malos instintos de la multitud, obligando á su razon á aplaudir el advenimiento del ateismo en la historia, no hay duda que á tan triste precio, puede adquirirse una celebridad; pero no era de esta manera como nuestros antepasados obraban. Por mi parte, no será en esta escuela donde yo busque los modelos. No redactaré una historia valiéndome de sueños de la imaginacion acalorada; la meditaré sobre los autógrafos mismos de aquellos que la han hecho; y la escribiré sin temor y sin ódio, porque es la espresion de una verdad tan esacta y tan demostrada como la solucion de un problema geométrico.

No me toca prever la suerte que cabrá á este libro. Chocará, sin duda, contra muchas preocupaciones, despertará quizá pasiones que no querrán condenarse á la vergonzosa confesion de sus errores; herirá susceptibilidades que respeto; é infundirá acaso, en el corazon ó en los lábios de algunas personas, que veneran, como yo, en el mas alto grado la Sede Apostólica, pensamientos ó palabras, de reprension ó disgusto. No es ciertamente la rehabilitacion de los Jesuitas, la que yo proclamo; los hijos de San Ignacio no figuran en mi escrito sino como una parte accesoria. Se ha cometido

una deplorable iniquidad, y esta misma iniquidad es la que se va á poner en claro sin cuidarse de los resultados. El mundo está lleno de escritores poseidos del genio del mal, y no nos queda mas que la audacia y el valor para decir la verdad. El momento ha llegado y todos deben saberlo.

Es cierto que ésta será bien triste para la cátedra de San Pedro, para el Sacro Colegio, y para todo el universo católico; pero del fondo de estas amarguras, de que yo mismo participo, pueden sacarse útiles avisos para el porvenir. Los datos que presento, sacados del Cónclave y de las cancillerías, deben producir una nueva era. No es posible en manera alguna, que Roma siga débil ó tímida, cuando oiga la voz de los diplomáticos interpretando sus complacencias como un síntoma de descomposicion, y gozándose entre sí de su victoria; porque esa misma victoria seria para ellos la aurora del triunfo sobre Nuestra Madre la Santa Iglesia Romana.

Las confesiones que á D. Manuel de Roda se le escapan en la embriaguez de su esperanza, se renovarian aun si existiese otro papa que caminase por igual senda que lo hizo Clemente XIV. No hay necesidad de dictar su deber á los vicasios de J. C. Estos le comprenden y saben llenarle con dignidad y sabiduría. Llegar á recordársele, seria una tentativa por lo menos inútil. Me limito y encierro en el círculo que me he trazado. No me ocupo, ni del dogma, ni de la moral, ni de la doctrina, objetos todos sobre los cuales la Iglesia tiene esclusivamente el derecho de vigilar: tan solamente tomo á mi cargo el exámen y valuacion de un hecho histórico. Discuto, y fundado en documentos originales, refiero acontecimientos que han producido resultados inmensos, y que tendian á torcer la recta vara de la justicia humana. Esta es la obligacion de todo escritor; diré mejor, es un cargo de conciencia, reconocido por todos los hombres de bien, el que cumplo en este momento.

No dudo que es muy cruel para un católico sorprender á príncipes de la Iglesia *in fraganti* de delito de mentira y de venalidad, y mas doloroso aun, ver á un soberano pontífice resistir tímidamente á la iniquidad, fomentada por su misma ambicion, y descender en todo lo posible de su trono, despues que nada perdonó para subir á él. Pero semejante espectaculo, que no tendrá ejemplo, no es cierto que inspira un sentimiento de dolor que la historia no puede menos de recoger? ¿El crímen del Sacerdote supremo no es igual al cometido por cualquiera del pueblo? ¿Dejará de ser mayor aun á los ojos del Supremo Juez? ¿Y si esto es así, despues de tomar en cuenta y de pesar en la balanza las miserias de la humanidad, las buenas intenciones sorprendidas y falseadas por la fuerza de los acontecimientos, y los cálculos mismos de una prudencia demasiado mundana, por qué no se ha de entrar en lo positivo de las cosas, por qué, sin faltar en lo mas mínimo al respeto que en todo

y por todo se debe á la dignidad de Padre comun de los fieles, no se han de condenar en todo tiempo y lugar las infracciones manifiestas de los imprescriptibles derechos de la justicia?

Mientras que la compañia de Jesus no tuvo que luchar sino con el feroz y cruel instinto del Salvage, y con el ódio continuo é implacable de los Hugonotes, de las Universidades y de los Jansenistas, se la vió siempre dar la cara en los ataques, y las mas veces vencer á su enemigo dividiéndole ó avergonzándole de su injusto proceder. Prevalida con el principio de autoridad que proclamaba, análogo á todas las formas de gobierno, hasta entonces, salvo alguna ligera excepcion, habia encontrado en los gefes de los pueblos y paises donde se hallaba establecida, un apoyo constante y una sábia proteccion que redundaba en beneficio de las naciones y de sus príncipes. Desde Roma, centro del catolicismo, estendia su imperio hasta los confines del mundo por el martirio, por la humildad, por servicios realizados en provecho de la educacion, ó por la gloria literaria. La Santa Sede la presentaba en sus batallas teológicas, como la vanguardia y sagrada falange de la Iglesia; pero al contacto de una nueva escuela, que minaba á los tronos adulando á los reyes, y que destruia la moral calumniando la virtud y glorificando el vicio, sintieron los monarcas deslizarse por sus almas un sentimiento de temor y de egoismo. Adormecidos sobre su trano, querian vivir dichosos, sin hacerse cargo de que esa dicha pasagera seria la muerte de sv imperio; y, para no ser molestados en su real sosiego, se dejaron arrancar despues de rotos uno á uno los resortes todos de la fuerza pública, é inactivos completamente para el bien, solo manifestaban una soñolienta energía para consagrar el mal.

En semejante crísis, por decirlo así, del poder y de la existencia social, en esta descomposicion moral que los filósofos del siglo XVIII nacidos entre una orgía de la regencia, haciendo aceptar como un progreso, los Jesuitas fueron designados como blanco de la animadversion general. Era preciso pasar sobre los cuerpos de esta milicia sagrada para llegar al centro y corazon de la vieja unidad; y para esto se removió cielo y tierra. Los incrédulos tuvieron fé en la Iglesia, los Galicanos condescendieron en proclamar la infalibilidad del Papa; los estremos se tocaron, y como consecuencia de esto se formó una liga de todas las vanidades, de todos los sueños, de todos los errores y de todas las preocupaciones. Se alistaron en ella los ministros de los reyes, así como los enemigos de toda monarquía, los propagadores de la impiedad y algunos prelados, cuya capacidad no se hallaba al nivel de las turbulentas virtudes de aquella época. La Santa Sede habia entrado en la senda de las concesiones. Por amor de la paz se dejaba despojar impunemente de sus derechos, sacrificaba su iniciativa á necesidades facticias.

y transigia en cierto modo, con las pasiones, para tratar luego de calmarlas ó al menos de dirigirlas.

La Compañia de Jesus, como centinela avanzada, habia sido la primera en denunciar á la Europa los gérmenes de estos desórdenes intelectuales. y oponiéndose desde luego á ellos, ya con audacia, ya con moderacion, luchaba contra las sectas separadas de la Comunion católica, y al mismo tiempo contra el Jansenismo promovedor de la guerra civil en el seno mismo de la Iglesia. Un nuevo aliado se presentó á cooperar con los eternos enemigos de la misma. Este era el filosofismo, que, marchando sin rodeos á su objeto, atacaba á todas las religiones establecidas y haciéndose con un arma de sus discusiones interiores, llas llevaba á todas sin distincion para encaminarlas en el tribunal de sus poetas y retóricos. Estos nuevos maestros proclamaban el indiferentismo y la virtud especulativa; y por su único principio se crearon un Dios y un mundo á su manera, sin fé y sin culto, colocándose sobre un terreno desconocido hasta el dia. Su talento sarcástico y virulento, prodigaba el ridículo en las cosas mas sagradas. Envenenaba las disputas entre el episcopado francés y los parlamentos, y ponian en ridículo las cédulas de confesion y la denegacion de los sacramentos (1) cues-

(1) Las dificultades que sobrevienen en materias de fé ó de disciplina eclesiástica, son siempre sérias y complicadas; llevan consigo peligros, y á veces provocan revoluciones. El asunto de las cédulas de confesion y denegacion de Sacramentos tenia un doble orígen, pues provenia del foro interno de la ley civil. La Bula *Unigenitus* solicitada por la Iglesia de Francia, y sobre todo por Fenelon, como único medio de poner un término al Jansenismo, no produjo el objeto que se deseaba. Luis XIV, el regente de Luis XV, junto con los parlamentos y la misma mayoría del clero, la aceptaron con gusto, apelando de ella solamente algunos obispos y un corto número de sacerdotes seculares y regulares. Ya hemos visto el punto á que habian llegado las cosas durante la regencia de Felipe de Orleans, y se ha visto la parte que en ellas tomaron los Jesuitas; resta solo referir en pocas palabras el orìgen de estas privaciones de Sacramentos, que fueron atribuidas á los mismos Jesuitas. A poco que se consulte á los escritores del jansenismo, se verá con asombro que no fueron los Padres de la Compañia, como se cree vulgarmente, los que inventaron estas precauciones y los que las llevaron hasta el abuso.

En 1720, Baudry, lugarteniente de policía, hizo comparecer á su presencia á cerca de trescientos Jansenistas, sacerdotes en su mayor parte; un cierto número fueron desterrados: Dorsanne, en la pág. 64 del tom. II de su *Diario*, nombra al autor de este hecho. " Semejante procedimiento, dice, habia sido imaginado por el P. de La Tour, general del Oratorio." El abate Couet, confesor del cardenal de Noailles, y uno de los agentes mas activos de la secta, " queriendo, prosigue Dorsanne, hacer entrar al abate Dubois en este negocio, concibió el proyecto y se le mandó por escrito." Por esto se ve que no fueron los Jesuitas los que persiguieron á los Jansenistas, sino que los Janseniitas mitigados ó moderados, fueron los primeros que cometieron vejaciones con los Jansenitas exaltados. La primera denegacion de sacramentos, siempre con el testimonio de Dorsanne, tuvo lugar en 1721. El cura de San Luis no consintió en manera alguna que se administrase el Viático al Oratoriano Lenlog quien no queria retractar su *appel*. El segundo ejemplo de esto acaeció, en la

tion gravísima que hizo desaparecer Voltaire en sus continuas bufonadas. Los Filósofos del siglo XVIII tendian á acabar con todas las ideas piadosas por todos los medios imaginables, sustituyendo otras convenientes para llevar á cabo su obra de destruccion. El catolicismo era la religion mas inmutable y popular, y por lo tanto se reunieron todos sus esfuerzos para derribarle. En medio de esta conspiracion general, no se le ocultó á los Jesuitas que tan repetidos y bien combinados asaltos necesariamente debian producir un resultado funesto á su Orden; pero sin cuidarse de eso y siendo de su inspeccion la conservacion de la fé de los pueblos, se les vió arrojarse á la arena, y sin calcular de antemano la fuerza de sus enemigos, combatirles con la palabra y con la pluma. Estas sábias discusiones, á las cuales el P. Berthier y otros discípulos de S. Ignacio convidaban á los innovadores, no dejaban de entorpecer algo su marcha, les obligaban á descubrir antes de tiempo sus secretos ardides, é ilustraban al gobierno, patentizándole ciertas tramas y

---

ciudad de Arles el 1722. El abate Boche, apelante, estaba á punto de morir; el padre Savornin, dominicano, se negó á absolverle, y el sacerdote que le administró fué castigado por el arzobispo. Estos hechos se multiplicaron, y á poco se exigieron á los enfermos las cédulas de confesion, con el fin de averiguar si habian sido asistidos por sacerdote ortodoxo. Semejante medida á pesar de nuestras ideas de tolerancia, debe considerarse legítima á los ojos de toda persona que comprende en toda su latitud la libertad que deja á los demas el derecho que uno se concede á si mismo. Si se quiere vivir y morir como católico, es indispensable someterse á las prescripciones de la Iglesia católica que no nos precisa á aceptar su ley, pero que nos rechaza de su seno, si queremos prescindir de ellas, toda vez que nos consideremos como sus hijos. Sin embargo, la medida de las cédulas de confesion tuvo consecuencias tan funestas, que no se sabe si aprobarla ó deshecharla. Los Jansenistas se colocaban en una situacion particular y que hasta entonces ningun sectario habia adoptado. Los hereges, al separarse del cuerpo de la Iglesia, se gloriaban en no pertenecer á su comunion y su unidad, y hubieran reputado como un pecado participar de sus Sacramentos. El Jansenista es mas pérfido: se atreve á ser hijo de la Iglesia, á pesar de ésta, y se sostiene en ella hasta la muerte.

El uso de las cédulas de confesion para los enfermos, ya se encuentra perfectamente mandado en los avisos de S. Carlos Borromeo, y en uno de los concilios de Milán. La asamblea del clero del 1654 le habia adoptado, y el mismo cardenal de Noailles rocomendó su práctica. En estas circunstancias los Jesuitas ejecutaron lo que el episcopado mandaba. Se ha querido decir que ellos inventaron la idea, y que la llevaron mas allá de su primitivo objeto: las pruebas de esta acusacion faltan en todas partes. El entrometerse el parlamento en los negocios de conciencia, que no están en las atribuciones de la politica pública, hizo al mal incurable. El parlamento otorgó á los Jansenistas una imprudente proteccion, que llegó hasta el sacrilegio. Profanó los sacramentos y obligó á varios párrocos á que los administrase á personas, que aun en sus últimos momentos, declaraban su constancia en el error. No pocas veces hizo llevar el Viático á sacerdotes rodeados de fuerza armada, que era concedida á la autoridad judicial para sancioner mas fácilmente sus culpables decretos. Desde 1738 á 1750, este escándalo fué general en Francia, y prestó á los enemigos de la religion armas para combatirla; la debilidad del gobierno hizo lo demas.

proyectos cuya existencia hubiera convenido tener muy oculta á sus fautores. El parlamento, hostil á los Filósofos, proscribia con una mano las obras que fomentaba y protegia con la otra. Empleaba todos sus rigores como corporacion contra las doctrinas impías ó revolucionarias, y las aplaudia individualmente, aflojando de ese modo el freno moderador de los pueblos. Por miedo de que se hiciese una guerra sorda ó manifiesta á los Jesuitas, acordaba su pase á todas las ideas subversivas. Envueltos los Jansenistas en los debates sin dignidad y fuerza de apoyo que la magistratura les ofrecia, llevaban cualquier conflicto sacerdotal á la barra de la Gran-Cámara. Vivían en oposicion con la ley católica, y querian morir impenitentes y absueltos por ella. Negaban su autoridad soberana, y mofándose de su propia conciencia, acudian á aquella en sus últimos momentos para desacreditarla y comprometerla.

Esta situacion intolerable prestaba armas á todas las pasiones. La malignidad pública estuvo en guardia por las voces que se hicieron correr acerca de la denegacion de los sacramentos. Los obispos, el clero y las órdenes religiosas llenaron un deber, aunque en su cumplimiento hubiese algun abuso ó exceso. Varios sacerdotes llevaron sus precauciones hasta la intolerancia; los Jansenistas y los Filósofos se empeñaron en demostrar por todas partes el influjo de los Jesuitas para entregarlos al descrédito. Ellos, decian, son los que han provocado la Bula *Unigenitus*, y desde la fecha de esta constitucion apostólica, los desórdenes. Con esto se habia encontrado una palanca para batir en brecha é incesantemente á los Jesuitas, y que se empleaba en todo tiempo. Los Jansenistas y los Parlamentarios, se coligaron con los Enciclopedistas para minar la sociedad, y los mas exaltados ya concebian el pensamiento de su disolucion. La tempestad iba tomando cuerpo al abrigo de tantas inteligencias y de tantos votos opuestos, que para un mismo objeto se reunian en esperanza comun; y cuando menos se pensaba, estalló donde no podia figurarse. Portugal fué el primero de los reinos católicos que se presentó en campaña.

Habia en la corte de Lisboa un ministro que, para eternizar su ascendiente sobre el débil José I, empleó el medio de tenerle siempre en tutela aterrorizando su imaginacion con fantásticas conspiraciones contra su vida. Este ministro se llamaba Sebastian Carvalho, conde de Oyeras, marqués de Pombal. Nació el 1699 en Soura, de una familia oscura y sin fortuna; eso no obstante, ni careció de energía ni de conocimientos administrativos. No pocas veces aquella degeneraba en violencia (1), mientras que en otras,

---

(1) La violencia y la crueldad se hallaban tan arraigadas en la familia de Carbaho, que, en el mismo Oyeras, existia una memoria que la hacia constar. Todos los domingos, el cura, en la misa mayor, rezaba con los fieles tres veces el *Pater noster* para que el cielo les librase del furor de Carbalho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Ventanilla y Tellez

la fuerza de su alma se oscurecia con hipócritos manejos, con una codicia sin freno, y con su iracundo caracter, que debian arrastrarle á las medidas mas sangrientas. Déspota, orgulloso, vengativo y hombre incapaz de hacer bien sino por medio del mal, concibió un ódio profundo en Inglaterra y Alemania á los religiosos y gerarquía eclesiástica. La nobleza portuguesa le rechazó de su seno: Pombal se declaró su enemigo; y cuando el 31 de Julio de 1750 sobrevino la muerte de Juan V dejando el cetro á su hijo José, comprendió aquel hombre que era llegada su época de figurar en el mundo. El nuevo rey de Portugal, semejante á los demás soberanos de su siglo, era débil, tímido, desconfiado, voluptuoso y dispuesto siempre á conceder su confianza al menos digno y mas adulador de sus cortesanos. Para ascender al ministerio era entonces preciso alcanzar la aprobacion del P. José Moreira confesor del infante, ya convertido en Monarca. Pombal habia preparado su plan con mucha anticipacion, y á fuerza de artificios, logrado la amistad de los Jesuitas (1), habia ganado su estimacion con una esterioridad piadosa, hábilmente sostenida; él mismo vistió la sotana de la Compañía al segundo de sus hijos, siendo aun niño. El P. Moreira, así como la mayor parte de sus cólegas, no creia en la hipocresía. El celo de que Pombal hacia alarde le sedujo, y no vió en este hombre sino brillantes cualidades. Sin querer sondear los vicios de su carácter y la doblez de su refinada ambicion, cayó en el lazo que el intrigante le tendia, y la persona que Juan V habia tenido siempre á larga distancia del poder, se encontró de repente revestida en el cargo de la Secretaría de Estado y de Negocios estrangeros. Muy luego fué el principal ministro, y, como decia de sí mismo, el Richelieu del Luis XIII portugués.

---

[1] En la página 25 de la *Histoire de la chute des Jesuites*, por el conde Alejo de Saint-Priest, se leen las líneas siguientes: "Al perseguir Pombal á los Jesuitas no los acusaba de pertenecer á un Instituto culpable, ni de profesar máximas inmorales, solamente les imputaba, el ser menos adictos que sus antecesores á los principios de San Ignacio, y aun él mismo se gloriaba de pertenecer á la Orden Tercera de Jesus, y de observar sus prácticas." El historiador de la *Extincion de los Jesuitas* dice la verdad en la primera parte de su proposicion, no sucediendo así en la segunda, porque, si por *Tercera Orden de Jesus* entiende una congregacion ó filiacion cualquiera dependiente del Instituto de San Ignacio, Mr. Saint-Priest está como otros muchos, en un error completo. En Lisboa existia una Tercera Orden y una Iglesia llamada de Jesus; pero la Tercera Orden y la iglesia pertenecian á los Franciscanos, denominados Padres de la Orden Tercera de Penitencia. Otra Tercera Orden para los seculares se hallaba establecida en la citada Iglesia; Pombal fué su gefe, es cierto; pero ese Instituto ó congregacion nada tenia que ver con los Jesuitas, que jamas han tenido Tercera Orden. De estos *Terceros* apenas existian en Lisboa, mientras que en España se vén muchos, y esto ha dado márgen para que los escritores hostiles á la Compañía la crean oculta en aquello, y para que los ministros de España en sus correspondencias secretas ú oficiales, tratasen de acreditar esta mentira histórica.

Conocia cual ninguno la sombria susceptibilidad de su soberano, y así creyó, que el modo de captarse mejor su gracia era el presentarse á sí mismo como víctima. En Agosto de 1754 hizo firmar al Rey un decreto en que le decia "que un ministro de Estado pudiera muy bien ser asesinado, por ocultas tramas de sus enemigos." Semejante atentado, en un todo le equiparaba al crimen de lesamagestad, y el senador Pedro Gonzalez Cordeiro, el alma condenada de Pombal, fué el encargado de hacer amplias y continuas informaciones. La arbitrariedad se ejercia sin máscara; Pombal llenó de prisiones las orillas del Tajo, y cuantos le eran odiosos, ó le infundian sospecha, fuesen sacerdotes o religiosos, nobles ó ciudadanos, poblaron aquellas oscuras mansiones. La delacion recibia su premio, el favorito la tenia á sueldo, y así no perdonaba á nadie. José I se dejó persuadir fácilmente de que si la vida de Pombal se hallaba en riesgo, la suya necesariamente debia correr peligros mucho mayores; y aterrorizado con esta idea, dejó pasar libremente las atrocidades de su ministro. Este último temia á sus contrarios, y mas que nada, al que pudiera revelar al Rey el misterio de iniquidad con que le habia envuelto. Toda persona, cuya franqueza le pareciese espansiva, era sumida en lo profundo de un oscuro calabozo, y semejante aviso contenia á los demas que adoleciesen de esa cualidad. A pesar de todo, conocia que no encontraba medio para atacar á los Jesuitas, y que su actitud prudente, y el crédito que disfrutaban en la corte entre la grandeza y el pueblo, debian tarde ó temprano arruinarle. Pombal se resolvió á tomar la iniciativa: era atrevido, no tenia que combatir sino con hombres timoratos, y obrando antes de pensar, el resultado material debia serle favorable. Entre cinco padres del Instituto se dividia la confianza de la familia Real. Moreira dirigia al Rey y á la Reina, Oliveira era el preceptor de los infantes, Costa el confesor de D. Pedro, hermano del Rey, y Campo y Aranjues, los de D. Antonio, y D. Manuel, tios del mismo.

Para alejar á los Jesuitas era preciso remontarse mucho, y Pombal llamó en su ayuda á la intriga. Alarmó al Monarca con nuevas sospechas, le persuadió de que su hermano queria representar en Portugal el papel de todos los Pedros, y que para hacerse popular en ese sentido, estaba secundado por los Jesuitas. No se necesitaba tanto para despertar la inquietud de José; Pombal habia mezclado el nombre de los Jesuitas con el de su hermano, cuyas maneras caballerescas eran objeto de envidia para el Rey; y desde este momento los Padres de la Compañía fueron poco á poco perdiendo la confianza del Monarca. Conocia el ministro los progresos que esta idea habia hecho en el ánimo de un príncipe, sobre el cual tenia arraigado su imperio, y trató de sacar partido de la primera calumnia. Para conseguirlo mejor, nutrió su corazon con

la lectura de cuantas obras se habian escrito contra la Compañía de Jesus, recomendándole en esto el mas inviolable secreto, y semejante reserva aumentó el atractivo del fruto que se decia vedado. Esta esperiencia que salió bien con el Rey, la ensayó con el pueblo, inundando el Portugal de libros que, en diferentes épocas, se habian publicado para desacreditar á los Jesuitas; y cuando ya creyó en completa madurez sus artificios, hizo recaer sobre los PP. del Instituto la persecucion de que ya eran víctimas sus amigos.

Dos Jesuitas fueron desterrados: el P. Ballister, como acusado de haber hecho en el púlpito algunas alusiones contrarias á una idea de Pombal; y el P. Fonseca, por haber dado un prudente aviso á unos negociantes portugueses que le consultaron sobre la misma idea. El ministro tenia necesidad de oro, las confiscaciones no llenaban sus arcas tan pronto como quisiera; y así creó una compañía llamada del Marañon, que arruinaba el comercio, y bajo pena de espatriacion era preciso, no solo consentir sino admirar el monopolio que ejercia. Fonseca hizo comprender á aquellos comerciantes lo deplorable de la medida. Estos dirigieron una representacion al Rey, y esto bastó para que Pombal los redujese á prision. Ya se corria la voz de dar el golpe mortal á la Compañía de Jesus, cuando el gran temblor de tierra de 1.° de Noviembre de 1775, unido á los estragos del incendio, llenó de luto y consternacion á Lisboa.

En el estado de muerte y devastacion en que se encontraba esa ciudad tan fuertemente probada, eran necesarios hombres de abnegacion y de valor. Pombal fué un modelo de calma, de intrepidez y prevision, en aquel teatro de horror. Los Jesuitas, detrás y delante de él, se precipitaron en medio de las ruinas y de las llamas para salvar de su último fin á algunas víctimas. Sus siete casas quedaron destruidas (1), y á pesar de eso, la desgracia de los demas fué la única calamidad que conmovió sus corazones. Su caridad halló recursos para prestar un asilo á la multitud consternada, y á una gran porcion de heridos, atormentados por el hambre y sus dolores, y á quienes el espanto y el padecimiento habia vuelto como estúpidos. Los Jesuitas les proporcionaron toda clase de ausilios, y orando en su compañía les enseñaron á tener fé en la energía religiosa; el padre Gabriel Malagrida y el Hermano

(1) La casa de Pombal permaneció ilesa en el desastre general, y el Rey quedó tan asombrado de este hecho, que lo atribuia á una providencia particular. El conde de Obidos, célebre por sus dichos, contestó un dia al Monarca sobre este particular: "Señor, es cierto que se ha conservado la casa de Garbahlo; pero las de la calle de Suja han tenido la misma suerte. Es de advertir que esta calle era el receptáculo de todas las prostitutas de Lisboa. Segun Linka, en su *Viage á Portugal*, este chiste costó al conde de Obidos muchos años de prision.

Blaise fueron para muchos desgraciados una providencia visible, y sus nombres, unidos al de Pombal, eran bendecidos sobre las ruinas dela corte de Portugal.

Estas demostraciones del pueblo llegaron hasta el trono. José I no pudo resistir á un movimiento de gratitud, ó de arrepentimiento; y á fin de recompensar á los Jesuitas por su heroismo, levantó el destierro á Ballister y á Fonseca; mandó que se reedificase la casa profesa de la Compañía, á espensas de la corona, y Malagrida recobró el ascendiente necesario sobre aquella naturaleza aletargada para volverle á los sentimientos piadosos.

Tan inesperado cambio echaba por tierra los planes del ministro y sus sueños de grandeza. Un peligro comun habia confundido en idéntico pensamiento el celo religioso de los Jesuitas y el patriótico de Pombal; el peligro habia desaparecido; y en su vista el ministro recordó al rey sus antiguos temores, y Malagrida fué desterrado. Por entónces era imposible vencer á toda la Orden, y así Pombal se resignó á atacarla en detall. Para conseguirlo, tuvo necesidad de buscar por ámbos hemisferios crímenes que la pudiesen ser achacados. Los protestantes y los jansenistas surtian á la Europa de una buena porcion de falsos atentados, miéntras que aquel les regalaba en cambio los que forjaba en América. Pombal no tenia liga alguna con los filósofos del siglo XVIII; sus ideas de emancipacion y de libertad inquietaban su despotismo, y al juzgarles por sus escritos, acusaba con frecuencia á sus actores de querer romper las cadenas del pueblo por medio del raciocinio. Este era un error, pero, igual á todos los que se arraigaban en caracteres de este temple, cada vez mas tenaz é irreflexivo. Pombal servia á los enciclopedistas franceses sin estimarlos, y éstos á su vez, llegaron á ser sus mas útiles auxiliares, desaprobando al propio tiempo cuanto habia de exagerado y en estremo odioso en su arbitrario reformador. El ministro portugues de todo prescindia, ménos de la fuerza brutal. Los filósofos no dudaban que las cosas llegarian á ese punto; pero creian que aun no habia sonado la hora. Estas pequeñas disidencias no eran obstáculo para que Pombal y los escritores del siglo XVIII dejasen de prestarse un mutuo apoyo para trastornar el edificio social. El portugues se contenia en sus innovaciones religiosas por el culto anglicano; pero esperaba resucitar á las orillas del Tajo las sangrientas peripecias del reinado de Enrique VIII de Inglaterra. Los filósofos le adelantaban en sus proyectos, soñando hasta en la consagracion legal del ateismo. Sin embargo, lo mismo para éstos que para el portugues existia, siempre en guardia, un enemigo del que era preciso deshacerse á todo precio. Este enemigo era la Compañía de Jesus. Pombal habia aislado á los Jesuitas; el miedo de un destierro ó de una confiscacion contenia á sus protectores y clien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes, y así se encontraron casi solos en la brecha, frente á frente con un enemigo que en sí concentraba y reunia todos los poderes. Antes de resolver Pombal la completa destruccion del Orden, quiso ayudarse de la calumnia, y á fin de que la prueba no pudiese descubrir tan pronto la impostura, trasladó á América la primera escena de su sangriento drama.

Sabido es que, en diferentes ocasiones, ha corrido por Europa la voz de que existian en las reducciones del Paraguay abundantes minas de oro, así como igualmente que semejante rumor ha sido desmentido, ya por los mismos hechos, ya por el testimonio de los comisarios regios enviados á aquellos lugares. La España sabia muy bien el valor de estos rumores, cuando, en 1740, Gomez de Andrade, gobernador del Rio Janeiro, pensando que los Jesuitas, al haber conseguido del gobierno español que no entrasen estrangeros en las reducciones del Parana, llevaban la mira de ocultar á miradas indiscretas los manantiales de una quimérica fortuna; concibió el proyecto de un cambio entre las dos coronas, y para obtener las siete reducciones del Uruguay pensó ceder á la España la hermosa colonia del Sacramento. Dió parte de todo á la corte de Lisboa, la que se apresuró á entrar en trato con la de Madrid. El trueque era demasiado ventajoso á esta última para que dejase de aceptarle. El Portugal abandonaba un pais fértil, que por su situacion, abria y cerraba la navegacion del rio de la Plata, y en cambio, tomaba una tierra condenada á perpetua esterilidad. La España se adhirió al tratado: pero, como si los diplomáticos de ámbos paises tuviesen el poder de obligar á aquellos salvajes convertidos en hombres, á que mudasen de patria como de calzado, fué estipulado que los habitantes de la siete reducciones cedidas irian léjos de allí á desmontar y poner en cultivo otros terrenos á cual mas ingratos y estériles. Con el deseo de esplotar á su libertad las ricas minas de oro con que habia soñado el consejo de Lisboa, Gomez de Andrade puso por condicion que mas de treinta mil almas quedasen repentinamente sin patria, sin familia, y sin mas recursos que la buena ventura para volver á comenzar su vida errante.

Los Jesuitas eran en aquella sazon, los padres, los maestros y amigos de aquellos neófitos, y tenian una influencia completa sobre ellos. El 15 de Febrero de 1750 les fué encargado por las dos cortes signatarias del tratado y por el gefe del Instituto, que dispusiesen al pueblo para la próxima transmigracion. Francisco Retz, general de la Compañía, espidió para mayor seguridad, cuatro copias de su órden, en la cual, despues de recomendar toda clase de precauciones, añadia: "que él mismo se creia en el deber de superar cuantos obstáculos le detenian en Roma, para acudir personalmente á aquellos paises, y favorecer con su presencia la in-

mediata ejecucion de las voluntades de ámbos príncipes." Tanta era su prisa por agradar á las dos cortes. El P. Barreda, provincial del Paraguay, se puso en camino, á pesar de sus años y achaques, y nombró para que le reemplazase al P. Bernardo Neydorffert, que ya habia mas de treinta y cinco años que residia entre sus neófitos, quienes le tenian especial predileccion. El Jesuita comunicó tan estraño proyecto á los caciques, y de todos ellos recibió la misma respuesta; todos declararon que preferian ántes la muerte en su tierra natal, que un destierro ilimitado é inmerecido, que les separaba de las tumbas de sus abuelos, y de las cabañas donde habian nacido sus hijos, para consumar su ruina. Los Jesuitas comprendian el valor de sus sencillas quejas, y se asociaban á ellas; y es digno de sentirse que en aquella ocasion no tuviesen el valor necesario para oponerse á tamaña violencia. No se les ocultaba la negra trama que amenazaba á la Compañía, ni la coalicion de envidias y preocupaciones que se alzaban contra ella, y creyeron conjurarla haciéndose los auxiliares de los gabinetes de Madrid y de Lisboa, que traficaron con sus neófitos cual si fuese un trato de ganado. Esta condescendencia fué una falta, que en lugar de contener, apresuró su ruina. La sumision que les calumniaba fué reputada por sus enemigos como un acto de debilidad, é hizo á Pombal mas exigente. El ministro que veia los inútiles esfuerzos que ensayaban para calmar la irritacion de los indios, acusó á los misioneros de doblez en este negocio, suponiendo que en secreto obraban de diferente modo que en público. Oprimia á los neófitos, á fin de ensayar sus fuerzas, y los padres, léjos de resistir, se prestaban con un doloroso abandono á las medidas que la ambicion y la avaricia sugerian, por lo cual creyó Pombal que semejantes contrarios ya estaban de antemano vencidos. Se sirvió de ellos para desorganizar las reducciones, y al mismo tiempo los acusó como instigadores de rebelion.

Los Jesuitas tenian la clave del cambio inmoral propuesto por la corte de Lisboa; sabian que la total dispersion de los neófitos no llevaba mas objeto que el dejar á los agentes portugueses la facultad de esplotar á su placer las fabulosas minas de oro, que los Jesuitas beneficiaban de una manera tan discreta. La verdad y honor del Instituto se hallaban comprometidos en la cuestion; pero sus individuos quisieron mejor secundar las miras de sus adversarios, que apoyarse en sus amigos. Entraron tambien en la funesta senda de las concesiones, que jamas ha salvado la menor cosa, y que ha perdido en cambio mas de una justa causa, cubriéndola con un barniz de deshonor en sus últimos momentos. Los Jesuitas, aturdidos con el eco de los clamores que se alzaban á su alrededor, creyeron ahogarlos transigiendo con los que los lanzaban, y para no atraer una tempestad, quizá útil en aquellos momentos, se resig-

naron á hacer el papel de involuntarios hecatombes ó de mártires por concesion, único camino que conduce á la muerte sin honra ni provecho.

Los indios apelaban á la fuerza para paralizar la arbitrariedad; y esta misma arbitrariedad, personificada en Pombal, acriminó á los Jesuitas, y los denunció á la Europa entera como escitadores de los pueblos á la insurreccion. Los Jesuitas no tuvieron la feliz idea de ser tan noblemente culpables. Intrigas dirigidas por católicos se agrupan para convertir en malas todas sus acciones, miéntras que un escritor protestante se muestra mas justo y equitativo, y dice (1): "Cuando los indios de la colonia del Sacramento, reunidos en número de doce á catorce mil, ejercitados en el manejo de las armas y provistos de artillería y municiones, rehusaron someterse á la órden de espatriacion, dificilmente se puede creer en las aserciones de los padres que aseguran haber empleado todo su poder é influencia para reducirlos á la obediencia. No obstante, está probado que los misioneros, al ménos esteriormente, hicieron todo lo necesario al efecto; pero bien puede suponerse que sus exhortaciones, dictadas únicamente por el deber, si bien repugnantes á sus sentimientos, no tendrian todo aquel calor y entusiasmo que las hubieran adornado y hecho mas persuasivas en otra ocasion. El suponer esto no es bastante para deducir de aquí un cargo de rebelion. ¡Qué seria de la historia, qué de la justicia, si por la sola palabra de un ministro, destituida de pruebas, fuese permitido ajar la reputacion de un hombre ó de una corporacion!"

Por amor á la paz, los Jesuitas se colocaban entre dos escollos; por una parte se esponian á las justas reconvenciones de los indios, y por otra se entregaban á discrecion de los enemigos del instituto. Era objeto de calumnia hasta su incomprensible abnegacion, y se despojaban de sus armas en el momento mismo de comenzar la batalla. Los neófitos tenian en ellos la confianza mas ilimitada: hubiera bastado una solo palabra de los misioneros para sublevar á todas las reducciones, y en medio de una guerra entre la metrópoli y las colonias, hacer vibrar en el corazon de los indios el sentimiento de independencia que aquellos tenian tanto cuidado en sofocar. No se atrevieron á evocar un pensamiento generoso; predicaron la obediencia á la ley, y se colocaron en el peor terreno para los dos partidos.

Las familias desterradas atribuyeron á su debilidad los incalculables males de que fueron víctimas, y llegaron á amenazar, y hasta perseguir á algunos Jesuitas, que como el P. Altamirano, se creyeron obligados por interes general á aceptar las funciones de comisarios encargados de la ejecucion del tratado de cambio.

(1) Schœll, Cours d' histoire des Etats européens, t. 39, pág. 15.

A la respectiva adhesion, tenida hasta entónces con los misioneros, sucedieron las prevenciones y sospechas que hábiles agentes tuvieron buen cuidado de fomentar en el alma de los neófitos. Era preciso arrastrarlos á una guerra parcial y doméstica, á fin de romper por la sangre derramada la union que existia entre los indios y los discípulos del instituto. Logróse este resultado. Ya se habia privado á las tribus cristianas del Marañon, de la guar dia espiritual de los Jesuitas, y se queria hacer lo mismo con su s piadosas conquistas del Uruguay. En este conflicto interior, los catecúmenos no pudieron obrar de comun acuerdo: habituados á la obediencia voluntaria, de repente se encontraron sin gefes y sin Jesuitas, y obligados á luchar para conservar su patria. La accion pacífica de los padres se hacia sentir aun en algunas reducciones, empleada en persuadirlas á la resignacion y obediencia. Esta contrariedad de fuerzas produjo tristes efectos; muchas tribus acudieron á las armas, y otras, inspiradas por los misioneros, se contentaron con quejarse y murmurar. Las primeras fueron vencidas, y las restantes, con la corrupcion mercantil, muy luego se impregnaron de los vicios y relajacion de Europa. De este modo se comenzó á echar por tierra el vasto edificio de los misioneros, que tanta sangre y sacrificios habia costado elevar.

Gomez de Andrade quedó por único dueño de las reducciones del Uruguay. Se hallaban espulsados los Jesuitas y sus indios, unos por la violencia y otros por la astucia; ya no restaba mas que descubrir las minas de oro y plata, prometidas á Pombal. Se profundizaron las llanuras, se desmontaron los bosques, se registraron las montañas, se sondearon los lagos, y por todas partes se trataron de escudriñar hasta las entrañas de la tierra. Fueron llamados ingenieros, y toda su ciencia esplorativa no fué bastante para realizar los sueños del codicioso Andrade. Desengañado finalmente este hombre, conoció la irreparable falta que le habia precipitado á tamaños desórdenes; la confesó á los Jesuitas, á Pombal y á todos, y les suplicó que trabajasen de consuno á fin de deshacer el tratado de límites provocado por su insaciable avaricia. La Compañía no estaba ya en el caso de enmendar tales faltas, y Pombal los creyó muy convenientes á sus designios ulteriores. Gomez fué condenado á la vergüenza pública, y el ministro, cuyos instintos habia secundado, se aprovechó de sus mentidas revelaciones para desnaturalizar los hechos.

Era esta la época en que los espíritus agobiados por el peso de un mal desconocido, se arrojaban en brazos de la corrupcion para llegar mas presto á una perfeccion ideal, que la filosofia les hacia entrever, sin Dios, sin culto, sin costumbres y sin leyes. Resueltamente se caminaba al asalto de los principios y de las virtudes, arrollando por el camino cuanto se presentase como barrera de la

idea destructiva. Bajo el título de: *Relacion sucinta de la república que han establecido los Jesuitas en las provincias del Portugal, en las posesiones de ultramar, y de la guerra que han promovido y fomentado contra las armas de las dos coronas*, Pombal estendió con profusion por la península y resto de Europa, infinidad de asertos, cuya prueba, siempre anunciada, no se presentaba jamas. Los Jesuitas, segun estas relaciones, monopolizaban en el Paraguay los cuerpos y las almas; eran los reyes de la reduccion, y habian intentado reunir estas provincias bajo el cetro y dominacion de uno de sus hermanos coadjutores, á quien darian el título del emperador Nicolas I, etc., etc. A esta distancia de lugares y personas, Pombal tenia elementos para la calumnia, y se calumnió por cuenta de ámbos reinos. En Portugal, su autoridad y sus amenazas le impedian hacer su tejido de mentiras; pero la España, á quien asociaba en sus criminales pensamientos, rehusó aceptar semejante mancomunidad. Pombal habia buscado en el gobierno de Fernando VI cómplices tan interesados como él en popularizar el error, y á escepcion del duque de Alba, no halló sino personas indignadas de su atrevimiento. El rey de España y su consejo de Castilla, ilustrados por Ceballos, gobernador del Paraguay, apreciaron en lo que se merecia la obra del ministro portugues, y á fin de manifestarlo de una manera ostensible, el tribunal supremo de Madrid condenó el libro de Pombal á ser quemado públicamente por mano de verdugo. Mas adelante, en 13 de Mayo de 1755, en 27 de Setiembre de 1760, y en 19 de Febrero de 1761, Fernando VI y Cárlos III reprodujeron por decretos reales la misma condenacion. Sus ideas habian sembrado la desorganizacion en las provincias; Cárlos III, que poco despues iba á ser aliado contra los Jesuitas, comenzó su reinado con un acto de completa justicia. Fernando VI muere, y apenas ocupa su hermano el solio de las Españas, rompe el tratado fatal de cambio, que nunca habia obtenido su asentimiento.

Ceballos, que se hallaba á la sazon en España, fué destinado para destruir el trono y los ejércitos del supuesto emperador Nicolas que la imaginacion de Pombal y del duque de Alba habian creado en el Paraguay, y cuyo gefe, decian, acuñaba por su cuenta cantidades inmensas con los metales de las minas, cuya existencia fué el lazo tendido á la ignorante y ociosa credulidad. Y "¿qué es lo que se halló de todo esto en esos pueblos inocentes? pregunta D. Francisco Gutierrez de la Huerta en su informe al consejo de Castilla de 12 de Abril de 1815 (1)" y añade: "Que se examinen sus relaciones, y ellas responderán á esta cuestion, diciendo que lo que

[1] Exposicion y dictámen del fiscal del consejo y cámara, D. Francisco Gutierrez de la Huerta.

se halló fué el desengaño y la evidencia de las calumnias forjadas en Europa; pueblos sometidos en lugar de pueblos sublevados; vasallos pacíficos en vez de súbditos rebeldes; religiosos ejemplares y no malvados seductores; y misioneros celosos denunciados como gefes de bandidos. En una palabra, se encontraban conquistas hechas en favor de la religion y del estado, por las solas armas de la dulzura, del buen ejemplo y de la caridad, y un imperio compuesto de salvajes civilizados, presentados voluntariamente á pedir el conocimiento de la ley, sujetos á ella, y viviendo en sociedad sin mas freno que los lazos del Evangelio, la práctica de la virtud y las sencillas costumbres de los primeros siglos del cristianismo."

Si creemos al gobierno español, he aquí lo que Ceballos habia notado en las reducciones del Paraguay. El les habia restituido la paz; pero ya no era posible volver á los indios aquella inocencia primitiva, ni aquel candor y docilidad que los padres les habian infundido. Los neófitos habian aspirado el aire corrompido del vicio al contacto de la mala fe europea; se les habia enseñado á desconfiar de sus pastores, y seducido para que ante los magistrados declarasen públicamente que cada hijo de S. Ignacio era un movil de insurreccion. Los neófitos no transigen con su conciencia, se acusan á sí mismos, y sus caciques cuentan hasta las sospechas que los pacíficos esfuerzos de los Jesuitas hicieron germinar en sus almas. Habian mirado en los misioneros unos cómplices de los portugueses y de los españoles, y en apoyo de su injusta desconfianza presentaron tales pruebas, que Ceballos creyó de su deber el concluir con el aparato de iniquidades que servia á Pombal de escudo contra la Compañía de Jesus.

Todo esto pasaba en 1757; y era mas que suficiente para que la santa Sede y la Europa entera conociese á fondo los proyectos de Pombal. Este ministro acababa de destruir en pocos años un monumento de civilizacion que habia costado siglos de paciencia y sangre de muchos mártires. Su arbitrariedad abrazaba al mismo tiempo las márgenes del Uruguay y las orillas del Marañon, y en su boca la verdad se trasformaba en calumnia. Resucitó las antiguas quejas de los mercaderes portugueses con los Jesuitas; escitó la sed de la ganancia en los unos y la desconfianza en los otros. Se apoderó, así de los vicios como de las virtudes, para sacar de todo esto un cúmulo de acusaciones, en el cual la probidad é inteligencia reunidas apenas pudiesen discernir la mentira manifiesta del error involuntario. Finalmente, consiguió su objeto. Sus libelos repudiados por el clero, la nobleza y el pueblo portugues, encontraron asilo en los folletos y sátiras de los filósofos, en las obras de los jansenistas y en las rancias animosidades de los protestantes. Pombal fué su ministro predilecto. Celebraron su valor, ensalza-

ron sus talentos, y le dotaron de todas las perfecciones. Las fábulas inventadas á su capricho se sancionaron como verdades incontestables por hombres que dudaban de todo; y en ese siglo, en el que todo presentaba materia al sofisma, se creyó ciegamente una impostura manifiesta y sin el menor disfraz.

Pombal habia llevado á cabo un gran golpe de política, y contra lo que pensaba, no halló en los Jesuitas sino obediencia y timidez. Semejante descubrimiento le alentó á mayor empresa. Desde la América Meridional resolvió aclimatar en Europa la guerra que habia declarado á la Compañía. Pero este hombre, tan temerario en sus planes, conoció que á la faz de un pueblo religioso era preciso proceder por vias subterráneas, y minar la plaza ántes de llegar al asalto. Con este objeto, su imaginacion se fijó en Roma, y allí creyó encontrar las armas que nesesitaba para sus designios.

Ocupaba la cátedra de S. Pedro un pontífice, cuyas tolerantes virtudes aplaudia el mundo cristiano y á quien el sabio honraba como una de sus principales glorias. Benedicto XIV, de la familia Lambertini, reinaba desde el 1740. Amigo de las letras, protector de las artes, profundo canonista y hábil político, habia hecho á la Iglesia eminentes servicios, y su nombre era tan reverenciado, que los anglicanos y aun los mismos filósofos le tributaban homenages. Benedicto XIV, discípulo de los Jesuitas, se habia puesto en algun desacuerdo con ellos en ciertas cuestiones, especialmente en la de las ceremonias chinas; pero estas divergencias y aun recriminaciones, que habia dirigido la silla apostólica á algunos padres de la Compañía, en nada habian alterado la buena armonía y aprecio que siempre habia profesado al instituto. En 1742 condenaba á perpetuo silencio á los misioneros del Malabar y á los del celeste imperio, y en 1746, 1748 y 1753, por sus bulas *Devotam*, *Gloriosæ Dominæ y Quantum recessu*, elogiaba con muestras inequívocas de afecto á los padres de esta sociedad, "que seguian, dice él mismo, la gloriosa senda de su padre S. Ignacio." Benedicto XIV no era, pues, hostil á los Jesuitas, y á su célebre secretario de estado, el cardenal Valenti, le sucedia lo propio; pero el papa tenia por consejero íntimo á un cardenal que los aborrecia, y este era Domingo Pasionei, talento superior, pero siempre dispuesto á la oposicion y que no cedia jamas. Este príncipe de la Iglesia, en lo general, era enemigo de todas las órdenes religiosas y particularmente de la de S. Ignacio (1), por una teoría de la cual no se separaba sino ra-

[1] D'Alambert, en la pág. 38 de su obra sobre la *Destruccion de los Jesuitas*, se expresa así: "Se asegura que el difunto cardenal Pasionei llevaba su odio contra los Jesuitas, hasta el punto de no admitir en su bella y numerosa biblioteca, escritor alguno de la sociedad. Yo desprecio á la biblioteca y á su dueño: la primera perdió en eso muchos y muy buenos libros, y el dueño, filósofo, por otra parte, segun dicen, no lo era respecto de esto."

ra vez. Oculto jansenista bajo la púrpura, y tenaz en sus convicciones, las defendia con un encarnizamiento, del cual su viva imaginacion no hubiera tenido necesidad; pues que tenia sobre el soberano pontífice un ascendiente incontestable. Con una secreta alegría vió los manejos de Pombal, aunque ignoraba sus designios anticatólicos: mas de una vez le alentó en sus proyectos, y en el momento en que el papa luchaba con su agonía, se presentó á soltar una prenda de aquella alianza.

En todo el tiempo del pontificado de Benedicto XIV, en el que se manifestaron sus relevantes virtudes, Pasionei fué el contraste perpetuo de su amabilidad, y aparentando querer aumentar su brillo, puso siempre el conato en mostrar su indecision, cuando Lambertini se presentaba como conciliador y moderado. El papa, en sus relaciones con los príncipes y grandes escritores, llevaba á veces su condescendencia hasta la debilidad; y entónces Pasionei le increpaba aguijoneándole siempre contra los institutos religiosos Ya hacia mucho tiempo que los Jesuitas habian sufrido los efectos de su antipatía, y Pombal, que conoció la situacion, la esplotó en su beneficio. En 1744 Pasionei habia dado una prueba significativa de su aversion hácia la Compañía de Jesus, y el ministro portugues, evocando este recuerdo, estaba muy seguro de que el cardenal secundaría sus intentos. Por esta época un capuchino, conocido con el nombre de Norberto, habia publicado en Italia una obra titulada: *Memorias históricas sobre la cuestion de los Jesuitas*. Norberto habia recorrido las Indias y la América, y estaba afiliado con todas las sectas protestantes, guardando en su corazon el inveterado odio que aquellos conservaban contra el instituto. Su obra fué denunciada al santo oficio, y una comision del mismo tomó á su cargo el examinarla. Se contaban en ella Pasionei y el franciscano Ganganelli, llamado despues Clemente XIV. Pasionei votó solo en favor del Capuchino, y puso en manos del soberano pontífice una memoria contra la censura opuesta, que condenó el escrito de Norberto. Grande era la autoridad que la categoría y talento del cardenal daba á sus pareceres. Pasionei justificaba al autor del libro, queriendo demostrar que los misioneros de la sociedad se entregaban á un comercio profano y ageno por lo tanto de su instituto. La acusacion era seria, y el cardenal se ofrecia á sostenerla á todo trance; y á pesar de tener en su mano los elementos con que su posicion le brindaba, quiso mejor recurrir al subterfugio. Para defender á su protejido, se esforzó en probar que Norberto no echaba en cara á

los Jesuitas lo mismo que él les imputaba. "El Capuchino, así se espresaba Pasionei, cita sobre la cuestion del comercio una carta de Mr. Martin, gobernador de Pondichery, como impresa en los viages de Duchesne:" habla, pues, por testimonio de otro, y para mayor correctivo, añade, en el tomo primero de sus Memorias, pág. 152, lo siguiente: "No queremos en manera alguna que el lector crea á este gobernador ni á otros tantos, que aseguran el tráfico que los padres siguen con las mas preciosas mercancías de las Indias. Estos saben muy bien sus deberes, y que los papas y concilios vedan el comercio á los eclesiásticos bajo pena de escomunion." Todo esto concluye Pasionei; en buena ley de raciocinio, no puede llamarse acusacion de comercio.

A ninguna persona engañó tan artificioso lenguaje. Segun el cardenal, Norberto no merecia ser censurado, no porque los Jesuitas dejasen de ser realmente culpables de aquel crímen, sino porque el escritor no habia tratado de imputársele. Sobre este único argumento fundaba Pasionei la defensa de Norberto. Si los misioneros, como él daba á entender, se hallaban complicados en esta infraccion de las leyes de la Iglesia, el cardenal, por el interes de aquella y de la moral pública, debia denunciarlo, y no parar hasta que la justicia hubiese llenado su deber. En su carácter y animosidad contra los Jesuitas, seguramente no hubiera retrocedido, si las esperanzas hubiesen correspondido á sus deseos. Fácilmente confiesa que hasta el 1745 los misioneros de la Compañía aparecian como limpios de semejante mancha; nos toca, pues, averiguar, si igualmente lo han estado desde aquella fecha y siempre (1).

---

(1) Un gran número de aserciones generales, y vagas por consecuencia, se han sentado contra los Jesuitas, relativamente al comercio. No fundándose la acusacion en base alguna, no quedaba mas arbitrio que simplemente desmentirla; pero desde el momento en que aquella se ha particularizado y referido á ciertos hechos marcados, la han confundido testimonios auténticos é irrecusables. Se ha imputado no pocas veces á los misioneros del Canadá el tráfico sobre peletería. En 1643, La Ferté, Bordier y demas directores y asociados de la Compañía de la Nueva-Francia, atestiguaron jurídicamente que no habia fundamento para esta acriminacion. Con el mismo fundamento se acusó en diferentes ocasiones á los Jesuitas del Paraguay, de la esplotacion de minas de oro y plata en perjuicio de la corona de España. En Setiembre y Octubre de 1752, D. Juan de Valverde, y Felipe V en 28 de Diciembre de 1743, declararon que no existia el menor rastro de minas en ese pais. Si los reyes de España hubieran sido engañados en sus intereses, por espacio de dos siglos, no hubiera sucedido esto despues de la espulsion de los Jesuitas, á menos que supongamos que éstos se llevaron consigo las minas cuando abandonaron las reducciones. Del mismo modo, el autor anónimo de las *anécdotas sobre la China*, imputa al P. de Goville, que se ocupaba en Canton en el cambio de moneda, trocando monedas chinas de oro por plata de Europa. Goville cita en su abono testigos y autoridades competentes y dignas de toda fe. El procurador general de la Propaganda, en Canton, José Ceru, persona poco favorable á los Jesuitas; La Bretesche, director de la Compañía de las Indias en Canton,

No obstante, Schœll, al propio tiempo que con su probidad histórica desvanece esas calumnias, dirige á la Compañia de Jesus otra, que en la apariencia tiene algun fundamento. Benedicto XIV habia publicado, en 1740, una bula contra los sacerdotes que se ocupasen de negociaciones prohibidas por los cánones. En ella ni se menciona Jesuita alguno, ni se hace la menor alusion directa ó indirecta á su Compañia; Schœll, á pesar de eso, hablando de ese decreto pontifical dice (1): "Las dos Bulas de Benedicto XIV no podian tener efecto respecto de las misiones de los Jesuitas, en las cuales los indios, en su candorosa sencillez, no conocian otros gefes y otros maestros, ó mejor dicho, otra Providencia, que á los padres, y en las que todo el comercio estaba á disposicion de éstos." Para juzgar como se debe esta cuestion, es indispensable examinarla detenidamente, así como las leyes de la Iglesia sobre el comercio de los sacerdotes y la posicion de los Jesuitas en el Paraguay y en en otras reducciones, de las que eran, al mismo tiempo que pastores y misioneros, administradores de lo temporal.

La negociacion que los cánones prohiben al clero secular y regular, y la que el mismo instituto de Loyola veda á sus afiliados, consiste en comprar y vender; pero jamas las leyes eclesiásticas se han estendido al comercio y enagenacion de la mercancía ó frutos que sean de su esclusiva propiedad, ó que estén á su inmediato cargo. Los Jesuitas eran como tutores de las cristianos que socialmente habian reunido en el Paraguay. Vista la incapacidad de estos salvages, á quienes la religion civilizaba, varios reyes de España, y con especialidad Felipe V, por decreto suyo de 28 de Diciembre de 1743, renovando y confirmando los de sus predecesores, concedieron á los misioneros el derecho de enagenar los productos de los terrenos cultivados por los neófitos, así como los de su particular industria. Este comercio se hizo siempre públicamente. Los papas, los reyes y el universo entero, fueron testigos de él en el espacio de ciento cincuenta años, y nunca se alzó la menor reclamacion; ántes por el contrario, los pontífices y los monarcas apoyaron en esto á los Jesuitas, ya por medio de breves, ya por cartas de aprobacion. Los obispos del Paraguay elogiaron en diferentes ocasiones el desinteres de los padres; y las autoridades civiles, que minuciosamente inspeccionaban los cuentas anuales, encomiaron su economía y su fiel administracion (2). Por lo tanto, un negocio de

---

y du Velai su sucesor; du Brossai y de l'Age, capitanes de navio; Arson, negociante &c., certificaron en acta auténtica, que jamas el P. de Goville ni algun otro Jesuita habia ejercido ni podido ejercer el cambio de moneda.

(1) *Cours d' histoire des Etats Européens*, tom. 39, pág. 51.

(2) Para aclarar mas este asunto, creemos oportuno especificar al lector el contenido de los artículos 2.° y 4.° del decreto de Felipe V de 28 de Noviem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta especie, tan manifiesto y necesario, nada tenia de ilícito, pues era el propietario ó su inmediato delegado el que vendia el producto de sus bienes y de su trabajo. Mas esto podria objetarse diciendo, que se perjudicaban los intereses del gobierno, así como á los del comercio en general. Nada de eso; el mismo gobierno habia fijado la legislacion de sus colonias del Paraguay, y esta legislacion era justamente la que establecia el comercio de los Jesuitas bajo

---

bre de 1743. Su tenor, mejor que cualquiera otra esplicacion, hará comprender el modo de obrar adoptado por los Jesuitas del Paraguay.

El 2.° artículo indica las clases de frutos que se recogen en las reducciones, dónde y cómo se les da salida, su precio respectivo, la cantidad de yerba que se conserva cada año, dónde se custodia, el uso que de ella se hace, y su venta en ciertos casos.

Resulta de las informaciones remitidas por D. Juan Vazquez, segun las investigaciones que hizo, que el producto de la yerba, del tabaco y otros frutos, asciende á cien mil escudos por año; y que los procuradores de los padres son los que á causa de la incapacidad de los indios, citada arriba, se encargan de vender estos productos y recoger su importe.

Por último, teniendo á la vista la prueba de que el valor de la yerba y demas frutos de la tierra y de la industria de los indios asciende á cien mil escudos, lo que está conforme con lo que dicen los PP., quienes certifican que nada sobra de esta suma para los gastos precisos de las treinta reducciones de mil vecinos cada una, los que á razon de cinco personas por cada vecino, ascienden á ciento cincuenta mil almas, entre las cuales repartidos los cien mil escudos, no tocan á cada individuo sino siete reales para compra de herramientas, otros utensilios y conservacion de las iglesias con la decencia que están; todo lo cual, siendo como lo es ciertísimo, hace ver que estos indios ni aun tienen fondos para ahorrar el tributo que pagan. Esto supuesto: " He creido conveniente " que sin variar en nada lo establecido, en la misma manera y especie que se " recogen los frutos en estos lugares, se negocien por mano de los PP. procu- " radores, como se ha verificado hasta el dia, y que los dependientes de mi " real tesorería de Santa Fe y de Buenos-Aires manden todos los años una " cuenta exacta de la cantidad y calidad de estos frutos, con arreglo al mode- " lo que se acompañará en la órden de este mismo dia, y al que se conforma- " rán con la mas puntual obediencia."

El artículo cuarto se reduce á saber si estos indios tienen patrimonio particular, ó si éste ó su administracion está á cargo de los padres.

Consta por las informaciones hechas sobre este artículo; por actas de sesiones y otros documentos que, vista la incapacidad é indolente pereza de los indios en el manejo de sus bienes, se asignó á cada uno cierta porcion de terreno para cultivarle, y para que de ella sacase lo suficiente para acudir á las necesidades de su familia, quedando lo restante en las tierras en comun: que lo que se recoge de granos, raices, comestibles y coton, sea administrado por los indios bajo la direccion de sus párrocos, así como la yerba y los ganados; que de todo esto se hagan tres partes; la primera, para pagar el tributo á mi real tesoro, sobre el que gravitan las pensiones de los misioneros; la segunda, para el ornato y conservacion de los templos, y la tercera, para el mantenimiento y vestido de las viudas, huérfanos y enfermos, para los empleados de fuerza y para las demas necesidades que ocurran, no percibiendo nada de esto todo aquel á quien se haya dado terreno particular para sacar de él cuanto necesite para mantenerse todo el año; que en cada pueblo los indios mayordomos, medidores, veedores y guarda-almacenes, lleven una cuenta exacta de esta administracion, y sienten en sus libros todas las entradas y salidas de la parte que

las bases indicadas. A éstos, y no á otras personas, estaba encomendada la guarda, el bienestar y la fortuna de estos pueblos, conquistados por ellos mismos al cristianismo. Su continua vigilancia fué la única que pudo frustrar los cálculos de especulacion sobre la sencillez de los catecúmenos; y así creemos que es muy dificil fundar una acusacion en semejantes datos, que el mismo Schœll es el primero en destruirlos, confesando que "en esta discusion los padres han sido condenados por espíritu de partido (1), y sin haber sido escuchados sus descargos.

No convenia al genio de Pombal atacar á un enemigo que tenia por su único escudo la razon. Queria sorprender por donde no se le aguardaba, y cuando este hombre de estado dirigia sus ataques, perseguia á su adversario con tal impetuosidad, que no le dejaba ni aun tiempo de reponerse de tan brusco acometimiento. Los es-

---

corresponde al pueblo, y que en todo esto se guarde la mayor exactitud y puntualidad, estando prohibido á los párrocos por su general, bajo penas gravísimas, aprovecharse en lo mas mínimo de lo que pertenezca á los indios, ni á título de limosna, ni de préstamo, ni bajo cualquier pretesto, quedando obligados en virtud del mismo precepto, á dar cuenta de todo al provincial. Sobre esto asegura el reverendo hermano Pedro Fajardo, obispo que fué de Buenos-Aires, que á la vuelta de la visita que habia hecho en todas estas reducciones, jamas vió ni esperaba ver, sociedad mejor arreglada ni desinteres igual al de los padres Jesuitas, puesto que no se quedaban con un grano ni una hilacha que perteneciese á los indios, para su alimento ó vestido. Este testimonio concuerda perfectamente con otros muchos no ménos seguros, y sobre todo con las informaciones que me han sido enviadas últimamente por el R. obispo de Buenos-Aires, D. José de Peralta, del órden de Sto. Domingo, en su carta de 8 de Enero del presente año de 1743, dándome cuenta de la visita que acababa de hacer en las susodichas reducciones, tanto de la de su diócesis, como en otras del obispado del Paraguay, con permiso del cabildo de la catedral *Sede vacante*, apoyando sobre todo la buena educacion que estos padres dan á sus indios, á quienes ha encontrado tan instruidos en la religion, y en cuanto toca á mi servicio, y tan bien gobernados en lo temporal, que se ha separado con sentimiento de aquellos lugares. Por todos estos motivos vengo en declarar: "que " es mi real voluntad que nada se innove en la administracion de los bienes " de estos pueblos, y que se continùe, como se ha hecho hasta el presente des- " de que comenzaron las reducciones de estos indios, con su consentimiento y " para su mayor ventaja, por los misioneros, que no siendo en rigor mas que " sus directores, con su sabia economía les han preservado de la mala distri- " bucion y malversaciones que tanto abundan en otras poblaciones indias de " una y otra América."

Y aunque por una cédula real del año de 1661, se habia mandado que los padres no ejerciesen el cargo de protectores de los indios; como esta prohibicion estaba basada en haberles imputado que se entrometian en la jurisdiccion eclesiástica y temporal, y que impedian la exaccion de los tributos reales, y esta imputacion era de todo punto incierta, de manera que lo contrario es lo que se ha verificado despues, y que la proteccion que daban á los indios se limitaba á gobernarlos bien, ya en lo espiritual como en lo temporal, "he creido que " convenia declarar la verdad de este hecho, y mandar, como lo hago, que en " nada se altere la forma de gobierno establecida al presente en estos pueblos."

[1] *Cours d' histoire, t. 39, pág. 56.*

critos encargados ó inspirados por el ministro, y los que él mismo redactaba, hacian mas eco en Europa que en Lisboa. En Portugal asombraba, pero no convencia; en Francia y Alemania fomentaba el odio contra la Compañía, y sus folletos eran allí reputados como oráculos dictados por el buen gusto y la verdad. Rodeado Pombal de cuanto hostilizaba á los Jesuitas, teniendo á su sueldo al capuchino Norberto, y aspirando el grato incienso que sus aduladores ó parásitos le tributaban al pié del altar que él mismo se erigia, solicitó de la Santa Sede un breve de reforma de la Compañía de Jesus. A sus ojos, ésta se habia desviado de su primer instituto y queria reformarla, suprimiéndola. En las deliberaciones del Pontífice, los cardenales Pasionei y Archinto secundaban las miras de aquel, y con astucia y maña, á la corta ó á la larga, debian salir con su empeño. Benedicto XIV se hallaba postrado en su lecho de muerte casi agonizante, y el 1.° de Abril de 1758, Pasionei, como secretario de Breves, presentó á la firma del moribundo el decreto tan ardientemente codiciado. El Papa le firmó. Las negociaciones relativas á esta medida se llevaban con tanto sigilo, que ni aun los Jesuitas de Roma se apercibieron de su existencia, sino hasta el momento mismo en que Pombal anunció á la Europa entera su victoria. Destruyendo las reducciones, y espulsando, á la fuerza ó con astusia, á los misioneros de los paises fertilizados con su sangre, despojaba al frondoso árbol de sus mas productivas ramas. Ya no restaba sino cortarle de raiz, y el ministro, armado con su decreto pontifical, comenzó á ponerlo por obra.

Sin embargo, Benedicto XIV, en sus últimos momentos, presintió que el espíritu de partido pudiera muy bien abusar del Breve de reforma. Se habia dirigido éste al cardenal Saldanha, encargado de su ejecucion, y queriendo el Pontífice iniciarle en su postrer deseo, dictó con ese fin á Archinto unas instrucciones llenas de prudencia y de justicia (1). Al cardenal portugues se le nombraba visitador de las casas de la Compañía en el Reino Fidelísimo, y el papa le recomendaba en esto la mayor discrecion y dulzura, guardando el silencio mas absoluto sobre los puntos de acusacion, no solo él sino sus subordinados, y pesándolo todo con madurez y con calma, sin dar oidos á las malignas sugestiones de los enemigos del instituto, y mucho ménos comunicar sus actos á los ministros del Estado ó al público; y por último, no decidir nada por sí, sino hacer de todo ello una relacion circunstanciada á la Santa Sede, quien se reservaba el derecho de fallar.

Estas prevenciones eran sabias y oportunas, pero contrariaban los planes de Pombal, y así las dejaron á un lado, como sueños de

---

[1] *Benedicti XIV pontificis maximi secretoria mandata circa visitationem cardinali Saldanha observanda.*

un moribundo. El 2 de Mayo de 1758 se notificó el breve á los Jesuitas, y en el dia siguiente 3 espiró Benedicto XIV, no sin el temor de haber traspasado los límites de su deber.

Los Jesuitas se hallaban heridos de muerte. Confiar la reforma de una sociedad religiosa, que no tenia de ella la menor necesidad, á un ministro que habia jurado su pérdida, era lo mismo que ahogarla bajo el peso de una calumnia legal. Los hijos de Loyola habian defendido á la Iglesia, y la Iglesia los abandonaba. Necesariamente muchas de aquellas almas, agobiadas por sus largos padecimientos, debieron contar repetidas horas de desaliento y afliccion. La conspiracion era indudable, y Saldanha, el protegido de Pombal, se hallaba rodeado de los mayores enemigos que tenia el instituto. Comenzaba á rayar el dia del supremo combate, y los Jesuitas, fiándose, como postrer áncora, en la sabiduría de la Silla Apostólica y en el reconocimiento de los monarcas, nada tenian previsto. Sin mas armas que la cruz, sin mas apoyo que la probidad de su vida, marchaban sobre sus contrarios, y corrian á lanzarse sobre ellos como el buitre sobre su presa. Se habian dejado imponer la ley en el Marañon y en el Paraguay, é iban á sufrir la derrota en el Portugal, sin ensayar siquiera una resistencia que el estado del pais hubiera hecho facilísima. Hubo de su parte, en esta ocasion, una funesta postracion de la fuerza moral, ó un sentimiento de obediencia llevado hasta el punto mas sublime de la abnegacion cristiana. Los santos deben admirar un heroismo semejante; pero los que no lo somos, deplorarémos siempre esa misma abnegacion, que tiende á transigir con el peligro y que pierde las sociedades y los tronos, deshonrándolos aun á los ojos de sus mismos adversarios.

Pombal llevaba dos objetos, y conseguia el uno por medio del otro. Aspiraba á destruir la religion católica en la península, y perseguia á los Jesuitas como á los defensores mas perseverantes de la Santa Sede. Nada ménos intentaba que cambiar el órden de sucesion de la monarquía portuguesa, y colocar la corona, por medio de un enlace, en las sienes del duque de Cumberland (1). Ibale

---

(1) Se sabe que el duque de Cumberland estaba consentido en ser rey de Portugal, y no dudo que lo hubiera conseguido, si los Jesuitas, confesores de la familia real, no se hubieran opuesto. He aquí el crímen que jamas se les ha podido perdonar." *(Testament politique du Marechal de Belle-Isle*, pág. 108.)

La idea de protestantizar al Portugal, casando al duque de Cumberland con la princesa de Beira, bullia ya hacia mucho tiempo en la cabeza de Pombal; y el conde Alejo de Saint-Priest, en su *Histoire de la Chute des Jesuites*, pág. 34, trae otras pruebas, y dice así: "Tan opuesto como fué Pombal á la Inglaterra de palabra, tan sumiso fué en los hechos; y miéntras que proclamaba á voz en grito la libertad de Portugal, sublevaba á la ciudad de Oporto con el establecimiento de la Compañía, que entregaba á los ingleses el monopolio de los vivos. Es tambien tradicion en el mundo diplomático de Lisboa, que ciertas baladronadas del marques eran á veces convenidas con el gabinete de Lóndres para disimular su complacencia á los ingleses."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en esto el envilecimiento de la familia real y la humillacion de los grandes, que no se hacian esclavos de sus caprichos. Para llevar á cabo la doble empresa, su política no perdonó medio. Los mas estremos eran los que mejor se combinaban con el ardor de su carácter. No siéndole asequible corromper ni intimidar á ciertos nobles de la primera clase, los atormentó de mil maneras, y ya que no pudo, á pesar de su excesivo orgullo, elevarse hasta la altura de aquellos, quiso que descendiesen mas bajo aun que su primer punto de partida. Para este ministro, que no sabia ser moderado en el bien ó mal que concebia, eran de absoluta necesidad aquellos hombres, cuya inteligencia pudiese quedar reasumida en una obediencia pasiva. Al frente de la gerarquía administrativa, colocó á sus próximos parientes ó criaturas inmediatas; redujo al rey á no ser mas que un autómata de movimiento; le aisló completamente de toda influencia católica ó monárquica; ganó su corazon; arrancó de él los principios religiosos, sustituyéndole los de las universidades, de los jansenistas y de los protestantes; y despues de todo, cuando arraigó su omnipotencia, se le vió caminar á grandes pasos á la realizacion de sus proyectos. El 19 de Setiembre de 1757 salieron del palacio real los PP. Moreira, Costa y Oliveira. En el mismo dia escribió á los infantes D. Manuel y D. Antonio, tios del monarca, notificándoles que aceptasen precisamente por sus confesores á los PP. Campo y Aranjués. Prohibió á los Jesuitas la entrada en la córte, y, añadiendo otras medidas arbitrarias, quiso comprometerlos á la rebelion, ó por lo ménos á un manifiesto descontento. Los Jesuitas callaron y obedecieron. En presencia de tan continuas hostilidades, el P. Enriquez, provincial de Lisboa, se contentó con recomendar á sus subordinados un respetuoso silencio, y el general les ordenó que no alzasen el guante que se les arrojaba: los Jesuitas á todo suscribieron. La malevolencia y el ultraje iban adquiriendo el derecho de impunidad, y la actitud pasiva de los padres estimulaba á Pombal (1). Todo se condenaba en Portugal contra la sociedad, y ésta, en lugar de defenderse, no cuidaba sino de respetar el arma con que la habian de herir de muerte.

En medio de esto, el cardenal Saldanha notificó el breve de Benedicto XIV al provincial de la Compañía. El papa se hallaba en vísperas de morir, y la anticipacion de este suceso podia aun hacer

(1) Schœel refiere, en la pág. 52 del tomo 33 de su *Curso de historia*, lo siguiente: "El 3 de Febrero de 1757 publicó Pombal, bajo la forma de manifiesto, el folleto siguiente: *Relacion de la conducta y últimas acciones de los Jesuitas en Portugal y en la corte de Lisboa.* Su contenido era lo mas parcial y apasionado, relativamente á lo sucedido en América desde los primeros establecimientos que los Jesuitas habian fundado en el interior de este vasto pais. La calumnia estaba tan manifiesta, que el provincial en un principio, y luego el general de la Orden, tuvieron por conveniente abandonar esta fábula á su suerte sin dignarse contestarla."

cuestionable lo que se habia arrancado á su debilidad; y para evitarlo, creyó Pombal que precipitando los sucesos, podria darles una autoridad de cosa juzgada. Saldanha delegó en el ministro los poderes amplios de que se hallaba revestido. Segun las leyes eclesiásticas, toda comision que se confiere á un nuncio ó visitador apostólico, cesa inmediatamente por la muerte del pontífice que la espidió, respecto á los puntos donde aun no se ha notificado el breve en vida de aquel. La provincia del Brasil se hallaba en ese caso. Saldanha indica á Pombal sus escrúpulos, y éste los deshace con un decreto del consejo. La irregularidad canónica no podia ser mas evidente; Saldanha la pasó por alto, y el 15 de Mayo, trece dias despues de haber recibido el breve pontificio, declaró por edicto, que los Jesuitas se ocupaban en un comercio ilícito, prohibido por las leyes de la Iglesia. En el corto espacio de estos trece dias, el reformador condenó en su tribunal al instituto en las cuatro partes del mundo, sin haber escuchado su defensa. El ministro, en su polémica ó en sus decretos, acusaba á los Jesuitas de infracciones canónicas; y el cardenal en los suyos los presentaba á la faz del orbe católico como convencidos de transacciones culpables. Esta última disposicion no solamente adolecia del vicio de ligereza y precipitacion, sino que era ademas injusta, porque la negociacion que ocupaba á los procuradores de las misiones, se hallaba autorizada por el buen sentido y por los pontífices y monarcas.

Pero el derecho y la equidad no se tenian en cuenta; la fuerza y la astucia se coligaban para destruir, miéntras que la ambicion y la impericia se daban la mano para secundar la violencia. Los registros de los PP., sus libros de cuenta y correspondencia, sus almacenes, todo fué ocupado é intervenido. Se hizo un inventario de capitales y productos, con el estado de gravámenes y obligaciones que afectaban á cada casa; se remontó la investigacion hasta el orígen mismo de la sociedad, y no se halló el menor rasgo de ilegalidad. La inocencia aparecia por este medio; el ministro se apresuró á ocultar el resultado de estos procedimientos en el fondo de un archivo, y buscó otro camino que diese resultados. El 7 de Junio de 1758, el cardenal patriarca de Lisboa, José Manuel, cuyo puesto codiciaba Saldanha, espulsó á los Jesuitas de toda la estension de su diócesis. Se habia intimidado á este anciano moribundo, haciendo intervenir la voluntad del rey. Pocos dias despues dejó de existir, y Saldanha fué llamado á sucederle.

En el mismo momento el cónclave hacia sentar en la cátedra de San Pedro al cardenal Rezzonico, que tomó el nombre de Clemente XIII. Elegido el nuevo papa en 6 de Julio de 1758, conoció muy luego la necesidad en que se hallaba de realzar á los ojos del poder secular la dignidad de la tiara. Era Rezzonico uno de aquellos sacerdotes de gran virtud y recto corazon como tantos

otros que la Iglesia ha visto á su frente. En presencia de la filosofía escéptica y mordaz del siglo XVIII, y del espectáculo lleno de tristeza, que la incuria de los reyes ofrecia á la Europa, Clemente XIII creyó que el único medio de salvar el catolicismo consistia en entibiar el celo y en protestar las revoluciones. Moderado, por que se creia fuerte con la autoridad de su fe, y no retrocediendo jamás ante el cumplimiento de un deber, este pontífice iba á sublevar contra sí todas las pasiones. Era benéfico, equitativo, padre de su pueblo (1) y valeroso caudillo de la Iglesia militante. Vivia en una época en que la vieja sociedad europea caminaba á su disolucion mas por la impericia de sus gobernantes y corrupcion de la clase alta, que por las agresiones de que era víctima. No se atacaba al catolicismo con el cisma ó la herejía; se le minaba con la duda y con la relajacion de costumbres para derribar los tronos; no se apelaba al medio de infundir en el corazon de las naciones deseos de emancipacion ó de pillaje, sino que se envilecia al trono, con la adulacion y la lisonja, adorméciendole en brazos del deleite, y enseñando entre tanto á los pueblos á preparar su sangriento despertar. Clemente XIII no consintió en ser mudo testigo de estos planes. La Compañía de Jesus era el blanco de los enemigos de la Iglesia, y el papa se declaró su protector. La situacion era difícil, pues por cualquier lado se alzaba un escollo. Todo era hostil al poder, hasta el poder mismo; y, en este caos, la voz de la razon no se alzaba sino para caer ahogada bajo la burlona risa de unos ó la fraseología de otros.

Roma tenia un nuevo pontífice; y el 21 de Mayo de 1758, la Compañía se habia dado un nuevo gefe. Clemente XIII, apenas se intaló en la Silla Apostólico, vió, el 31 de Julio del mismo año, á Lorenzo Ricci, general de los Jesuitas, postrado humildemente al pié de su trono, y poniendo en sus manos la esposicion siguiente:

"Muy Santo Padre:

"El general de la Compañía de Jesus, prosternado ante Vuestra Santidad, humildemente espone el estremo abatimiento y las desgracias de que es víctima su Orden por la revolucion notoria que

(1) El astrónomo Francisco Lalande en su *Viage á Italia*, tom. VI, pág. 452, habla de Clemente XIII en estos términos: El papa, dice hablando de la cuestion del desagüe de las lagunas Pontinas, lo deseaba personalmente. Cuando dí cuenta á su Santidad de esta parte de mi viage, tomó un interes tan grande, y me rogó con tanto empeño que pensase bien en la posibilidad y ventajas de este proyecto, que se lo espuse en detall; pero tomándome la libertad de añadir que semejante obra seria una época de gloria para su reinado, el religioso pontífice interrumpió este discurso profano, y, dirigiendo sus manos al cielo, me contestó con lágrimas en los ojos: "No es la gloria la que nos toca; es el bien de los pueblos el que únicamente deseamos."

aflige á Portugal. Pues atribuyendo á varios de sus individuos residentes en los dominios de S. M. F., crímenes de la mayor gravedad y trascendencia, se ha obtenido de Benedicto XIV, de feliz memoria, un breve, por el que se crea á Su Eminencia el cardenal Saldanha, visitador y reformador, con poderes los mas estensos. No solamente se ha publicado en Portugal este breve, sino que se ha reimpreso en toda la Italia. En su consecuencia, el Eminentísimo Visitador ha publicado un decreto, en que se declaran como culpables de comercio ilícito á todos estos religiosos. A mas de esto, su Eminencia el cardenal patriarca, sin miramiento alguno á la constitucion *Superna* de Clemente X, que prohibe á los obispos privar á la vez á toda una comunidad religiosa de las licencias de confesar sin ántes consultar con la Santa Sede, *in consulta Sede apostolica*, ha prohibido el confesar y predicar á todos los religiosos de la Compañía que residen no solamente en su diócesis de Lisboa, sino aun en toda la extension del patriarcado. Sin haberles personalmente intimado ese entredicho, repentinamente se ha fijado el edicto en todas las iglesias de Lisboa; hechos todos, de los cuales tiene el general pruebas auténticas.

Los Jesuitas de Portugal han sufrido estas demasías tan repugnantes para ellos, con la humilde sumision que debian. Se hallan íntimamente persuadidos de la rectitud de las intenciones de S. M. F., de la de sus ministros y de la de los dos eminentísimos cardenales. No obstante, temen que todas estas personas hayan sido sorprendidas por otras mal intencionadas. Nunca pueden persuadirse que sus hermanos sean culpables de delitos tan atroces, tanto mas, cuanto que no habiéndose citado personalmente en justicia á ninguno de ellos, no han podido en manera alguna presentar sus defensas y descargos.

"Ultimamente, aun cuando existiesen en particular algunos culpables de los crímenes que se les suponen, creemos que semejante delito no comprende á todos ni aun á la mayor parte, por mas que se incluya á todos en una misma pena. Ademas, aun cuando todos los religiosos que se encuentran en los Estados de S. M. F. fuesen culpables, desde el primero hasta el último, lo cual no puede suponerse, los demas, que en las diferentes partes del mundo emplean sus fatigas y trabajos en procurar la mayor honra de Dios y la salvacion de las almas, en cuanto les es posible, exigen en el instante ser al ménos tratados con indulgencia. El descrédito y la mancha se extienden á toda la Orden, aunque ésta repruebe los crímenes que se atribuyen á los padres de Portugal, y especialmente todo aquello que tienda en lo mas mínimo á ofender á los superiores, tanto eclesiásticos como seculares. Por el contrario, desea y hace todo lo que está á su alcance, para eximirse de cualquiera falta á que se halla sujeta la condicion humana, y en particular toda corporacion.

"Indudablemente los superiores de la Sociedad, como aparece por sus registros y cartas escritas ó recibidas, han insistido siempre sobre la mas exacta observancia de las reglas, tanto en las provincias de Portugal como en todas las demas. En ciertas ocasiones se les ha informado de abusos de otro género, pero jamas ha existido el menor aviso ni noticia respecto á los delitos que hoy dia se imputan á estos religiosos, por lo cual ni preventivamente se les ha advertido ni requerido para que sobre ello pusiesen remedio.

"Sabedores, en fin, aunque indirectamente, de que estos padres habian incurrido en la desgracia de S. M., no han podido ménos de demostrar su dolor, y han suplicado que se les instruyese con individualidad sobre los delitos y sobre los culpables. Han ofrecido mandar á paises estrangeros á los PP. mas capaces y mas acreditados de la Compañía para visitar y reformar los abusos que pudieran haberse introducido; pero sus humildes ruegos y sus ofertas no han merecido ser escuchadas.

"Ademas, es muy temible que en lugar de ser beneficiosa esta visita y esta reforma, ocasionen por el contrario disturbios, sin ninguna utilidad, especialmente en las posesiones de ultramar, en las cuales el Eminentísimo cardenal Saldanha tiene que delegar sus poderes y facultad. Se tiene la confianza que es posible en todo lo que este cardenal haga por sí mismo; pero debe temerse, con razon, que en las delegaciones intervengan personas poco entendidas en las reglas y constituciones de los regulares, ó mal intencionadas, que por lo mismo pudieran causar grandes males.

"Por todas estas razones el general de la Compañía de Jesus, en nombre de toda la Sociedad, implora con el mas sincero y humilde ruego la autoridad de Vuestra Santidad, y la súplica que por cuantos medios le sugiera su alta sabiduría, provea á la seguridad y garantía de aquellos de sus individuos que no sean culpables, y particularmente al honor de toda la Sociedad, para que ésta no quede inútil para la mayor gloria de Dios y salvacion de las almas, pueda servir á la Santa Sede y secundar el piadoso celo de Vuestra Santidad. Por todo lo cual, el general por sí y en nombre de su Compañía, rogarán á Dios con los mas sinceros votos, para obtener de su Divina Magestad que dispense á Vuestra Santidad las bendiciones del cielo y una larga serie de años, para bien y prosperidad de la Iglesia universal."

El soberano pontífice recibió esta memoria de manos de un acusado, que demandaba jueces que le absolviesen ó condenasen, única cosa que los hombres no pueden negar á otro hombre. Su respuesta fué favorable á los Jesuitas (1). Pombal no podia obrar por sí solo,

[1] El comendador d' Almada Mendozza, pariente de Pombal, y su embajador en Roma, hizo imprimir y circular por todas partes una falsa decision

y tenia que luchar contra un pontífice que no se dejaria engañar con hipócritas demostraciones. Los resortes de su política se hallaban descubiertos. Habia desterrado de Lisboa á los Jesuitas que mas temia: Fonseca, Ferreira, Malagrida y Torres. El P. Santiago de Camera, hijo del conde de Ribeira, se habia resistido enérgicamente á toda clase de intimidacion. Pombal ensayó realizar algunas defecciones en la Orden, de las que hubiera sacado gran partido. Existian entre los Jesuitas portugueses dos padres, cuyos antecedentes parecian conformes á las intrigas de los ministros. Era uno, el P. Cayetano, de genio adusto, pero de entendimiento tan vivo como profundo; y el otro, Ignacio Suarez. Adulándolos, esperaba Pombal que le seria muy fácil inclinarlos á hacer traicion á la Compañia, creyendo que ésta no les seria muy afecta por la tendencia de sus caracteres. El cardenal Saldanha se encargó de afiliarles en la bandera ministerial. Cayetano y Suarez, á quienes el patriarca acariciaba por una parte, y amenazaba por la otra, se negaron á asociarse á semejante proyecto. Estos habian titubeado en su fe de Jesuitas, cuando el instituto estaba poderoso, y se adhirieron completamente á él, cuando le vieron débil y perseguido. Esta oposicion y las medidas tomadas en Roma comprometian las esperanzas de Pombal; mas un acontecimiento imprevisto cambió de repente el estado de los nogocios.

En la noche del 3 al 4 de Setiembre de 1758, aun no trascurridos dos años despues del atentado de Damiens sobre Luis XV, volviendo el rey de Portugal en su carruage desde la casa de Tavora al palacio, fué herido con bala en un brazo. Semejante crímen, que al dia siguiente toda la ciudad atribuia al marques de Tovora como vengador de su honra en el real seductor de su esposa Doña Teresa, ofrecia á Pombal el cambio mas inesperado. Los Tavoras eran sus enemigos, porque habian rehusado la alianza con su hija; pertenecian, ademas, á la nobleza mas elevada, y todo parecia conspirar en favor del ministro. A falta de otras pruebas, la voz pública bastaba para arrestar á los asesinos ó presuntos fautores del regicidio. En cualquiera otro pais, la justicia así hubiera procedido; Portugal no adoptó esta medida regular. Llenó de terror al soberano; le ocultó á todas las miradas, aun á las de la familia real; hizo recaer las sospechas sobre los nobles, cuyo crédito temia ó cuyas riquezas codiciaba, y presentó siempre y por siempre á los Jesuitas como instigadores del atentado. Dejó así amenazar la tempestad, cuyas nubes dirigia. Los Tavoras continuaron acudiendo á la corte, y el 12 de Diciembre, pasados mas de tres meses de la perpetracion del crímen, que la inesplicable inaccion de Pombal ya convertia en fábula ó paradoja, fueron de repente arrestados y sumidos en oscuros calabozos el duque de Aveiro, el marques de Tavora, Doña Leonor, su madre, y otros muchos parientes y amigos de estas familias. Las señoras obtuvieron al fin

conventos para su prision; pero la piedad para con todos estos personages llegó á ser á los ojos de Pombal un título de proscripcion. Se reputaba sospechoso al que se compadeciese de su suerte, y se consideraba criminal al que, un instante siquiera, pusiese en duda las misteriosas tramas que por espacio de tres meses habian ocupado toda la atencion del ministro. La alta nobleza habia rehusado aceptarle como á uno de los suyos; le habia hecho expiar su orgullo con sarcasmos y desprecio; y Pombal se vengaba de esta afrenta bañándose en la sangre de las razas mas ilustres. La opinion pública no vió en esto mas que una maquinacion del ministro para absorver á sus enemigos en un complot imposible. Los meditados cálculos, y las mentiras diplomáticas ó judiciales de Pombal, se vieron tan á las claras, que aun sus mas ecsaltados panegiristas reprobaron semejantes crueldades, y no tuvieron valor para asociarse á su venganza. "Los enciclopedistas, dice el conde de Sanit-Priest (1), hubieran podido servirse de auxiliares tan fieles como celosos; pero no fué así. Los documentos emanados de la corte de Lisboa les parecieron ridículos en su forma y calumniosos en su fondo. Este holocausto de los gefes de la nobleza chocó á las clases superiores, hasta entónces perdonadas por los filósofos. Tanta crueldad formaba contraste con las costumbres de una sociedad ya muy antigua en verdad, pero aun muy elegante. Finalmente, hubo piedad para las víctimas y escarnio para el verdugo."

Este verdugo, porque ningun hombre mereció jamas este título mejor que Pombal, tenia bajo su poder á una parte de sus adversarios; pero, aun le restaba otra, para satisfacer completamente sus rencores. El atentado del 3 de Setiembre le proporcionaba una ocasion muy á propósito para mezclar el nombre de los Jesuitas con un regicidio presunto. "Los tiros que les habia dirigido en sus manifiestos, cuenta el historiador poco verídico de *la Caida de los Jesuitas* (2), no se apoyaban sobre ideas generales, sino sobre hechos aislados, dudosos y mal presentados." Pombal consultaba mas á su venganza que á la opinion pública. La primera se encontraba acorde con sus proyectos anticatólicos; y haciendo de todo ello una horrible mezcla, y confundiendo las nociones de justicia y de humanidad, envolvió en esta catástrofe á cuantos Jesuitas residian en Portugal. Aveiro, los Tavoras, Atouguia y la mayor parte de los acusados debian ser juzgados por los Pares; el ministro creó en lugar de éstos un tribunal de inconfidencia. Por un

de esta congregacion. Este trabajo seria hecho, sin duda, por alguno de los cardenales, á quienes Almada dispensaba, así como su gefe, una grande autoridad. Este supuesto decreto fué quemado en Roma y en Madrid por mano del verdugo, como papel anónimo y calumnioso.

[1] *Histoire de la Chute des Jesuites*, p. 24.

[2] Id., pág. 26.

olvido de las reglas mas sagradas, él mismo presidió esta comision especial, en la que tenian asiento sus colegas Acunha y Corte Real. El tormento se aplicó á los reos; le sufrieron con firmeza, siendo tan solo el duque de Aveiro quien, vencido por el dolor, confesó cuanto se exigia de él. Se declaró culpable, acusó á sus amigos y á los Jesuitas; pero apenas cesó el suplicio, se apresuró á negar cuanto la violencia habia arrancado á su debilidad. Los jueces se negaron á oir su retraccion. No hubo en el proceso ni testigos, ni interrogatorios ni debates: aun se ignora si hubo defensa para los prisioneros. Todo cuanto de esto se sabe, se reduce á que el fiscal Costa Freire, primer jurisconsulto del reino, proclamó la inocencia de los acusados, y que su probidad fué causa de que le cargaran de cadenas; que el senador Juan Bucallao protestó contra la violencia de las formas judiciales é iniquidad del procedimiento; que el mismo Pombal redactó la sentencia de muerte; que ésta se halla escrita de su mano; que fué notificada á los supuestos reos el 12 de Enero de 1759, y por último, que se ejecutó el dia siguiente.

El pueblo y el ejército murmuraban, los grandes se agitaban; Pombal dispuso que se alzase el cadalso en la aldea de Belen, distante media legua de Lisboa. Su barbarie pensaba hasta en los menores detalles. Habia querido que la marquesa de Tavora y todas las víctimas apareciesen sobre el cadalso con la soga al cuello y casi desnudas. Esta era la postrer humillacion que reservaba á los que le habian desdeñado. Doña Leonor, mas altiva aun en este momento que en los dias de su prosperidad y grandeza, subió la primera á aquel inmenso tablado, donde el garrote, la rueda, la hoguera y el tajo se elevaban, para presentar en conjunto á la vista de los condenados sus diferentes suplicios. Llena de calma y dignidad, y con el Crucifijo en las manos, se adelantó la marquesa de Tavora; el ejecutor quiso atarla los pies: "Alto ahí! esclamó ésta, no me toques sino para matarme." Intimidado el verdugo, se arrodilló ante aquella mártir de la justicia humana, y la pidió perdon. "Toma, continuó Doña Leonor con mas dulzura sacando una sortija de su dedo (1), no me queda mas que ésto; guárdala, y haz tu deber." Un instante despues rodaba bajo el hacha la cabeza de la marquesa de Tavora. De media en media hora, su esposo, hijos, yernos, criados y el duque de Aveiro, vinieron á morir sucesivamente á la vista de aquel cadáver palpitante, ya entre los horrores de la estrangulacion, ya en la rueda ó en las llamas. Cuando se consumó la matanza, se puso fuego al cadalso, y el Tajo ar-

(1) Memorias del marques de Pombal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rastró en sus ondas las cenizas de las víctimas, confundidas con los sangrientos restos de la tortura (1).

El 27 de Marzo de 1759, La Condamine escribia á Maupertuis: "Nadie me persuadirá jamas de que los Jesuitas hayan en efecto cometido el atentado horrible de que se les acusa," y el escéptico Maupertuis le respondia: "Pienso como vos respecto á los Jesuitas; es preciso que sean bien inocentes para que aun no se les haya castigado, y nunca les creeria culpables, aunque supiese que se les habia quemado vivos." El padre Malagrida fué reservado para este suplicio, y un grito de reprobacion respondió á esta última cobardía del poder. Pombal se habia apropiado ó repartido entre sus adictos los bienes de sus víctimas. Aniquilábalas para el presente, deshonraba para el porvenir á sus familias, y aun ansiaba otra presa. Habia hollado á la nobleza, y queria ademas borrar hasta el nombre de la Compañía de Jesus. Conocia la firmeza de Clemente XIII: sus intrigas iban á estrellarse en Roma; y por uno de aquellos golpes de audacia, que en el primer momento hacen dudar de la inocencia de una vida entera, el ministro no retrocedió ante la mas absurda de las acusaciones. Todo lo cual habia hecho que nadie osara contrarestar en lo mas mínimo á un hombre á quien el furor llevaba mas allá de la razon. La víspera de la ejecucion de los

---

(1) Pombal fué juzgado á su vez; pero encontró en la reina Doña María, heredera de José I, mas compasion de la que debia inspirar. El 7 de Abril de 1781, este hombre de edad de 82 años, fué condenado de un modo, que á la historia parecerá poco severo. El consejo de estado y los magistrados declararon, por mayoríade quince votos contra tres, que todas las personas, ya vivas, ya difuntas, ya desterradas, que fueron comprendidas en la sentencia de 1759, eran inocentes del crímen de que se las habia acusado. Este fallo de rehabilitacion se encuentra sabia y estensamente motivado. Se apoya mucho en la primera sentencia llena de contradiccion, y de hechos que se destruyen unos á otros. Así se lee en el fallo de Pombal, "que el tiro se deslizó, y no hizo mas que rozar la parte posterior del carruage, despues que seis balas pasaron delante del pecho del rey mas abajo; que el tiro, disparado por detras, pasó entre el brazo y las costillas, rozando ligeramente la espalda derecha del rey; y todavia mas adelante añade la sentencia que: el rey recibió heridas considerables y mortales."

Lo que parece fuera de toda duda es, que se dispararon dos ó tres pistoletazos al coche de José I. La version mas acreditada cuenta que dos criados de la casa de Tavora fueron los autores del crímen; pero Pombal ha sembrado tanta confusion y encarnizamiento en el proceso, que casi se puede aun dudar de la realidad del atentado, que muchos historiadores no temen atribuirle á él mismo. Lo que se le debe imputar sin duda alguna, es la iniquidad con que procedió en este asunto, pudiendo decirse con el ingles Shirley, en su *Magasin de Lóndres*, Marzo de 1759: "La sentencia del tribunal de inconfidencia no puede considerarse ni como concluyente para el público, ni como justa respuesta á los acusados.. ¿Qué peso puede tener un juicio que desde el principio hasta el fin no es mas que una vaga declamacion, donde se ocultan al público las disposiciones de los testigos, las pruebas, y donde todas las formas legales no han sido ménos violadas que la equidad natural?

Tavoras, los Jesuitas de Portugal, sometidos cuatro meses hacia á la mas opresora de todas las inquisiciones, fueron declarados en masa como instigadores y cómplices del presunto regicidio. El provincial Henriquez y los padres Malagrida, Perdigano, Suarez, Juan de Mattos, Oliveira, Francisco-Eduardo y Costa, fueron presos. El último, muy amigo del infante D. Pedro, hermano del rey, fué sometido al tormento para arrancar ó sus dolores una confesion ó reticencia, que pudiera aludir contra el príncipe. Costa, atenaceado y desgarrado, permaneció mudo é inalterable.

Pombal lo habia dispuesto todo para consumar su misterio de iniquidad. Los padres Malagrida, Mattos y Juan Alejandro, antiguos misioneros encanecidos en los trabajos del apostolado y de la caridad, habian pasado su juventud y edad madura entre los salvages del Marañon y del Brasil. La marquesa de Tavora habia seguido los ejercicios espirituales de Malagrida; el padre Mattos se hallaba ligado con la familia de Ribeira; y Juan Alejandro, al volver de las Indias, habia hecho la travesía en el mismo buque que los Tavoras. Hé aquí los únicos cargos alegados por Pombal: estos fueron suficientes para condenar á muerte á los tres Jesuitas. Se ignora el motivo por qué el ministro los escluyó del patíbulo el 13 de Enero.

Reinaba la consternacion en las casas de la Compañía: los mas duros tratamientos, las insinuaciones mas pérfidas, se ponian en juego para apurar su paciencia ó comprometerles, y los Jesuitas que no supieron conjurar esta nube de injusticias; tuvieron el valor y sufrimiento del martirio. Separados los unos de los otros, sin comunicacion con sus hermanos y superiores, en poder de un enemigo que no cesaba de acusar, sin probar la menor de sus alegaciones, aguardaron con la dignidad de su silencio la suerte que les estaba reservada. El ministro conocia que sus palabras perdian su autoridad; y el 19 de Enero de 1759 redujo al soberano al triste papel de libelista. Cada escalon del trono se cubria de sangre; el destierro, la cautividad ó la ruina, era el destino de sus mas fieles servidores; se le enseñó á desconfiar de sus amigos y aun de toda su familia. Pombal, á fin de ir mas adelante, cubrió bajo la salvaguardia de la magestad real cuantas mentiras creia necesarias para justificar tantos crímenes. En nombre de José I espidió una circular dirigida á todos los obispos portugueses, que se repartió con profusion. Este manifiesto era la glorificacion de Pombal, y una vergonzosa, aunque tácita, acusacion á los reyes predecesores de José.

Algunos obispos aprovecharon esta ocasion para crear un pedestal á su fortuna eclesiástica; otros se aterraron con la sola idea de provocar la cólera del ministro omnipotente; y el prelado, que retrocede en presencia del deber, está muy próximo á inmolar su

conciencia pastoral á falsas circunstancias de compromiso. Casi todos ellos se prestaron á las exigencias de Pombal, y aun no faltaron quienes las apoyaron. Los Jesuitas, estupefactos, y rodeados de enemigos inesperados, que la desgracia aglomeraba en derredor de las víctimas, ni aun siquiera alzaban la voz para protestar contra tantos desencadenados furores. Nada hacian; Pombal imaginó un medio para obligarles á escribir. Sátiras las mas virulentas contra la persona real, aparecieron publicadas con el nombre de muchos padres. La medida se habia colmado. Doscientos obispos de todos los puntos del mundo católico, varios cardenales y los tres electores eclesiásticos, ya no pudieron por mas tiempo permanecer mudos espectadores de tamaño oprobio, que constituia á un príncipe *infraganti* de delito de impostura. Todos éstos suplicaron al papa Clemente XIII que vengase á la Compañía de Jesus. Las voz del catolicismo fué oida, y el padre comun de los fieles accedió al general voto de la Iglesia.

A Pombal no le detenian rogativas ni amenazas eclesiásticas. Su despotismo no encontraba resistencia alguna en Portugal, y pensó que siempre tendria tiempo de ejercerle despues de haber consumado su obra de destruccion. Heria de muerte á la Sociedad de Jesus, pero con una mira católica, con la de reformarla y hacerla mas perfecta. El ministro portugues no salia de este terreno. Acusaba á los Jesuitas de cuantos crímenes podia inventar la imaginacion de sus asalariados folletinistas, y al propio tiempo declaraba que su pensamiento no tendia á mas que á volver á los discípulos de San Ignacio á la primitiva pureza de sus reglas. En presencia de las muchas contradicciones que ofrece este gran proceso, uno de los acontecimientos ménos conocidos y mas curiosos del siglo XVIII, Voltaire tiene razon cuando dice (1): "Lo que hubo de mas estraño en su desastre casi universal, fué, quefueron proscriptos en Portugal por haber degenerado de su instituto, y en Francia, por haberse conformado demasiadamente á él."

Los bienes y los colegios de la Orden estaban secuestrados, y era preciso apropiárselos, á fin de pagar las complacencias episcopales, distraer al pueblo con fiestas y comprar al ejército. El ministro tenia en prisiones á mas de quinientos Jesuitas, á quienes habia despojado de todo, aun del derecho de llorar sobre las ruinas de sus casas. La piedad en su favor era un crímen que se castigaba con el destierro ó con la muerte. En el Brasil y en el Marañon los perseguian sus agentes con un encarnizamiento inaudito; les arrancaban de sus salvages, y los hacinaban, sin recursos ni provisiones, en el primer barco que encontraban se hiciese á la vela para la metrópoli. Todos estos Jesuitas, que

[1] *Œuvres* de Voltaire, *Siecle de Louis XII*, tomo pág. 354.

ignoraban de todo punto la acusacion que agradaria al gobierno que pesase sobre ellos, llegaban á Lisboa, se les amontonaba en las prisiones, y despues se les abandonaba entre dos filas de soldados, quienes, en lo general, ménos crueles que la autoridad, partian su pan con ellos.

Tan violenta situacion no podia ser duradera. El 20 de Abril de 1759, Pombal remitió al papa una carta de José I, que anunciaba la intencion de arrojar de sus estados á todos los miembros de la Compañía de Jesus. No respondiendo Clemente XIII tan pronto á sus deseos, el mismo ministro le previno. Clemente XIII no prestaba su apoyo á las iniquidades de Pombal; y éste, á fin de engañar al rey, hacia fabricar en Roma, por Almada, su embajador en aquella corte, un breve falso que aprobaba sus proyectos, determinaba el uso que debia hacerse de los bienes de la Sociedad, y autorizaba para castigar con la muerte á los culpables. Este breve, tan audazmente supuesto, entretenia á la Europa en sus malas disposiciones contra los padres portugueses, colocando á los Jesuitas de otros paises en la imposibilidad de defenderse. Pombal se apresuró á sacar provecho de estas impresiones. Sabia que el soberano pontífice se aterraba con sus amenzas de cisma, y que, por mantener la paz de la Iglesia, haria cuantas concesiones fuesen compatibles con la dignidad de la Santa Sede. El verdadero breve no era tan esplícito como aquel de que Pombal se habia forjado un arma: el papa descendia hasta la súplica para vencer la injusta obstinacion del rey y de su ministro. Pombal se indignó al ver disputada por el vicario de Jesucristo la presa que tanto anhelaba, y creyó suscitar entre ámbas cortes un conflicto diplomático. Acciajuoli, nuncio en Portugal, creyendo desde luego que las cosas no se llevarian tan adelante, habia favorecido los planes oficiales; pero cuando conoció su tendencia, se negó á asociarse á ellos. Pombal lo puso todo por obra para hacerle imposible su permanencia en Lisboa. Clemente XIII y el cardenal Torregiani, su secretario de estado, no querian proscribir á los Jesuitas, por el eterno principio de equidad que no permite sean confundidos los inocentes con los culpables. Pombal se imaginó que esta negativa equivalia á una declaracion de guerra, y la hizo á su manera. Los Jesuitas Malagrida, Henriquez, Mattos, Moreira y Alejandro, fueron condenados á ser descuartizados vivos, como cómplices del duque de Aveiro y de los marqueses de Tavora. El 31 de Julio es la fiesta de S. Ignacio de Loyola, y Pombal escogió este aniversario, tan querido para los discípulos del instituto, para expedir una sentencia que no tuvo publicidad ni ejecucion, pero que debia exasperarlos, ó al ménos consternarlos.

Hay en esto una circunstancia que la historia no debe olvidar. Los Jesuitas, se decia, tienen medios secretos para deshacerse de

sus enemigos; no retroceden ante ningun peligro; aconsejan el regicidio, le absuelven, y cuando no saben el modo de conseguir el triunfo de sus ambiciosos proyectos, el hierro ó el veneno vienen en su ayuda. Hasta aquel dia en que Pombal se encarnizó contra su instituto, los Jesuitas, tantas veces acusados de legitimar los medios, jamas habian recurrido al asesinato. Esta especie de tribunal secreto, cuya existencia se reveló con tanta énfasis, no ha sido mas que una fábula arrojada para alimento de credulidades imbéciles. Jamas encontraron los Jesuitas fanáticos en sus partidarios ó en sus novicios; pero si, como afirmaba el ministro portugues, la vida de los hombres era tan poca cosa á sus ojos cuando peligraba el interes de la Orden, es preciso convenir en que, en 1759, los Jesuitas dejaron escapar la ocasion mas urgente de aplicar su sanguinario principio. Un hombre solo quebraba el pasado y porvenir de la Sociedad. En la situacion de los espíritus, su ejemplo podia contagiar á otros. Pombal no se detenia por escrúpulos; tenia hábiles falsarios en Roma, en Paris y en Lisboa, y juntamente imprentas clandestinas pagadas por él para desfigurar los escritos originales y estender por el mundo los folletos que dirigia contra los Jesuitas, y las respuestas que suplantaba por cuenta de aquellos. Ponia en tortura los hechos mas sencillos para estraer de ellos una acusacion. Con el oro de Portugal sembraba el odio al nombre de Jesuitas, abusaba de la debilidad de su rey, desafiaba á la silla Apostólica y llevaba su mano sacrílega hasta el arca santa del instituto. Sabia encontrar magistrados que los acusasen sin discusion, y que los condenasen sin exámen. Arrancábaseles de su patria, se les anunciaba que perecerian todos en un *auto de fe*, ó que se les arrojaria como contagiados al interior de una isla desierta. Hallábanse todos reunidos, con la esperanza próxima de la muerte ó de la proscripcion. Pero aun no lo habian perdido todo; les quedaban amigos, y podian evocar vengadores. En un caso desesperado, estos religiosos, tan hábilmente vengativos, y tan bien preparados á los escesos del fanatismo, podian herir á Pombal entre las sombras. Nada les era mas fácil. De los quinientos sacerdotes que se decia estar ligados los unos con los otros por medio de terribles juramentos, ni uno solo concibió la idea de semejante expiacion. El ministro les imputaba que tenian como gérmen el pensamiento de todas las maldades, y el ministro vivia, sirviendo su existencia de la mas evidente demostracion de sus imposturas (1). Si hubo necesidad de alguna muerte para pre-

[1] La énfasis de Pombal, su crueldad y sus injusticias, que mas tarde debia repetir en parte el duque de Choiseul, inspiraban á este último un sentimiento de frio desprecio. Repetidas veces se oia al ministro frances decir al príncipe de Kaunitz hablando del ministro portugues: "¿Este caballero tiene siempre un Jesuita montado en sus narices?" Este chiste, que se puede aplicar á todos los Pombal del mundo, no le corrigió en su manía de ver y tocar por todas partes Jesuitas. Los habia arrojado del reino Fidelísimo, estaban ademas proscriptos en Francia y en España; y todo el mundo parlamentario, jansenístico y filosófico, se ligaba contra ellos. No obstante, desde el fondo de su palacio de Nuestra Señora de Ayuda, sueña Pombal que los Jesuitas son mas poderosos que nunca, y con fecha de 20 de Enero de 1767, dirige al conde de Acunha, ministro de negocios estrangeros en Lisboa, una comunicacion oficial, de la que estractamos este pasage: "Muchos hechos tan ciertos como notorios han probado á su Magestad, que los Jesuitas están en inteligencia con los ingleses, á quienes se sabe han prometido introducir en cuantos dominios posean el Portugal y la España pasado el sud de la línea, contribuyendo á este proyecto con todas sus fuerzas, y empleando todas sus tramas, que consisten casi siempre en sembrar el fanatismo para engañar á los pueblos con su esterior hipócrita, y sublevarlos contra sus legítimos soberanos, bajo el pretexto de religion, y afectando motivos puramente espirituales. Lo que pueden emprender los ingleses de comun acuerdo con los Jesuitas, se reduce á los dos casos siguientes: primero, los ingleses suministrarán á los Jesuitas tropas, armas y municiones de boca y guerra; segundo, ocultarán los brazos de donde han de salir los tiros, disfrazando á los militares con la sotana jesuítica, como ya han hecho varias veces, y la corte de Lóndres dirá entónces que todo ello no es mas que efecto del inmenso poder de los Jesuitas."

Solo el ridículo es la contestacion que merecen semejantes aserciones. Citamos solamente esta carta de Pombal, que con todo cuidado se conserva en el quinceno registro de las órdenes y decretos desde el 1765 al 1763, para demostrar hasta qué punto puede alucinar la pasion contra los Jesuitas á algunos entendimientos que padecen la enfermedad del miedo.

servar á la Orden de Jesus de cualquier desastre, fué seguramente la de Pombal; y este hombre, en medio de las combinaciones de su audacia, jamas creyó que sus dias corriesen el menor peligro. Conocia mucho mejor á los padres que lo que daba á entender. Los calumniaba en público; pero en privado, ni aun se dignaba tomar aquellas precauciones con que la tiranía se resguarda mas en la apariencia que por su propia seguridad. Pombal sobrevivió veintitres años á la destruccion de la Orden, y jamas encontró ni obstáculos ni barreras que previniesen sus designios, ó le hiciesen expiar el buen éxito de su complot. Este argumento en accion debe pesar mas en la balanza de la historia, que tantas teorías de regicidio, que nadie ha justificado hasta el dia. Los Jesuitas no acabaron con la persona que les hizo el mayor de todos los males, teniendo á merced suya su existencia. ¿Es creible suponerles tan demasiado inconsecuentes, para crear, contra los reyes que les protegian y amaban, un sistema de exterminio, y que no osasen aplicarle con enemigos encarnizados, cuya muerte no llevaba consigo ni peligros ni desórdenes?

Pombal, que reinaba sobre José I, infundiéndole miedo con los discípulos de San Ignacio, no concebia por su vida el menor recelo personal. Se mofaba de sus víctimas con una fria crueldad, que provocaba la venganza; y ésta, sin embargo, no aparecia. El so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

berano pontífice no cesaba de suplicar al rey que fuese justo, así con los inocentes como con los verdaderamente culpables. Pombal respondia á estos ruegos con proscripciones en masa. El papa, por afecto á los Jesuitas, hacia toda clase de concesiones, y el ministro se burlaba de su debilidad. La Santa Sede trataba con él como de potencia á potencia. El papa hubiera tenido valor para morir; pero, creyendo que la condescendencia atenuaria una cólera mal fundada, se esforzaba por calmar la irritacion. Pombal afectó tanta mas violencia, cuanto que se creyó á sus propios ojos un objeto de la animadversion general. Los temores de los demas hicieron que el ministro se asegurase en su camino. Amenazaba, y se humillaban en su presencia; y entónces heria con la seguridad anticipada de que el perdon iba anexo á la mas insignificante concesion, ó al remordimiento ménos comprometido.

El papa amaba á los Jesuitas; y el ministro, que hasta el 1º de Setiembre de 1759 permaneció irresoluto sobre las medidas definitivas que adoptaria contra ellos, se decidió por fin á arrojarlos sobre las playas romanas.

Al traves de cuantos sufrimientos pudo suscitar un carácter como el de Pombal, llegó el primer convoy á la embocadura del Tajo, donde le aguardaba un navío de comercio, sin provisiones y sin capacidad para recibir tan escesivo número de pasageros. El pan y el agua faltaban, pero las ondas no secundaron el proyecto del ministro. El barco se veia obligado á abandonar las costas de España, y los vientos contrarios le impulsaron sobre las de Italia. Por todas partes se alzó un grito unánime de generosa compasion en favor de estos proscriptos, que bendecian la mano que los heria. La caridad hizo renacer la abundancia en el buque, y volvió á los desterrados la energía que tanto necesitaban. El 24 de Octubre de 1759 desembarcaron en Civita-Vecchia en número de ciento treinta y tres. En todos los puntos donde el navío se veia precisado á hacer escala, fueron los Jesuitas recibidos con respeto; en Civita-Vecchia fueron saludados con admiracion. Los magistrados se creyeron honrados en prodigar todos los cuidados imaginables á unos sacerdotes que rogaban por sus perseguidores. Las corporaciones religiosas les ofrecieron una hospitalidad fraternal; pero el acogimiento de los domínicos tuvo un grado mas de cordialidad. Proclamábaseles como émulos de la Compañía de Jesus. Su rivalidad efectivamente se mostraba en las lides teológicas y en las misiones; pero esta rivalidad era inspirada, mas por la conciencia y el talento, que por la bajeza de la envidia.

Hubo tal unanimidad en el recibimiento hecho á estos primeros desterrados, nuncios de nuevas tempestades, que los habitantes

de Civita-Vecchia quisieron dejar perpetuados sobre el mármol, en la iglesia del convento de domínicos, la pasagera estancia de los Jesuitas en su suelo. Los mismos dominicanos erigieron un monumento para perpetuar esta alianza contraida en vísperas de los desastres. Otros navios, cargados de padres de la Compañía, salieron en diferentes épocas para los estados eclesiásticos. El papa era su defensor, y Pombal, al notar en la ciudad de Roma esa multitud de desterrados, esperaba que se arrepintiese de su justicia y de su piedad (1).

Miéntras que el destierro ó la cautividad pesaban sobre los profesos de la Orden, el cardenal Saldanha se abrogaba la facultad de dispensar sus votos á los jóvenes Jesuitas. La educacion pública estaba comprometida en sus obras vivas; el ministro y el patriarca hicieron lo posible por provocar defecciones para no encontrarse burlados. Apelaron á las instancias y cariño de las familias, á las amenazas de la autoridad, y á las seducciones de la patria y de la fortuna. Algunos de estos novicios se dejaron seducir; pero sus apostasías fueron objeto de la animadversion general. El pueblo y los soldados que se hallaban de guardia en las casas y colegios, despidieron con silbidos á unos hombres á quienes intimidaba lo inminente del peligro, y que comenzaban su carrera con un acto de cobardía. El mayor número resistió á los halagos y á las amenazas. Hubo en Evora, en Braganza y en Coimbra, sobre todo, grandes luchas en las que la franqueza de la juventud dejó muy atras á la de la edad madura. Un pariente de Pombal, el P. José de Carvalho, se puso á la cabeza del movimiento generoso que impedia á los Jesuitas no profesos

---

[1] La inscripcion de los padres predicadores está concebida en estos términos:

D. O. M.
Lusitanis Patribus Societatis Jesu,
ob gravissimas apud Regem calumnias,
post probrosas notas,
multiplices cruciatus,
bonorum publicationem,
ad Italiæ oram amandatis;
terra marique
integritate, patientia, constancia,
probatissimis,
in hac Sancti Dominici æde exceptis,
anno M.DCC.LIX,
Patres Prædicatores
Cristianæ fidei incremento et tutelæ
ex instituto intenti,
ipsique Societati Jesu
ex majorum suorum decretis
exemplisque devinctissimi,
ponendum curarunt.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á seguir la suerte de sus maestros en el instituto. Todos estos se sostuvieron con tal valor en su resolucion, que los agentes de Saldanha, dándose por vencidos, los metieron en un calabozo. Lo que pasaba en la metrópoli se veia simultáneamente en todos los demas puntos de la mision. Entre los cafres, en el Brasil, en las costas del Malabar y en las de Salsetta, en todas las partes, en fin, donde los Jesuitas habian fertilizado el desierto, fueron arrancados de sus trabajos civilizadores. A todos se les reunió en Goa, donde la rapiña de Pombal comenzaba el sacrílego despojo del sepulcro del S. Francisco Javier; y despues de haberlos hacinado en algunas galeotas, se les dejó errantes en la estension de los mares.

La Orden de Jesus no existia ya en Portugal; el ministro proseguia su obra, y buscaba con sus incesantes ataques contra la Santa Sede, la realizacion de su quimera de la Iglesia nacional. El cisma estaba en sus esperanzas; y estudiando las doctrinas de Fra Paolo y de Giannone, ensayó introducirlo en las costumbres del pueblo. En éste encontró obstáculos, ante los cuales su invencible tenacidad se vió obligada á retroceder. Pombal tenia á su disposicion magistrados complacientes, obispos sumisos hasta la bajeza, que le iban arreglando un culto á su gusto, y que trazaban, segun sus deseos, los límites de lo espiritual y temporal; pero no son suficientes algunos jurisconsultos ó sacerdotes cortesanos para cambiar una religion. El pueblo era católico, y repudiaba con tanta energía todo lo que atentaba á su antigua fe, que el ministro se apercibió por último de la inutilidad de sus tentativas. No obstante, sirviéndole éstas de contrapeso en Roma, perseveró en sus amenazas. Roma, que en favor suyo llevaba la condescendencia hasta la debilidad, acogia en los estados pontificios á los Jesuitas expulsados de Portugal. Los desterrados, tanto en el litoral del Mediterráneo, como en las ciudades marítimas de España, fueron saludados como mártires. Este homenage inquietaba las orgullosas suceptibilidades de Pombal; los príncipes y los católicos tenian entónces de este hombre la opinion que un escritor protestante debia espresar mas tarde.

"Las consecuencias de esta destruccion, buenas ó malas, dice Schœl (1), son extrañas para nosotros. Como simples historiadores contarémos los hechos en la parte que concierna al Portugal, y si bien es verdad que estos mismos hechos han sido envueltos en tinieblas, y que mas de una vez es imposible, al traves de ellos, llegar á descubrir la verdad, tambien lo es que á pesar de tan espesas sombras, se vislumbra una claridad, y es, que las acusaciones que Carvalho ha podido hacer á estos padres, se reducen á muy

(1) Cours d' histoire des Etats europèens, tomo 39, pág. 50.

poca cosa. El ministro ha usado mas veces de las armas de la mala fe, de la calumnia y de la exageracion, que de las de la lealtad y de la justicia."

Pombal sembraba el oro y las promesas para multiplicar sus cómplices, y como era de esperar, los encontró en el reino Fidelísimo, y aun en los estados pontificios. El comendador d' Almada Mendozza, ministro de Lisboa en la corte de Roma, llegó á ser, como todos los diplomáticos ambiciosos, un ardiente enemigo de los Jesuitas. El fué quien se encargó de imprimir contra ellos los folletos de la oficina de Pombal. Un librero llamado Nicolas Pagliarini vivia entónces en Roma. Semejante á esos aventureros de profesion que venden el vicio, el error ó la mentira como otra cualquier mercancía, y que hacen alarde de ser venales para prosperar mas fácilmente, Pagliarini era infatigable, ambicioso é intrigante. Almada le escogió para su agente de publicidad. Tenemos en nuestro poder tanto la correspondencia como los manuscritos de este librero, y en una de sus memorias autógrafas, dirigida el 12 de Marzo de 1788 á la reina Doña María, se encuentra la clave de las intrigas empleadas en Portugal. Hé aquí este documento que presentamos traducido del mismo original:

"Habiendo recibido su excelencia D. Francisco d' Almadá en 1757, órden de la corte para hacer imprimir la *Relacion abreviada de los hechos de los Jesuitas en América*, para presentarla al papa Benedicto XIV y á los cardenales, y no habiendo podido obtener permiso para hacer la impresion en Roma, el cardenal Alberico Archinto, secretario de estado, le sugirió la idea, no solo de imprimirla fuera de los estados del papa, sino que le insinuó ademas que para el efecto podria servirse de Nicolas Pagliarini, á quien, teniendo corresponsales en Toscana, le seria muy fácil emplearse con toda exactitud y presteza en obsequio de la corte de S. M. Fidelísima. A consecuencia de esto, Pagliarini fué enviado por el secretario de estado á Mr. de Almada, quien, por medio de su secretario el hermano Antonio Rodriguez, le entregó el manuscrito, que en quince dias fué devuelto desde Luca. Varios ejemplares de él se distribuyeron al papa y á los cardenales, y poco despues apareció el famoso breve de reforma dirigido al cardenal Saldanha. Benedicto XIV murió el 3 de Mayo de 1758, y durante el cónclave vino de Lisboa la noticia de este breve que Pagliarini imprimió de órden del embajador Almada. Clemente XIII fué creado papa, y en el mismo momento el general de los Jesuitas le presentó un memorial pidiéndole que el breve se retirase. Habiéndose hecho Almada con una copia de este memorial, pensó en refutarle; pero recordando las dificultades que habia tenido que superar en tiempo de Benedicto XIV para imprimir *la Relacion abreviada*, el citado hermano Antonio, su secretario, se agregó con Nicolas Pagliarini para en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contrar medios de imprimir clandestinamente cuanto pudiese secundar las miras de S. M. Fidelísima. Se convino en establecer una pequeña imprenta en el palacio del embajador, como lo habian hecho los de España y Francia en sus residencias. Su ejemplo fué el que inspiró á Pagliarini el pensamiento de crear esa imprenta; y su deseo se llevó á cabo con tanto secreto y circunspeccion, que nadie llegó á traslucir la menor cosa. Cuando en respuesta al memorial citado debian aparecer las célebres *Reflexiones* compuestas por monseñor Juan Bottari, por una minuta de ellas que tenia el secretario Antonio Rodriguez, fueron al punto impresas y distribuidas en Roma por medio del correo de Génova, con tanta reserva, que tanto los Jesuitas como el cardenal Torregiani, creyeron que este libro se habia impreso en Génova, de lo cual se quejaron al senado de la república. Viendo el aplauso universal con que habian sido recibidas las *Reflexiones*, el P. Urbano Tosseti (de las escuelas pias) quiso componer el Apéndice, y el mismo monseñor Bottari hizo la *Crítica*.

"De la misma imprenta salió cuanto la corte queria que se publicase en Roma, que no fué poco, y todo interesante. Todo ello se ejecutó bajo el cuidado é inspeccion de Pagliarini, sin que éste recibiese por ello la menor recompensa; y léjos de tomar del embajador la mas pequeña suma por haber dirigido continuamente la impresion de dichas obras, no ha obtenido por esto ni aun el reembolso de los gastos que ha hecho. No era posible ocultar por mas tiempo á la vigilancia de los Jesuitas y de Torregiani el secreto de nuestra imprenta, y era suficiente para descubrirle el ver á Pagliarini ir diariamente al palacio del embajador, y permanecer allí muchas horas. Llegó, pues, á ser este hombre su punto de observacion, y fué destinado á ser la víctima de su furor. Pagliarini pidió al ministro una patente para su defensa; pero en lugar de patente le dió una especie de título por el cual se le encargaba el arreglo de los archivos reales; pero los jueces no hicieron cuenta de esto en el proceso que habian formado. Habiendo á esta sazon sobrevenido en 1760 el rompimiento entre la corte Fidelísima y el ministerio romano, el embajador Almada salió de Roma, y Pagliarini, que quedaba abandonado al resentimiento de los Jesuitas y del secretario de estado Torregiani, fué recomendado por el dicho embajador al cardenal Neri Corsini, protector de la corona de Portugal; pero esta recomendacion no impidió para que el desdichado Pagliarini fuese arrestado en la noche del 11 de Diciembre de 1760, y quedase preso en las *Cárceles-Nuevas*, para permanecer en ellas hasta el 14 de Noviembre de 1761.

"Es imposible describir el rigor empleado en el *Perquiratur* que la justicia hizo en su casa. Los comisionados, despues de haber buscado por largo tiempo el objeto de sus pesquisas, no encontraron en su almacen, provisto de libros de muchas clases, una sola hoja que pudiese servir de cargo para una acusacion. Basta leer los dos *alegatos* impresos que llevan la firme del abogado Gaetano Centomani, pero redactados por su amigo el abate Nicolas Rossi, secretario de la casa de Corsini, para ver con qué valor y nobleza sostuvo Pagliarini en cuantos interrogatorios tuvo que sufrir, la dignidad de la corte de Portugal, y cómo conservó el secreto que tanto se le habia encomendado, no revelando jamas los autores de los susodichos escritos, que eran el único objeto de las investigaciones de los Jesuitas y de Torregiani, para emplear contra ellos la venganza mas atroz. En vano los magistrados tentaron á Pagliarini con promesas seductoras, ofreciéndole volverle á su casa, si manifestaba los autores de los impresos citados, pues nada contrarestó su firmeza.

"Despues de un año de prision, se falló el proceso de Pagliarini, y con escándalo universal de los hombres de bien, por el voto de monseñor Braschi, hoy dia Pio VI, se dió la sentencia que condenaba á Pagliarini á siete años de galeras, si bien cuatro de sus gefes le declararon inocente. Empero, Clemente XIII, á pesar de sus prevenciones, no se llegó á persuadir de la justicia de la sentencia, y el sábado siguiente absolvió completamente á Pagliarini, y le concedió la libertad sin ninguna condicion ni restriccion.

"Desde el 15 de Noviembre de 1761 permaneció Pagliarini en Roma obsequiado por todos, y principalmente por el ministro de España, Don Manuel de Roda, hasta el 7 de Febrero de 1762, que S. M. Fidelísima José I, por decreto enviado con un expreso á D. Ayres de Sa, su embajador en Nápoles, le hizo llamar á esta corte por el marques de Tanucci en nombre de S. M. Siciliana. Llegado allí, le fueron comunicadas las gracias que el rey Fidelísimo le habia concedido en recompensa de los servicios prestados á su corona. Se le declaraba caballero Fidalgo de su casa; secretario de embajada, con la pension vitalicia de 100.000 reis mensuales; con un donativo ademas de 12.000 cruzados, para los gastos mas urgentes que exigiese su nueva posicion, y con órden al embajador de que le diera habitacion en su casa y le tratase como fidalgo portugues. Pagliarini siguió en Nápoles desde el mes de Febrero de 1762 hasta el de Noviembre de 1763, en el que declarada la paz, M. Ayres fué trasladado como embajador á Madrid. El marques de Tanucci instó á Ayres para que Pagliarini quedase en Nápoles de encargado de negocios; pero habiendo el ministro escrito sobre este particular al conde de Oyeras, éste le respondió que deseando el rey conocer personalmente á Pagliarini, se veia precisado á llevarle consigo á Lisboa. Con efecto, Pagliarini partió con M. Ayres para Turin, donde fué recibido de una manera especial por el rey de Cerdeña y por el duque de Saboya, de quien era muy

conocido por haber estado en su corte en 1755, y recibido muchos beneficios de este soberano, aun en el tiempo de su detencion en Roma. Pagliarini llegó á Lisboa el 15 de Marzo de 1764, fué recibido con una gran complacencia por el conde de Oyeras, y habitó en la misma casa de M. Ayres de Sa mas de un año, frecuentando á menudo la del ministro y la corte. Despues de la partida de M. Ayres para Madrid, Pagliarini pasó á vivir con D. Francisco d' Almada, y cuando éste volvió de embajador á Roma, el rey le dió una habitacion cómoda en el colegio de nobles, del cual fué nombrado bibliotecario, y cuyo cargo desempeñó hasta que la administracion de este establecimiento pasó á la *Mera censoria*. Pagliarini entónces mudó su alojamiento á la imprenta Real. Ademas de los servicios que Pagliarini prestó en Roma á la corona de Portugal, como lo acreditan las pruebas y deposiciones hechas con motivo de su proceso, que tantos perjuicios le causaron en su persona é intereses, en el momento de llegar á Lisboa, fué empleado por el conde de Oyeras para el arreglo y coordinacion de su biblioteca y gabinete, permaneciendo en su casa algunos meses.

"Fué el encargado para la impresion de la *Deduccion cronológica*, en tres tomos en cuarto: él fué quien escogió el impresor, y por disposicion del ministro, tradujo en italiano la misma obra, impresa igualmente en cinco tomos en octavo.

"De órden de S. M. hizo por dos veces el plan de un establecimiento para la imprenta Real. Su proyecto se llevó á cabo; el impresor y su instituto fueron elegidos á su gusto, y el establecimiento se planteó en los términos que existe hoy dia. Fué nombrado su director general, con dos mil cruzados anuales de sueldo, casa y dos ejemplares de cada obra que en él mismo se imprimiese.

"Cuando se terminó la paz con Roma en 1770, Pagliarini continuó autorizado por el ministro para tratar con los nuncios del papa, como lo acreditan los hechos verificados en aquella época.

"Pero bajo el pontificado de Clemente XIV, cuando se trató de la supresion de los Jesuitas, el mismo papa sugirió al marques de Pombal la idea de servirse de Pagliarini, para que tradujese al italiano los documentos que se le remitiesen, no teniendo confianza en el trabajo de las personas venales á quienes M. Almada encargaba su traduccion. El rey contestó á esto, que Pagliarini, su secretario de legacion, tenia los títulos suficientes para ser admitido en el gabinete, despues de tantas pruebas como habia dado de su probidad y adhesion á la corte. Desde este momento, el marques de Pombal comenzó á servirse de él para las comunicaciones mas delicadas relativas á Roma. Pagliarini escribia los documentos en portugues; los corregia y traducia al italiano; y despues de revisados por el marques, los copiaba en los términos que debian ser presentados al papa. Este trabajo ocupó á Pagliarini desde la madrugada hasta

media noche, por espacio de quince dias, porque ademas de deber espedirlos por el correo, tenia que escribir algunas otras cartas segun lo que ocurria. En la secretaria de estado deberán encontrarse muchos trabajos escritos de la mano de Pagliarini, pudiendo atestiguarlo, entre otros, MM. Juan Gomez, Araujo y José Litzeb, sin contar otros muchos.

"Nicolas Pagliarini, que actualmente se encuentra con setenta y dos años de edad, de los cuales ha empleado treinta en la corte de Portugal, sabiendo que el augusto soberano se digna atender y tomar en consideracion los servicios de aquellas personas que los han hecho á su corona, hace presente que tiene un sobrino llamado Tomas, que se dedica con aprovechamiento á los estudios; jóven recomendable por su buena conducta y escelente carácter, y capaz de servir cumplidamente á S. M. Fidelísima; y en atencion á esto, se toma la libertad de presentarle ante vuestra Magestad, y suplicarle se digne nombrarle su sustituto, despues de su muerte, en el cargo de agente real, que desempeñará sin emolumento alguno, contentándose con los gages anexos á este destino."

Cuando el librero Pagliarini dirigia á la hija de José I de Portugal, tan singular memoria, cuán lejos estaria de pensar que llegaria un dia en el que este documento serviria á la historia como prueba de cargo á sus protectores del Sacro-Colegio y de las Cancillerías. Pagliarini, despues de haber sido corrompido por Almada, se ocupó en corromper á otros. Tuvo especial mision de infestar la Europa de libros obscenos ó irreligiosos; era enemigo declarado de la Santa Sede y de la Compañía de Jesus, y esto le hizo ser un personaje notable. Pasando la vista por los papeles que ha dejado, no se puede ménos de admirar su activa correspondencia con los cardenales, ministros y religiosos de diferentes órdenes. Aprovechándose de la cooperacion de todos éstos, propagaba los escritos engendrados en el gabinete de Pombal. Una carta de este Pagliarini al cardenal Andres Corsini, nos iniciará en los secretos medios que empleaba el librero diplomático para estender sus folletos en la ciudad de Roma.

"La impresion de *la Deduccion cronológica y analítica*, dice en la carta, se ha terminado al fin. De órden del Exmo. Sr. conde de Oyeras, os he remitido por la via de Génova un número de ejemplares correspondiente al de la primera parte que os mandé anteriormente. Como estos primeros ejemplares se han dirigido á vuestra eminencia por nuestro cónsul Piaggio, para ser distribuidos en esa corte, y suponiendo que puede ejecutarse lo mismo relativamente á éstos, para quitar todo motivo de escándalo al Quirinal, he dividido la remesa en diferentes paquetes, que podrán llegar sin inconveniente á las personas que indican sus sobres, sin que nadie sepa lo que dentro contienen. Basta solo que vuestra eminencia

cuide de que lleguen con toda seguridad de Civita-Vecchia á Roma. Y toda vez que vuestra eminencia está plenamente informado del contenido de estos paquetes, comprenderá cuáles pueden ser las consecuencias y perjuicios que de éstos se siguen á la corte romana, quien, perseverando en su sistema, camina á pasos agigantados á su total ruina."

El odio contra los Jesuitas, motivado por la codicia ó por la ambicion, indujo á un príncipe de la Iglesia á someter uno de los nombres mas ilustres de la Italia al servicio de los folletinistas que atacaban á la silla romana. El cardenal Andres Corsini se hizo el agente del librero Pagliarini, quien despues de haberle sometido en vida á papel tan humillante, ha comprometido despues de su muerte la fama del Eminentísimo, echando un borron á su memoria, con no destruir la correspondencia que medió entre ámbos. El cardenal Corsini era uno de los cómplices de Pombal; he aquí los términos con que se expresa en una carta dirigida á ese ministro: "Me será imposible, escribe desde Roma en 1766, esplicar á vuestra excelencia el infinito consuelo que he tenido al saber las buenas noticias de su salud, que han llegado á mis manos por las de M. Nicolas Pagliarini. Quisiera poder expresar, segun deseo, mi constante afecto hácia vuestra excelencia y su muy estimada familia, así como mi sincera é íntima adhesion á esa real corte, por la cual he tenido y tendré siempre el respeto y reconocimiento á que por tantos títulos la estoy obligado. El comendador d' Almada os podrá asegurar acerca de la verdad de estos sentimientos, pues mejor que nadie sabe el interes con que el cardenal Neri, mi tio, y yo, nos empleamos en servicio de vuestra corte. Sin duda alguna, esto es causa de la inequívoca desconfianza de su Santidad y del ministerio pontifical respecto á nosotros y á nuestra familia, que ha sufrido por esto notables perjuicios. Nada de ello nos importa, con tal que nuestras obras sean del agrado de esa corte, y que podamos estar seguros de su proteccion. Nosotros hemos sacrificado por ella todos nuestros intereses, y estamos dispuestos á volverlo á hacer en cualquiera otra ocasion que se presente. Os escribo con esta libertad, por la seguridad que tengo de que esta carta debe llegar á vuestras manos directamente por Pagliarini, en quien tengo una completa confianza."

El ministro portugues tenia necesidad de fomentar en Roma semejantes venalidades. Andres Corsini fué pensionado por la corte de Lisboa, y sus cartas autógrafas á Pagliarini dan fe de esta transacion.

Sin embargo, Pombal no encontraba en todas partes una inmoralidad semejante. Los Pagliarini, los Corsini y los Norberto eran raros en Roma y en el catolicismo. El silencio que reinaba á su alrededor, le irritaba tanto como las ovaciones con que la caridad

acogia en todas partes las víctimas de su arbitrariedad; y así creyó que entregando un Jesuita á las hogueras de la inquisicion, modificaria la opinion pública. El P. Malagrida era para el ministro un ser aborrecible, y contra éste dirigió su tiro, para ver si podia descargar sobre él la universal reprobacion con que los pueblos le miraban. Gabriel Malagrida era á la sazon un anciano casi octogenario. Nacido en Italia el 18 de Setiembre de 1689, habia pasado en las misiones la mitad de su existencia. Llamado á Portugal, era para todos, ya fuesen pobres, ya ricos, objeto de veneracion, mucho mas despues del terromoto de Lisboa, en cuya catástrofe hizo prodigios su ardiente caridad. Aunque vivia en intimidad con la familia Tavora, semejantes relaciones no le constituian cómplice indudable del atentado del 3 de Setiembre de 1758. Para comprenderle en esa trama, hubiera sido preciso suponer desde luego la premeditacion del crímen, el conocimiento de los culpables y un procedimiento acompañado de pruebas. Pombal, que, como ya queda dicho, no se detuvo en estos indispensables preliminares de la justicia, deseaba que Malagrida y otros padres del instituto fuesen los fautores del regicidio, y en la sentencia que condenó á los Tavora así se declaró. El Jesuita debió haber perecido con sus coacusados; pero el capricho ministerial le reservó para mayores sufrimientos. Malagrida pasaba su vida hacia tres años en un calabozo, y ya se le creia como cosa olvidada, cuando de repente Pombal se acordó de su víctima. El padre estaba condenado á muerte como instigador de un atentado contra la vida del rey, en virtud de una sentencia ejecutoriada, que podia llevarse á efecto el dia que se quisiese. Pombal se desentendió de este fallo, y quiso que la inquisicion pronunciase á su vez otra sentencia contra este pobre anciano. Ya no se trataba de regicidio, sino de falsa profecía y de devota inmoralidad. Se le imputó el haber compuesto en la soledad de su prision dos libelos, uno sobre el *Reinado del Ante-Cristo*, y otro, *Vida de la gloriosa Santa Ana, dictada por Jesus á su Santa Madre*.

Malagrida, enfermizo y preso entre cadenas, sin fuerzas, privado de luz, de aire, de tinta, plumas y papel, era acusado como escritor de delirios que, relatados en su proceso, parecen mucho mejor pasto de imaginacion trastornada, que razonamiento de un heresiarca. El manuscrito en cuestion nadie le ha visto; se citan tan solo algunos fragmentos de estas dos obras, que el capuchino Norberto inventó sin duda para fundar la acusacion, y que presentaron al santo oficio para denigrar al Jesuita. Uno de los hermanos del rey era entónces gran inquisidor, y se negó abiertamente á juzgar la locura ó la inocencia: sus asesores siguieron igual ejemplo. Pombal tomó de esto ocasion para conferir la dignidad de inquisidor general á su hermano Pablo Carvalho Mendozza, que fué en

005733

el Marañon el enemigo mas implacable de la Compañía de Jesus. Se formó un nuevo tribunal, sin institucion pontificia y sin poder alguno jurídico; pero Pombal le habia dictado sus órdenes, y el tribunal se conformó con ellas. El P. Malagrida fué declarado herege, impúdico, blasfemo, y degradado del sacerdocio. Se le entregó al brazo seglar, y pereció en 21 de Setiembre de 1761, en un auto de fé solemne. "El exceso del absurdo y del ridículo, dice Voltaire (1), hablando de este asesinato, se unió al exceso del horror. El culpable fué denunciado y puesto en juicio como un profeta, y fué quemado por haber estado loco, y no por haber sido parricida."

A pesar de cuanto dice Voltaire y la supuesta inquisicion, el Jesuita fué tan insensato como parricida. Sus respuestas delante del tribunal, el pañuelo con que le taparon la boca para que no hablase en el camino del suplicio, y las palabras que dijo ántes de caer en las llamas, todo atestigua que Malagrida murió como habia vivido, en el lleno de su razon y de su piedad.

A fin de desafiar al pontífice hasta en su misma cátedra apostólica, y de probarle que sus ruegos eran tan ineficaces como sus mandatos, Pombal creyó muy á propósito mandar á sus estados, en la miseria mas completa, á la mayor parte de los Jesuitas, cuyos bienes confiscaba, para probar de esa manera le inagotable caridad del padre de los fieles. Clemente XIII se mostró como siempre, lleno de benevolencia, miéntras que el ministro apuraba su crueldad con los que se habia reservado en las prisiones. El papa y el ministro portugues se mantenian en la línea que se habian trazado, dulcificando el uno inmerecidos sufrimientos, y agravándolos el otro por cuantos medios estaban á su alcance. Abandonaba éste sobre las costas de la Italia el exceso que rebosaba en sus prisiones; pero los cautivos que aun quedaron en ellas, padecieron solos el cúmulo de torturas con que hubiera querido acabar con toda la Compañía. Habia hecho prender en las misiones á muchos padres franceses y alemanes; y conservó con preferencia á los Jesuitas estrangeros, creyendo, y no sin fundamento, que ninguna familia alzaria su voz para reclamarlos. Sometiólos á cuantas miserias y privaciones pudo inventar la tiranía mas astuta y refinada. De doscientos veintiuno que dejó en los calabozos, ochenta y ocho perecieron en ellos, y los restantes fueron á duras penas arrancados á su barbarie por la reina Doña María, heredera del trono de Portugal; por María Teresa de Austria y por la reina de Francia (2).

(1) *Œuvres de Voltaire, Siecle de Louis XV*, tomo XII, p. 351.

(2) La reina María Lecsinska, esposa de Luis XV, habia encargado al marques de Saint-Priest, embajador de Francia en Portugal, que reclamase los Jesuitas franceses que Pombal tenia cautivos. Por este medio se vieron libres

Aun han quedado algunas cartas escritas por los Jesuitas prisioneros de Pombal; en todas ellas se retratan al vivo los mismos padecimientos y la misma resignacion. El protestante Cristóbal de Murr ha recogido algunas del autógrafo latino para reproducirlas en su diario (1). De todas ellas elegirémos la que el padre Lorenzo Kaulen dirigia desde la torre de San Julian al provincial del Bajo-Rhin.

"Mi reverendo padre:

"Está para concluir el octavo año de mi cautividad, y por la primera vez encuentro ocasion de remitiros esta carta. El que me la ha proporcionado es uno de nuestros padres franceses, compañero de mi cautividad, y libre al presente por influjo de la reina de Francia.

"Estoy preso desde el 1759. Arrestado por la fuerza armada, se me condujo primero á un fuerte llamado Oloreida, que está en la frontera de Portugal, y allí fuí arrojado en un horrendo calabozo lleno de ratas hambrientas, que me acosaban hasta en el lecho y partian conmigo el escaso alimento que se me daba, sin que pudiese ahuyentarlas por la oscuridad del sitio. Eramos veinte Jesuitas los encerrados en este fuerte, incomunicados unos con otros. Los cuatro primeros meses se nos trató con algun miramiento; pero despues fueron escaseando los alimentos, en términos que creimos que se nos queria matar de hambre. Nos quitaron con violencia los breviarios y cuantas medallas, estampas de santos y objetos de devocion poseiamos; hasta quisieron arrancar á uno de nosotros su Crucifijo; pero éste se opuso á ello con tal resistencia, que al fin se le dejaron, escusando afortunadamente para los demas tan indigna violencia. Un mes despues nos volvieron los breviarios: sufrimos en estos lóbregos calabozos el hambre y otras muchas incomodidades, sin que hubiese socorro alguno para los enfermos. A los tres años, por la guerra que sobrevino, nos sacaron de allí en número de diez y nueve, pues uno habia muerto. Atravesamos el Portugal escoltados por escuadrones de caballería, que nos condujeron á las cárceles de Lisboa. Tres padres alemanes quedaron en el camino desfallecidos, sin poder pasar adelante. La primera noche la pasamos con los presos encerrados por crímenes. Al dia siguiente llegamos á este fuerte, que se llama de San Julian, á ori-

los PP. Du Gad, de Ranceau, y el hermano Delsart. El conde de Lebzeltern, embajador de la emperatriz, recibió igual órden, que cumplió con la mayor prontitud. Las tradiciones del pais y de la Compañía, recuerdan con placer este acto de humanidad.

[1] *Journal de la Litterature et des Arts*, tomo IV, pág. 306.

llas del mar, donde permanezco con los demas Jesuitas. El momento en que os escribo, nuestra prision es de las mas horribles: consiste en un calabozo subterráneo, oscuro é infecto, donde no entra mas luz que la que penetra por una abertura de tres dedos de larga por tres de ancha. Se nos da un poco de aceite para la lámpara, una escasa y mala comida, y una agua las mas veces corrompida y llena de gusanos; tenemos media libra de pan para todo el dia, y dan á los enfermos la quinta parte de un pollo; no se nos conceden los sacramentos sino á la hora de la muerte y mediante certificacion del cirujano, que hace tambien de médico en nuestra prision. Como éste vive fuera del fuerte, y no es permitido el vernos á ninguna otra persona, no hay que esperar durante la noche socorro alguno espiritual ni temporal. Los calabozos están llenos de ratones, de insectos y de otros pequeños animalillos, que me son enteramente desconocidos. El agua destila continuamente de los muros, lo que es causa de que los vestidos y otra porcion de objetos se pudran al instante, en vista de lo cual decia el gobernador del fuerte, no hace mucho, á uno de mis compañeros que me lo ha repetido: "Es admirable el ver que todo se pudre al momento, ménos los padres que aquí se conservan." Verdaderamente, solo un milagro es el que nos conserva, para sufrir mas y mas por Jesucristo. El cirujano se asombra al ver cómo se curan y se restablecen muchos de nuestros enfermos, y confiesa que semejantes curaciones no pueden ser efecto de los remedios sino del poder divino. Algunos recobran la salud, despues de los votos y promesas que han hecho: uno de nosotros, ya casi moribundo, recobró repentinamente la salud, despues de haber tomado una pequeña parte de la harina milagrosa de San Luis Gonzaga; otro, que deliraba atrozmente, atolondrándonos con sus horribles gritos, se restableció un momento despues de algunas oraciones que rezó por él uno de sus compañeros; otro, despues de haber recibido la Sagrada Eucaristía, se puso en seguida bueno y restablecido de una enfermedad que le redujo varias veces á la última estremidad. El cirujano, que ve todo esto, dice ordinariamente: "Ya sé el remedio de éste, aludiendo á cualquier enfermo; que le den el Viático y de seguro no se muere." No hace mucho falleció uno, cuya vista, siendo cadáver, tenia mucho mas brillo y animacion que cuando vivo, de suerte que los soldados, que atónitos le contemplaron, decian: "Hé aquí el rostro de un bienaventurado." Testigos de estas cosas, y fortificados por el cielo de otras mil maneras, tenemos cierto regocijo cuando muere alguno de nosotros; y los que le sobrevivimos envidiamos hasta cierto punto su suerte, no porque con su fallecimiento hayan cesado sus trabajos, sino por la casi conviccion que tenemos de que ya ha recibido su premio. Los deseos de todos nosotros son los de morir sobre el campo de bata-

lla. Los tres franceses que han recibido la libertad, lo sienten, considerando nuestra posicion mas dichosa que la suya. Estamos sumidos en la afliccion, y no obstante, la alegría reina en nuestros corazones, á pesar de que no trascurre un momento sin que haya algo que sufrir. Estamos casi desnudos, y son muy pocos los que conservan algunos restos de sus sotanas. Con mucho trabajo podemos conseguir con que cubrirnos lo que la modestia exige: un tejido bastísimo, cuyo pelo punza como un alfiler, nos sirve de cobertor, y el lecho se reduce á un poco de paja: tanto uno como otro se pudre al instante, y siempre pasa mucho tiempo ántes que se consiga otra cama, supliendo entre tanto el suelo.

"No nos es permitido hablar á nadie, ni que nos hablen. El carcelero es á cual mas grosero y duro: pone su estudio en incomodarnos; rara vez se escapa de sus labios una palabra de dulzura ó conmiseracion, y le sirve de molestia el darnos lo mas necesario. Continuamente ofrece la libertad y toda clase de comodidades á los que quieran abjurar el instituto.—Nuestros padres que estaban en Macao, y de los cuales muchos han sufrido con valor, entre los infieles, la prision, las cadenas y los tormentos reiterados con frecuencia, han sido traidos aquí; sin duda será mas agradable á los ojos de Dios que padezcan en este pais, sin merecerlo, que el que mueran por la fe entre los idólatras.—Hemos tenido en estos calabozos á veintisiete de la provincia de Goa, uno de la del Malabar, diez de la de Portugal, nueve de la del Brasil, veintitres de la del Marañon, diez de la del Japon y doce de la provincia de la China. Entre éstos habia un italiano, trece alemanes, tres chinos, cincuenta y cuatro portugueses, tres franceses y dos españoles. De todos solo tres han muerto, y otros tantos han sido puestos en libertad.

"Quedamos aun setenta y seis, sin contar otros que están encerrados en las torres, y cuyo número y procedencia jamas he podido saber. Rogamos á los padres de vuestra provincia que se acuerden de nosotros en sus oraciones, no como dignos de compasion, sino como dichosos que aguardamos otra dicha mayor. Respecto á mí, aunque deseo la libertad de mis compañeros de cautiverio, no cambiaria mi actual estado por el vuestro.—Deseamos á nuestros padres una buena salud, y la dicha de poder trabajar con valor y fruto en vuestro pais por el amor de Dios, para que su honra y gloria reciba allí tanto aumento como recibe aquí diminucion.

"Prision de San Julian, á orillas del Tajo, á 12 de Octubre de 1766.

"De vuestra reverencia muy humilde y muy obediente servidor

"Lorenzo Kaulen, cautivo por Jesucristo."

Otras cartas son por el mismo estilo, tan elocuentes en el dolor como heróicas en el sufrimiento y valor. Todos estos Jesuitas, cuyo número se disminuia cada año, era para Pombal una satisfaccion incesante. Se deleitaba en verlos sufrir, tanto como en realizar proyectos, cuyo único obstáculo consistiese en el derramamiento de sangre.

En los primeros dias de su poder soñó con el matrimonio de su hijo con una de la familia de Tavora. La negativa de ésta á su primera proposicion fué sin duda la principal causa de las desgracias que acabamos de contar. Pombal habia casi aniquilado esta ilustre familia, y quiso despues de todo que su hijo realizase en el resto el plan formado en su cabeza. El hijo del verdugo se enlazó con la hija de las víctimas.

Pombal hizo todo lo imaginable para hacer imposible á los Jesuitas su nueva introduccion en el reino. Cuando en 1829 fueron de nuevo llamados, el marques de Pombal y la condesa de Oliveira, ámbos herederos del ministro portugues, les recibieron á su llegada, les colmaron de las mas afectuosas muestras de cariño, y los tres primeros pensionistas que el colegio restaurado de Coimbra vió entrar en su recinto con los padres, fueron los viznietos del hombre que empleó toda su actividad en la destruccion de los Jesuitas (1).

La facilidad con que pudo engañar á su rey, eludir las súplicas

(1) No quedaria completa esta relacion, si no diésemos al público un fragmento de una carta escrita desde la villa de Pombal por el P. Delvaux, quien en 1829 fué el encargado de reinstalar á los Jesuitas en Portugal. Los restos mortales del gran marques aun no habian sido depositados en el sepulcro, que, segun su última voluntad, su familia le habia erigido en Oyeras. El ataud cubierto con un paño fúnebre, estaba confiado á la custodia de los franciscanos. El P. Delvaux refiere las tristes vicisitudes que sufrió este ataud durante las guerras de la Península, y despues añade:

"Es preciso notar que Pombal es la primera poblacion de la diócesis de Coimbra, por la parte de Lisboa. El obispo de Coimbra habia dado órden á todas las parroquias por donde debiamos pasar, para que nos recibiesen en triunfo. Para evitar esta ovacion, al pasar por Pombal, me fuí al convento de S. Francisco; pero no sé explicar lo que pasó por mí, al ofrecer la víctima de propiciacion, el cordero inmaculado que pidió en la Cruz por sus verdugos, al ofrecerla, repito, por el reposo del alma de D. Sebastian Carvalho, marques de Pombal, *corpore præsente!* Allí estaba aguardando cincuenta años hacia, el retorno de la Compañía, que volvia del destierro á que tan duramente la habia condenado, y cuya vuelta, á pesar de todo, él mismo habia predicho.

Miéntras que satisfacia este deber religioso, el triunfo porque se nos hacia pasar, resonaba en toda la villa y sus cercanías; las campanas tocaban á vuelo; el prior y el archipreste venian procesionalmente á buscar á nuestros padres para conducirlos á la iglesia, que estaba completamente iluminada. Parecia estar en un sueño."

La venganza de los Jesuitas no podia ser mas completa. Se ocultaban al entusiasmo general de que eran objeto, para recogerse y orar en silencio sobre la tumba aun abierta del ministro, su mayor enemigo.

ó mandatos de la Santa Sede, y llegar casi sin oposicion á la destruccion de la Campañía de Jesus, inspiró aliento á los demas enemigos que el instituto contaba en Europa. Pombal habia acertado en sus designios con medios culpables. Los filósofos, los jansenistas y los parlamentarios, reprendian su fria crueldad y su ignorante despotismo; pero, fuertes con la esperiencia ensayada, comenzaron á creer que aun valiéndose de medidas mas suaves, podian llegar al mismo punto. La caida de los Jesuitas en el reino Fidelísimo despertó el odio que en otros se les tenia. Ya nadie pensó en matarlos; se juzgó que la calumnia bastaria para acabar con ellos. En su consecuencia se provocó contra los mismos esa guerra de sarcasmos ó de suposiciones, que si anteriormente tuvo algunas treguas, ahora se desarrolló en toda su estension. Desde el orígen mismo de la sociedad se inventó contra ella una continua serie de libelos y mentiras. Se desenterró todo su pasado y su presente. Los protestantes habian comenzado, y los jansenistas la enriquecian mas todavía. Es de todo punto imposible el reunir todos estos vergonzosos partos del pensamiento, y analizar todo este atrevimiento de la torpeza intelectual, que ya tenia por entónces sus Michelet, sus Sue y sus Gioberti; pero la historia se ve á su pesar condenada á examinar algunos de estos hechos que tienen cierta apariencia legal. Antes de entrar en la relacion de los sucesos peculiares á Francia, á España é Italia, es preciso detenerse sobre algunos que revelan por sí mismos los demas.

Los Jesuitas eran siempre los infatigables adalides contra el protestantismo. En 1602, en el momento en que Enrique VI se disponia á restablecerlos, el sínodo calvinista, reunido en Grenoble, resolvió emplear toda clase de medios para impedir su vuelta. La *Historia del padre Enrique, Jesuita quemado en Ambéres el* 12 *de Agosto de* 1601, salió de las prensas heréticas, y bien pronto se extendió por toda la Francia. El P. Enrique habia cometido toda clase de crímenes, y el título de la obra anunciaba que "esta historia habia sido traducida del flamenco al frances." El rey y los Jesuitas hicieron toda clase de averiguaciones en Flandes, y no se encontró el menor rastro ni del auto de fe ni del Jesuita quemado. Guillermo de Berghes, obispo de Ambéres, atestiguó la falsedad del libelo, confundiendo con ella á los sectarios, "gentes acostumbradas, dice el obispo, á promover su Evangelio con semejantes calumnias." Los magistrados de la ciudad donde se supone que el tal P. Enrique habia nacido, habia predicado y acababa de ser quemado, declaran que los sucesos porque se les pregunta son un tejido de mentiras, y que este padre era sin duda un ente imaginario. Los hereges afirmaban que se llamaba Enrique Mangot, hijo de Juan Mangot, espadero; los magistrados deponen que "desde tiempo inmemorial no se ha castigado á nadie en Ambéres por el

abominable crímen de que se acusa al supuesto P. Enrique Mangot, y que entre todas las familias de esta ciudad no ha existido jamas persona que lleve semejante apellido, ni aun en la profesion de los espaderos ó bruñidores de armas blancas."

La impostura se hallaba descubierta, y por lo tanto quedó como cosa olvidada, hasta que resucitó la animosidad, y con ella reapareció igualmente, en 1758, *la historia del P. Enrique*, como si no hubiera sido confundida siglo y medio ántes con el peso de las pruebas jurídicas. El hecho era notorio. En el momento de la supresion fué evocado contra los Jesuitas. Lo mismo sucedió con la muerte y herencia de Ambrosio Guis.

En 1716, un artesano de Marsella, llamado Esprit Berengier, en compañía de Honorato Guerin, sacerdote privado de licencias por su obispo, llegaron á Brest, anunciando que venian á reclamar una fortuna de mas de dos millones que habia dejado uno de sus parientes llamado Ambrosio Guis, muerto, segun ellos, en Brest por el 1701. Sus diligencias para encontrar la herencia no dieron resultado alguno. Nadie habia visto ni conocido á un hombre tan rico, y la autoridad local jamas habia tenido noticia de semejante sugeto. Pasáronse dos años, y en 1718 los Jesuitas del colegio de marina son acusados de repente por haber atraido á su casa al Guis en cuestion, y despojádole de su tesoro en el acto de desembarcar en el estado de enfermo. Guis, se decia, habia sido muerto por los Jesuitas, y que el abate Rognant, rector de la parroquia de San Luis, habia hecho trasportar el cadáver al hospital, donde fué enterrado.

La imputacion era grave. Los Jesuitas reunen los elementos que pueden destruirla; el gobierno, por su parte, encarga á Le Bret, primer presidente del parlamento de Aix, que se informe sobre el particular. Este magistrado, que era al propio tiempo intendente de la provincia, hace interrogar en Marsella á los parientes de Ambrosio. Estos declaran que Guis, ya anciano y en la mayor miseria, se embarcó para Alicante en 1661, y que, segun varias noticias, les constaba que no habia sido mas afortunado en España que en Francia. El primer presidente escribe á Alicante, y recibe de ese punto la siguiente partida de defuncion (1): "Ambrosio Guis, frances de nacion. El viérnes 6 de Noviembre de 1665 se enterró al susodicho en esta iglesia por amor de Dios, y todo el clero asistió al oficio en cumplimiento del decreto expedido por el gran vicario foráneo de esta ciudad de Alicante y de su territorio." Esta acta, cuya copia auténtica estaba legalizada por tres escribanos y por el cónsul frances, echaba por tierra todo el embrollo de la sucesion, dirigida tan maliciosamente contra los

(1) Archivos de la parroquia de Santa María, pág. 258.

Jesuitas. Muchos dieron crédito á las insinuaciones de la maledicencia; pero todos callaron despues que vieron la prueba irrecusable. Los herederos de Ambrosio Guis llevaron el negocio al parlamento de Bretaña, y el 19 de Febrero de 1724, "el tribunal, haciendo justicia sobre los cargos, informaciones y pesquisas relativas á los padres Jesuitas de Brest, les declaraba libres de toda acusacion, dejándole salvo su derecho para repetir contra sus acusadores por toda clase de gastos, perjuicios y menoscabos que de resultas de aquella hubiesen recibido."

Esta fábula debia correr la suerte que otras tantas; la de ser olvidada por mucho tiempo, así como la sucesion de Ambrosio Guis; pero contra los Jesuitas, cualquiera calumnia, por ridícula que fuese, era imprescriptible. Siempre hay una hora oportuna en que se puede sorprender á otras generaciones. Hallábase Pombal en el furor de sus violencias, y á la sazon apareció en Francia un escrito relativo á este asunto, con el siguiente título: *Sentencia del consejo de estado del rey, que condena á todos los Jesuitas del reino á restituir á los herederos de Ambrosio Guis los efectos de su sucesion, ó á pagarles, por via de restitucion, la suma de ocho millones de libras.* El 3 de Marzo de 1759 se notificó esta supuesta providencia á los Jesuitas de Paris. La audacia de los que la habian fabricado era inmensa; pero en esta época el poder se colocó en una senda que le condujo al oprobio y al suicidio. Rodeado de tantas corrupciones públicas y secretas, no encontraba valor sino para ejecutar el mal. Una trama hábilmente urdida, se habia propuesto sobornar la probidad del secretario de la cancillería del consejo; pero no pudiendo lograr su intento, se descubrió el enredo. El 30 de Marzo, el consejo de estado anuló el edicto falso, y consta en los registros de ese tribunal lo siguiente: "Su magestad ha creido que no debe dejarse subsistente la significacion de una sentencia que jamas se ha expedido, y conviene á su justicia que se haga castigar severamente á cuantos sean convictos de haber tenido parte en la fabricacion del pretendido decreto, y en su impresion, venta, circulacion y distribucion al público."

En Brest y en Paris se acusaba á los Jesuitas de ladrones y homicidas. Hácia la misma época en la Provenza resonaban inculpaciones no ménos delicadas é infamatorias contra el honor de un padre de la Compañía. Juan Bautista Girad, rector del Seminario real de marina, era un sacerdote piadoso, pero crédulo. Fué engañado por los entusiasmos de una jóven, que llevó al mas alto grado su pasion por la celebridad devota. Catalina La Cadiere fingia éxtasis. Habia recibido la impresion de las llagas, como Santa Catalina de Sena. Escribia cartas llenas de fuego divino y de la espiritualidad mas elevada, cual otra Santa Teresa, y el P. Girad prestó oidos á las relaciones de la visionaria. Su buena fe

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en este asunto fué tan completa, que hasta pasados dos años no llegó ni á sospechar siquiera el error en que la jóven le habia metido. Por un candor inescusable, el Jesuita se habia él mismo embrollado en un laberinto de misticismo, no sin peligro para el director y para la penitente. El padre se retiró con tiempo, y en una carta tan razonable como sabia (1), invitó á La Cadiere á que escogiera otro confesor en lugar suyo. Semejante abandono hirió la irritable vanidad de la jóven iluminada, y destruyó los cálculos de sus dos hermanos que redactaban su correspondencia, y que trataban de abusar de la credulidad de algun otro de su mismo estado. Catalina, rechazada por un Jesuita, necesariamente debia buscar la venganza entre los jansenistas, y con ese fin se dirigió á un carmelita llamado el P. Nicolas, discípulo ferviente de Quesnel. Sucedia esto en la época de las convulsiones y de los milagros en el cementerio de San Medardo. Los filósofos comenzaban á no creer en Dios, y los sectarios del diácono de Paris aceptaban con mas facilidad que el Evangelio, los maravillosos abusos que se improvisaban en la tumba de aquel. La Cadiere fingió hallarse poseida del demonio. El P. Girad empleó con ella tantos encantos y sortilegios, que de sus resultas Catalina se declara á sí misma infanticida. El crímen se mezclaba con la impostura religiosa. El jansenista comprendió muy bien que la secta sacaria mucho partido de esta muger, arrastrada por la venganza hasta el punto de sacrificar su propio honor. La causa se lleva ante la gran cámara del parlamento de Aix. Sometida Catalina á un minucioso exámen, se encuentra en presencia de magistrados á quienes no fascinaban sus visiones, y hoy acusa al Jesuita, mañana retracta su dicho: el P. Girad es para ella, unas veces hombre de sólida piedad y de costumbres ejemplares, y otras un ángel caido. En esta confusion de ideas el parlamento no sabia qué hacerse; pero la correspondencia de Girad con La Cadiere hizo cesar todas sus dudas. La conviccion del Jesuita se revelaba en ella á cada palabra, y siempre se le encontraba sencillo y crédulo, pero siempre á su vez casto y piadoso.

Tan extraño proceso era una adquisicion para los enemigos de la Compañía de Jesus, y fué esplotado de mil maneras. El libelo y la sátira, el razonamiento y la injuria, la desconfianza jansenística y el sarcasmo filosófico, todo se puso en juego. Llegó hasta anunciarse que el padre Girad habia sido quemado vivo en Aix, como hechicero y quietista. Ultimamente, este drama, que habia ocupado á tantas plumas, se terminó el 10 de Octubre de 1731, por una sentencia concebida en estos términos: "Sea notorio á todos, que el tribunal, haciendo derecho sobre todos los fines y conclusiones de las partes, ha descargado y descarga al dicho P. J. B. Girad de las acusaciones y crímenes que se le imputan, y le ha puesto y le pone sobre esto fuera de tribunal y de proceso."

(1) Esta carta ha sido reproducida en el proceso de La Cadiere, del que se han formado seis tomos en dozavo.

Los jansenistas ya no eran peligrosos, habian perdido sus hombres de talento, y nadie reemplazaba á la generacion de los Arnauld, de Pascal, de Sacy y de Niscole. La intriga ocupaba el lugar del talento, y la hipocresía el de la fe. El altar elevado por tan poderosas manos se abatia bajo el peso del ridículo. Los jansenistas nada podian ya hacer por sí mismos, y creyeron que serian mas afortunados atrayéndose un Jesuita como cómplice de sus milagros. En 1732, recien finalizado el proceso de La Cadiere, como todo se finaliza en Francia por el cansancio, inventaron los jansenistas que el P. Chamillard habia muerto en Paris como apelante de la bula *Unigenitus*. La apelacion [*L' appel*] era la palabra sacramental de la época, la palabra de órden comunicada á las facciones. Segun decian los sectarios, se habia trabado un combate sobre el mismo ataud de Chamillard, las dos opiniones se le habian disputado, y por último la causa del jansenismo habia ganado el triunfo. El cadáver del P. Chamillard, muerto con olor de santidad herética, habia sido depositado en una bóveda, de la cual salia un delicioso perfume, cuya aspiracion tenia la virtud de curar todas las dolencias de alma y cuerpo. Hay personas que tienen por principios la creencia de todo lo imposible. Un hijo de Loyola, convertido en discípulo de Jansenio, era una cosa tan extraña y tan notable al mismo tiempo, que todos los adeptos se apresuraron á creerla; pero el P. Chamillard, que ni habia muerto, ni era partidario del *Augustinus*, resucitó de repente, y el 15 de Febrero de 1733 escribió una carta que concluia de esta manera: "Es evidente, por lo que acaba de suceder relativamente á mi persona, que si los Jesuitas quisiesen hacerse apelantes de la constitucion, desde luego llegarian á ser grandes hombres, y hombres de milagros, para el juicio de aquellos mismos hombres que hoy dia se muestran tan encarnizados en su descrédito, como á mí me ha sucedido en un momento que se ha circulado la voz de mi supuesta apelacion. Pero nosotros no compramos á ese precio los elogios de los innovadores. Nos creemos honrados con sus ultrajes, cuando reflexionamos que aquellos que tan cruelmente nos tratan en sus discursos y en sus libelos, son los mismos que blasfeman contra lo que existe de mas respetable y sagrado en la Iglesia y el estado."

Lo que el Jesuita decia en 1732 será una verdad, miéntras que haya partidos en el mundo. Ponia el dedo sobre la llama viva de todas las oposiciones; pero esto no detuvo á los jansenistas en sus ataques. La Orden de Jesus era el blanco de todos los tiros. Mil

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acusaciones del género y clase de las que acabamos de trazar, se renovaron en los reinos católicos. Parecia que la paz y la felicidad iban á renacer en todas partes, una vez realizada la proscripcion del instituto de San Ignacio, único obstáculo á la concordia de los espíritus. Protestantes, enciclopedistas, universitarios, miembros del parlamento ó sectarios del jansenismo, hijos de tan diversas madres, se reunian en un pensamiento comun. Cada uno por su parte se disponia á acabar con los Jesuitas para preparar el triunfo de su causa. Un acontecimiento inesperado alentó á todas las esperanzas, y presentó una realidad á todas las acusaciones; este suceso fué la bancarrota del P. Lavalette.

TITULO II.

Causa de la destruccion de los Jesuitas en Francia.—Opinion de los escritores protestantes.—Luis XV y Voltaire rey.—Coalicion de los parlamentarios, de los Jesuitas y los filósofos contra la Sociedad.—Los doctores de la economía política.—Los judíos y las sociedades secretas.—Imputaciones que se hacen á los Jesuitas.—Los confesores de la familia real.—Retrato de Luis XV.—Atentado de Damiens.—Madama de Pompadour quiere amnistiar su vida pasada por un Jesuita.—El P. de Sacy y la marquesa.—Sus negociaciones con Roma.—Su carta confidencial.—El P. Lavalette en la Martinica.—Es denunciado como negociante.—El intendente de la Martinica toma su defensa.—Apoyos que recibe del ministro de marina.—De vuelta á las Antillas, Lavalette compra tierras en la Dominica.—Sus trabajos y sus empréstitos.—Su comercio en los puertos de Holanda.—Los corsarios ingleses apresan sus barcos.—Negocios del P. Lavalette protestados.—Los Jesuitas no se convienen en los medios de cortar este escándalo.—Son condenados á pagar *in solidum*.—Apelan de los tribunales consulares al parlamento.—Visitadores nombrados para la Martinica.—Accidentes que les detienen.—El P. de la Marche llega por fin á las Antillas.—Juzga y condena á Lavalette.—Su declaracion.—Los acreedores ante el parlamento.—El mariscal de Belle-Isle y el duque de Choiseul.—Carácter de este último.—Su carta á Luis XVI sobre los Jesuitas.—De la cuestion de quiebra, el parlamento se remonta á las cuestiones de la Orden.—Las congregaciones suprimidas.—Cooperacion de los judíos y los frac-masones.—Sentencia del 8 de Mayo de 1761.—El consejo del rey y el parlamento nombran cada uno por su parte una comision para el exámen del instituto.—Chauvelin y Lepelletier Saint-Fargeau.—Dictámen de Chauvelin.—Manda el rey que se sobresea.—El parlamento elude la órden.—El parlamento recibe al procurador general como apelante de todas las bulas y breves en favor de los Jesuitas.—Decretos sobre decretos.—Los Jesuitas no se defienden.—Luis XV consulta á los obispos de Francia sobre el instituto.—Su respuesta.—Una minoría de quince votos pide algunas modificaciones.—Los Jesuitas declaran adherirse á la doctrina de los cuatro artículos de 1682.—Concesion inútil.—El rey anula

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acusaciones del género y clase de las que acabamos de trazar, se renovaron en los reinos católicos. Parecia que la paz y la felicidad iban á renacer en todas partes, una vez realizada la proscripcion del instituto de San Ignacio, único obstáculo á la concordia de los espíritus. Protestantes, enciclopedistas, universitarios, miembros del parlamento ó sectarios del jansenismo, hijos de tan diversas madres, se reunian en un pensamiento comun. Cada uno por su parte se disponia á acabar con los Jesuitas para preparar el triunfo de su causa. Un acontecimiento inesperado alentó á todas las esperanzas, y presentó una realidad á todas las acusaciones; este suceso fué la bancarrota del P. Lavalette.

TITULO II.

Causa de la destruccion de los Jesuitas en Francia.—Opinion de los escritores protestantes.—Luis XV y Voltaire rey.—Coalicion de los parlamentarios, de los Jesuitas y los filósofos contra la Sociedad.—Los doctores de la economía política.—Los judíos y las sociedades secretas.—Imputaciones que se hacen á los Jesuitas.—Los confesores de la familia real.—Retrato de Luis XV.—Atentado de Damiens.—Madama de Pompadour quiere amnistiar su vida pasada por un Jesuita.—El P. de Sacy y la marquesa.—Sus negociaciones con Roma.—Su carta confidencial.—El P. Lavalette en la Martinica.—Es denunciado como negociante.—El intendente de la Martinica toma su defensa.—Apoyos que recibe del ministro de marina.—De vuelta á las Antillas, Lavalette compra tierras en la Dominica.—Sus trabajos y sus empréstitos.—Su comercio en los puertos de Holanda.—Los corsarios ingleses apresan sus barcos.—Negocios del P. Lavalette protestados.—Los Jesuitas no se convienen en los medios de cortar este escándalo.—Son condenados á pagar *in solidum*.—Apelan de los tribunales consulares al parlamento.—Visitadores nombrados para la Martinica.—Accidentes que les detienen.—El P. de la Marche llega por fin á las Antillas.—Juzga y condena á Lavalette.—Su declaracion.—Los acreedores ante el parlamento.—El mariscal de Belle-Isle y el duque de Choiseul.—Carácter de este último.—Su carta á Luis XVI sobre los Jesuitas.—De la cuestion de quiebra, el parlamento se remonta á las cuestiones de la Orden.—Las congregaciones suprimidas.—Cooperacion de los judíos y los frac-masones.—Sentencia del 8 de Mayo de 1761.—El consejo del rey y el parlamento nombran cada uno por su parte una comision para el exámen del instituto.—Chauvelin y Lepelletier Saint-Fargeau.—Dictámen de Chauvelin.—Manda el rey que se sobresea.—El parlamento elude la órden.—El parlamento recibe al procurador general como apelante de todas las bulas y breves en favor de los Jesuitas.—Decretos sobre decretos.—Los Jesuitas no se defienden.—Luis XV consulta á los obispos de Francia sobre el instituto.—Su respuesta.—Una minoría de quince votos pide algunas modificaciones.—Los Jesuitas declaran adherirse á la doctrina de los cuatro artículos de 1682.—Concesion inútil.—El rey anula

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos los procedimientos.—Libelos contra la Sociedad de Jesus.—*Estracto de las Aserciones.*—Los Jesuitas espulsados de los colegios.—Asambleas extraordinarias del clero de Francia.—La asamblea se pronuncia en favor de los Jesuitas.—La carta al rey.—Voltaire y d' Alembert.—Los parlamentos de provincia.—La Chalotais, Dudon y Monclar, procuradores generales de Rennes, de Bordeaux y de Aix.—Sus dictámenes.—Situacion de los parlamentos de provincia.—La mayoría y la minoría.—El presidente d' Eguilles y sus memorias inéditas.—El parlamento de Paris pronuncia su fallo de destruccion de la Compañía.—Los tribunales soberanos del Franco-Condado, de Alsacia, de Flandes y de Artois, así como la Lorena se oponen á la expulsion de los Jesuitas.—Confiscacion de bienes de la Sociedad.—Pension acordada á los Jesuitas.—Juicio de los protestantes sobre esta medida.—Proscripcion de los Jesuitas.—Causas de esta proscripcion, Schœel y La Menais.—Cristobal de Beaumont, arzobispo de Paris, y su pastoral sobre los Jesuitas.—Cólera del Parlamento.—El prelado es citado á la barra.—Su pastoral quemada por mano del verdugo.—Los Jesuitas obligados á optar entre la apostasía y el destierro.—Cinco sobre cuatro mil.—Carta de los confesores de la familia real á Luis XV.—Su respuesta.—El delfin en el consejo.—Edicto del rey que restringe los decretos del parlamento.—Clemente XIII y la bula *Apostolicum.*—Los Jesuitas en España.—Cárlos III los defiende contra Pombal.—El motin de Esquilache apaciguado por los Jesuitas.—Resentimiento del rey de España.—El conde de Aranda llega á ser ministro.—El duque de Alba y el emperadar Nicolas I.—Los historiadores protestantes cuentan el modo con que se dispuso Carlos III contra el instituto.—Cartas apócrifas.—Choiseul y Aranda.—Sentencia del consejo extraordinario.—Misteriosa trama contra los Jesuitas.—Orden del rey dada á las autoridades civiles y militares, para arrestar á los Jesuitas á una misma hora.—D. Manuel de Roda y el confesor del rey.—La operacion cesárea hecha á la Compañía de Jesus.—Correspondencia de Roda.—Los Jesuitas arrestados en España, en América y en las Indias.—Amenazas diplomáticas de Roda.—Provocacion del ministerio á la Santa Sede.—Los Jesuitas obedecen.—El P. José Pignatelli.—Clemente XIII suplica á Cárlos III que le haga presentes las causas de tan gran medida.—Reticencias del rey.—Su obstinacion.—Breve del Papa.—Actitud del cardenal Torregiani.—Obliga al silencio al gobierno español.—Los Jesuitas arrojados al territorio romano.—Causas de su rechazo en aquel punto.—Protestante contra católico.—Roda en favor de los Jesuitas.—Los Jesuitas en Nápoles imitan á Aranda.—Los Jesuitas prescriptos.—Son espulsados de Parma y Malta.—Clemente XIII proclama la vacante del ducado de Parma.—La Francia se apodera de Aviñon, Nápoles de Benevento y Ponte-Corvo.—Amenazas del marques de Aubeterre en nombre de Choiseul.—Valor del Papa.—Su muerte.

A fin de apreciar con toda la equidad posible los sucesos que precipitaron en Francia la caida del Orden de San Ignacio, es preciso colocarse en el punto de vista protestante. En el acontecimiento de la destruccion de los Jesuitas, hubo sin duda, causas accesorias, móviles subalternos é intereses accidentales; pero el que predominó sobre todos fué indudablemente la necesidad en que se encontraban todas las sectas combinadas para aislar al catolicismo,

y para hallarle sin defensores en lo mas fuerte del ataque. Los escritores calvinistas ó luteranos han marcado perfectamente esta situacion. Schlosser dice [1]: "Se habia jurado un odio irreconciliable á la religion católica, desde hace tantos siglos incorporada al Estado. . . . Para dar fin á esta revolucion interior y para privar al antiguo sistema religioso y católico de su principal sosten, las diferentes cortes de la casa de Borbon, ignorando que se iba á poner la nueva instruccion de la juventud en manos muy diferentes, se reunieron contra los Jesuitas, á quienes los jansenistas, ya desde mucho tiempo ántes, habian quitado, por medios las mas veces equívocos, la estimacion adquirida despues de muchos siglos."

No es solo este el único testimonio que obliga á confesar la verdad á la escuela protestante. Schœl se espresa en estos términos [2]: "Se habia formado una conspiracion entre los antiguos jansenistas y el partido de los filósofos; ó mejor dicho, como ámbas facciones tendian al mismo objeto, trabajaban con tal armonía, que cualquiera hubiera podido creer que concertaban sus medios. Los jansenistas, bajo la apariencia de un celo religioso, y los filósofos, bajo el de la filantropía, caminaban todos á la destruccion de la autoridad pontificia. Tal fué la ceguedad de muchos hombres pensadores, que hicieron causa comun con una secta, que hubieran aborrecido en el instante mismo, si hubieran conocido sus intenciones. Esta clase de errores no dejan de ser frecuentes; cada siglo tiene el suyo. . . . Mas, para echar por tierra al poder eclesiástico, era preciso aislarle en sí mismo, quitándole el apoyo de la falange sagrada comprometida hasta la muerte en la defensa del trono pontifical, es decir, los Jesuitas. Esta fué la verdadera causa de la animadversion que cayó sobre esta Sociedad. Las imprudencias cometidas por algunos de sus miembros dieron armas para combatir la Orden, y la guerra contra el jesuitismo se llegó á hacer popular, en términos, que el aborrecer y perseguir á un instituto, cuya existencia estaba unida á la de la religion católica y del trono, llegó á ser título suficiente para poderse llamar filósofo."

Los escritores protestantes resuelven la cuestion. Segun ellos, los Jesuitas no fueron calumniados ni sacrificados, sino por la sola razon de ser la vanguardia y cuerpo de reserva de la Iglesia. La animosidad y la pasion no se resolvieron á destruirlos hasta el momento en que vieron demostrado que nada era bastante á separarlos del centro de la unidad, y hacerlos transigir con su deber de sacerdotes católicos. Teniendo en su mano el porvenir de las generaciones futuras, entorpecian el movimiento impulsado. Nada que

[1] *Histoire des revolutions politiques et litteraires de l' Europe au siecle XVIII*, t. I, par Schlosser, professeur d' histoire á l' université de Heidelberg.
[2] *Cours d' histoire des Etats européens*, t. XLIV, pág. 71.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuese hostil á la Santa Sede, y por consecuencia á la religion, podia tener efecto, miéntras que los Jesuitas estuviesen al frente de tan sagrados objetos para neutralizar las tramas del pensamiento y las maquinaciones efectivas de una conspiracion perenne. Los Jesuitas eran incorruptibles en su fe. Rechazaban toda idea de conjuracion que amenazase á la autoridad espiritual, y por lo mismo se conspiró contra ellos, y se les declaró culpables, porque rehusaban asociarse á las intrigas que envolvian la ruina de la Santa Sede y de toda la monarquía. "En todas las cortes, en el siglo XVIII, dice Leopoldo Ranke (1), se formarán dos partdios, de los cuales el uno hacia la guerra al papa, á la Iglesia y al Estado, miéntras que el otro ponia su empeño en mantener las cosas en su estado antiguo, y en conservar las prerogativas de la Iglesia universal. Este último partido estaba principalmente representado por los Jesuitas. Esta Orden apareció siempre como el mas firme baluarte de los principios católicos; por lo tanto, ésta fué la primera contra quien se dirigieron los tiros."

La tempestad tomaba cuerpo de diferentes puntos á la vez. Antiguas enemistades y recientes esperanzas filantrópicas, sueños falaces, ambiciosos deseos, todo esto se coligó para precipitar la ruina de los Jesuitas. Los enciclopedistas suspendieron sus redoblados tiros contra los discípulos de Jansenio, y se estipuló tregua entre ellos, para acabar primero con el enemigo comun. Los unos olvidaron su fe parlamentaria; los otros su rencor filosófico, y todos de mancomun se encarnizaron contra la Compañía como el lobo con su presa. Contaba aquella con esforzados atletas á quienes hubiera sido dificil resistir; pero en el momento mismo del combate los Jesuitas fueron vendidos por la potestad civil. Dominados entónces por el vértigo que se apoderaba de todas las cabezas, se abandonaron á sí mismos. El poder y la autoridad moral no residian ya en la monarquía, y por consiguiente dejaron de concentrarse en los grandes cuerpos del Estado.

En medio de sus frívolos placeres y del profundo hastío que le iba consumiendo, Luis XV, sin pensarlo, se afanaba en envilecer la magestad del trono. Así como á Luis XIV, su abuelo, le habia sido concedido ver alzarse al rededor suyo ilustres capitanes, sabios y virtuosos prelados, y hombres de talento, que ampliando el círculo de sus ideas podian imprimir en los entendimientos un movimiento pacífico hácia el bien, la incuria del príncipe hizo girar á estas ventajas en sentido opuesto contra la religion y la monarquía. Luis XV no se atrevió á ser el rey de su siglo: Voltaire usurpó tan glorioso título, y fué en realidad el primero entre sus contemporáneos.

Era este hombre la expresion del espíritu frances elevado á su

(1) Histoire de la Papauté, tom. IV, pág. 486.

apogeo, genio destructor, que en su eterna movilidad echó por tierra, y mas con el chiste que con la conviccion, cuanto hasta su tiempo se habia reputado como santo y digno de veneracion! Voltaire se habia impuesto una mision, que llenaba haciendo servir á sus fines la historia, la poesía, la novela y la mas activa de todas las correspondencias. Reformador sin crueldad, benéfico por naturaleza, sofista por hábito, adulador del poder por carácter y cálculo, hipócrita sin necesidad y sí por cinismo, corazon ardiente, que con igual prontitud se dejaba arrebatar de un sentimiento de humanidad como por una blasfemia, entendimiento escéptico que pudo haber tenido el orgullo del genio, y se contentó con la vanidad del talento, Voltaire reunia todos los contrastes, que aplicaba con el mejor acierto segun le convenia. Corrompíalo todo, porque adivinaba que la corrupcion era el elemento de la sociedad del siglo XVIII, brillante en su superficie, y sin embargo tan gangrenada en su interior. Esta se encuentra reflejada en su vida, reasumida en sus obras, y sobre ella camina por los anales del mundo. Los reyes y los ministros, los generales y los magistrados, todo desaparecia á su contacto. Desde la regencia de Felipe de Orleans hasta los primeros dias de la revolucion francesa, todo se da la mano para servir de fúnebre cortejo á un hombre, que amontonó á su alrededor tantas ruinas, y que aun reina hoy dia por su irónica incredulidad. Voltaire habia formado los hombres de su tiempo á imágen de sus pasiones, y se hizo el distribuidor de la celebridad. La ciencia, el talento, los servicios hechos al pais, nada fueron hasta que el vino á confirmarlos por su voto. La Francia y la Europa se poseyeron de un loco entusiasmo por el hombre que inmolaba con una sola burla la fe antigua y las glorias nacionales. Ya despues cuando la risa ó la indiferencia legitimaron esta soberanía, Voltaire dejó á sus adeptos el cuidado de terminar la obra de destruccion.

El ascendiente que el patriarca de Ferney ejercia sobre su siglo, tuvo tanto de prodigioso, que hizo aceptar como talentos de primer órden á una turba de medianías que se alimentaban del genio de los demas. Voltaire, educado por los Jesuitas, tenia un placer en honrar á sus antiguos maestros. Los veía tolerantes y amigos del saber humano, y jamas hubiera pensado en sacrificarlos á los parlamentos y á los Jansenistas, cuya exterior muestra de rigorismo, convenia con su carácter. No obstante, como para llegar al centro de la unidad católica era preciso pasar por los cadáveres de los granaderos de la Iglesia, Voltaire inmoló su afecto á los Jesuitas, en obsequio y buen resultado del plan que él y los suyos habian concebido. Estos querian *écraser l' infame*, horrible frase que tanto se ha repetido en el siglo XVIII. Los Jesuitas únicamente eran los que se oponian á la realizacion de este pensamiento, y los Jesuitas fueron el blanco de todos los ataques combinados. D' Alembert los perse-

guia con el raciocinio, Voltaire con la artillería de sus sarcasmos y los jansenistas con su infatigable aversion. Minóse el terreno que hollaban sus piés, se les presentó con el colorido mas exagerado y repugnante: aquí se les atribuia una fabulosa omnipotencia; allí se les hizo mas débiles aun que lo eran en realidad. Los enemigos de la Iglesia se constituyeron abogados de los privilegios episcopales. Todas las pasiones, todos los intereses se alistaron en esta cruzada contra la Sociedad. Buffon tenia á menos guardar relacion con ella, miéntras que Montesquieu, en 1755, moria cristiano en manos del P. Bernardo Bouth; pero ámbos escritores, aislados en su gloria, no se mezclaron sino á lo léjos en el tumulto de las ideas, y se respetó la neutralidad. No sucedió lo mismo con Juan Jacobo Rousseau. El filósofo de Ginebra se hallaba en el apogeo de su gloria. Desde el fondo de su soledad, este hombre, para quien la pobreza fué un lujo y una necesidad, se habia creado una inmensa reputacion. Los enemigos de la Sociedad trataron de afiliarle á sus banderas. Juan Jacobo, como sucede á las almas grandes, se declaraba siempre en favor de los oprimidos. "Se ensañan contra mí, decia en su carta á Cristóbal de Beaumont, por no haber querido abrazar el partido de los jansenistas, y por no haber tomado la pluma contra los Jesuitas, á quienes si bien no amo, no tengo al ménos queja de ellos, al mismo tiempo que los veo perseguidos."

Estas excepciones no modificaban el plan trazado de antemano, ni impedian que D' Alembert escribiera á Voltaire (1): "No sé en qué vendrá á parar la religion de Jesus, pero lo que es su Compañía se encuentra en muy mala posicion." Y, cuando la coalicion ha triunfado, D' Alembert deja escapar el grito de la filosofiía, el último deseo que habia contenido hasta el dia de la caida de la Orden de San Ignacio. Los enciclopedistas han derribado el mas firme apoyo de la Iglesia; he aquí el plan que se desarrolla bajo su pluma. "Por lo que á mí toca, dice D' Alembert al patriarca, todo lo veo en este momento de color de rosa. Desde aquí distingo á los jansenistas espirando el año próximo de su muerte, dulce y tranquila, despues de haber hecho perecer en éste á los Jesuitas de muerte violenta; veo establecida la tolerancia, tornados los protestantes, casados los sacerdotes, abolida la confesion, y el fanatismo disipado, sin que él mismo lo perciba.

Si hubiera sido dado á la voluntad de un hombre prevalecer de esa manera contra la religion católica, jamas hubiera podido encontrar circunstancias mas propias á sus designios, y eso no obstante, la Iglesia ha sobrevivido á tan deshecha tormenta que, nacida al soplo de Voltaire, caia sin aliento sobre el cadalso de la revolucion.

---

[1] *Œuvres complétes de Voltaire*, tom. XLVIII, pág. 200, lettre du 4 Mai 1762.

En 1757 no se divisaba sino el lado bueno del sueño anticristiano. Los enciclopedistas le realizaban destruyendo la Orden de Jesus; los tribunales, socavando la autoridad real en otros puntos; y haciendo causa comun, aunque con pasiones nuevas, se alzaba otra secta, que pretendió sacrificarse por la felicidad del género humano. Esta secta caminaba bajo el estandarte de la economía política, ciencia indefinible, que no partiendo de principio alguno cierto, llega hasta las consecuencias mas absurdas. Debajo del manto de la economía política se cobijaban los utopistas, los amantes del progreso y los visionarios, que siempre andan á caza de la perfeccion imposible. Lamentábanse las miserias del pueblo, para las que nunca se encontraba remedio eficaz; se forjaban teorías inaplicables; se discutian las leyes que regian al pais, y atacándolas en su esencia, se enseñaba á las masas á despreciarlas. Despues que los profesores de esta ciencia arrojaron las primeras semillas, los Quesnay ó los Turgot de aquel tiempo dejaron el puesto, para que los atrevidos que viniesen despues de ellos, recogiesen la abundandante mies que aquellos hicieron germinar. Efectivamente, por las vagas doctrinas de la economía política principian todas las revoluciones. Así fué en el siglo XVIII, en el que esta ciencia elástica, que jamas dirá su última palabra, propagaba sus erróneas doctrinas con el apoyo de los ministros y de madama Pompadour. Todo cuanto era hostil á la fe católica ó contrario á los principios de un sabio gobierno, encontraba en las costumbres del poder una tolerancia que casi era proteccion. El reino de San Luis se hallaba trastornado por los sofistas ántes que llegasen a gobernarle los verdugos.

En medio de esta confusion de los entendimientos, los judíos, á quienes el mundo cristiano tan cruelmente hacia expiar su deicidio, comprendieron que no les quedaba por hacer sino arruinar con la usura las familias y los Estados. Con su tenacidad, cualidad distintiva de su carácter, el pueblo maldito se habia adherido como un gusano roedor á las naciones de Europa. Atormentado por unos, despreciado por otros, y despojado por todos, á beneficio de vergonzosos tratos, reconstituia su fortuna entre tanto que pudiese establecer su poderío. Se le prescribió y buscó en la asociacion un apoyo que el cielo parecia negarle. Le encontró efectivamente, creando por todas partes y bajo diferentes denominaciones, sectas y sociedades, que tramaban en las sombras la pérdida del cristianismo y de las monarquías. La irreligion proclamaba la igualdad de derechos, y llamaba á los hombres al goce de la libertad. Los judíos se presentaron como víctimas de la Iglesia. A fuerza de oro encontrar ron entre sus ontemporáneos, abogados que trasformaron en mártires á los usureros de la fortuna pública y privada. Esparcidos po- el globo, correspondiéndose entre sí por medios desconocidos, favo-

recian y apoyaban todas las revoluciones intelectuales (1) y fueron los primeros que cooperaron al desarrollo que arrastraba al entendimiento humano hácia el abismo. Su papel era el de dar impulso, y ellos le dieron en toda Europa. Su accion fué tan secreta como sus esperanzas; pero estudiando á fondo los diferentes móviles que obraron sobre el siglo XVIII, es imposible negar la influencia que los judíos ejercieron sobre aquella sociedad voluptuosa y hambrienta de nuevas sensaciones. En las tinieblas de sus afiliaciones daban cuenta en voz baja de sus sueños, que tendian á la extincion del cristianismo, y estos sueños seducian á los entendimientos enfermos. En público no pedian mas que la pacífica conquista de sus derechos de ciudadanos, y ya que el poder les dejaba decir, querian que el mismo poder les dejase obrar. Se presentaban como estímulo y auxilio á las pasiones, bien persuadidos que tan solo su desbordamiento era lo único que podia facilitarles la ruina del mundo que la Iglesia habia constituido.

Las cuestiones religiosas se confundian con las políticas. El parlamento de Paris se habia visto desterrado en 1753; y para inmolar á su venganza una víctima que nadie les disputase, acusó á los Jesuitas por este golpe de Estado. Los Jesuitas inspiraban á la reina y al delfin sentimientos de repulsion contra la magistratura, manejaban al arzobispo de Paris, á ese Cristóbal de Baumont, que llevó la virtud hasta la audacia; disponian de Boyer, antiguo obispo de Mirepoix, encargado de la parte de beneficios eclesiásticos (2), ali-

[1] La accion de los judíos en los sucesos que han hecho célebre el fin del siglo XVIII está patente á todos cuantos han podido ahondar en el secreto de esta sangrienta y célebre época histórica. Los interesados han tratado por todos los medios posibles de borrar esta complicidad, haciendo perder el hilo de sus infernales maniobras. Pero el éxito no ha correspondido á las tentativas. Cuando Napoleon en los primeros años del imperio reunió en Paris el gran Sanhedrin, su tio, el cardenal de Jesch, le puso de manifiesto testimonios irrecusables de la verdad que acabamos de sentar. Las investigaciones de M. Desmarets, director de la policía secreta, vinieron luego á corroborar estos documentos, que fueron entregados al papa Pio VII, y que hoy dia están en mi poder.

[2] El P. Perusseau, confesor del rey, murió en 1753. Desde ese momento se formó una liga para quitar este cargo á los Jesuitas. El antiguo obispo de Mirepoix se opuso á ello; y en los archivos de Gesu, en Roma, existe una carta de este prelado al general del instituto, en la cual se lee: "No tengo mérito alguno en lo que acabo de hacer por nuestra Compañía [escribe Boyer el 16 de Julio de 1753]. Era preciso, ó abandonar la religion, demasiado conmovida en estos tiempos calamitosos, ó colocar un Jesuita en el lugar de la cuestion. He seguido mis inclinaciones, lo confieso, pero en esto el deber pudo mas que la inclinacion. Es una gloria para vosotros y al propio tiempo sin consuelo, en las circunstancias presentes; pues la apariencia sola de una desgracia para la Compañía hubiera causado una real y efectiva para la religion. Una vez escluidos los Jesuitas del puesto, el jansenismo triunfaba, y con el jansenismo una gran porcion de incrédulos, cuyo número hoy dia es ya muy numeroso.

mentaban en la casa del conde d' Argenson prevenciones que los parlamentos no habian soñado justificar; dominaban al mariscal de Belle-Isle, militar valiente, hábil diplomático y ministro que jamas transigió con su deber; hacian lo mismo con Machault y Paulmy; inquietaban la conciencia del rey, tenian á la marquesa de Pompadour siempre fija al pié de su confesonario; y por último, poderosos é influyentes, tanto en la corte como en las provincias, impedian el movimiento que con motivos muy diferentes, los tribunales, los jansenistas y los filósofos querian impulsar. Verdaderamente algunas de estas alegaciones no carecian de fundamento. Luis XV, anciano prematuro, disgustado de todo ménos del reposo, no daba oidos, á fin de procurársele, á ningun ruido siniestro, y carecia ademas de energía para hacer ejecutar su voluntad. Lucido talento, en medio de la voluptuosa apatía á que se hallaba entregado, veia el mal é indicaba el remedio; pero no se sentia con la fuerza necesaria para aplicarle. Preveia que la monarquía debia durar tanto como su vida; á eso se limitaba su real egoismo. Vivia entre la disolucion y remordimientos, miéntras que, en derredor suyo, tanto su familia, como todos los corazones generosos, nunca cesaban de presentarle el cuadro desolador de las miserias materiales y morales que consumian á la Francia.

El parlamento estaba en desgracia, cuando el 5 de Enero de 1757, un hombre desconocido hirió al rey con un puñal. Este hombre pasó primero por ser criado de los Jesuitas, luego de los parlamentarios; se le creyó despues jansenista ardiente, y los jansenistas por descartarse de esa mancha, se apresuraron á achacar el atentado á los discípulos de S. Ignacio. La ocasion de dar publicidad á las doctrinas de regicidio atribuidas á la Compañía de Jesus, se presentaba naturalmente, y todos cayeron en el lazo. Solo Voltaire lo tomó como calumnia, y escribiendo á Damilaville, uno de sus compañeros de impiedad, decia (1): "Ya debeis conocer, hermanos mios, que nada perdono á los Jesuitas; pero estoy seguro que se alzaria la posteridad en su favor, si les acusase de un crímen del que la Europa y Damiens les han jus-

El P. Onofre Desmarets sucedió al P. Perusseau. Segun estos datos sacados del archivo de la Compañía de Jesus, y de la carta del obispo de Mirepoix, que concuerda con ellos, es muy difícil esplicar lo que Mr. Lacretelle en el t. IV, p. 32, de su *Historia de Francia durante el siglo XVIII*, atribuye á Luis XV. Hablando de la secularizacion de los Jesuitas, refiere lo siguiente: "Se creia al rey muy agitado, aunque afectaba la indiferencia mas apática." "Seria gracioso, dijo el príncipe, ver secularizado y como un abate al P. Perusseau." El decreto del parlamento sobre esto fué en 1762, nueve años despues de la muerte de este Jesuita: ¿cómo podia suponerse que el rey aludiese á él? El conde de Sain Priest, que en la p. 52 de su *Caida de los Jesuitas* reproduce esta especie, incurre en el mismo error.

(1) *Œuvres de Voltaire*, carta del 3 de Marzo de 1763.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tificado; seria un eco despreciable de los jansenistas, si hablase de otra manera." Estos no fueron tan leales. La herida de Luis XV le habia dispuesto al arrepentimiento; pero apenas se restableció, entró por el yugo de la marquesa de Pompadour.

Esta señora no habia tenido jamas sino una sola pasion, la de gobernar la Francia, así como gobernaba al rey. Los filósofos y los jansenistas la habian tomado por su escudo, y al abrigo de las adulaciones con que la embriagaban, se les veia obtener los derechos de impunidad, y propagar sus principios en todas las clases de la sociedad. Naciendo el vicio desde el mismo trono, arruinando éste á la Francia con sus locas prodigalidades y deshonrándola con culpables negociaciones, no asustaba á esos grandes panegiristas de la virtud. Se hacian patrocinar por él, y le rendian en señal de adoracion un corto tributo de los favores que de aquel sacaban. Esta alianza era á cual mas impura y vergonzosa. La cortesana y los filósofos, unidos á los jansenistas y á los doctores de economía política, pasaron por todo sin avergonzarse mutuamente. Hablaban éstos de dar al pueblo saludables ejemplos, de emancipar el entendimiento humano, de honrarle por una noble renovacion, y doblando la rodilla ante las impurezas reales, en cuyas aras ofrecian corruptoras poesías ó impudentes adulaciones. Tuvieron que decidirse entre el vicio triunfante y la virtud humillada, y su eleccion no fué dudosa.

Fatigada madama de Pompadour de los homenages de la filosofía, aspiraba á algo mas positivo. Despreciando á los enciclopedistas, que á su turno la despreciaban, abusando de su crédito, trató de acercarse á los hijos de S. Ignacio. Ya hacia mucho tiempo que ésta hubiera obrado de concierto con los Jesuitas, si estos inventores de la moral relajada, como ella los llamaba, hubiesen tenido con el príncipe, así como con ella, los acomodamientos de conciencia de que Pascal les habia hecho un crímen. No ignoraba la favorita los sentimientos de la familia real respecto á ella, y quiso reducirlas al silencio. Con el fin de reconquistar una estimacion de que ya le iba privando su avanzada edad, pensó en buscar en el tribunal de la penitencia una salvaguardia contra el desprecio público. De repente aparece como devota completa, tiene su oratorio, destierra de su tocador las licenciosas poesías y novelas de Crebillon y de Gentil Bernard, sustituyéndolas con las obras del ascetismo mas consumado. Llega hasta fingir una correspondencia epistolar entre ella y Lenordmand d' Étioles, su marido; y no bastando esta hipocresía para engañar á las gentes, cree necesario hacer su papel hasta el último extremo. Los Jesuitas tienen la confianza de la familia real: Luis XV los aprecia, la marquesa de Pompadour se resuelve á dirigirse á éstos.

El P. de Sacy habia sido la guia de su juventud, y esperó de él que este recuerdo le inclinaria á una transacion con su conciencia. Despues de haber combinado su artificio, solicitó entrevistas particulares, las obtuvo, y por espacio de dos años luchó con Sacy, miéntras que el rey, por su parte, se ocupó igualmente en vencer la firmeza de su director. La misma absolucion que Sacy denegaba á madama Pompadour, los PP. Perusseau y Desmarets rehusaban á Luis XV: el escándalo era público; pero en aquella época, el rey, la marquesa y la mayor parte de los cortesanos sabian perfectamente ocultarlo bajo especiosos pretextos. Los Jesuitas no ignoraban el peligro á que estaba expuesta la Compañía. Madama Pompadour podia muy bien conjurar la tempestad, ó al ménos amortiguar sus efectos. Nada fué bastante para hacer retroceder á Sacy, Perusseau y Desmarets una línea de sus deberes. La marquesa, que vió imposible hacer caer á los Jesuitas en sus redes, se fijuró que la Santa Sede seria mas benigna que esos intratables casuistas, y por mediacion de un agente secreto puso en manos del papa una nota concebida en estos términos (1):

"Resuelta, desde principios del 1752 (por motivos de que es inútil dar cuenta) á no conservar para el rey sino un sentimiento de gratitud y de adhesion la mas pura, así lo declaré á S. M., suplicándole que consultase á los doctores de la Sorbona y que escribiese á su confesor, para que éste se informase de otras personas, á fin de hallar un medio de permanecer cerca de su lado (puesto que S. M. lo desea) sin verme expuesta á las sospechas de una debilidad, de que al presente carezco. Conociendo el rey mi carácter, se persuadió que no habia esperanza de que yo mudase de parecer, y se prestó á cuanto yo deseaba. Consultó á los doctores, y escribió al P. Perusseau, quien le exigió una separacion completa. El rey le respondió que no era por él por lo que deseaba un arreglo que tapase la boca al público, sino por mí, por mi propia satisfaccion; añadiendo que era absolutamente necesaria para la felicidad de su vida, buen éxito de sus negocios, y por último, que era la única que le decia la verdad tan útil á los reyes &c. El buen padre creyó en este momento que se haria dueño del espíritu del rey, y repitió siempre la misma cosa. Los doctores dieron tales respuestas, que hubiera sido muy posible fundar sobre ellas un arreglo, si los Jesuitas hubieran consentido. Yo hablé por este tiempo á personas que deseaban el bien del rey y de la religion, y les aseguré que si el P. Perusseau no encadenaba al rey por los sacramentos, éste se entregaria é una vida que escandalizaria á todo el mundo. Yo

(1) Manuscrito del duque de Choiseul.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no insistí, y á poco tiempo se vió que no me habia engañado en mis cálculos. Las cosas quedaron, pues, en la apariencia, como anteriormente, hasta el 1755. Despues de largas reflexiones sobre las desgracias que me habian perseguido, aun en la época de mi mayor fortuna; la certeza de que no seria jamas dichosa por los bienes de este mundo, puesto que nada me habia faltado, y que á pesar de eso no habia podido llegar á ser feliz; el desapego y disgusto de cuanto ántes me habia agradado, todo esto me condujo á creer que mi única felicidad estaba en Dios. Me dirigí al P. de Sacy como al hombre mas penetrado de esta verdad, y le mostré mi alma en toda su desnudez: desde el mes de Setiembre hasta fines de Enero de 1756 seguí bajo su direccion, y en este tiempo me propuso escribir una carta á mi esposo, cuyo borrador tengo puesto de su puño. Mi marido se negó á volverme á ver. El padre me hizo que pidiese una plaza en la servidumbre de la reina; para mayor decencia, hizo cambiar las escaleras que conducian á mi habitacion, y el rey no entró ya en ésta sino por la antecámara. Me prescribió una regla de conducta que yo observé estrictamente; cambio que metió gran ruido en la corte y en la villa: los intrigantes de toda especie lo interpretaron á su manera, rodearon al P. de Sacy, y éste me dijo al fin que me negaria los sacramentos miéntras que permaneciese en la corte. Le hice ver los compromisos en que me habia hecho entrar, la diferencia que notaba en su actual modo de pensar del anterior, y concluyó por decirme: "Que "se habian burlado demasiado del confesor del difunto rey, cuan- "do nació Mr. el conde de Tolosa, y que él no queria que le suce- "diese otro tanto." Nada tuve que responder á semejante razon, y despues de haber agotado cuanto el deseo de cumplir mis deberes me inspiraba para persuadirle que escuchase á la religion y no á la intriga, no le volví á ver mas. Llegó el abominable 5 de Enero de 1757, y á éste siguieron las mismas intrigas del año anterior. El rey hizo todo lo posible para atraer al P. Desmarest á la verdad de la religion, y movido éste por iguales motivos, su respuesta no fué diferente de la del P. de Sacy; y el rey, que deseaba ardientemente llenar sus deberes de cristiano, fué privado de poder hacerlo, y recayó poco despues en los mismos errores, de que se hubiera librado si la buena fe hubiera dirigido este negocio.

"A pesar de la extremada paciencia de que hice uso, durante los diez y ocho meses que estuve dirigida por el P. de Sacy, mi corazon no estaba por eso ménos desgarrado al ver mi situacion; hablé de ella á una persona honrada y en la que tenia confianza; se condolió de mí, y buscó los medios de hacerla cesar. Un abate amigo suyo, tan sabio como prudente, manifestó mi posicion á otro que tenia iguales dotes para formar exacto juicio de ella, y ámbos fueron de parecer que mi conducta no merecia en manera alguna

el tormento que se me hacia sufrir. En su consecuencia, mi confesor, despues de un nuevo tiempo de prueba bastante largo, ha hecho cesar esta injusticia, permitiéndome la participacion de los sacramentos; y aunque siento algun trabajo en el secreto que es preciso guardar, para evitar disgustos á mi confesor, es con todo un gran consuelo para mi alma.

"La negociacion de que aquí se trata, no es, pues, relativa á mí, sino que me interesa vivamente por el rey, con quien estoy ligada cuanto debo estarlo; no es por mi parte por donde debe temerse el poner condiciones desagradables; la de volver á reunirme con mi esposo es inadmisible, puesto que él se niega absolutamente, y así mi conciencia queda tranquila y á salvo sobre este particular; todas las demas no me costarán el mayor trabajo: aquí solamente se trata de las que han de ser propuestas al rey. A personas hábiles y que deseen el bien de su Magestad, es á quienes toca el discurrirlas.

"Penetrado el rey de las verdades y deberes que le impone la religion, desea emplear cuantos medios estén á su alcance para demostrar su obediencia á los actos de religion prescritos por la Iglesia, y principalmente desearia su Magestad la remocion de todos los obstáculos que encuentra para aproximarse á los santos sacramentos. El rey se halla angustiado con las dificultades que su confesor le ha puesto sobre este artículo, y está persuadido de que tanto el papa como aquellos á quienes su Magestad elija para consultar á Roma, instruidos plenamente de los hechos, disiparán por su consejo y autoridad cuantos inconvenientes alejan al rey del cumplimiento de un deber tan santo para él y tan edificante para los pueblos.

"Es, pues, necesario presentar al papa y al cardenal Espinelli la verdadera sustancia de los hechos, para que una vez conocidos, puedan poner remedio á las dificultades que se han suscitado, tanto por la misma naturaleza del asunto, como por las intrigas que la han desfigurado."

El papa nada tenia que ver con los escrúpulos de los Jesuitas revelados con tan pérfido candor por madama Pompadour; debia aprobarlos, como los aprobaron todas las personas honradas sin distincion de culto. Esto era echar por tierra para el porvenir los proyectos de la marquesa, no dejandola sino la vergüenza de una caida, ó la perspectiva de triunfar de las repugnancias de la familia real, en venganza de la afrenta que sufria. Madama Pompadour no desistió por eso. Los acontecimientos de Portugal hacian desbordar en Francia las enemistades que la sociedad de Jesus habia atraido en aquel reino, y la irritacion de la marquesa era una palanca que debia aprovechar. El parlamento veia á los Jesuitas defenderse en Lisboa con suma tibieza, y así creyó que los

de Francia no tendrian mas valor. Caian de sus puestos á la voz sola de Pombal en un pais que les era muy afecto; ¿qué seria de ellos en el reino cristianisimo, donde una misma coalicion de intereses reunia al ministerio, á los cuerpos de la magistratura, á los jansenistas y á los filósofos; es decir, á la fuerza legal y á los monopolistas de la opinion pública? Faltaba solo un pretexto para poner en movimiento á tantas malas voluntades, cuando el hecho mas inesperado las provocó todas.

Antonio de Lavalette residia en la Martinica en calidad de superior general. Miembro el Jesuita de la familia de aquel Gran-Maestre de Malta, que inmortalizó su nombre, y testigo del estado de escasez á que estaban reducidos los misioneros, concibió el proyecto de remediarlos. Nacido el 21 de Octubre 1707, cerca de Santa-Africa, partió para las Antillas en 1741. La carrera de las misiones se avenia con su carácter emprendedor, y la siguió por espacio de muchos años; despues, en 1753, fué denunciado al gobierno como negociador mercantil (1), y Rouillé, ministro de marina, y el P. Visconti, general de la Compañía, le intimaron la órden de volver á Francia para justificarse; pero Hurson, intendente de las Islas del viento, se constituyó defensor oficial del Jesuita, y desde la Martinica escribió al gefe del instituto, con fecha 17 de Setiembre, lo siguiente:

"Mi muy reverendo padre:

"Os confieso, que tanto yo como todos los honrados habitantes de este pais hemos quedado en extremo sorprendidos con la órden que hemos recibido de hacer salir para Francia al reverendo P. Lavalette, y esto bajo pretexto de comercio extrangero. Hace tres años que M. Bompar y yo gobernamos esta colonia, y léjos de tener la menor sospecha contra el P. Lavalette sobre este particular, le hemos hecho siempre la mas completa justicia, tanto en este asunto, como en todos los demas que tocan á su ministerio Hay aquí enemigos suyos que han informado mal al ministro, y ellos sin duda han sorprendido su buena fe.

(1) El P. Lavalette, como todos los procuradores de las misiones y como todos los colonos, vendia ó cambiaba en Francia la azúcar, el indigo, el café y demas frutos que producian las tierras pertenecientes á las casas que dirigia. Así como aquellos, tenian en Francia corresponsales, que compraban estos productos ó los cambiaban por efectos de otros géneros, como harinas, vino, télas, etc. Esta necesidad del cambio llevaba consigo operaciones comerciales, cuentas corrientes, y un giro de fondos mas ó ménos importante; pero estas transaciones se reducian á vender el producto de los terrenos para adquirir con ellos otros objetos de primera necesidad. Hasta aquí nada habia de ilícito ni irregular."

"Comienzo por aseguraros y aun juraros, que el P. Lavalette jamas, ni de cerca ni de léjos, ha tenido comercio algunos con el extrangero. De ello darán testimonio, igualmente que yo, M. de Bompar y cuantos se dedican al comercio. Podeis contar con esto, y hablar alto en esta ocasion, sin temor de que se os desmienta, porque cuanto mas claras se vean las cosas, tanto mas resaltará su inocencia y la perfidia horrible de sus enemigos.

"No hay ejemplo en parte alguna, sino en este pais, de haberse conducido de este modo con un hombre de las circunstancias del P. Lavalette, que ademas es un superior, sin haber precedido de antemano un exámen y apreciacion exacta de los hechos. Deduzco de esto, que el ministro, á quien creo lleno de justicia y equidad, ha sido sorprendido. Si las sospechas ó imputaciones hubieran sido suscitadas por los gefes del pais, esto ya merecia atencion; pero cuando los acusadores no se atreven á dar la cara, me parece que se debe ir con mucho pulso, y no proceder tan de ligero sin informarse detenidamente.

"Añadiré á mas de eso, la consideracion que se merece una Sociedad como la vuestra, el bien infinito que la veo hacer aquí, por el uso que vuestros superiores, y sobre todos el P. Guillin y el P. Lavalette, han hecho de los caudales de la mision, presentando grandes servicios á muchas personas honradas, que á no ser por ellos, se hubieran visto en el mayor apuro. Si no estuviera tan seguro de la completa inocencia del P. Lavalette y de su conducta, puedo aseguraros que no hablaria tan afirmativamente."

El P. Leforestier, provincial de Francia, recibia al mismo tiempo cartas semejantes, y todas atestiguaban que Lavalette no se mezclaba en negocio alguno prohibido. Pero bastaba que fuese apreciado en la Martinica y que allí fuese útil, para que se creyese conveniente separarle de ese pais. Esto pudo ser quizá una falta, porque en estas materias la sola sospecha se reputa como plena prueba, mediando un Jesuita. Una vez cometido el yerro, el P. Lavalette debia renunciar á todo comercio ilícito, si es que ya le habia emprendido, lo que parecia improbable, ó al ménos no dejarse tentar por su carácter. El padre no supo contenerse en la reserva que semejante leccion le imponia. Encargado á la vez de lo espiritual y temporal de la colonia, no se detenia en nada que tuviese relacion con su doble empleo. El descuido de los Jesuitas en los negocios de intereses estaba tan universalmente reconocido, que la mayor parte de sus casas se hallaban empeñadas (1). La

(1) El primer presidente, Guillermo de Lamoignon, decia muchas veces: "Es preciso tratar á los Jesuitas como menores y nombrarles un curador."

Un Jesuita, á propósito de Lavalette, confirma las palabras del presidente. El P. Balbani, en la pág. 52 de *Premier appel á la raison*, hace este juicio de los procuradores de la Orden: "Para un procurador de los Jesuitas, que sea

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de San Pedro de la Martinica tenia sobre sí una deuda de 135.000 libras tornesas. Con el fin de mejorar las tierras y darlas mas valor, pensó en dar mayor extension á la agricultura. Para conseguirlo, compró negros, multiplicó sus empeños, y llegó á ser en poco tiempo el mas inteligente y mas temerario de los colonos. Su prosperidad correspondió á su audacia. Hizo uso de su crédito; las cosechas mas abundantes coronaron sus esperanzas, y le permitieron extinguir una parte de sus deudas, y aplazar las restantes que habia contraido.

A su vuelta á la Martinica, en Mayo de 1755, vió Lavalette lo que en su ausencia se habia menoscabado la administracion temporal. Al muy poco tiempo reparó sus pérdidas, y como si su viaje á Paris, sus entrevistas con el ministro, y la aprobacion que éste habia dado á sus medidas, hubiesen comunicado á su alma una nueva energía, Lavalette realizó desde entónces los grandes designios que su imaginacion habia abarcado: ya no fué solamente sobre los productos de los bienes de la casa sobre los que quiso expecular; sus instintos comerciales se hallaban completamente desarrollados; realizó la compra de terrenos inmensos en la Dominica, y para rotularlos y explotarlos reunió hasta dos mil negros. Lavalette habia tenido necesidad de un millon en efectivo, y su crédito se hallaba tan bien establecido en Marsella y en las demas ciudades marítimas, que los negociantes se lo adelantaron. Entraba en una senda peligrosa, y seguia por ella sin el apoyo de sus superiores, sabiendo de una manera positiva que caso de pedirle, siempre le seria negado; pero, sin poder contener su actividad, Lavalette confiaba en el porvenir. Concentrando en su mano todos los poderes, separado de la metrópoli por el Océano, no temia que nadie viniese á importunarle. En este abandono es ciertamente en lo que el instituto ha pecado, pues si ese superior hubiera tenido á su lado un Jesuita dotado de firmeza y precision que hubiera respondido de sus actos así como de su vida, á buen seguro que aquel, con su cabeza baja, no se hubiera lanzado en semejantes operaciones, que el general de la Orden, por medio del adjunto, hubiera sabido al instante.

En medio de los trabajos de desmonte que Lavalette hacia ejecutar en la Dominica, sobrevino una epidemia que acabó con la mayor parte de sus negros. El primer desastre nunca altera la confianza de un genio emprendedor. Los plazos del reembolso á los prestamistas se acercaban, y era preciso satisfacerlos. Para

industrioso, activo é inteligente, hay ciento que no entienden ni los primeros rudimentos de los negocios. Para convencerse de ello, no hay mas que atender á su vida. Pasan en el confesonario el tiempo que otros religiosos pasarian en los almacenes ó en los bufetes. Esto sea dicho sin herir á nadie, pues no es esa mi intencion."

afirmar su reputacion. Lavalette contrajo un nuevo empréstito con réditos muy crecidos, quiso cubrir su crédito realizando mayores ganancias, y al efecto, se improvisó comerciante y banquero. Ya no se limitó á cambiar los géneros coloniales por mercancías de Europa, sino que compró éstas para revenderlas otra vez. Estas especulaciones tan en grande, seguramente hubieran llamado la atencion de los Jesuitas á haberse realizado en los mercados comerciales de Francia, y para evitar esto, Lavalette dirigió hácia la Holanda los navíos que habia fletado. Allí se procuró corresponsales y corredores en todas sus costas, con órden de vender sus cargamentos y de llenar despues sus barcos de géneros diferentes, que otros agentes secretos daban salida en los puertos de América, con una ventaja inmensa para Lavalette, que todo lo previó ménos la guerra. Esta se declaró repentinamente entre la Francia y la Gran Bretaña, y los corsarios ingleses infestaban los mares. Desde el 1755 apresaron, sin haberse roto las hostilidades, cuantos buques de comercio llevaban pabellon frances. Los del Jesuita entraron en este número, y con ellos perdió mas de 500.000 libras tornesas. Lavalette se obstinó en hacer frente á la desgracia. La rapacidad destruye todos sus cálculos, y su génio inventa otros nuevos que cree mas infalibles. La interrupcion de las relaciones con el continente europeo hacia incierto y casi imposible el pago de sus letras de cambio; y para salvar estos obstáculos, Lavalette se metió en otras operaciones comerciales aun mas arriesgadas. En este tiempo, los hermanos Lioncy, tenedores de una gran parte de los créditos del Jesuita, se apercibieron del mal estado de sus negocios; la alarma se extendió á los demas corresponsales, y los Jesuitas de Marsella llegaron por fin á saberlo todo. En el instante dieron parte á Leforestier, provincial de Francia y al gefe de la Orden, de las malversaciones de Lavalette, y quedó decidido que se buscarian todos los medios de echar tierra á este asunto. El mejor era reembolsar á los acreedores (1): se dividió á éstos en dos categorías; los pobres, cuyas necesidades eran urgentes, y los ricos, á quienes se garantizaban sus adelantos. Las casas de la Martinica y de la Dominica eran su hipoteca, pudiendo sus productos cubrir toda la parte pasiva. El P. de Sacy, procurador de la mision de las islas del Viento, habia ya pagado muchas deudas, y fué autorizado para tomar á réditos un emprés-

[1] Es tradicion en la familia de Seguier, que cuando en 1760, el abogado que llevaba este nombre vió el peligro que amenazaba á la Compañía de Jesus, se fué á ver á su antiguo maestro, el P. de la Tour: "Padre, le dijo el abogado, es preciso hacer toda clase de sacrificios; de lo contrario, son VV. perdidos." El anciano Jesuita, meneando la cabeza con resignacion, le respondió: "El dinero no nos salvará, nuestra ruina es segura. *Venit summa dies et ineluctabile tempus.*"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tito de doscientos mil francos. Repartida esta nueva suma entre los acreedores mas necesitados, le quedaba facultad de entenderse con los otros; pero los padres de Paris, investidos con los poderes del provincial, se oponen á este empréstito, y quieren (mas esto es una version inédita que indicamos sin discutirla), que Lavalette entregue su balance y se presente en bancarrota, á fin de que la parte odiosa de estas piraterías recaiga sobre el gobierno ingles. El pensamiento tenia algo de nacional, y los que le habian concebido, esperaban que la corte apoyaria semejante medida. Pero este partido, hijo de las circunstancias en que la Compañía se encontraba, suministraba contra ella una arma terrible, sublevaba la opinion pública, y llamaba á los tribunales seculares á conocer de un negocio que no podia ménos de ser perjudicial á los Jesuitas. Se consultó á los banqueros, y todos fueron de opinion que era preciso renunciar á ese proyecto deshonroso para el instituto y que ninguna utilidad le podia reportar. El tiempo se pasaba en discusiones y correspondencias. La viuda Grou y su hijo, comerciantes de Nantes, promueven su reclamacion en el tribunal consular de Paris, y los hermanos Lioncy siguen el mismo rumbo. El 30 de Enero de 1760 fué condenada toda la Compañía á pagar los treinta mil francos que debia Lavalette á la viuda Grou. La sentencia era injusta (1), y su misma iniquidad debió quitar la venda de los ojos

(1) La jurisprudencia sobre estas materias ha desaparecido en Francia con las órdenes religiosas; y creemos oportuno recordarla en un negocio que tanto ruido ha metido en el mundo. Sin contar las constituciones de las diferentes sociedades religiosas; constituciones que supongan ó establezcan la independencia entre las casas de la misma órden, este derecho se halla apoyado en otros fundamentos incontestables. Cada establecimiento religioso, bien fuese colegio, monasterio ó comunidad, tenia su carta de constitucion que le autorizaba, y le daba una existencia civil, propia y peculiar. Esta autorizacion de la potestad civil le aseguraba, ademas, la propiedad separada inatacable de su patrimonio y de sus rentas. En virtud de estos actos públicos, cada casa religiosa gozaba de la facultad particular de contratar por su administrador, de comparecer en juicio, de adquirir, de recibir donaciones ó legados de una manera indefinida. De este modo existian tantos *seres civiles* cuantas casas regulares habia legítimanente establecidas, y jamas se confundian los bienes de la una con los de la otra.

Esta misma autorizacion civil formaba la base del derecho de separacion, y la intencion de sus fundadores se dirigia á esto mismo. Estos fundadores, ya fuesen cuerpos municipales, ciudades ó particulares, al edificar y dotar una casa religiosa, se proponian por objeto el culto divino, los diferentes ministerios eclesiásticos, la educacion de la juventud, el alivio de los pobres ú otros cualesquiera fines de piadosa utilidad. La ley civil, al confirmar el contrato del establecimiento, aseguraba á cada casa la propiedad de su dotacion y de sus bienes segun el deseo del fundador, y para cubrir con ellos el objeto de la fundacion. Las casas religiosas de una misma órden eran entre sí hermanas; pero esta hermandad no se extendia á los intereses pecuniarios, ni á sus pérdidas ó ganancias, que no eran comunes. La amistad ó la caridad

de los padres que se oponian á una transacion; pero nada de esto sucedió. Los abogados decian que la ley y el derecho comun es-

podian en ciertas ocasiones hacer nacer deberes de familia; pero esto era meramente gratuito, y no existia ninguna obligacion de rigurosa justicia, ni lazo alguno de mancomunidad.

San Ignacio de Loyola encontró vigente este derecho comun, y le adoptó para su instituto. Las casas profesas que no podian tener rentas, no poseian sino la casa-domicilio de los profesos. Los colegios, noviciados y residencias trasatlánticas, gozaban de bienes propios y rentas, que solo pertenecian á cada colegio, mision ó noviciado determinado. El general que tiene el cargo de administrar por sí ó por otros las propiedades, no puede pasar por contratos que no sean útiles ó ventajosos á esas casas, *in eorumdem utilitatem et bonum*. (*Constitutiones*, parte IX, Cap. IV: *Exámen gener.*, cap. I, núm. 4; *Bulla Gregorii XIII*, 1582.) Si las rentas anuales de los colegios destinados por la intencion del fundador y por las disposiciones del instituto, al sosten y mantenimiento de los Jesuitas que en ellas habitan, excediesen á estos gastos, este exceso todo entero debe consagrarse á cada casa respectiva, no para aumentar ni engrandecer sus edificios, sino para extinguir sus deudas ó acrecentar sus rentas. (*Inst. pro admin. tit. pro rec.* núm 6.) La Iglesia y el estado habian reconocido este derecho de separacion entre los Jesuitas, para la union de beneficios en favor de las casas que no se hallasen suficientemente dotadas. Cuando un colegio, un seminario ó un noviciado, era demasiado pobre, no se inquiria si los demas establecimientos del reino ó de la provincia tenian una fortuna superabundante: únicamente se comprobaba la cuenta de gastos y cargas de la casa con la que se proyectaba la union. Las rentas se creian insuficientes, los dos poderes decretaban y verificaban la union del beneficio del establecimiento La ley eclesiástica ó civil admitia, pues, que las casas de la misma Orden, unidas entre sí por el lazo de una regla comun y de obediencia al mismo superior, estuviesen perfectamente distintas y separadas en cuanto á lo que tenia relacion con los intereses puramente temporales.

Hasta el 1760 nadie habia disputado á los Jesuitas este derecho de separacion, que los igualaba con todas las demas órdenes religiosas. Jamas se exigió á los demas institutos, y solo se admitió para el de San Ignacio. Hé aquí el pretexto. Se alegó que el general de la Compañía reinaba como un déspota y dueño absoluto de las personas y las casas, y por consecuencia propietario universal de todos los bienes de la Orden. Segun la letra de las Constituciones, esta asercion era completamente falsa; pero, bajo la influencia de ciertas enemistades apasionadas, fué erigida en principio.

La legislacion del instituto no puede estar mas clara sobre este punto. El general se coloca en la misma categoría que sus cohermanos; como ellos, hace voto de pobreza, y no puede disponer de nada. En las sociedades religiosas, las personas y los superiores no son los que poseen, sino los mismos establecimientos, especies de seres ficticios reconocidos legalmente por el derecho eclesiástico y civil. El texto de la Constitucion de San Ignacio demuestra en todas sus partes, que el general es el administrador y no el propietario de los bienes de la Sociedad. En su administracion, que las constituciones (par. IV, cap. II) llaman *superintendencia*, porque es él el que nombra los demas superiores ó administradores obligados á darle cuenta de su administracion, el general está sometido en todos sus puntos esenciales al registro ó decision de las congregaciones generales; sin su asentimiento no puede ni enagenar ni disolver un colegio ú otro establecimiento, y la violacion de esta ley seria para él un caso de deposicion, y aun de exclusion de la Compañía, previsto por las constituciones (part. IX, cap. IV). Puede admitir propiedades, ó cualesquiera

taban en su favor; y los Jesuitas cometieron la falta imperdonable de creer en semejantes dictámenes (1). Como individuos separados quizá hubieran encontrado equidad en los tribunales; pero como corporacion religiosa, y miembros sobre todo de una socie-

---

donaciones hechas á la Compañía, y puede, cuando la intencion del fundador no ha sido formulada, aplicarlas á tal casa, ó á tal colegio; pero una vez hecha la aplicacion, ya no le es permitido disponer de sus frutos y productos, ya sea para su uso, ya para dar á extrangeros, y notablemente á su familia. Por sí ó por otros, el general tiene derecho de hacer toda clase de contratos de venta y compra de bienes muebles ó inmuebles, de cualquiera especie que sean, tanto de los colegios como de las demas casas de la sociedad: puede constituir ó comprar rentas sobre los bienes fijos (*stabilia*) de los colegios; pero solamente por utilidad y en el interes de las casas.

El general no es, pues, sino el administrador, el tutor de la Compañía, y en todo y por todo domina el mismo sistema de separacion y de independencia. "Pero, objetaban los parlamentos de 1760, la Compañía de Jesus no es como las demas órdenes, en las que sus religiosos viven y mueren en la misma casa, y su superior es elegido por los miembros de la casa, y los negocios principales tratados y dirigidos por la comunidad reunida en capítulo. Con esta legislacion es evidente, añadian los tribunales, que cada convento está separado, en cuanto á lo temporal, de los demas conventos de la misma Orden."

Estas variedades de jurisprudencia entre los institutos no son sino disposiciones accidentales, y no pueden influir esencialmente en las cuestiones de mancomunidad ó independencia entre los establecimientos de una misma órden. Existian otras sociedades, la congregacion de San Mauro, por ejemplo, en la que los religiosos cambiaban de casa á voluntad de su superior, como se practica entre los Jesuitas, y en la que los gefes de cada monasterio no eran elegidos por la comunidad, sino por el capítulo general de la Orden. Finalmente, en el Fontrevault, que tenia una muger por superior general de todos los conventos de hombres y mugeres de la congregacion, esta abadesa ejercia, como el general de la Compañía de Jesus, la superintendencia ó administracion general de todos los bienes, y jamas nadie ha pretendido que en el órden de Fontrevault ó en la congregacion de S. Mauro, las diferentes casas estuviesen excluidas del derecho de independencia.

El principio estaba en favor de los Jesuitas; pero en la posicion que el P. Lavalette colocó á la Compañía, fué preciso desentenderse de este principio y pagar á los acreedores. Esto no era una equidad estricta, sino un golpe de buena política. La Sociedad de Jesus hubiera sido atacada sobre otros puntos, á pesar de no presentar lado alguno vulnerable, y sus enemigos no hubieran hecho caso alguno de esto para confundir á su placer todas las nociones de justicia.

(1) Ocho de los mas célebres abogados de Paris extendieron y firmaron el dictámen siguiente:

"El consejo estima por conveniente, despues de los hechos y medios detallados en la memoria, que la casa de la Martinica es únicamente la obligada; y que no solamente hay con ella mancomunidad, que no puede nacer sino de ley ó convencion expresa, sino que no existe especie alguna de accion contra las casas de Francia ó demas misiones de la Orden, y que los Jesuitas no deben alegar incompetencia, pues su defensa, en el fondo de la cuestion, no ofrece la menor dificultad.

"Deliberado en Paris, á 6 de Marzo de 1761. Firmado, *L. Herminier, Guillet, Maillard, Jaboué, de La Monoie: Babile, Thevenot, d' Epaule.*"

dad que hacia sombra á sus esperanzas, nunca debieron esperar mas que injusticias manifiestas; obligóseles á apelar al parlamento: otra falta irreparable, que pudo evitar el P. Claudio Frey de Neuville (1), prevaliéndose del derecho de *committimus* (2), concedido por carta de privilegio de Luis XIV. La apelacion al parlamento heria al gran consejo en sus atribuciones, y colocaba á la Sociedad en manos de sus mas arrojados enemigos. Todo se habia puesto en maniobra para hacerla adoptar este partido, y ella misma, por una ceguedad inconcebible, se ofrecia en holocausto. El 29 de Mayo de 1769 el consulado de Marsella seguia la misma jurisprudencia que el de Paris, y permitió á los hermanos Lioncy y á Gouffre que llevasen á cabo sus ejecuciones contra todos los bienes de la Compañía.

Durante este tiempo, Luis Centurioni, general de la Orden, habia tomado sus medidas para cortar el mal en su raiz. En el mes de Noviembre de 1756 fueron nombrados los PP. de Montigni y de Huberlant visitadores de la Martinica, con encargo especial de dar cuenta del verdadero estado de la situacion, y de suspender el negocio de Lavalette. Causas independientes de la voluntad humana impidieron este viage. Corrió el tiempo en correspondencias con la Martinica, que para llegar á Roma debian atravesar por Francia. En 1759, despues de haber pasado tres años luchando con incesantes obstáculos, murió en el camino otro visitador, el P. Fronteau. Le reemplazó el P. de Launay, procurador de las misiones del Canadá, y se rompió una pierna en Versailles en el momento de partir. Un tercer Jesuita recibe órden de embarcarse, y lo hizo en un buque neutral, que fué apresado por los corsarios. El mal estaba sin remedio, cuando, finalmente, el P. Francisco de La Marche, garantido con un salvo conducto del gobierno británico, llegó á las Antillas en 1762. Instruyó el proceso de Lavalette, de quien eran protectores los ingleses dueños de la isla, y dió la sentencia siguiente:

"Despues de haber procedido de palabra y por escrito á las informaciones convenientes, tanto con nuestros padres, como con los extrangeros, sobre la administracion del P. Lavalette desde que tuvo el encargo de los negocios de la mision de la Compañía de Jesus en la Martinica; despues de haber interrogado al mismo padre Lavalette delante de los principales padres de la mision; despues de haber oido todos los cargos que resultan contra él, y aten-

---

(1) El Jesuita Claudio Frey de Neuville era hermano de Cárlos de Neuville, el predicador.

(2) Viendo Luis XIV el encarnizamiento que el tribunal judicial desplegaba sin cesar contra los Jesuitas, cuantas veces tenian éstos necesidad de acudir á él, les habia concedido la facultad de llevar sus negocios al gran consejo. A esta facultad es á la que se llama derecho de *committimus*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dido á que consta por las informaciones: 1º Que dicho padre se ha mezclado en negocios comerciales, por lo ménos en cuanto al foro externo, con desprecio de las leyes canónicas y reglas particulares del instituto de la Sociedad: 2º Que el mismo padre ha ocultado el conocimiento de este negocio á los principales superiores de la Sociedad: 3º Que se han hecho estas reclamaciones contra la dicha negociacion, tanto por los padres de la mision, cuando llegaron á tener noticia del asunto, como por los superiores de la Sociedad, desde el momento que llegó á sus oidos, aunque confusamente, aquel comercio; en términos que sin la menor tardanza pensaron en proveer sobre ello, mandando, con el fin de establecer otra y muy diferente administracion, un visitador estraordinario, lo cual se ha intentado en vano por espacio de seis años, y no ha podido tener efecto hasta este tiempo. á consecuencia de obstáculos que ningun poder humano es capaz de prever; nos, despues de haber deliberado en un exámen justo, sabio y maduro en compañía de los padres mas experimentados de la mision de la Martinica; despues de haber pedido á Dios luz para el mejor acierto, en virtud de la facultad que me ha sido conferida, y con la aprobacion unánime de nuestros padres, mandamos: 1º Que el P. Antonio Lavalette quede absolutamente privado de toda administracion, tanto espiritual como temporal. 2º Ordenamos que el dicho P. Antonio Lavalette sea enviado lo mas pronto posible á Europa: 3º Declaramos al P. Antonio Lavalette privado de todas las funciones sagradas y entredicho *á sacris* hasta que sea absuelto de esta interdiccion por la autoridad del muy reverendísimo padre general de la Compañía de Jesus, en quien reconocemos la facultad de resolver lo que convenga sobre esta nuestra sentencia.

"Dada en la residencia principal de la Compañía de Jesus en la Martinica, á 25 de Abril de 1762.

"*Firmado*, JUAN FRANCISCO DE LA MARCHE,
de la Compañía de Jesus."

En el dia mismo que se notificó la sentencia al P. Lavalette, dió éste la declaracion siguiente:

"El que suscribe reconoce sinceramente en todos los puntos que abraza, la equidad y la justicia de la sentencia pronunciada contra mí, si bien reconozco igualmente que he procedido así por falta de conocimiento é irreflexion, ó por una especie de fatalidad que me inclinó á hacer un comercio profano, al cual he renunciado en el instante que he sabido los disgustos y contiendas que este comercio ha acarreado á la Compañía en toda Europa. Afirmo ademas, bajo juramento, que entre los superiores de la Compañía no ha habido uno solo que me haya autorizado, aconsejado ó aprobado las negociaciones que he emprendido, ni mucho ménos que haya participado en lo mas mínimo, ó cooperado á ella. Por todo esto, lleno de confusion y de arrepentimiento, suplico á los primeros superiores de la Compañía que dispongan, que la sentencia que se ha decretado contra mí sea publicada y promulgada, así como este testimonio y confesion de mi falta y de mis remordimientos. Por último, pongo á Dios por testigo que ni la fuerza, ni las amenazas, ni los halagos ni cualquiera otra clase de artificio me ha inclinado á hacer esta confesion de mi error, sino que la hago expontáneamente y con plena libertad, para tributar este homenage á la verdad, y rechazar al propio tiempo, desmentir y anonadar, en cuanto me es posible, las calumnias con que, por causa mia, se ha ofendido á toda la Compañía. Dada en la residencia principal de la mision de la Martínica en el dia, mes y áño arriba citados (25 de Abril de 1762.)

"*Firmado*, ANTONIO DE LAVALETTE,
de la Compañía de Jesus."

Estos documentos que yacian olvidados en los archivos de Gesu, tienen, sin duda alguna, su importancia: pueden modificar el error de los unos y el crímen del otro; pero á nuestros ojos no los atenúan sino hasta cierto punto. Lavalette, expulsado de la Compañía y viviendo en Alemania, libre en todas sus acciones, jamas ha desmentido las confesiones que hizo. Ya son patrimonio de la historia, pues en esta época, y con su carácter, mas de una vez habrá sido solicitado para imputar á los Jesuitas una gran parte de sus especulaciones. Lavalette ha tomado sobre sí toda su responsabilidad, y no queda al general y á los provinciales sino la falta de haber olvidado, por esta sola vez, la vigilancia que debian guardar con todos sus subordinados. Esta falta atrajo al instituto fatales consecuencias; pero una vez cometida, los pérfidos consejos y amistades, mucho mas fatales que el odio, la añadieron otra aun mas deplorable que la anterior.

De acuerdo con los Jesuitas, los principales acreedores de Lavalette trataban de remediar el mal. Mas de setecientos mil francos estaban ya pagados, y era muy factible, fijando plazos, llegar á una terminacion que no hiriese á ninguno de los intereses que se habian puesto en juego, y que solo empobreciese momentáneamente á la Sociedad. Esta habia suscrito al proyecto, y se ocupaba en que se aceptase por los acreedores, cuando estallaron en su seno nuevas disidencias. Unos se negaban á salir fiadores por el P. Lavalette, miéntras que otros creian que á toda costa se debia quitar todo motivo de escándalo. Los imprudentes pudieron esta vez mas que los sabios, y cuando el parlamento se apoderó del negocio, ya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no hubo tiempo de hacer ver el peligro. Los Jesuitas estaban debajo de sus enemigos, y se iban á ejercer contra ellos recriminaciones y venganzas. Madama de Pompadour queria su ruina; los filósofos y los jansenistas la aplaudian, y el parlamento, dando gusto á todos, se disponia á consumarla. El duque de Choiseul no solo deseaba su pérdida, sino que aspiraba á destruirlos por medios menos odiosos que los usados por Pombal.

Miéntras vivió el mariscal de Belle-Isle, los enemigos de la Compañía se habian limitado á formular sus intenciones contra la misma. Como primer ministro, estudiaba profundamente las tendencias de su siglo, y su poder las comprimia. El 26 de Enero de 1761 su muerte les dejó en plena libertad. Su sucesor, el duque de Choiseul, tenia otros designios y un carácter que se acomodaba mas a la adulacion. Choiseul era el bello ideal de los gentiles hombres del siglo XVIII; poseia la incredulidad (1), la gracia, la vanidad, la nobleza, el lujo, la insolencia, el valor y esa ligereza capaz de sacrificar el reposo de la Europa á un epígrama ó á un verso laudatorio. Altivo en demasía, confundia las cuestiones, y sin exámen las decidia; gustaba aspirar el incienso que los enciclopedistas le prodigaban; pero su orgullo se exasperaba con la sola idea de que aquellos llegasen á ser sus pedagogos. No admitia superior ni sobre el trono ni por bajo de él; se mostraba indiferente con los Jesuitas, como con todo aquello que no aceptaba su personalidad. Durante su embajada en Roma, bajo el nombre de conde de Stainville, habia vivido casi familiarmente con aquellos hijos de San Ignacio. No conocia á los de Francia sino por el P. Neuville, á quien suponia haberle malquistado con el mariscal de Belle-Isle. Este era un cargo; pero Choiseul tenia otros muchos caprichos ambiciosos para detenerse en éste. El pensamiento de toda su vida era el de gobernar á la Francia, y el de aplicar á este pais enfermo las teorías que habia soñado. No podia plantearlas sino creándose panegiristas entre los escritores que entónces eran el órgano de la opinion pública Sedujo á los filósofos, ganó al parlamento, se hizo admirador de los jansenistas, y benévolo consejero de ciertas envidias monacales; aduló á madama de Pompadour, entretuvo al rey, que fué lo mas difícil, y despues, cuando incluyó á todos en su esfera, se ocupó, con el fin de manejar á cada partido, en perseguir á la Compañía de Jesus.

Mas tarde, en el reinado siguiente, el mismo duque de Choiseul,

(1) Choiseul en su juventud habia cedido á la moda dominante de insultar á la religion. Cuando fué poderoso, aparentó respetarla. Cuando tuvo que dirigir la lenta abolicion de los Jesuitas, se escusó todo lo posible, para que no se creyese que inmolaba estos religiosos á la impiedad dominante. (Lacretelle, *Histoire de France pendant le XVIII siecle*, tom. IV, pág. 52.

en un memorial á Luis XVI, trata de explicar la posicion neutral que creia haber soñado, y se explica en estos términos:

"Estoy persuadido de que se ha dicho al rey que yo fuí el autor de la expulsion de los Jesuitas. La casualidad únicamente ha comenzado este negocio, y los sucesos ocurridos en España le han terminado. Yo estaba muy léjos de serles contrarios en los principios; en nada me he mezclado: he aquí la verdad. Pero como mis enemigos lo eran tambien de los Jesuitas, y el difunto delfin los protegia, les pareció á éstos muy conveniente publicar que fuí yo el instigador de la caida de la Sociedad; miéntras que á la conclusion de una guerra desastrosa, abrumado de negocios, no veia sino con indiferencia que subsistiese ó se acabase una comunidad de frailes. En la actualidad, no tengo la misma indiferencia respecto á los Jesuitas; he adquirido pruebas que me acreditan, que esta Orden y cuantos de ella dependen ó están ligados, son peligrosos á la corte y al Estado, ya sea por fanatismo, ya por ambicion, ya por favorecer sus intrigas y sus vicios; y si ahora ocupase el ministerio, aconsejaria al rey con instancias que jamas se acordase de establecer una Sociedad tan perniciosa."

Los hechos hablan mas que esta declaracion desnuda de toda prueba; y si el duque de Choiseul estuvo en un principio, como dice, "muy léjos de ser contrario á la Compañía, y si en nada se mezcló á su fin," es preciso convenir que sus actos están en plena contradiccion con sus palabras. Unos y otros se verán en el discurso de esta narracion; pero aun dejando esto, Sismonde de Sismondi, en su *Histoire des Français*, ya ha respondido á estas alegaciones. "Madama de Pompadour, dice el historiador protestante (1), aspira sobre todo á adquirirse una reputacion de energía de carácter, y creyó haber encontrado ocasion para ello, demostrando que sabia dar un golpe de Estado. Esta misma pequeñez de alma tenia influencia sobre el duque de Choiseul. Ambos á dos estaban muy seguros de poder separar la atencion pública de los acontecimientos de guerra. Esperaban adquirir popularidad, adulando á la vez á los filósofos y á los jansenistas, y cubrir los enormes gastos de la guerra con la confiscacion de los bienes de una Orden tan rica, en lugar de acudir á reformas económicas, que entristecerian al rey y á la corte." Tal es la opinion del escritor genoves. Difiere mucho de las proposiciones de Choiseul; pero el testimonio de Sismodi, como desinteresado en la cuestion, debe tener mas peso que el de un ministro que trata de justificar la arbitrariedad con la calumnia.

El parlamento de Paris tenia que fallar sobre una simple quiebra, pero la elevó á la altura de una cuestion religiosa. Bajo pre-

[1] *Histoire des Francais, tom. XXIX, pág.* 233.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

texto de examinar los motivos alegados en la sentencia consular, mandó á los Jesuitas, el 17 de Abril de 1761, que depositasen en la secretaría del tribunal un ejemplar de las constituciones de su Orden. Un año ántes, el 18 de Abril de 1760, intervino un decreto que suprimia su Congregacion (1). Importaba al parlamento aislar á los Jesuitas, privarles de toda influencia sobre la juventud, y presentarlos como hombres de quienes la justicia sospechaba ciertas maniobras clandestinas. En nombre de la religion, hizo cerrar el parlamento estos asilos de piedad, y rompió esa larga cadena de piadosos ejercicios y deberes que reunian en un mismo pensamiento á los cristianos de ambos hemisferios, y para poner el sello del sarcasmo volteriano á este acto sin precedente, el ministro y el tribunal judicial dejaron libremente multiplicarse en Francia las logias masónicas, pues desde esta época data su carta de ciudadanía en este reino. Por entónces comenzaron á difundirse por el mundo las sociedades secretas y asociaciones filantrópicas nacidas del judaismo. Estas sectas anti-cristianas, cuyos promovedores, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en la Península Española y en Italia, fueron los judíos, llegaron á reclutar en poco tiempo á no pocas personas influyentes. Contaban tambien en su seno cierto número de eclesiásticos avaros, ignorantes y corrompidos. Su palabra de órden era la destruccion de los Jesuitas, que se buscaba por toda clase de medios, pues sin discurrir mucho, comprendian las sociedades secretas, que miéntras existiese el instituto de San Ignacio, nada formal podian emprender contra la Iglesia y contra las monarquías.

No se habia aun llegado al indiferentísimo práctico, ni se calumniaba por el solo placer de calumniar. Se tendia á un objeto, que cada dia hacian mas realizable la incuria de los monarcas, y el lujo y depravacion de algunos prelados; y bajo las sonoras palabras de fraternidad universal, emancipacion del pensamiento y de deberes sociales, se aspiraba á resucitar el sistema de los Maniqueos, *quibus*, segun la enérgica expresion de San Leon, *omni lex mendacium, religio diabolus, sacrificium turpitudo*. Se extraviaba, se pervertia, se gangrenaba al corazon, ántes de seducir el entendimiento. Se mataba á la virtud con el arma del ridículo, y se ponia en duda la moral, para preparar el reinado del vicio. Al abrigo de la animadversion hácia los Jesuitas, las logias masónicas, los iluminados de toda especie y sectarios de cualquier clase, adquirieron cómplices en los tribunales, en los gobiernos y entre los jansenistas. El oro de los judíos se prodigaba con ese fin, siendo éstos los banqueros de la propaganda anti-cristiana. Apoyaban éstos el mal y el

[1] La utilidad de las Congregaciones estaba tan bien demostrada, que los Oratorianos las establecieron en todos sus colegios.

error con la esperanza de ver alzarse, sobre los restos del catolicismo, su quimera de reconstitucion como pueblo. En Portugal conspiraron con Pombal, y en Francia se aprovecharon del incidente del P. Lavalette para minar en sus cimientos la Compañía de Jesus. Por doble razon les era odioso hasta su solo título, por el recuerdo de su deicidio, y por los servicios que los Jesuitas no cesaban de prestar á la cristiandad. Por todos estos motivos, los judíos abrazaron con ardor la causa de los acreedores de Lavalette. Se les vió comprar por sí mismos y á precios excesivos, títulos de esa deuda para impedir así toda clase de avenencia. Era esta la peor especulacion pecuniaria que podian hacer bajo el punto de vista mercantil; pero confiaban que mas tarde serian indemnizados por un triunfo moral, y su usura proverbial se volvió algo generosa con la mira de contribuir á la caida de los padres.

El depósito de un ejemplar de las constituciones del instituto era un lazo tendido á los discípulos de San Ignacio. Se les dió tan solo tres dias de espera para obedecer el mandato. El P. de Montigny se apresuró á cumplirle. El parlamento habia obrado en favor de los acreedores, pero los descartó del debate en el momento que pensó remontarse á esfera mas superior. El escándalo de la bancarrota servia de escalon á las pasiones, que habiendo estado comprimidas, podian ahora estallar. El parlamento olvidó á los acreedores de Lavalette, que jamas fueron pagados, ni aun despues de confiscados los bienes de la Sociedad (1), y se atribuyó la mision de juzgar sobre el fondo del Instituto. Tres consejeros, Chauvelin, Terray y Laverdy, fueron los designados para examinar estas formidables y misteriosas constituciones, que, se aseguraba, nadie habia visto nunca, y de las cuales cada miembro del parlamento, los filósofos y los fautores del jansenismo poseian todos un ejemplar. El 8 de Mayo de 1761 el parlamento declaró, conformándose con lo propuesto por Lepelletier de Saint-Fargeau, abogado general, que "condena al general, y en su persona, al cuerpo y Sociedad de los Jesuitas, á pagar tanto en el principal como en los intereses y costas, en el término de un año, á contar desde el dia de la notificacion de la presente sentencia, las letras de cambio que no estuviesen saldadas; ordenando ademas, que sin perjuicio de pagar en el plazo señalado las dichas letras de cambio, el dicho superior general y la Sociedad quedarian obligados, garantes y responsables de los intereses vencidos, y ademas los daños,

[1] La casa de la Martinica y las tierras de la Dominica fueron compradas por los ingleses banqueros, en precio de cuatro millones. Estas propiedades podian, con mucho, responder de una deuda de dos millones cuatrocientas mil libras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perjuicios y costas ocurridas en el seguimiento del proceso; y que de no hacerlo, en virtud del presente fallo y sin que haya necesidad de otro, se permite á las partes que procedan, para el pago de las condenaciones arriba expresadas, contra los bienes pertenecientes en todo el reino á la Sociedad de los Jesuitas."

Esta providencia jamas se ejecutó en favor de los acreedores de Lavalette, y no sirvió mas que para echar por tierra á la Compañía de Jesus. El total del débito ascendia á dos millones cuatrocientas mil libras tornesas; y ya pagados los créditos mas perentorios, estaba dispuesto el aplazamiento para lo demas, cuando, por un decreto de embargo el parlamento puso á la Compañía en estado de insolvencia. Entónces, la cantidad adeudada ascendió á cinco millones. Aquí se renovó con mas verosimilitud la historia de Ambrosio Guis. Se presentaron muchas letras de cambio falsas, y el parlamento se guardó muy bien de que así constase. Luis XV conoció el golpe que se daba á su poder real, y pensó en amortiguarle. El parlamento habia nombrado tres de sus magistrados examinadores del Instituto; el príncipe quiso que una comision del consejo se encargase de lo mismo. Esperaba que la una se destruyese por la otra; pero sucedió todo lo contrario. Gilberto de Voisins, Feydeau de Brou, d'Aguesseau de Fresne, Pontcarré de Viarme, La Bourdonnaye y Flesselles fueron los nombrados por el consejo. Su trabajo tuvo mas madurez que el del parlamento; pero respecto al rey, fué mas nocivo aun á la Compañía que la obra del abate Chauvelin. La comision del consejo queria que se modificasen algunos artículos sustanciales de la regla del instituto de San Ignacio, y los Jesuitas se oponian á toda especie de innovacion. Luis XV no comprendia que era la muerte de la Compañía la resignacion á estos últimos sacrificios. Sus sentimientos patrióticos ó religiosos los sentia á manera de un acceso, y su habitual indolencia no repugnaba cualquiera clase de concesiones. A fin de poner su voluptuoso descanso al abrigo de las reconvenciones de su familia y representaciones del papa, deseaba que los Jesuitas aceptasen las condiciones del dictámen de Flesselles, tomando de su cuenta la conformidad del parlamento. Los padres que languidecian en presencia del peligro, tuvieron valor para no transigir con sus constituciones. Sin replicar, abandonan con gusto su fortuna á merced de los enemigos de la Sociedad, pero jamas quisieron dejarles árbitros de su honor y de su conciencia. El rey estaba irresoluto; mas ellos, firmes en su fe de Jesuita, y á pesar de su postracion moral, tuvieron fuerzas para resistir á la tentacion.

Lepelletier de Saint-Fargeau les acusaba en su requisitorio de rebelion permanente contra el soberano; y resucitó las antiguas teorías del regicidio, que treinta y dos años despues su mismo hijo, el Convencional, debia aplicar á Luis XVI. "El duque de Choiseul y la marquesa de Pompadour, segun La Cretelle (1), fomentaban el odio contra los Jesuitas. La marquesa, que, en su contienda con el rey de Prusia no habia podido justificar sus pretensiones de energía de carácter, estaba impaciente por demostrar, destruyendo á los Jesuitas, que era capaz de dar un golpe de Estado. El duque de Chaoiseul no deseaba menos que aquella semejante honor. Los bienes de la Compañía podian cubrir los gastos de la guerra, y evitar el tener que recurrir á reformas que entristecerian al rey y disgustaria á la corte. Adular á la vez á dos partidos poderos, el de los filósofos y el de los jansenistas, era un gran medio de adquirir popularidad."

El abate Chauvelin, genio atrevido y mal intencionado, favorecia los proyectos de todos. Con un pié en cada campo, jansenista por conviccion, cortesano por cálculo, y amigo de los enciclopedistas por lograr celebridad, se encargó de conciliar los diversos intereses que se agrupaban para asaltar la Compañía de Jesus. Chauvelin, Terray y Laverdy llenaban una mision hostil. De simples comisarios pasaron de repente al papel de acusadores; y no ignoraban que Choiseul y la marquesa, Berryer, ministro de marina, y todas las sectas; en fin, preparaban la opinion pública á una reaccion contra los Jesuitas. Se hacia creer á las masas, que ellos eran los únicos autores de los desastres que agobiaban por entónces el reino; y que la gloria, la paz, la abundancia y la fraternidad, todo á un tiempo, debia sonreir á la nacion desde el momento que arrojase de su seno á estos perpetuos agitadores que despertaban los remordimientos en el corazon de Luis XV, y que le obstinaban en no amnistiar los escándalos de que madama Pompadour no se arrepentia sino por ambicion. Chauvelin habia oido los gritos de alegría que acogieron el dictámen de Saint-Fargeau, y fué testigo del entusiasmo con que fué recibida por los enemigos de la Compañía la sentencia del 8 de Mayo de 1761, y así deseó mezclar su nombre en estas ovaciones de partido. El 8 de Julio del mismo año se leyó en el parlamento su trabajo sobre el instituto. Fué una denuncia en toda regla. En medio de la corrupcion del siglo, de que tambien participaba el parlamento, abdicando su gravedad tradicional por correr tras la voz del pueblo y las exigencias de partido, Chauvelin acriminaba las opiniones perniciosas tanto en el dogma como en la moral, de algunos Jesuitas antiguos y modernos, añadiendo que ésta era la doctrina constante y no interrumpida de la Sociedad (2). Era preciso tener en espectativa la curiosidad

[1] *Histoire de France cit.* tom. IV, p. 30,

[1] Un olvido singular acaeció en esta época. El parlamento, que tan en la memoria tenia todos sus edictos, pasó en silencio un acta consignada en sus registros de 1580. Por esta acta, los Jesuitas de su propio movimiento renunciaban á los legados ó limosnas que les ofrecieran, en reconocimiento de los

pública, y apasionarla por un debate cuya tendencia no podia apreciar. El Parlamento se engrandecia sobre las ruinas de la Compañía de Jesus, se hacia popular, y batia en brecha al poder real; por lo tanto, se apoderó con avidez del pretexto de inmoralidad tan atrevidamente invocado por Chauvelin, y dispuso hacer nuevas informaciones.

Estas medidas precipitadas, estas disposiciones que se alcanzaban unas á otras, sacaron á Luis XV de su voluptuosa apatía. Tenia instintos de verdad, el delfin dominaba su inteligencia y la reina María Leczinska cerraba los ojos á los ultrajes del esposo por darle la fuerza necesaria para ser justo. Luis XV creyó que no debia consentir por mas tiempo que se hollasen de esa manera las prerogativas de la corona. Desconfiaba del éxito, removiendo la magistratura, y temia verla decretarse en triunfo. El príncipe no ocultaba su repugnancia á las ideas filosóficas. El 2 de Agosto de 1761 mandó al parlamento que sobreseyese, durante un año, y á los Jesuitas que remitiesen al consejo los títulos de establecimiento de sus casas. Cuatro dias despues, segun el testimonio de Sismondi (1), "el parlamento, autorizado secretamente por el duque de Choiseul, se negó á registrar este edicto." El tribunal jurídico fingió despues que obedecia; pero conocia á Luis XV, y sabia muy bien, que tanto en Versailles, como en el ministerio, y en todas partes, encontraria apoyos contra la voluntad real, y por lo mismo declaró: "Se sobreseerá por el término de un año, y nada se acordará sobre el instituto por acuerdos definitivos ó provisionales, exceptuando el caso en que el juramento del tribunal, su fidelidad, su amor hácia la sagrada persona del señor rey y su atencion por el reposo público no le permitan demora ni dilacion, segun la exigencia del asunto."

En el mismo dia, 6 de Agosto, se hizo sentir la exigencia. Por el dictámen del abate Terray, el parlamento, en sesion secreta, oyó al procurador general apelante como de abuso de todas las bulas, breves y cartas apostólicas concernientes á los sacerdotes y escolares de la Sociedad que se llamaba de Jesus. El rey pedia á la magistratura que aplazase sus ataques contra la autoridad soberana; los magistrados condescendian á este deseo formulado como súplica; pero el parlamento se alzaba contra la Santa Sede, y viendo que no podia abrigarse detras de la cuestion política y protejer las monarquías trastornadas por la Compañía de Jesus, quiso defender la Iglesia contra la Iglesia misma.

---

cuidados que iban á prestar á los apestados, y protextaban que no asistirian á los moribundos sino bajo esa condicion. En 1720, en el momento en que otros PP. del instituto se preparaban á morir, sacrificándose por los contagiados de Marsella, renovaron la misma declaracion.

[1] *Histoire des Francais*, t. XXIX, pág. 231.

Ya han transcurrido ciento y cuarenta años que los Jesuitas existen en el centro del catolicismo. Han cubierto el mundo entero con sus trabajos evangélicos, y conocido á diez y nueve soberanos pontífices aplaudir altamente sus esfuerzos, así como sus doctrinas. El parlamento no tuvo en cuenta esa larga serie de combates, de triunfos y reveses en favor del principio cristiano. Quiso condenar á la Sociedad de Jesus, y la proclama, á pesar de la Iglesia, enemiga de la Iglesia, enemiga de los concilios generales y particulares, enemiga de la Santa Sede, de las libertades galicanas y de toda superioridad. Este juicio es el que se formaba en el momento en que el tribunal daba acta de su apelacion como abuso de todos los decretos apostólicos en favor de la Compañía al procurador general.

Importaba mucho no dejar reposar la impaciencia de los enemigos del instituto. Se habia puesto en litigio la existencia de los Jesuitas, y era preciso aniquilarlos. Un año de tregua se habia concedido ántes de juzgar el último resultado, y el parlamente se consagró todo entero á sus hostilidades. Descuidó los intereses privados de los litigantes para no ocuparse sino de la Compañía de Jesus. Desenterró, y condenó folios que nadie habia leido, y los hizo quemar por mano del verdugo en el patio del Palacio, al pié de la grande escalera. Provisionalmente inhibió y vedó expresamente á todos los súbditos del rey: 1.° entrar en dicha Sociedad; 2.°, á todo Jesuita continuar enseñando, pública ó privadamente, la Teología. Luis XV habia suspendido el golpe que la magistratura habia deseado dar; pero esta lo hizo si no de una vez, en detal. Dispuso el secuestro de todos los bienes de la Compañía, con lo cual la mutiló y desmembró, en términos, que cuando llegase el dia de su venganza legal, no se las hubiese sino con un cadáver. Considerando este espectáculo, el calvinista Sismodi no pudo ménos de hacer esta confesion (1): "El cúmulo de acusaciones, las mas veces calumniosas, que encontramos hechas á los Jesuitas en los escritos del dia, tiene un no sé que de aterrador y espantoso."

Hasta este momento los PP. habian adoptado la misma marcha que en Portugal. Cualquiera al verlos hubiera dicho, que sorprendidos de improviso por una tempestad hábilmente dirigida, no tenian la conciencia de su fuerza ni la energía de su inocencia. En presencia de tantas enemistades que, por medio de la cancion del folleto, de la calumnia ó del razonamiento, rodaban sobre su cabeza, sobre su libertad, y sobre su honor, permanecieron tan quietos, como si la nube no hubiese de descargar sobre ellos. Tan incomprensible longanimidad debió probar, que no eran tan perniciosos ni tan culpables como se les creia; nada obraban, nada hablaban

---

[1] *Histoire des Francais*, t. XXIX. pág. 231.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(1), y se contentaban con escuchar. Se les acriminó hasta esa misma inercia. Se les acusó de trabajar en la sombra y de urdir misteriosas intrigas. La reserva que habian creido conveniente á su dignidad sacerdotal y al buen sentido público, fué atribuida á esperanzas secretas, de las que los partidos coligados creyeron poder dar la explicacion. Los Jesuitas se resignaban al silencio; la comision del consejo, á la que el rey habia cometido el exámen de su instituto, juzgó apropósito hacer intervenir á la Iglesia en un asunto religioso que el parlamento pensaba decidir sin el concurso de los obispos. Convocóse una reunion del clero, á la que el rey sometió estas cuatro cuestiones:

"1.ª Sobre la utilidad que pueden prestar los Jesuitas en Francia, y ventajas é inconvenientes que puedan resultar de las diferentes funciones que les son confiadas.

"2.ª Sobre el modo con que los jesuitas se comportan en la enseñanza y en su particular conducta respecto á las opiniones contrarias á la persona de los soberanos, y sobre la doctrina del clero de Francia, contenida en su declaracion de 1682, y en general sobre las opiniones ultramontanas.

"3.ª Sobre la conducta de los Jesuitas acerca de la subordinacion que es debida á los obispos y á los superiores eclesiásticos, y si se entrometen en los derechos y funciones de los pastores.

"4.ª Qué temperamento se podria adoptar en Francia respecto á la extensa autoridad del general de los Jesuitas, tal como éste la ejerce."

La situacion ya era por fin normal, y el instituto de Jesus estaba en manos de jueces competentes. Se decia que era opuesto por sus constituciones á los derechos del ordinario, y siempre hostil, clara ó secretamente, al clero secular. El episcopado fué el que se encargó de vengar los ultrajes, por los cuales el parlamento, los jansenistas y los filósofos tomaban parte comun. El 30 de Noviembre de 1761, cincuenta y un cardenales, arzobispos y obispos se reunieron bajo la presidencia del cardenal Luynes. Doce prelados fueron nombrados comisarios. Como representantes en aquel momento de toda la Iglesia galicana, estudiaron por espacio

(1) El P. Balbani en las páginas primera y segunda de su prólogo del *Premier appel á la raison*, manifiesta los motivos que han impedido á los discípulos de Loyola á defender su causa. Miéntras que los Jesuitas, dice, estaban acosados con libelos y perseguidos por sentencias, los superiores de las tres casas de Paris, demasiado confiados en su inocencia, y quizá tambien en las palabras que se les daban, se ocupaban mas en impedir que no se escribiese, que en escribir en su propia defensa. El R. P. Provincial llevó su atencion escrupulosa hasta el punto de prohibir, en virtud de santa obediencia, la publicacion de cualquiera obra sobre este punto, y su ley fué una especie de encanto que adormeció á mas de una pluma bien cortada. No entrarémos en la cuestion de decidir cuál fué mas ceguedad, si la prohibicion ó la obediencia.

de un mes, con toda madurez, las constituciones y los estatutos de la Orden. Se rodearon de todas las lumbreras eclesiásticas, profundizaron todas las dificultades, y por unanimidad, menos seis votos, toda la asambla decidió en favor de los Jesuitas sobre las cuatro cuestiones [1]. Esta débil minoría, que dirigia el cardenal de Choiseul, no diferia de las opiniones de la asamblea sino en ciertas modificaciones, que hubiera deseado introducir en el instituto. Un solo prelado, Francisco Fitzjames, obispo de Soissons, cuyas virtudes servian de bandera á la secta jansenística, pidió la entera supresion de los Jesuitas, y al solicitarla del rey, les daba un testimonio de ser su enemigo leal, pues añadia [2]: "Sus costumbres son puras, y con gusto les hago la justicia de reconocer que no hay quizá Orden alguna en la Iglesia, cuyos individuos sean tan observantes de sus reglas y tan austeros en sus costumbres."

La Iglesia de Francia hablaba por medio de sus intérpretes naturales, y el mismo jansenismo, representado por sus gefes, habia emitido su voto que, aunque hostil, es un elogio á la Compañía de Jesus; pero miéntras que los cincuenta y un obispos deliberaban, algunos de ellos quisieron conocer el pensamieto de los PP. franceses sobre los cuatro artículos de 1682. Luis XIV no habia querido que en la época de su gran poder suscribiesen una acta, cuyos resultados de antemano habia previsto. Ochenta años despues eran llamados sus sucesores en el instituto á formular su doctrina galicana. Lo que hubiera sido muy justo y racional en los tiempos de Luis XIV, venia á ser, en la posicion actual de la Sociedad, un caso de revuelta teológica, ó una complacencia en causa desesperada; acosados de todos puntos á la vez, teniendo seguridad de que el parlamento y el ministerio, aunque saliesen vencedores, no soltarian ja-

[1] El conde de Saint-Priest en su *Historia de la Caida de los Jesuitas* ha cometido un error, en que la probidad hace un deber en mirar como involuntario. Se lee en la pág. 51 de su obra: "En esta asamblea, por una unanimidad, ménos seis votos, y despues de un profundo exámen de las contribuciones de la Orden, se resolvió que la ilimitada autoridad del general residente en Roma, era incompatible con las leyes del reino."

En el tomo VIII, 2.ª parte, pág. 317 y 318 de las actas de las *Asambleas generales del Clero de Francia*, se dice: "Por todas estas razones creemos, señor, que no hay que hacer el menor cambio en las constituciones de la Compañía de Jesus, respecto á lo que concierne á la la autoridad del general."

El texto oficial de la declaracion está en completo desacuerdo con la version de M. Saint-Priest, y tambien con la relacion de D' Alembert. Este, en la pág. 165 de la *Destruccion de los Jesuitas*, se expresa así: "El rey habia consultado, sobre el instituto de los Jesuitas, á los obispos que estaban en Paris: cerca de cuarenta de éstos, ya por persuasion, ya por política, hicieron los mas grandes elogios del instituto de la Sociedad; y seis, solamente, fueron de parecer que se modificasen las constituciones sobre ciertos puntos.

[2] *Actas de las Asambleas generales del Clero de Francia*, tom. VIII, 2.ª parte, pág. 331 y 332.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas su presa, los Jesuitas creyeron que debian suscribir, y mas por sus amigos que por su propia salvacion, á una deferencia, que sin libertarles del riesgo en que estaban, tendia por el contrario á deshonrarlos. El 19 de Diciembre de 1761 presentaron á los obispos, reunidos extraordinariamente en Paris, una declaracion concebida en los términos siguientes, y suscrita por ciento diez y seis padres [1]:

"Los que suscribimos, provincial de los Jesuitas de la provincia de Paris, superior de la Casa Profesa, rector del colegio de Luis el Grande, superior del Noviciado, y demas Jesuitas profesos, aun los de los primeros votos, residentes en las dichas casas, renovando en cuanto necesario sea, las declaraciones dadas anteriormente por los Jesuitas de Francia en 1626, 1713 y 1757, declaramos delante de nuestros señores, los cardenales, arzobispos y obispos residentes actualmente en Paris, y reunidos de órden del rey para informar á su Magestad sobre varios puntos de nuestro instituto:

"1.° Que no se puede ser mas sumiso que lo que nosotros somos, ni mas estrictamente adheridos á las leyes, máximas y usos del reino y derechos del poder real, quien en lo temporal, ni directa ni indirectamente depende de ninguna potencia terrena, sino de Dios solo; que reconocen que los vínculos, por los cuales están sujetos á su soberano, son indisolubles; que condenamos como perniciosa y digna de execracion en todos los siglos, la doctrina contraria é la inviolabilidad del rey, no solamente en las obras de cualesquiera teólogos de nuestra Compañía, que han adoptado esta doctrina, sino en cualquiera autor ó teólogo que lo diga.

"2.° Que en nuestras lecciones de teología, públicas ó particulares, enseñamos la dotrina establecida por el clero de Francia en las cuatro proposiciones de asamblea de 1682, y que nada enseñarémos que á éstas sea contrario.

"3.° Que reconocemos en los obispos de Francia el derecho de ejercer contra nosotros toda su autoridad, á quienes, segun los cánones y la disciplina de la Iglesia galicana, pertenece sobre los regulares; renunciando expresamente todos los privilegios contrarios que hayan sido concedidos á nuestra Sociedad, y que pudieran serles acordados en el porvenir.

"4.° Que si, lo que Dios no quiera, llegase el caso que nos fuese ordenada por nuestro general la menor cosa contraria á esta presente declaracion, persuadidos de que sin pecado, no podiamos menos de conformarnos con ella, mirarémos estas órdenes como ilegítimas, y nulas de derecho, y á las cuales ni podriamos ni deberiamos obedecer, en virtud de las reglas de obediencia al general, pres-

[1] *Actas de las Asambleas generales del Clero de Francia*, tom. VIII, 2.ª parte, documentos justificativos, núm. 1, pág. 349 y 351.

critas en nuestras constituciones; y suplicamos que nos sea permitido que se registre la presente declaracion en la escribanía del vicario de Paris, y que se circule á las demas provincias del reino, para que esta misma declaracion, así firmada, y siendo depositada en las demas respectivas de cada diócesis, quede allí como testimonio siempre subsistente de nuestra fidelidad.

"Estéban de La Croix, Provincial."

Para los obispos de Francia este acto era de superogacion; ellos veian continuamente á los Jesuitas en su obra, y conocian la pureza y sabiduría de su doctrina. Para los enemigos de la Sociedad la declaracion de 19 de Diciembre tenia otra significacion, y era la de una debilidad moral, que nadie podia curar, y que daba la señal para atacar con mas fuerza. Los Jesuitas cedian sobre un punto; era claro que se hallaban dispuestos á ceder en los restantes. Esta idea multiplicó el número de sus contrarios y desalentó á sus partidarios. Luis XV habia preguntado á los obispos; éstos acababan de responderle, y otros setenta mas escribieron al rey para adherirse á la misma declaracion. El monarca, con la mira de una avenencia, imposible de conseguir, se colocó al lado de la minoría. Por un edicto del mes de Marzo de 1762 anuló los procedimientos entablados desde 1.° de Agosto de 1761, declaró á los padres de la Sociedad sujetos á la potestad del ordinario, y á las leyes del Estado, y arregló la manera de ejercer el general su jurisdiccion en Francia. Este temperamento no podia agradar á los que aguardaban aun mas de la debilidad del soberano; el parlamento se negó á registrar el edicto, y, dominado por Choiseul y madama Pompadour, Luis le retiró vergonzosamente. Esto era dejar la victoria en manos del enemigo, y éste nada perdonó para aprovechar la ventaja, y hacer triunfar su bandera.

La voz del canciller Lamoignon de Blanménil, las de los mas graves magistrados se ahogaban ante la exaltacion filosófica y el deseo de complacer á la favorita. Los consejeros jóvenes á quienes el presidente Rolland d' Erceville conducia al asalto de la Sociedad de Jesus, no retrocedian por nada. Los Jesuitas eran objeto de su justicia, y haciéndose estos magistrados hombres de partido, en vez de permanecer impasibles en sus escaños, sacrificaban hasta su fortuna, á fin de animar á los enemigos de la Compañía, en términos de arruinarse algunos por echar por tierra la moderacion y la equidad, que debiera ser su principal distintivo. El mismo pesidente Rolland se atrevió á reputar como título de gloria semejante bastardía [1].

[1] El presidente Rolland d' Erceville habia sido desheredado por su tio, Rouillé des Filletiéres, que dejó su fortuna á los jansenistas. Rolland no es-

El pais sufria los desastres de una guerra sin gloria; la autoridad pública se envilecia en el interior, el valor frances sobre los mares veia desvanecerse su prestigio, en presencia del imprudente manejo, que la ligereza de Choiseul y la afectada economía de Madama Pompadour admiraban sin cesar. Choiseul se disponia á ceder el Canadá á la Inglaterra; otros acontecimientos igualmente funestos amenazaban turbar la tranquilidad pública, y en cambio de esto, se ensaya el entretenimiento del dolor nacional. Entablóse una serie de ataques contra el instituto, no siendo esta la última vez que se apelará á ese medio para ocultar un atentado contra el honor ó la libertad del pais. Se iban á sacrificar las conquistas trasatlánticas de la Francia; se llamó la atencion contra los Jesuitas, y D' Alembert, uno de los iniciados en esta táctica, la revela él mismo en estos términos [1]:

"La Martinica, que tan funesta habia sido á estos padres, ocasionando el proceso que habian perdido, precipitó, segun se dice, su ruina por una circunstancia singular. A fines de Marzo de 1762 se recibió la triste nueva de la pérdida de esta colonia y de su ocupacion por los ingleses, importantísima para ellos y funesta para nuestro comercio, que privaba á sus cajas de una gran cantidad de millones. La prudencia del gobierno quiso prevenir las quejas que semejante desastre iba á producir en el público. Se imaginó, para distraerle, presentar á los franceses otro objeto de entretenimiento, á la manera que Alcibiades pensó cortar la cola á su perro para impedir con esto á los atenienses el hablar de cosas mas serias. Se intimó, pues, al gefe principal de los Jesuitas, que no le quedaba mas arbitrio que obedecer al parlamento."

El 1.° de Abril dispuso este tribunal que se cerrasen los ochenta y cuatro colegios de los Jesuitas. En el mismo dia las provincias y la capital fueron inundadas de obras serias, folletos, papeles volantes y requisitorios dirigidos contra el instituto. Todos estos escritos, que las circunstancias rejuvenecian de tiempo en tiempo, nada tenian de nuevo, ni en la forma ni en su fondo. Siempre en todo ello, el mismo círculo vicioso, y las mismas preocupaciones al servicio de las pasiones; pero, en medio de este diluvio de producciones, hubo una que se reservó mayor interes y publicidad que las restantes; tenia por título: *Estractos de las proposiciones peligrosas y perjudiciales en todo sentido, que han sostenido, enseñado y publicado en*

---

peraba este golpe; se quejó, atacó el testamento ante los tribunales. y en una carta del 8 de Octubre de 1778, unida al mismo proceso, se lee: "El negocio de los Jesuitas me cuesta en dinero mas de sesenta mil libras, y, á la verdad, los trabajos que he hecho, relativamente á esos Padres, que no hubieran servido sino hubiera dedicado á esa obra mi tiempo, mi salud y mis riquezas, no debian atraerme una exheredacion de mi tio."

[1] *Destruccion des Jesuites*, par D' Alembert, pág. 168.

todos tiempos y con perseverancia, los llamados Jesuitas. Esta reunion de textos truncados, de pasages falsificados y de doctrinas extrañas é incoherentes, en que la mentira sustituia á la verdad, tuvo por autores al abate Gouget, á Minart y á Roussel de Latour, consejero del parlamento. Los Jesuitas, segun ellos, legitimaban todos los crímenes, absolvian las inclinaciones culpables, y prestaban su mano á todas las monstruosidades. La medida ya se desbordaba. Se deshonraba á los Jesuitas en su pasado, para envilecerlos en su presente, y á todo esto respondieron con hechos á acusaciones producidas de una manera tan palpable. Demostraron [1], y su demostracion jamas ha sido refutada, que las *proposiciones* contenian por lo menos mas de setecientos cincuenta y ocho textos falsificados. Los obispos de Francia, y el mismo soberano pontífice, alzaron su voz contra un ultraje hecho á la religion, á la moral y al honor de las letras, vulnerado en la alteracion histórica. El parlamento contestó, que sus censores habian examinado y cotejado todos los pasages y citas, y en su despecho condenó á ser quemadas las declaracianes de los obispos y breves del papa, relativos á este asunto. La mala fe se descubria en la discusion que la Iglesia y los Jesuitas aceptaron y que la fuerza brutal cerró.

Hubiera sido indispensable un trabajo largo y profundo para dar siquiera un colorido de prueba á tantas imputaciones. Pero el odio hácia la Compañía iba siempre delante propagando la calumnia con increible rapidez. La rectificacion de parte de los agraviados caminaba muy detras, estorbando continuamente su marcha los clamores de la incredulidad indigna ó de la pasion que no encuentra necesidad de que se la convenza. "Miéntras la verdad se esclarece, escribia por entónces D' Alembert, el libro habrá ya producido el bien que la nacion desea, y el aniquilamiento de los Jesuitas."

Sin embargo, el dia 1.° de Mayo de 1762, el clero de Francia se reunió en Paris en asamblea extraordinaria. Bajo pretexto de defender el poder espiritual contra las invasiones de los Jesuitas, la magistratura echaba por tierra aquel mismo poder. Se afirmaba, que para salvar la Iglesia, era preciso acabar con la Sociedad de Jesus; y la Iglesia, toda entera, con el sucesor de los apóstoles á su frente, rehusaba el apoyo de tan oficiosos defensores, de quienes habia aprendido á desconfiar. El Estado pedia dinero al clero, y el

---

[1] Se lee en la *Correspondencia de Grimm*, primera parte, tom. IV, año 1764: "Si se hubiera permitido á los Jesuitas oponer proposicion á proposicion, éstos hubieran podido reunir muchas, y á cual mas extrañas en contra del parlamento y en el código llamado *des remontrances*." Con efecto, el parlamento fué el que declaró, en tiempo de Cárlos VI, al rey de Inglaterra soberano legítimo de la Francia; el que deshonró á Enrique III; el que prohibió que se reconociese á Enrique IV bajo pena de horca; y el parlamento, finalmente, fué el que encendió la guerra de la Fronda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clero, no desmereciendo de su arraigado patriotismo, votó un subsidio extraordinario. Pero el 23 de Mayo, presentándose al rey en Versalles, depositó á los piés del trono el voto unánime de la asamblea, el voto del catolicismo entero; este voto era la conservacion de los Jesuitas. La Roche–Aymon, arzobispo de Narbona, leyó á Luis XV la carta extensa, deliberada y firmada que le contenia, y termina con estas palabras (1):

"Ya veis, señor, que todo os habla en favor de los Jesuitas. La religion os recomienda sus defensores; la Iglesia, sus ministros; las almas cristianas, los depositarios de su conciencia; un gran número de vuestros súbditos, los respetables maestros que les han educado; y toda la juventud de nuestro reino, á aquellos que deben formar su alma y su corazon. No desoigais, señor, tantos deseos reunidos, y no permitais que en vuestro reino, contra todas las reglas de la justicia, contra las de la Iglesia, contra el derecho civil, se destruya á una Sociedad entera sin haberlo merecido. El interes de vuestra autoridad lo exige, y nosotros hacemos profesion de ser tan celosos de ella como de la propia nuestra."

He aquí el lenguaje que usaba el clero de Francia en esta doble crísis, en que al propio tiempo la religion y la patria corrian igual peligro. Diez y nueve dias antes, el 4 de Mayo de 1762, D' Alembert, escribiendo á Voltaire, se ocupaba á su vez de estas desgracias, y prorumpia en un grito de alegría: "En cuanto á nosotros, decia (2), desgraciada y torpe nacion, los ingleses nos hacen ser trágicos en el exterior, y los Jesuitas cómicos en el interior. La evacuacion del colegio Clermont nos ocupa mas que la de la Martinica. A fe mia que el negocio es serio, y las clases del parlamento no saben verdaderamente dónde van á parar. Creen servir á la religion, y sirven á la razon á no dudarlo; son los ejecutores de la alta justicia contra la filosofia, y toman sus órdenes sin apercibirse de ello; y así los Jesuitas podrán decir á San Ignacio: *Padre mio, perdónalos porque no saben lo que se hacen*. Lo que me parece extraño es, que la destruccion de estos fantasmas que se creian tan temibles, se lleva á cabo con tan poco ruido. La toma del castillo de Arensberg no ha costado mas á los hannoverianos que la ocupacion de los bienes de los Jesuitas á nuestros señores del parlamento. Se contentan á lo mas con quejarse. Ya puede decirse que Jesucristo es un pobre capitan retirado, que ha perdido su Compañía."

Los parlamentos eran "los ejecutores de la alta justicia para con la filosofia, cuyas órdenes recibian y acataban sin saberlo; y consiguiente á esto, no se quiso dejar resfriar su celo. Los parlamentos se encontraban en el apogeo de su poder; se les necesitaba, y así fueron colmados de alabanzas. La gloria les cayó encima, junto con el odio al nombre de Jesuita; un exhorto y una sentencia contra el instituto fueron títulos inmortales, de cuya distribucion se encargaron los enciclopedistas. En esta antigua Sociedad francesa, rebajándose hasta su base, era muy fácil dirigir un movimiento hácia el mal, adulando sus generosos instintos. Se habia arrastrado al parlamento de Paris á cometer una injusticia por espíritu de religion ó de nacionalidad, y se esperó que las magistraturas de provincia pasarian aun mas adelante. Se les obligó á todas á considerar como cuestion vital la de los Jesuitas. La ambicion, la vanidad, el deseo de atraer hácia sí las miradas de la Francia, unidos al cumplimiento de lo que se creia un deber, imprimieron á estos cuerpos judiciarios una actividad febril. El gobierno les ponia en ocasion de obrar; les presentaba el modelo: ellos á su vez evocaron las constituciones de la Orden de Jesus, y las citaron á su barra.

Retirados del foco de la intriga, y sin comprender bien todos sus hilos, los parlamentos provinciales no tenian un interes directo en la destruccion de los Jesuitas. Se contaban entre sus miembros, magistrados llenos de ciencia y equidad, poco ó nada dispuestos á inmolar sus convicciones por complacer á la favorita ó al primer ministro del rey. Habia, es verdad, preocupaciones y dudas en algunos; pero en el corazon de la mayor parte dominaba un sentimiento de imparcialidad y de reconocimiento nacional, dificil de desarraigar. El parlamento de Paris ya comprometido, apelaba al espíritu de corporacion, á esa especie de lazo oculto, tan poderoso en los tribunales inamovibles. Se realzó su importancia á los ojos del poder real, y ellos encargaron á sus procuradores generales el darles cuenta del instituto de San Ignacio. Jamas se habia sometido á su apreciacion causa de mas ruido é importancia; los procuradores esperaban que tan bella presa no se escaparia de sus manos, y así, cuando supieron de fijo que el rey les dejaba hablar, todos se lanzaron á la arena, y todos entraron en el palenque, para brillar en él por su talento ó por su animosidad

Tres de estos dictámenes han sobrevivido: Caradeuc de la Chalotais, Ruperto de Monclar, y Pedro Jules Dudon, procuradores generales de los parlamentos de Bretaña, de Provenza y de Burdeos, fueron sus autores. Chauvelin, Saint–Fargeau y Joly de Fleury, habian tomado la iniciativa en la capital del reino: magistrados mas elocuentes, mas incisivos, les dejaron muy atras desde el fondo de sus provincias. Con caracteres y tendencias diferentes, pero con un sentimiento de probidad religiosa que los elogios y excitaciones de los enciclopedistas no llegaron á apagar, La Chalotais, Dudon y Monclar, se esforzaron en acriminar los estatutos de Loyola. No hay duda que la pasion y la iniquidad, aunque invo-

[1] *Actas de las Asambleas generales del Clero de Francia*, tom. VIII, 2.ª parte, *documentos justificativos*, núm. 4, pág. 379.

[2] *Œuvres de Voltaire*, tom. 68, pág, 200.

luntaria, se revela en sus requisitorios; pero tomando en cuenta las doctrinas de la época y las seducciones que tantas utopías ejercian sobre naturalezas ardientes, es preciso confesar que estos grandes magistrados encontraron muchas veces, en los amigos de los Jesuitas, una parcialidad de la que ellos habian dado el ejemplo (1). Se

[1] Se habia dicho y publicado repetidas veces, que el dictámen de La Chalotais fué obra de D' Alembert y de los jansenistas, que prepararon sus materiales. Esta voz nos parece desnuda de fundamento. Se ha dicho ademas que los jesuitas se habian vengado del famoso procurador general breton, persiguiéndole y haciendo que se le redujese á prision. Los Jesuitas, proscriptos entónces, ni tenian influencia ni tiempo de proscribir á otros, y La-Chalotais fué preso el 11 de Noviembre de 1765. Fué Laverdy uno de esos miembros del parlamento de Paris tan hostiles á la Compañía, quien, nombrado contralor general, bajo el ministerio del duque de Choiseul, no quiso tolerar mas los abusos de los tribunales judiciales, á los que se habia asociado. Se ha añadido que La Chalotais habia hecho su obra por cálculo y por odio. En los papeles de su familia existen unas memorias inéditas del conde de la Fruglaie, yerno del procurador general, y con la fecha del año 1761 se leen estos curiosos detalles:

"El parlamento, al tiempo de cerrarse, encargó á M. de La Chalotais el exámen de las constituciones de los Jesuitas, para darle luego cuenta á su apertura. Todos los parlamentos de Francia hicieron lo mismo. Este era un negocio de marca mayor, que exigia un trabajo enorme, y que llegó á ser una especie de concurso de talentos entre todos los procuradores generales del reino. M. de La Chalotais nunca pudo en un principio persuadirse de que el rey permitiese este exámen; tenia una alta idea del crédito de los Jesuitas en la corte para no creerles con medios de conjurar esta tempestad, y así no se apresuró, ni se tomó mucho empeño en emprendar el largo y fastidioso trabajo que se le habia encomendado. Nos marchamos en seguida [dice el conde] á hacer algunas visitas de familia. Por el camino, Chalotais leia las constituciones de los Jesuitas, y cuanto mas avanzaba en esta lectura, tanto mas le aterraba la importancia y extension del trabajo que necesitaba hacer para la próxima apertura del parlamento. Me rogó que volviera á Rennes, y que viera de su parte á los miembros de este supremo tribunal que allí encontrase, así como á las personas de la Sociedad que tuviesen relacion, ya en Paris, ya con la corte, y que despues de conferenciar con todos, le enviase á decir, si podria creerse, que el rey dejase hablar á los procuradores generales sobre las contituciones de los Jesuitas Yo me apresuré á contestarle que, de todas las noticias que habia podido recoger, resultaba que, al parecer, existia un partido muy poderoso en la corte que prevalecia sobre el crédito de los Jesuitas en Versalles, y que por lo tanto, podia estar persuadido, que el negocio entablado contra la Orden se llevaria á cabo con todo rigor.

"M. de la Chalotais se apresuró á volver á Rennes, se encerró en su gabinete, y en seis semanas de un trabajo forzado, que alteró algo su salud, concluyó su tarea. Su dictámen sobre este ruidoso asunto, tuvo el éxito mas completo, no solamente en el parlamento, á quien estaba dirigido, sino en toda la Sociedad. Al momento fué impreso, y repartido á la corte y á la ciudad, valiendo á su autor la reputacion mas distinguida, como magistrado, publicista y literato.

"He oido decir, y leo hoy dia en muchas obras recientes de literatura, que M. de La Chalotais fué antes de esto conocido como enemigo de esta célebre Orden, y que sus dictámenes fueron dictados por el odio y la parcialidad. Nadie mejor que yo puede desmentir esta calumnia. He visto cada una de las páginas de esta obra, á medida que se iba haciendo, y debo decir, en honor de la verdad, que no solamente M. de La Chalotais no tuvo prevencion alguna contra la Sociedad, sino que por el contrario, hizo gran caso de muchos de sus miembros, cuando el deber de su cargo le puso en necesidad de dar su parecer sobre estas constituciones; y que incapaz de darle, movido por odio ó parcialidad (sentimientos que jamas participó su bella alma) rechazó por el contrario toda impulsion extrangera á su opinion personal. He visto y leido una multitud de cartas anónimas que le fueron dirigidas (por algunos jansenistas sin duda) las cuales estaban llenas de hiel y de amargura, y al mismo tiempo de hechos é investigaciones profundas: se desdeñó de hacer el mas mínimo uso de ellas, y mas adelante, ni aun quiso leerlas.

[1] *Memoires inédites de M. le président. d' Eguilles*, II part., *artic.* 6, *pág.* 304.

ha juzgado la obra sin querer descender á la vida del autor. Esta vida severa y retirada fué sin embargo tan digna como piadosa. La Chalotais y Monclar se dejaron llevar por violencias, cuyos tristes efectos no calcularon en un principio, y de lo cual se arrepintieron. Dudon, mas dueño de su pensamiento y de su palabra, se contentó con discutir las constituciones que el rey sometia á su exámen. Fué mas prudente en este punto que los otros que sustituyeron la vehemencia del sofisma á la idea católica. Su dictámen era completo, luminoso, y concluia contra los Jesuitas; pero en sus argumentos figuraban los servicios de que el mundo cristiano es deudor á la Orden. Su obra no despedia el brillante reflejo de las pasiones de la época, y por lo tanto, no fué recibida con el entusiasmo que aplaudió las de Chalotais y Monclar.

En Francia, donde habitualmente no se reflexiona sino despues de hecho lo que ántes debiera reflexionarse, será siempre muy fácil el hacer una opinion pública. Sea cualquiera el sentido en que se trabaje, las masas se encuentran siempre dispuestas á corresponder al impulso de los que, engañándolas, aspiran á dirigirlas. La popularidad, generalmente, no es patrimonio sino de aquellos hombres, cuyo arte consiste en engendrar preocupaciones, que explotan luego en su beneficio. El dia del abandono se acercaba para los Jesuitas: ni resistian ni ya podian resistir tan multiplicados embates, que les cercaban por todas partes; pero en medio de tantas precipitaciones judiciales, salieron del seno de los parlamentos valerosas minorías, que no consintieron manchar de esa manera el manto de la religion y de la justicia. En Rennes, en Burdeos, en Rouen, en Tolosa, en Metz, en Dijon, en Pau, en Grenoble, en Perpiñan y en Aix, sobre todo (1), donde la voz de Monclar se habia oido, se alzaron muchas oposiciones, que agitadas por la pasion, en el seno mismo de los tribunales, hicieron entender mas de una siniestra prediccion, que un cercano porvenir debia sin duda realizar. Estas borrascosas deliberaciones ponian en tela de juicio el principio cristiano y el poder monárquico, la libertad de conciencia y la intolerancia filosófica, el derecho de la familia y el de los acusados.

Los parlamentos eran los centinelas avanzados para la custodia de los intereses sociales. En cualquiera otra circunstancia los hu-

bieran protegido; pero convidándolos á tomar parte en la destruccion de un instituto religioso, cuya influencia sobre las poblaciones mas de una vez habian envidiado, renacia la mancomunidad de cuerpo, el espíritu de venganza y el deseo inmoderado de extender sus atribuciones. Se vió á los magistrados constituirse á la vez, árbitros, acusadores y testigos. No oyeron la defensa de los Jesuitas; no supieron sino castigar, y su partido estaba tan de antemano decidido, que en Aix, una mayoría primitiva de veintinueve votos oprimió á una minoría de veintisiete, en la que se contaban cuatro presidentes: Coriolis d' Espinouse, de Gueydan, Boyer de Eguilles y d' Entrecasteaux, y ademas los nombres de Montvallon, Miraveau, Beaurecuil, Charleval, Thorome, Despraux, La Canorgue, de Rousset, Mons, Coriolis, de Jouques, Fortis y Camelin. Todos éstos no quisieron decidir sobre el mayor y mas difícil de los negocios, sin instruccion, sin pruebas y sin exámen. Se habian calculado los votos: los enemigos de los Jesuitas sabian que contaban con una mayoría de dos votos; lo demas nada les importaba. Esta coaccion moral, que tiene algo de revolucionaria, podia ser mal interpretada. En las memorias inéditas del presidente d' Eguilles encontramos lo que pensaron estos hombres de profunda conviccion. El presidente se quejó al rey de la violencia que se les queria hacer sufrir, y, aunque moderado en la relacion de los abusos de que fueron víctimas las concienzudas resistencias, añade:

"Hé aquí, señor, circunstancias que hubiera querido poder ocultar á mí mismo. Tanto me han sorprendido, cuanto que no debia esperarlas de una corporacion de magistrados, llena de honor y probidad, entre los cuales ciertamente no ha habido uno solo que fuese capaz de la menor falsedad, de la menor injusticia, por un interes personal. Al parecer, los excesos que se cometen en cuerpo, no tocan individualmente á las personas: la iniquidad desaparece dividiéndose, y para todo hay audacia, cuando no se cree que existe responsabilidad personal. Esto no quiere decir que la condescendencia no cueste trabajo, ni quedeje de ser repugnante; pero el mal ejemplo hace dar el primer paso, la vanidad el segundo, y la ambicion algunas veces el tercero; en seguida, el honor mal entendido, la vergüenza que resultaria retrocediendo de las preocupaciones y compromisos de compañerismo, la pretendida gloria é interes, la cólera contra los que atacan, y por último, las pasiones todas desencadenadas se reunen, corrompen insensiblemente el alma mas bella, y acaban por poner el corazon y el entendimiento en una especie de convulsion habitual, donde no hay ojos para la verdad, amor para la justicia, ni casi libertad para el bien, de manera que sin desearlo, y casi siempre sin apercibirse ellas mismas, las personas mas honradas, los corazones mas humanos, caminan hácia el mal lo mismo que los mas perversos, determinándose como ellos por la necesidad del momento. El asunto de los Jesuitas ofrece al mundo un lastimoso ejemplo."

De tiempo en tiempo, Luis XV comprendia alguna vez los deberes de la corona. El asedio de que tan justamente se quejaba el presidente d' Eguilles, con una moderacion tan parlamentaria, despertó en el corazon del monarca un sentimiento de dignidad. El 12 de Setiembre de 1762, el delfin escribió la carta siguiente á Eguilles, que habia llegado á Versalles á reclamar justicia: "Antes de vuestra partida, y de que volvais al ejercicio de vuestras funciones, le decia, no puedo menos de haceros presente toda mi satisfaccion por el celo que el presidente Espinouse y vos, al frente de diez y nueve magistrados, habeis mostrado en el negocio de los Jesuitas por el interes de la religion y los del rey. Estos dos grandes objetos, tan estrechamente unidos, y que jamas pierdo de vista, me obligan á rogaros que hagais presente á los magistrados que tan bien los han llenado, toda mi estimacion y benevolencia, contando vos mismo con iguales sentimientos."

En la mayor parte de estas corporaciones judiciales, una imperceptible mayoría (1) fué la que sancionó los fallos, cuyos antecedentes, poco mas á ménos, están basados sobre iguales motivos. Pero la sentencia del parlamento de Bretaña excedió en exageracion á los otros. Declaró privados de toda funcion y cargo civil y municipal á los padres que mandasen á sus hijos al extrangero á estudiar con los Jesuitas. Los tribunales soberanos del Franco-Condado, de Alsacia (2), de Flandes y de Artois, se negaron á

---

(1) Se ha conservado el número de votos que en muchos parlamentos se decidieron contra los Jesuitas. En Rennes fueron 32 contra 29; en Rouen 20 contra 13; en Tolosa 41 contra 39; en Perpiñan 5 contra 4; en Burdeos 23 contra 18, y en Aix 24 por 22. La repartícion de los votos de los demas parlamentos es poco mas ó ménos la misma, y jamas una mayoría tan disputada ha producido tan gran resultado.

(2) El cardenal de Rohan, obispo de Estraburgo, habia pedido al rey la conservacion de los Jesuitas de Alsacia, cuyo pueblo y magistrados repugnaban separarse de ellos. El duque de Choiseul le dirigió desde Versalles, el 8 de Agosto de 1762, la respuesta siguiente:

"El rey me ha entregado la carta que vuestra Eminencia le ha escrito, participándole sus inquietudes respecto á los Jesuitas de Alsacia, y dándole cuenta de la utilidad que prestan estos religiosos en esa provincia, ya por la educacion de la juventud en particular, ya en beneficio de la religion en general. Su Magestad me encarga le conteste, que vuestra Eminencia puede estar tranquilo por la suerte de los Jesuitas de Alsacia, quienes hasta el presente no han dado el menor motivo en esa provincia para temer las funestas consecuencias que han tenido lugar en otros puntos del reino. Con efecto, aun cuando vuestra Eminencia no conociese, como conoce, las disposiciones del rey respecto á cuanto pueda interesar á la religion, no por eso dejaria de tener la satisfaccion de ver que su diócesis, hasta el presente, ha gozado de toda la tranquilidad que las circunstancias actuales no han interrumpido, lo cual, tanto para su Magestad como para vuestra Eminencia, es una nueva garantía

asociarse á este movimiento de la opinion. Los tribunales del reino se coligaban para declarar á los Jesuitas enemigos del bien público; los magistrados de estas cuatro provincias y los de Lorena, donde reinaba Estanislao de Polonia, proclamaron á los discípulos de San Ignacio "los mas fieles súbditos del rey de Francia y las garantías mas seguras de la moralidad de los pueblos."

El camino ya se encontraba desembarazado; el parlamento de Paris, apoyado en todos estos mandamientos de proscripcion, iba á proscribir á su turno y á herir de muerte á la Compañia de Jesus. Se reservó para el dia 6 de Agosto de 1762; y en este mismo dia expidió un decreto, por el cual dice: "Que hay abuso en el dicho instituto de la dicha Sociedad que se llama de Jesus, y en las bulas, breves, cartas apostólicas, constituciones y declaraciones relativas á las constituciones, fórmulas de votos, decretos de los generales y de las congregaciones generales de la dicha Sociedad, etc., y declarado ésto, declara por consecuencia al dicho instituto inadmisible por naturaleza en todo estado civilizado, como contrario al derecho natural, atentatorio á toda autoridad espiritual y temporal, y que tiende á introducir en la Iglesia y en los estados, bajo el especioso velo de instituto religioso, no una órden que aspire verdadera y únicamente á la perfeccion religiosa y evangélica, sino mejor dicho, un cuerpo político, cuya esencia consiste en una actividad continua para llegar desde luego por toda especie de medios y caminos, directos ó indirectos, ocultos y manifiestos, á una independencia absoluta, y sucesivamente á la usurpacion de toda autoridad."

Tal es el resúmen de los cargos é imputaciones acumuladas contra el instituto. No son, pues, acusaciones de delitos las que pesan sobre los Jesuitas y lo que les hace culpables, sino acusaciones de doctrinas erróneas, de falsos principios que el parlamento copia de los *Extractos de las proposiciones*. Y no es á uno ó mas individuos aislados á quien se atribuye toda esa degradacion y envilecimiento moral; segun el parlamento, todos los Jesuitas, todos sin excepcion, son culpables de haber enseñado en todos tiempos, y con aprobacion de sus superiores, "la simonía, la blasfemia, el sacrilegio, la mágia, el maleficio, la astrología, la irreligion de todo género, la idolatría, la supersticion, la impureza, el perjurio, el falso testimonio, las prevaricaciones de los jueces, el robo, el parricidio, el homicidio, suicidio y regicidio.

---

de las intenciones del rey, que no quiere que los Jesuitas sufran cambio alguno en su estado. Vuestra Eminencia conoce la inviolable adhesion que le profeso, y con la que me honro mas que otro alguno."

El duque de Choiseul se guardó muy bien de cumplir su promesa. El consejo soberano de Alsacia habia sostenido á los padres. El ministro, á fuerza de intrigas y de maniobras, supo al fin obtener de este cuerpo la supresion de los Jesuitas.

"Sus doctrinas en toda época han sido favorables al cisma de los griegos, atentatorias al dogma de la procesion del Espíritu Santo, favorables al arrianismo, al socianismo, al sabelianismo, al nestorianismo; opuestas á la certeza de otros varios dogmas, sobre la gerarquía, sobre los ritos del sacrificio y del sacramento; trastornadoras de la autoridad de la Iglesia y de la Sede Apostólica; favorables á los luteranos, calvinistas y demas innovadores del siglo XVI; reproductivas de la heregía de Wiclef, y de los errores de Ticonio, de Pelagio, de los semipelagios, de Casio, de Fausto y de Marsilio; injuriosas á los santos padres, á los apóstoles, á los patriarcas y profetas, al precursor de Jesucristo y á los ángeles; impías y blasfemas contra la bienaventurada Vírgen María y demas fundamentos de la fe cristiana; hostiles al misterio de la Redencion y á la divinidad de Jesucristo, favoreciendo la impiedad de los deistas; resintiéndose del epicureísmo; enseñando á los hombres á vivir como bestias y á los cristianos á conducirse como paganos; ofendiendo á los oidos castos; alimentando la concupicencia, é induciendo á la tentacion y á los mas grandes pecados; eludiendo la ley divina con falsas virtudes, caridad simulada y otros artificios y fraudes del mismo género; paliando la usura, inclinando á los jueces á la prevaricacion y á los acusados á usar de artificios diabólicos; turbando la paz de las familias; añadiendo el arte de engañar, á la inquidad del robo, cuyo camino abren; atacando la fidelidad de los criados, y descubriendo la senda para la violacion de todas las leyes, sean civiles, eclesiásticas ó apostólicas; injuriando á los soberanos y á sus gobiernos, y haciendo depender de vanos razonamientos y de sistemas, la vida de los hombres y la regla de las costumbres; excusando la venganza y el homicidio; aprobando la crueldad y los resentimientos personales; contrariando al segundo mandamiento de la caridad, y ahogando en los padres y en los hijos todo sentimiento de humanidad, y por lo tanto, execrables y contrarias al amor filial; dando rienda á la avaricia y á la crueldad, para proporcionar homicidios y parricidios nunca vistos, abiertamente opuestos al Decálago; protegiendo los asesinatos, amenazando á los magistrados y á la sociedad humana con su perdicion segura; contrarias á las máximas del Evangelio, á los ejemplos de Jesucristo, á la doctrina de los apóstoles, opiniones de los santos padres, decisiones de la Iglesia, á la seguridad, vida y honor de los príncipes, sus ministros y magistrados, reposo de las familias y buen órden de la sociedad civil; sediciosas, opuestas á los derechos divino, natural y positivo, y al de gentes; propensas al fanatismo y á carnicerías horribles; perturbadoras de la sociedad humana, creando contra la vida de los reyes un peligro siempre inminente; doctrinas, en fin, cuyo veneno es muy peligroso, y que no se ha acreditado sino por sacrílegos efectos que no pueden recordarse sin horror."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta sentencia, en la que el ridículo va reunido á lo atroz, y en que la contradiccion en los términos excluye forzosamente la unidad de doctrinas tan decantadas de la Compañía, obliga á todos los padres á renunciar á las reglas del instituto. Les fué prohibido conservar su trage, vivir en comunidad, tener correspondencia con los demas miembros de la Orden, y desempeñar cualquier cargo del ministerio sacerdotal, sin haber presentado ántes el juramento anexo á la misma sentencia. Se les confiscan sus bienes, se les expulsa de sus casas, se dilipida su fortuna (1), se despojan de sus ricos templos, se dispersan sus preciosas bibliotecas, y no se concede á los anteriores dueños de todo esto sino una escasa pension, que solo puede adquirirse mediante toda clase de sacrificios (2). Todos estos cuatro mil sacerdotes que en su colegios, en sus misiones, en sus trabajos apostólicos ó literarios, habian ensalzado el nombre de la Francia, se encontraron de repente, por la disposicion del parlamento, convencidos plenamente de todos los crímenes imaginables, de todas las heregías posibles, desde el arrianismo hasta el luteranismo, y reducidos á la miseria ó á la infamia de renegar de un instituto que habian hecho voto de seguir hasta la muerte. Este voto fué el juramento impío de una regla impía.

(1) La fortuna de los Jesuitas en Francia, sin contar los bienes que tenian en las colonias, ascendia en 1760, á unos 56 á 60 millones, respartidos en esta forma:

De bienes inmuebles improductivos, tales como vastos edificios, muebles, bibliotecas y sacristías, , , , , , , ,	20 millones.
De capitales productivos, cuya renta se hallaba gravada con 550.000 libras de réditos de imposiciones eclesiásticas ó civiles,	11 „
De otras propiedades, cuyos productos pagaban los intereses de cuatro millones de deudas, y gastos de conservacion de edicios,	7 „
De veinte millones, cuya renta servia para el sosten, alimentos y viajes de 4.000 religiosos, lo que ascendia el gasto de cada Jesuita á 300 francos uno con otro, , , , , , ,	20 „
Total, , , ,	58 millones.

En esta cantidad no se comprenden los donativos ó limosnas, sobre todo para las Casas profesas.

(2) Los parlamentos de Francia asignaron veinte *sous* por dia á cada Jesuita. El de Grenoble se extendió hasta treinta; pero el de Languedoc no concedió sino doce. Una anécdota muy singular hizo modificar esa parsimonia. Todas las veces que pasaba por Tolosa una cadena de presidarios condenados á galeras, los Jesuitas estaban encargados de mantenerlos, les daban una comida, y á fin de habituar á sus discípulos á la virtud, así como á la piedad, hacian servir á los presos por los hijos de las familias mas ilustres. Algun tiempo despues del decreto provisional, que destruia la Compañía, pasó una cadena por aquella ciudad, y conforme á la costumbre antigua, el parlamento dispuso que los presos comerian á expensas de los Jesuitas. Se dió parte al depositario de los bienes secuestrados, y el gasto se fijó á 17 sous por cabeza. De este modo se tomaban de los bienes de los Jesuitas diez y siete sous para la comida de un presidario, cuando no se daban mas que doce diarios para el sosten de cada uno de los padres. Este contraste chocó tanto al pueblo, que el parlamento, para no caer en el ridículo, que nadie le perdonaba, reuniendo á todas las salas, decretó que su generosidad se elevaria á la cantidad acordada por los demas parlamentos del reino.

El parlamento de Paris no concedia esta pension alimenticia sino á los profesos; los estudiantes novicios eran privados de ella. No se queria que fuesen

Tribunales católicos acababan de dar al mundo un fatal ejemplo que los escritores protestantes no titubearon en reprender. "Este decreto del parlamento, dice Schœll (1), lleva visiblemente impreso el carácter de la pasion y de la injusticia, y por consiguiente la desaprobacion inmediata de todos los hombres de bien, faltos de prevencion. Exigir de los Jesuitas el compromiso de sostener los principios llamados libertades de la Iglesia galicana, era un acto de tiranía, pues por respetables que pareciesen éstos, no eran, á pesar de todo y segun la opinion de los doctores mas sabios, sino muy problemáticos, y aunque ciertos, nunca artículos de fe. Querer obligar á los Jesuitas á ir contra los principios de moral de la Orden, era decidir arbitrariamente un hecho histórico, manifiestamente falso y controvertible. Pero en las dolencias del entendimiento humano, como la que afectaba á la generacion de aquella época, la razon calla, y el juicio se ofusca con la prevencion. Los Jesuitas opusieron la resignacion á las persecuciones dirigidas contra ellos. Estos hombres, de quienes se decia estaban tan dispuestos á prescindir de la religion, se negaron á prestar el juramento que se exigia de ellos, y de cuatro mil padres que habia en Francia, apenas cinco se sometieron á él."

La Compañía ya no existia en el reino Cristianísimo. Sus miembros se hallaban dispersos; pero faltaba obligarles á romper unos votos que la ley no reconocia, lo cual se intentó con el encarnizamiento propio de las pasiones de partido. Se excitó á la apostasía, ofreciéronse ventajas inmensas á los hijos que consintiesen en renegar de su madre ultrajada, y segun el dicho de un escritor protestante, que está en lo verdadero, apenas llegaron á cinco Jesuitas, de cuatro mil, los que faltaron á unos juramentos, de los que jurídicamente se hallaban absueltos. Esta conducta es el mas bello y mas completo elogio que puede hacerse de una asociacion religiosa.

La tiranía ya no podia detenerse en la pendiente en que se habia colocado. Los Jesuitas diseminados se veian acogidos por los obispos y por los pueblos. Ya que no podian formar la infancia

Jesuitas, y para ello se quitaba á estos jóvenes el derecho de recobrar su patrimonio, y la facultad de poder heredar. Se les declaraba muertos civilmente, al mismo tiempo que se les llamaba á la vida civil.

(1) *Cours d' histoire des Etats europeens*, t. XI, p. 51 y 52.

para la virtud y para las bellas letras, la edad madura se agrupaba al rededor de las cátedras evangélicas para escuchar su doctrina. Eran pobres; pero su corazon encerraba una superabundancia de riquezas, y su celo no permanecia ocioso. Fueron á la vez misioneros y directores de las almas. Los Jesuitas no se habian defendido; su apología brillaba despues de la sentencia, y el parlamento no se atrevió á tolerar por mas tiempo esa tardía apelacion á la opinion pública. Dos sacerdotes acusados de haber censurado las disposiciones del tribunal, fueron condenados á la horca, y el fallo se ejecutó. El parlamento de Paris y sus aliados se inquietaban de este movimiento de la opinion, que se volvia contra ellos. Los Jesuitas esparcidos por los pueblos y aldeas, asustaban á la filosofia y á la magistratura. D' Alembert comunicó sobre esto sus temores á Voltaire; y el patriarca de Ferney, á quien no agradaban mucho las proscripciones, le contestó (1) el 18 de Febrero de 1763: "Los Jesuitas aun no han sido destruidos, existen en la Alsacia, predican en Dijon, en Grenoble y en Besánson. Hay once en Versalles, y otro que me dice la misa (2)."

La herida hecha al instituto de San Ignacio fué sentida en todos los corazones católicos; los padres de familia no sabian á quiénes confiar en adelante la educacion de sus hijos; los hombres sensatos deploraban la pérdida de esa Compañía (3), que conservaba en los

---

(1) *Œuvres de Voltaire*, t. LXVIII, p. 239.

(2) Este Jesuita, recogido por Voltaire, se llamaba el P. Adam. Segun decia su huésped, éste no era el primer hombre del mundo.

(3) El duque de Choiseul y el parlamento hicieron componer entónces el árbol geográfico que hemos reproducido en la *Historia de la Compañía*, tal como fué dirigido á los príncipes y á los magistrados. Este árbol geográfico está conforme al último catálogo general impreso en Roma el año de 1749; pero no representa el estado de la Orden en 1762. En esta época, el instituto de San Ignacio comprendia una asistencia mas, la de Polonia, erigida en 1756 por la XVIII congregacion general, y formada con las dos provincias de Polonia y Lituania, que fueron divididas y constituyeron las cuatro provincias de la Gran Polonia, Pequeña Polonia, Lituania y Mazovia.

Los dos medallones no están tan exactos como el árbol geográfico. Su título y sus indicaciones pueden inducir á error.

Los establecimientos de los Jesuitas en las Provincias-Unidas no estaban mas ocultos que los de las demas religiones y sacerdocio secular. Para los unos como para los otros, todo el misterio consistia en que las iglesias católicas no podian tener puertas ni ventanas que diesen á la calle, y en que estaba prohibido á los católicos, bajo pena de una multa de tres florines, el ir á los templos con devocionario en la mano.

Las misiones de Ruylembourg y de Wuch-te-Duerstede, designadas en los medallones de la derecha, ya no existian en esta época. Estos dos medallones no indican sino quince estaciones establecidas en los doce pueblos, y no suponen mas que quince misioneros. En la época en que apareció este árbol geográfico, se contaban veinticinco estaciones en los veintitres pueblos y cuarenta misioneros.

pueblos los sentimientos religiosos, que se apresuraba á acudir, donde hubiese un bien que hacer, una luz que difundir, un ignorante que enseñar, y un gran sacrificio que hacer. Todos ellos, en la amargura de sus presentimientos, exclamaban con el abate Lamennais (1): "He hablado, dice, de abnegacion, y al pronunciar esta palabra, se refleja el pensamiento con dolor sobre esta Orden tan floreciente en otro tiempo, y cuya existencia toda entera no fué sino una continua abnegacion de sí misma en beneficio de la humanidad y de la religion. Bien sabian esto los que la destruyeron, y fué para ellos la razon de destruirla, como lo es para nosotros el pagar al ménos el tributo de gratitud y reconocimiento que se merece por sus innumerables beneficios. ¡Ah! ¿Quién es capaz de enumerarlos? Pasará mucho tiempo, y se echará de ver siempre el vacío inmenso que en la cristiandad han dejado, y que tan difícil será llenar, esos hombres tan ansiosos de sacrificios como lo son otros de goces. ¿Quién les ha reemplazado en nuestros púlpitos? ¿Quién les reemplaza en nuestros colegios? ¿Quién, en lugar suyo, se ofrecerá para llevar la fe y la civilizacion, juntamente con la gloria del nombre frances, á los bosques de la América, ó á las vastas regiones del Asia, tantas veces regadas con su sangre? Se les acusa de ambicion; supongo que la tuviesen, y ¿qué corporacion no la tiene? Su ambicion era la de hacer bien á sus semejantes, y todo el que podian; y ¿quién ignora que esto es por lo general lo que los hombres perdonan con mas dificultad? Querian dominar en todas partes; y ¿en cuáles dominaban fuera de aquellas regiones del Nuevo-Mundo, donde por la primera y última vez se vió realizada por su influencia esa quimera de felicidad que se encuentra solamente en la imaginacion de los poetas? Eran peligrosos á los soberanos; ¿acaso la filosofia tiene derecho á hacerles semejante inculpacion? Pero sea de esto lo que quiera, abro la historia, registro las páginas, veo en ellas escritas acusaciones, busco luego las pruebas, y no encuentro en lugar suyo sino una justificacion manifiesta."

Esta justificacion de los Jesuitas, expresada con términos tan elocuentes, no les faltó de parte del catolicismo. Ocupaba por entónces la silla de Paris un prelado, probado en el destierro, un arzobispo, cuyo valor é inagotable caridad serán siempre uno de los mejores recuerdos de la antigua Catedral. Era éste Cristóbal de Beaumont, cuyas virtudes admiraron Federico II y los ingleses, cuyo nombre bendecia el pueblo, y cuya apostólica virilidad y firmeza maldecian el parlamento, los jansenistas y los filósofos, pero sin dejar de respetar la pureza de sus acciones.

---

(1) *Reflexiones sur l' etat de l' Eglise de France pendant le* XVIII siecle, pág. 16 (Paris, 1820).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristóbal de Beaumont llegó á comprender que la guerra hecha á los Jesuitas era la señal de la ruina de las costumbres y de la Iglesia. El se encontraba al frente de todos los ataques, y el 28 de Octubre de 1763 dió al público su célebre *Instruccion pastoral*. El Atanasio frances juzgó en el tribunal de su conciencia de magistratura eclesiástica, á los jueces seculares que, encumbrados en sus escaños, creian poder forzar al poder espiritual á no ser mas que el comisario de policía moral del poder civil. Los confundió y derrotó completamente, desmintiendo su obra con los hechos, oponiendo la verdad escrita á la falsedad hablada, y probando que los Jesuitas condenados ni habian sido acusados ni juzgados de buena fe. Al ver esta intrepidez, el parlamento no conoció ya límites. La moderacion de la forma, en nada debilitaba en la *pastoral* la energía de su fondo, y el parlamento interpelado por la razon, contestó con la arbitrariedad. El 21 de Enero de 1764 el mismo verdugo que arrojó á las llamas al *Emilio* de Juan Jacobo de Rouseau y la *Enciclopedia*, hizo lo propio con la obra del prelado Cristóbal de Beaumont: fué citado éste á comparecer, y hubiera sufrido una gloriosa condena por la justicia, si el rey no hubiese mediado con un vergonzoso paliativo, consintiendo en desterrar de nuevo al primer pastor de su diócesis. El arzobispo se libró de la venganza del parlamento; ésta recayó sobre la Compañía de Jesus.

Fué mandado á todos los padres que adjurasen su instituto y que rectificasen con su juramento las calificaciones con que los anteriores decretos les habian cargado. Ya no quedaba mas medios á los discípulos de San Ignacio, que optar entre el deshonor y la expatriacion, que el presidente Molé, con todo el dolor de su alma y lleno de respeto para con sus antiguos maestros, acababa de pronunciar. El destierro fué aceptado. Los parlamentos de Tolosa, de Rouen y de Pau fueron los únicos que se unieron á esta medida, y los Jesuitas de estas cuatro demarcaciones sufrieron, sin quejarse, la deportacion y la indigencia á que se les condenaba léjos de su pais natal (1) El parlamento y Choiseul se mostraron inexorables: no exceptuaron ni la edad, ni los talentos, ni los servicios, ni las enfermedades; pero al ménos no fueron tan crueles como Pombal. La familia real habia mantenido hasta entónces en el palacio de Versalles á los padres que poseian

(1) Segun los registros del parlamento de Paris, con fecha 9 de Marzo de 1764, no fueron mas que ocho hermanos coadjutores, doce jóvenes regentes, expulsos ya de la Compañía y cinco profesos, los que se sometieron al juramento exigido. Ceruti era de este número. El autor de la *Apología de los Jesuitas* se dejó seducir por los elogios prodigados á su talento y á su juventud. Ha sido éste el único Jesuita que ha favorecido las ideas revolucionarias.

su confianza, y entre ellos al sabio Bertier, que preparaba la educacion de los infantes. El anatema llegó hasta el escalon del trono; Luis XV no se atrevió á oponerse al parlamento, y el dia mismo que emprendieron el camino para su destierro, dirigieron al rey la carta siguiente:

"Señor:

"Vuestro parlamento de Paris acaba de dar un decreto que dispone, que todos los que componen la Sociedad de los Jesuitas y que se hallan comprendidos en el territorio de esa corte, presten el juramento exigido.

"En cuanto al último artículo, que concierne á la seguridad de vuestra sagrada persona, cuantos Jesuitas se hallan dispersos por el reino están prontos á suscribirle aunque sea con su sangre. La sola sospecha que pueda hacer dudar de sus sentimientos sobre este particular, les llena de afliccion, y no hay testimonios, ni pruebas, ni seguridades, que no estén dispuestos á dar á la faz del mundo entero, para convencerle, de que en materia de fidelidad, de sumision y de respeto hácia vuestra sagrada persona, han tenido, siempre tienen y en adelante tendrán, los mejores principios, y que se creerian dichosos en dar su vida por la de vuestra Magestad, por la defensa de su autoridad y por el sosten y mantenimiento de los derechos de su corona.

"Respecto á los demas artículos contenidos en la fórmula del juramento que exige vuestro parlamento de Paris, los Jesuitas se toman la libertad de representar humilde y respetuosamente á V. M., que su conciencia no les permite someterse á ellos; pues si los votos, por los cuales se han ligado á Dios, siguiendo la forma del instituto que habian abrazado, se encuentran rotos y anulados por decretos de los tribunales seculares, subsisten aun en el foro interno, y por lo tanto se encuentran obligados á cumplirlos delante de Dios, en cuanto les sea posible; y en este estado no pueden, sin contravenir al primer juramento que prestaron ante los altares, prestar otro segundo, tal como el enunciado en esta fórmula: "De no vivir en adelante en comunidad, ó aisladamente, bajo el "imperio del instituto, y de las constituciones de la Sociedad que "se llama Compañía de Jesus; de no seguir correspondencia al- "guna con el general y superiores de la dicha Sociedad, ú otras "personas diputadas por éstos, ni con cualquier miembro de la "misma residente en pais extrangero."

"Otro escrito mas largo y detallado que lo que puede ser éste haria ver á vuestra Magestad palpablemente todos los inconvenientes y consecuencias de una medida que el honor y la conciencia no permiten á los Jesuitas admitir. Si fuesen tan desgraciados que se ligasen con obligaciones tan contrarias á su estado, incurririan en la cólera del cielo, en la indignacion de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los hombres de bien, y vuestra Magestad no podria en adelante considerarlos como súbditos dignos de su proteccion.

"Por todo esto, señor, humilde y respetuosamente suplicamos á vuestra Magestad, que ponga á los Jesuitas de su reino, vasallos tan fieles y tan desgraciados, á cubierto de las grandes persecuciones que sufren por parte de vuestro parlamento de Paris y de otros varios, y no cesarán de dirigir al cielo sus continuos y mas fervientes ruegos por la conservacion de V. M. y por la gloria y prosperidad de su reinado."

A esta declaracion, que trascribimos de su mismo original conservado en Roma, respondió únicamente el monarca: "Sé muy bien que esos son vuestros sentimientos." Frase que pintaba con el mas fuerte colorido la debilidad y la justicia, inherentes al corazon del rey; pero ésta no impidió que se prestase á la consumacion de la iniquidad. Era preciso que la sancionase el soberano; y Choiseul se decidió á firmar un edicto que prescribia (1): "Que la Compañía de Jesus ya no tendria lugar alguno de permanencia en su reino, tierras ó señoríos de su obediencia." El delfin protestó enérgicamente contra esta medida (2), y su protesta hizo que por algunos momentos pensase Luis XV en la conciencia de su deber. El delfin censuraba las acriminaciones de que estaban llenos los decretos del parlamento, y criticaba sobre todo la sentencia de expatriacion que heria á los Jesuitas, y así en el edicto real, registrado el 1º de Diciembre de 1764, no se hace mencion alguna de los motivos ni del destierro (3). Luis

(1) *Procedure contre l' institut et les constitutions des Jesuites*, p. 326.

(2) El delfin no sobrevivió mucho tiempo á la destruccion de los Jesuitas. Choiseul y la secta filosófica temian sus talentos y su firmeza. Una muerte prematura les libró de ese cuidado. Se les ha acusado de haber apresurado esta muerte por medio del veneno. Este rumor jamas se ha probado, y nos parece inverosímil. El tiempo de los crímenes aun no habia llegado. Los enciclopedistas no adelantaron la muerte de este príncipe. Se alegraron, sí, da su pérdida, y Horacio Walpole escribia desde Paris en el mes de Octubre de 1765: "Al delfin infaliblemente le restan pocos dias de vida. La perspectiva de su muerte llena á los filósofos de alegría, porque temen sus esfuerzos para el restablecimiento de los Jesuitas." Espiró en efecto el 20 de Diciembre de 1765. "La muerte del delfin, dice Lacretelle, *Histoire de France* pendant le XVIII siecle, t. IV, pág. 64, fué para el pueblo un golpe tan sensible como inesperado. Durante su enfermedad se vió la misma concurrencia en las iglesias. A la primera noticia de su muerte se reunió mucha gente al rededor de la estatua de Enrique IV para llorarle."

(3) Existe una carta de Luis XV al duque de Choiseul, que contiene las observaciones del rey sobre el preámbulo del edicto. Luis XV hace en él juiciosas anotaciones sobre muchos puntos, y modificando en todo este preámbulo, concluye así:

"La expulsion está aquí fuertemente indicada, perpetua é irrevocable; pero ¿quién ignora que los mas fuertes edictos han sido revocados, á pesar de sus cláusulas, aun las mas imaginables?

"No quiero de corazon á los Jesuitas; pero todas las heregías los han detes-

permitia á los Jesuitas vivir en el reino como simples particulares, cláusula restritiva que alarmó al parlamento, quien extipuló con el monarca, que residiria cada uno de los padres en la diócesis donde habia nacido, sin poder aproximarse á Paris, y que cada seis meses estarian obligados á presentarse ante los magistrados encargados de vigilar sobre ellos.

Hasta este momento Clemente XIII habia tratado con breves reiterados y con súplicas, despertar el valor adormecido de Luis XV, dirigiéndose á él mas como padre que como pontífice. Mas cuando llegó á su noticia el edicto soberano que sancionaba la destruccion de los Jesuitas en Francia, Clemente XIII creyó que incumbia al sucesor de San Pedro un deber solemne que cumplir. Los obispos de todas partes del mundo le suplicaron que tomase por su cuenta la causa de la Iglesia y la de la Compañía de Jesus. El papa cedió al voto general del catolicismo, y el 7 de Enero de 1765 dió la bula *apostolicum*. Como juez supremo en materias de fé, así como en las de moral y disciplina, el papa instruia á su vez el proceso que en Portugal y en Francia habia tenido igual resultado, aunque por motivos muy diferentes. Desde lo alto de la cátedra infalible elevó su voz, y dirigiéndose desde esa cumbre al universo católico: "Nos rechazamos, decia, la grave injuria hecha al mismo tiempo á la Iglesia y á la Santa Sede. Declaramos de nuestro *motu proprio* y ciencia cierta, que el instituto de la Compañía de Jesus respira hasta el mayor grado la piedad y la santidad, á pesar de que haya hombres que despues de haberle desfigurado con perversas interpretaciones, se hayan atrevido á calificarle de irreligioso é impío, insultando así de la manera mas ignominiosa á la Iglesia de Dios, á quien ellos acusan suponiendo que haya podido engañarse hasta el punto de juzgar y declarar solemnemente como piadoso y agradable al cielo lo que en sí fuese irreligioso é impío (1)."

tado siempre; lo que constituye su triunfo. No digo mas. Por la paz de mi reino, si llego á expulsarles, contra mi gusto, no quiero al ménos que se crea que me he adherido á cuanto los parlamentos han dicho y hecho contra ellos.

"Persisto en mi idea, que en expulsándolos es preciso anular cuanto el parlamento ha hecho contra ellos.

"Adhiriéndome al parecer de otros por la tranquilidad de mi reino, es preciso cambiar mi propósito, sin lo cual nada se haria. Me callo, porque hablaria demasiado."

(1) Por todo lo que dejamos sentado, fundados en documentos irrefragables, se demuestra que el soberano pontífice, que la reina, el delfin, Estanislao de Polonia, suegro de Luis XV y aun el mismo Luis XV, deseaban conservar en Francia la Compañía de Jesus. Esta tenia por apoyo y por sus abogados á todos los obispos de la Iglesia galicana y á una minoría, que en cada parlamento contrabalanceaba á la mayoría. Los tribunales soberanos del Franco-Condado, de Alsacia, de Flandes y de Artois, así como la Lorena,

Los ex-Jesuitas, como el parlamento les llamaba, encontraron un vengador en el soberano pontífice, un apoyo en los obispos, y amigos en todos los católicos. El edicto del rey los autorizaba para vivir en su patria. En 1767, los acontecimientos que estallaron en la Península recayeron sobre ellos. Los parlamentos tomaron acta de la cólera de Carlos III de España y del golpe de estado de su ministro D. Pedro de Aranda, para anular el edicto de Luis XV, y proscribir de una vez, y para siempre, del territorio frances á los padres que comenzaban á crearse una nueva existencia. "Sin embargo, dice Sismondi (1), la persecucion contra los Jesuitas se extendió de un pais á otro con tal rapidez, que apenas puede explicarse. Choiseul hizo de ella un negocio personal. Puso su conato principalmente en arrojarlos de todos los estados de la casa de Borbon, y se aprovechó para ese objeto de la influencia que habia adquirido sobre el rey de España Cárlos III."

Cárlos III reinaba en España. Príncipe religioso y hábil, íntegro é ilustrado, pero impetuoso y tenaz, poseia la mayor parte de las cualidades que hacen la felicidad de los pueblos. Su carácter se acordaba perfectamente con el de sus súbditos; y así como éstos, llevaba al mas alto grado el espíritu de familia y la honra de su nombre. En Nápoles como en Madrid, se habia mostrado siempre afecto á la Compañía de Jesus. Cuando el marques de Pombal trató de ahogarla con el peso de sus folletos y de sus torturas, el rey de España fué el primero que desmintió las calumnias oficiales de la corte de Lisboa. Sin embargo, mas de una vez se habia ya atentado en España contra el instituto. En el momento en que, bajo el reinado de Fernando VI, el duque de Alba y el general Walh echaron por tierra el ministerio del marques de la Ensenada, é hicieron triunfar la influencia británica sobre la política

---

rehusaron someterse al voto de expulsion, convertido en palabra de órden; la mayor parte de los estados de Provincia se mostraban hostiles á la destruccion: sin embargo, un ministro de instruccion pública no titubea en mirar como nulas estas protestas. En su *Esposé des motifs du projet de loi, sur l' instruction secondaire* (sesion de la cámara de los Pares del 2 de Febrero de 1844), M. Villemain se expresa en estos términos: "Cuando en 1762, bajo la influencia del ministro mas determinado y mas ilustrado que despertó la languidez de Luis XV, la Sociedad de Jesus fué por fin disuelta. Tenia esta diseminados por las diferentes provincias del reino ciento veinticuatro colegios, la mayor parte importantes y ricos. Ninguna voz que mereciese algun crédito, se alzó para defenderla."

No pretendemos hacer una historia con preocupaciones ó conveniencias parlamentarias; pero creemos que las declaraciones del papa, del delfin, de la minoría de los tribunales y la unanimidad del episcopado frances y de los demas obispos católicos, bastan para formar una *voz acreditada*, sobre todo, cuando esta voz se ponga en paralelo con las de Madama de Pompadour, de Choiseul y de M. Villemain.

(1) *Histoire des francais*, t. XXIX, pag. 369.

francesa, se acusó al P. Ravago, confesor del monarca, de haber intentado sublevar las reducciones del Paraguay y del Uruguay. Si hemos de creer la correspondencia de sir Benjamin Keene, embajador en Madrid (1), el duque de Alba y Walh, adictos á la Inglaterra, fingieron para perder á Ravago, cartas de este Jesuita á sus hermanos del Tucuman. Estas cartas venian por mediacion de Pombal, y aunque el rey nada supo de esto, fué un precedente que se guardó para servirse de él, cuando llegase la ocasion, y excitar desconfianzas.

D. Manuel de Roda habia desempeñado las funciones de embajador de España cerca de la Santa Sede, y debia su fortuna á los Jesuitas. Este diplomático, que afectaba un cierto puritanismo, y que, aunque español, se desdeñaba de los títulos de nobleza, era muy diestro en el arte de engañar. Ostensiblemente se mostraba afecto á la Compañía, y en secreto tramaba con el prelado Marefoschi, secretario de la Propaganda, y con el franciscano Joaquin de Eleta, confesor del rey, la ruina del instituto en España. Cuando Roda fué llamado á reemplazar al cardenal Portocarrero en el ministerio de gracia y justicia, se creyó desde luego en Roma que se presentaba en campaña un nuevo enemigo de la Sociedad de Jesus, y no era esta idea un abuso de las intenciones de Roda, porque éste repetia sin cesar á los impacientes: "No ha llegado aun el momento, aguardad á que muera la vieja." Esta vieja era la reina madre Isabel de Farnesio, octogenaria á aquella sazon.

El duque de Choiseul habia concebido el feliz pensamiento de reunir en una mancomunidad de afectos é intereses, á las diversas ramas de la casa de Borbon. En 1761 realizó esta idea con el célebre pacto de familia. A fin de atraerse la estimacion de Cárlos III, Choiseul le sacrificó una de las prerogativas de la corona. Los embajadores de Francia ocupaban en Europa el primer puesto, despues de los del emperador de Alemania; el ministro de Luis XV supo decidir al rey á renunciar este privilegio en favor de la España. Se adulaba á Cárlos III por su flaco; pero á fin de inclinar á este soberano á destruir la Orden de Jesus, era preciso algo mas que un derecho de igualdad diplomática. Su fé era viva y su voluntad firme, para dejarse imponer la ley como José I y Luis XV. Se renunció, pues, á emplear los medios ejercitivos y los de lisonja.

El 26 de Marzo de 1766 estalló un alboroto popular en Madrid, á consecuencia de ciertas reformas en el trage español y en el precio de los comestibles; reformas promovidas por el napolitanismo marques de Esquilache, que habia llegado á ser ministro. El rey

---

(1) *L'Espagne sous les Rois de la Maison de Bourbon*, par Coxe, t. IV.

se vió obligado á retirarse á Aranjuez. La irritacion de los ánimos iba en aumento, y pudo haber habido consecuencias muy funestas, si los Jesuitas, que tanta influencia tenian sobre el espíritu del pueblo, no se hubieran arrojado en medio de la multitud amotinada y con sus ruegos sofocado el tumulto. Los madrileños cedieron á las instancias y amenazas de los padres, y quisieron, al separarse, darles una muestra de su afecto. Por todos los ángulos de la capital resonaba el grito de: vivan los Jesuitas! Cárlos III, humillado por haber tenido que abandonar su capital, y quizá mas humillado aun al ver que debia la tranquilidad y el restablecimiento del órden en su corte á unos cuantos sacerdotes, se volvió á Madrid. Fué recibido con trasportes de alegría; pero tenia á su alrededor ciertos hombres que afiliados á Choiseul y al partido filosófico, vieron la oportunidad de acriminar el hecho. Esquilache fué reemplazado en el ministerio por el conde de Aranda, quien desde mucho tiempo antes habia formado causa comun con los enciclopedistas. Aranda, así como todos los que fueron llamados al desempeño de los negocios en este período del siglo diez y ocho, poseia grandes talentos. Su carácter, mezcla de rigidez taciturna y de originalidad, era muy inclinado á la intriga; pero tenia sed de alabanzas, y los enciclopedistas se la apagaban siempre que era necesario. "Embriagado, dice Schœll, con el incienso que los filósofos franceses quemaban sobre su altar, no cifraba su gloria sino en ser contado entre los enemigos de la religion y de los tronos." Caminaba, pues, bajo las banderas de la incredulidad. Los demas gobernantes, Grimaldi, Roda, Campomanes y Moñino, hechuras de Joaquin de Eleta, conocido mas bien por el nombre de Joaquin de Osma, su patria, nada podian rehusar al confesor del rey, poniendo á su servicio su energía de carácter y la ambicion que los dominaba. El duque de Alba, antiguo ministro de Fernando VI, participaba de estas ideas, y se habia hecho el apóstol de las innovaciones y el excitador del odio contra los Jesuitas (1). El Portugal y la Francia acababan de destruirlos; el duque de Alba y Aranda no quisieron quedarse atras en España.

El pretexto del motin de Madrid, por las *capas* y los *sombreros*, ha-

[1] En el momento mismo de morir, el duque de Alba puso en manos del inquisidor general Felipe Beltran, obispo de Salamanca, una declaracion firmada por él mismo, en que decia que él habia sido uno de los autores del *motin* llamado de *Esquilache*, que en 1766 fomentó en odio de los Jesuitas y para que les fuese imputado. Confesó tambien haber él mismo redactado en mucha parte, la carta supuesta del general del instituto contra el rey de España. Reconocia ademas ser el inventor de la fábula del emperador Nicolas I, y ser uno de los que hicieron acuñar la falsa moneda con la efigie de este supuesto monarca. En el *Diario* del protestante Cristobal de Murr (tomo IX, pág. 222) se lee ademas, que el duque de Alba en 1776 dió por escrito igual declaracion al rey Cárlos III.

bia producido el efecto que deseaba, inspirar al rey sospechas contra los Jesuitas. El príncipe no podia explicarse á sí mismo cómo su autoridad soberana habia sido desatendida, miéntras que la sola presencia y prestigio moral de los hijos de San Ignacio pudo tan fácilmente calmar el furor del pueblo. Habian sido muertos muchos guardias walonas, y aceptada la intervencion, de los padres del instituto. Este misterio, cuya fácil solucion consistia únicamente en el contacto y continuo roce de los Jesuitas con todas las clases del pueblo, fué comentado y desnaturalizado por los consejeros de Cárlos III.

Este príncipe se hallaba rodeado de abogados y hombres de nacimiento oscuro, pero que por lo grande de su mérito borraban á los ojos del Borbon este pecado original. Les sacó de la nada para modelarlos, así como Tanucci, á todos sus deseos y voluntad. El ministerio español, cuya alma eran Aranda y el marques de Grimaldi, no se encontraba en igualdad de pensamientos y deseos, sino en un solo punto, que era el de desembarazarse de los Jesuitas, siguiendo el ejemplo de Francia y Portugal. El confesor del monarca entraba en la liga, acompañado de la mayor aversion hácia el instituto, que por cierto no le inspiró su convento. Para minar la Compañía en Madrid, se ensayó primero turbarla en su ministerio, y desde el año 1716 se dió principio á la ejecucion del plan.

D. Nicolás de Azara, á quien los anales del siglo diez y ocho han hecho tan célebre bajo el nombre de caballero de Azara, y cuya amabilidad de carácter le puso en contacto con todos los hombres ilustres de su época, desde Voltaire hasta Napoleon, fué enviado á Roma en calidad de encargado de negocios por parte del ministerio y del confesor. Se le puso en contacto con los enemigos de la Compañía, y llegó á ser su agente ostensible, en términos que solo á él iban dirigidas las instrucciones mas delicadas. El conde de Aranda, que se creia demasiado elevado para encargarse por sí de las comunicaciones, autorizó á Roda para seguirlas con Azara y Azpuru, ministro de España cerca de la Santa Sede. En su correspondencia inédita, tan fecunda en revelaciones de todo género, es en donde, á manos llenas, hemos encontrado materiales curiosísimos y hasta el dia completamente ignorados.

Desde el 27 de Enero de 1767 comenzaron los anuncios de la tempestad que iba á descargar contra los Jesuitas. "La situacion del gobierno actual, así habla Roda en uno de sus despachos á Azara, es muy diferente de la del año anterior. Los Jesuitas tan solo y su tercera Orden, son los que están poco satisfechos. Murmuran mucho sobre las máscaras, y á buen seguro que los reverendos padres de Roma, sin exceptuar el P. Ric-

ci, no están de igual parecer, lo mismo que sobre los teatros. Lo que aquí es pecado, es virtud en Roma. La negociacion del breve que me habeis dirigido respecto á los Jesuitas de las Indias, se sigue con actividad en el consejo. Los fiscales se hacen los remolones en hacer comparecer ante ellos á los padres procuradores del colegio imperial, para pedirles ciertas esplicaciones de las que podrian resultar novedades que ignoramos. No dejeis de dar una copia de aquellas al padre general de los Agustinos, para que no tarde en dar otra encíclica, pues de otro modo llegaria ántes la del P. Ricci, que esperan los Jesuitas para publicarla aquí, de lo que estoy muy seguro."

El 24 de Febrero Roda dice en otra comunicacion: "En el consejo de Indias se sigue el negocio que habeis emprendido del breve de los Jesuitas. Grimaldi nada me ha dicho; pero yo he hablado mucho sobre eso con el padre confesor, y lo que me habeis escrito, me será muy útil. Espero llegará un dia en que se pueda quitar la máscara é esta clase de gentes."

Roda, que ni era un juez ni un ministro, era enemigo declarado de los Jesuitas. *Esta clase de gentes*, como él dice, fué la que le sacó al mundo, y no se acuerda de ella sino para perseguirla, y escribir el primero de Marzo de 1768: "Se dice por algunos, que yo aborrezco á los Jesuitas: dejarles que digan; qué importa, yo los aborrezco, y cuantos estamos en los diferentes ministerios, debemos hacer lo mismo. ¡Qué dia de gloria será para la España aquel en que diga que tuvo unos ministros dotados de valor suficiente para realizar su expulsion."

En 1768 se permite Roda gozarse en su victoria sin combate, por el triunfo de su odio sobre la justicia que le elevaba hasta el capitolio. Si este mismo hombre, que dejó á su muerte la España tan rica y tan respetada, saliese en 1847 de su tumba, y la viese indiferente, borrada casi del número de las naciones, hecha el juguete de los partidos, y no haciéndose visible entre los pueblos sino por la discordia de sus ciudadanos, y otras causas mas graves que por respeto callamos, quién sabe si aun se gloriaria Roda de haber preparado la ejecucion de este primer crímen que tantos otros ha producido.

Pero cuando el gabinete de Madrid meditaba la ruina de los Jesuitas, estaba muy léjos de pensar que las faltas de los abuelos siempre son expiadas por sus descendientes. Las esperanzas de Aranda, que hacian sonreir á los malvados, á los crédulos, á los utopistas y á los aventureros, no tardaron en realizarse. El rey era favorable á los Jesuitas; se comenzó por hacerle indiferente, y despues llegó un dia en que la trama urdida desde mucho tiempo le envolvió en sus redes. Los amigos de Choiseul y los filósofos no habian querido que se les acusase de embrutecimiento intelectual; tan solo habian dicho que para sacudir el yugo sacerdotal era preciso comenzar por aniquilar á los Jesuitas. Aranda y el duque de Alba, para mostrarse dignos discípulos de semejantes maestros, sorprendieron la confianza de Cárlos III, y le hicierou olvidar que la muerte de las creencias está muy cercana á la caida de los imperios. Abusaron de su respeto para con la memoria de su madre, y calumniaron el nacimiento del rey para hacerle implacable.

La historia no puede aquí apoyarse sino en probabilidades. Los fautores de la destruccion de la Orden de Jesus y los partidarios de esta misma Orden, acordes en los resultados, difieren tan solamente en las causas. Unos pretenden que el *motin de Esquilache* abrió los ojos al rey y le infundió sospechas de lo que podria llegar á ser esta Sociedad de sacerdotes, aspirante al destronamiento de su mismo protector, ó al ménos á la dominacion de las colonias españolas. Otros afirman que Aranda no fué mas que el agente é instrumento de un complot organizado en Paris. Este complot, dicen, tuvo por base el orgullo de un hijo que no quiso tener que avergonzarse de su madre. En esta incertidumbre y á falta de documentos positivos en que se encuentra el escritor, nosotros apelamos para formular nuestro juicio, al dicho de los enemigos natos del instituto. Y puesto que los historiadores católicos de ámbos lados, sin pruebas decisivas, se hallan en completo desacuerdo, invocarémos el testimonio de los protestantes. Hé aquí lo que dice el Anglicano Coxe (1):

"Desde entónces (habla del 1764) el ministerio frances se propuso generalizar la caida de los Jesuitas en otros paises, ocupándose sobre todo en su completa expulsion del territorio español. Choiseul no perdonó á este efecto medio ni intriga de cualquier género, para difundir la alarma sobre los principios y carácter de un Orden al que atribuia cuantas faltas podian acarrear su desgracia. No hizo el menor escrúpulo de que circulasen cartas apócrifas á nombre del general de la Compañía (2) y de otros superiores, y de ex-

---

(1) *L' Espagne sous les Rois de la Maison de Bourbon*, t. V, p. 4.

(2) Los apologistas del duque de Choiseul, el conde de Saint Priest, entre otros, han conocido la necesidad de desmentir los asertos del escritor ingles, al ménos, desinteresado en la cuestion. Su única razon para creer que Choiseul no tomó parte en esta intriga, es el no descubrirse rastro alguno de ella, en la correspondencia oficial ó privada del ministro con el marqués d' Ossun, su pariente, embajador de Francia en Madrid. Esta razon nos parece poco concluyente, porque en el tomo V, pág. 430 de *l' Histoire de la diplomatie* por Flassan, leemos sobre negociaciones relativas á los Jesuitas, lo siguiente:

"El tiempo, dice, aun no ha descubierto el misterio de estas negociaciones, y quizá no le descubrirá jamas, porque muchos de los pasos que se dieron fueron confiados á agentes secundarios, ó realizados por medios indirectos; y así en este asunto, el duque de Choiseul se comunicó con el embajador del

tender las calumnias mas odiosas contra algunos individuos de la Sociedad." Coxe va aun mas léjos, y añade (1): "Se hacian correr voces relativas á sus supuestos complots y conspiraciones contra el gobierno español, y para hacer la acusacion mas verosímil, se forjó una carta que se decia escrita en Roma por el general de la Orden y dirigida al provincial de España. En esta carta se ordenaba que promoviese insurrecciones, y se arregló de manera que fuese interceptada. Se hablaba de las inmensas riquezas y propiedades de la Orden, cebo que se ponia á la vista para obtener su abolicion. Los mismos Jesuitas perdian mucha parte de su influencia en el espíritu de Cárlos, oponiéndose á la canonizacion del V. Palafox, que aquel con tanto ardor deseaba. Pero la causa principal que ocasionó su expulsion, fué el buen éxito de los medios empleados para hacer creer al rey que el motin que acababa de verificarse en Madrid habia sido excitado por las intrigas de la Compañía, que aun seguia formando nuevas maquinaciones contra su propia persona y familia. Dominado Cárlos III por esta opinion, de protector celoso, se convirtió en implacable enemigo, y se apresuró á seguir el ejemplo del gobierno frances, arrojando de sus estados á una Sociedad que le parecia tan peligrosa."

Leopoldo Kanke adopta igualmente la idea de Coxe. "Se hizo creer á Cárlos III de España, dice (2), que los Jesuitas habian concebido el plan de colocar sobre el trono, en su lugar, á su hermano el infante D. Luis. "Cárlios III, dice (3), conservaba el mas profundo resentimiento de la insurreccion de Madrid; la creyó obra de alguna intriga extrangera; pero se le pudo persuadir que fué efecto del manejo de los Jesuitas, y este fué el principio de su ruina en

---

rey en Madrid, sino con el abate Beliardy, cónsul frances en la corte de España."

Lo que dice Flassan respecto á España en *l' Histoire de la diplomatie*, podemos aplicarlo á todos los demas paises. El siglo XVIII fué incontestablemente la era de los agentes secretos; los príncipes y sus ministros desconfiaban unos de otros, conociendo la necesidad de engañarse mutuamente. Esto es lo que explica la escasez de medios y de hechos que se nota en las correspondencias diplomáticas: todo se trataba sin contar con los embajadores, y todos saben el papel que Dumourier y el abate de Broglie representaron en beneficio de Luis XV. Beliardy era el hombre de Choiseul, y el caballero de Azara comenzó su carrera por ser el agente secreto del conde de Aranda. No faltaban ademas en todas las cortes personas del primer rango, en su clase, ó de demasiada elevacion en las ideas, para acomodarlos á este espionaje de escándalos íntimos y á estas tentativas de corrupcion subalterna, que han perdido á la Europa monárquica, Los d' Aubeterre, los Bernis, los Roda y los Aspuru, eran escasos, y se les suplia con otros hombres activos, cuyo carácter ambiguo se podia negar á cualquiera hora, y recompensar sus servicios á peso de oro.

(1) *L' Espagne sous les Rois de la Maison de Bourbon*, t. V, p. 9.
(2) *Histoire de la Papaute*, tom. 4, p. 494.
(3) *Histoire des Francais*, tom. 29, p. 370.

España. Conspiraciones supuestas, acusaciones calumniosas y cartas apócrifas, destinadas á ser interceptadas, y que lo fueron en efecto, acabaron por decidir al monarca.

Otro protestante, Schœl, corrobora esta unanimidad, que á los ojos de los lectores, aun de los parciales, es un singular testimonio en favor de los padres: "Despues del 1764, refiere el diplomático prusiano [1], el duque de Choiseul habia expulsado á los Jesuitas de Francia, y siguió persiguiendo á la Orden hasta en España. Empleó todos los medios á fin de convertirla en objeto de terror para con el rey, y lo consiguió, valiéndose de una calumnia atroz. Se asegura que hizo se pusiese en manos del soberano una supuesta carta del P. Ricci, general de los Jesuitas, de cùya falsedad se acusa al duque de Choiseul, por la cual el general anunciaba á su corresponsal que habia al fin conseguido reunir los documentos que probaban de una manera incontestable, que Cárlos III era hijo de un adulterio. Fué tal la impresion que hizo al rey tan absurda invencion, que se dejó arrancar la órden de expulsar á los Jesuitas.

El historiador anglicano Adam añade [2]: "Se puede muy bien, sin herir susceptibilidades, poner en duda los crímenes y malas intenciones atribuidas á la Compañía, y es mas natural creer que un partido enemigo, no solamente de su establecimiento como cuerpo, sino de la religion cristiana en general, suscitó una ruina, á la que se prestaron los gobiernos de tanta mejor gana, cuanto que les resultó de ella un interes positivo; el de sus riquezas."

El texto de los escritores protestantes es idéntico: nosotros ni lo desechamos ni lo aceptamos; tan solo lo copiamos en toda su integridad. Explica naturalmente, lo que sin él seria inexplicable [3],

---

(1) *Cours d'histoire des Etats europens*, tom. 39, p. 164.
(2) *Histoire de Espagne*, tom. 4. pág. 271.

[3] En una obra que se publicó en 1800 con el título de: *Du retablissement des Jesuites, et de l' èducation publique* [Emmerick, Lambert Romen], se encuentra un hecho curioso en apoyo de lo que dicen los protestantes. Este hecho es conocido de cuantos han estado en Roma, es una tradicion de católicos, pero confirma plenamente los dichos de Schœl, de Ranke, de Coxe, de Adam y de Sismondi.

"Debe añadirse aquí, dice el texto que citamos, una particularidad interesante á la historia de los medios empleados para perder á la Compañía de Jesus, toda entera, para con el rey Cárlos III. Ademas de la supuesta carta del P. Ricci, hubo tambien otros documentos supuestos, y entre estas piezas inventadas, una carta cuya letra estaba perfectamente imitada de la de un Jesuita italiano, que contenia atroces invectivas contra el gobierno español. A las instancias que hizo Clemente XIII para hacerse con algunos datos de conviccion que pudiesen ilustrarle, se le contestó mandándole esa carta. Entre los que fueron encargados de examinarla, se encontraba Pio VI, simple prelado á aquella sason. Al echarla la vista encima, conoció al punto que el papel era de fábrica española, y le pareció muy extraordinario que para escribir desde Roma se echase mano de papel de España. Reparándola mas de cerca y á buena luz, descubrió, no solo que el papel tenia la marca y sello de una fábrica española,

porque un hombre del temple de Cárlos III no modificó en un solo dia las opiniones de toda su vida. Siendo como era, cristiano fervoroso, no se estrelló contra un instituto, que, difundido en todas las provincias de su vasto imperio, habia conquistado con la sola cruz mas pueblos á la monarquía española, que Colon, Cortes y Pizarro con las armas; y para decidirle á semejante acto de severidad inaudita, fueron precisos motivos extraordinarios. El mas plausible, el único que podia excitar su cólera, era el de echar sobre su real escudo la mancha de la bastardía. Se habia estudiado á fondo su carácter; se le creia incapaz de ceder á sugestiones filosóficas, y se le hirió en su única parte vulnerable. En la imposibilidad de evocar revelaciones de otros hechos que nos ofrezcan alguna verosimilitud, nos vemos precisados á adherirnos al que nos refieren los escritores protestantes, el cual se halla confirmado por testimonios coetáneos y por los documentos de la Compañía de Jesus.

Herido el rey en lo mas vivo de su orgullo y de su piedad filial, y rodeado de los que le habian proporcionado la lectura de las cartas falsamente atribuidas á Ricci, no pidió mas consejo que el que le proporcionase la venganza. Sumiso al soberano pontífice, como hijo respetuoso de la Iglesia, no pensó en recurrir á la sabiduría y prudencia del padre comun de los fieles. Se creyó ultrajado, y quiso castigar la injuria, sepultándola al propio tiempo en lo mas profundo de su corazon.

Se estableció desde luego el mas tenebroso espionage para seguir en todos sus pasos á los Jesuitas y para alentar las delaciones. Se tomaron medidas que solamente la discrecion española era capaz de ocultar con las sombras del misterio. Se averiguó la vida pública y privada de cada miembro de la Sociedad, valiéndose de espías asalariados por Aranda. De todos sus dichos se formó un cúmulo de acusaciones ridículas é incoherentes, y el negocio se llevó al consejo de estado reunido en sesion extraordinaria. El 29 de Enero de 1767, el fiscal de ese cuerpo respetable, D. Ruyz Campomanes, leyó un dictámen contrario á la Compañía, como refiere el protestante Juan de Muller [1]. "Hizo un crímen á sus individuos de su humildad exterior, de las limosnas que repartian, de los cuidados y consuelos que prestaban en todas partes á los enfermos y prisioneros, y les acusó por último de que se valian de estos medios para seducir al pueblo y hacerle servir á sus intereses." La sentencia del supremo consejo principia así:

---

sino el año en que se habia fabricado, el cual era dos años posterior á la fecha de la carta, de lo que se seguia que esta carta habia sido escrita en este papel dos años ántes que se fabricase. La impostura y la falsificacion no podia estar mas clara; pero ya se habia dado el golpe en España, y Cárlos III no era hombre que reconocia y reparaba un yerro.

[1] *Histoire universelle*, par Jean de Muller, t. IV.

"Supuesto todo lo que se ha dicho, el consejo extraordinario pasa á exponer su parecer sobre la ejecucion de la expatriacion de los Jesuitas, y sobre las demas medidas, consecuencias de aquella, á fin de que obtenga en su tiempo y lugar un entero y pleno cumplimiento."

Si esta primera consideracion tiene algo de extraño, las demás que siguen no lo parecen ménos. No se toca en lo mas mínimo á punto alguno del instituto ni se acrimina la disciplina, usos y costumbres de la Sociedad; tan solo se dice "que igualmente será muy oportuno hacer entender á los prelados, ayuntamientos y demas asambleas y corporaciones políticas del reino, que su magestad se reserva para sí el conocimiento de los grandes motivos que han movido su real ánimo á adoptar esta justa medida administrativa, usando de la autoridad tutelar que le pertenece." Se lee tambien: "Su magestad impone ademas á sus súbditos el mas absoluto silencio sobre este asunto, á fin de que ninguna persona escriba, publique ni extienda obras relativas á la expulsion de los Jesuitas, sea en pro ó en contra, sin permiso especial del gobierno; quedando declarados incompetentes para conocer de esta materia, tanto el comisario encargado de la vigilancia de la prensa como sus subdelegados, porque todo lo que á esto se refiera debe ser privativo de la autoridad inmediata del presidente y ministros del supremo consejo."

Aun concediendo la parte y prestigio de terror que esta conspiracion del silencio ejerció sobre el carácter español, es preciso convenir que semejante fallo, cuyas causas fueron un misterio sellado para la Iglesia, el episcopado, la magistratura y el pueblo, adolecia al ménos del vicio de nulidad. Despues de doscientos y veinte años, los Jesuitas vivian y predicaban en España, eran colmados de beneficios por los monarcas, cuyos dominios extendian. El clero y las masas aceptaban con gusto su intervencion, y á pesar de todo esto, la Orden repentinamente se veia declarada culpable de un crímen de lesa-magestad y de un atentado público que ninguna persona podia designar. La sentencia marcaba la pena sin enunciar el delito. En el roce de la vida social, la asercion que oculta la prueba, afirma al ménos el hecho; pero aquí, prueba y hecho todo se sepultó en la oscuridad, y todo traspasó los postreros límites de la credulidad humana. Las suposiciones que deciden al consejo supremo, no solo no están justificadas, sino que ni aun se hace mencion de ellas. El embajador que debe comunicar esta sentencia al papa "tiene órden expresa de negarse á toda explicacion, limitándose únicamente á entregar en sus manos el decreto real." De lo que resultará que el pontífice supremo, el que ata y desata sobre la tierra, estará tan ignorante, como los Jesuitas, como la España, como el mundo entero, de los motivos del destierro. En Portugal causó el mayor escándalo la publicacion de estas causas; en Francia motivaron largas discusiones, y en Es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

paña son condenadas al secreto de la tumba. Todo cuanto el gobierno de Fernando VII confesó despues, se redujo á que "la Compañía de Jesus fué arrojada para siempre de la península, en virtud de una medida arrancada por sorpresa y por la mas odiosa intriga, á su magnánimo y piadoso abuelo el rey Cárlos III (1)."

Un crímen contra las personas, ó contra la seguridad del Estado, siempre deja tras sí huellas y señales que le dén á conocer; informaciones, testigos, exhortos, declaraciones y demas fórmulas judiciales; nada de esto se verificó en este caso, y en la imposibilidad de explicar la sentencia del consejo, aunque no se quiera, no hay mas remedio que acudir á la version de los protestantes.

Aranda no admitió para sus secretos confidenciales mas que á Don Manuel de Roda, Moñino, Campomanes y Osma: todos éstos trabajaban y se entendian entre sí con tanto misterio, que para sus amanuenses y copistas echaban mano de sus pajes mas jóvenes, y de otras personas por el estilo, incapaces de comprender el sentido y tendencias de lo que se les hacia escribir (2). Iguales precauciones se emplearon para arreglar la ejecucion del golpe trágico. En el mismo gabinete del rey se extendieron las minutas de las órdenes dirigidas á todas las autoridades españolas de ámbos mundos. Estas disposiciones, firmadas por el rey Cárlos III y por Aranda, estaban cerradas bajo tres sobres y otros tantos sellos. En la segunda cubierta se leia: "Bajo pena de muerte, no abrireis este paquete hasta el 2 de Abril de 1767, al anochecer."

La órden del rey estaba concebida en estos términos: "Os revisto de toda mi autoridad y de todo mi poder real, para que en el instante, ayudados de fuerza armada, os trasladeis á la casa de los Jesuitas. Os apoderareis de todos los religiosos, y en calidad de prisioneros los hareis conducir al puerto que se os indica, en el improrogable término de veinte y cuatro horas, donde serán embarcados en los buques dispuestos al efecto. En el momento mismo de la ejecucion sellareis los archivos de la casa y papeles particulares de sus individuos, sin permitir á ninguno de éstos que lleve consigo mas que sus breviarios, y la ropa blanca absolutamente precisa para la travesia. Si despues del embarque existiese ó quedase aun en esa ciudad un solo Jesuita, aunque sea enfermo ó moribundo, respondereis con vuestra cabeza. "Yo el Rey."

Pombal y Choiseul trataron al menos de dar una apariencia jurídica á sus medidas. Aranda llevó hasta el punto increible la arbi-

(1) *Exposicion y dictámen del fiscal del consejo y cámara Don Francisco Gutierrez de la Huerta, en el expediente consultivo sobre si convendrá ó no permitir que se restablezca la Compañía de Jesus en estos reinos, y en su caso, bajo qué reglas y calidades deberá verificarse.*

(2) *Souvenirs et Portraits du duc de Lévis*, p. 163.

trariedad. Los navíos se hallaban anclados en los puertos de España y América, y ya se habian puesto en movimiento tropas para que la fuerza sostuviese á la tiranía, cuando el 2 de Abril á la caida de la tarde, se ejecutó una misma órden, y en una misma hora, en todas las posesiones españolas. Aranda temió la indiscrecion de Choiseul, su cómplice, y no le comunicó su plan sino despues de realizado.

El 2 de Abril, en el momento en que la Compañía de Jesus caia herida por el rayo, el rey católico hizo publicar una pragmática-sancion destinada á justificar este acto de expatriacion general. La pragmática está tan reservada como el dictámen del consejo de Castilla. No da la menor luz sobre la extension y naturaleza de los crímenes impuestos á los Jesuitas, leyéndose solamente: 1.° Que el príncipe, determinado por motivos de la mas alta importancia, tales como la obligacion que tiene de conservar la subordinacion, la paz y la justicia entre sus pueblos, y por otras razones igualmente justas y necesarias, ha juzgado á propósito decretar que todos los religiosos de la Compañía de Jesus salgan de sus estados, y que sus bienes sean confiscados. 2.° Que los motivos justos y graves que le han obligado á dar esta órden, quedarán para siempre ocultos en el fondo de su corazon real. 3.° Que las otras congregaciones religiosas han merecido su estimacion, por su fidelidad, por sus doctrinas, y finalmente, por el cuidado que tienen de abstenerse en negocios del gobierno.

Este elogio dirigido á las demas corporaciones religiosas era una acusacion indirecta arrojada contra los hijos de San Ignacio. Insinúa el crímen que quiere castigar; pero este crímen, sea de la naturaleza que se quiera, nunca hay motivo para que quede encerrado en el pensamiento real; ántes por el contrario, habia una precision de denunciarle con todas sus circunstancias, y probarle á la España entera, al papa y á los soberanos extrangeros, á fin de no dejar la menor duda ni sospecha sobre la justicia de la pragmática, pues una simple enunciacion no es bastante para legitimar una proscripcion realizada en escala tan superior.

El decreto real era inexorable, y las autoridades civiles y militares tuvieron que atenerse á su material contexto, sin comprenderle. ¡Cuántos sufrimientos crueles, cuántos amargos pesares, y qué de indecibles ultrajes no padeció la humanidad en aquella hora fatal! A seis mil jesuitas esparcidos en España y en el Nuevo-Mundo se les conducia en galeotas á su destino, se les insultaba, se les escarnecia, se les hacinaba sobre el puente de los barcos, se les entregaba á la apostasia ó á la miseria, se les sorprendia en sus casas, se les despojaba de sus bienes, de sus obras, de sus correspondencias, y se les arrancaba, por último, de sus colegios ó de sus misiones. Jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, todos debian sufrir un ostra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cismo, cuyo secreto orígen á nadie se le alcanzaba. Marchaban hácia un destierro ignorado, entre amenazas y afrentas; ni una sola de las víctimas exhaló la menor queja, y ni en el mas pequeño de sus papeles y correspondencia mas íntima se vió una línea siquiera, que hiciese sospechar la menor imputacion, la menor trama!

Mas, no es solo este resultado lo que el ministerio español tiene deseos de participar á Roma. Era preciso dominar á la Santa Sede aterrorizándola de antemano, para amortiguar de esa manera la fuerza de sus reclamaciones. En un estilo en el que la energía del pensamiento va unida á la ligereza de la expresion, Roda dicta á Azara lo que debe decir y hacer, escribiéndole, fecha 7 de Abril, en estos términos:

"Del miércoles al viérnes ha quedado ejecutada la operacion cesárea en toda España. El 6 de Marzo se han expedido iguales órdenes para todas las Indias. En su consecuencia, harémos á Roma un presente de medio millon de Jesuitas, pagándole su viaje y su subsistencia, interin vivan. Adjunta remito á V. la nota de los puntos donde han sido expulsados, segun el aviso, que ha sido recibido pacíficamente y con satisfaccion de los pueblos. Todavía no tenemos noticia del resultado de otras partes mas lejanas.

En las primeras líneas de este despacho, Roda se apoya en la alegría de los pueblos que se felicitaron de verse libres de los Jesuitas: unos cuantos renglones mas abajo el ministro español se desmiente á sí mismo; pero esta contradiccion no le detiene:

"No puede formarse idea, continúa, de la severidad con que se ha juzgado esta medida, tanto en Madrid como en todos los demas pueblos. Antes causaba una revolucion la sola vista de un sombrero de Jesuita; hoy se les echa de ménos. Sin embargo, estos ilustrísimos han perdido mucho terreno en Europa y en las Indias. Estamos en medio de dos reinos de donde han sido arrojados, y en el punto céntrico de sus intrigas. El rey no quiere dar explicaciones sobré este negocio; pero si se nos provoca, será indispensable darlas, y Torregiani, que ha representado un gran papel en las secretas pesquisas hechas por el consejo, verá cómo sale del apuro. Tengo lástima al pobre Azpuru, que debe comunicar la noticia al papa, y defender el asunto delante de Torregiani. Yo estoy loco de alegría, tanto mas, cuanto que tenemos armas seguras para nuestra defensa. Este fatal pontificado, que se empeña en proteger á los Jesuitas, concluirá por romper con todos los gobiernos, y perdiéndose á sí mismo, acabar con la religion, con la doctrina y con las buenas costumbres."

El 14 de Abril de 1767 el ministro español vuelve á reproducir la idea de la operacion cesárea, y las amenazas que prepara para llevar adelante la calumnia.

"Por fin, dice en carta de este dia á D. Nicolas de Azara, la operacion cesárea se ha terminado en todos los colegios y casas de la Compañía de Jesus, en España. Segun las comunicaciones que nos acaban de llegar, ya están caminando todos hácia los diferentes puertos donde han de ser embarcados. Allá os mandamos esa buena mercancía. No ha habido resistencia ni motin en ninguna parte, y se conoce que los terceros no son tantos como se creia. Los ricos, las mugeres y los tontos estaban apasionados de esta clase de gentes, y no cesan de importunarnos con su afecto hácia ellos, hijo de su necedad. Quedaréis admirado cuando veais el número de Jesuitas que habia en España.

"Estos señores se habian apoderado de los tribunales, de las administraciones, de los conventos de ambos sexos, de las casas de los grandes y de los ministros, de suerte que todo lo dominaban. Corrompian la justicia y eran los dueños de España. Los papeles que se encontrarán en sus archivos y bibliotecas, en los graneros, en las cuevas y en otras mil partes, suministrarán materia abundantísima para que se descubra algo mas que lo sabido hasta el dia."

Vemos presentada la acusacion con todas sus formas, y al parecer, en boca del gobierno español no se aguarda mas que una provocacion para anonadar á la Santa Sede y á la Compañía de Jesus con los documentos que se encontrarán en los archivos. Este sistema de alarde y de intimidacion se prolonga. El 28 de Abril, Roda escribe desde Aranjuez á su corresponsal ordinario:

"Cuanto en la actualidad pueda decir y alegar Roma para impedir la salida de los Jesuitas, lo que es al presente, es inútil y extemporáneo. Es probable que si la corte de Roma llegase á triunfar, se armaria un escándalo, porque no faltan materiales para confundirlos y desacreditarlos en toda Europa. En Paris y en Lisboa se ha aplaudido, hasta lo sumo, la expulsion de los Jesuitas. En cuanto á Roma, se asegura que los ingleses son los únicos que no se han mostrado favorables á la medida. Mirad qué apoyo para Roma, que tiene la bajeza de aceptar los favores de Lóndres y de los protestantes!"

A todos los Jesuitas españoles les cogió de improviso la expulsion. Cuando ménos lo pensaban, se les arrancó de sus casas, sin darles tiempo para poner en algun órden sus papeles. El destierro les aguardaba, y á él se dirigian contentos. Contábanse entre éstos personas de gran talento y de ilustre cuna: José y Nicolás Pignatelli, sobrinos segundos de Inocencio XII y hermanos del conde de Fuentes, embajador de España en Paris, entraban en el número. Aranda, que temia malquistarse con las primeras casas del reino, propuso á muchos padres, que si gustaban, podrian retirarse al seno de sus familias, donde estarian libres y se les guardarian todas las consideraciones debidas á su clase. A ejemplo de los Pignatelli, ni uno siquiera aceptó este compromiso, que iba unido á la apostasía. El P. José se hallaba enfermo; se le suplica, se le apremia á que no

se embarque. Las instancias siguen hasta llegar á Tarragona, y su respuesta siempre es la misma: "Mi resulocion es inalterable; poco importa que mi cuerpo sea pasto de los peces ó de los gusanos; lo que deseo antes que todo es, morir en compañía de los Jesuitas mis hermanos." El 4 de Agosto de 1767, Roda, el compañero de Aranda en el ministerio, hace mencion de este mismo valor, que no se desmintió jamas. Dice así, en carta de esta fecha, al caballero de Azara: "Los Pignatelli se han negado completamente, y de una manera absoluta, á dejar la sotana de la Compañía; quieren vivir y morir con sus hermanos."

Estos hermanos se encontraban esparcidos en medio de todos los continentes. En la América Meridional disfrutaban de una autoridad ilimitada sobre el espíritu de esos pueblos. Les era muy posible sublevar en su favor los neófitos del Paraguay, y ya se habia acusado á los padres de aspirar á constituir estas reducciones independientes de la corona y bajo el gobierno de la Compañía. La fábula del emperador Nicolas I hubiera podido realizarse fácilmente, porque los neófitos, al proscribirles sus apóstoles, no hablaban de otra cosa sino de su separacion de la metrópoli. Una sola palabra que pronunciasen los Jesuitas, hubiera bastado para cimentar una gran revolucion. Pero esta palabra no salió de sus labios, ni se le ocurrió á ningun misionero arrojarla en medio de la multitud desconsolada, como bandera de emancipacion ó de venganza. Los padres preveian la ruina de su monumento de civilizacion que habian alzado; tenian la fuerza en su mano, y sin embargo, se sometieron, sin excepcion, sin resistencia, sin réplica á la autoridad que les hablaba en nombre de su rey. En todas partes fué igual la obediencia, y en su postrer despedida á esos pueblos, á quienes habian hecho hombres y cristianos, los Jesuitas no se expresaron sino con palabras de fe y de paciencia. Ningun escritor, en semejante expontaneidad, ha podido recoger alguna señal de resistencia, ó emision de algun pensamiento culpable. Los unos se callan al tocar esta gloriosa y funesta abnegacion, miéntras que otros la hacen constar. El viajero Pages, que se hallaba á aquella sazon en Filipinas, no ha encontrado quien le contradiga cuando dice (1): "No puedo terminar este justo elogio de los Jesuitas, sin hacer notar, que en la posicion en que se veian los indígenas, y atendido el gran amor que tenian á sus pastores, con muy poca citacion de su parte se hubiera podido dar ocasion á desórdenes que llevan consigo la violencia y la insurreccion, y yo mismo les he visto obedecer el decreto de su expulsion con toda la deferencia que se merece la autoridad civil, y al mismo tiempo, con toda la calma y firmeza de almas verdaderamente heróicas.

(1) *Voyage de Pages, t, II. p.* 190.

Sismondi no está menos explícito: he aquí los términos con que habla de los Jesuitas, arrancados de sus trabajos trasatlánticos (1): "En México, en el Perú, en Chile, y por último, en Filipinas, fueron igualmente sorprendidos en sus colegios, en un mismo dia y hora, ocupados sus papeles, y arrestadas y embarcadas luego las personas. Se temia su resistencia en las misiones, donde eran casi adorados por los nuevos convertidos; pero al contrario, mostraron la mayor resignacion y humildad, unidas á una calma y firmeza que rayaban en heroismo."

La probidad de Cárlos III estaba tan acreditada como sus talentos. Clemente XIII amaba á este príncipe: el 16 de Abril de 1767 le escribió el pontífice para suplicarle, en nombre de la religion y del honor, que depositase en su seno paternal las causas de semejante proscripcion. El papa se expresaba en estos términos llenos de dolor: "De cuantos golpes hemos sufrido durante los malaventurados nueve años de nuestro pontificado, el mas sensible para nuestro corazon paternal ha sido el que vuestra magestad nos acaba de anunciar. ¿Conque vos tambien, hijo mio, *tu quoque, fili mi;* vos, el rey católico, Cárlos III, á quien queremos con todo nuestro corazon, habeis llenado el cáliz de nuestros sufrimientos, y sumido nuestra vejez en un torrente de lágrimas, que nos precipitará á la tumba? ¿El piadoso rey de España se asocia á los que prestan su brazo; ese brazo, que Dios les ha dado para protejer su servicio, la honra de su Iglesia y la salvacion de las almas; á los que prestan su brazo, repito, á los enemigos de Dios y de la Iglesia; á los que piensan en destruir una institucion tan útil y tan afecta á la misma Iglesia, que debe su orígen y su lustre á esos santos héroes, que Dios eligió en la nacion española para la extension de su gloria por toda la redondez de la tierra? ¿Por ventura, Señor, ha conspirado algun individuo de esta Orden contra vuestro gobierno? Pero en ese caso, ¿por qué no castigais al culpable, sin hacer extensiva la pena á los inocentes? Ponemos á Dios y los hombres por testigos de que la corporacion, el instituto y el espíritu de la Sociedad de Jesus son inocentes; y no solamente es inocente esta Sociedad, sino que es piadosa, es útil y santa en su objeto, en sus leyes, y sus máximas."

Clemente XIII se comprometia á ratificar todas las medidas tomadas contra los Jesuitas, y á castigar severamente á los individuos que hubiesen faltado á sus deberes de sacerdotes y de súbditos fieles. El rey le contestó: "Para excusar al mundo un grande escándalo, por siempre guardaré oculto en mi corazon la abomi-

(1) *Histoire des Francais, t. XXIX. p.* 372; *l' Annual Register*, t. X, année 1767, cap. V, pág. 27, et le *Mecure historique* de Décembre 1767, pág. 354, confirman estos hechos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nable trama que ha motivado estos rigores. Su santidad debe creerme sobre mi palabra; la seguridad y el reposo de mi existencia exigen de mi el mas absoluto silencio sobre este asunto."

Al ver una obstinacion semejante, que se atrincheraba en palabras desnudas de toda prueba, creyó Clemente XIII que su cargo de pastor supremo le imponia el deber de intervenir en un proceso terminado por la fuerza brutal, y mucho mas cuando este no se habia instruido siquiera. La cólera de los reyes y de sus ministros les habia servido mal, é inspirado peor, y así el papa se contentó con apelar á la dignidad de la razon humana. En un breve dirigido á Cárlos III le dice: "Que los actos del rey contra los Jesuitas ponen evidentemente su salvacion en peligro. El cuerpo, y el espíritu de la Sociedad son inocentes, añade, y aun cuando algunos de estos religiosos se hubiesen hecho culpables, no era justo tratarles con tanta severidad sin aparecer ántes acusados y convictos."

Nicolas de Azara no hizo misterio alguno, en Roma, de los documentos palpables que su gobierno le anunciaba. Afirmaba sin rebozo, que si la Santa Sede ó el cardenal Torregiani provocaban al ministerio, Aranda y sus colegas estaban dispuestos á dar, sobre la expulsion de los Jesuitas, cuantas explicaciones fuesen necesarias. Roda se constituyó portador oficial de esta especie de desafio, y Roma le acepta. Torregiani, secretario de Estado, declara á Tomas Azpuru y á Azara, en presencia del cuerpo diplomático, que aguarda con impaciencia que el gabinete de Madrid manifieste á la luz pública los documentos con que arguyen, y cuantos actos ó escritos haya descubierto, sea en contra del papa, ó en contra suya, ó de los Jesuitas. Azpuru y Azara piden instrucciones á la corte, y el gobierno español guarda silencio. Torregiani insiste; Clemente XIII se queja amargamente de este ultraje gratuito; las respuestas son nuevas amenazas, sin presenciar jamas un hecho. Hoy dia que todos los despachos del ministerio están en nuestro poder, aun nos es imposible encontrar uno tan solo que condene á los Jesuitas. A la posteridad toca, en vista de esto, decidir sopre semejantes alegaciones.

Cárlos III jamas se volvia atras de cualquiera resolucion que tomaba. Las lágrimas del papa no le hacian impresion alguna; solo creia en la fábula inventada por los enemigos de los Jesuitas, en esas cartas apócrifas que habian ulcerado su corazon. Nunca se resolvió á revelar, ni aun al soberano pontífice, la causa de su repentino odio contra la Sociedad de Jesus. Este secreto le llevó consigo á la tumba; pero ese mismo secreto se ha descubierto á pesar suyo.

Los Jesuitas expulsados en un mismo instante de todos los puntos del territorio español, no debian tener comunicacion con ningun

ser viviente hasta su llegada á Civita-Vecchia. El rey les declaraba sin patria; pero por un resto de humanidad, al apoderarse de sus bienes, asignó á cada uno de ellos una pension alimenticia, cien pesos anuales, pero no sin algunas restricciones. Los padres desterrados debian abstenerse de toda clase de apología de su Orden, de toda ofensa directa ó indicrecta al gobierno; y la falta de uno solo de los Jesuitas españoles (que una mano hostil ó extrangera podia cometer) llevaria consigo, para con todos los demas, la supresion inmediata de este recurso vitalicio (1). Se prohibia á todo español, bajo pena de alta traicion, hablar, escribir, ó reclamar contra estas medidas, y tener correspondencia con los Jesuitas. Se debia aceptar sin exámen tan extraña proscripcion, que era la señal fija de la ruina moral y material de la España, así como la de sus colonias. Hubo en el pueblo una sorda fermentacion; los grandes se indignaron; pero Aranda habia tomado ya sus precauciones. Calumniaba á sus víctimas, y llenaba de temor á los que se aprestaban á defenderlos. No faltaba mas á estos ministros, convertidos en odiosos déspotas, bajo el manto de una vana filantropía, que una legion de esclavos dispuestos á vivir de una sonrisa ó á perecer por un capricho real. Algunas voces se dejaron escuchar sin embargo, y Carlos III oyó á un obispo echarle en cara la iniquidad de su decreto. El 12 de Mayo Roda escribia á Azara: "La mayor parte de los obispos han decidido ofrecer su cooperacion al rey y al conde de Aranda. Solamente sabemos que el de Toledo y su vicario estén en contra, pues han escrito mil necedades á Roma. No extrañariamos que los de Cuenca, Coria, Ciudad-Rodrigo, Turuel, y algunos otros hiciesen otro tanto, pero hasta ahora lo ignoramos.

Cuando estuvieron á la vista de Civita-Vecchia los primeros barcos de transporte, que no debian hacer escala en parte alguna, has-

---

(1) El artículo de la pragmática-sancion, que se refiere á la pension alimenticia, está concebido en estos términos:

"Declaro, que en la ocupacion de temporalidades de la Compañía, se comprenden sus bienes y efectos, así muebles como raices, ó rentas eclesiásticas que legítimamente posean en el reino, sin perjuicio de sus cargas, mente de sus fundadores y alimentos vitalicios de los individuos, que serán de cien pesos durante su vida á los sacerdotes, y noventa á los legos, pagaderos de la masa de la Compañía.

"Declaro que si algun Jesuita saliere de los estados pontificios [adonde se remiten todos], ó diere justo motivo de resentimiento á la corte, con sus operaciones ó escritos, le cesará desde luego la pension que le va asignada. Y aunque no debo presumir que el cuerpo de la Compañía, faltando á las mas estrechas y superiores obligaciones, intente ó permita que alguno de sus individuos ó miembros escriba contra el respeto y sumision debida á mi resolucion, con título ó pretexto de apologías ó defensorios, dirigidos á perturbar la paz de mis reinos, ó por medio de emisarios secretos conspire al mismo fin, en tal caso, no esperado, cesará la pension á todos ellos. Nov. Recop. lib. 1, tit. 26, Ley III.

ta llegar á su destino, los desterrados que iban en ellos, cuyas marchas forzadas, privaciones y sufrimientos de todo género, habian casi agotado su valor, hicieron alto por fin. Se habia creido por muchos. que los novicios no querrian comenzar su carrera por una espatriacion, y que consentirian en volver á España. Se puso á prueba su fortaleza con los gratos recuerdos de la patria y de la familia, y hubo en varias ciudades, en Valladolid sobre todo, muchos casos en que se quiso, y no se pudo por mas esfuerzos que se emplearon, sorprender el candor de esta juventud, que se negaba á separarse de sus maestros. Las seducciones y las amenazas no produjeron efecto, y los novicios, santamente obstinados, siguieron á sus padres en el camino del tormento. Lo mismo que en Francia y Portugal, la Compañia de Jesus en España, no tuvo sino muy pocos apóstatas. Esta sed de destierro con la cual no habia contado Aranda, fué un embarazo para él. Los navios faltaban, y hubo precision de hacinar á los proscriptos de toda edad y condicion unos sobre otros, como si fueran negros, en los escasos buques dispuestos al efecto, para su transporte á Italia. Aranda lo habia combinado todo para el interior, pero su solicitud de proscripcion no pasaba de la frontera. Al llegar á la rada de Civita-Vecchia, su gobernador, que segun Sismondi [1], no estaba prevenido, ni quiso recibirlos, y estos desgraciados, amontonados en los barcos se vieron precisados por espacio de muchas semanas, á recorrer la costa bordeándola, para buscar un punto de desembarco. Muchos perecieron en la travesía.

Este suceso se ha desnaturalizado tan cruelmente, que nosotros para juzgarle, hemos acudido á las relaciones de los calvinistas. El protestante Sismondi, cuyas simpatías religiosas y politicas están muy distantes de la corte de Roma y del instituto de Loyola, no ha tenido la ocurrencia de hacer un crímen al papa y al general de los Jesuitas, de un incidente que explican muy bien las leyes sanitarias, la seguridad de los Estados y las exigencias del honor y la delicadeza, recibidas en la diplomacia. Un escritor católico no ha tenido ni esta reserva ni esta equidad. En su *Historia de la caida de los Jesuitas*, [2] el conde Alejo de Saint-Priest, sin prueba alguna que lo apoye, sin el menor testimonio, ni aun de calumniador siquiera, se atreve á desvirtuar los hechos y á desmentir los mas incontestables. Se expresa en estos términos:

"Es preciso convenir en que el arresto de los Jesuitas y su embarque, se hizo con una precipitacion, necesaria si se quiere, pero bárbara. Cerca de seis mil sacerdotes de todas edades y condiciones, personas de nacimiento ilustre, de saber, y enfermos llenos de

[1] *Histoire des Francais*, tom. XXIX. pág. 372.
[2] *Histoire de la Chute des Jesuites*, p. 65.

Carta de Don Manuel de Roda a Don Nicolas de Azara

S. T. Defeo 28 de Julio de 67.

Anis. y sor brava chamusquina se ha levantado entre Ginoveses y Franceses Aquellos han despachado un Correo a Paris y nos el Vá el noble Savoyo Durazzo a dar satisfaccion de esta conducta Sea han despachado otro correo a Zenoble de qe ha venido al sitio para solicitar el patrocinio del Rey con la Francia, por la fineza q. estos han hecho a condescender al recibo de los Jesuitas en Corega, ponderando la imposibilidad de admitirlos en sus Continentes y dando a entender el ruido q. tienen de q. esta Gente perturba la tranquilidad de su Estado, como lo hacian en España ahora han dado ordenes para q. desembarquen y se alojen en sus Casas de Bonifacio, que antes rescuatan y hacen q. su tropa Genovesa se ponga en tiendas de Campaña para dar lugar a los Recogidos, y q. entren todos quantos quisieren Hasta ahora hemos logrado Frailes los de

mas seis mil hombres de tropa arreglada cu Bonifacio, conq.e tambien podian caber seis mil
Jesuitas
El P.e Bramieri ha escrito al S.r Grimaldi pidiendo licencia para sacarle a su Prov.a Veneta donde como la sosiana y conservar en ella su plaza. Por mi dictamen no se le concedia es cogiacuda el compañero y Discipulo del Maestro Malagrida y si el Secret.o del Consul de antes echia no miente sigue la doctrina de su Maestro; si se le dejase libre, que maquinara no urdiria. Sobre esta delacion de sacean ha havido mucha diferencia de dictamenes. No se le cae, y asi el sobre quedaria sin prueba aunq.e se ratificase judicialm.te y el P.e Bramieri negaria y quedaria victorioso.

Sabemos lo q.e Th. dice deq.e los Jesuitas del mar han escrito abierto, porq.e algunas cartas han tocado el camino y han llegado a nra manos. En ellas hablan de lo q.e antes han escrito y de la que han recibido de Roma se ve la industria q.e de ai se les ha dado ponderar y aplaudir la ejecucion del Papa de no admitirlos, y sufrir este trabajo, como en martirio por el bien de la Iglesia perseguida. Los Aragoneses son los mas fanaticos, y todos desean perder la vida por la compañia.

Stagnerado el Rey de verbally declaracion de Modena q.e Th. ha remitido abierto. con todo eso se suspende por ahora establecerla ademas por no abborrecer los frailes hasta q.e otro se siegue.

Trento q.e Azpuru haga lo q.e Th. me dice de llevarse los derechos de la Agencia el Monicio no debe llevar nada. El Card.l Torrecarcere llevaba como Protector la propina de los obispados, q.e no propone por q.e lo hace el Papa y la lleva, y los obispos la pagaban doble

Es cierto q.e yo establecí no llevar derechos de Ex

expedicion se despicio, fue el Rey paga por eso el sueldo y solo los cobradores negocios de otros interesados.

Ya sabrás como nos estrechan los Ingleses, y lo q. e responden a mis memorias tan mal escritas

Rand.n Aranjuez 5 de 9.bre de 1.°

Roda

Sr. D. Nicolas Azara.

achaques, todos sin distincion, privados de los objetos mas indispensables, fueron arrojados en el fondo de algunos buques lanzados al mar, sin objeto determinado, ni direccion fija. Despues de algunos dias de navegacion llegaron á la vista de Civita-Vecchia. Allí se les esperaba, y allí fueron recibidos á cañonazos. Los Jesuitas se pusieron furiosos contra su general, y le acriminaron su dureza como causa de todas sus desgracias."

No hay duda que este acontecimiento aumenta una triste página en el libro de la historia; pero la memoria de Clemente XIII, la del cardenal Torregiani y de Lorenzo Ricci, general de la Compañía, no serán manchados por ella; y para responder de antemano á ultrajes sin provecho, sin gloria y sin verdad, Sismondi añade: "Clemente XIII consideraba á los Jesuitas como los defensores mas hábiles y mas constantes de la religion y de la Iglesia, y tenia una gran adhesion á su Orden: sus desgracias le arrancaban lágrimas incesantes, y particularmente se acusaba de la muerte de los desgraciados que habian muerto en Civita-Vecchia: dió disposiciones para que todos estos deportados, sin distincion, que llegasen sucesivamente de Europa y de América, fuesen distribuidos en los Estados de la Iglesia, donde mas adelante muchos de éstos adquirieron una gran reputacion literaria."

El primer navío que llegó, llevaba á los Jesuitas aragoneses en número de setecientos, animados á la resignacion por el P. José Pignatelli. En su carta, fechada en San Ildefonso, de 28 de Julio de 1767, la confiesa Roda en términos tan formales, que no da lugar á la menor duda: "Sabemos, así se expresa escribiendo á Azara, lo que V. dice de quelos Jesuitas del mar han escrito á los de ahí, porque algunas cartas han torcido el camino y han llegado á mis manos. En ellas hablan de la que ántes han recibido de Roma. Se lee la instruccion que de ahí se les ha dado; aplauden la resolucion del papa de no admitirlos, y sufren estos trabajos como un martirio por el bien de la Iglesia perseguida. Los aragoneses son los mas fanáticos, y todos desean perder la vida por la Compañía [1]."

La correspondencia de estos desterrados, en su travesía por los mares, es interceptada por sus proscriptores, que se cuentan mutuamente lo que por ella descubren, y Roda, como habituado á encontrar semejante conformidad en sus víctimas, le refiere lacónica y sencillamente. Ignora que vendrán despues de él escritores, que siguiendo la escuela del conde de Saint Priest, tratarán de acriminar los hechos para sacar de ellos alguna sombra de acusacion con-

(1) Véase el *fac-simil* núm. 1.°

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tra los discípulos de San Ignacio. Roda, sin ponerla en duda, y sin que sea de su gusto sobre todo, no puede ménos de alabar tan heróica resignacion, que otros se toman el trabajo de insultar.

Los Jesuitas rechazados de las playas romanas, comprendian muy bien los motivos que habian inspirado esta medida al cardenal Torregiani, y la aprobaban. Los Estados pontificios son poco fértiles, y seis mil personas que allí llegasen de repente, debian atraer un hambre, ó al ménos quejas y reconvenciones de un pueblo siempre suspicaz y desconfiado en el capítulo de subsistencias, y que gusta mejor vivir con el patrimonio de la Iglesia, de limosnas, que del trabajo de sus manos. Los Jesuitas sabian igualmente que, si Clemente XIII les recibia sin mediar con Cárlos III las comunicaciones oficiales que entre ámbas córtes debian cruzarse, esto traería consigo alentar á los demas gobiernos á imitar á Pombal, Choiseul y Aranda. El papa se encargaba de los hijos de San Ignacio; y por lo tanto, cualquiera podia impunemente despojarlos y arrojarlos pobres y desnudos sobre el territorio romano. La caridad pontifical cuidaba de su manutencion: los ministros y los magistrados podian sin remordimiento, repartirse por complento sus riquezas. Habiendo salido bien este cálculo para unos, los demas seguirian igual senda con esperanza del mismo resultado. La corte de Roma, como las demas, se hallaba justamente ofendida de los imperiosos términos en que estaba concebida la pragmática sancion de Cárlos III. Este príncipe, sin aviso, sin permiso previo, improvisaba al pontífice carcelero de seis mil españoles. Sin haber consultado ántes al Vaticano, insultaba la dignidad del soberano temporal, eligiendo un pais amigo para sitio de deportacion. Clemente XIII se ofendió de un proceder semejante, y con justa razon no quiso que los Estados de San Pedro se convirtiesen en cárcel de cuantos religiosos agradasen á los gobiernos arrojar de su territorio, bajo pretexto de ser perjudiciales al órden público, pero en realidad, por codiciar sus riquezas la avaricia diplomática.

Tales fueron los motivos que impulsaron al papa á no aceptar por de pronto los diferentes comboyes de Jesuitas, que se fueron sucediendo. Por el interes y por el honor de la Sede Apostólica éstos no se quejaron en lo mas mínimo. Las confidencias del gobierno español lo han demostrado hasta la evidencia. Sufrieron esa nueva calimidad, no queriendo que la corte de Roma se humillase por causa suya, en sus relaciones con las demas potencias. Los franceses ocupaban militarmente las ciudades marítimas de la Córcega, donde Paoli alzaba el grito de independencia nacional. Estos puertos eran neutrales; el papa obtuvo que se abriesen á los proscriptos, los cuales entraron en Ajaccio, en el momento mismo en que Caffari puso sitio á esta ciudad. En el mes de Agosto de 1767 se les trasladó á la roca de San Bonifacio. Durante este

tiempo, la república de Génova cedió la isla al gobierno de Luis XV, y el primer cuidado de Choiseul fué encargar á Marbœuf, que arrojase de allí á todos los Jesuitas (1), mandándolos hácia Génonova, desde cuyo punto se fueron á Bolonia, y se establecieron finalmente en Ferrara.

Antes de subir al trono de España, Cárlos III habia reinado en Nápoles. Su nombre era allí respetado, y al salir para Madrid dió la investidura del reino de las dos Sicilias á Fernando IV, uno de sus hijos. Demasiado jóven éste para gobernar por sí solo, tuvo necesidad de un guia, y el jurisconsulto Bernardo Tanucci fué nombrado su primer ministro. Los reyes de la casa de Borbon debian perecer ó ser arrastrados en la tempestad que preparaba la filosofía del siglo diez y ocho, y, por un espíritu de vértigo imposible de explicar, estos mismos príncipes se rodeaban de los mayores y mas peligrosos enemigos de su trono. Las ideas de libertad, que tan rápidamente conducen á las ideas de revolucion, se abrigaban bajo su cetro; dominaban en su gobierno y se inoculaban en el pueblo garantidas con el poder. Choiseul regentaba en Francia; Aranda ensayaba los medios de modificar las costumbres españolas, y Tanucci, imbuido como ellos en utopias economistas, las hacia triunfar en Nápoles. Este hombre, cuyas costumbres eran puras, y sus conocimientos administrativos incontestables, ántes de ser el favorito de un rey, enseñó jurisprudencia en la Universidad de Pisa. Sus cualidades le habian grangeado una gran preponderancia sobre los demas ministros, sus colegas, y quiso extenderla mas adulando á los filósofos, distribuidores, á aquella sazon, de la gloria política y literaria. Imbuido de un odio mortal hácia la Santa Sede, decia muchas veces, que era preciso recortar un poco el manto papal. Tanucci, por consiguiente, se encontraba lo mejor dispuesto para hacer la guerra á los Jesuitas.

Clemente XIII suplicó al rey católico que evitase á su ancianidad y á la Iglesia entera un duelo tan profundo como legítimo. "Pero léjos de acceder, refiere Sismondi (2), á sus ruegos, léjos de inclinar al monarca siciliano á que al ménos motivase su barbarie de otra manera, que con generalidades vagas, no pudo impedir

(1) El protestante Schœll, en su *Cours d'histoire des Etats europeens*, t. LX, p. 53, refiere la crueldad con que el duque de Choiseul procedió en estas persecuciones. La manera, dice, con que se ejecutó esta nueva expulsion, da una triste idea de la presunta filantropía de los corifeos de la filosofía. Se habia sido injusto con los Jesuitas franceses; pero la conducta que se siguió con los Jesuitas españoles, á quienes la república genovesa concedió un asilo en la isla de Córcega, fué bárbaro. Se arrojó á los religiosos en los barcos, y en medio del mayor calor, se encontraron hacinados sobre cubierta, unos sobre otros, expuestos á los ardores de un sol abrasador. En esta conformidad fueron transportados á Génova, y desde allí, fueron trasladados á los Estados Eclesiásticos."

[2] *Histoire des Francais*, t. XXIX, p. 373.

que Cárlos III y el duque de Choiseul envolviesen en un mismo sistema de persecucion á las otras dos ramas de la casa de Borbon en Italia." El rey de España tenia toda la autoridad sobre Tanucci, y le escribió á ese fin. En el instante, el ministro napolitano aprovechó aquella ocasion de atraerse algunos elogios de los enciclopedistas, desafiando á Roma, complaciendo á Cárlos III, y disponiendo á su antojo, como dueño absoluto, de todas las propiedades de los Jesuitas. El marques de Tanucci no acaloró mucho su imaginacion para llegar á este triple resultado. Apenas llegado á la mayoría el rey Fernando, le arrancó el primer edicto contra los miembros de la Compañía, y sin tomarse tiempo de cubrir su arbitrariedad con cualquier pretexto, resolvió seguir paso á paso el plan, que tan perfectamente habia salido á Aranda. En la noche del 3 de Noviembre de 1767 hizo que fuesen invadidos á un tiempo todos los colegios y casas de la Sociedad. Se forzaron las puertas, se rompieron todos los muebles, ocuparon todos los papeles y archivos, y escoltados por la fuerza armada, fueron conducidos todos los padres á las playas de Pouzzole, sin permitirles llevar consigo mas que su ropa indespensable. Estas medidas fueron ejecutadas con tal precipitacion, que, segun refiere el general Coletta (1), los Jesuitas que fueron sacados de Nápoles á media noche, al salir el sol del dia siguiente, ya se hacian á la vela para Terracina.

Estos ministros, apóstoles en el nombre y en pura teoría de la tolerancia, de la igualdad social y de la filantropía, violaban, á su placer, las leyes todas de la humanidad. Ocho Jesuitas, agobiados con el peso de sus muchos años, residian en Sora. Para apoderarse de sus personas, Tanucci puso en movimiento, nada ménos que un cuerpo de cuatrocientos ballesteros. El rey Fernando se resistió á firmar el decreto que proscribia á los Jesuitas de sus reinos de Nápoles y Sicilia. Preguntaba á Tanucci cuáles eran los crímenes de que se acusaba á unos religiosos, que habian iniciado su alma en los primeros rudimentos de la fe católica, y cuyo nombre era reverenciado por todas las clases. Tanucci se fundaba solamente en la razon de Estado y en la voluntad de Cárlos III de España. El jóven príncipe aun se obstinaba, hasta que por último, consiguió el ministro ganar al obispo Latilla, uno de esos confesores que seguian á la corte, y que hacian de la conciencia real un escalon para llegar á la fortuna y al poder. Latilla arrancó por fin á Fernando lo que hasta entónces, tan firme y dignamente, habia negado al tutor. El decreto de proscripcion fué firmado; y apenas quedaron los Jesuitas abandonados, casi sin alimento y sin vestido, sobre las costas de Terracina, Tanucci confiscó todos sus bienes, dispuso de sus casas y vendió en pública su-

(1) *Stoiria di Napoli, tom. I, lib. II.* § 8, *p.* 168.

basta todo el moviliario. Las estatuas de plata de San Ignacio y de otros santos que adornaban las iglesias de la Compañía se hicieron barras para la casa de moneda, y el monograma del instituto, grabado sobre los mármoles ó bronces, era borrado por el hacha ó el martillo. Tanucci aspiraba á no dejar el menor vestigio ni señal de la permanencia de los Jesuitas en el reino. Los napolitanos se indignaron, así como su rey, de este destierro inmotivado y de estas mutilaciones sin causa. Tanucci quiso justificarse, calumniando á sus víctimas en un manifiesto oficial.

La victoria de Choiseul y de Aranda aun no era completa. El jóven duque de Parma, príncipe de la sangre de Francia é infante real de España, fué solicitado por aquellos, para entrar en la coalicion general contra los Jesuitas. Tenia el duque puesta su confianza en Du Tillot, marques de Felino, agente de la secta filosófica. A principios del 1768, los Jesuitas se vieron como en los demas puntos, expulsados de Parma. Pinto, Gran-maestre de Malta, era feudatario del reino de Nápoles. Las dos cortes de Francia y España obligaron á la de las dos Sicilias á perseguir al instituto, hasta en la misma roca y baluarte de los caballeros de la cristiandad. Tanucci se apresuró á obedecer, y el 22 de Abril de 1768 el gran maestre expidió un decreto, por el cual, cediendo á las instancias del monarca napolitano, desterraba para siempre de la isla á la Compañía de Jesus.

A estos golpes reiterados, que tanto afectaban á la Santa Sede, el anciano pontífice no tuvo que oponer, sino la paciencia, las súplicas y la razon. Pero cuando vió que Fernando de Parma se unia tambien á los enemigos de la Iglesia, se acordó de que este príncipe tenia en su venas la sangre de Farnesio, y que era vasallo de Roma, y por una bula promulgó su destitucion del ducado de Parma. Rezzonico era hijo de un mercader de Venecia; pero era ademas príncipe soberano por eleccion, y papa por la misericordia divina. Se encontraba frente á frente de esa real familia de Borbon que llevaba á cabo la ruina de los Jesuitas, sin pasar por su imaginacion, que algunos años mas tarde, esos mismos Borbones, calumniados, destronados, fugitivos ó muertos, invocaron á la Iglesia, como el postrer juez sobre la tierra, que pudiera abrirles las puertas del cielo, ó consolarles en su postrer momento.

Roma revindicaba sus derechos sobre el ducado de Parma, derechos litigiosos tal vez, pero que era político hacer valer en semejantes circunstancias. Clemente XIII todo lo habia sufrido; pero no quiso aguantar, que la tiara se hollase por los pies de uno de sus feudatarios. El 20 de Enero de 1768 publicó una sentencia por la cual anulaba los decretos promulgados en los principados d, Parma y de Plasencia; y en los propios términos de la Bula *in cœne Domini*, excomulga á los administradores del ducado. Esta med a

i

-

da era un golpe dado al pacto de familia, y una herida á Choiseul en su orgullo diplomático. El ministro frances amotinó contra la Santa Sede a todos los Borbones, que entónces se valian de su mutua alianza para humillar el papado; y al aponerles éste privilegios consentidos á sus odios inexplicables, obró en su derecho, sin faltar á la justicia, al hacer la represalia. El calvinista Sismondi, al hablar de esto, se expresa en estos términos:

"Por poco fundada, dice (1), que fuese en su orígen la pretension de la Iglesia á la soberanía de Parma y de Plasencia, era por lo ménos un hecho establecido de muchos siglos atras en el derecho público; y, aunque las grandes potencias, al disponer por los diferentes tratados del siglo XVIII de la herencia de Farnesio, no tuviesen en cuenta la prerogativa pontificia, sin embargo, con su silencio, respecto á aquella, no abolieron un derecho constantemente reclamado por la Santa Sede y por los habitantes de esos Estados, que en él fundaban sus garantías."

Por lo tanto, la Sede Apostólica, aun en 1768, segun la opinion de uno de los mas sabios escritores del protestantismo moderno, era la garantía de los pueblos contra los reyes. Choiseul se guardó muy bien de tratar la cuestion bajo ese punto de vista. El hijo de un tratante veneciano tenia la audacia de recordar su deber á un príncipe de la casa de Borbon; el ministro, protector de las teorías de la igualdad filosófica, se encontraba ajado en su vanidad de cortesano. El 11 de Junio de 1768, la Francia tomó posesion del condado Venesino, de Aviñon, y Nápoles, á su ejemplo, de los de Benevento y Pontecorvo. Los Jesuitas, que no habian sido arrojados de estas provincias, como pertenecientes al patrimonio de San Pedro, lo fueron en seguida por Choiseul y Tanucci, quienes, ademas, confiscaron todos sus bienes.

Los Jesuitas, se decia, eran rechazados por todas las naciones; la opinion pública se pronunciaba contra ellos en todos los reinos, y el primer dia que aquella pudo manifestarse, se declaró en favor de los padres del Instituto. El 4 de Noviembre de 1768 eran los dias del rey Cárlos III de España. Hacia diez y nueve meses que los Jesuitas se hallaban proscriptos de la Península, sin existir ni uno tan solo en el territorio español; pero su recuerdo aun vivia en el clero y en el pueblo. "El dia de San Cárlos, dice el protestante Coxe (2), cuando el monarca se dejó ver del pueblo, desde el balcon de su palacio, y se dispuso á otorgar en este dia alguna gracia de interes general, con grande asombro del soberono y de toda la corte, las voces y gritos de un gentío inmenso hicieron llegar á sus oidos el voto unánime de la multitud, que pedia á su rey

(1) *Histoire des Francais*, tom. XXIX, p. 375.
(2) *L'Espagne sous les Rois de la maison de Bourbon*, par Coxe, tom. V, p. 25.

el permiso para que los Jesuitas volvieran á España bajo el trage y vida del clero secular. Este incidente inesperado alarmó á Cárlos III, quien despues de tomar informes, creyó conveniente desterrar al cardenal arzobispo de Toledo, y á su gran vicario, como acusados de haber sido los instigadores de esta tumultuosa demanda." Se consultaba al pueblo español, se le dejaba en libertad de expresar sus deseos, y los manifestaba reclamando los Jesuitas. Esta manifestacion fué interpretada por Cárlos III como una accion culpable; le heria en lo mas vivo su amor propio, y desde entónces se mostró mas ardiente que nunca en provocar la extincion de la Compañía.

Lleno de años el pontífice, agobiado por los trabajos, y sobre todo por el dolor, presentaba al parecer muy poca resistencia. El marques D'Aubeterre, embajador de Francia en Roma, esperó vencerla usando del terror, y para ello presentó al papa una memoria, reducida á pedirle la renovacion del breve contra Parma. Los términos de esta memoria eran tan exigentes y violentos, que Clemente XIII no pudo ménos, al leerla, de exclamar con voz entrecortada: (1) "¡Al vicario de Jesucristo se le trata como al último de los hombres! él no tiene, sin duda, armas ni cañones; es muy fácil despojarle; pero todo el poder humano no es bastante para obrar contra su conciencia."

Tan enérgica y generosa declaracion de un decreto que debia haber conmovido á Choiseul, por el contrario, le afirmó en su idea de seguir, á todo trance, la destruccion de la Compañía de Jesus, y el 10 de Diciembre de 1768, D'Aubeterre volvió con otra nueva nota al pontífice. El Portugal se unia á las cuatro cortes de la casa de Borbon para formular la exigencia. El cardenal Torregiani, secretario de Estado, la recibió con palabras dignas de la Iglesia romana. "Por la fuerza, dijo á todos los embajadores que se hallaban á su alrededor, pueden los príncipes hacer cuanto quieran; pero por concesion, pueden estar seguros de no conseguir jamas la menor cosa." Esta firmeza fué siempre la que guió todos sus negocios, y el papa no la admitió en medio de tan azarosas circunstancias. Luchaba cada vez con mas energía, cuando una muerte súbita y de tantos deseada libró á Clemente XIII de los tormentos morales que los enemigos de los Jesuitas le hicieron sufrir. Entregó su alma á Dios el 2 de Febrero de 1769 á la edad de 76 años (2).

(1) *Histoire de la Chute des Jesuites*, par le comte de Saint-Priest, pag. 78.
(2) En la Basílica de San Pedro de Roma se admira por los inteligentes el sepulcro de Clemente XIII, como una de las obras maestras de Canova. El inmortal estatuario ha colocado á los pies del pontífice dos leones, que por su belleza atraen todas las miradas. El que está dormido, significa en el pensamiento del artista el símbolo de la mansedumbre y confianza, y en el que vela y que parece querer defenderse mostrando sus garras, se representa, segun el

Dos dias despues de esta muerte, el embajador de Portugal, Almada Mendoza, retirado en Venecia como en observacion, y que aun la ignoraba, escribia á Nicolas Pagliarini: "Pero, en fin, las tres cortes de la casa de Borbon se han puesto en campaña para estirpar de una vez, y de todo el mundo, esta Sociedad, enemiga del género humano. Segun lo que me dicen de Roma, se espera que accederá el papa, con el asentimiento del Sacro Colegio, á ménos que no quiera engañar aun á los soberanos con sus medios evasivos. En Roma, los Jesuitas cada vez mas mortificados, aguardan su caida. Verémos cómo acaba esta comedia, en la que tiene fija su atencion el mundo entero."

D'Almada estaba en el mayor error. Los últimos dias de la vida del pontifice fueron dignos de su reinado; pero su muerte complicó la situacion y abrió un vasto campo á la intriga. Ya verémos de qué manera la esplotaron los cardenales y embajadores de las potencias aliadas.

---

mismo Canova, la imágen de Clemente XIII resistiéndose á condenar á la Compañía de Jesus. Los Jesuitas ya no existian cuando Canova, uno de sus últimos discípulos, expresó en el mármol la resistencia católica de Clemente XIII, y proclamó su reconocimiento con la mas ingeniosa alegoría.

CAPITULO III.

Los Jesuitas en Roma.—Décima-sesta congregacion general.—Eleccion de Francisco Retz.—Medidas tomadas en el instituto contra sus escritores y sus polemistas.—Las congregaciones de procuradores.—Muerte del P. Retz.—Le sucede Ignacio Visconti.—Espira este, y el P. Centurioni, nombrado general en su lugar, muere prontamente.—Eleccion de Lorenzo Ricci.—Su carácter.—Presentimiento de la congregacion.—El Cónclave de 1769.—Amenazas de los embajadores de la casa de Borbon.—El cardenal Chigi y los Zelanti.—Instrucciones dadas por Luis XV á los cardenales franceses.—Las exclusiones.—El emperador José II en el cónclave.—Su actitud en Gesu.—El de Bernis entra en el cónclave.—Intrigas de los embajadores de Francia y España.—El birrete del cardenal Albani y la cortesana.—Proposiciones hechas para nombrar un papa, que se comprometa, antes de la eleccion, á destruir la Compañía de Jesus.—Dufour, agente del jansenismo, y su correspondencia.—El cardenal Malvezzi propuesto como papa.—Es demasiado ilustrado.—Los fanáticos y los políticos.—La corrupcion en el Sacro colegio.—Intimidacion ejercida por los ministros de las tres cortes.—Diferencia entre el episcopado romano y los extrangeros.—Intrigas que ponen en juego las potencias.—Medios que emplean.—Correspondencia inédita y autógrafa del cardenal de Bernis y del marques D' Aubeterre.—Don Manuel de Roda y el caballero de Azara.—Proposiciones de simonia.—Veinte y tres esclusiones.—Actitud de Ganganelli.—Lo que piensan de él D' Aubeterre, Bernis y Dufour.—Los comentarios inéditos del P. Julio de Cordara.—Deplorable situacion del Sacro-Colegio.—Escándalos del cónclave revelados por Bernis.—Ganganelli y el cardenal de Solis.—Todos se acusan de jesuitismo.—Bernis se desentiende.—Pacto secreto para suprimir á los Jesuitas.—Ganganelli engaña á los dos partidos.—Confesiones de Bernis.—Eleccion de Clemente XIV.—Recompensas otorgadas á los cardenales que han obrado contra su conciencia.—Nicolas Pagliarini, condenado á galeras, é indultado por Clemente XIII, es nombrado caballero por Clemente XIV.—D' Aubeterre pide proscripciones.

En el momento en que la Sociedad de Jesus, en el auge de toda su virilidad sucumbia en Portugal; en Francia, en España y en Nápoles, al parecer, nada tenia que temer de parte de la Santa Sede·

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dos dias despues de esta muerte, el embajador de Portugal, Almada Mendoza, retirado en Venecia como en observacion, y que aun la ignoraba, escribia á Nicolas Pagliarini: "Pero, en fin, las tres cortes de la casa de Borbon se han puesto en campaña para estirpar de una vez, y de todo el mundo, esta Sociedad, enemiga del género humano. Segun lo que me dicen de Roma, se espera que accederá el papa, con el asentimiento del Sacro Colegio, á ménos que no quiera engañar aun á los soberanos con sus medios evasivos. En Roma, los Jesuitas cada vez mas mortificados, aguardan su caida. Verémos cómo acaba esta comedia, en la que tiene fija su atencion el mundo entero."

D'Almada estaba en el mayor error. Los últimos dias de la vida del pontifice fueron dignos de su reinado; pero su muerte complicó la situacion y abrió un vasto campo á la intriga. Ya verémos de qué manera la esplotaron los cardenales y embajadores de las potencias aliadas.

---

mismo Canova, la imágen de Clemente XIII resistiéndose á condenar á la Compañía de Jesus. Los Jesuitas ya no existian cuando Canova, uno de sus últimos discípulos, expresó en el mármol la resistencia católica de Clemente XIII, y proclamó su reconocimiento con la mas ingeniosa alegoría.

CAPITULO III.

Los Jesuitas en Roma.—Décima-sesta congregacion general.—Eleccion de Francisco Retz.—Medidas tomadas en el instituto contra sus escritores y sus polemistas.—Las congregaciones de procuradores.—Muerte del P. Retz.—Le sucede Ignacio Visconti.—Espira este, y el P. Centurioni, nombrado general en su lugar, muere prontamente.—Eleccion de Lorenzo Ricci.—Su carácter.—Presentimiento de la congregacion.—El Cónclave de 1769.—Amenazas de los embajadores de la casa de Borbon.—El cardenal Chigi y los Zelanti.—Instrucciones dadas por Luis XV á los cardenales franceses.—Las exclusiones.—El emperador José II en el cónclave.—Su actitud en Gesu.—El de Bernis entra en el cónclave.—Intrigas de los embajadores de Francia y España.—El birrete del cardenal Albani y la cortesana.—Proposiciones hechas para nombrar un papa, que se comprometa, antes de la eleccion, á destruir la Compañía de Jesus.—Dufour, agente del jansenismo, y su correspondencia.—El cardenal Malvezzi propuesto como papa.—Es demasiado ilustrado.—Los fanáticos y los políticos.—La corrupcion en el Sacro colegio.—Intimidacion ejercida por los ministros de las tres cortes.—Diferencia entre el episcopado romano y los extrangeros.—Intrigas que ponen en juego las potencias.—Medios que emplean.—Correspondencia inédita y autógrafa del cardenal de Bernis y del marques D' Aubeterre.—Don Manuel de Roda y el caballero de Azara.—Proposiciones de simonia.—Veinte y tres esclusiones.—Actitud de Ganganelli.—Lo que piensan de él D' Aubeterre, Bernis y Dufour.—Los comentarios inéditos del P. Julio de Cordara.—Deplorable situacion del Sacro-Colegio.—Escándalos del cónclave revelados por Bernis.—Ganganelli y el cardenal de Solis.—Todos se acusan de jesuitismo.—Bernis se desentiende.—Pacto secreto para suprimir á los Jesuitas.—Ganganelli engaña á los dos partidos.—Confesiones de Bernis.—Eleccion de Clemente XIV.—Recompensas otorgadas á los cardenales que han obrado contra su conciencia.—Nicolas Pagliarini, condenado á galeras, é indultado por Clemente XIII, es nombrado caballero por Clemente XIV.—D' Aubeterre pide proscripciones.

En el momento en que la Sociedad de Jesus, en el auge de toda su virilidad sucumbia en Portugal; en Francia, en España y en Nápoles, al parecer, nada tenia que temer de parte de la Santa Sede·

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eran tantos los servicios que habia hecho á la religion y á la Silla Apostólica, que todo inducia á creer que jamas existirá un soberano pontífice que consintiese el destruir la obra de predileccion de los papas cuya tiara ciñese. Este pensamiento consolaba al catolicismo, é inspiraba á los Jesuitas su postrer esperanza, permitiéndoles contemplar con serenidad la tormenta que los habia dispersado. Roma no debia, mejor dicho, no podia mostrarse débil en la lucha, bajo pena de abdicar toda su autoridad moral; y nunca se habia mostrado el instituto mas íntimamente unido al sucesor de los apóstoles, ni habia existido mas acuerdo y armonía entre el vicario de Jesucristo y el órden de San Ignacio, que en los últimos años que precedieron á su supresion.

Estaban completamente olvidados los debates teológicos que agitaron á la Compañía durante algunos pontificados. Gracias á la sabiduría y tino de su administracion, los generales habian cicatrizado la llaga hecha al principio de obediencia por las disputas suscitadas sobre las ceremonias chinas. Ya no existian ningunos gérmenes de discordia (1), y las tres congregaciones generales, llama-

(1) Fuera de las congregaciones generales, se reunian en Roma cada tres años las congregaciones de procuradores. Dos de éstas se celebraron en tiempo de San Francisco de Borja, dos en tiempo de Mercuriano, ocho bajo Aquaviva, ocho con Vitelleschi, dos con Goswin Nickel, seis con Oliva, una con Cárlos de Noyelle, tres con Gonzalez, cinco con Tamburini, y tres bajo el generalato de Retz. Mas de una vez las guerras ú otras causas políticas se opusieron á estas asambleas trienales, y la última que se tuvo en 1749, era la cuarenta y una. Veinte y seis de estas congregaciones decidieron por unanimidad que no se debia provocar la asamblea general de los padres; en ocho, esta convocacion no tuvo mas que dos votos; en cuatro no fué diferida sino por una débil mayoría. Dos congregaciones de procuradores la decretaron, bajo Claudio Aquaviva y bajo Tirso Gonzalez. Ya hemos hecho ver los motivos de oposicion puestos con anterioridad para forzar la mano á Aquaviva. Los que determinaron á Tirso Gonzalez á recurrir á los profesos, aun no son conocidos ellos, sin embargo, nos dan la clave de esta obediencia, servil segun los detractores del instituto, y tan digna á los ojos de los hombres imparciales.

Tirso Gonzalez fué general desde el 1687. Era esta la época en que el probabilicismo de los teólogos de la Compañía era objeto de controversia. En el año de 1691 el gefe de la Orden publicó, en Dillengen, su obra *De recto Usu Opinionum probabilium*. Todos los asistentes pidieron que el libro fuese recogido: Gonzalez solamente consintió en que se recogiese. En 1693 se debian nombrar los diputados para la congregacion de los procuradores; en el mes de Abril la provincia de Roma designó su representante. Por mayoría de treinta y nueve votos contra nueve, fué elegido el P. Pablo Segneri, uno de los adversarios mas elocuentes de las opiniones sostenidas por el general. Las demas provincias de la Sociedad, Milan, Venecia, Nápoles, Inglaterra, Galo-Bélgica, Rhin inferior, y los cinco de la asistencia francesa, siguieron el ejemplo dado por Roma. Los Jesuitas temieron que los jansenistas se hiciesen un arma del libro de Gonzalez, y le atacaron con una viveza inexplicable en los hombres que segun la opinion del general, no eran mas que un cadáver, ó un palo en manos de un anciano. El 19 de Noviembre, se reunieron. Los votos se balancearon de tal modo, que al fin fué dado el decreto para convocar la asam-

das á dar nuevos gefes á la Sociedad, no habian tenido necesidad de hacer mas, que aprobar los dichosos resultados de una indisoluble alianza con la Santa Sede.

Miguel Angel Tamburini, despues de haber gobernado al instituto por espacio de veinte y seis años, murió el 28 de Febrero de 1730, sin designar vicario. El 7 de Marzo nombraron los profesos para ejercer estas funciones al P. Francisco Retz, asistente de Alemania, quien fijó para el 15 de Noviembre de aquel año la décimasesta asamblea general. Concurrieron á ésta, entre otros, los PP. Cárlos Dubois, Martin Trampirinski, Juan Scotti, Antonio Casati, Xavier Hallever, Francisco de la Gorée, Francisco Sierra, Gerónimo Santi, Luis la Guille, Xavier de la Grandville y Juan de Villafane. El 30 de Noviembre, Retz, que reunió en su favor todos lo votos, obtuvo, al primer escrutinio, la unanimidad de todos, ménos el suyo. Habia nacido este padre en Praga el 1673, y sucesivamente habia desempeñado con distincion y aplauso los principales rectorados de la provincia de Bohemia.

La congregacion general terminó sus trabajos el 13 de Febrero de 1731. Dió treinta y nueve decretos. Por el treinta y tres se prohibe á los Jesuitas, autores de obras, hacer tratos con los libreros para su publicacion, sin especial permiso del provincial. En su decreto LXXXIV, la séptima congregacion prohibia ademas cualquier acto que pudiera tener la apariencia de negocio comercial, y fué para hacer revivir esta ley antigua. Se renovó otra, en 1731, para mayor corroboracion de la primera.

Por un consentimiento unánime se habia establecido en la anterior asamblea general (decreto IX) que los escritores de la Compañía no debian responder con acrimonia y demasiado calor á los ataques de sus enemigos. Los profesos declararon que una polémica apasionada era contraria al espíritu del instituto. En el decreto XV fué renovada la prohibicion antigua de la duodécima congregacion (1), y en vísperas de los terribles asaltos de que la Compañía

blea general. Pero muy luego surgieron dificultades, tanto que no quedó sino una corta mayoría. Esta mayoría ponia en duda si habia conseguido su objeto y realizado le *plura medietate suffragia*, recomendado por las constituciones. El caso no estaba previsto, y se apeló al soberano pontífice, quien nombró una comision, compuesta de los cardenales Panciattici, Albini, Carpegna, Mariscotti y Spada. El juicio de esta comision decidió la insuficiencia de la mayoría, y la XIV congregacion general resolvió la cuestion, declarando que la mayoría debia ser al ménos de tres votos.

Esta oposicion contra las doctrinas teológicas de su gefe, es un acto que sirve para demostrar la independencia de los Jesuitas, aun con el general del instituto. Si la Compañía no ha renovado un caso semejante, ha sido porque nunca, desde entónces, se ha presentado.

(1) El decreto XIX de la duodécima congregacion general está concebido en estos términos: "Si acaeciese que alguno de los nuestros, de viva voz, por escrito, ó por algun otro medio, sea el que fuere, ofendiese á cualquiera perso-

iba á ser muy luego víctima, sobrepujó la caridad del sacerdote á los arrebatos del escritor. Se decidió, finalmente, que poco á poco se fuese reprimiendo la facilidad que cada uno de los miembros de la Sociedad habia adquirido para la publicacion de sus respectivas obras. La censura previa se habia debilitado con el transcurso del tiempo, y era preciso rejuvenecerla. La asamblea quiso que los censores destinados para el exámen de manuscritos, no conociesen á sus autores, así como ni éstos á sus jueces. Estos últimos tenian órden de, en el momento, dar parte de todo al provincial, sin consideracion personal de ninguna especie, y aquel debia vigilar el exacto cumplimiento de las censuras teológicas ó literarias.

Retz se aparecia en una época de calma, precursora de la mas deshecha tempestad. Habia sido amigo de Clemente XIII, del cual obtuvo la canonizacion de San Francisco de Régis, y con su sabia administracion contribuyó mucho á la prosperidad de la órden. Se fundaron muchos colegios, seminarios y casas profesas, y cuando murió, que fué á 19 de Noviembre de 1750, casi en los brazos de Benedicto XIV, dejó á la Sociedad floreciente y con mas vida que nunca. El P. Retz habia designado para vicario general al P. Ignacio Visconti, que fijó la congregacion para el 21 de Junio de 1751. Entre los profesos que asistieron á ella, se contaron; Luis Centurioni, Leonardo Tschiderer, José de la Grandville, Pedro de Céspedes, Juan de Guzman, Claudio Frey de Neuville, Antonio Timoni, José de Andrada, Estanislao Popiel, Leonardo des Plasses é Ignacio Sylveyra, asistentes todos ó provinciales de Italia, Alemania, Francia, España, Portugal y Polonia. El 4 de Julio Visconti fué electo general. Descendiente de una gran familia milanesa, habia este Jesuita gobernado por mucho tiempo la provincia de Lombardía. Era muy querido del soberano pontífice, y sus virtudes, así como sus talentos, le hicieron apreciable á la Iglesia; pero despues de cuatro años de un fructuoso generalato, murió Visconti el 4 de Mayo de 1755.

En su calidad de vicario, el P. Centurioni convocó la asamblea de eleccion para el 17 de Noviembre. Ochenta y cuatro profesos

---

na, no perteneciente á la Compañía y especialmente á religiosos ó grandes, ó les diese algun justo motivo de queja; desde luego, los superiores investiguen y descubran al culpable, y le castiguen con la severidad que exige la justicia, de modo, que nada quede impune en esta materia, haciendo en seguida de suerte, que los que con razon hayan podido creerse heridos reciban lo mas pronto posible la satisfaccion que se les debe. Y si alguna vez se reimprimen libros que contengan ciertas cosas con las que alguna pueda ofenderse, que se tachen completamente. Por último, temiendo que los superiores, á quienes esto incumbe, sean demasiado indulgentes sobre este punto, los consultores, tanto locales como provinciales, quedan obligados á advertir á los superiores inmediatos si alguno ha cometido cualquiera falta de esa naturaleza, y dealcrar si se le ha impuesto ó no una penitencia, y cual sea ésta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



M.R.P. LORENZO RICCI,

Preposito General de la Compañia de Jesus en 1773.

Nació en Florencia a 1.° de Agosto de 1703. Falleció en Roma, a 24 de Noviembre de 1775 á los 72 años 2 meses 22 dias de su edad.

se reunieron en Roma. Se distinguieron entre ellos los padres Scotti, Antonio Vanossi, Luth Le Gallic, Lorenzo Ricci, Xavier Idiaquez, Tomas Dunin, Pascual de Matteis, Gaspar Hoch, Andres Wagner, Mathurin Le Forestier, Salvador Ossorio, Antonio Cabral y Enrique de San Martin. El 30 de Noviembre fué nombrado general Luis Centurioni. Estuvo casi enfermo todo el tiempo de su generalato, en medio de sus numerosas ocupaciones, y el 2 de Octubre de 1757 la muerte puso término á sus padecimientos. Dejó por vicario al P. Juan Antonio Timoni, quien convocó para el 8 de Mayo de 1758 la congregacion general. Fué ésta la décimanona y última que se reunió en Gesu. Se notaron entre los profesos que acudieron, á los padres Garnier, De Maniaco, Felipe de Elci, Ridolfi, Claudio de Jame, Kosmiski, Rota, Allanic, Rhomberg, Velasco, de Sylva, Adalvert Bystronowiski, Trigona, Lindner, Le Gallic, Ossorio, Juan de Guzman, Wagner y Pedro de Céspedes. El 21 de Mayo fué electo Lorenzo Ricci gefe de la Orden.

Era este P. natural de Florencia: habia nacido en el 2 de Agosto de 1703, y pertenecia á una familia ilustre; pero los sucesos que tuvieron lugar durante su generalato, dieron á su nombre un eco tan general, que nunca le hubieran conseguido su prosapia, ni su piedad y modestas virtudes. No poseia ninguna de aquellas cualidades que se requerian para sostener con fruto el desesperado combate que muy luego iba á trabarse: con un carácter cuya dulzura se aproximaba á la timidez, y con un talento cultivado, pero extraño completamente al fuego de las pasiones humanas, habia vivido hasta entónces con aquella vida interior que los Jesuitas llevaban en medio del mundo, cuando á la edad de cincuenta y cinco años, se encontró encargado del gobierno del instituto. Sus manos eran muy débiles para sostenerle en presencia de la tempestad desencadenada. Aquaviva no la habia conjurado; Ricci debia dejarse arrebatar por ella, á pesar de una vana resistencia. La congregacion general ya presentia las calamidades próximas, y así, en su decreto XI, al recordar la ejecucion de las leyes y reglas ya anteriormente prescritas, añadia: "Que los superiores inculquen expresamente á sus súbditos el cuidado de las cosas espirituales, recordándoles á menudo, que de su fidelidad á los deberes de la piedad y de la religion penden la conservacion y prosperidad de la Compañía; pues que si Dios, por sus designios ocultos, y que no debemos sino adorar, permitiese que la adversidad cayese sobre nosotros, el señor no abandonará á los que pertenecieron fieles é íntimamente unidos; y en tanto que podamos recurrir á él con alma pura y corazon sincero, ninguno otro apoyo necesitarémos."

He aquí las únicas medidas que en el secreto de su congregacion adoptaron estos hombres, á quienes el mundo diplomático creyó ocupados en arreglar intrigas. Los primeros relámpagos de la tor-

menta ya habian aparecido; todo se presentaba hostil á la Compañía de Jesus; y para romper esta abolicion de odios, de codicias y de otras pasiones impías, los Jesuitas no recurren sino á la fe y á la paciencia. Ya hemos dicho el resultado de tan desigual lucha en Portugal, en Francia y en España. Los ministros y los tribunales de justicia, los príncipes de la casa de Borbon y los filósofos, enemigos de todos los cultos y de todos los tronos, circunscribieron hasta cierto límite el campo de batalla. Juzgaron, condenaron, desterraron y despojaron á los padres del instituto en el tribunal privado de su cólera, de sus prevenciones ó de sus esperanzas. La dispersion de los Jesuitas, en Lisboa, en Paris, en Madrid, en Nápoles y en Parma, fué producto de opiniones y de cálculos contrarios. En cada Estado, los monarcas y los ministros obraron casi aisladamente. Fueron tentados por el incienso de las alabanzas filosóficas, y se dejaron seducir por la idea de que podria enriquecerlos un despojo tan inicuo. A pesar de que la obra de destruccion quedó consumada entre ellos, aun no estaban sastifechos; quieren obligar a la Santa Sede á que sancione sus decretos, y se coligan para imponer á la corte de Roma la ley de que tienen necesidad, para que quede legitimado su arbitrario proceder.

Hasta este momento los ruegos, los esfuerzos, las amenazas de los embajadores, todo habia sido inútil La muerte de Clemente XIII abrió nuevo campo á las hostilidades contra los Jesuitas. La alianza de cuatro soberanos católicos, que solicitaban la extincion de un órden religioso, valiéndose de todos los medios posibles, debia ofrecer una singular influencia sobre los cardenales. Era preciso saber si la filosofía llegaria á poder mas que la religion, y si la Iglesia oprimida por todos lados, consentiria al fin en conceder á los príncipes el derecho de suicidio, que en su ceguedad invocaban contra sí mismos. La guerra no se hacia parcialmente; los enemigos de la Orden habian combiado su ataque. Deseaban acabar con la Sociedad, obligando al futuro sucesor de Clemente XIII, á confirmar lo que ya habian emprendido para menoscabar la autoridad de la Santa Sede. El cónclave que se reunia en circunstancias tan difíciles, ofrecia á la España, á la Francia, al Portugal, y á las dos Sicilias esperanzas de un próspero resultado. Era indispensable, ántes de todo, intimidar al Sacro Colegio, excitarle á inmolar á los Jesuitas, con una eleccion agradable á las potencias coligadas, y hacerle entrever en un cercano porvenir, la paz que habian comprometido las últimas medidas de Clemente XIII.

El 15 de Febrero de 1769, trece dias despues de la muerte del soberano pontífice, cuyas exequias acababan de celebrarse con el ceremonial de costumbre, se abrió el cónclave. Los enviados de la casa de Borbon no ocultaron sus deseos ni su accion. En nombre de sus respectivas cortes pidieron y aun exigieron que se aguar-

dase la llegada de los cardenales franceses y españoles. José Enrique de Esparbes, marques de Aubeterre, embajador de Luis XV, fué el que se expresó con mayor calor y altanería. Intrépido soldado y general distinguido, llegó á ser mariscal de Francia, y pasó su edad madura en la carrera diplomática. Plenipotenciario, primero en Viena y luego en Madrid, aceptó, ántes de venir á Roma, el patronato de las ideas filosóficas. Era uno de aquellos grandes señores del siglo XVIII, valiente en su principio como un caballero de las antiguas cruzadas, pero que despues de haber perdido la fe al contacto de las impurezas de la regencia, no reconocia ya mas Dios que el orgullo y el placer. Forzaba á su vanidad á doblegarse ante las ideas de igualdad; se hacia impío, aparentando desengaño, ó por darse importancia, y en presencia del sacerdocio romano, no reparaba afectar una arrogancia, tan fuera de tiempo como irreflexiva, con el fin de intimidar.

Pero todas estas amenazas no hicieron impresion alguna en una parte del Sacro Colegio. Se queria que la Santa Sede se humillase ante unos príncipes, cuando ni ellos mismos sabian conservar la dignidad de la justicia. El partido de los *Zelanti* (1) se indignó al oir hablar de virtud á Luis XV y á Choiseul, á Aranda y Pombal, así como á Tanucci prodigar á la Iglesia sospechosos testimonios de su veneracion y respeto. Hizo todo lo posible por acabar de una vez con las intrigas que se agitaban á las puertas del Vaticano, y la eleccion del cardenal Chigi no llegó á realizarse por la sola falta de dos votos para obtener mayoría. Chigi era un sacerdote, que no hubiera retrocedido, ni jamas sacrificado la Compañía de Jesus á la aversion filosófica. D' Aubeterre y Azpuru, enviado de España, pusieron el grito en el cielo, y anunciaron á la ciudad que si no se tomaba en cuenta el deseo y voto unánime de las coronas, la Francia, la España, el Portugal y las dos Sicilias se separarian de la comunion romana. Estas violencias morales produjeron, en

(1) Ranke, en su *Historia del Papado*, t. IV, pág. 489, se expresa así:
"La excision que dividia al mundo católico habia penetrado tambien, en cierto modo, en el seno de la corte romana, en la que se habian declarado dos partidos, el uno mas severo, y el otro mas moderado."
El partido que el escritor protestante designa como mas severo, y que en Roma se llama de los *Zelanti*, defendia fuertemente, en el Sacro Colegio, las prerogativas de la Santa Sede y todas las libertades de la Iglesia. Se componia, en lo general, de los cardenales mas exactos y mas religiosos. Clemente XIII, Pio VI y Pio VII le representaron sobre el trono pontifical.
La fraccion del Sacro Colegio que Ranke mira como mas moderada, y que era conocida bajo el nombre de *partido de las coronas*, pensaba, que, conservando lo esencial, eran indispensables sacrificios á los poderes temporales y al espíritu del siglo. Se componia, al ménos en sus miembros mas avanzados, de hombres políticos y cardenales diplomáticos. Benedicto XIV fué la expresion de este partido en su sentido mas estricto; Clemente XIV le reasumió en el de las concesiones.

efecto, el que algunos cardenales, midiendo la fuerza del catolicismo por su propia debilidad, no se atrevieron á exponer al conflicto de nuevas tempestades la barca de San Pedro, que jamas ha estado mas firme y segura sobre las revueltas hondas, que cuando ha desafiado los vientos de la heregía ó de la iniquidad. Se consintió, por último, en diferir la eleccion hasta la llegada de los cardenales franceses y españoles. Esta concesion, arrancada por astutas amenazas ó por un sentimiento de paz, siempre respetable, aun en sus errores, debia dejar, como dejó, la victoria en manos del poder temporal. Desde aquel momento ya no se trató mas en el cónclave que el hacer que saliese papa un cardenal dispuesto á seguir la línea de conducta trazadas por las coronas. Esta línea se reducia á algunas exigencias mas ó ménos deplorables para la Iglesia. El 19 de Febrero de 1769, Luis XV y el duque de Choiseul las reasumieron todas en las siguientes instrucciones dadas á los cardenales de Luyenes y de Bernis, ántes de partir á Roma.

"El reinado de Clemente XIII, se lee en este documento reservado, ha demostrado claramente que la piedad mas sincera, las costumbres mas puras y las intenciones mas rectas no son suficientes para constituir un buen papa, sino que son precisos ademas los conocimientos é ilustracion necesaria para la administracion tanto espiritual como temporal de que se halla encargado, de los cuales absolutamente careció Clememte XIII. De aqui ha provenido que, ciertamente sin quererlo, y verosimilmente sin saberlo, ha hecho mas daños á la Iglesia romana, que muchos de sus predecesores ménos virtuosos y menos arreglados que él. No tenia ninguna nocion fija de las cortes, de los negocios politicos y de las consideraciones que se deben á toda persona y á la autoridad independiente de los otros soberanos. Dirigido por consejos apasionados y fanáticos, ha concebido empresas y llevado á cabo medidas cuya injusticia y violencia han obligado á la Francia, á la España, á las dos Sicilias, al Portugal, á la república de Venecia y á algunas otras potencias, á reclamar altamente contra las invasiones que ha hecho á los sagrados é inalienables derechos de sus soberanías."

El mismo tono de desdeñosa piedad ó de miserable orgullo, propio de príncipe, se descubre en cada línea de estas instrucciones. Se conoce que Luis XV y Choiseul quisieron desquitarse de las vergonzosas derrotas militares y diplomáticas que acumularon sobre la Francia, dirigiendo sus baterías sobre la Iglesia desarmada, y sobre la Compañia de Jesus que no hacia resistencia. La obsoluta y total extincion de la Sociedad fué la primera de las condiciones que se habian de obtener para reconciliar á las potencias de la corte romana: las demas se referian á las cuestiones con la Santa Sede sobre el ducado de Parma, entre las cuales habia una que interesaba directamente á la Francia. Choiseul habia perdido la

Martinica y abandonado cobardemente el Canadá á los ingleses: para ofrecer á su pais una gloriosa compensacion declara: "Que S. M. ha resuelto reunir para siempre á su corona la ciudad y condado de Aviñon."

Luis XV temia á las almas fuertes y vigorosas: sus instrucciones sobre este punto son tan explícitas como las otras. Choiseul no quiso que llegase á ocupar la cátedra de San Pedro un pontífice de gran corazon y de energía, y así previene: "que el rey no ha formado plan alguno de personalidad, ya sea respecto al trono pontifical, ó ya para excluir tal ó cual miembro del Sacro Colegio. S. M. desea no hallarse en la necesidad de aplicar á alguno de aquellos una exclusion auténtica. Hay, sin embargo, un caso en que seria preciso usar de esa prerogativa, y seria cuando los señores cardenales de Luynes y de Bernis llegasen á persuadirse que podrian reunirse los votos necesarios para la eleccion de papa, en favor de una persona, cuyas preocupaciones personales, afectos particulares ó un celo inmoderado é imprudente pudieran hacer su administracion peligrosa, y quizá perniciosa y fatal á la religion y á la tranquilidad de los Estados católicos. Pertenecen á este número los cardenales Torregiani, Boschi, Buonaccorsi y Castelli."

Estas instrucciones eran comunes á Luynes y á Bernis; pero este último era el que mas especialmente poseia la confianza del gabinete de Versalles, y el que tenia sus plenos poderes. Bernis, durante su ministerio, habia sido el protector de Choiseul, quien, temiendo encontrar en él un peligroso rival, le hizo desterrar á su diócesis de Alby. Aquí fué donde este príncipe de la Iglesia, en quien hasta aquel momento la corte y la villa no habian visto sino su elegancia refinada, los atractivos de su conversacion y la amenidad de su carácter, olvidó completamente los sueños de su juventud, los placeres y la ambicion por virtudes propiamente episcopales. El amigo de Madama Pompadour, el poeta á quien Voltaire habia denominado con el título de Babet la Bouquetiere, se transformó en prelado lleno de magnificencia y de caridad. En su embajada de Venecia, su porte habia agradado sobremanera á Benedicto XIV y á la Santa Sede. A nadie era hostil, pero estaba apasionado del brillo y de la apariencia del poder. Se concedió á sus espirituales vanidades cuanto éstas podian exigir; se le halagó con la idea de que su afabilidad, un poco afectada, y sus talentos diplomáticos seducirian al Sacro Colegio, y se le llenó de incienso, prometiéndole la embajada de Roma si conseguia que saliese electo un papa del gusto de los Borbones, y por consecuencia, enemigo de los Jesuitas. Bernis sin odio alguno hácia el instituto, pero sin la menor reflexion, aceptó el papel que se le destinó en esta comedia.

Se habia alucinado el cardenal, de que con su gracia y modales

completamente franceses, con su conversacion llena de aticismo, se iba á hacer, como por asalto, con todos los votos, y que para vencer no tenia mas que presentarse. Frente á esos ancianos *Porporati* italianos, cuyos intereses eran muchos mayores y mas graves que el satisfacer el amor propio del cardenal de Bernis, se apercibió éste bien pronto, que para discutir la eleccion futura, era preciso algo mas que palabra de dulce conciliacion ó promesas vagas, que á nadie satisfacen.

La mayoria del Sacro Colegio estaba, sin disputa, en oposicion con el voto de los Borbones: se trató de modificarla en su favor, primero por la corrupcion, despues por la violencia. El marques D' Aubeterre, Tomas Azpuru, Nicolas de Azara y el conde de Kaunitz se encargaron de este negocio. Contaban con dos ó tres cómplices en el cónclave: ellos escribian, y de los cardenales Bernis y Orsini recibian comunicaciones oficiosas y al mismo tiempo oficiales. Los ministros de Luis XV y de Cárlos III les dirigian desde Paris y Madrid sus instrucciones. En esta correspondencia autógrafa, en cuya existencia nadie ha pensado hasta ahora, es donde es preciso buscar las pruebas del encarnizamiento contra los Jesuitas. Este encarnizamiento colocó á los embajadores, á los confesores, á los ministros del rey cristianísimo y del rey católico á la miserable altura de intrigantes de baja esfera. y obligó á los príncipes de la Iglesia á violentar la conciencia de sus colegas. Por medio de las mas vergonzosas transaciones, todos ellos, embajadores, confesores, ministros y cardenales al dirigir tan execrable intriga, se asociaron y se hicieron partícipes de una culpabilidad premeditada.

Hasta el presente ha sido imposible á la historia romper el velo que encubria las escenas de que fué teatro este cónclave. Mas de una vez la verdad hizo algo por descubrirse; las sospechas ya recaian sobre unos, ya sobre otros: la conciencia pública acusaba, pero acusaba sin pruebas, y muchos atribuian sus inquietudes á una malevolencia sistemática ó á piadosos temores desnudos de fundamento. Los mas fervientes católicos eran los que, á pesar suyo, se sentian dominados por un instinto de repulsion, y no se atrevian á parar la consideracion en los rumores vagos, y á cual mas extraños cuyo secreto transpiraban de vez en cuando los muros del Vaticano. Por un cambio de papeles muy significativo, se oia á los enemigos de la Iglesia proclamar que todo, en este cónclave, habia sido digno de la filosofía y de la razon pública. Los analistas de esa época vivieron fluctuantes entre opiniones contradictorias, y jamas pudieron sondear las profundidades de este misterio.

Una serie de incidentes, cuya relacion pudiera servir de incentivo á la curiosidad, pero que realmente interesan poco á la historia, han sido causa de que se encuentren en mi poder los documentos

autógrafos relativos al cónclave de 1769. Con auxilio de tan luminoso descubrimiento nos ha sido posible seguir paso á paso, dia por dia, minuto por minuto, el hilo da la oculta trama que grandes culpables, pero al propio tiempo maravillosamente desprevenidos, urdieron contra la dignidad de la Iglesia, en odio á la Compañía de Jesus. Esta trama, que los ministros de Francia, de España, de Portugal y de Nápoles no se toman el cuidado de disimular en la intimidad de su correspondencia, se va á desenvolver sobre un teatro eclesiástico. No solamente representaron en ella reyes disolutos, imbéciles ó engañados por sus favoritas ó por sus diplomáticos; tendrán tambien su papel algunos cardenales y diferentes prelados. Esta horrible conspiracion es la que importa revelar al mundo católico, sin miramientos, sin consideraciones pusilanimes, pero al mismo tiempo sin pasion, porque la justicia, para con todos es la verdadera, la única caridad que se permite en la historia, y segun nos dice San Francisco de Sales (1): "Caridad es gritar al lobo cuando está entre las ovejas, ó donde quiera que estuviere."

En este laberinto de escándalos que vamos á explorar, se hallarán crueles lecciones para los monarcas y para el Sacro Colegio. Los primeros verán allí hasta qué punto se puede abusar de su autoridad, de su debilidad y aun de sus errores. El segundo, aprenderá á desafiar de las amenazas con que la cortes osaban intimidarle, y á desconfiar las promesas ó seducciones que pongan trabas á su completa libertad, y así como lo ha verificado en la gloriosa eleccion de Pio IX, sabrá en adelante usar de su derecho, y sustraerse para siempre jamas de la accion de las potencias, no escuchando sino al bien de la Iglesia y al honor sacerdotal, cuya voz sublime y poderosa jamas apagarán los mezquinos cálculos de una política miserable y caprichosa.

Así como lo hace el gran cardenal Baronio, en el momento en que va á referir en sus *Annales* los crímenes de algunos pontífices del siglo nono, del mismo modo nosotros á su ejemplo, nos creemos en la necesidad de protestar nuestro profundo respeto hácia la Sede Apostólica, al juzgar á los hombres y á sus faltas, y repetir, juntamente con el sabio prelado, para mayor seguridad de nuestra fe (2): "Antes de pasar mas adelante, creemos necesario prevenir al lector contra el escándalo que un espíritu débil pudiera encontrar al ver la abominacion de la desolacion en el templo. Mas que de escándalo, debiera llenarse de admiracion, al observar, cómo vela la divina Providencia por la conservacion de este mismo templo, toda

---

(1) *Introduccion á la vida devota*, por San Francisco de Sales, cap. XXIX p. 374.

(2) *Annales eclesiastici, auctore Cæsare Baronio.* t. X, pág. 647. (Romæ, exty-pographia Vaticana, 1602.)

vez que no se ha seguido su completa é inmediata ruina á semejante abominacion. Así se persuadirá el lector, de cuán sólidos son sus cimientos, como que los constituyen las promesas de Jesu-Cristo, promesas mas seguras é indestructibles que los cielos y la tierra, pues el mismo Señor nos dejó dicho: *Cœlum et terra transibunt; verva autem mea non transibunt.*"

Despues de haber indicado el objeto que nos proponemos, es preciso entrar en el cónclave con el cardenal de Bernis. Este prelado llegó á Roma con la intencion bien manifiesta de complacer los deseos de la corte de Francia. Esto se referia tambien á sus personales intereses, pues el mal estado de su fortuna no encontraba otro medio de reparacion que la buena voluntad del ministro. Apenas es admitido en el cónclave, donde le espera el cardenal Orsini, embajador de Nápoles, quebranta todas las leyes que protejen el secreto de las deliberaciones interiores, para ponerse en correspondencia diaria con D' Aubeterre. Los embajadores de las potencias intrigan por de fuera, miéntras que Bernis, Orsini y el partido de las coronas siguen su ejemplo por dentro. El conde de Kaunitz, embajador de la emperatriz María Teresa, tiene órden de sostener oficialmente la Compañía de Jesus. Este olvida sus instrucciones, para adular el naciente filosofismo de José II y servir á la causa de la incredulidad. Las cartas de estos diplomáticos cuentan dia por dia, y casi hora por hora, las peripecias de este complot. A juzgar por las apariencias, cualquiera creeria que no se trataba entónces de la eleccion de un vicario de Jesucristo, sino de una de esas intrigas meramente políticas, en las que, por lo comun, el honor cede el puesto á la corrupcion. D' Aubeterre tenia necesidad del cardenal frances; conoció su flaco, y le entretuvo con sus agudezas, contándole ademas las consideraciones, fuera de propósito, que el jóven emperador José II creyó que debia permitirse para atraerse la amistad de Voltaire, y aparecer como un espíritu fuerte en presencia del Sacro Colegio y de los Jesuitas. El 28 de Marzo de 1769, D' Aubeterre comienza así su correspondencia con Bernis (1):

"Ya habrá visto su eminencia en el billete que he escrito á M. el cardenal de Luynes las intenciones del emperador respecto á la eleccion futura, las cuales me ha comunicado este príncipe en una conversacion de cerca de una hora, que he tenido con él personal-

(1) Antes de esta carta, como puede verse en el fac-simile adjunto, D'Aubeterre escribió otra desde Roma, con fecha 6 de Febrero, al cardenal de Bernis, cuatro dias despues de la muerte de Clemente XIII, en la que le anuncia este acontecimiento y las dificultades que ha tenido que vencer para poder mandarle el aviso á Aiby, donde aun residia el cardenal. Asi mismo da á conocer lo interesante que va á ser el futuro cónclave, que deberia comenzar despues del 15 del mismo mes, dia señalado para las exequias del papa difunto. (N. d. T.)

A Rome a 6 fevrier 1769

Monseigneur

vous serés surement instruit avant l'arrivée de ma lettre que le pape est mort la nuit du 2 au 3 et subitement que le cardinal ministre et le secretaire d'etat sont les appartements sont au dessous du sien et y communiquent par un escalier devobé dont j'ay un dupp. j'ay été surpris comme les autres et n'ayant point preveu un par tel evenement je me suis trouvé bien embarrassé pour pouvoir depescher un courier a mr le duc de choiseuil les chemins de poste etant ouverts qu'il y ait moyen d'en avoir ni a la poste de rome ni aux autres j'ay été obligé d'envoyer un exprés qui sera le plus de

mgr le cardinal de Bernis a alby.

diligence qu'il pourra a mr de barbant arriue a florence en
le priant de faire partir sur le champs un courrier j'etois si-
pressé d'attendre il a paru si douteux que je n'en ay point
fait usage pour vous escrire mais je profite du courier-
que j'expedie ce matin et que je charge de mettre cette lettre
a la poste en passant a lyon je compte toujours que votre
eminence arrivera a rendre chés moy ainsi qu'elle me l'a
promis. en attendant si je puis luy etre bon a quelque chose
dans ce pays ci je luy demande les ordres. comme il n'y a point
eu de maladie les esprits n'ont pas eu le temps de fermenter
de facon que le peuple est tranquille et que tout se passe
sans aucun troubles ordinairement a craindre dans les temps
de vacances. le corps du pape a este porte aujourd'hui au
soir a st pierre les obseques se feront le 14 et le 15 les —

cardinaux qui sont icy entreront au conclave quand vous
seront arrivés je compte a vre de pays que vous y serés 45 ou
46 vous sçaves que par les constitutions ce conclave doit
etre un des plus importants qu'il y ait eu depuis long-temps
dans l'eglise je me fais un vray plaisir de revoir votre
eminence et de pouvoir luy renouveller moy meme les assurances
des sentiments d'attachement et de respect auxquels j'ay-
l'honneur d'etre

Monseigneur

de votre eminence

Le tres humble et tres
ob issant serviteur.

Aubetene

mente y á solas, en su cámara, donde me citó para que hablásemos, Añadió que habia visto á vuestra eminencia asomado á la ventana. y que hubiera deseado verle mas de cerca. Está muy instruido de sus derechos, y conoce perfectamente este pais. Respecto á los Jesuitas, me ha dicho que la emperatriz su madre, que era muy religiosa, no creia que estaba en su deber el dar paso alguno para su destruccion, pero que no se opondria á nada; que aun la veria con placer, sobre lo cual, prosiguió, pensaba como su madre. Al ir á visitar la capilla de San Ignacio en la iglesia de Jesus, me consta que preguntó al general cuándo cambiaba de trage al Santo. Este príncipe tiene carácter, gran fondo de principios y muchos deseos de adquirir conocimientos. Estas ligeras anécdotas son solo para vuestra eminencia. He creido que serian de su agrado."

La noticia dada por D'Aubeterre produjo la misma sensacion en España, como lo acredita Roda en su carta del 17 de Abril al caballero de Azara: "En nuestros dias, le dice, no se ha visto al emperador en Roma, y mucho ménos admitido en el cónclave. Nuestros cardenales están llenos de alegría al saber que el emperador se ha explicado con tanta claridad sobre los Jesuitas, y sobre los demas negocios pendientes en esta corte. Será un desengaño terrible para los fanáticos, que esperan su salvacion de Viena, y que creen que la proteccion imperial les servirá para subyugar á los Borbones. Jamas ha existido un cónclave ménos animado que éste, segun las noticias que de él nos llegan. Se ve á las claras el miedo que tienen todas esas eminencias de desagradar á las cortes. Esto no es mala señal. Seria muy gracioso que al llegar los cardenales extrangeros, los Albani, que son el diablo, se burlasen de ellos."

Así como Choiseul, Roda fué embajador en Roma, y tomó acta de su permanencia en la ciudad pontifical para prevenir á Azara contra los Zelanti. El 25 de Abril se expresa en estos términos: "Veo que en el cónclave todo se reduce á hablar, y parece lo mas cierto que no hay en él partido dominante. Si Bernis no llama en su ayuda á alguna de sus astucias ordinarias, me temo que al fin le engañen los Terceros y Rezzonicianos, porque Juan Francisco Albani sabe mas que todos, y es maestro consumado en esto de intrigas y manejos. Nuestro cardenal Orsini de fijo será juguete de todos los partidos, sin poder formar el suyo."

Las impaciencias españolas no se disimulaban, y segun ellas, Orsini ya aparecia como sospechoso, á pesar que desde el principio solo á él fué al que Bernis confió el éxito de las futuras negociaciones. Apenas quedó introducido en el cónclave el cardenal frances, escribió fecha 30 de Marzo al duque de Choiseul con el número 1º de su correspondencia lo siguiente: Cuanto he oido y visto hasta este momento, me hace pensar, que no serémos bastante fuertes para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacer el papa á nuestro gusto. El cardenal Orsini es de parecer, que si se nos agrega alguna otra persona, tendrémos suficientes votos para la exclusion. Los cardenales antiguos y los que se hallan achacosos y enfermos, encuentran el cónclave demasiado largo. Si se espera á los españoles, es cierto que nos dará tiempo para fortificar nuestro partido: tambien lo es, que da al partido contrario y á los fanáticos el medio de dirigir y ocultar sus baterías. El cardenal Andres Corsini, que me ha parecido estar muy adherido á la Francia, y que me ha rogado haga presente al rey sus buenos deseos, entreve grandes dificultades y borrascas despues de la llegada de los cardenales españoles. Este cardenal, aunque jóven, disfruta de una gran consideracion. El y su tio tienen alguna predileccion por el cardenal Fantuzzi, que no es del agrado de las tres coronas; pero se puede presumir que al fin y al cabo nos sacrificarán este deseo. Andres Corsini tiene una manera de discurrir clara y precisa, y al mismo tiempo nobleza y dignidad en el modo de expresar sus sentimientos. Por último, no calificaré á ningun individuo del cónclave sino por sus hechos y conducta.

"Todos convienen en que los Jesuitas alimentan aquí un fuego subterráneo, que aguarda ocasion favorable para estallar. El embajador, el ministro de España y el cardenal Orsini, cuyo celo no parece equívoco, piensan unánimemente que seria causa de perderlo todo, dar cuenta al cónclave de los negocios y cuestiones importantes, cuya resolucion favorable aguardan las cortes de Francia, de España y de Nápoles del nuevo pontificado. Le parece igualmente peligroso la propuesta del cardenal Sersale, lo cual seria un medio infalible para hacerle excluir. El emperador, que ha venido á ver desde una ventana inmediata á la celda del cardenal Serbelloni, á los eminentísimos llegados al cónclave, desde que aquel príncipe fué en él introducido, ha felicitado riéndose al cardenal Sersale sobre su futuro papado. No creo que esto, ya sea un cumplimiento, ya una chanza, adelante en nada los negocios del arzobispo de Nápoles. Es ya público que las tres cortes se interesan por este cardenal, lo que nos obliga á guardar con él mucha reserva.

"El emperador me ha hecho el honor de tratarme con distincion. Sus expresiones recaen sobre la alianza y buena armonía de las cortes de Versalles y de Viena. No será muy extraño que sea este príncipe (que da muestras de gran talento) el que ha hecho circular por Roma las voces que los ingleses habian esparcido sobre la parcialidad de aquella corte en favor de la de Lóndres . . .

. . . . . .

"Nosotros no tenemos aquí partido. No es á mí á quien toca juzgar si convendrá á la Francia tener alguno; pero es demasiado sencilla la sola prevision de las dificultades de cualquier negociacion de nuestra parte, sobre un teatro donde mas de las tres cuartas partes de los actores no están de nuestro bando. Los soberanos de la casa de Francia encuentran siempre un gran medio de influir sobre la conducta de la Santa Sede, en su misma union y poderío; y no es difícil que, mediando algunas concesiones, recompensas y distinciones oportunas, allanasen con poco trabajo todas las dificultades y facilitasen el buen éxito de nuestros negocios con la corte de Roma.

"Conviene mucho mas, tanto á la piedad del rey, como á la de las córtes de Madrid y Nápoles, la conservacion del poder legítimo de la Santa Sede, que no su limitacion; es preciso apiadarse de la ignorancia y fanatismo que reinan aquí, y que sus magestades cristianísima y católica no abandonen la corte de Roma á los malos consejos que ha seguido durante el anterior pontificado. Muchos cardenales (gente honrada y piadosa) me han hablado en este sentido; creen que despreciamos a la corte de Roma, y juzgan que este aire de desprecio ó de indiferencia marcada priva de todos los medios de proteccion á las personas que piensan bien en el Sacro Colegio."

Este primer despacho del cardenal Bernis pinta al hombre y al siglo. Luis XV no sabia ó no queria preservar del desprecio público la corona de Francia, cuya autoridad envilecida pasaba de las manos de una prostituta á las de algunos sofistas, grandos declamadores en los gabinetes de las duquesas, sobre la desigualdad de las clases y condiciones. En España y en Nápoles lodemas nietos del gran rey conspiraban contra sí mismos, miéntras que, en los términos mas insultantes, Bernis le recomienda que tus viesen compasion de Roma. Esta especie de burla de la fe y de la suerte no tuvo el menor resultado: Choiseul y Aranda creyeron que les bastaria tropezar con su pié, para que á tan ligero golpe cayese por tierra la cátedra de San Pedro; y el movimiento que hicieron llevó consigo la caida de los tronos. Entónces no podian ni remotamente figurarse semejantes calamidades. Los mas sabios, segun el mundo, se contentaban con apuntalar con *recompensas* y *distinciones* la silla romana, á la que creian carcomida, y seguian ciegos su marcha en busca de revoluciones.

Bernis y el cardenal Orsini habian colocado sus baterías, y quisieron ganar con seducciones amables á los *porporatis* italianos. D' Aubeterre, el 1º de Abril, entra sobre esto en explicaciones con Bernis, y pretende que, sin mas espera, ponga el cuchillo de las exclusiones sobre la garganta del cónclave: "He recibido (le escribe asi) los dos billetes de vuestra eminencia núms. 3 y 4; y el mio quedará sin número, atendiendo á que no conservando borrador de las anteriores que os he escrito, he olvidado enteramente la numeracion que tenia el último. Comenzaré desde luego por quejarme de la ex-

plicacion en que vuestra eminencia ha entrado conmigo, respecto á la carta que vuestra eminencia ha escrito á M. el duque de Choiseul: Siento á la verdad que vuestra eminencia suponga, por un momento siquiera, que tengo la menor desconfianza respecto á su persona, pues si por mi carácter no la tengo de la persona mas indiferente, mucho ménos la tendré de vuestra eminencia, relativamente á sus bondades, con las que cuento.

"No me sorprende que el cardenal Corsini no haya convenido en que cada potencia pueda hacer uso, mas de una vez, del derecho de exclusion. Este es un principio que no es del género que pueda agradar al Sacro Colegio; pero mas son de temer las consecuencias de parte de las cortes, que multiplicarian, en su caso, estas exclusiones, que la realidad misma del derecho que en tanto existe, en cuanto la potencia que de él hace uso tiene medios para dar valor á la voluntad que enuncia. Finalmente, creo, así como vuestra eminencia, que esto es un remedio odioso, al que no debe acudirse sino en la última extremidad. En cuanto al partido que convendria tomar á vuestra eminencia en el caso de vernos obligados á elegir por papa á uno de los sugetos excluidos por las coronas, y al que no reconocerian como tal los ministros de las cortes, vuestra eminencia sabe que nuestras instrucciones nada dicen sobre este particular. Seria muy esencial que su conducta, supuesto ese caso, fuese uniforme. Estoy muy seguro de que si se multiplicasen las demostraciones contra semejante eleccion, el papa electo se apresuraria á anularla. Pero sea de esto lo que quiera, conviene que se fomente ese temor y que se haga saber al cónclave que se apelaria en último recurso á esta extremidad, si se nos quisiese forzar."

Este es el cálculo que forman los diplomáticos, y he aquí el ultimatum que hacen saber al Sacro Colegio. D' Aubeterre nada oculta; mas para hacer aceptar estas humillaciones, se las dirige á Bernis, vendiéndoselas como lisonja. Continúa en estos términos: "No se habla de otra cosa en toda la ciudad, que de la estimacion general del Sacro Colegio hácia la persona de vuestra eminencia, que sabe hacerse amar y temer al mismo tiempo. El público desearia que vuestra eminencia fuese secretario de Estado. Dudo que vuestra eminencia secundase su voto. Respecto al público, tiene mucha razon, y es la primera vez que le veo anhelar una cosa acertada. Espero que el cuidado de vuestra eminencia sabrá sostener la paz y la union entre los cardenales de nuestro partido. Es un punto muy esencial, el garantirse de los artificios que los demas no dejarán de emplear para arrojar en el cónclave la desconfianza y despues la desunion. Pero vuestra eminencia está á la vista, y yo descanso tranquilamente en su celo."

Este deseo era de todo punto imposible de cumplirse: la insolencia con el Sacro Colegio llegaba á ser un ultraje gratuito. Bernis

aceptó una cosa y otra sin mostrar descontento. Al dia siguiente, 2 de Abril, D' Aubeterre, que tenia tomadas sus precauciones respecto á la conciencia del cardenal, comienza á descubrir sus artificios. "Hay apariencias, le dice, de que, contando con todos, no habrá mas de cuarenta y cinco cardenales en el cónclave. Diez y seis nos bastan para una exclusiva (1), y cuando nuestras tropas se hallen reunidas, tendrémos diez muy seguros, seis napolitanos, dos franceses y dos españoles. Podrémos esperar que llegarémos á hacernos con algunos mas, entre los cardenales de Yorck, Lante, los dos Corsini, Ganganelli, Malvezzi, Pallavicini, Pozzobonelli y los dos Colona. Estos dos últimos están en el caso de tener muchas consideraciones con la corte de Nápoles, pues ademas de los muchos beneficios personales que han recibido de ese reino, la mayor parte de la fortuna de su hermano está allí, y hablándoles un poco fuerte, si necesario fuese, no dudo que se les pueda impedir que se inclinen por un sugeto que no sea del agrado de su magestad siciliana."

El rey Fernando de Nápoles, á pesar de su debilidad de carácter, resistia, cuanto le era posible, á las concesiones; pero el marques de Tanucci, su ministro, se mostraba fuerte con él, y como hechura de Cárlos III secundaba activamente los votos de las demas cortes, pues su fortuna politica y privada se hallaba íntimamente unida á la supresion de los Jesuitas. D'Aubeterre habia tendido sus redes al rededor de Bernis: le creia laborioso y pródigo; y el 8 de Abril le propuso un medio, que, segun él, debia con un solo golpe, producir felices resultados para su intriga: "Lo que no se hace con todos, le decia vuestra eminencia, puede en particular hacerlo, si las circunstancias fuesen favorables, con el que debiese salir electo, que es, ponerle una condicion ántes de que se decidiese su eleccion. Un cardenal, ántes de ser papa, se presta voluntariamente para el porvenir, y de esto hay muchos ejemplos. En ese caso, se le reduciria solamente á asegurar la destruccion de los Jesuitas, reservando el resto; y para su cumplimiento, se le arrancaria una promesa por escrito, y si no accediese absolutamente, al ménos un compromiso verbal ante testigos."

---

(1) Se llama *exclusiva de cardenales* en el cónclave, la oposicion constante de una parte de los miembros del Sacro Colegio contra la otra, y con el objeto de impedir la exaltacion al pontificado del cardenal que no se quiere. La exclusion de las cortes es, segun dicen los romanos, un aviso pacífico, que las cortes de Viena, de Paris y de Madrid someten al cónclave, sobre un solo cardenal, declarando que su eleccion no seria agradable á cualquiera de ellas respectivamente por motivos particulares. Este *aviso pacífico* llegó á convertirse en una especie de derecho. En el cónclave de 1769 degeneró de tal modo en abuso, que este escándalo, tan al descubierto, necesariamente ha debido volver á la Iglesia su independencia primitiva.

El 10 de Abril, D' Aubeterre desarrolla mas su sistema. "La reunion de las hechuras de Benedicto XIV, escribe el cardenal de Bernis, si dan por gefe de la Iglesia al cardenal Malvezzi, es una gran medida, que dará solidez y cuerpo á este partido, al que no faltaba mas que un centro. Espero saber con impaciencia que se consuma este plan, que contemplo como el mas grande y mas útil, y el único, á mi ver, capaz de asegurar nuestro estado presente.

"No puedo ménos de respetar los principios que sienta vuestra eminencia, sobre lo delicado que es el tomar, respecto al papa futuro, medida de compromiso personal tocante á la destruccion de los Jesuitas. Veo con sentimiento que este negocio, que creo tan útil á lo espiritual y temporal, se va dilatando mucho, si es que al fin no se desgracia enteramente, segun las circunstancias. Apenas habria un cardenal que se negase á hacer semejante trato con tal de ser papa. Respecto á los italianos, no acabo de creer que hiciesen un caso de conciencia de esa promesa anticipada. Los conozco demasiado, para pensar de otra manera, y los ejemplos de este género son muy frecuentes. Si mediase un papel escrito y firmado, seria mas que probable que el que le hubiera hecho ejecutase su contenido bajo pena de verse en otro caso públicamente deshonrado á la faz del catolicismo entero. Mas á pesar de todo, si esta idea no agrada á vuestra eminencia, nada de lo dicho."

Tal era el plan de las coronas. Desconfiaban del Sacro Colegio, y querian asegurarse, con que el futuro papa firmase el compromiso de secularizar la Compañía de Jesus. Bernis, fluctuante entre el primero de los deberes y su interes personal, rechazó con fuerza semejante proyecto. El 11 de Abril, D' Aubeterre trata de calmar los escrúpulos que en su opinion, aquel no comprende, y responde á sus objeciones: "Me encuentro verdaderamente consternado, le escribe, por la repugnancia que manifiesta vuestra eminencia al arreglo particular que le he propuesto, el cual es deseado por la España, y lo seria infaliblemente por la Francia, si se hubiese tocado en su tiempo esa cuestion. El advenimiento de un nuevo papa es lo mejor que pudiera acaecer para llevar adelante nuestras miras. No exigirle compromiso alguno de antemano, es echarlo á perder todo, y dejar pasar la mejor ocasion y medio mas seguro, que cuantos pudieran en adelante emplear las diferentes cortes. No conozco mas teología que la natural, y jamas llegaré á comprender, que pueda ser reputado como convencion ilícita un pacto que no tiene mas objeto que la secularizacion de un órden religioso que nadie negará que mantiene la division y guerra intestina en la Iglesia miéntras subsista; por el contrario, esta medida no puede ser reputada, á los ojos de las personas ilustradas, sino como digna de mérito y causante de un bien efectivo para la religion. Sé muy bien, que no soy apto para ser en las presentes circunstancias el casuista de vuestra

eminencia; pero tengo una esperanza fundada, de que si vuestra eminencia se descubre confidencialmente sobre esto al cardenal Ganganelli, uno de los teólogos mas célebres de ese pais, y que jamas ha pasado por tener una moral relajada, quizá se acercase mucho á mi pensamiento. No se trata aquí de temporalidad, sino absolutamente de una pura espiritualidad. Nada hay mas dudoso que lo que hará un papa, sea el que sea, despues de salir electo, si antes no se le tiene comprometido."

La cuestion propuesta en tan explícitos términos, no deja la menor duda, ni aun á la conciencia mas desnuda de escrúpulos. El cónclave se hallaba eminentemente colocado bajo el golpe de una infame maniobra que tendia á deshonrar la Iglesia. Los embajadores de las potencias habian tomado la iniciativa en el Sacro Colegio, y eran los que mandaban en Roma. Sin embargo, ántes de pasar veinticuatro horas, despues de estas confidencias, Bernis dió parte al duque de Choiseul de sus temores y de sus esperanzas sobre los cardenales, y en seguida añade en esta carta, datada desde el mismo cónclave el 12 de Abril: "Puede decirse, que en ningun tiempo el Sacro Colegio se ha compuesto como al presente de personas tan piadosas y edificantes. Las pocas excepciones que pueden hacerse se reducen á un corto número; pero es preciso convenir que nunca se ha mostrado la corte de Roma tan interesada como ahora en este gran negocio, ni tan ignorante al propio tiempo de los designios de las demas cortes. Esta ignorancia es uno de los mayores obstáculos que se presentan para el buen éxito de las negociaciones ulteriores. Estas gentes no se ocupan mas que de lo que es preciso hacer ó evitar, para no comprometer la Santa Sede con las potencias. Toda su política no sale del recinto de Monte-Cavallo. La intriga diaria es su verdadera ocupacion, y desgraciadamente para la paz de la Iglesia, su sola ciencia."

Bernis estaba muy al corriente del modo de pensar de sus compañeros. A pesar de sus vanidosas preocupaciones, confesaba de plano que sus caricias y sus adulaciones de nada servian, y en lugar de admirar esta firmeza sacerdotal, la transformaba en ignorancia, á la que inmolaba su amor propio lastimado. Acabamos de oirle decir á Choiseul su opinion sobre el Sacro Colegio; y he aquí que el 14 de Abril, tanto él como D' Aubeterre desesperan de encontrar un papa segun el deseo de las coronas. Es por cierto una leccion cruel en la historia de la Iglesia, un cónclave, en el que todos los soberanos católicos se ligan con cinco ó seis cardenales gangrenados, para sentar la simonía en la cátedra de San Pedro. Pero esta leccion está muy en su lugar, y quedará para siempre inscrita en el respaldo de esa silla, como eterno monumento de la fuerza de alma de unos y de la perversidad de otros. Bernis escribe, pues, fecha 14 de Abril, al marques D' Aubeterre lo siguiente:

"Ya no habrá disputa entre vuestra excelencia y yo, sobre un arreglo que repugna á mi estado; pues respecto al fondo de la cuestion ya hace mucho tiempo que he pensado, que despues de lo que se ha hecho, es político y casi necesario el concluirlo. Los medios para ello son los que me contienen. No dejaré duda alguna ni tergiversacion sobre este particular en la primera carta que escriba á M. el duque de Choiseul. Puedo aseguraros que el cardenal de Luynes piensa como yo, y que está persuadido (despues que estoy aquí) que seria de desear, que se pudiese acabar lo comenzado, valiéndose de medios convenientes. Lo principal de todo es, elegir un papa de tan buena cabeza que quiera sacrificar las pequeñas consideraciones á las grandes. ¿Pero dónde se halla ese papa? ¿Dónde buscar un secretario de estado superior á las miserias locales de este pais? Le busco, y no le encuentro. Tan solo veo medianías en los unos y en los otros; porque no debemos alucinarnos; se adelantaria mucho mas en el interesante negocio de los Jesuitas con un hombre de fortaleza, que con un débil, suponiendo que no fuese fanático.

"Cavalchini nos ha avisado que el partido de Fantuzzi reunirá los demas partidos. Si esto es verdad Fantuzzi ha transigido secretamente con los Jesuitas. Me aprovecho de esto, que ha dado luz á Andrés Corsini, y me aprovecharé mas aun. Cavalchini, á quien he hablado, me ha prometido que jamas daria su voto á Fantuzzi: si este tuviese diez años ménos, pudiera sacarse de él un gran partido. Los españoles vienen por tierra, y he aquí la eleccion suspensa por mas tiempo: no obstante, será muy posible sostener por mas de un mes la inaccion del cónclave. Ya veis que no me olvido de destruir las medidas de Fantuzzi con su partido, que hoy dia no es sino un espantajo; pero si bien no es mas que fantasma para asustar, no por eso debemos dejar de estar sobre aviso. Asegurarémos á su tiempo nuestra exclusiva á fuerza de votos, y no echarémos mano de las exclusiones formales sino en un caso extremo. Todos nuestros amigos tienen mayores deseos que cabeza, lo que es muy sensible. Si Ganganelli no tuviese tanto miedo á mancillarse apareciendo ligado con las coronas, en él encontraria mas recursos que en ningun otro; pero esto no es posible: á fuerza de maña va haciendo su negocio, y cuanto mas se oculta, tanto mas se trasluce su ambicion: esta es la conducta á que está acostumbrado en el claustro; tiene miedo hasta de su sombra. Esta es su falta. Todo mi plan se cifra en nuestra exclusiva. Yo no asusto á nadie, y á Dios gracias, he podido persuadir al cardenal de Luynes que no obre con precipitacion, ni hable demasiado. Este cardenal en su fondo es un buen hombre, dispuesto siempre á lo que el rey quiera que se haga, exceptuando lo que nosotros no podiamos hacer en manera alguna sin deshonrarnos *in sæcula sæculorum*.

"Dios mio! ¡Cuánto siento encontrar tan pocos hombres aquí!

Puede estar seguro el ministro de mi respetuosa adhesion y de mi constante fidelidad.

"La tardanza de los españoles ha causado una grande sensacion. Todos se ocupan de ella, y con razon. Los ancianos sufren, y todos murmuran, pero por lo bajo. A lo largo sucederá la impaciencia, y llegando ese caso, saldrán nuestros votos autorizando la exclusiva. He aquí mi gran temor, porque entónces no harémos ni el papa ni el secretario de estado, y quedarémos destinados á la vergüenza pública."

Al dia siguiente, 15 de Abril, Bernis continúa su papel de tentador: "He visto, dice, al viejo Corsini, y le he hablado. Este hombre está firme. Le he adulado, y está muy contento del papel que le quiero hacer representar. Lante me ha prometido afirmativamente su voto. Tambien he visto al viejo Conti: su miedo no deja de ser fundado; pero lo que es hasta el presente (porque soy muy desconfiado desde que estoy en Italia) el que me ha encantado es Malvezzi."

Sin embargo de todo esto, los negocios no marchaban enteramente á gusto de la casa de Borbon. Entre los enemigos de la Compañía de Jesus y los diplomáticos que se esforzaban en envilecer el Sacro Colegio, aguardando la ocasion de deshonrar á un papa, acababa de estallar una excision sorda, pero profunda. Don Nicolas de Azara no se prestaba siempre ni sin comentarios indiscretos á la complicidad que su colega Azpuru se creia con derecho á esperar de él. Azara queria reflexionar sobre las injusticias á las cuales se asociaba. Ya fuese por prevision, ya por probidad, se oponia de tiempo en tiempo á los designios que le parecian culpables, y aun algunas veces hacian que se frustrasen. Azpuru en su descontento le acusaba de jesuitismo, y el 9 de Abril D' Aubeterre contaba á Bernis el resultado de estas querellas diplomáticas.

"He contestado ayer, le decia, tan de ligero al billete número 13 de vuestra eminencia, que me creo en necesidad de volveros á hablar de algunos puntos, sobre los cuales pasé muy por encima, como por ejemplo, respecto al agente de España, que se llama Azara. Azpuru y él se han declarado la guerra al cabo de cuatro años que estaban juntos. Mr. de Choiseul se lo ha participado al gobierno español, y yo he escrito sobre ello directamente á Grimaldi. El agente se encuentra indeciso, y cada vez es mas circunspecto, lo que ha hecho que llegue la desconfianza hasta el cardenal Orsini y el abate Centomani, otro agente de Nápoles, en quien descansa M. de Tanucci, y tiene mucho crédito con él. El agente de España está lleno de confianza y de presuncion; es capaz de una imprudencia del momento, pero no de una imprudencia sostenida y reflexiva. Tiene demasiado talento y luces para dejarse llevar. Este pais es terrible en punto á personalidades y delaciones. Al presente, que

ya está manifiesta la desconfianza, Azpuru y el cardenal Orsini toman como realidad la voz mas insignificante que se refiera á cualquiera de los dos. En cuanto á mí, no puedo creer que Azara tenga la menor correspondencia con Juan Francisco Albani. Le conoce muy bien, y sabe bajo qué pié se le considera en España. Obrando de otra manera, expondria su persona y toda su fortuna, que es lo que le hace estar tan preponderante. Pero nunca estará de mas que M. el cardenal Orsini dé parte de todo á Tanucci. El agente que conoce la influencia del napolitano sobre el rey de España, le teme como el fuego, y una pequeña advertencia le vendrá muy bien, habiendo como hay necesidad de impulsarle.

"Por lo que á mí toca, como estas son disputas sin fin, hago lo posible por huir de ellas, no pudiendo, como no puedo, hacer nada en el asunto. No creo que la España ceje mas allá de lo que hemos visto, y si lo hace, no debe ser sino con la mira de facilitar mas la destruccion de los Jesuitas. El rey de España y su confesor los aborrecen, y mucho mas de lo que se piensa. Lo mismo sucede en Portugal, y solo en este sentido se debe interpretar su mayor aproximacion á Roma."

No ignoraba el Sacro Colegio nada de cuanto los ministros de las córtes comunicaban en sus despachos confidenciales. Se queria inhabilitarle, y luego corromperle para acabar con la Compañía de Jesus, alimentando con esto la mas lejana esperanza de hacer lo propio con el catolicismo. Muchos cardenales resistian en el silencio á tan continuo asedio; otros se alzaban con energía contra estas tramas desconocidas y nunca vistas, en que se queria envolver al cónclave. No faltaban quejas y murmullos; la discordia estallaba entre los príncipes de la Iglesia, y para pintar con su verdadero colorido la posicion de mediador que Bernis aceptaba en estas excisiones, provocadas por la intriga, escribia á D'Aubeterre con fecha 17 de Abril:

"El cardenal Orsini, con quien mi compañero y yo hemos tenido una conferencia, os pedirá explicaciones respecto á la seguridad y uniformidad de nuestra marcha ulterior. Vuestra respuesta nos arreglará igualmente á los tres. He vuelto por pasiva el argumento contra la tiranía de las cortes de la manera que vuestra excelencia desea. Nosotros juntos hacemos papas mucho mejor que el cónclave. Los medios de temor son muy buenos para empleados aquí, con tal que la mano sea ligera aunque firme. He visto en particular al cardenal Pozzobonelli, que ya habia declarado á Orsini tener órden de concertarse con nosotros. Me lo ha asegurado personalmente, diciéndome ademas que el emperador habia hablado de mí ventajosamente. Le he dado cuentas del estado del cónclave, y hemos convenido, que era preciso aguardar á los españoles, y que á su llegada tratariamos todos de buena fe. Desgraciadamente ha tenido órden de avistarse con el viejo Albani, y de comunicarle su instruccion ostensible, y me ha dado á entender que no se lo ha manifestado todo. Esto es un percance, porque ese viejo zorro sabe mas que aquel, y ya se alaba de esa comunicacion. El cardenal Lanze es tambien de los amigos de Pozzobonelli, y ha sucedido que habiéndole dejado jansenista en el último cónclave, y no habiendo sabido su cambio actual, no le ha hablado durante el escrutinio sino de Pascal y de Arnaud. Esto es para que se rian los que tengan gana. Fuera de todo, yo soy el zapatero del Sacro Colegio, y arreglo los zapatos mal hechos. La armonía entre nosotros es completa, lo cual es gran adelanto; el comboy de las tropa sd e nuestros contrarios comienzan á oscurecerse, y éstos ya han dispuesto que la mayor parte de su gente vuelva á entrar en su antiguo campamento.

"Nadie me apea de la máxima, de que la eleccion de un papa puede ser válida, cuando se ha hecho con todas las formas; pero al mismo tiempo creo necesaria que se la reconozca como tal, por los soberanos, para que tenga cumplido efecto. Cuando llegue el caso, podeis estar seguro de que hablaré con firmeza."

Desde esta fecha se da principio á otra comedia. El cardenal de Bernis extipula secretamente con el duque de Choiseul, que si por acaso fuese tan desgraciado que no acertase en la eleccion de un papa del agrado de las coronas y hostil á los Jesuitas, la embajada de Roma seria uno de los gajes de este contrato. D' Aubeterre supo esto; y al verse sacrificado, como buen cortesano que aguarda su desquite, se le vió ostensiblemente tomar su partido. Esta actitud inquietó á Bernis, y para quitar toda desconfianza al diplomático, el príncipe de la Iglesia continúa en estos términos su carta de 17 de Abril:

"Si llegase el caso de que los tres ministros saliesen de Roma, me parece oportuno, que despues de haber seguido el ejemplo de mis compañeros, para la adoracion del papa, sobre la cual, ni vos ni yo tenemos la menor instruccion, yo mismo saldria tambien de Roma; puesto que, ademas de que esta conducta probaria en mayor grado el modo de pensar de nuestras cortes, y daria mucho en qué pensar al nuevo papa, conoceréis tambien que nuestra permanencia en Roma seria tan desagradable como poco decente, despues de la gran campanada de nuestra salida.

"En este caso dado, yo no tendria la menor envidia de aparecer como un negociador, y mucho ménos de haberlo sido realmente. El aire de este pais es demasiado cargado para mí, y ademas la vida que aquí paso no es conveniente ni á mi salud ni á mi carácter. No deseo sino vivir en adelante entre gentes honradas y de buen humor y cultivar mi jardin."

Este es el último deseo de este diocleciano del Sacro Colegio, en

busca de su pequeña quinta de Salona, que la encontrará despues en un magnífico palacio de Roma, donde se resignará á vivir mas de veinte años. D' Aubeterre contesta á estas intenciones del cardenal, el 19 de Abril: "He recibido, le dice, el billete con que vuestra eminencia me ha honrado. Soy muy amigo vuestro para andarme en cumplimientos. No le diré sino lo que pienso. Estoy muy persuadido, de que nadie se encuentra en mejor posicion que vuestra eminencia, para poder terminar las cuestiones de las diferentes cortes con la de Roma; pero yo no me encuentro autorizado para entenderme directamente con el duque de Choiseul, mas allá de la esfera en que me hallo circunscrito, á ménos que él no me busque. Por lo tanto, vuestra eminencia puede estar tranquila sobre este particular. Si el duque me buscase, no podria dispensarme de decirle claramente lo que pienso, aunque conozca por mí mismo lo mucho que contrarian los negocios cuando uno desea sinceramente su tranquilidad. Por mucho deseo que tenga de hacer cuanto sea de vuestro agrado, diré siempre la verdad; pero aunque al duque le viniese esa idea, que seria muy buena, no veo ni apariencias siquiera de que se me consultase para ejecutarla. En todo caso vuestra eminencia tendria siempre una excusa legítima, la de su salud."

Bernis pretendia ser el zapatero remendon del Sacro Colegio, que avenia los zapatos mal hechos, y mucho le debió ocupar ese trabajo, pues las varias listas en que se dividió al Sacro Colegio, de buenos, de dudosos, de malos y de indiferentes, prueban, que la mayoría del cónclave estaba muy distante de condescender á las miras de la casa de Borbon y á las intrigas de sus cardenales y diplomáticos. Bernis estableció categorías por un lado; el gobierno español, su embajada en Roma, y la faccion que ésta dirigia, las formó por otro, repartiéndose los votos de esta manera: Cuatro eran las clases de cardenales. Once de éstos se contaban en la primera. La España les reputaba como buenos (*buenos*) es decir, que á sus ojos se encontraban dispuestos á sacrificar á los Jesuitas y á hacerse cortesanos de las potencias. He aquí sus nombres: Sersale, Calvachini, Negroni, Durini, Neri Corsini, Conti, Brancifforte, Caracciolo (1), Andres Corsini. Ganganelli y Pirelli. Seis estaban designados como muy malos (*pesimi*). Los nombres de éstos son un título de gloria para la cristiandad entera. Los cardenales Torregiani, Castelli, Buonacorsi, Chigi, Boschi, y Rezzonico merecieron una exclusion en compañía de otros, á quienes se

(1) En el manuscrito español de esta lista, dirigida por el marques de Grimaldi, ministro de estado de Cárlos III, á M. Azpuru, embajador de España, lista de cuya autenticidad salimos garantes, en los nombres de los cardenales Caracciolo, Ganganelli y Pirelli, se encuentran tres notas concebidas en estos términos: Caracciolo (*Signor Tanucci dice, malo*). Ganganelli (*hay cartas que dicen ser Jesuita*). Pirelli (*Tanucci dice, malo*).

distinguió solamente con la denominacion de *malos*, que eran los cardenales Oddi, Alejandro Albani, de Rossi, Calini, Veterani, Molino, Priuli, Bufalini, des Lanze, Spinola, Paracciani, Juan Francisco Albani, Borromeo, Colonnia y Fantuzzi.

Tres solamente componian la clase de *dudosos*. Estos eran Lante, Stoppani y Servelloni. Nueve la clase de nulos ó *indiferentes*: Guglielmi, Canale, Pozzobonelli, Malvezzi, Pallavicini, York y Pamphili.

Los cardenales españoles y franceses, Solis, La Cerda, Bernis y de Luynes, juntos con Orsini, se excluyeron á sí mismos de estas categorías; pero sus votos estaban prontos para dar al pontificado al que se presentase dispuesto á rebajar á la Iglesia, accediendo á las concesiones imperiosamente exigidas por las tres cortes. Esta estadística del cónclave, revelada por los mayores enemigos de la Compañía de Jesus, daba una mayoría evidente á los cardenales que querian conservar el instituto. Por lo que se leerá mas adelante, demostrarémos el lazo en que cayó esta mayoría. Pero, por el honor mismo de la Iglesia, siempre es bueno publicar los nombres de los que desde luego aceptaron la mision de envilecer al Sacro Colegio. "Contamos con catorce votos seguros y cuatro dudosos para la exclusiva, decia Bernis á Choiseul, el 3 de Mayo. No se contaba sino con diez, cuando M. el cardenal de Luynes y yo entramos en el cónclave; ya ve vuestra excelencia que no hemos perdido el tiempo."

Entre los personages mas influyentes del cónclave se contaban dos purpurados con el nombre de Albani. Justificados é intrépidos; ricos y honrados, se presentaron como gefes de los que no quisiesen humillar la dignidad de la Iglesia ante una ciega é inmotivada cólera contra los Jesuitas. Las adulaciones de Bernis se habian deslizado por sus almas, pero se mantenian firmes. El cardenal frances creyó que debia por todos los medios posibles vencer esta resistencia, y pidió á los dos italianos una conferencia en presencia de otros cardenales. La entrevista se verificó el 18 de Abril, y fué muy animada. Alejandro y Juan Francisco discutieron las razones de Bernis, que hacia de intérprete de las cortes. Juan Francisco sentó por principio que la causa de los Jesuitas llevada al cónclave era la causa de la Iglesia misma; que los parlamentos de Francia y los gobiernos español y portugues, muy bien habian podido cometer ese suicidio moral; pero que el Sacro Colegio ni podia ni jamas estaba en el caso de prestarse á semejante crímen; y que en Roma, para condenar á un acusado, eran necesarias mas pruebas que el inexplicable odio de un rey y los devotos cálculos de una muger perdida. Los dos Albani y sus allegados exigian que se especificasen las imputaciones, y que se apoyase de una manera lógica la culpabilidad de los Jesuitas. Estos cardenales destruian piedra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por piedra el edificio de promesas y terrores que habian edificado á tanta costa las tres cortes. Defendieron á la Compañía de Jesus con elocuencia y firmeza, y se lamentaron al ver ofrecidos en holocausto á incalificables prevenciones, los derechos y la independencia de la Iglesia. Bernis, sin tener que contestar á las reconvenciones que se le dirigieron, trató de salir adelante, poniendo en juego la cuestion de personalidad, y se levantó diciendo: "La igualdad debe reinar entre nosotros; todos nos encontramos aquí con idénticos derechos, y con el mismo título."

Al oir estas palabras, el anciano Alejandro Albani (1) quitándose de la cabeza el birrete cardenalicio y con una voz firme, llena de autoridad, exclamó: "Nada ménos que eso, eminencia. Los que estamos aquí no tenemos igual título, porque no ha sido una vil cortesana la que ha colocado este birrete sobre mis sienes."

El recuerdo de la marquesa de Pompadour evocado en el cónclave cerró la boca al cardenal de Bernis. La alusion no podia

---

(1) En esta época, como en todas las demas, en las que las cortes extrangeras han querido emplear su accion sobre la Santa Sede, existian en Roma, ademas de los agentes diplomáticos, varios intrigantes de segundo órden, que secundaban los pasos de su embajador, segun el salario que de éstos recibian. La Francia tenia entónces en la ciudad pontifical uno de estos calumniadores manifiestos á quienes se paga y se desprecia al mismo tiempo. Este hombre, llamado Dufour, estaba á sueldo del jansenismo, que le habia colocado bajo la proteccion del cardenal Passionei, y servia á la vez de corresponsal al cardenal de Bernis, al procurador general Joly de Fleury, á D' Alembert y á todos aquellos que tenian necesidad de estar mal informados. La voluminosa correspondencia de Dufour está en nuestro poder. La hemos recorrido y estudiado, y nos hemos ruborizado, porque jamas acaso la mentira se ha revestido de formas mas cínicas. Comienza esta correspondencia en 1766, y he aquí lo que envia á decir al cardenal de Bernis respecto á su futuro antagonista en el cónclave, el cardenal Alejandro Albani: "Su carácter se manifiesta al instante; se le ve taimado, sin que pueda descubrirse ninguna de sus astucias; hipócrita, sin que los Jesuitas puedan dudarlo, y vengativo é implacable. Sin embargo, á pesar de tales disposiciones, sintió la necesidad que tenia de aceptar las proposiciones que los Jesuitas le tenian hechas ya mucho tiempo hacia. Hizo su trato con éstos, se vendió á dinero contante, y se entregó sin reserva á estos padres. Sus nuevos dueños dieron á su nuevo esclavo pruebas de su poder; lo que despertó en él toda la avaricia, cuyo gérmen llevaba en su corazon, y aquellos no han cesado de fomentar una pasion, de la que, al ménos en la apariencia, han sacado mucho fruto. Alejandro ya satisfecho comprendió que toda su fortuna dependia del reconocimiento que tuviese con esa Sociedad. Por eso jamas ha cesado de servirla cerca de los generales de esta Compañía, la cual puede gloriarse de ser en esto la única en el mundo, pues el cardenal Aljandro Albani jamas ha tenido con ella la menor ingratitud.

"Alejandro es de todos los cardenales (continúa este Dufour panegirista asalariado del duque de Choiseul, de los galicanos y de los jansenistas) el que está mas imbuido en las ridículas máximas de la corte romana sobre el poder real. Todo lo ignora, excepto las pretensiones que llama ultramontanas, las que sabe de memoria, y las aplicará mas allá todavía de lo que hizo en otro tiempo Gregorio VII, si estuviera en su mano."

ser mas directa y penetró hasta el corazon. Al dia siguiente de esta escena, 19 de Abril, la correspondencia de Bernis con D' Aubeterre indica algo de la cruel reconvencion de Albani: "¿Por qué razon, dice Bernis á su confidente diplomático, hemos creido oportuno que Orsini diga á ese viejo zorro (alude á Albani) que la corte de Nápoles, contando con su adhesion por todos conceptos, y especialmente por las abadías que él y su sobrino disfrutan en el reino de Nápoles, desearia estar instruida acerca de su modo de pensar y obrar en los negocios del cónclave, y que la explicase sus miras é intenciones para el gobierno de su magestad siciliana? ¡Cuánto dará esto que pensar á ese gefe intrigante!"

Esto no era mas que contestar á una dura leccion con un sistema culpable de una intimidacion. Los cardenales que estaban al servicio de las coronas le practicaban sordamente, y el mismo D' Aubeterre, que dió el primer ejemplo, no se tomó tanto cuidado para ocultarle cuando escribió al duque de Choiseul el 6 de Febrero: "Creo que debemos hablar al cardenal de York. Es muy probable que este príncipe, tanto por su modo de pensar, que ya es muy diferente al de otro tiempo desde que se separó enteramente de los Jesuitas, como por reconocimiento á los beneficios que ha recibido de la Francia y de la España, seguirá completamente el partido de las coronas. Lo mismo digo del cardenal Lante. Tengo motivos para creer que no tiene, respecto á nosotros, la mejor voluntad. Por otra parte, en el cónclave pasado se condujo muy mal. Yo estoy resuelto á decirle con la mayor claridad, que si continúa conduciéndose lo mismo en éste, el rey no mirará su casa como adicta á su persona, y le retirará la proteccion que le ha dispensado; en cuyo caso nadie sabe lo que pudiera suceder con las rentas que posee en Francia."

El cardenal Lante no tuvo suficiente energía para resistir á esta intimacion. D' Aubeterre le dirigió estas amenazas ántes de la apertura del cónclave; y el 3 de Mayo, Bernis, escribiendo al duque de Choiseul, se da por *satisfecho* de Lante. Justo es que todas estas vergonzosas transaciones salgan al público en toda su desnudez. "Ya puedo, dice Bernis, hacer completa justicia al cardenal Lante. Se ha conducido perfectamente en este cónclave, y no dudo que, cuando llegue á ser decano del Sacro Colegio, merecerá que el rey acoja bondadosamente la instancia que le hará en favor del duque de Lante, su sobrino."

Bernis tenia por mision ganar votos á la causa de las potencias y neutralizar á los demas cardenales, cuyo voto no le fuese de antemano conocido. En su carta del 20 de Abril á D' Aubeterre, se lee: "Ganganelli, con quien uso de alguna galantería, me ha asegurado que su voto estaba á mi disposicion. Miéntras tanto, se ofrece ademas á nuestros enemigos para engañarlos mejor. No

aprueba el modo de obrar de mis colegas; pero aparenta tener mucho aprecio á mi persona."

En estos combates ambiciosos la causa de los Jesuitas habia adelantado un paso inmenso. Ya se la unia á la libertad misma de la Santa Sede, y Azpuru, escribiendo al conde de Aranda, pudo muy bien decirle el 21 de Abril: "Mas afortunada vuestra excelencia que el gobierno del rey cristianísimo, no tiene necesidad de torturar los hechos y la ley para herir á la Compañía de Loyola. Su magestad ha decretado, y su decreto ha sido al punto ejecutado sin apelacion. El silencio, entre nosotros, vale mas que todos los procedimientos, puesto que Bernis tiene que afanarse para defenderlos miéntras yo no tengo que hacer mas que callar. Una acusacion muda se traduce de mil maneras. La Francia ha cometido la falta de pronunciar su última palabra sin presentar pruebas. Se las piden en el cónclave, miéntras que nosotros tenemos derecho para impedir toda discusion sobre el asunto, y quién duda que esto es preferible. Con efecto, nosotros no tenemos que demostrar la culpabilidad de los ignacianos sobre tal ó cual punto. El secreto del rey contesta á todo, y lleva consigo la muerte de los Jesuitas como condicion *sine qua non*. Poco importa que el crímen se halle probado ó no, si el acusado está condenado. Habrá alguna resistencia, pero al fin se llegará á consumar el sacrificio."

La Iglesia se negaba á asociarse á la premeditada inquietud de las tres cortes. La corrupcion no bastaba para que progresase la intriga, y los ministros de las potencias juzgaron que conseguirian mas, empleando medios de terror. Ya no se habla de la simonía. Bernis y el cardenal Orsini se toman el trabajo de atemorizar al cónclave. Las ciudades de Aviñon, y Benevento Ponte-Corvo se hallaban ocupadas militarmente por las tropas de la casa de Borbon, la cual amenazaba con llevar mas adelante las hostilidades. Los monarcas de Francia y de España gozaban del privilegio de dos votos de exclusion en el Sacro Colegio. Una carta del cardenal de Bernis del 22 de Abril nos iniciará en el escándalo que á su nombre dejaron propagar estos príncipes. Se expresa en estos términos: "Si Azpuru fija su atencion en que las listas de Francia y España reunidas dan la exclusion á veinte y tres sugetos, y que el cónclave no se compondrá mas que de cuarenta y seis cardenales, despues de la llegada de los españoles, y que de éstos cuarenta y seis es preciso separar nueve ó diez que no son papables, ¿podrá encontrarse un papa? Azpuru me contestará que queda Sersale, al que no queremos aquí; Stoppani, á quien se quiere mucho menos; Malvezzi, á quien se tiene horror, despues que habló en nuestro favor; los napolitanos, que son demasiado jóvenes; Perelli y Pirelli, á quienes se reunirán pocos votos; Ganganelli, que es muy tímido y en demasía considerado. Azpuru insistirá en que el cansancio obligará á echar mano de Sersale; pero este mismo cansancio, unido á las voces que ya se han hecho correr contra la tiranía de las cortes, destruirá al fin el sistema de nuestra exclusion; los reyes nos abandonarán, y saldrá un papa á pesar nuestro.... El honor de las coronas es el que me hace hablar. Es imposible que éstas hagan un papa, excluyendo á mas de la mitad del Sacro Colegio. Esto no tiene ejemplo. Es preciso ponerse en la razon, y no poner al Sacro Colegio en el caso de separarse y de protestar la violencia. Es de todo punto imposible formar un plan de conducta sobre otro plan de una exclusiva tan general, que no deje apenas cuatro ó cinco personas, de las cuales algunas son aun muy jóvenes. En una palabra, se quiere coger la luna con los dientes, y esto es una quimera."

D' Aubeterre no concebia estas lentitudes y delicadezas de conciencia. Los reyes hablaban; su egoismo filosófico y sus tradiciones de obediencia militar estaban de acuerdo con ellos; era preciso que la Iglesia cediese. "Creo muy bien, dice á Bernis en una comunicacion, que el Sacro Colegio teme nuestras exclusiones; pero esto no es razon para que nos privemos de este medio. Excluyendo á los viejos, contamos al ménos, tanto en la clase de buenos como en la de los dudosos é indiferentes, doce sugetos donde escoger. La tiranía no está de nuestra parte, sino del partido opuesto, que nos quiere imponer la ley, y darnos un papa Jesuita ó dependiente de los Albani, que es todo uno. De todos modos, nunca viene mal que tengan un poco miedo. La experiencia que tengo de este pais me ha hecho conocer que este es el mejor medio para determinar las voluntades. Es preciso absolutamente atemorizarles; si no, nos pisotean: segun este principio, no encuentro mal en que sepan que, si eligen un papa á pesar y á disgusto de las coronas, éstas no le reconocerian. Temor á las cortes y respeto é inclinacion á vuesta eminencia, he aquí lo que nos hace falta."

Lo que hacia falta al embajador de Luis XV era la humillacion del Sacro Colegio y de la Sede Apostólica, en provecho de los novadores del siglo diez y ocho. A esto se tendia por todos los caminos, y Bernis, prelado demasiado cortesano, no supo comprender que se deshonraria á sí mismo, aceptando, conforme á esta política, la senda de la intimidacion. Llegando ese caso, aun se hubiera encontrado en el Sacro Colegio mas de un individuo de carácter, que apreciando en su justo valor los deberes del pontificado, hubiera repetido á estos nuevos Enrique II de Inglaterra, lo que el cardenal Gratiano (1) decia al rey que mandó matar á santo Tomas Cantuariense: "Señor, podeis dispensaros vuestras amenazas: ellas no nos asustan, porque pertenecemos á un poder habi-

(1) *Palatii fast, card.* 1, 333.

tuado á mandar á príncipes y á emperadores." Pero los cardenales y las cortes no significaban tan á las claras el terror; tan solo le insinuaban. En Roma este era el mejor medio para adormecer la vigilancia y paralizar el valor.

Ya dejamos dicho que el duque de Choiseul, de concierto con los jansenistas y con los filósofos, tenia un agente, que, verdadero espía y calumniador, hacia toda clase de papeles para envilecer á la Santa Sede y deshonrarla á los ojos de toda la cristiandad. Dufour, con quien los Jesuitas deben honrarse, contándole en el número de sus enemigos, profesaba á la dignidad del Sacro Colegio la misma opinion que el marques D' Aubeterre, diferente tan solo en el espíritu y la forma. Con ese instinto, que hace que agrade la corrupcion á los corrompidos, habia presentido que en nada se retrocediera por vergonzoso que fuese, con tal de abatir á los Jesuitas. Habia sondeado á los enemigos que tenian en Roma cómplices suyos, por ausencia. Desde el 9 de Abril de 1766, tres años ántes de la muerte de Clemente XIII, tomó sus precauciones, y trazó un plan para comprar a cualquier precio una mayoría en el Sacro Colegio.

"Sin que pudiera sospechar nadie la menor cosa, escribe este Dufour, llegarémos á hacernos dueños del futuro cónclave. Los cardenales franceses tendrán la lista de los amigos y no harán mas que observarlos. Se podrá desde luego añadir al trato hecho con aquellos á quienes no se entregue el dinero sino despues del cónclave, que garantida por la palabra del cardenal encargado de las instrucciones de la corte, se aumentará la cantidad de. . . . á la suma principal por cada voto que el *amigo* haya adquirido; pero á condicion de que el cardenal encargado de las instrucciones de la corte, esté de ello convencido, y que el que se haya captado, se sepa de fijo que no está comprometido por otra parte.

"De este modo, ganando á cinco ó seis cardenales, se puede ganar á casi todos, al ménos entre los romanos, porque en cuanto á los extrangeros, es menester asegurarse por medio de sus cortes respectivas. En general, debe comprenderse entre los romanos, á todos los italianos.

"Valiéndose de este proyecto, se podria tener esperanza y lisonjearse de dar al estado eclesiástico un príncipe temporal digno de reinar, y de hacer felices á sus súbditos, porque aquí el proponente hace completa abstraccion del soberano pontificado, y seria un escándalo prestarse á la menor simonía. Lo espiritual no debe ser mirado sino como una consecuencia, que para nada debe entrar en esta intriga. El que fuese capaz de reinar, lo seria tambien de gobernar la Iglesia, y se harian dos bienes á la vez; pero la compra de dos votos no debe recaer sobre el obispo de Roma, sino sobre el principado temporal."

Esta teoria de la compra de votos, que á haberse realizado, hubiera trasformado el cónclave en una feria parlamentaria, habia sido juzgada como impracticable por el mismo Choiseul. El autor fué recompensado por su buena intencion, y D' Aubeterre buscó otros medios ménos vergonzosos en la forma, pero igualmente culpables en su fondo.

Sin embargo, el plan de Dufour se avenia tambien con las secretas ideas de los diplomáticos, que Azpuru y Azara, su rival, se apoderaron de este proyecto para extraer de él una ignominia. Como pensamiento suyo se sometieron á la aprobacion de Cárlos III de España. Este príncipe, al mismo tiempo que hacia construir iglesias en Roma, como para ocultar bajo el mármol de sus cimientos las iniquidades con que atormetaba á la cátedra de San Pedro, autorizó á sus plenipotenciarios para que obrasen en ese sentido. Azpuru obedeció; pero Azara, ya fuese por contrariar al embajador, ó quizá por un espíritu de honradez, dió parte al cardenal de Bernis del escándalo que se iba á cometer. Este último comprendió que la indignacion del Sacro Colegio iba á estallar á la primera insinuacion de ese género, y el 16 de Abril escribe á D' Aubeterre:

"Respecto á la *idea abandonada* (habla del proyecto de Dufour) supongo que habreis reflexionado que esta clase de manejos no pueden confiarse sino á una sola persona (despues de cerciorarse que ésta no lo repugna) y no á cinco ó seis ministros diferentes, y por consecuencia á otros tantos secretarios; ni á cinco cardenales, de los que algunos han sido y son aun amigos de la gente que se quiere destruir. ¿Qué sacerdote se encontrará tan imprudente (aun cuando creyese legítimo el medio) que quiera confiar su honor á tantas personas? Hé aquí (se ha dicho entre nosotros) sobre este punto como sobre algunos otros, la gran falta de este cónclave. Es imposible que tantos cónsules con facultades iguales gobiernen igualmente bien una república. Por lo que á mí toca, estoy muy tranquilo, porque de nada soy responsable. Pero á no ser por un milagro, los negocios no tendrán gran resultado con este método."

El milagro no vino; pero Bernis, en pugna con su conciencia y su servilismo cortesano, trató de conciliar las diferentes exigencias, llevando la cuestion de simonía ante el rey de Francia. El 19 de Abril se explica de esta manera en un despacho al duque de Choiseul:

"Su magestad ha visto, que MM. los cardenales de Luynes, Orsini, Neri y yo, pensamos que el acomadamiento propuesto por el ministerio de Madrid, para obtener del papa futuro una promesa por escrito (como condicion *sine qua non*) no puede acomodarse á las reglas canónicas adoptadas sobre este punto por los tribunales seculares, y confirmadas por muchos decretos de nuestros reyes.

El cardenal de Luynes ha manifestado sus reflexiones sobre esta materia tan delicada á M. el marques D' Aubeterre en varias memorias, que nos han parecido tan sensatas como teológicas. Se debe elogiar al ministerio español por haber sometido su dictámen al juicio de los cardenales de las tres coronas. Les recomienda expresamente que no aventuren la ejecucion de este medio sino estando seguros del éxito, y despues de ser reputado como honroso á las córtes y útil á sus designios.

"No habiéndonos remitido el rey instruccion alguna sobre este incidente, su religiosidad y la de su consejo nos es demasiado conocida, para temer que jamas se nos ordene nada que sea contrario á las reglas de conciencia. La esperanza de procurar á los estados católicos un reposo seguro y duradero con la secularizacion de los Jesuitas, ha podido hacer creer al ministerio de Madrid, que esta intencion bastaria por si sola para que desapareciese la irregularidad de semejante acto. Esta misma razon pudo muy bien quizá sorprender igualmente á M. el marques D' Aubeterre y á M. Azpuru; pero éstos no calcularon que es un principio inconcuso, que nunca deben quebrantarse reglas positivas aun con intencion de hacer un bien. Si fuese permitido interpretar asi las leyes canónicas y hacerse superior á ellas, su observancia se haria arbitraria, la intencion justificaria siempre las infracciones, y los abusos ocuparian el lugar de las leyes. Los ejemplos que pueden citarse de semejantes compromisos, prueban solamente que la ambicion es muy fuerte y los hombres muy débiles. Clemente V, al destruir el Orden del Temple, no ha podido ocultar á los ojos de la posteridad, á pesar de todo el aparato de procedimientos y fórmulas jurídicas y de la decision de un concilio, el secreto de este negocio. Pero fuera de esto, el rey debe estar muy persuadido de que si bien nuestra opinion es de que no puede ejecutarse el medio propuesto por la corte de Madrid, tambien creemos y estamos convencidos, atendiendo á la conducta que los tres monarcas han observado con los Jesuitas (conducta de que no deben dar cuenta sino á sí mismos) que seria muy ventajoso al reposo de los estados católicos y á la tranquilidad de la Santa Sede, que el futuro papa se decidiese á secularizar á los Jesuitas, y nosotros no olvidamos nada (sin faltar á la prudencia) y en conformidad con nuestras instrucciones, de cuanto pueda dar á conocer la ventaja y necesidad de esta medida.

"La politica exige, en efecto, que se arranque la raiz del árbol cuyas ramas se ha creido conveniente cortar (1)."

———

(1) El duque de Choiseul y el consejo del rey recibieron este despacho del 19 de Abril, tal como le damos; pero en la misma minuta, el cardenal de Bernis habia desenvuelto su idea. No sabemos los motivos que le impidieron comunicarla al gabinete de Versalles: sin embargo, por interes de la historia y

La Compañía de Jesus era este árbol. Por todas partes se buscaba el hacha que debia echarla por tierra; pero la energia de la mayoría del cónclave paralizaba sus esfuerzos. El 22 de Abril, Bernis escribe á D' Aubeterre: "He recibido el billete de vuestra excelencia núm. 24. La indiferencia de la corte de Viena sobre la eleccion de papa es causa de la que nos muestra Pozzobonelli. Se encuentra rodeado de nuestros enemigos, es débil, y lleva sus miras particulares. No le pierdo de vista. Me parece que despues de las primeras confidencias que tuve con él, no debemos ni buscarle demasiado ni desentendernos totalmente de él. Ya sabeis que es contrario á la supresion de la bula *In cœnâ Domini*.

"La conversacion de Orsini con el viejo Corsini no ha sido tan nerviosa como debió serlo. El valor en presencia del enemigo es raro en el cónclave, y no existe casi sino en las cartas. El cardenal Rezzónico recorre las celdas y reune su gente; Orsini hace otro tanto por su parte. Estoy muy contento de que mi plan sea de vuestra aprobacion. Ni las reflexiones de Azpuru, ni aun las nuevas instrucciones que vengan de la corte de España, no deben hacer cambiar de parecer, porque en Madrid y en otras partes no están bien informados de lo que se puede hacer ó dejar de hacer en un cónclave. En una palabra, nosotros tenemos nuestras instrucciones, las cuales seguirémos, á ménos que vuestaa excelencia no nos mande otras nuevas, corformes á las órdenes que vos habeis recibido de su magestad para ser ejecutadas.

"Expresamente nos está recomendado por nuestras instrucciones el obrar de concierto en el cónclave con los cardenales españoles y napolitanos. Pero es necesario que de nuevo nos autoriceis por medio de una carta sellada y escrita á nombre del rey, para el caso de tener que dar algun paso violento, ya sea de exclusion, ya de

———

para conocer mejor la verdad, copiarémos la parte de texto que está borrada de la mano misma del cardenal. Bernis continuaba así su despacho.

"Dos grandes dificultades se presentan en este negocio; la primera es, que hay pocos hombres en el Sacro Colegio que estén persuadidos de esta verdad política, y que se atrevan, por consiguiente, á dar este gran golpe. El crédito de los Jesuitas en el colegio de cardenales, la aprobacion que una tan larga sucesion de papas han dado á las constituciones de esta Orden, harán siempre gran impresion en el papa, sea el que quiera, y con mayor razon, en el que á la debilidad de carácter reuna una edad avanzada; y ademas, aunque el pontífice nombrado tuviese resolucion para llevar á cabo semejante disposicion y la superioridad suficiente para prescindir de un Orden tan afecto á la Santa Sede, aun suponiendo que no le detuviese el temor de suicidar á la Santa Sede, jamas se resolveria á proceder á la destruccion, sea cual fuese la promesa ó compromiso con que pudiese ligarse, sin guardar, al ménos, las formas de las reglas canónicas. Estas emplearian mucho tiempo. Los príncipes temporales en ocasion semejante, pueden obrar mas de priesa; pero al soberano pontífice no le es permitido arreglar su conducta sino sobre la observancia de los cánones."

Cuando el cardenal Bernis escribió estas líneas, en las que cada palabra es una confesion, no contaba con Clemente XIV ni con el cardenal Malvezzi.

declaracion al Sacro Colegio. Hemos consentido que en las exclusiones que los napolitanos y los españoles juzguen por conveniente hacer, se pongan estas palabras: *De convenio é inteligencia con su magestad Cristianísima*, con el bien entendido que vuestra excelencia aprobará por escrito esta medida y la cláusula que la acompaña, como conforme á las intenciones y órdenes de su magestad; sin lo cual nos atendriamos solamente al texto preciso de las instrucciones. Me permitireis tenga el honor de haceros presente que es preciso poner todo esto en regla, pues muy luego vendrémos á las manos, y entónces será difícil convenirnos. Despues de la llegada de los españoles haré que venga Cornuault á una ventana segura, á fin de poder escribiros cuando sea necesario.

"Orsini os entregará pasado mañama el voluminoso legajo enviado por M. Azpuru. Mis respetos á vuestra excelencia. Me atufé un poco la noche pasada, y no duermo bien."

Corrian los dias y las semanas entre estos tráficos individuales, y complicaciones de la política con la moral y entre las sérias dificultades que la intriga provocaba ó no podia superar. Los candidatos al papado estaban excluidos, ó por la probidad de unos ó por la injusticia de otros. La excision era notoria entre ámbos campos, cuando los ministros de Francia, de España y de Nápoles propusieron de repente al cardenal Malvezzi.

Favorito de Benedicto XIV y de Passionei, este arzobispo de Bolonia, cuyo nombre resonará tan tristemente en esta historia, se habia dado á conocer mas por su ambicion que por sus virtudes. Dotado de talento poco comun, pero impetuoso en sus deseos y dispuesto á sacrificarlo todo por conseguir su objeto, apenas habia cumplído cincuenta y cuatro años. Passionei le habia inculcado un odio al solo nombre de Jesuita, y Malvezzi le abrigaba en el mayor grado. Esta hostilidad manifiesta en todos sus actos y palabras, fué la que le hizo objeto de la eleccion de las potencias, y como enemigo declarado de la Compañía, fué desde entónces el papa que los embajadores propusieron. Su candidatura fué anunciada á los cardenales del partido de las coronas, y un grito unánime de repulsion fué la respuesta á esa proposicion. El 24 de Abril, Bernis se encarga de explicar esta repulsa á D' Aubeterre: "Habeis hecho muy bien en insistir por Malvezzi. ¡Plegue al cielo que vuestro deseo se logre! Se ha explicado mas de lo regular sobre el artículo de los Jesuitas para que pueda retroceder; tan solamente usaria de la exterioridad de las formas, y esto no es de extrañar cuando se llega á ser gefe de la Iglesia. Pero de seguro no le querrán; es demasiado jóven y demasiado ilustrado."

Malvezzi, segun Bernis, era *demasiado ilustrado* para ser un soberano pontífice, y dos dias despues, el 26 de Abril, el cardenal frances expone al duque de Choiseul los motivos que pesan en

favor del arzobispo de Bolonia. Su sola exposicion legitima las repugnancias del cónclave. Leemos en esta carta: "Si el cardenal Malvezzi ha tomado el partido de sostener la máxima de que se haga un papa á gusto de las coronas, es porque se ha persuadido íntimamente de que los negocios no se pueden arreglar de otra manera; y á esto le inclina mas su adhesion á la Santa Sede, que la que la que pueda tener á las cortes. Cree, ademas, que es mucho mejor sacrificar á los Jesuitas, guardando por supuesto las formas convenientes, que exponerse al resentimiento de las potencias católicas. Su lenguaje firme y sostenido sobre este punto le ha granjeado aquí muchos enemigos y cerrado quizá para siempre la puerta al pontificado. Se atreve á decir sin rebozo que por espíritu de religion se nos debe proponer un papa de nuestro agrado y un secretario de estado de nuestra absoluta confianza. Sacarémos el partido posible de un lenguaje tan conforme á nuestras instrucciones. De todos los cardenales, Malvezzi, á mi parecer, es el mas emancipado de las ideas ultramontanas."

En su billete diario al marques D' Aubeterre, el 17 de Abril, Bernis profesa una doctrina que, para un obispo y un príncipe de la Iglesia, aparece tan poco canónica como admisible á los ojos de Roma. "Estoy convencido, decia, de la máxima de que puede ser válida la eleccion de un papa cuando se han guardado las formas, pero que hay necesidad de que sea reconocida como tal por los soberanos para que surta sus efectos."

El galicanismo, explicado por las palabras de los protectores de la impiedad en el siglo XVIII, adoptaba esta teología que Malvezzi hubiera desenvuelto sobre la cátedra romana. La diplomacia tenia interes en la eleccion de este sucesor de San Pedro, y el 25 de Abril, D' Aubeterre y Azpuru, que acababan de excluir á los cardenales Colonna y Pozzobonelli, ya no ocultaron el pensamiento de las tres cortes; necesitaban un filósofo para reemplazar á tantos inmortales pontífices que prepararon la gloria de la Iglesia y el bien de la humanidad. Los embajadores, los cardenales de las coronas buscan esta persona en la lista que la España habia designado y que ya queda referida. El 25 de Abril D' Aubeterre escribe á Bernis: "He recibido el billete de vuestra eminencia, núm. 30. Las disposiciones de las cortes son las que adjuntas mando á vuestras eminencias. En ellas no he tomado parte mas que por Malvezzi. Si me hubieran creido, la clase de los indiferentes se hubiera confundido con la de los buenos, y vuestras eminencias pudieran tener mas campo para elegir. Pero por mas que he hecho, no he podido inclinar á M. Azpuru á que ponga á Stoppani entre los buenos. Ha sido preciso dejarle tal cual le han calificado en España. Del mismo modo hubiera colocado á Rossi entre los indiferentes. No es porque yo le crea un talento de primer órden,

sino porque creo verle tal cual es, quiero decir, sin escrúpulo de ninguna especie, sin opinion y consultando solo su interes personal. Pienso que un papa de este temple hubiera podido convenir á las dos coronas. Pero á qué cansarnos en reflexiones inútiles de todo punto, á ménos que Azpuru, por sí mismo, lo que no es verosímil, se resuelva á hacer algunos cambios en la lista. Me guardaré muy bien de proponérselo. No dejaria de hacerme, en el instante, responsable de ello."

Un papa sin escrúpulo, sin opinion de ninguna especie y que no consulte mas que á su interes, hé aquí lo que D' Aubeterre, calumniando al cardenal de Rossi, pedia á los cardenales enemigos de la Compañía de Jesus. A unos reyes, tales como los que entónces vejetaban sobre el trono, ejerciendo, segun dice Tácito (1), el poder soberano con alma de esclavos, y á unos ministros, tales como Choiseul, Aranda, Pombal, Roda Moñino, Campomanes y Tanucci, admiradores todos por cálculo ó por ligereza de la secta enciclopedista, un vicario de Jesucristo vaciado en ese molde les hubiera indudablemente convenido. Pero los cardenales que mediaban en la intriga, jamas se hubieran atrevido á cubrir su púrpura con tan indeleble mancha. Era una alusion tan solo; un sueño dorado de los sofistas, y el mismo D' Aubeterre conoció que era preciso renunciar á las sombras para colocarse en la realidad de las cosas. Un papa filósofo era una anomalía imposible; y el embajador de Francia vuelve á recaer en su idea fija de la simonía. El mismo dia 25 de Abril propone á Bernis su teoría de corrupcion y soborno, bajo otro punto de vista.

"Aunque ya estemos fuera de la cuestion, le escribe, de promesa particular respecto á la destruccion de los Jesuitas, idea que, puesto que vuestra eminencia la repugna, he abandonado completamente; creo, sin embargo, que debo mandarle copia del parecer de uno de los teólogos mas célebres de esta ciudad, no para convencer á vuestra eminencia, pues sé bien, por la manera con que se ha explicado, que nunca llegaria á conseguirlo, sino al ménos, para hacerle ver que mi opinion no es tan irracional, y que hay verdaderos teólogos que la apoyan."

Al dia siguiente Bernis le contestó: "La memoria teológica que me habeis enviado se funda toda ella en este principio: "Es incontestable que la destruccion de los Jesuitas es el mayor bien que puede hacerse á la religion. Este principio, en las actuales circunstancias, puede ser verdadero; pero es falso para la mitad del clero por lo ménos para un gran número de cardenales, de obispos y de personas de todos paises y estados. Por lo tanto, el decantado

(1) Tácito, *Histor.* lib. V, cap. 9.

principio fundamental es una suposicion nada mas y no un principio."

A estas razones tan concluyentes, repone D' Aubeterre el 27 de Abril: "Convengo con vuestra eminencia que el dictámen teológico reposa todo entero sobre el principio de que la extincion de los Jesuitas es un gran bien para la religion, y este es tambien el fundamento de mi opinion. Convengo igualmente en que muchos no son de ese parecer; pero ahora pregunto á vuestra eminencia, ¿dónde se encuentra la unanimidad? ¿No es preciso separar lo que proviene de espíritu de partido, de lo que es hijo de un espíritu de razon?

El espíritu de razon y la teología natural invocadas por D' Aubeterre, eran para los ministros de la familia de Borbon la simonía organizada, y la corrupcion introducida en el cónclave, bajo el manto de la filofia diplomática. Bernis en una memoria con fecha 12 de Abril, dirigida al duque de Choiseul, habia dicho: "Exigir del papa futuro la promesa por escrito ó delante de testigos de la destruccion de los Jesuitas, seria exponer visiblemente el honor de las coronas por una violacion de todas las reglas canónicas. Si un cardenal fuese capaz de acceder á un trato semejante, se le deberia creer mas capaz aun de faltar á él. Un sacerdote, un obispo instruido, ni pueden aceptar ni proponer condiciones de esa especie." Los reyes, el de España sobre todo, tendian á violentar la conciencia de la Iglesia. El 3 de Mayo, Bernis escribia: "Hoy me han dicho que los cardenales españoles están en el principio de que la medida adoptada por el rey de España, fuese mala ó buena, recaeria solamente sobre su conciencia. Lo que es en Francia, creemos que en esta clase de asuntos toca, diré mejor, están obligados los obispos á ilustrar á los reyes sobre las reglas canónicas."

D' Aubeterre no era de este parecer, que heria á sus intereses. El 4 de Mayo se atrinchera detras de su razon individual, y escribe: "Si yo fuese obispo, no creeria tan absolutamente que los reyes tuviesen necesidad de ser ilustrados en una materia sobre la cual no reconozco mas juez que la recta razon." Apenas habian trascurrido dos dias, cuando el ministro presentó nuevos argumentos al cardenal: "La simonía y la confidencia, le dice, no son privativas de estado alguno en particular; pero en todos cesan cuando habla la recta razon. ¿Hay acaso, ni puede haber una disposicion de la Iglesia que impida el que se haga el bien?"

Con el fin de venir desde Alby á Roma á representar á la Francia en este cónclave, y de ponerse á las órdenes de los enemigos de la religion, Bernis ya tenia recibidas del gobierno ciento treinta mil libras (1); tenia ademas la promesa de la embajada vitalicia cerca

(1) Tenemos en nuestro poder y á la vista todos los papeles del cardenal, y

de la Santa Sede, y todo esto no es aun bastante á sus ojos para recompensarle del servicio que presta á la incredulidad dominante. El cardenal se encargó de intrigar contra la Compañía de Jesus; pero este complot, del cual era el gefe nominal, no le impide pensar detenidamente en los detalles de sus propios negocios. Su mision en el Vaticano era la de conquistar votos por captacion ó por amenuzas; Bernis se lanza en este camino que él mismo ha hecho practicable. Pudiera hasta creerse que quería dar la razon á Roda en lo que éste dice del cardenal, en carta de 9 de Mayo, escrita á Azara: "No hay precision de fiarse del famoso Bernis, que está en el secreto. Es un negociador y un intrigante de primera tijera: así es como ha hecho su fortuna. Si se une á Juan Francisco Albani, los dos harán el papa que les dé la gana." El 28 de Abril el cardenal frances se atreve, por decirlo así, á proponer el toma y daca: "Nada tiene de injusta ni de irrazonable mi demanda, escribe á D' Aubeterre, y por lo mismo creo que será atendida! Tan solo pido una garantía para mis deudas, punto que toca á mi honor. Si á esto se accede, sigo aquí; de no, me vuelvo gustoso á cuidar de mis ovejas."

Las ovejas del cardenal eran los fieles de la diócesis de Alby, y hablaba de esto, tanto mas seguro, cuanto que en el dia anterior, 27

---

hasta sus pasaportes franceses (*), sardo y milanés para concurrir al cónclave, hasta las mismas minutas de sus despachos mas secretos, y así reproducirémos la carta que el banqusro Laborde le dirigió desde Paris el 15 de Febrero de 1769: "Monseñor, le dice, ignoro las disposiciones que se tomarán aquí para poneros en estado de partir para Roma; pero previendo el compromiso en que vuestra eminencia pudiera encontrarse, le remito dos letras de cambio, la una de treinta mil libras sobre Turin, y la otra de cien mil sobre Roma. Ruego á vuestra eminencia me diga si le basta con esto. Aprovecho el correo de M. el duque de Choiseul para haceros este homenage, así como el del profundo respeto, con el cual &c."

Parece que el cardenal encontró un banquero que se portaba mas á lo rey que el mismo Luis XV, pues apenas llegó á Lyon el 4 de Marzo, trasmitió al duque de Choiseul la reclamacion siguiente: "M. de Laborde, al mandarme letras de cambio sobre Turin y Roma, me dice, que ignorando cuáles sean las disposiciones de la corte respecto á mi viaje, y no queriendo verme desprevenido, me envia letras de giro. Me hareis el honor de remitirme esas mismas letras abiertas, diciéndome que son para *cubrir mis necesidades*, pues es necesario que yo sepa si es el rey quien tiene la bondad de abonar los ruinosos gastos de un viaje hecho de su órden y para su servicio, ó es una nueva obligacion la que yo contraigo con M. de Laborde. En el primer caso, debo dar las mas respetuosas acciones de gracias á S. M. por haber querido darme los medios de llenar sus miras. La apuntacion adjunta de mis deudas, que os ruego paseis por la vista, le probará lo necesario que me es ese socorro en estas circunstancias.

(*) En el *fac-simil* tercero puede ver el lector el pasaporte frances indicado en esta nota, expedido por la secretaría de Estado en 1.° de Marzo de 1766, á favor del cardenal de Bernis para su viaje á Roma, y revestido de todas las formalidades consiguientes á semejantes documentos. (N. del T.)

de Abril, el marqués D' Aubeterre le habia escrito respecto á la embajada de Roma tan codiciada de Bernis, lo siguiente: "El secreto que me ha confiado vuestra eminencia no saldrá de mi pecho; pero debo prevenirle que ya hace muchos dias que se habla de eso. Este pais es admirable. Hay en él una cantidad inmensa de especuladores ociosos que todo lo inquieren y todo lo adivinan. La plaza de Roma conviene por todos estilos á vuestra eminencia, que no merece quedar olvidado en una diócesis miéntras que pueda prestar grandes servicios en otra parte. La vida que aquí se lleva es tranquila, y creo que el clima no debe ser sino muy bueno, para los achaques que vuestra eminencia padece. No me toca dar consejos; pero creo no podeis hacer cosa mejor que prestaros á los designios que se conciban respecto á vuestra persona. Esta encontrará en todas partes el *otium cum dignitati*, pero en ninguna tan realmente como en Roma."

En aquellos tiempos se aprovechaban, para engañarse mútuamente, estas gracias del estilo verdaderamente frances. Bernis no tenia mas que una inquietud; sus deudas, cuya suma total especificada ántes de partir para Roma, habia hecho pasar á manos de Luis XV, la cual ascendia á doscientas mil libras tornesas, y no fué esta la última peticion que dató desde el Vaticano.

Continuando en seguida su billete de este dia (28 de Abril) discute Bernis el negocio de los Jesuitas con una imparcialidad teológica, que en nada cede á la delicadeza y desinteres de los sentimientos que acababa de ostentar: "No es del caso, añade, examinar aquí, si en el estado actual de cosas hay necesidad de suprimir un órden peligroso cuando ménos, si es que no es culpable. Toda persona desapasionada debe pensarlo, y yo lo pienso mucho. Pero lo que aquí se trata, es, de saber si para llegar á ese resultado, los obispos pueden obrar contra las reglas de la Iglesia. Pero ¿á qué cansarnos, si entre nosotros esta disputa es el cuento de nunca acabar? Nosotros no serémos bastante fuertes para hacer un papa á nuestra eleccion. Es preciso tener fe, para estar seguros que el cardenal Ganganelli está á nuestro favor. Este hombre se envuelve en misterios que no comprende la razon."

A pesar de todo, nada se adelantaba. D' Aubeterre y Azpuru por la parte de afuera, Bernis y Orsini por dentro, acumulaban promesas sobre promesas para captar algunos votos. El cardenal de Luynes, quien en su correspondencia exclusivamente gastronómica, no se metia en nada, se dejó por fin arrastrar de la fiebre de la intriga, y saliendo del papel pasivo que se le habia trazado, se unió á los demas para dar un nuevo asalto á la Compañía de Jesus. Buscaron con afan, en los diversos colegios de prelatura romana, caracteres maleables ó susceptibles de dejarse corromper. Logrando atraerles á su causa, confiaban decidir á los cardenales honrados,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

pero irresolutos, á doblar su cerviz bajo el yugo de un terrorismo organizado.

La mayor parte de los prelados originarios del territorio eclesiástico, y á quien designaron con el nombre de *Statistas*, resistieron á cuantas seducciones les rodeaban. No sucedió lo mismo con los que de todos los ángulos del mundo y principalmente de Italia, venian á Roma á buscar fortuna. Para algunos de estos últimos, la carrera clerical es una profesion como otra cualquiera, en la que se puede entrar sin vocacion determinada, y cuando llegan á poner el pié en el primer escalon, aspiran á subirlos todos lo mas rápidamente posible. Hábiles en disimular su ambicion, concentrados en el solo pensamiento de apartar los obstáculos, marchan, se cruzan, obran al traves de mil imperceptibles rodeos, hasta conseguir el objeto que se proponen. Los desaires y desengaños jamas entibian su perseverancia. No se atreven con el que manda; pero no son los últimos hasta aparentar temeridad con el poder caido. Estas gentes son, han sido, y serán siempre la última piedra que se arroja al árbol que está por tierra. El bien y el mal, la religion y la política, un exterior piadoso, ó una vida mundana, el arte de adular á los que están en boga, y de irse apartando de los protectores cuyo crédito comienza á decaer, el reconocimiento y la ingratitud, la franqueza y doblez, todo es para ellos medio admisible, y no se ocupan de los demas sino para hacerles servir al triunfo de su egoismo.

El número de éstos indudablemente será siempre en Roma el menor, y la excepcion de la regla general, la que obrará de esta suerte. Pero esta pequeña fraccion es la que recorre los salones, la que se insinúa con las mugeres, la que se constituye en corredor de la diplomacia, que asedia las antecámaras del palacio papal, que se hace comensal de los sirvientes de todos los cardenales, y que apareciendo en todas las avenidas, concluye por interceptar todos los pasos. Esta influencia deleterea mas de una vez se ha hecho sensible en Roma. Cuando los enemigos de la Iglesia son audaces, y el soberano pontífice teme comprometer una lucha de la que debe salir victoriosa la cátedra apostólica, llegan dias, en los que no se habla en la ciudad de Inocencio III, de Gregorio VII y Sixto V, sino de sacrificios en bien de la paz. La ambicion individual se agita; ondea por cima de todas las cabezas el pabellon del miedo; y se tiembla ante las cautelosas amenazas de un embajador extrangero, lo mismo que ante los parlamentarios rencores de un antiguo jansenista de aldea.

D' Aubeterre y Azpuru, quien escribia poco á fin de conservar su libertad de accion, no ocultaban sus siniestros proyectos contra la independencia de la Iglesia. En las filas del episcopado encontraron monseñores que les secundasen. El sistema de concesiones á las coronas daba ya fruto. Los papas predecesores de Clemente

XIII no habian creido poder ó deber sostener la supremacía de la autoridad moral que tantas veces habia servido para la felicidad de los pueblos. Por un sentimiento mal entendido de paz y de caridad con los monarcas, se habia visto á estos pontífices desnudarse poco á poco de las prerogativas de la Santa Sede. Sacrificaron sus derechos á una vana apariencia de concordia, y de protectores que habian sido hasta entónces, descendieron al rango de protegidos. Es verdad que los príncipes aun les reconocian como su guia espiritual, pero al mismo tiempo batian en brecha el poder supremo de las llaves, no restándole mas que esa especie de respeto sin consecuencia, que los niños, cuando llegan á ser adultos, conservan hácia la vejez decrépita de sus abuelos.

Roma se habia voluntariamente suicidado; los escándalos de este cónclave la revelaban la inmensidad del mal; pero el principio de las concesiones estaba ya arraigado. En todas las esferas de la gerarquía eclesiástica se encontraban hombres, que le adoptaban como la última tabla de salvacion que le quedaba á la Iglesia en el naufragio. El interes particular debilitaba el valor y acababa con la adhesion. Aun á lo ojos mismos de algunos cardenales y prelados, se tenia por fanático al que únicamente repugnaba que se inmolasen sobre el altar de la filosofia los derechos de la verdad. No habia en Roma ni la audacia del deber, ni la resignacion del martirio. Se acataban las leyes que pretendian dictar las coronas, porque estas mismas leyes, fatales á la Santa Sede, permitian al egoismo desarrollarse mas cómodamente, poniéndose al servicio de los agentes diplomáticos. Estos agentes hablaban siempre de revolucion inminente, y encontraban almas tímidas ó culpables que daban importancia á semejantes amenazas, porque regularmente el temor de un mal futuro es el que arrastra á los débiles á cometer injusticias presentes.

Los jansenistas, aunque pocos, eran muchos por su destreza, y así como todas las sectas, se atribuian los honores de la persecucion, para llegar mas pronto á perseguir. Negaban siempre su existencia en Roma como en el resto del mundo, para adormecer á los celosos y no despetar á los incautos. Del fruto de estas hipocresias que cada partido, y que la revolucion sobre todo, tienen placer en renovar, ya bajo el manto político, ya bajo la forma religiosa, nacia un principio disolvente, cuyas tendencias nadie disimulaba; D' Aubeterre y Azpuru comprendian admirablemente esta posicion en juego contra los Jesuitas. La extincion del instituto, sancionada por un soberano pontífice, era la consagracion mas solemne que pudiera concederse á la doctrina de los novadores del siglo XVIII. Ya no se perseguia en los hijos de Loyola á los enemigos de la impiedad ó de regicidio sistemático; el golpe se dirigia á mayor altura. Los Jesuitas estaban proscriptos en todos los reinos, y ya lo que se queria era rebajar

la cátedra apostólica hasta el mas vergonzoso tráfico, aislándola del mundo cristiano, despues de haber dado á todos los fieles el espectáculo de su degradacion.

Este plan, por el que trabajaron quizá á su pesar ciertos hombres, cuya conciencia hasta entónces habia sido pura, este mismo iba á ser ensayado. La Compañia de Jesus era la presa que se disputaban los enemigos de la Iglesia. Con el fin de ver renacer la edad de oro del catolicismo, no faltaba mas que hacer sino quebrar el último lazo que ligaba la existencia de los Jesuitas. Las coronas exigian este sacrificio, y para obtenerle se intentaba envilecer para el presente y para el porvenir la tiara que todos ellos prometian ensalzar despues, por un sentimiento de unánime reconocimiento. Roda, sin embargo, en la intimidad de su correspondencia, deja traspirar el pensamiento que agita á todas esas almas de sofistas, ya compradores, ya vendidos. El querria mejor, dice, un papa cuya resistencia á nada obligase, y he aquí los motivos que alega de esta preferencia; motivos que deben ser objeto de una grave leccion para la Santa Sede. "De nuestro gobierno depende, así se explica, el sosten de la regalía y el saber burlarse de Roma, pues aun está por decidir el problema, si para conseguir ese fin valdria mejor tener un papa contrario y fanático, que otro amigo, propicio y conciliador; porque en ese caso, aunque no fuera mas que por correspondencia, tendriamos que ceder á nuestra vez algunos derechos en su favor."

Una época de calma se habia declarado entre los conspiradores. A pesar de haber ensayado de mil maneras diferentes toda clase de lenguajes, de adulaciones, de terrores y de promesas, no ganaban un palmo de terreno. Para impedir la eleccion de un pontífice que no fuese hostil á los Jesuitas, D' Aubeterre y Azpuru tomaron el partido de anunciar que iban á salir de Roma, á cuyo efecto hicieron que se les preparasen habitaciones en Frascati. El cardenal de Bernis, cuyos intereses lastimaba este proyecto, pues se habia reservado la plaza de su amigo el marques D' Aubeterre, suscribió al proyecto de retirada, pero bajo ciertas condiciones. "He recibido el billete de vuestra excelencia núm. 31, escribe á D' Aubeterre, en 29 de Abril, y aunque espero verla personalmente á medio dia, creo que debo darle parte de una reflexion que, por unanimidad, han adoptado mis camaradas. Hela aquí. En el caso en que los tres ministros se retirasen, ó mejor dicho, saliesen de Roma, creo que los cardenales de las naciones deben, despues de haber hecho la adoracion del nuevo papa en la capilla del Escrutinio y en San Pedro, segun costumbre, permanecer en Roma, al ménos hasta pasado lo que se llama la coronacion del papa. Las cortes no quieren un cisma, y solo intentan al dar esa señal marcada de desaprobacion, comprometer al pontífice á que ceda sobre ciertos negocios, guiado del deseo de ser reconocido por tres poderosas monarquías. Basta con que los ministros políticos se alejen; pero no viene al caso cerrar la puerta á toda negociacion, impidiendo á los cardenales que cumplan con sus deberes cerca de un soberano pontífice desagradable á las cortes, pero canónicamente electo, y tanto mas cuanto que este mismo pontífice llegará á grangearse la aprobacion de estas mismas cortes, adoptando mejores maximas que su predecesor. Esta consideracion se hace todavía mas importante, por lo imprudente que seria que saliésemos del cónclave y de Roma despues del escrutinio que decidiese la eleccion, porque entónces abandonariamos á nuestros enemigos los importantes destinos de secretario de Estado, de secretario de breves, de datario, &c., en términos que el papa, fortificado con sus consejos, podria hasta dar ocasion á un cisma, ó al ménos á una falta de reconocimiento, de donde resultarian millares de inconvenientes.....

"Nosotros seguirémos sabiamente el plan de conducta que vos habeis aprobado. Este aun tiene que ser muy largo; pero os prometo que no me he de impacientar. El cardenal Spínola me ha hecho hablar por su compatriota Pallavicini. Le he dicho, que teniamos buen concepto del mérito y de los talentos de Spínola; pero que no era culpa nuestra si este habia inspirado dudas sobre sus amistades y sobre su carácter, y que por último, que lo que yo deseaba era la completa desaparicion de esas dudas, desvanecidas con hechos claros y manifiestos, y no con vanas palabras."

El cardenal Spínola no habia deseado el peligroso honor de la tiara; y á pesar de eso, se encuentra como de Rossi, objeto de sospechar en esta incalificable correspondencia; pero el proyecto formado por los embajadores de abandonar la capital del mundo cristiano, si llegase á tener un gefe digno de ella, y libremente elegido, continúa discutiéndose por D' Aubeterre, y el 30 de Abril anuncia á Bernis: "En la conversacion de ayer, he contestado al billete núm. 35, con que vuestra eminencia me ha honrado. Convengo con su parecer, que en el caso de que nos viésemos precisados á salir de Roma, seria muy conveniente que vuestras eminencias se quedasen, ya para estar á la mira de la provision de las plazas y destinos mas importantes, como por tener siempre la puerta abierta á la negociacion. Ahora voy á daros cuenta de lo que he hecho despues. Por de pronto he escrito á M. de Vosemberg la carta en que quedamos convenidos. Despues de comer, he visto á M. de Kaunitz. Le he informado de la conducta y de las intenciones de Pozzobonelli, y de la idea de los Albani de proponerle para el pontificado con el designio, si nosotros nos negamos á cooperar, de que se haga un mérito de esto para con sus magestades imperiales, de sembrar la frialdad entre éstas y las demas cortes de la casa de Borbon, y de alejarlas aun mas de nosotros para romper enteramente bajo la apariencia de un convenio. Kaunitz me ha entendido perfectamente, y prometido que daria de todo cuenta á su corte, y que ademas se lo escribiria á

M. de Vosemberg para que informase mas detalladamente al emperador. Me ha asegurado lo que yo ya creia, y es que la emperatriz pensaba sobre Alejandro (Albani), así como el emperador, siendo absolutamente conformes los sentimientos del hijo y de la madre. Encuentra ademas muy fuera del caso que Pozzobonelli se hubiera atrevido á hablar lo contrario. Apostaria cualquier cosa á que hoy mismo ha recibido un billete sobre esto de M. de Kaunitz. Es preciso aguardar al presente el fruto que saldrá de lo que acabamos de sembrar; pero si la cuestion se reduce á Pozzobonelli, pienso que vuestras eminencias deben descartarse de él cuanto sea posible, hasta saber que sus magestades imperiales están informados de todo. Me alegro de que vuestra eminencia haya dormibien."

El proyecto de los Borbones y de sus diplomáticos ya no era un misterio. El cardenal Orsini conoció la necesidad de poner á buen recaudo su conciencia. Era embajador del rey de Nápoles; pero á su edad de 34 años no quiso manchar todos los demas de su vida con un acto tan culpable. Prestó sus dos manos á la destruccion de los Jesuitas; sin embargo, repugnó lo que sus colegas exigian de él, y para fortificar á los cardenales franceses en su resolucion, dirigió el billete siguiente á Bernis desde el mismo cónclave (1):

"Eminencia, el correo de España ha llegado, y he recibido una carta de Azpuru con la copia adjunta. Se la mando á vuestra eminencia para que reflexione sobre ella. Hoy, despues del escrutinio, hablarémos. Persisto en nuestras primeras convenciones. Vos sois arzobispo, yo sacerdote, y no podemos concurrir á hacer un papa simoniaco. No dudo que el eminentísimo cardenal de Luynes, arzobispo igualmente, esté del mismo parecer. Os mando adjunto ademas un billete del embajador para que vuestra eminencia le lea y le haga leer al cardenal de Luynes. El buque que trae á los cardenales españoles se hizo á la vela, desde Alicante, el 18 de Marzo."

El cónclave sufria estas influencias. Los cardenales se indignaban al verse juguetes de una conspiracion que ni aun siquiera se tomaba el trabajo de ocultar sus esperanzas, y Bernis, el 1º de Mayo, anunciaba al marques D' Aubeterre: "Orsini nos ha dicho, que se habia puesto en su noticia que el cardenal Solis no tendria ningun escrúpulo de exigir del papa futuro una promesa por escrito de la destruccion de los Jesuitas. Esperamos que él nos hable de esto, y entónces le declararémos que, convencidos como él de la necesidad de extinguir esta Orden, pensamos de diferente manera en cuanto á los medios que deben emplearse para conseguirlo; que

(1) Véase el *fac-simil* de este billete, núm. 4.

Carta del Cardenal Orsini, escrita durante cónclave, al Cardenal de Bernis.

Eminenza

Eginuto il Corriere di Spe=
gna, ed ò ricevuto bigliet=
to di Mons.r Azpurù, con
copia annessa, le accluso
a V. E acciò le osseno:
oss: dopo lo Scrutinio, ne
parleremo: Io persisto
vo

Carta del Cardenal Orsini, escrita durante conclave, al Cardenal de Bernis.

Eminenza

Ho giunto il Corriere di Spe=
gna, ed ò ricevuto Biglier=
to di Mons.r Azpuhà, con
copia annessa, Le accludo
a V. E. acciò Le osseno:
oss: dopo lo Scrutinio, ne
peni Lenemo; Io persisto
n el convenuto Cella è Are.vo
io sono Prete, non possia=
mo convenire in Un Pa=
pa Simoniaco, non dubito
che l. Emo de Luijnes Are.do
del pani, penzi divensam.te
Acchindo anche un Biglieno
dell. Amb.ne V. E. il leg=
ga, lo Semà leggene anche
all. Emo de Luijnes.
La Nave co. Card.li Spagnoli
à fatto vela da Alicante
il dì 18. Manzo, e sono suo U=
mil.mo seno.re
D. C. Orsini.

no nos opondrémos á que él exija esa promesa, si llega el caso de poderla exigir, y que trabajarémos con la mayor union para obtener sus efectos, siempre y cuando podamos hacerlo, sin herir, ni quebrantar las reglas establecidas. Por lo ménos, no podemos dejar de decirle, que si el Sacro Colegio llegase á apercibirse de semejante proposicion, infaliblemente nos abandonarian lo votos que forma nuestra exclusiva, y que tanto trabajo nos ha costado reunir y asegurar, y nos daria un papa á pesar nuestro, y un secretario de estado y un datario á gusto de los fanáticos."

En boca de un príncipe de la Iglesia, quien, el 18 de Abril de 1769, decia hablando de sí mismo: "No soy devoto, pero sí decente, y deseo llenar mi cargo de obispo. He extinguido el fanatismo en mi diócesis y restablecido el decoro exterior de mi clero;" este lenguaje era demasiado inteligible. La palabra *fanáticos* que se lee á cada frase, se aplica á aquellos cardenales que querian la sinceridad de los votos en el Sacro Colegio. Bastaba para ser llamado fanático el no prestarse á las importunidades de la hipocresía, ó á los cálculos de la bajeza. Algunos años ántes D'Alembert habia hecho, conforme con Voltaire, esta acusacion de moda: "Es preciso ser justo, decia en un folleto (1); el fanatismo no tiene hoy dia sino muy pocos afiliados en el estado de envilecimiento en que se encuentra. El triunfo de la razon se aproxima, no sobre el cristianismo á quien respeta, y del cual nada tiene que temer, sino sobre la supersticion y el espíritu de persecucion y de proselitismo, á los que combate con ventaja, y está próxima a echar por tierra."

Bajo estas palabras, era á la religion católica á la que se declaraba la guerra. Si el cardenal de Bernis, así como todos los demas prelados cortesanos de la época, no se apercibieron de ello, ménos creyeron que cooperaban á ese objeto con el escándalo de sus costumbres, con su insaciable codicia y sus cobardes complacencias. Es preciso convenir en que estos desgraciados estuvieron muy ciegos. El 2 de Mayo, Bernis, contestando al billete diario del embajador de Francia, le cuenta lo que pasaba en el cónclave. "El viejo Alejandro, le dice, me ha renovado sus instancias para una conversacion dentro de algunos dias. Andres Corsini, cuya memoria os mandé ayer, y por el cual escribiré el miércoles, merece la amistad de vuestra excelencia. Todos juntos hicimos ayer nuestra ronda, viéndonos con el decano, el cardenal Lante, Pozzobonelli y Rezzónico. Les hemos anunciado dos cosas. Primera: Que la intencion de nuestras cortes no era la de hacer el papa, sino la de impedir que se hiciese sin contar con nosotros. Segunda: Que estábamos persuadidos de que el Sacro Colegio era demasia-

---

[1] *Lettre á M.... conseiller au parlament de.... pour servir de supplment á l' ouvrage qui a pour titre: Sur la destraction des Jesuites en France.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do ilustrado para pensar en una eleccion repentina y por sorpresa, porque en ese caso estábamos persuadidos á decirle, de antemano, que *seria de temer* que el papa nombrado de esa suerte, no fuese reconocido por los ministros de las cortes; y que para evitar este escándalo, habiamos creido á propósito explicar las intenciones de nuestros señores, y manifestar por nuestra parte que obrariamos de buena fe para concurrir á la eleccion de un papa, *virtuoso, prudente é imparcial*. Todo esto ha sido acompañado de la dulzura conveniente, y creo ha producido su efecto. Pozzobonelli estuvo un poco remiso; sin embargo, contestó, que participaba del sentimiento de las cortes, y que haria cuanto pudiese (sin coartar su libertad) para inclinar á todos los demas á pensar como él. Nos dijo ademas, *buenamente*, que en todo caso no queria hacerse sospechoso al Sacro Colegio. Cavalchini habló á las mil maravillas; Lante, aun mejor, y Rezzónico nada dejó que desear. Henos aquí preparados para cualquiera sorpresa, y mediante esto, casi seguros de un golpe de mano y de que no se descubra el fondo de nuestras intenciones. He propuesto este medio y ha sido adoptado por los cardenales nacionales.

"Parece que no es tan íntima como se creia la union entre los dos españoles. Solis quiere excluir á la Cerda de nuestras conferencias particulares. Yo haré lo que pueda para arreglar todo esto. Ya sabeis que esta ha sido mi principal ocupacion desde que entré en el cónclave y que en su buen éxito consiste toda nuestra fuerza.

"Resta el negocio delicado de *la exigencia de la promesa*, sobre el cual no me es posible cambiar de dictámen. Como la cosa no es urgente, los señores cardenales españoles verán por sus propios ojos, de una parte, la imposibilidad moral de poner en ejecucion este medio, y de otra, el peligro que correríamos sin utilidad alguna, y con un escándalo que daria que hablar á la Europa entera. En todo caso, los cardenales españoles serán dueños de manejar á su placer este asunto. Por lo que hace á mí, no tomaré en él parte ni directa ni indirectamente, y seria necesario un volúmen (aun suponiendo el medio lícito) para explicaros que es poco aplicable á la par que muy peligroso; pero estoy seguro de que con media hora que os pudiera hablar, seriais del mismo parecer. Creo no dudareis que nada seria mas ventajoso para mí que el encontrar terminada la cuestion de los Jesuitas por la eleccion de un papa; cuestion que es para mí como una aguda espina, que desearia arrancar del pié. Pero realmente (aparte toda regla) ese medio es impracticable."

Al traves de este estilo tan poco episcopal, se ve que el cardenal de Bernis no se opone, segun confiesa con tanta ingenuidad, á que *los españoles manejen á su placer el asunto*. Su conciencia, para quedar completamente descansada en su futura embajada de Roma, desearia que la eleccion del papa fuese el último golpe que se diese á la Compañía de Jesus. La cuestion se zanjaria y la espina no mortificaria mas su pié; pero era preciso atraer la mayoría hasta ese punto, y la mayoría permanecia insensible. Los escrúpulos de Bernis sobre el capítulo de la simonía están bien expresados; sin embargo, como tiene que plegarlos á sus intereses, estos escrúpulos se desvanecerán en el momento decisivo. Los cardenales afectos á la casa de Borbon y que se hacian, por cortesaneria, por conviccion ó por frivolidad, enemigos de la Compañía de Jesus, no se encontraban aun tan avanzados; pero bajo la mano de hierro que les sujetaba y les impulsaba á inmolar sus derechos, conocian de vez en cuando lo vergonzoso y falso de su posicion. Coléricos unas veces, aterrados otras, casi estaban dispuestos á ser finalmente equitativos, cuando Bernis el 3 de Mayo dió parte al duque de Choiseul de tan singular estado de cosas, quejándose del ostracismo, que las numerosas exclusivas iban á hacer pesar sobre el cónclave.

"La proscripcion, dice en su despacho, es demasiado fuerte; nosotros ejercemos aquí un ministerio de rigor, que de nada nos salvará, porque los candidatos son todos, poco mas ó ménos, igualmente medianos. Por largo tiempo se nos echará en cara nuestra tirania, que no dulcifican ni los beneficios ni las esperanzas; y al fin tendrémos que aceptar á algun secreto partidario de los Jesuitas, ó á algun hombre débil, á quien los amigos de la Sociedad, que dominan en el Sacro Colegio, infundirán miedo. Creo de mi deber hablar al rey y á su consejo con esta claridad: á pesar de todas nuestras condescendencias y de la dulzura de nuestras palabras, nunca dejarémos de atraernos la odiosidad, atentando de una manera tan positiva y tan general á la independencia y libertad del Sacro Colegio. Debemos tambien manifestar, que la indiferencia que muestran los demas príncipes, en cuanto á la eleccion de un papa, prueba que no se les daria mucho porque saliese uno á disgusto nuestro para aprovecharse, como ya lo hacen, de las disensiones de las cortes de la casa de Francia con la de Roma. Esta razon que no es sino muy verdadera, no consigue mas que amortiguar, por decirlo así, los espíritus apegados á las ideas de libertad y de soberanía. Sé muy bien, señor duque, que no es la Francia la mas rigorosa exigente de las tres cortes, pero es de temer que este rigor produzca la desesperacion en vez de producir la complacencia y conciliacion; así como tambien, que á fuerza de proscripciones, lleguemos á perder los votos que forman nuestra exclusiva.

"En todo caso, ya queda sólidamente establecido nuestro concierto con los cardenales españoles, aunque no sea tan completo y dulce como el que tenemos con el cardenal Orsini. El cardenal de Solis vive solitario y nada hace sino por medio del secretario que

le ha dado la corte de España, por la direccion de M. Azpuru. El cardenal de la Cerda, á pesar de su magnífica figura, ha agradado por su exterior noble y sobre todo, por sus regalos."

"Se va á proponer al cardenal Colonna, persona aplicada y piadosa, pero demasiado jóven y amiga por lo claro de los Jesuitas. Nosotros le harémos caer guardando todas las consideraciones posibles. Spínola, que tiene talento, pero temido de la España, será tambien propuesto. Paranciani y de Rossi lo será igualmente. Se hará un esfuerzo respecto á Chigi, y mayor aun para con el cardenal Pozzobonelli, arzobispo de Milan y encargado de las instrucciones de la corte de Viena. Ya hace mucho tiempo que supliqué á M. D' Aubeterre, y me sirvió eficazmente, que hiciese porque la corte de Viena encontrase justa nuestra oposicion á que saliese electo este sugeto, débil por naturaleza, amigo oculto de los Jesuitas y que nunca podia convenir á las dos coronas á causa de su adhesion á la bula *In cæna Domini*, que ha defendido con valor á pesar de las órdenes de la corte de Viena. La emperatriz es piadosa, y su alma, dirigida desde hace tanto tiempo por los Jesuitas, se resistirá á consentir en su destruccion. Es muy delicado atacar de frente á un sugeto tan apreciado como Pozzobonelli, por sus costumbres y sus virtudes eclesiásticas."

Todos los cardenales, á quienes los príncipes de la casa de Borbon comprendian en la exclusion de este cónclave son, en opinion de los embajadores y de Bernis, personas piadosas y llenas de espíritu sacerdotal. Despues de los cardenales Chigi, Fantuzzi, Spínola y de Rossi, hasta Colonna y Pozzobonelli, todos son dignos sacerdotes; pero unos muestran á las claras su afecto hácia la Compañía de Jesus, y los otros creen que pensar en destruirla es un suicidio. Se descartan sin piedad esos corazones leales á quienes se teme, y las coronas no se fijan sino en caracteres maleables y virtudes problemáticas. La posicion en que quieren colocar á la Iglesia es ésta: Entronizar en la silla romana un papa cuya vida no sea, para con los monarcas, una acusacion continua. Los cardenales religiosos son excluidos como amigos de los Jesuitas, y se quiere despertar á toda costa una ambicion que consienta en sacrificarlos.

El 2 de Mayo, D'Aubeterre hizo el último esfuerzo con Bernis, pues estos dos personages iban á cual mas podia deshonrarse uno á otro, y con mayor escándalo. El embajador envió á decir al cardenal: "Ya es verosímil que va á darse principio al ataque. Seria muy terrible que al principio de la batalla nos abandonasen nuestras tropas. Hay algunos de cuya fidelidad confio hasta no mas. Me lisonjeo que éstos y la vigilancia de vuestra eminencia contendrán á los demas, caso de desercion. Ha sido muy bien hecho el poner á Pozzobonelli en evidencia: esto al ménos es un obs-

táculo mas. Pero no impedirá á los otros proponerle y llevarle adelante. Está en el interes de sus ideas obrar así. En cuanto á la declaracion de que nosotros saldriamos de Roma si él saliese nombrado, creo que estariamos en ese caso, atendido á que le creo como uno de los sugetos mas peligrosos. Pero nada podré decir aun de positivo sobre este particular, hasta conferenciar con M. Azpuru, sin el cual nada puedo hacer. Daré una respuesta positiva lo mas pronto que se pueda. He oido decir que el cardenal Solis pensaba efectivamente no solo en que era permitido, sino en que se creia obligado á exigir una promesa por parte del que saliese electo de suprimir los Jesuitas; que ésta era la intencion de su magestad católica y el único medio de poderse asegurar. Sobre esta medida, ya sabeis que abundo en los mismos sentimientos, pero en el círculo de la posibilidad. Si el cardenal de Solis persiste en esta opinion y se obstina en no acceder á ninguna eleccion, si no precede la promesa, estoy seguro de que esta conducta nos va á causar embarazo. En cuanto á mí, no tengo órden positiva para este caso. El fondo y el espíritu de mis instrucciones me prescriben la alianza con la España y la destruccion de los Jesuitas, sin especificarme medio alguno en particular. Con arreglo á esta instruccion, es muy cierto que no me separaré de la España, y que si M. Azpuru sale de Roma, le seguiré en el momento."

Bernis queria triunfar á toda costa. Los dos cardenales franceses se habian opuesto, en lo que su debilidad les permitia, á un pacto que rechazaba el honor, y solo á fuerza de cansancio le aceptaron por fin. Los cardenales de Solis y de la Cerda no tenian que obrar, sino á nombre de Cárlos III de España, buscando un sugeto que se atreviese á transigir con ellos. El 1.° de Mayo ya estaban en las celdas del Vaticano, y desde ese dia, la intriga, que no cesó en su rotacion sobre sí misma, toma una consistencia mas determinada y precisa. El 4, Bernis escribe á D'Aubeterre:

"Hemos examinado á fondo el *negocio de la promesa*, y hemos deliberado: primero, que creemos necesaria la destruccion de la Compañía de Jesus: segundo, que tanto nosotros como vuestra excelencia, no tenemos órden particular para este caso: tercero, que suplicamos al rey para que no nos la diese, porque no podriamos ejecutarla pasando por las leyes de la Iglesia: cuarto, que nosotros no pretendemos estorbar el modo de pensar de ninguna persona, y mucho ménos de nuestros cohermanos tan dignos de consideracion bajo todos conceptos, y que así, despues de haber pesado los inconvenientes de toda especie que dejo demostrados, si los señores cardenales españoles persisten en emplear ese medio, nosotros ni nos opondrémos á él, ni mucho ménos tomarémos la menor participacion."

El 5 de Mayo, un nuevo billete del cardenal manifiesta al emba-

jador la situacion de los espíritus: "El cardenal Cavalchini, asediado por el cardenal Vicario y por los Lanze, ha tenido la debilidad de permitir que se propusiesen los sugetos del antiguo Colegio sin alternativa con el nuevo. Nos hemos opuesto á esta novedad, y en lo genéral no ha sido mal recibida en el Sacro Colegio. Hemos exigido la alternativa, y el cardenal Rezzonico, que me ha hablado con la viveza de un jóven profeso de la Compañía, se ha determinado al fin á hacer lo mismo. A mas de eso, hemos exigido que Cavalchini fuese propuesto ántes que Lante, á ménos que él no lo rehusase. Hemos convenido en una respuesta acorde, que yo he redactado, y que se ha traducido en español para evitar que se descubran los sentimientos de las cortes y estar prevenidos. Tan solamente cuando se propongan los sugetos que deseamos, les advertirémos por bajo de cuerda que no hagan caso de la generalidad de nuestra respuesta, cuya sustancia es esta: *Para no herir á persona alguna y para no descubrir sin necesidad las intenciones de nuestras respectivas cortes, aguardarémos para explicarnos, el saber por medio del escrutinio la opinion del Sacro Colegio, respecto á los sugetos propuestos, ántes de declarar si nosotros unirémos á aquel nuestros votos y sufragios.* En cuanto á esto, serán inútiles cuantas observaciones se nos hagan. Tratarémos á todo el mundo igualmente. Nuestros amigos no se enfriarán viendo que á nadie excluimos, y conservarémos nuestras armas para el momento en que se nos quisiese forzar. Os confieso que ya veo dichosamente salvado el punto mas delicado de nuestra conducta. Una parte de nuestros amigos están ya contentísimos con esta respuesta. Por lo demas, es necesaria hoy dia una paciencia de ángel para aguantar lo largo y pesado de nuestras juntas, donde hay que repetir cien veces una misma cosa para hacerla entender. Jamas cónclave alguno, sino éste, se ha encontrado en la posicion en que debe estar; y si el Espíritu Santo no toma aquí parte, ó nuestros enemigos no se cansan, creo que hasta el fin del mundo no se acaba."

Estas espirituales impiedades que Voltaire hubiera subrayado con placer y que partian de un cónclave, en el que los amigos del cardenal de Bernis se esforzaban por establecer lo que el abate Gioberti llama un pontificado moderno y civil; estas espirituales impiedades, repito, nacidas de la pluma de un cardenal, nos dan una nueva luz sobre los preliminares de la eleccion de Ganganelli. Sigamos al cardenal de Bernis en esta misma carta. Continúa en estos términos:

"Hasta el presente, los proyectos de nuestros adversarios no están bien combinados, aunque no por eso dejan de infundir miedo por de pronto á nuestros camaradas. Os doy gracias por la anécdota de Alejandro Albani, y de su dicho sobre el ministro de Portugal. Toda mi vida seré vuestro fiel y respetuosa servidor. Al

fin, como la recta razon es vuestra única teología, debeis persistir en vuestra idea. Afortunadamente para vos, vuestras ideas están de acuerdo con vuestro estado. Las reglas sobre la simonía son por lo tanto muy sabias por los enormes abusos que resultarian de su infraccion."

Ya vemos aquí un hombre adversario político de la Compañía de Jesus, tan tolerante, que su doctrina sobre el *dejar hacer*, va á tocar casi á los últimos límites de lo absurdo en materia de fe. Al siguiente dia, 6 de Mayo, Bernis escribe aun:

"Se me ha dicho que el partido de Pozzobonelli se aumenta; es preciso tomar una decision sobre esto. Nosotros no podemos sin órden expresa darle la exclusiva. Lo que le vale es, que sabe bien que nosotros no queremos dársela. Al ménos, ya veis que le hacemos desempeñar como pudiéramos hacerlo por nosotros mismos las funciones de un ministro de la corte de Viena concertando con las tres coronas. Es una máxima, el que no se debe elegir un papa diplomático, y no dejarémos de recordársela."

D' Aubeterre y Azpuru tenian necesidad de intimidar al Sacro Colegio, y fingen estar decididos á retirarse de Roma, si el cónclave no se somete á sus órdenes. D' Aubeterre logra al fin de Bernis que obre en su sistema de terror, y el 7 de Mayo escribe al cardenal lo siguiente: "Es preciso que vuesta eminencia hable alto. El medio mas seguro, para que no haya cisma, es hablar mucho y con firmeza. Que se conozca vuestra cólera, cuando llegue el caso. Es preciso atemorizarlos."

Esta coaccion moral, que se ve á cada palabra de la voluminosa correspondencia que tenemos á la vista, no deja la menor duda á la historia. Hasta hoy cabia alguna incertidumbre; al presente los hechos son irrecusables. Los ministros de España, Francia y Nápoles conspiraron contra la libertad de la Iglesia. Por medios que la religion y aun el decoro repugnarán siempre, trataron de extraviar al cónclave, y de hacerle injusto, á fin de poder amnistiar la iniquidad de sus corazones. En los paises católicos se habia juzgado y proscrito de esa manera á los Jesuitas, y se esperaba que la Santa Sede, ganada de antemano ó intimidada, no pudiese rehusar su sancion á la obra de los Borbones.

Los dias se pasaban en estériles esfuerzos ó en intrigas, de las que muchas no llegaban á las puertas del cónclave. Los embajadores se agitaban por fuera, miéntras que el emperador José II y Leopoldo de Toscana, su hermano, se tomaban por dentro una deplorable represalia. Se les habia visto desafiar y humillar, mas por su actividad que por su lenguaje, á esos electores de la Iglesia, que resistieron tantas veces á los deseos y opiniones de los monarcas germánicos. El cónclave sentia la necesidad de poner fin á estas agitaciones, que se revelaban en Roma bajo mil aspectos di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

versos. El marques D' Aubeterre pedia en alta voz un papa que no fuese sino dócil instrumento de la filosofia; y se hablaba en la ciudad de sus arrogancias, concertadas con José II y Choiseul; arrogancias que se extendian hasta la intimidacion y la venalidad. Bernis habia agotado todos los recursos de su política de vanas palabras y lisonjeras seducciones, sin obtener el menor resultado. Se habia diezmado el Sacro Colegio con las continuas exclusiones; pero cuando los dos cardenales españoles, que de próposito retardaron su venida á Roma, para encontrar al cónclave fatigado, se presentaron por último, las cosas cambiaron súbitamente de aspecto, y no restaron á Bernis sino las apariencias del poder. Solis le eclipsó con la elasticidad de su conciencia y con su audacia en los medios que puso en juego.

El cardenal de Solis, arzobispo de Sevilla, era el confidente de Cárlos III y del conde de Aranda. Amigo de los Jesuitas, hasta el momento en que el rey de España les fué hostil, se le habia visto escribir el 19 de Junio de 1759 á Clemente XIII, suplicándole que sostuviese la inocencia de la Compañía de Jesus en la tormenta que padecia (1). Renunciando despues á la firmeza sacerdotal para improvisarse cortesano, y partícipe de un odio cuyo secreto orígen todos ignoraban, Solis abandonó á sus antiguos protectores, y se hizo órgano de su señor contra ellos. Este príncipe de la Iglesia no era hombre, como Bernis, capaz de ser reducido por adulaciones estudiadas. Su taciturnidad española, su altanería oculta, que M. d' Ossun, embajador de Luis XV en Madrid, comparaba con la de Catalina de Médicis, no le permitian emplear su tiempo en correspondencias tan fútiles entónces, como instructivas ahora para nosotros. Tenia mision de hacer nombrar un papa que se comprometiese de antemano por escrito á extinguir la Compañía de Jesus. Estaba en su carácter cumplir exactamente esta mision, sin piedad y consideraciones de ninguna especie. Pero llegaba á Roma con la nota de sus hechos pasados, y el 8 de Abril D' Aubeterre previno á Bernis contra él, acusándole de jesuitismo; imputacion que en aquella época era la muerte de un hombre filosófica y diplomáticamente. "Jamas he conocido al cardenal de Solis, decia al embajador; he oido decir que él y su compañero son poca cosa: lo que es Solis, pasa por adicto á los Jesuitas, y el otro por su enemigo. Ignoro completamente quiénes tienen su confianza ni quién entra con aquel."

El plenipotenciario frances no conocia á Solis: el ministro español, en muy pocas é insultantes palabras, va á trazar su retrato; y D. Nicolas de Azara: "Me alegro en el alma, le escribe desde Aranjuez, el 16 de Mayo, de saber que al fin han llegado nuestros

(1) *Dizionario di erudizione* del cavaliere Morodi, t. XXX, p. 143.

dos cardenales. Espero, que dejando á un lado su figura, no serán de los mas invencibles, pues comparándolos con los demas que componen el Sacro Colegio, pueden distinguirse entre muchos de sus hermanos."

Bernis pasaba en España por un afiliado de los Jesuitas, y Solis era censurado en Francia por ser su amigo. Este último probará muy pronto á D' Aubeterre que es digno de asociarse á sus proyectos.

Se hacia notable en el seno del Sacro Colegio un hombre que se mantenia á larga distancia de las intrigas, y que, colocado entre los Zelanti y el partido de las coronas, como en un justo medio pacificador, no dejaba transpirar el menor de sus pensamientos ó de sus esperanzas. Este era el cardenal Ganganelli.

Algunos años ántes de la muerte de Clemente XIII, el gobierno frances pidió á sus agentes diplomáticos en Roma una nota sobre los cardenales que componian el Sacro Colegio. Esta biografía manuscrita, que se encuentra en los archivos de Francia, es, como toda esta clase de obras, un conjunto de mala fe y de pasion. Los cardenales son juzgados en este documento por las voces del pueblo ó de los salones. Una anécdota mas ó ménos apócrifa destruye en pocas líneas las virtudes que los anotadores no se tomaron el trabajo de apreciar y conseguir. La mayor parte de estos príncipes de la Iglesia son acusados de ignorancia, de despotismo, de hipocresía ó de avaricia, porque no quisieron dar oidos á las exigencias de los ministros y embajadores de las cortes de la casa de Borbon. Ganganelli, cuyas opiniones eran aun inciertas, no se veia mejor tratado que los demas, y es muy curioso leer la ninguna ceremonia con que la embajada francesa en Roma, convertida en biógrafo cardenalicio, pinta al pontífice á cuyo cuidado dejará un dia las póstumas venganzas de la marquesa de Pompadour.

He aquí el retrato del futuro Clemente XIV (pág. 22 del manuscrito):

"Cualquiera diria que este fraile franciscano, que ha llegado al cardenalato por su destreza, camina por las huellas de Sixto V. No se trasluce su inclinacion, ni hácia la Francia, ni hácia las demas naciones. Se le encuentra siempre del lado mas conveniente á sus miras, y es Zelanti ó anti-Zelanti segun el viento mas favorable. Su grande estudio es el agradar á todo el mundo, y hacer ver que está del partido del que habla. No se atreve á oponerse á los deseos de los soberanos. Teme á las cortes, y las tiene consideraciones. El papa le tiene mucha estimacion, y obtiene de él cuanto quiere por medio de secretas maniobras. Pero como está mezclado en mil asuntos, sus intrigas han disminuido su crédito con el Sacro Colegio, quien, en el primer cónclave, descubrirá verosí-

milmente su ambicion por enmascarada que se halle bajo su capucha. Es necesario ganar á este cardenal para aquellos negocios que tengan relacion con el santo oficio, porque su voto lleva consigo el de los demas. En cuanto á los asuntos eclesiásticos que conciernen á la Francia, no se pueden fiar enteramente á él; pero el temor de descontentar al rey, podrá únicamente determinarle á secundar las miras, siempre justas y siempre pacíficas, de su magestad por el sosten de la religion."

Apenas entrado en el cónclave, el cardenal de Bernis continuó por bajo de cuerda el trabajo de sus cómplices, y á su vez dirigió al gobierno frances otra noticia sobre los cardenales. Bernis habla así de Ganganelli: "Afecta mucho miramiento por la corte de Francia, y parece que está asimismo muy bien con la España. Ha sucedido al célebre Passionei en el cargo de relator del proceso de canonizacion del venerable Palafox. Todo el mundo se ha asombrado de su valor en aceptar esta comision en las circunstancias presentes. No parece amigo de la Compañia de Jesus. En lo general se le cree capaz de los designios mas atrevidos, para llegar al fin que se propone."

Haciéndose cargo de las imputaciones de sus amos respecto al cardenal Ganganelli, Dufour, que en cada una de sus cartas pide á una mano con que disfamar á la otra, no se detiene tanto en ese bello camino. "Ganganelli, dice en su correspondencia secreta, es un verdadero intrigante; pero es conocido como tal, y desde entónces ya no se hace de él sino el caso que merecen los que tienen semejante oficio. Es ademas un gran hablador, un malísimo teólogo, un hombre avaro, ambicioso, vano y presuntuoso. Si su voto os fuese necesario algun dia, habria medios de conseguirle; pero seria necesario ántes quitarle la locura que le domina de ser papa, y no sera dificil curarle de esa enfermedad hablándole por lo claro. Con todo, siempre se debe desconfiar de su doblez, porque de seguro se entregará al que ofrezca mas y al último postor."

Ganganelli no habia salido aun de los límites de su dignidad sacerdotal, y no habia dado á los enemigos de la Iglesia el derecho de ajarle con sus alabanzas. En estos términos hablaron de él los hombres que ahora quieren elevarle al papado. El P. Julio de Cordara, uno de los Jesuitas que trabajaron toda su vida en los anales de la Compañia, y cuyo talento como historiador está reconocido por los sabios, ha trazado en sus comentarios inéditos sobre la supresion de la Compañía de Jesus, un retrato de este mismo Ganganelli. La comparacion será tan curiosa como instructiva. Ya hemos publidado lo que pensaron el cardenal de Bernis, el marques D' Aubeterre y Dufour del papa futuro que destruirá el instituto: veamos ahora lo que dice de él en el silencio del estudio

y de la meditacion, uno de los Jesuitas proscriptos por Clemente XIV (1).

Ganganelli tuvo en su interior una vida, que le hizo reputar por todos como un buen religioso y hombre lleno del santo temor de Dios. Era naturalmente jovial, y no rehusaba algunos chistes en el curso de la conversacion; pero sus costumbres eran puras. Este es el testimonio unánime que dan de él sus amigos y hermanos de su Orden. No solamente llevó una vida sin tacha, sino que fué tal su aplicacion á los estudios serios, que se distinguió entre todos por su saber. Añadiré tambien, que estimó siempre á la Compañía de Jesus, lo que pueden acreditar los Jesuitas de Milan, Bolonia y Roma, ciudades donde Ganganelli enseñó la Teología, y donde se dió á conocer á los padres de la Compañía. Es un hecho constante, que en cuantas partes Ganganelli encontró Jesuitas, se ligó con ellos, y tendió á ser reputado como su amigo.

"Cuando el papa Rezzonico le llamó á los honores de la púrpura, declaró que hacia cardenal á un Jesuita, vestido con el hábito de San Francisco, y los mismos Jesuitas se convencieron de ello. No niego que por entónces apareció Ganganelli como opuesto á nosotros, y que la mayor parte le creyeron mal dispuesto hácia la Compañía, porque desde aquel dia quebró todas sus relaciones con nuestros padres, tomó á pechos la causa de Palafox, uniéndose en estrecha amistad con Roda, embajador á aquella sazon del rey de España. Bajo la púrpura comenzó á dirigir sus miradas hácia la cátedra pontificia. Como hombre perspicaz, conoció que el que se declarase públicamenta afecto hácia los Jesuitas, dificilmente podria ser escogido para gefe de la Iglesia. Por lo tanto, siguió una línea de conducta diametralmente opuesta. Sin embargo, este camino no fué sino exterior. Su corazon y su voluntad quedaron inalterables, y no sin falta de razon el cardenal Orsini no cesó de llamarle Jesuita disfrazado."

Ganganelli, tan diversamente juzgado, permaneció, hasta el momento decisivo, en este mismo carácter. Cada fraccion del cónclave le habia oido soltar algunas de esas palabras significativas que tanto se prestan á la interpretacion. "Sus brazos son muy largos, dijo hablando de los príncipes de la casa de Borbon: pasan por cima de los Alpes y de los Pirineos." A los cardenales que no querian inmolar á los Jesuitas bajo quiméricas acusaciones, les repetia con acento lleno de sinceridad: "Tan quimérico es el echar por tierra la Compañia de Jesus como la cúpula de San Pedro."

Estas palabras, esta actitud, cuyo arte no se escapa á la saga-

(1) *Julii Cordaræ de supressione Societatis Jesu comentarii ad Franciscum fratrem comitem Calamandranæ.*

El manuscrito latino de esta obra se ha encontrado en la biblioteca del sabio abate Cancellieri.

cidad romana, y que Azpuru y D' Aubeterre habian tomado en cuenta ya hacia mucho tiempo, hicieron creer á los cardenales españoles, que Ganganelli ambicionaba la tiara. Era el único fraile que habia en el cónclave; y creyeron que las rivalidades de instituto podrian ser un nuevo elemento de buen éxito. El carácter de Bernis, tan lleno de presuncion, nada tenia de simpático con el de Ganganelli. Bernis sondeó al franciscano; pero le encontró seco y frio, sin prometer nada, ni comprometerse jamas; pero haciendo ver, con aquellas frases tan delicadas de la lengua italiana, que nada rehusaba al mismo tiempo. Ganganelli le pareció poco seguro, y el arzobispo de Alby se fué en busca de otro candidato.

Este candidato era imposible de encontrar. Los unos querian un hombre honrado para papa, y los otros, aunque en corto número, querian entronizar en la cátedra de San Pedro la debilidad ó la venalidad. El 18 de Mayo, despues de medio dia, Bernis da cuenta á D' Aubeterre de sus tentivas.

"La intriga de ayer tarde, señor embajador, parece que ha sido el último esfuerzo de la faccion contraria, que ha querido arrancarnos una exclusion, haciendo vacilar una parte de nuestros napolitanos (gentes muy sospechosas), y hacernos temer una inclusiva forzada. Ayer tomé el partido de hablar alto y claro sobre la salida de los ministros de Roma y de la renovacion de la declaracion hecha, hace ocho dias, sobre la cual me la echaron de ignorantes, porque ni Cavalchini ni Lante no habian hablado mas de ella, porque el miedo se habia apoderado de nuestros contrarios. Fantuzzi ha tenido muy pocos votos en el escrutinio: todos nosotros hemos renovado la declaracion á Juan Francisco Albani, que hace veces de vice-decano, el cual nos ha contestado como un ángel, y al mismo tiempo de una manera positiva. Fantuzzi ha caido, segun creo, por la última vez, y se trabaja al presente seriamente por Pozzobonelli, quien me hace al presente cuatro visitas al dia de falsas confidencias. Colonna, Paranciani, Spínola, de Rossi, quizá serán puestos en candidatura. Es cierto que Fantuzzi reunia la mayoria; pero ha renunciado como hombre sabio; y esta renuncia ha aumentado su mérito á los ojos de sus partidarios. ¡Quién sabe, y no lo olvideis, si algun dia tendremos que arrepentirnos de haberle destronado, como sucedió cuando Cavalchini! Lo único que puedo decirnos, es que, en la lista de los elegibles hay Jesuitas tan Jesuitas como los mayores que conozco; y que para encontrar aqui verdaderos enemigos de esa Sociedad, seria menester ser Dios y leer en los corazones. Volvemos á entrar en el silencio, á cultivar nuestros adictos y aumentar su número si es posible. Todos están prevenidos, antes de dar sus votos, para preguntarnos si hay alguna dificultad en los sugetos propuestos. ¿En qué vendrá á parar esto? Nada puedo

decir, porque no hay aquí personas que verdaderamente puedan llamarse de talento y que lleguen á comprender algo sino Juan Francisco Albani, y éste no es de nuestro partido."

Cuatro ministros de las cortes pesaban sobre el cónclave con todo el peso de sus intrigas. Los cardenales iban renunciando sus votos por Fantuzzi, quien, segun Bernis, reunia la mayoría. Fantuzzi sucumbió, porque su probidad era incontestable. Los demas se malograron como él; pero bajo las condiciones propuestas, era imposible á las coronas encontrar uno que fuese papable. Bernis se irrita de los obstáculos, y llega á declarar que si no se da satisfaccion á los reyes de Francia, España y Nápoles, estallará un cisma en Europa. A esta palabra D' Aubeterre, cuya mano dirige Azpuru, coje la pluma, y, el 10 de Mayo, contesta á Bernis con el número 44 de su correspondencia:

"No he tenido ayer comunicacion de vuestra eminencia; lo que anuncia una calma precursora de nueva tempestad, porque no pienso que aun estemos en el puerto. Es preciso prepararse á nuevas borrascas y conjurarlas tan bien como la última que nos hizo honor para con el público. Parece que están persuadidos de nuestra buena fe, y que si los demas cojeasen del mismo pié, no tardaria en arreglarse una eleccion del gusto de todos. Me parece que Stoppani va adquiriendo algunos votos en el escrutinio. Colonna por lo tanto le será muy superior. No tardarémos en ver alguno sobre la escena. Vuestra eminencia ha sentado dos puntos fundamentales, de los cuales es preciso no salir, á saber: 1.°, *el de no hablar sino cuando lo juzguemos á propósito, y* 2.° *que toda eleccion hecha sin avenencia de las cortes, no seria reconocida.* He mandado que me tengan buscada casa en Frascati, y que todo esté prevenido para un caso. Aseguro á vuestra eminencia mi adhesion y mi respeto. Recibí su billete núm. 46. La declaracion de la falta de reconocimiento es el mayor recurso que tenemos en nuestro favor, y el único que obligará á los demas á avenirse. Está muy bien hecho usar de cierto pulso con Juan Francisco Albani; pero estad muy en guardia sobre lo que dirá. Miente mucho, y es muy peligroso que nos haga decir lo que vos no habeis dicho. He tenido contestacion de M. de Vosemberg, y me anuncia que ha hecho leer mis cartas al emperador, el cual, en su consecuencia, le ha encargado escribir una reprimenda á Pozzobonelli, para que cambie de conducta y adopte una marcha conforme á sus intenciones y á las nuestras. Yo voy á darle otro tiento para que deseche completamente la idea del papado.

"Hablaré tambien sobre eso á M. de Kaunitz. Fantuzzi hace de la necesidad virtud. Cuidado con que no seais víctima de su pretendida moderacion. Caracciolo no es Jesuita; es un digno y honrado sugeto, pero yo temeria sus escrúpulos."

Toda eleccion hecha sin consentimiento de las potencias no debia ser reconocida. A esto tendian los secretos deseos de los sofistas; y aunque con sus obras inmorales ó literarias hubiesen gangrenado una parte de la nobleza de Francia y de Alemania, todo conduce á creer que una separacion de la Iglesia católica apostólica romana, no hubiera sido aceptada por los pueblos. La amenaza se hizo sin embargo, pero no surtió efecto. El cardenal frances cambia entónces de batería; y ya es un ultraje el que dirige á la corte de Roma, bajo el sobre diplomático. Bernis habla á D' Aubeterre de los cardenales españoles, y despues añade el 11 de Mayo: "Como hace poco que han llegado, no tienen prisa por concluir. Los Albani tratan mucho á los españoles. Sus regalos han surtido buen efecto. A mas de eso, la paciencia es la gran virtud de su nacion. Solis me dice siempre que tiene toda su confianza en mi. En cuanto á los regalos, es cierto que nosotros no somos tan generosos, y seria preciso al ménos dar de tiempo en tiempo un bocado á los que se da tantas veces de latigazos; pero no es este el modo de obrar de la Francia."

El 13 de Mayo aun se estaba en la misma incertidumbre. En este mismo dia Bernis anunciaba á D' Aubeterre: "He recibido el billete de vuestra excelencia núm. 46. El cardenal Rezzonico se ha avistado con el cardenal de la Cerda y conmigo para saber nuestro parecer sobre el cardenal Colonna, así como sobre sus *cohechuras*.

Nuestra respuesta fué general; pero hemos dado una mas positiva, despues de haber sido consultados, que consiste en decirles que en dando á la piedad y al nacimiento lo que les es debido, creemos que el cardenal vicario tiene pocos años y poca experiencia, para tratar con las cortes, y que nuestras intenciones sobre este punto estaban de acuerdo con nuestros sentimientos particulares. El cardenal Rezzonico nos manifestó que nuestro modo de pensar no le impedia proponer al cardenal Colonna si encontraba votos suficientes, y que no se pararia en el modo de pensar de las cortes, sino en los sentimientos del Sacro Colegio y en su conciencia. Hice cuanto pude por disuadirle; pero nada le pudo convencer. Le supliqué que diese parte á sus adictos de nuestra respuesta, y lo rehusó. Entónces le hemos dicho que nos obligaria á participarla al decano y vice-decano; á lo que contestó que hiciésemos lo que gustásemos, que él obraria con arreglo á lo que le dictase su conciencia. Para guardar en nuestra conducta toda la moderacion posible, hemos informado al cardenal Cavalchini y al cardenal Juan Francisco de esta bella conversacion. Se han encogido de hombros, y nos han suplicado, al cardenal de la Cerda y á mí, que olvidemos esa simpleza. Yo contesté á Juan Francisco que la olvidaria atendiendo al poco talento del sugeto; pero que si hubiera sido otro, pediriamos al nuevo papa una satisfaccion por el poco respeto y miramientos que

Rezzonico ha mostrado hácia las coronas. El pobre Caracciolo ha representado una escena de fanático respecto de Colonna con el cardenal de York: habia declarado de antemano al cardenal de Solis que en conciencia creia deber dar su voto á Colonna, á ménos que las coronas no le fuesen contrarias. El cardenal Torregiani y el viejo Perelli le dominan. Sé ademas que está ligado con los Jesuitas. Este seria un malísimo papa, aun cuando sea un buen hombre, cuando no se le llegan á calentar los cascos..... El sistema de los Jesuitas es el hacernos odiosos á fuerza de obligarnos á desechar candidatos."

Para llegar á hacer odiosos á la Iglesia y á todos los hombres de bien, á los cardenales y embajadores que hablaban con este tono tan descarado y desnudo de todo escrúpulo y respeto aun para sí mismos, poco tenian que hacer los Jesuitas. El cardenal Rezzonico acababa de declarar á los cardenales de Francia y España que seguiria la conspiracion de su conciencia, aun con riesgo de desagradar á las cortes. Bernis trata de *simpleza* esta noble conducta, y en la mañana del 14 de Mayo, D' Aubeterre le contesta en este incalificable lenguaje: "Os confieso que lo que ha dicho el cardenal Rezzonico á vuestra eminencia y al cardenal de la Cerda es muy extraordinario; y aunque imbécil, no le creia tan insolente. Es preciso que estos dias haya sido tanteado por el general de los Jesuitas. Admiro la moderacion de vuestra eminencia: si á mí me hubiera sucedido, le hubiera tratado de otra suerte. Pero al cabo, estoy persuadido, así como vuestra eminencia, de que no tardará en caer; y no estoy léjos de creer que los Albani le irán poco á poco aislando para apropiarse una parte de sus votos y hacer un mayor papel. Desde que vuestra eminencia juzgó á propósito manifestar sus sentimientos sobre Colonna, lo ha hecho de la manera mas digna y mas honrosa. Estoy persuadido de que Juan Francisco no le ha ocultado su modo de pensar sobre este punto. Aun separándose del carácter, que no se ha hecho para él, hay razones de interes para descartar á él y á su hermano del pontificado á causa del proceso del Condestable con D. Pablo Boghese. Es preciso que Rezzonico esté muy mal aconsejado para ponerse de este modo en evidencia ántes que sus parciales, consiguiendo así que caigan unos despues de otros. Creo para mí, que le venden. Si es así, tanto mejor para nosotros. Cuantas mas torpezas cometa, tanto mas se aumentará nuestra consideracion. Si este es el sistema de los Jesuitas, habiéndole visto tomar siempre los partidos mas violentos, es sistema muy errado. Ricci entiende mejor las intrigas de palacio que las del cónclave. Sé muy bien que la cabeza de Caracciolo está sujeta á calentarse muy pronto, pero nunca creí que llegase hasta tal punto; sin embargo, lo creo con demasiado honor para que jamas falte ni á su soberano ni á su palabra. Es muy esencial par-

ticipar todo esto á los cardenales españoles, á fin de que éstos por su parte lo hagan á M. Azpuru que no tiene fe sino en ellos, lo cual es necesario aclarar."

Bernis no participa de la destemplanza que la necesidad de estar siempre en escena inspira á los demas. En este cónclave, los doce ó quince sacerdotes y obispos, príncipes de la Iglesia, atados al carro de los embajadores, no se ocupan sino de una cosa. Quieren ántes que todo agradar á los soberanos y á sus ministros: Dios se arreglará como pueda. D' Aubeterre dirigió el 14 de Mayo al cardenal la carta que acabamos de citar; y algunas horas despues, el mismo dia 14, Bernis le contesta gozándose en su esperanza: "A pesar de todo, vamos adquiriendo fuerzas, y creo que saldrémos del cónclave sin haber disparado nuestras armas. Lo principal es no caer malo; tengo alguna desazon y no duermo bien, pero espero curarme pronto."

Veinticuatro horas pasaron en iguales conflictos, y el 15 de Mayo los cardenales italianos de la faccion de las coronas se volvieron bruscamente al lado de Pozzobonelli, cardenal austriaco, cuya eleccion hasta entónces habian impedido por todos los medios posibles. Tenia este la confianza de la emperatriz María Teresa, y sin ser afecto á los Jesuitas no les hubiera sacrificado. El 16 de Mayo, D' Aubeterre, sabedor de esta reaccion inexplicable, da parte á Bernis de su asombro, en estos términos: "He de hablar aun otra vez á M. de Kaunitz, y haré que le hable ademas M. Azpuru, sin dejar por eso de escribir á M. de Durfort. ¿Qué especie de talisman tiene ese Pozzobonelli para robarnos todos nuestros votos? ¿Los dos Corsini, Malvezzi, York, Conti y otros muchos nos dejarán acaso por irse con él? Mi confianza se funda en no creer que Rezzonico se liga de buena fe, pues no le creo falto de esperanza de hacer de Pozzobonelli uno de sus partidarios. Cuento tambien con nuestra declaracion y con que habrá personas ilustradas en el Sacro Colegio que no quieran exponerse á un cisma. Lo que es yo, creo firmemente que cuanto se va á hacer es, una pura añagaza, y una muestra del genio italiano que no sabe llegar á un objeto sino despues de dar todos los rodeos imaginables."

Se tocaba por fin al desenlace de este drama, en que la religion y la probidad iban á salir tan comprometidas la una como la otra. Bernis habia renunciado entenderse con Ganganelli; Solis creyó tener sobre los principios del franciscano nociones mas exactas. De convenio con el cardenal Malvezzi dentro del cónclave, y con los embajadores de Francia y España fuera de él, el arzobispo de Sevilla quiere que se exija del candidato de las coronas una promesa escrita de suprimir la Compañía de Jesus. Esta promesa es la condicion irrevocable de las potencias. Solis negocia misteriosamente con Ganganelli, y obtiene por último de éste una carta dirigida al rey

de España. En esta carta declara Ganganelli: "Que reconoce en el soberano pontífice el derecho de poder extinguir en conciencia la Compañía de Jesus, guardando las reglas canónicas, y que él es de parecer y desea que el futuro papa haga todos los esfuerzos que estén á su alcance para llevar á cabo este deseo de las coronas."

Este compromiso no era demasiado explícito. El derecho invocado jamas ha sido contestado, y en otras circunstancias Solis se hubiera guardado muy bien de aceptarle como obligatorio. Pero sabia que el carácter de Ganganelli no podria resistir al combate, y que una vez colocado entre el doble escollo de su honor y de su reposo, no titubearia al fin en secundar los violentos deseos del rey Cárlos III. Amenazándole con la publicacion de aquel escrito, se debia conseguir del papa futuro cuanto se quisiese; y esta opresion moral era para las tres potencias una garantía de la que el texto mismo de la carta no era sino la ocasion. Por otra parte, el italiano, que se negaba á pasar mas adelante por escrito, verbalmente no ocultó al español sus planes ulteriores, descubriendo el fondo de su alma y la esperanza de reconciliar algun dia al sacerdocio y al imperio; aspirando á reunirlos en una profunda paz sobre el cadáver de la Orden de Jesus, y con el recobro de las ciudades de Aviñon y Benevento.

Una vez firmado secretamente el escrito, Solis comunicó la palabra de órden á los cardenales del partido de las coronas, y el 16 por la mañana, Bernis, que aun ignoraba el tratado, participó sus aprensiones á D' Aubeterre. "Se va á proponer á Ganganelli, le dice: ya no me asombra que los Albani estuviesen á su favor. No es muy fácil descifrar los verdaderos sentimientos del franciscano. Sé que M. Azpuru y vos, señor embajador, teneis buena opinion de él. Yo no soy del mismo parecer, y de todos los candidatos papables es del que ménos me atreveria á hacer el horóscopo, si es que sale electo."

Los Albani, con efecto, primeros protectores de la juventud de Ganganelli, se creyeron seguros de él. Con ellos se habia mostrado aquel con toda la franqueza aparente que podia dar de sí un carácter semejante. Les habia hablado muchas veces de sus antiguas relaciones con la Compañía, y de la necesidad en que se encontraba la Iglesia de conservar esa milicia, siempre dispuesta á combatir y morir. Los Albani, arrastrados por sus convicciones, votaban por él. El cardenal Castelli, uno de los sugetos mas venerables del Sacro Colegio, y que siempre habia sido opuesto á Ganganelli, habia oido decir á aquel en alta voz: "Jamas daré mi voto al cardenal Stoppani, porque si llegase á ser papa, estoy seguro de que oprimiria á los Jesuitas. "Esta palabra, pronunciada á la faz del escrutinio, en el que dos votos aislados y desconocidos se obstinaban desde la apertura del cónclave en proclamar el nombre de

Ganganelli, fué una revelacion para los cardenales de buena fe. La faccion de Rezzonico, sobrino del papa difunto, se pasó á la de Castelli (1). Este cambio brusco inquietó á Bernis, y el 16 de Mayo por la tarde escribió á D' Aubeterre: "Ya está visto que Ganganelli es Jesuita y que ha transigido con ellos, y si esto es así, las cortes van á ser el juguete de este religioso. Sé que tenemos nuestras órdenes, y que podrémos disculparnos del resultado, sea el que fuese; pero al ménos es preciso tomar precauciones para que Ganganelli crea que nos debe el papado."

Algunas horas despues Bernis ya estaba al corriente de la negociacion tratada entre el franciscano y el arzobispo de Sevilla. En una postdata añadida á esta carta, sigue diciendo: "Los señores españoles no nos lo dijeron todo. Si ellos hubieran hablado, nos hubiéramos abstenido de hacer reflexion alguna sobre Ganganelli. Le vimos inclinado á los Albani, y esto nos pareció sospechoso. Parece que ya se han arreglado con él. Todo está dicho."

En la tarde de este mismo dia, Bernis ya no deja la menor duda al embajador de Francia, y le cuenta el modo con que le han burlado.

"Estaba tan de prisa, le dice, cuando tuve el honor de escribir á vuestra excelencia, ántes y despues de comer, en un mismo billete, que temo haberme explicado mal, y que vos háyais creido que me quejaba de vuestra reserva, cuando mis quejas eran por la de los españoles. Estos han negociado con Ganganelli; y si bien es cierto que no era de absoluta necesidad que nos descubriesen el fondo de ese arreglo, tambien lo es que al ménos debieron decirnos que estaban seguros de los sentimientos de este cardenal. Este misterio nos puso en el caso de sospechar de Ganganelli: habiamos notado cierta intimidad de este cardenal non Castelli, y todo esto reunido, formaba la prueba mas completa de jesuitismo de Ganganelli. Nuestros amigos, y sobre todo los Corsini, se asustaron, y os confieso que hubo momentos en que creí vender al rey secundando esta eleccion, tanto mas, cuanto que en la lista de los buenos estaba el sesto: ya

(1) En la minuta de una carta del cardenal de Bernis al duque de Choiseul, con fecha de 17 de Mayo de 1769, leemos: "Como estamos en el deber de decir la verdad al rey, no podemos ocultarle que el cardenal Ganganelli, por su vida misteriosa, nos ha dado que sospechar, y es imposible no solamente responder afirmativamente de sus principios, pero ni aun adivinar cuál seria el sistema de su gobierno, tan oscuro en su modo de obrar. Su liga con Juan Francisco Alvani es cierta."

Las frases que siguen á esta minuta están borradas en el original, y á pesar de eso, las reproducirémos aquí, porque indican la nueva posicion del cónclave. Bernis añade hablando de Ganganelli: "El cardenal Castelli, gefe de los fanáticos, no se le opone, y no teme confesar, que por lo mismo tendria que temer mas que esperar de su pontificado. Un fraile que ha cazado tan largo, y que ha abandonado cuantas veces ha convenido á sus intereses, á sus protectores, por lo ménos es sospechoso, por no decir peligroso."

podeis conocer el riesgo á que se ha expuesto la negociacion de los españoles con este misterio. Es preciso que se hayan asegurado de los Albani, á quienes veo desde algunos dias ligados con los españoles, por medio del conclavista de Solis, Ignacio de Aguirre: el cardenal Orsini y yo, mas de una vez, advertimos á Solis la correspondencia de aquel hombre con los Albani. Tememos que aun le venda, á pesar de todo. Esta mañana el cardenal de Solis, á quien comuniqué mi extrañeza sobre la union de los Albani con Ganganelli, me ha dicho que desde el primer escrutinio era preciso votar por él. Le hice presente que este sugeto me parecia sospechoso por sus alianzas, y que creia oportuno verle venir, y asegurarnos ántes de él, no dándole nuestros votos sino á su tiempo. El tomó estas reflexiones como una negativa, y entónces fué cuando se corrió el velo, y recordé las conferencias nocturnas de su secretario con Ganganelli. Los doblones de España me han parecido un buen medio para ganar á los Albani, sin cuya cooperacion es imposible toda eleccion. Entónces declaré á los españoles, despues de haberles hecho percibir ligeramente que estaba al cabo de todo, que nosotros les seguiriamos en la forma que deseasen, una vez que todas las sospechas estaban disipadas creyéndose ellos seguros de Ganganelli y de los Albani. Solis convino en que habia esperanzas de que Ganganelli nombraria á Pallavicini secretario de Estado. Yo he quedado sobre esto de acuerdo con Orsini, así como en que se conserve la secretaría de breves á Negroni, y la dataría á Cavalchini, recomendando para esta plaza á Malvezzi despues de la muerte próxima de Cavalchini. Todo esto ha quedado convenido, y únicamente añadí que era preciso ponernos de acuerdo para que nuestras ideas, nuestro lenguaje y nuestras demostraciones fuesen uniformes en un todo. He aquí, señor embajador, todos los misterios aclarados. No es creible, pero tampoco imposible, que no háyais sido orientado de todo. La diferencia de nuestras opiniones sobre la promesa previamente exigida, nos ha podido hacer sospechosos; pero esto seria respecto á ámbos sin motivo. Siempre hemos dicho que nuestro parecer no debia servir de regla al de los demas. Estamos muy seguros de no haber sabido nada tocante á estos medios; pero siempre ha sido indispensable instruirnos en lo general de la negociacion para arreglar nuestra conducta."

Ya no queda mas que votar por Ganganelli. Bernis toma su partido. A pesar del golpe que ha recibido su vanidad, se apresura porque llegue el triunfo, queriendo persuadir á Ganganelli, que es á la Francia á quien debe la tiara. "No debo quejarme del misterio, puesto que á vos os le han hecho tambien, escribe el cardenal á D' Aubeterre el 17 de Mayo. ¡Quiera Dios que esta intriga salga bien! No deja de ser desagradable entrar en ella, sin saber á fondo cómo se ha dirigido. Pero es preciso seguir cada uno sus instruc-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciones. Los resultados justificarán ó condenarán los medios que se han empleado. Ahora veo cuántas veces los Alvani se me entraron por los ojos; pero como no tenia dinero que darles, y vos por otra parte desconfiábais de esa gente, me contenté con vivir bien con ellos é irlos sobrellevando. El dinero contante está visto que vale mas que todo. Si la España conquista á los Albani con buenas pensiones, se hace la dueña de este pais. Nosotros no sabemos sino despedazar á nuestros enemigos y embrollarlos en vez de ganarlos. Estoy cierto de que si M. Azpuru no se hubiese asegurado por medio de cantidades muy crecidas y dado esperanzas de otras mayores, no me hubiera extrañado que los españoles le hubiesen burlado; tanto mas cuanto que los Albani no abandonarán á los Jesuitas, y no votarán á Ganganelli sino en el caso de estar plenamente seguros de que sostendrá á la Sociedad. Cuando se escriben ciertas cartas, nada cuesta escribir otras contra-cartas, y lo mismo se debe fiar de unas que de otras."

Estas insinuaciones respecto á Ganganelli y que caian sobre él con todo su peso, no llegaron á realizarse. Ninguna persona exigió contra carta, porque los Zelanti, decididos ya á votar por el franciscano, ignoraban de todo punto el tratada concluido. Ni aun le suponian, y era tal el misterio con que se ocultaba, que el mismo Bernis casi puede decirse que le adivinó mejor que le supo. Esta medio-ignorancia es la que le movió á añadir en esta misma carta: "Doy gracias al Señor por no intervenir para nada en todo esto, y no me gustaria palpar lo que no puedo ménos de entrever. Por último, haré saber á Ganganelli en esta misma tarde, que sin nuestra cooperacion nada podrá conseguir, y que una vez empleada en beneficio suyo, debe estar unido á la Francia. Es preciso que nos tema un poco, pero no demasiado. Creo esta precaucion esencial, pues sin ella nuestro papel en este desenlace seria completamente pasivo y hasta ridículo."

D' Aubeterre tuvo entrada en el complot de los españoles, pero conoció la necesidad de consolar al cardenal de Bernis, cuyo orgullo se hallaba altamente resentido. Para dulcificar las amarguras de su despecho, le escribe el 17 de Mayo: "Por mi billete (núm. 51) habrá visto vuestra eminencia que ignoraba completamente el pacto de los españoles con Ganganelli. A juzgar por las contestaciones de M. Azpuru, parece que él no sabia mas que yo. Falta saber si Azpuru ha usado conmigo la misma buena fe que yo con vuestra eminencia. Esto es lo que yo dudo. Por último, ya no queda sino desear que esta eleccion tenga efecto con todos los arreglos convenidos y que ya sabe vuestra eminencia. La eleccion es á gusto de las cortes, y las coronas tendrán toda la ventaja, y aparecerán como victoriosas, á lo ménos á los ojos del público. Si acaece que en lo sucesivo no están contentos con ese pontificado, nada tendrán que culparnos. Si

sale bien, sacarémos nuestro provecho como los demas. Todo ello es una casualidad. Ganganelli vale tanto como los demas, y los demas no valen mas que él. De ninguno me fio."

Bajo tales auspicios y con semejantes ultrajes al Sacro Colegio, es como la diplomacia se disponia á hacer un papa; y recargando aun sobre todo esto, Bernis no titubea en contestar á esta insolente declaracion el 17 de Mayo por la tarde: "He recibido el billete (núm. 52) con que vuestra excelencia me ha honrado, y le veo tan en razon y tan claro, que es para mí el Evangelio. En su consecuencia, votarémos por Ganganelli en el escrutinio, y la paciencia nos adquirirá los votos que nos falten, porque me parece que la faccion de Rezzonico aun no quiere á este religioso. Creimos en un principio, segun las apariencias, que los españoles habian formado un gran plan asegurándose de los Albani, mediante lo cual todo se hubiera concluido en ménos de veinticuatro horas; pero parece que no ha habido mas que un simple arreglo con Ganganelli, quien se ha vuelto muy alegre y sumamente afable. Dice á todos que no quiere ser propuesto: nosotros le propondrémos á pesar suyo."

Ganganelli dejaba obrar á los demas, y Bernis, sin quererlo, destruyó las odiosas sospechas que la víspera hizo recaer sobre la presunta venalidad de los Albani. En el momento de escribir aquellas líneas, tenia ante sus ojos una carta de Voltaire. El patriarca de Ferney violentaba tambien las puertas del cónclave, y en su estilo satírico y bufonesco, recordaba al cardenal las poesías de su juventud. Esta carta (1) fué para Bernis un bálsamo que calmó el do-

(1) La carta de Voltaire está fechada de 8 de Mayo de 1769. Hela aquí tal como se encuentra en sus *Obras completas*:

"Ya que estais, señor, metido en vuestra caja de tablas, aguardando al Espíritu Santo, será muy justo divertir un poco á vuestra eminencia.

"Sin duda habreis leido las *Quatre Saisons* de M. de Saint Lambert. Esta obra es tanto mas preciosa, cuanto que puede compararse con otro poema que lleva el mismo título, y que lleno de imágenes brillantes, tiene un estilo ligero y á cual mas florido. Son dos bellos adornos para el gabinete de un agricultor, como el que yo tengo el honor de ser. Ignoro de quién son estas *Quatre Saisons*, á cuyo lado nos atrevemos á colocar el poema de M. de Saint Lambert. En la portada se ven las iniciales de M. el C. de B.... Será sin duda el cardenal de Bembo (*). Dícese que este cardenal es el hombre mas amable del mundo, y que se apasionó de la literatura por toda su vida, la cual aumenta sus placeres así como su consideracion, aminorando su fastidio, si es que tiene alguno. Quieren decir que actualmente no hay en el Sacro Colegio sino una persona que se parezca á Bembo, y yo creo que esa persona vale mas que él.

"Hace un mes que llegaron á ver mi celda varios extrangeros, y nos pusimos á jugar el papa á los dados: yo ponia por el cardenal Stoppani, y saqué blanco; pero el Espíritu Santo no estaba en mis manos: lo cierto es, que uno de los que hemos jugado será papa. Si llegais á serlo vos, me recomiendo á vuestra santidad. Pasadlo bien bajo cualquier título, y no olvideis vuestras bondades para con el anciano labrador. V. Fortunatus et ille Deus qui novit agrestes."

(*) El cardenal de Bernis habia compuesto un corto poema sobre las *estaciones*.

lor de sus heridas. La leyó á los cardenales de su color; y envanecido con los elogios de Voltaire, se creyó destinado á la inmortalidad.

El 18 de Mayo, D' Aubeterre vuelve á hablar sobre la intriga, en la que tristemente se hallaba mezclado el nombre del futuro Clemente XIV. Las cartas se sucedian sin intermision, y á cada hora traian una prueba mas. "He recibido, dice el embajador al cardenal, los dos billetes de vuestra eminencia, núm. 58 y 59. Veo por el segundo, que el asunto de Ganganelli no está tan adelantado como lo creí, segun los avisos que me ha participado vuestra eminencia. Comienzo á creer ademas, que M. Azpuru no sabe mas que nosotros el fondo de esta intriga, que creo exclusiva obra del conclavista del cardenal de Solis. Dudo mucho de un tratado concluido de esa manera, y estoy seguro de que Ganganelli suspira un desengaño lo que es quizá cuanto desean los Albani. En todo evento, si se pierde el primero, me parece que deben resultar de esta maniobra violentas sospechas en los espíritus sobre los últimos. Estoy disgustado al verme en la precision de renunciar á la esperanza de ver terminado de esa manera el cónclave. Saldrémos de él con toda la ventaja posible, mas por medios de los que no debe resultar gran cosa. Hemos hecho un convenio agradable á las coronas sin hacernos en manera alguna responsables de las consecuencias de este pontificado; aunque creo que Ganganelli sea tan bueno como cualquiera de los otros á quienes se pudiera hacer papa."

¿Qué fué, pues, lo que pasó entre el cardenal Ganganelli, el cardenal de Solis y su conclavista, para que D' Aubeterre, cuya correspondencia nos ha permitido apreciar en lo que valia su conciencia, se encuentre de repente atacado de cierto remordimiento, y quiera declinar la responsabilidad de la eleccion que se preparaba?

Las reticencias del cardenal de Solis y el pacto concluido con Ganganelli colocaban á Bernis en una falsa posicion, de la que esperaba salir con el que llegase á ocupar la cátedra apostólica. Algunas horas ántes insistia sobre lo mismo con el duque de Choiseul. "Puede decirse, le escribia el 17 de Mayo, que jamas los cardenales súbditos de la casa de Francia, han tenido mas poder que en este cónclave (1); pero toda su influencia se ha limitado al presente

(1) Segun el texto de las cartas inéditas que acabamos de publicar, está fuera de toda duda, que Clemente XIV fué electo papa sin intervencion de Bernis y aun á disgusto suyo; pero es costumbre que despues de una eleccion, cada uno quiera atribuirse el honor de haber hecho el pontífice. Bernis se guardó muy bien de faltar al desempeño de este papel. Pasados setenta y siete años despues de esto, otro agente frances en Roma no tuvo reparo en publicar que habia logrado igual ventaja, lo cual es falso. Los embajadores extrangeros nada han tenido que ver con la eleccion de Pio IX, ni han tomado la menor parte en ella. Esto no impide el que M. Rossi se haya vanagloriado en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

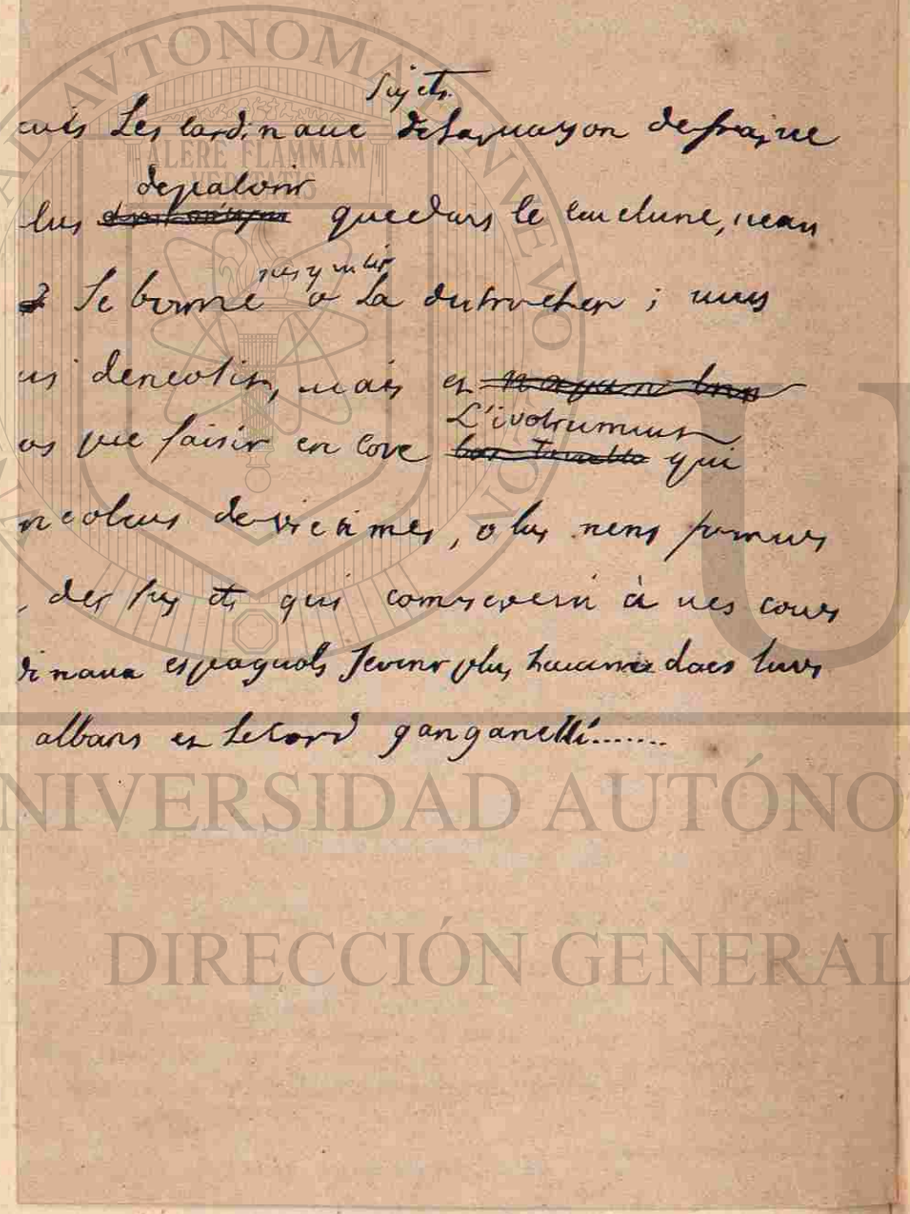
Fragmento de uno de los borradores de carta de M. el Cardenal de Bernis á M. el Duque de Choiseul.

(à M. le duc de Choiseul)

au Quirinal le 17 may 1769

[illegible]

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



á la destruccion. Nosotros tenemos el martillo que demuele, pero no hemos podido adquirir aun el instrumento que edifica (1)."

Veinte años despues la revolucion francesa, á su vez, se apoderó del martillo que habia puesto en mano de los reyes para acabar con la Compañía de Jesus, y le empleó contra los tronos.

El momento supremo se acercaba, y la intriga, tan perfectamente anudada, iba á dar un resultado favorable. El 18 de Mayo, Bernis pone al corriente á D' Aubeterre de lo que pasaba en el cónclave: "Hoy mismo, le dice, he vuelto á tener otra conversacion con Pozzobonelli, devolviéndole la visita que me habia hecho. Le he encontrado furiosamente *impatato*, como se dice aquí; pero no le he dejado la menor esperanza. M. de Kaunitz, que tambien le vió ayer, ha hecho lo mismo. Este embajador ha visitado igualmente al cardenal Orsini y le ha tranquilizado respecto á Pozzobonelli. El se ha encargado de instruiros de sus sentimientos sobre el particular.

"El cardenal de Luynes os contará la conversacion que tuvo con Paracciani. Si no es mera oferta la de este cardenal, parece que nos procurará dos votos mas para Ganganelli. Ya voy viendo que muchas gentes le quieren mas que á un gran señor, y esperan mucho de su aplicacion al trabajo y de su firmeza. Borromeo está por él entre la faccion de Rezzonico, y otros varios que no se atreven a declararse, de miedo de malquistarse con el sobrino, é incurrir en la oposicion de las cortes. Los cardenales españoles parece están contentos de la manera con que les hemos prometido secundarles á favor de Ganganelli. Con esto se disiparán las nubes. Pozzobonelli ya se encuentra bastante inclinado á Ganganelli, y yo le he dicho en confianza que era uno de aquellos por quienes las cortes no pondrian dificultad: me ha prometido hacer uso de eso, y darme parte de sus diligencias; de modo que nosotros realmente serémos los que acarrearémos los votos necesarios á este Sixto VI (pues realmente deberia llevar ese nombre). El negocio, sea en bien ó en mal, se decidirá en estos ocho dias. Los Corsini nos serán fieles.....

"Estoy muy satisfecho de la conversacion que el abate Lestache, mi conclavista, tuvo ayer tarde con el cardenal Ganganelli. El mismo la deseó. Se ha explicado muy bien sobre los asuntos que interesan particularmente á la Francia, así como sobre el artículo de los Jesuitas y sobre mí. Veo que está seguro de los

---

las correspondencias que él fabrica para darse importancia, y que hace insertar en los periódicos, de que á sola su intervencion es á la que el actual soberano pontífice debe la tiara.

(1) En el fac-simil cuarto puede verse la minuta de esta carta, llena de enmiendas y subrayados, como lo está en el original, y en cuyas postreras líneas se encuentran las palabras que aquí se citan.—N. del T.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Albani y medio arreglado con Rezzonico. La concurrencia de los Albani prueba que tienen interes en ello, aun pecuniario. El de Rezzonico anuncia una eleccion próxima. Esta no se hará sin nosotros, como veis, señor embajador, y no será la última explicacion que sobre esto tendré con Ganganelli de aquí á algunos dias; pero no hablaré de ello sino á vos y á la corte. Ganganelli ha contado á su manera su negociacion con los españoles. No es muy agradable en verdad tratar con estas gentes tan reservadas, cuando uno jamas lo ha sido; pero es preciso resignarse á todo en servicio del rey."

El cardenal de Bernis le sacrificaba hasta su conciencia, y el 19 de Mayo, por la tarde, escribia al marque D' Aubeterre. "Si el negocio de Ganganelli no se hace en estos cuatro dias, no se realiza jamas. Si M. Azpuru no ha intervenido en la negociacion, y el que lo ha hecho es Ignacio Aguirre, me parece que aquella está perdida. Ignacio está con los de Albani, y veinte veces se lo hemos advertido á los españoles. Si no anda plata en el juego, los Albani se la jugarán de puño á los españoles. Lo que me tranquiliza un poco, es, que ayer tarde habló Ganganelli al abate de Lestache no como un papa presunto, sino como papa ya hecho. Trató sobre el negocio de los Jesuitas, el de Parma &c., echándola ya de pontifice, y anunció que todo lo haria por sí mismo; que Rezzonico estaba de su parte, y que, á pesar de su entera seguridad de los Albani, era preciso dejarles hablar, que ellos vendrian á su tiempo. Si es cierto que vienen, hay moneda de por medio, y si no la hay, no vendrán. He aquí en dos palabras mi parecer. Resta saber si el fraile, tan acostumbrado á las intrigas, no es víctima de ésta.... Los escrutinios nada significan aun, sino jactancias de una parte y otra, pero revelan algun tratado secreto. Me parece que, cuando nosotros conduzcamos la barca, estarémos mas seguros de llegar al puerto. Los españoles no quieren seguir á nadie; y hoy dia nos llevan á remolque, porque queremos la paz; pero tengo miedo que nos envuelvan.

El 18 por la tarde, Bernis escribe aún: "El barco avanza. Dios quiera que no se estrelle en el puerto. Pozzobonelli hace el papel que le conviene. Rezzonico debe avistarse esta tarde con él y conmigo. Espero que acabarémos de una vez. He hecho presente á los españoles, y les he dado á conocer que estan lo la Francia como está, de concierto con ellos, es preciso que represente el papel que la corresponde. El abate Lestache irá á cierta hora de la noche á verse con el futuro papa. Le lleva una memoria, por la que le demuestra que es á la Francia á la que debe la tiara." Desgraciadamente Ganganelli sabia demasiado á quién habia de atenerse. Su eleccion está decidida. El 19 por la mañana, D' Aubeterre dirige este billete al cardenal de Bernis:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CLEMENTE XIV. P. M.

Lorenzo Ganganelli

Nació en San-Arcangelo el 31 de Octubre de 1705.
Ascendió al trono Pontificio el 19 de Mayo de 1769, y falleció
en 22 de Setiembre de 1774, de 68 años, 10 meses y 22 dias

"De todo cuanto he podido rastrear, solo he sabido que los de Albani se adhieren de buena fe á Ganganelli. ¿Cuál será el motivo? Lo ignoro, así como el que M. Azpuru haya entrado en esta negociacion. Con todo, los Albani son tan maulas, que hasta el fin no se puede confiar enteramente. ¿Qué ganaria Ganganelli con un tratado secreto con los Jesuitas, sino deshonrarse inútilmente? No hay papa posible hoy dia que pueda conservarlos contra el voto de las coronas, que al fin le obligarian hasta el punto de no poder rehusar su secularizacion. En general, quizá les habrá podido prometer algunos servicios; pero dudo que haya ido mas léjos, no pudiendo ignorar la complicada situacion en que le colocaria un compromiso mas positivo. Jamas habria un papa, sea el que se quiera, que no reciba comunicaciones contra ellos. La de Marefoschi me sorprende tanto mas, cuanto que en ella desmiente el lenguaje que ha tenido hasta el dia. Siempre ha dicho públicamente que no conocia sino tres candidatos en el Sacro Colegio aptos para el papado, Sersale, Stoppani y Ganganelli. Seguramente habla así, excitado por otros. Es amigo íntimo de los Corsini y de Stoppani. Este último es su papa de preferencia; y ellos jamas pierden la esperanza de que salga electo. Ya veis cuántas noticias he recibido sobre Stoppani. Lo que hay de mas seguro es, que fué miembro de la congregacion en que resolvió el Breve sobre lo de Parma, y que no hizo la menor oposicion. En cambio, Ganganelli es del agrado de las cortes, y vivamente apoyado por la España. Los españoles son los que le han arrancado su pacto. En todo ello no tenemos sino la parte que la honradez exige, y nunca podriamos salir del cónclave por mejor puerta, aprovechándonos del bien que resulte, si es que hay alguno, y sin cargarnos con el mal que pueda sobrevenir."

Esta carta en que la honradez del marques D' Aubeterre se pone en tan buen lugar á expensas del franciscano Ganganelli, fué escrita el 19 de Mayo de 1769. En este mismo dia, el cardenal Camarlengo, de la santa Iglesia romana, anunciaba á Roma y al universo entero que la cristiandad tenia ya un nuevo papa. El cónclave se habia terminado; el cardenal Ganganelli ascendió á la cátedra de S. Pedro. Se llamó Clemente XIV, y este año de 1769, que engendró tantas intrigas, y que vió nacer tantos hombres destinados á la celebridad, registraba en sus anales los deplorables auspicios bajo que entraba Ganganelli en el supremo pontificado. Víctima desde este momento de una lucha eterna con su conciencia, ya tranquilizada por los halagos de las cortes, ya intimidada con sus amenazas, el franciscano bajo la tiara va por fin á encontrarse envuelto entre los obstáculos que su genio astuto creyera conjurar. La *venta* que le hizo gefe de la Iglesia católica, sirviéndonos de la misma palabra de D' Aubeterre, esta venta siempre y hasta el dia ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sido negada por los Jesuitas y por muchos escritores. Todas las relaciones de este cónclave que se encuentran en los archivos de Gesu y en otras partes; todos los escritores contemporáneos ó posteriores, compuestos por los padres del instituto, así como todas las cartas emanadas de los mismos, se hallan completamente unánimes sobre este particular. Todos rechazan, aun en su hipótesis, la idea de una transacion entre Ganganelli y los cardenales españoles.

Sobre este punto histórico hemos arrojado una luz inesperada. En presencia de los documentos que acabamos de exhumar, no es permitida la duda. No nos resta mas que seguir á Ganganelli en la senda que él mismo se trazó. Pero á fin de hacer la demostracion mas absoluta y de probar hasta qué grado los que dirigieron la eleccion del nuevo papa, perdieron, por decirlo así, hasta el sentido comun, será conveniente entrar un poco mas de lleno en el secreto de sus maniobras. Ya hemos demostrado los cardenales hostiles á la Compañía, y dedicados al envilecimiento de la Santa Sede, patrocinados por los embajadores y recompensados por los reyes. El duque de York, los cardenales Lante, Corsini y algunos otros recibirán el premio de su sumision al voto de las coronas. Pallavicini será secretario de estado, Negroni el de breves, y Malvezzi tendrá la supervicencia de la dataría. El dia mismo de la eleccion de Clemente XIV, el marques D' Aubeterre se acuerda de una deuda que databa de dos años. El cardenal Branciforte ha sido uno de los que anduvieron en la intriga que se acababa de desenredar, y el 19 de Mayo de 1769, el embajador de Francia escribe á Bernis: "Habiéndome recomendado el duque de Choiseul, por su carta de 28 de Septiembre de 1767, los intereses del cardenal Branciforte, ruego á vuestra eminencia que haga por apoyarlos bajo los diferentes aspectos que, segun las circunstancias, puedan presentarse, y especialmente para la legacion de Bolonia, si llega el caso de que el cardenal Pallavicini, que es quien hoy la tiene, pase á otra plaza y dejase esa vacante."

La repartícion de los altos destinos de la corte romana es hecha por la diplomacia. El franciscano Joaquin de Osma, confesor del rey de España, no es echado en olvido. Cárlos III pide para él un obispado *inpártibus*, y es nombrado arzobispo de Tebas, en el consistorio de 18 de Diciembre de 1769. Azpuru, que aspiraba al capelo de cardenal, es ascendido al arzobispado de Valencia; y el librero Nicolas Pagliarini, quien bajo la proteccion de Pombal, inundó la Europa y la misma Roma, de obras contra la Santa Sede y contra las buenas costumbres, obtuvo por el breve *cum sicut accepimus* la condecoracion de la Espuela de Oro. Clemente XIV colma de elogios y ennoblece al que su antecesor Clemente XIII habia condenado tan justamente á galeras, y Pombal pide y consigue un capelo de cardenal para su hermano.

Cada uno por su parte queria explotar la que habia tenido en el nombramiento de Ganganelli. Se exigian altos empleos, y se hacian valer los votos para mezclarse en el gobierno de la Iglesia. Cualquiera hubiera dicho que el sistema constitucional habia invadido el cónclave: tal era la multitud de pretendientes intrigantes y protegidos. Era llegado el dia de pensar cada uno en sí propio, el dia de los salarios. El embajador de Francia le inauguró con proscripciones. Se recompensaba á los hombres que se habian vendido: D' Aubeterre propone que se destierren á aquellos cuya conciencia no se habia doblegado. "En cuanto á los dos prelados Antenelli y Garampi, escribia el 19 de Mayo á Bernis, es muy esencial que sean desterrados de Roma; el primero se encuentra al presente en el Santo Oficio, y creo que su plaza es del número de aquellas que subsisten siempre; pero, sin embargo, el papa es dueño de echarle de Roma y de hacer que otro ejerza su empleo. El segundo fué ántes secretario del sello, y su destino ha cesado con el pontificado anterior, de modo que ya no es nada. Creo que es muy del caso hacer sentir á estos dos sugetos, que son muy malos, la indignacion de las cortes. Vuestra eminencia conoce bien hasta el punto que esos ejemplares influyen para el porvenir."

El 19 de Mayo fué cuando D' Aubeterre dirigia estas insolentes demandas á la Santa Sede, y el cardenal de Bernis en su carta del 18, por la tarde, ya le habia tomado la delantera. Así se expresa hablando del papa futuro: "El abate de Lestache le verá esta noche (á Ganganelli), y ya le he dado las instrucciones que contienen todos los compromisos que hay que ventilar y que se marcan en las nuestras, junto con las demandas que hay que hacer. Las vuestras no están olvidadas, como ni tampoco las personas que se han portado mal."

La posicion no podia estar mas clara: los destinos, las gracias á los sobornados ó á los tímidos; la proscripcion á los fuertes. El cardenal de Bernis que ha contribuido al desarrollo de esta imprudencia, al mismo tiempo que piensa en lo demas, no se olvida de sí mismo. A pocos dias de intervalo, dirige á Choiseul dos cartas, que probarán que este cardenal sabia hacer mejor su negocio que que los de la cristiandad. Acaba de ser nombrado embajador de su magestad cristianísima cerca de la Santa Sede: esta es la recompensa prometida á su celo; y no contento aun, pide dinero para poner casa, pues añade en este despacho, fechado el 7 de Junio: "Ya os he enviado el estado de mis deudas antiguas, que ascienden á doscientas siete mil libras. Es preciso que separe una gran cantidad de mis rentas para poderlas pagar. He aquí un punto importante para mi tranquilidad. Hay otro que interesa á mi felicidad, y es el restablecimiento de mi pension, como ministro de estado. El rey me dió el título: ya ve su magestad que he tenido á la faz del

universo la mayor parte en la eleccion de papa; ¿no es acaso propio de su bondad el no dejar el menor rastro que debilite esa idea? Jamas seré dichoso sin este favor. Dareis una compañía á mi sobrino, que va á salir de entre los pages de su magestad, y vos me obligaréis hácia vuestra persona por el reconocimiento mas aun que lo que ya estaba por nuestra antigua amistad. He sacrificado al servicio del rey y á vuestras miras la mayor de mis repugnancias."

Despues de haber demostrado hasta la evidencia que no era ni canónico, ni legal, ni político, exigir del cardenal destinado á ocupar la cátedra de San Pedro un compromiso por escrito de extinguir los Jesuitas, Bernis, por debilidad ó por necesidad, consintió en votar y hacer que se votase. El acto se consumó, y despues trata de negociar lo mas ventajosamente posible su *repugnancia*, que ha sacrificado en servicio del rey y de las miras del duque de Choiseul, quien accede á sus demandas en una carta fechada en 30 de Mayo (1). El 10 de Julio le vuelve á escribir confirmando todos los favores acordados; pero Choiseul no puede disimular su descontento, al verse como á remolque de los ministros españoles en la cuestion de los Jesuitas. Como todos los ambiciosos, que conocen el momento de venir ó de escapársele el poder, sueña á su vez como en otro tiempo lo hicieron Bernis y D' Abeterre, queriéndose engañar á sí mismos. El duque se expresa en estos términos:

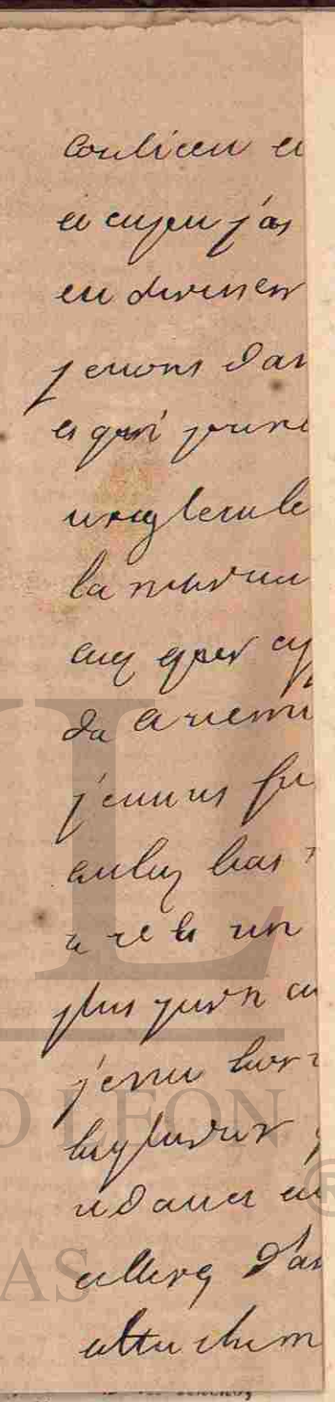
"Tengo el honor de remitir á vuestra eminencia la ampliacion del *bono*, que el contralor general ha podido alcanzar del rey para el restablecimiento de vuestra pension de ministro.

"Ayer tambien el rey dió una compañía al conde de Bernis en su regimiento de dragones.

"Vuestros parientes podrán reunirse con vos cuando gusten; y así vera vuestra eminencia que sus tres peticiones están ejecutadas, y que quedan cumplidas sus órdenes con tanta exactitud como buen deseo.

"En desquite, os suplico que disminuyais el exceso de las pretensiones de la España con motivo de la extincion de los Jesuitas. El embajador me acosa aqui para que os escriba sobre ese particular: su corte no está tan razonable como debiera, y no es bueno que los ministros de España en Roma os vayan á premiar con sus comunicaciones. Ahora se quejan de que os he enviado las órdenes del rey, para solicitar *hic et nunc* esta extincion. Me hareis el gusto de decir á M. Azpuru que las habeis recibido, y que escriba á su

(1) Esta carta íntegra, escrita de mui lisima letra y de propio puño de Choiseul, se ve trasladada en el fac-simil adjunto, y en ella está el otorgamiento del ministro de todas las gracias pedidas por el cardenal, las cuales confirmó mas latamente despues en la carta siguiente del 10 de Julio. (N. del T.)



descuida de cuanto le rodea, y no se fia de nadie. Os enterareis de lo demas por mi despacho y por la carta que he creido deber

Carta del Duque de Choiseul al Cardenal de Bernis.

de 30. mayo

quoy que j'en perde ya amor ha veynte
ou-lin ans ove hatera que j'ay hu l'honneur
d'estre en vre hung ma'a pallé eu his —
ne ruyer des heteres de exemen, de ou effet
l'ne ta asseun de quila ub l'ta reder —
pensos etu a les terres Dam hu —
cir ones mues pereuty, et trom ceu —
ne ma les dre pulé woes hu yeu hugallés —
pour hucaser u teu eyula de to Mru —
v dubrunel a ser uffoorn yerti culverees
ne obstacles etum hun, le de bor guides
es tonj'ans uns qué de pore he dour le —
y etu ceu le ens rey, ns me heurlle annun
Jontu qúles le Ara genú che mrus tre
que l'm te hug luesée, hu veg ne'a dre qué
rul a de lug ako hug anes vans eu —
munorre enfuen de v. h. j'i. gnone engue

corte que se necesita tiempo para ejecutarlas con buen resultado.

"Nadie se pone ménos en la razon que los españoles sobre este particular: ya puede decirse que exceden á M. de Oyeras (Pombal) y acabarán por personalidades contra vos y contra mí: contra vos es muy sencillo, á causa de vuestro cardenalato; pero contra mí, convendreis en que tocante á los Jesuitas pierdo el pleito por todos lados; lo que prueba que en negocios no atiendo sino al negocio, y que las personas me son indiferentes. Nada hay mas verdadero relativamente á los Jesuitas; pero, finalmente, es preciso concluir, y el papa nos hará un gran servicio, si puede apresurar esta exigencia. La de Aviñon me llama mucho mas la atencion, y os la recomiendo con instancia. Os diré mis razones en el próximo correo, y espero que las encontrareis convincentes.

"Me voy á Chantilly, y desde allí á Compiégne: paso mi vida en ir de una parte á otra y fastidiarme; ademas no me siento bueno, y me abruman las intrigas de corte que me afectan sobre manera, pues cuanto mas de cerca me tocan, mas viejo me voy poniendo, ménos activo y mas deseoso de mi libertad. Sabeis, que tiernamente y por toda la vida soy vuestro."

El 28 de Julio de 1769, Bernis contesta á la carta de Choiseul: "El restablecimiento de mi pension de ministro, señor duque, y la compañía de dragones concedida al vizconde de Bernis, son pruebas tan evidentes de vuestra amistad hácia mí, que por ellas en vida y en muerte me debeis considerar como vuestro amigo y servidor. Añadireis á todos estos favores, el de tratar bien al conde de Narbona, que vuelve de Córcega. No tiene un cuarto; es honrado, pero tiene en cambio, verdaderamente genio y conocimientos militares. Espero que le colocareis, y adelantareis en su carrera. No olvideis igualmente enviarme una carta escrita á nombre del rey (y muy clara) para el ejercicio de la protectoría. Con eso todo quedará completo, y no restará mas que tributaros acciones de gracias.

"Hace largo tiempo que los cólicos me inquietan. Vuestra máxima es que la vida debe ser buena, aunque sea corta. Debeis reflexionar que, cuando se tiene un fondo tan bueno como el vuestro, en lugar de morirse, se atrae uno achaques y enfermedades que hacen la vida triste y casi insoportable.

"Tambien sé que desde hace tiempo se desconfia de mí en España. Los cardenales de Solis y de la Cerda, ántes de entrar en el cónclave, se dejaron decir, algo imprudentemente, que no se dejarian engañar por los franceses. Han querido que nosotros fuésemos los engañados. El escrito que han hecho firmar al papa no es en manera alguna obligatorio. Su Santidad teme *el veneno*; desconfia de cuanto le rodea, y no se fia de nadie. Os enterareis de lo demas por mi despacho y por la carta que he creido deber

Soldiers et marins, mais j'ai vu en vous
et aussi j'ai eu l'honneur de vous remettre
en dernier lieu, et à l'heure même que
j'envoie l'ordre d'aller au devant de tous
ceux qui pourront vous plaire.

Vous remettrez immédiatement votre
la nouvelle de l'effet de vos dernières
ces que vous apprendrez ne me sera bien
de votre part et votre obéissance
j'aurai pour moi bien plus que
Autriche n'a chez elle, et je vous
plus pour aller vous rejoindre avec
j'irai bien aussi vite que mes
lui pour que j'y de vertes et bonnes
nécessaire à elle, et que c'est j'ai
allez d'avoir de bons généraux aussi
ultérieurement nouvelle

Le Duc de Clermont Tonnerre

escribir á su magestad sobre la situacion de los negocios y sobre la mia, así como igualmente sobre los principios y base de conducta que creo debe ser adoptada y seguida.

"En cuanto á lo de Aviñon, estoy seguro de que el papa me contestará lo mismo que en el cónclave: "*Dejo este punto á la conciencia del rey.*" Hace muy poco tiempo que el papa ha jurado no enagenar, sea la causa que quiera, ninguno de sus Estados, para que piense, en este momento, vender por dinero el condado de Aviñon. Pero, desde que el rey se ha resuelto á retener esta provincia, para lo cual se encuentra su magestad fundado en derecho y en razon, es preciso, á mi entender, aguardar á que el papa la reclame. Entónces se establecerán los derechos del rey y se hará ver su voluntad decidida. Un millon de mas ó de menos terminará este negocio. El de Benevento será mas difícil, porque el marqués de Tanucci no querrá darle, y presentará sin cesar nuevas demandas.

"Me debeis compadecer. Los ministros de España que se encuentran aquí, han dado en la gracia de aparentar, cuando yo les hablo, que son de mi mismo parecer, y no de creer al mismo tiempo una sola palabra de cuanto les digo. Haced lo posible por conseguir que el asunto de los Jesuitas sea ventilado por los españoles, y con solo nuestro consentimiento. M. Azpuru me pide una copia de la relacion que debo hacer de mi última conferencia con el papa. Creo debérsela mandar, suprimiendo lo que la prudencia exija. No puede extenderse á mas la confianza con unas gentes que tan poca tienen con nosotros. El confesor del rey de España es religioso y enemigo de los Jesuitas. Le excita el odio monástico, y cree que todo debe ceder á su impulso. Pero el papa no adelanta un paso, y quiere proceder como hombre sabio y apegado á la vida."

Su pontificado se inauguraba bajo deplorables auspicios. Los cardenales y las coronas, haciendo causa comun con la diplomacia, habian comprado ó conquistado con el temor algunos votos. Ganganelli se atrajo otros muchos sorprendiendo su buena fe. El terror y la intriga acababan de crear un papa; una solemne injusticia debia salir de este conjunto de impudencias. Hemos referido el orígen de la conspiracion; la continuarémos despues de su desarrollo, pues siguiendo el ejemplo de Didier, abad de Monte-Casino, y sucesor inmediato de Gregorio VII bajo el nombre de Victor III, debemos indicar el orígen del mal, á fin de prevenir una recaida. Cuando la turba de los eclesiásticos inferiores, dice este papa venerado como un santo (1), camina por la senda de la mas desenfrenada licencia, sin que nadie se ocupe de poner obstáculos á ese torrente,

(1) *Dialog. in Biblioth, patrum*, t. XVIII, lib. 3.°

muy luego los sacerdotes y diáconos que están obligados á explicar los misterios del señor, puros y castos de cuerpo y de alma, comenzarán ellos tambiem á unirse á las mugeres, como si fuesen seculares, y hacer sus testamentos en favor de los hijos nacidos de este comercio sacrilego. No han faltado obispos tan desnudos de pudor que han tenido á las mugeres en su propia casa. En Roma fué, sobre todo, donde se arraigó esta execrable y escandalosa costumbre; y así, despues de haber ocupado algunos con el nombre solamente la silla pontifical, Benedicto á su ejemplo, cuyo nombre no correspondió con sus obras (1), Benedicto, pues, hijo de un cierto Alberico, senador, siguiendo las huellas de Simon el Mago, mejor que las de Simon Pedro, llegó á obtener el sacerdocio supremo por medio de sumas considerables que su padre hizo distribuir al pueblo. El horror que esto me inspira, no me permite referir lo deshonrosa que fué su conducta, en el hecho solo de apoderarse de esa suerte del papado.

Esta no es una alusion que hacemos á los cardenales electores y al elegido de 1769; es un testimonio que invocamos para sostener nuestras fuerzas y para probar que la Iglesia jamas ha retrocedido ante la verdad.

(1) Es de Benedicto IX de quien se habla en este texto de Victor III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IV.

Retrato de Ganganelli.—Su elogio de los Jesuitas.—Lorenzo Ricci, general de la Compañía le hace nombrar cardenal.—Los filósofos y los Jesuitas tienen esperanzas en él. Entusiasmo de los romanos.—Corre tras de la popularidad.—Juicio de D' Alembert y Federico II.—Correspondencia de los ministros españoles con M. Azpuru y el caballero de Azara, plenipotenciarios de España en Roma.—Ultima palabra de la diplomacia del siglo XVIII.—El cardenal Bernis embajador de Francia cerca de la Santa Sede.—Por complacer al papa, aplaza la cuestion de los Jesuitas.—El conde Kaunitz y el papa.—Prohibe éste al general de la Compañía que se ponga en su presencia.—Clemente XIV y las potencias.—Su carta á Luis XV.—Sus motivos de equidad en favor de los Jesuitas.—Despacho de Choiseul á Bernis.—Bernis forma empeño de obligar al papa á que prometa por escrito al rey de España que abolirá en un tiempo dado la Compañía de Jesus.—Ganganelli estudia el modo de eludir este segundo compromiso.—Roda escribe á Azara para que obre.—Política de los gabinetes con respecto á la Santa Sede.—Clemente pierde en Roma toda su popularidad.—Los franciscanos Buontempi y Francesco.—La caida de Choiseul da alguna esperanza á los Jesuitas.—El duque de Aguillon y madama du Barry se vuelven contra ellos.—Muerte de Azpuru.—Moñino, conde de Floridablanca, va de embajador á Roma.—Este intimida y domina á Clemente XIV.—Sus entrevistas.—María Teresa se opone á la destruccion de los Jesuitas, con todos los electores católicos de Alemania.—José II la decide á condicion de dejarla la propiedad de los bienes del instituto.—María Teresa se une á la casa de Borbon.—Proceso intentado contra los Jesuitas de Roma.—Monseñor Alfani, su juez.—La sucesion de Pizani.—El Jesuita y el caballero de Malta.—El colegio romano condenado.—El seminario romano puesto en sospecha.—Tres cardenales visitadores.—Los Jesuitas arrojados de sus colegios.—El cardenal de York pide al papa su casa de Frascati.—El padre Lecchi y la comision de las aguas.—El folleto español y su respuesta.—Benvenuti desterrado de Roma.—El cardenal Malvezzi en Bolonia.—Correspondencia secreta entre el papa y el visitador apostólico de las casas de la Compañía.—Precauciones para engañar al pueblo.—Confesiones del arzobispo de Bolonia.—El *ne fiat tumultus in populo.*

Lorenzo Ganganelli, nació en San Arcángelo el 31 de Octubre de 1705, y tuvo por padre á un médico de aldea. Siendo aun muy jóven, entró de religioso en el órden de los conventuales de San Francisco, llamados vulgarmente observantes. Pasó largos años

en el estudio y ejercicio de las virtudes sacerdotales. Su presencia nada tenia de notable; advirtiéndose solo en ella una mezcla de rusticidad extrangera unida á las bellas formas italianas. Sin embargo, era ingenioso y amable, amigo de la literatura y artista; y su aspecto dejaba entrever una de aquellas almas cándidas de las que es muy fácil abusar haciéndolas figurarse por término de sus concesiones la ventaja de la Iglesia y la felicidad del género humano. Pero uno de esos presentimientos que con tanta vivacidad se apoderan de las cabezas romanas, le habia mas de una vez iluminado en su soledad del convento de los Doce Apóstoles, con la idea de que algun dia seria llamado á dar principio de nuevo á la historia de Sixto V. Pobre como él, franciscano como él, se imaginó que la tiara debia reposar sobre su frente. Este pensamiento secreto le dirigió en los principales actos de su vida: quiso ocultársele á sí mismo, y cada paso que para esto daba, descubria á su pesar ese continuo é incesante móvil de sus aspiraciones. Fué amigo de los Jesuitas en la época de su prosperidad, tanto que en 1743, cuando estudiaba en el colegio de San Buenaventura de los franciscanos de Roma, se le oyó en un certámen teologico que presidió y que estaba dedicado á San Ignacio de Loyola, exclamar dirigiéndose á los Jesuitas: "Si alguna vez hubiera podido creer ó aun suponer que estuviese en mi facultad elegir por objeto de mi disertacion algun ramo de los muchos que abraza la ciencia sagrada que os fuese desconocido, en el instante se alzarian ante mí esos hombres tan ilustres de vuestra Compañía, cuyo excesivo número é indispensable mérito hubieran disipado todas mis dudas. Si en efecto se tratase de la interpretacion de la Escritura, aquí se verian los trabajos de Salmeron, allí los comentarios de Cornelio Atapide, de Tirino y de otros. Si la cuestion fuese de historia, encontraria á Bini (1), Labbe, Hardouin, Cossart y el celebre Sirmond con sus doctas explicaciones. Si me ocupase de controversia, seria Gregorio de Valencia con la madurez de sus juicios, Suarez con la extension de su ingenio, Vazquez con la penetracion de su privilegiado entendimiento, y otros ciento. Por último, si se tratase de luchar cuerpo á cuerpo con los enemigos de la fe y de sostener los derechos de la Iglesia, ¿podria acaso desatender el vigoroso raciocinio de Belarmino? Si quisiese ir al combate prevenido con armas de toda especie, y prometerme una victoria segura, olvidaria acaso las obras de Dionisio Petau, glorioso baluarte elevado en defensa de los dogmas católicos? Sea cualquiera el lado donde dirija mi vista, y de cualquier género la ciencia y estudio que recorra, veo siempre padres de vuestra Compañía que en él se han hecho célebres."

(1) Bini jamas ha pertenecido á la Compañía de Jesus. Fué Canónigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tal era el juicio que Ganganelli habia formado de los Jesuitas. En 1759, Clemente XIII, por recomendacion de Lorenzo Ricci, general del instituto, pensó en honrar al franciscano con la púrpura romana. El P. Andreucci, tambien Jesuita, fué el encargado para las informaciones de costumbre. Tan favorables fueron, que el papa no titubeó un momento, y el franciscano Ganganelli se vió de repente cardenal por el crédito y favor del instituto. En Lisboa, los hijos de Loyola fueron causa de que Pombal fuese nombrado ministro; en Madrid fueron igualmente protectores de D. Manuel de Roda y del cardenal de Solis, y en Roma, por último, pusieron á Ganganelli en el camino del pontificado.

En otros tiempos y con imaginaciones ménos ardientes por las novedades sociales, cuyas tristes consecuencias á nadie era fácil prever, se hubiera bendecido el nombre de Ganganelli; y hubiera pasado por el trono pontifical, honrando la humanidad y haciendo amable la autoridad apostólica. Pero su carácter, cuya espansiva franqueza sabia con mucho arte servirse del disimulo como de un escudo impenetrable, no tenia el temple necesario para desafiar á las pasiones. Llegado á la cumbre de la grandeza, Ganganelli quiso reinar para satisfacer sus sueños íntimos. Si la tempestad que creyó calmar contemporizando, no le hubiera arrastrado mas allá de sus deseos y previsiones, no hubiera dejado en los anales de la Iglesia mas que una memoria, en cuya alabanza ó vituperio jamas se hubieran ocupado los partidos. Pero no fué así. Clemente XIV habia consentido en hacer cuanto la opinion dominante y el odio de la casa de Borbon exigian con el objeto de dar á la Iglesia una paz por aquel entónces imposible. Entró en este camino, franqueado por su eleccion, y le recorria hasta su fin mas como víctima que como sacrificador.

Las fiestas y felicitaciones ocuparon los primeros dias de su exaltacion. El pueblo, que siempre se apasiona de un nuevo papa, celebró con entusiasmo al que el cónclave acababa de elegir. Las condiciones debatidas y aceptadas eran un misterio para él. Algunos entendimientos previsores creyeron que no todo habia podido pasar segun las reglas; pero contenidos, ya por la deferencia, ya por temor de alarmar sin pruebas irrecusables la conciencia pública, permanecieron en silencio. Los romanos, gozosos con este nuevo pontífice, hijo del pueblo como ellos, querian ver su jovialidad y su sutileza (1). En todas partes donde se presentaba en su carro-

(1) Aun se cita de él un juego de palabras que hizo reir á todos los romanos, buenos apreciadores de esta clase de agudezas. Al ir Clemente XIV con gran pompa á tomar posesion de la Basílica de San Juan de Letran, se cayó de la mula en que iba montado, y se cayó al bajar una calle inmediata al Capitolio. Este fué un mal agüero para el porvenir de su pontificado. Los car-

za, revestida de oro y terciopelo, era saludado con muestras de alegría, y su bendicion no recaia sino sobre cabezas piadosamente inclinadas. El afecto habia reemplazado al respeto. Se le creia clemente de hecho como de nombre, y cada uno de por sí se fatigaba por figurársele como el ideal de sus sueños, haciéndolo sufrir en cierto modo la tiranía de la popularidad. Los embajadores se gozaban en organizar y dirigir los aplausos de la multitud, persuadiéndola de que el resto de Europa tenia igual confianza en el pontífice, que la que mostraban los habitantes del patrimonio de San Pedro. Ganganelli no quiso acordarse de que el pueblo en las aclamaciones con que embriaga al soberano, encuentra una garantía de libertad para las maldiciones que tiene reservadas. El entusiasmo y la ternura de los romanos son tan variables como su clima, y en estos momentos de delirio paternal ó filial, papa y cristianos, el pastor y las ovejas, todos olvidan el provecho que pueden sacar de este axioma eternamente verdadero que el general Collecta, uno de los escritores revolucionarios de Italia, sacó del olvido en que yacia: "La popularidad y la clemencia, dice en su *Historia del reino de Nápoles* (1), son lujo de reyes, miéntras que la justicia y la firmeza son los únicos móviles del gobierno."

En medio de los trasportes de alegría con que los ciudadanos de Roma asedian siempre al nuevo pontífice (2), Ganganelli se encontraba radiante de gozo. Veia por experiencia cuán dulce es ser papa; y bajo el mentido entusiasmo de sus súbditos, quiso borrar la idea de las condiciones por las cuales habia llegado á serlo. Se figuraba que con promesas dilatorias, con adulaciones á los soberanos, y sobre todo, con una buena voluntad, podria ganar tiempo, y ayudado de una sabia tolerancia, cicatrizar algun dia las llagas del catolicismo, sin verse precisado á tocar á la Compañía de Jesus. Esta política espectadora, que tambien se avenia con las miras de Luis XV, no convenia al rey de España, como ni tampoco á Choiseul, Pombal y Aranda. Los filósofos esperaban mucho de Clemente XIV. El rey de Prusia, Federico II, era maestro y adepto al propio tiempo de aquellos; pero Federico les conocia á la legua. Dijo muchas veces que si tuviese necesidad de castigar á alguna de

denales y los príncipes que le rodeaban, se acercaron para tranquilizarle, y para asegurarse de si se habia ó no hecho algun daño. El papa les contestó sonriéndose. "*Non abbiamo contusione, ma confusione.*"

[1] *Storia del Reame di Napoli del generale Pietro Colletta, lib.* VI, pág. 62.

[2] En una carta al prelado Cerati, sobre la muerte de Benedicto XIV, carta fechada en 6 de Mayo de 1758, Lorenzo Ganganelli, aun fraile franciscano, se explica así sobre los romanos: "El pueblo romano, dice, que sube y baja como las olas del Mediterráneo, y que querria cambiar de papa todos los años, se alegra de que por fin haya muerto éste, que ha reinado diez y nueve; pero dejémosles entregarse á su alegría insensata. Antes de seis meses conocerá su desgracia, y se unirá al mundo entero para llorar á Benedicto XIV."

sus provincias, la daria á gobernar á los filósofos. Quiso por el contrario, recompensar á la Silesia; y no obstante las súplicas y sarcasmos de los enciclopedistas, mantuvo allí á los Jesuitas. La determinacion del rey de Prusia era irrevocable; D'Alembert, sin embargo, la atribuia á la alegría que la eleccion de Clemente XIV habia infundido en los incrédulos, y el 16 de Junio de 1769 le escribia (1): "Se dice que el franciscano Ganganelli no se las promete buenas á la Compañía de Jesus, y que San Francisco de Asís podrá muy bien matar á San Ignacio. Me parece que el santo padre franciscano, como es, hará la mayor simpleza en licenciar sin mas ni mas su regimiento de guardias, por complacer á los príncipes católicos. Me parece que este convenio es igual al que hicieron los lobos con las ovejas, cuando pusieron como primera condicion, que éstas despidiesen á los perros, y todos saben cuál fué en seguida su suerte. Sea de esto lo que quiera, lo que hay aquí de singular es, que miéntras sus magestades, católica, apostólica, cristiana y fidelísima, destruyen á los granaderos de la Santa Sede, vuestra heretiquísima magestad sea la única que los conserve."

Bajo una ligera y festiva forma, D' Alembert revela la última palabra de los filósofos. Esta última palabra es la condenacion de Clemente XIV, pronunciada en su interior por los mismo que, á fuerza de adulaciones, hicieron cuanto pudieron por conducirle á su ruina. El pontífice titubeaba; y el 7 de Agosto del mismo año, D' Alembert volvió á escribir á Federico II: "Se asegura que el papa franciscano se hace tirar mucho de la manga para abolir á los Jesuitas (2). De nada me admiro, pues solo el proponer á un papa que destruya tan valiente milicia, es como si se propusiese á á vuestra magestad que licenciase su regimiento de guardias."

Estas confesiones, tan llenas de previsiones revolucionarias y anticatólicas, no se hacian sino á media voz, guardándolas para los sueños del porvenir. En presencia de la opinion y de la Santa Sede, el lenguaje era muy distinto: se proferian las imputaciones mas extrañas y escandalosas contra el órden de Jesus, acusándole de que minaba los tronos y tendia á perder la Iglesia. El rey protestante no hacia el menor caso de este cúmulo de animadversiones, y el 3 de Abril de 1770 respondia á D' Alembert (3): "Engreida la filosofía en este siglo, se muestra con mas resolucion y fuerza que nunca. Pero vamos claros, ¿qué progresos ha hecho? Me diréis que ha acabado con los Jesuitas. Convengo; pero os probaré, si quereis que no ella sino la vanidad, los resentimientos, las intrigas, el interes, en fin, lo han hecho todo." El enciclopedista no necesitaba la

[1] *Œuvres philosophiques de D' Alembert*, Correspondance, t. XVIII.
[2] Ibid.
[3] Ibid.

prueba; demasiado la sabia: mas á pesar de eso, con su influencia con la corte, con el ministerio, con los parlamentos y con la literatura, no dejó de continuar el doble juego que tambien cuadraba á su carácter.

Los filósofos estaban á la expectativa. El rey de España se entregaba al regocijo, porque tenia el secreto de Ganganelli. El cardenal de Solis, Aranda y Azpuru tambien estaban iniciados en él; pero se hizo un misterio para los demas secretarios del despacho. Esto es lo que explica la gradacion del interes que se encuentra á cada página de su correspondencia con Roma. Esta capital era el centro donde afluian los proyectos, las esperanzas y los sueños mas lejanos. Cada uno basaba en el nuevo papa un sistema de revolucion disfrazado con el nombre de cambios indispensables ó de progreso moral. Se recogia la menor palabra, se expiaba el gesto mas indiferente, y se comentaba la sonrisa ménos expresiva del pontífice, para sacar de todo un argumento en favor de las ideas ó de las ambiciones que á cada cual dominaban: unos le atribuian un lenguaje impropio de su carácter pontifical; otros le fabricaban virtudes filantrópicas, y referian á su antojo mil anécdotas variadas que, despues de haber alimentado la ociosidad de los cafes de Roma, llevaba tras sí el torrente de la publicidad. No era al verdadero papa á quien pintaban; era al arbitrario pontífice que su imaginacion se forjaba. Roda, que no fué llamado á las confidencias de su señor y que ignoraba de todo punto el acta firmada por Ganganelli, no se atrevia á entregarse de lleno á una esperanza quimérica.

"¿Qué quereis que os diga, escribe aquel desde Aranjuez el 6 de Junio al caballero de Azara, sobre las noticias que he recibido del gran teatro del cónclave, puesto que ya *acta est fabula*? Salió falso el proverbio: ni mas Sixto V, ni mas fraile Francisco. Todos ahora estarán á la expectativa de las primeras medidas del nuevo papa. Ya verémos. Cuántos prelados caerán por tierra, y cuántos otros alzarán su frente asombrados con un golpe inesperado. Monseñores Alfani y Guarantello volverán á residenciar sus beneficios; monseñor Macedonio aguardará el capelo, y con él otros muchos."

El 13 de Junio, Roda se explica asi: "Ya adivinaréis sin duda la alegría que aquí reina por la eleccion del papa. No ha sido lo mismo en Francia. Al ménos Fuentes nos escribe cartas llenas de tristeza y mal humor sobre Ganganelli. Verémos lo que hace, pues esta es mi regla. No dudo que Azpuru sea el autor de todo esto. En vuestra anteúltima carta, ya me indicásteis algo. Lo que es yo, tanta parte he tenido en su eleccion, como en la del gran visir. Mi amistad y correspondencia con él miéntras estuve en Roma, y que ha querido continuar por cartas, es pública y notoria, y esto dará causa á las voces que corren y de los que me hablais. Sabeis bien cuánto he escrito sobre este punto. Sea lo que quiera, me agrada

mas que él sea papa que otros en quienes se pensaba. Que le dejen en paz tocante á su órden y á su escuela, que en cuanto á lo demas, espero que será condescendiente, á ménos que no le trastornen la cabeza."

Los que estaban en el secreto de lo que se habia acordado el 16 de Mayo, entre Solis y Ganganelli, no ocultan su alegría; miéntras que los demas se inquietaban ál ver una confianza que les parece apoyada en vagas aserciones. El conde de Campomanes se dirige á su vez á Don Nicolas de Azara, y el 18 de Julio escribe lo siguiente el célebre fiscal: "Por lo que hace al papa, yo me atengo como V., á la experiencia. Roma y su corte tiene intereses muy opuestos á los nuestros; y por consiguiente es error querer que obren contra lo que les importa. La mayor parte de sus negocios están prendidos con alfileres, y así usan de arte; y el arte nuestro deberia ser no pedir cosa que no sea absolutamente justa y necesaria á la que el papa no pueda resistirse y obrar con firmeza (1)."

El franciscano Joaquin de Osma, confesor del rey, se encarga de solicitar y activar la causa de beatificacion de Palafox. Este es un medio que la corte de España creyó oportuno para herir en lo mas vivo á la Compañía de Jesus. Sus demas enemigos de Madrid la hacian una guerra mas franca, pero ménos encarnizada. El 12 de Septiembre, Roda, que no tenia la mayor fe en Clemente XIV, escribia á Azara: "Es tan poca cosa lo bueno que espero de Roma, que prefiero pensar que no será nada. Todos escriben maravillas del papa, refieren las conversaciones íntimas que han tenido con su santidad, y las muestras de respeto que de él han recibido; solo vos sois quien no veis tan bellas cosas, puesto que nada me escribis de eso. Parece que son muchos los proyectos que ocupan al papa. Lo que yo querria, era que los nuestros adelantasen mas."

A pocas semanas del intervalo, Roda se irrita, se exaspera, y el 31 do Octubre se explica en estos términos con su confidente diplomático de Roma: "¡Qué feliz sois, le dice, en ser un simple espectador, y no tener papel en esa comedia que, por la misma fuerza de las cosas, se terminará en tragedia! La Francia, que hasta el dia ha consentido en nuestras resoluciones y aprobado todas nuestras medidas, comienza á alejarse de nosotros, persuadida de que somos juguetes de Roma, que no quiere mas que llevar adelante sus propios negocios, y del papa, que no piensa sino en los de su escuela y su órden, desentendiéndose y aun sacrificando nuestros intereses comunes.

"Los Jesuitas aprovechan la ocasion, y trabajan á dos manos

(1) Véase el *fac-símil* n. 5.

Carta de Don Ruys de Campomanes al caballero de Azara.

Am.º g.r He estimado el tratado
mortificante del P.e Bramachi viene
nus como viene, y procuraré quedo
nes dexe sin respuesta esa tancla
xa, que admisa aca valer pura mai
gestra al tiempo en afensea sofes-
mas.
Yo me atengo enquanto a Papa
como Vm a la experiencia Roma
y su Curia tienen intereses muy
opuestos a los nosotros, y por consi-
guiente e error, q.e quieran que obren
contra lo que les importa. Lo mas esta
peso con alfilexes, y así usan de
axte, y el axte nuestro debexia
sex no pedia asa que no sea
abiolutam.te justa y necesaria á
que el Papa no pueda resistirse, y

obrax con firmeza

De estudios estamos muy mal y aun no ay trazas de hacer muy solidos progresos en muchos puntos: unos por luxo, y otros por Contradeçir se xeneren en impedir la luz.

Su Excmª de Vmª va abanzando en sus pretensiones aunque son de natural elevada lenta, pero no se perderá tpº en cumplirle

Ofrece de Vmª a sus pies

Camumanes

Rº y Julio 18 de 1769

Sr. Dn Nicolas Ygl de Azara.

por sí mismos y por sus emisarios. Conocen mejor que nosotros al papa y sus ministros; y harán de modo que el papa quede sin libertad de obrar, ó al ménos finja no tenerla, sin exponerse á un cisma.

"Si mi voto prevaleciese, ya se hubiera atado mas corta cualquiera negociacion con Roma, y se hubiera emprendido desde luego la obra que tanto nos importa, sin hacer caso del papa. Antes de pedir nosotros, hagamos que nos pidan, y que nos vengan á buscar."

El cisma estaba en gérmen en esas palabras ministeriales. En Roma, como dice muy bien Roda, los embajadores y los cardenales del partido de las coronas habian restablecido una Babel, que era un prodigio de confusion, y el 5 de Diciembre el ministro expresa así este pensamiento á Azara: "Os estoy viendo mero espectador de ese teatro en que se representan las farsas mas ridículas. Asomaos al palacio, y os reireis, teniendo al mismo tiempo lástima de los actores, que acabarán por ser silbados."

No hay cosa mas deplorable que la historia estudiada bajo el punto de vista de la diplomacia, que se debate en sus correspondencias íntimas. Pero á fin de que no se pierdan estas lecciones ni para Roma ni para el mundo católico, nada omitirémos de este lenguaje que se renovará mas de una vez.

Al subir al trono Clemente XIV, quiso renovar las relaciones diplomáticas con la corte de Portugal. Carvalho, marques de Pombal, estuvo tan duro y tan insultante, como los ministros de Francia y de España. El 26 de Diciembre de 1769, cuenta Roda cómo recibió Pombal la demanda del pontífice, y bajo qué condiciones fué aceptada: "Por lo que toca, dice, al nombramiento de Monseñor Conti como nuncio en Portugal, el embajador me ha dicho que no cree que esto sea consecuencia de haberse arreglado las diferencias entre esa corte y la de Roma, ni ménos el que Carvalho haya desistido por esto de sus compromisos. Almada, desde las primeras audiencias que tuvo con su santidad, escribió que el papa desearia tener un nuncio en Lisboa, á lo que dijo Carvalho: que teniendo el Portugal su ministro en Roma, era muy justo que el papa tuviese el suyo en Lisboa. Con esta respuesta el papa mandó la terna, en la que proponia á Conti en primer lugar, creyendo que seria bien recibido, á causa de su antijesuitismo, y la contestacion fué: que su santidad mandase á quien le pareciese. Apenas llegó este aviso á Roma, se publicó la eleccion de Conti, que marchará á Portugal á llenar sus funciones de enviado del papa, será tratado con todo respeto, y obrará de acuerdo con el encargado de negocios de Francia; pero en tanto que no se extinga la Compañía de Jesus, negocio el mas importante de todos, los demas quedarán á un lado."

Así, pues, la salvacion de las almas, las necesidades de la Igle-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sia, el honor del supremo pontificado, de todo debia prescindirse hasta despues de la supresion de los Jesuitas. Este era el *delenda Cartago* de estos Catones de contrabando, que ensayaban sus armas en el instituto de Loyola, para luego dirigirlas mejor y con mas seguridad contra el papado. Ellos no detestaban sino al Jesuita, y no querian herir sino al Jesuita; pero en el secreto de sus tendencias, el discípulo de San Ignacio no era mas que un medio. Cuando en 1767 Roda dió el grito de: ¡Guerra á los Jesuitas! y que salió triunfante de la operacion cesárea hecha á la Compañía, le vemos en la *posdata* de una carta dirigida al duque de Choiseul, su amigo, ser un poco mas explícito, el 17 de Abril: El éxito feliz, dice, ha sido completo. La operacion nada ha dejado que desear. Hemos muerto al hijo, ya no nos queda mas que hacer otro tanto con la madre, nuestra santa Iglesia romana."

Abajo el infame! tal era la palabra de órden que, en los impíos accesos de su afluente bufonería, daba Voltaire á sus adeptos; grito de guerra y de exterminio, que resonó de la otra parte de los Pirineos. D. Manuel de Roda, ministro del rey católico, le devolvia el eco al duque de Choiseul, ministro del rey cristianísimo, y la Compañía de Jesus veia caer sobre ella el golpe dirigido contra la religion. Los padres del instituto, proscriptos de todos los reinos gobernados por príncipes de la casa de Borbon, se habian retirado al condado de Aviñon. La Francia les arrojó de allí con sus armas. Los Jesuitas españoles, errantes sobre los mares, hallaron un refugio en Córcega; el duque de Choiseul se apodera de esta isla, y expulsa de allí á los desterrados. Estos se lisonjeaban con gozar de algun reposo en Roma; cuando he aquí que Ganganelli les va á probar que no es siempre un lugar de asibo la ciudad eterna. Estaban cansados en el servicio de la Iglesia, y un papa les negaba el reposo y la seguridad. *Lassis non dabatur requies.*

Apenas fué elegido Clemente XIV, cuando Bernis sucedió al marques D' Aubeterre. Embajador de Francia cerca de la Santa Sede, y orgulloso con la gratitud oficial que le manifestaba el papa, creyó este cardenal que dividiria con aquel el peso de los negocios. Ya fuese por afecto á Clemente XIV, ó ya por un sentimiento de equidad en favor de los Jesuitas, se le vió presentarse como mediador entre la impaciencia española y la insolencia de Pombal. El soberano pontífice se mostraba benévolo con todos, y pidió tiempo para estudiar maduramente la cuestion; Bernis se encargó de obtener un plazo dilatorio. Miéntras tanto, se alejaron del Vaticano los cardenales que habian dirigido los negocios en tiempo de Rezzonico. Con esto se aislaba á Ganganelli, y se le hacia creer adulándole que su política de conciliacion, unida á su

conocimiento de los hombres, exigian que gobernase y lo viese todo por sí solo. Poco á poco se le iba rodeando de prelados hostiles á la Sociedad de Jesus, se tendieron lazos á su amor por la paz, y se le fué conduciendo á romper insensiblemente con los que hubieran quizá despertado su equidad natural.

Estas ocultas maniobras que las ambiciones y resentimientos locales propagaban á la sombra de la tiara, bajo la proteccion de Bernis y de Azpuru, no se ocultaron al conde de Kaunitz, embajador de María Teresa. A pesar de sus complicidades secretas, se veia obligado á ejecutar las órdenes de su corte y á defender oficialmente lo que la emperatriz cubria con el manto de su proteccion. El 14 de Junio de 1769, Kaunitz se presentó en audiencia al papa. En el interes de la Iglesia le recomendó que tuviese en consideracion el voto de su soberana, que jamas consentiria en que se destruyese á la Compañía de Jesus. Clemente prometió hacer lo que pudiese, y en los primeros cuarenta dias de su pontificado, se negó dos veces á recibir al general de los Jesuitas, que venia á cumplimentarle en las festividades de San Luis Gonzaga y de San Ignacio.

No se cesaba de repetir al papa que nada habia dañado tanto á los Jesuitas como la manifiesta adhesion de que su predecesor habia hecho alarde. Ganganelli, una vez sentado en el trono apostólico, creyó que debia observar otra conducta. Se mostró tan hostil á la Compañía, que no quiso jamas dirigir la palabra á ninguno de los padres; y cuando veia á alguno de estos arrodillarse á su paso para recibir su bendicion, hacia por volver la cabeza. Prohibió á los dependientes y demas empleados de palacio, toda comunicacion con los Jesuitas. No bastaron estas medidas para desarmar á los enemigos del instituto. Cuanto mas rigurosas eran, tanto mas alimentaban la sospecha fija y tenaz de que el papa obraba así por mera política. Con el fin de arribar al supremo pontificado, Clemente XIV se habia separado del camino de la verdad. Llegó á conocer muy á su pesar que las astucias diplomáticas no sirven al pontífice que las usa sino de apoyo efímero y engañoso. Disimulaba por ganar tiempo; pero fuese cualquiera el velo con que se cubriese para ocultar sus pensamientos, habia en Roma ojos que penetraban este abismo; y Azpuru escribia el 3 de Julio al conde de Aranda: "El papa nos la quiere jugar; pero el rey no debe dejarse engañar por sus tretas. Su odio contra los Jesuitas es una supercheria; y para irse evadiendo emplea todas esas añagazas. Miéntras tanto, busca un medio honroso para salvar á todo precio la existencia de los Jesuitas. Su magestad debe insistir mas que nunca en pedir formalmente la destruccion de la Compañía, y negarse á todo acomodamiento."

En un breve que principia por estas palabras: *Cœlestium mune-*

rum thesauros, Clemente XIV del 12 de Julio de 1769, concedió indulgencias á los Jesuitas misioneros. Decia en él: "Derramamos con placer los tesoros de las gracias celestiales sobre aquellos que sabemos que procuran con el mayor ardor la salvacion de las almas, y por su ardiente caridad para con Dios y para con el prójimo, y por su infatigable celo por el bien de la religion. Como comprendemos entre estos fervientes obreros á los religiosos de la Compañía de Jesus, y sobre todo, á aquellos á quienes nuesrro amado hijo en Jesucristo Lorenzo Ricci ha designado para que salgan en este año y en los siguientes á diferentes provincias para trabajar en ellas en la salvacion de las almas, deseamos igualmente conservar y acrecentar con favores y gracias espirituales el celo activo y emprendedor de estos religiosos."

A la lectura de este breve, hecha segun costumbre y publicada en la forma y tenor ordinario, las cortes de España, Nápoles y Parma hicieron las mayores protestas. Reclamaban contra este acto, que no era un testimonio de la benevolencia del pontífice, sino costumbre inmemorial; y se admiraron de que la secretaría romana siguiese en favor de la Sociedad de Jesus la plantilla ordinaria. Los Jesuitas estaban condenados en el tribunal de las coronas, y no debian esperar ni justicia ni indulgencia de parte de la Santa Sede.

D. Manuel de Roda significa en estos términos, el 15 de Agosto, la voluntad de Cárlos III en su carta á D. Nicolas de Azara: "Es increible la bulla que ha metido, le dice, el breve del papa en favor de los Jesuitas misioneros, del cual se han circulado copias no solo en Madrid, sino en toda España. Los que piensan bien, se han indignado y profieren mil injurias contra Roma; pero los de la tercera órden triunfan y dan á este breve la importancia de la bula de la Cruzada. Muchos golillas quieren que el consejo de Castilla le mande recoger; pero se les ha contestado que vale mas mostrarse indiferente y despreciarle, para que el papa, vista nuestra tolerancia y moderacion con él, se comprometa mas en el paso de la extincion de la Compañía. Tengo por seguro cuanto me decis sobre este negocio, pero lo dejo correr. Esta transacion no ha corrido por mi cuenta, pues si yo auduviera en ella, ya acortaria el tiempo, y pronto sabriamos si el papa procede de buena fe, y si sus ministros obran con energía."

Clemente XIV se habia espontaneado: la *transacion* de que habla Roda ya no era secreto; y a fuerza de afrentas, se acercaba la época de que el papa expiase el pacto del 16 de Mayo. Ganganelli queria insinuarse y lograr la amistad de Cárlos III y de José I. Accedia á todos sus deseos, no desoia su menor queja, suspendió los efectos del breve, por el que su predecesor habia excomulgado al duque de Parma; pero estas protestas cordiales no desarmaban el

De par Le Roy

A tous gouverneurs et nos Lieutenans

Généraux en nos provinces et armées, Gouverneurs particuliers en Commandans de nos Villes, Places et Troupes, Et à tous autres nos Officiers Justiciers et Sujets qu'il appartiendra, Salut Notre Volonté et vous mandons très expressément que vous ayez à laisser Purement et librement passer notre Cousin Le Cardinal de Bernis allant à Rome avec ses Domestiques Bagages et Equipages sans lui donner ni souffrir qu'il lui soit donné aucun empêchement, Mais au contraire toute l'aide et assistance dont il aura besoin; Le présent passeport valable pour une année seulement. Car tel est notre plaisir

Donné à Versailles le premier Mars 1769.

Louis.

Par Le Roy

Le Duc de Choiseul

Gratis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encono de que la Sociedad de Jesus era constante objeto. El papa llegó á conocer tan bien su posicion, que ántes de transcurridos seis meses de su exaltacion, escribió á Luis XV:

"Por lo que toca á los Jesuitas, no me es posible censurar ni ménos extinguir un instituto elogiado por diez y nueve de mis predecesores; y tanto mas, cuanto que le ha confirmado el santo Concilio de Trento, y que, segun vuestras máximas francesas, el concilio general es superior al papa. Si se quiere, yo convocaré otro concilio general donde todo se discuta con justicia, cargo y descargo, y donde los Jesuitas sean oidos en sus defensas; pues lo mismo con ellos que con cualquier otro órden religioso, debo tener equidad y proteccion. Por otra parte, la Polonia, el rey de Cerdeña y aun el mismo rey de Prusia, me han escrito en su favor. Por lo cual no puedo, con su extincion, contentar á unos príncipes con disgusto y desaprobacion de otros."

Personalmente Luis XV entraba en esta idea de justicia que el pontífice le sugeria. El rey de Francia y el papa se hallaban íntimamente convencidos de que la Iglesia, reunida en concilio, jamas accederia á sacrificar la Sociedad de Jesus á las exigencias de los incrédulos. Con esto Ganganelli creyó librarse de la responsabilidad del pacto firmado en su eleccion. Este plan tenia el asentimiento de todos los hombres de bien; pero no se avenia con los arrebatos de Cárlos III, ni con las ideas de Choiseul, ni mucho ménos con el voto de los filósofos. El 26 de Agosto de 1769, el ministro de Luis XV participaba al cardenal de Bernis sus proyectos ulteriores, y le instaba á que cuanto ántes acabase con la Sociedad de Jesus. Con su ligereza habitual, así se expresa Choiseul en esta comunicacion:

"No creo: primero, que sea necesario confundir la disolucion de los Jesuitas con los demas objetos en cuestion, de los cuales es preciso dar de mano al presente. El punto mas vital es la disolucion. Todos los demas ya vendrán por si mismos, cuando no haya Jesuitas.

"Segundo: Pienso, con el rey de España, que el papa es débil ó falso: débil, titubeando en ejecutar lo que su corazon y sus promesas exigen; falso, buscando subterfugios para engañar á las dos coronas con esperanzas fallidas. En ambos casos, las consideraciones y miramientos son inútiles. Si es débil, lo será mucho mas cuando vea que nada tiene que temer de nosotros; y si falso, seria ridículo dejarle concebir ni siquiera una esperanza remota de que somos su juguete. Y lo seriamos realmente, señor cardenal, si aguardásemos á que el santo padre tuviese el consentimiento de todos los príncipes católicos, para la extincion de los Jesuitas: pues ya conoceis que esta salida del papa lleva consigo mucha dilacion y dificultades. La corte de Viena no dará su consentimiento sino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bajo ciertas restricciones y una negociacion ventajosa. La Alemania le dará, pero con trabajo; la Polonia, escitada por la Rusia, para chasquearnos, le negará; la Prusia y la Cerdeña, segun ya tengo entendido, harán lo propio. Con esto, el papa nunca llegará á reunir ese unánime consentimiento de los príncipes, y al ponernos delante ese preliminar, nos trata como á niños, que no tienen conocimiento alguno de los hombres, de los negocios ni de las cortes.

"Pero la burla llega á su colmo, cuando el santo padre añade, que al consentimiento de los príncipes, debe añadirse el del clero. Tan bien como yo sabeis, señor cardenal, que esta aprobacion del clero no podrá darse en toda forma, sino reuniendo un concilio, y que de hecho semejante asamblea ya no puede tener lugar en ningun pais católico, ya sea por la voluntad de los príncipes, ya por la del papa mismo.

"Cuando os encargué que declaráseis al pontífice que los ministros del rey recogerian sus pasaportes, ya conoceriais que esta medida es conminatoria, que debe servir para que el papa os inste á que os quedeis, y para que os comprometa á escribir al rey sobre vuestra permanencia á su lado.

"Concluiré la historia de los Jesuitas, presentando á vuestra vista un cuadro que, á no dudarlo, os asombrará. No sé si se ha hecho bien ó mal en expulsar á los Jesuitas de Francia y de España. Al fin han seguido el mismo ejemplo todos los estados de la casa de Borbon. Creo que una vez expulsados, lo que se ha hecho mal es, el haber dado un paso tan marcado para la supresion de la Orden, y con esto haber advertido á la Europa entera de este mismo paso. Ya está dado, y sin remedio; y nos encontramos con que los reyes de Francia, de España y de Nápoles están en guerra abierta contra los Jesuitas y sus partidarios. ¿Serán éstos suprimidos, ó no lo serán? ¿Vencerán al fin los reyes, ó serán los Jesuitas los que lleven la palma? Hé aquí la cuestion que agita á los gabinetes, y que es el foco de las intrigas, de los enredos y embarazos de todos los corazones católicos. A la verdad, que no se puede ver con sangre fria este cuadro sin escandalizarse; y si yo estuviese de embajador en Roma, me avergonzaria con solo ver al P. Ricci como antagonista de mi señor."

El general de los Jesuitas, nacido en Florencia, quizá tenia derecho á presentarse en oposision con un príncipe extrangero, que, despues de haber deportado á los Jesuitas de su reino, conspiraba para hacerlos proscribir en los estados pontificios: pero á buen seguro, que jamas hubiera insultado Ricci al hijo y al heredero de su soberano. Choiseul no habia tenido reparo en ultrajar la memoria del delfin (1), á quien aun lloraba la Francia,

(1) Se lee en la *Histoire de France pendant le* XVIII *siecle*, t. IV, p. 54, por

cuando este hombre de estado dirigia á Bernis la inconcebible carta, de la que solo hemos citado dos fragmentos.

Este despacho turbaba la quietud de Clemente XIV, é inquietaba tambien á Bernis, dejándole entrever la posibilidad de que le faltase la embajada de Roma, donde se habia arreglado una vida de fausto, de placeres lícitos y de benevolencia artística. El cardenal no titubeó. Luis XV solicitaba una tregua al odio siempre activo de Cárlos III, y la obtuvo; pero Bernis, Orsini, Azpuru y algunos otros cardenales y prelados, siguiendo su bandera, comprendieron que todos los esfuerzos con el papa serian estériles miéntras que no le arrastrasen mas allá de sus secretas intenciones. Era preciso argüirle por sus ideas de justicia. Se hizo aparecer proceso sobre proceso contra los Jesuitas, y se les atacó en detal, á fin de perderlos en el espíritu del pontífice, que debia juzgarles. Clemente XIV conoció al fin que toda su mansedumbre no producia sino una pasagera ilusion, y que le exponia á las justas reconvenciones de las cortes. Bernis le consolaba en sus amarguras, con palabras dulces que derramaba sobre aquel corazon ulcerado, y al mismo tiempo le conducia insensiblemente al abismo, sembrando de flores su camino. Miéntras que Pombal y Choiseul, de una parte, Moñino, Roda, Grimaldi y el duque de Alba, por otra, no cesaban de instar por la extincion de la Compañía, el embajador de Francia, que quizá no buscaba sino medios para retardarla, por un contrasentido, hizo dar al papa un paso que la iba á acelerar mas que nunca. Cárlos III habia denunciado al gabinete de Versalles la lentitud del cardenal diplomático. Dudaba de su buena fe, y exigia su separacion, amenazando á Roma. Bernis no encontró sino un medio para conjurar esta tempestad, y fué el de suplicar al soberano pontífice que escribiese al rey de España. Clemente XIV, fatigado, y ya casi vencido por tan continuo asedio, esperando poder salvarse aun, se resignó á pedir algun tiempo para ejecutar la supresion del instituto, y reconociéndo-

Lacretelle: Durante los debates sobre los Jesuitas, este (el delfin) no hizo mas que un esfuerzo en su favor. Presentó al rey una memoria, que contenia las mayores quejas contra el duque de Choiseul, y revelaba ó suponia sus intrigas con algunos gefes de los parlamentos, para llevar á cabo la disolucion de esta sociedad. El rey se quedó sorprendido, y por espacio de muchos dias recibió fria y severamente á su ministro. Pero éste, sabedor al momento por la marquesa de Pompadour de los medios, que habian empleado contra él sus enemigos, se quejó agriamente del delfin y de sus consejeros, y fué á buscar á ese príncipe para demostrarle la falsedad de las denuncias de que se habia hecho órgano, y á desafiarle luego en cierto modo con estas palabras: Quizá por desgracia me veré precisado á ser vuestro súbdito, pero jamas seré vuestro servidor.

Despues de semejante insolencia, es difícil explicar el extraño pasage de la carta en que Choiseul declara que seria vergonzoso ver al P. Ricci antagonista de su señor.

dola al mismo tiempo indispensable, añadió: "que los miembros de esta Compañía habian merecido su ruina por la inquietud de su genio y audacia de sus manejos."

El 29 de Abril de 1770 el cardenal de Bernis se gloría del golpe maestro que habia dado; y para volver á la gracia y sincerarse con Choiseul y los filósofos, dice así: "La cuestion ya no versa sobre si el papa desea ó no evitar la supresion de los Jesuitas, sino si, con arreglo á las promesas formales que por escrito ha hecho al rey de España, su santidad puede ó no dejar de ejecutarlas. La carta que le he comprometido á escribir al rey católico, lo liga de tal manera, que, á ménos que la corte de España no mudase de parecer, se ve obligado á terminar su obra. El mas ó ménos tiempo es lo único que quede conseguir; pero aun estas dilaciones ya están limitadas. Su santidad es demasiado ilustrada para dejar de conocer que, si al rey de España le diese la gana de hacer imprimir la carta que le ha sido escrita, quedaria deshonrada si se negase á cumplir su palabra y no suprimiese una Sociedad de cuya destruccion ha prometido él mismo comunicar el plan, y á cuyos miembros reputa como peligrosos, inquietos y enredadores.

Clemente XIV ya estaba con las manos atadas. Con su carácter, enemigo de la publicidad que tan bien se hubiera avenido con una digna ociosidad sobre el trono, no se le ocultó que tarde ó temprano se veria obligado á cumplir una obligacion tan selemne. Pero ese compromiso no bastaba á la actividad de los ministros españoles. Desconfiados y tenaces, sospechando siempre de los demas y aun de sí mismos, se hacian un punto de honor y un título de gloria en no dejar resto sobreviviente al edificio de la Compañía de Jesus, que ya habian echado por tierra. D. Manuel de Roda vuelve á tomar la pluma, y coloca á Azpuru en la senda que Cárlos III quiere que siga en Roma. Este príncipe escribió á Clemente XIV para que apresurase la extincion de los Jesuitas. Su carta estaba llena de amenazas y de amargura. Ganganelli rogó á Azpuru que la tuviese secreta, y el 15 de Enero, dice Roda á su ministro: "En cuanto á lo que me decis sobre la obligacion que os ha sido hecha, á pesar do los ruegos del papa para que no enseñáseis á los demas embajadores la carta de su magestad; y en cuanto al profundo disgusto que por ella ha tenido el papa, os respondo, que en lugar vuestro hubiera guardado silencio. Mas segun parece, vos escribísteis sobre eso al padre confesor; éste último lo ha revelado al rey, y su magestad ha mostrado gran indignacion, no contra vos, sino contra el papa."

Con la misma fecha el P. Osma que estaba en el secreto de Cárlos III, escribia desde el Pardo á D. Nicolas de Azara: "Vuestra carta es causa de que las gentes de aquí den una en el clavo y ciento en la herradura. Dejémosles decir, puesto que nos dejan hacer,

y será lo mejor que vos digais lo mismo que dicen los demas."

La corte de Roma, tan hábil generalmente para descubrir el hilo de una intriga diplomática, no sabia qué responder á este fuego cruzado de correspondencias y maniobras. Clemente XIV pasaba repentinamente de unos momentos de desolacion, á otros de una alegría inesplicable. Su secretario de Estado Pallavicini, lleno de gracia y de amabilidad, se mezclaba lo menos posible en los negocios. No sabia sino lo que se queria que supiese; no veia mas que á los asalariados de los ministros extrangeros; y antiguo nuncio en Madrid, se creia obligado por reconocimiento á servir á la causa de Cárlos III. El padre comun de los fieles no recibia sino á presencia de los embajadores; y para ser admitido á su audiencia, era preciso dejarse marcar con la estampilla diplomática, ser enemigo de la Compañía de Jesus, ó al ménos impío ó ateo, Bernis habia dado muestras de su celo contra los hijos de S. Ignacio; pero este celo no habia logrado resultados que pudiesen adormecer las sospechas del rey de España y de sus ministros; y el 24 de Abril de 1770, Roda se expresa en estos términos:

"Nuestros negocios con Roma, escribe desde Aranjuez á Azara, son para mí un misterio. Ya va casi pasado un año que se habla de la extincion de los Jesuitas, se la da como cierta, y todavía no hemos visto ni por el forro el plan y método que se nos habia prometido enviar, con el fin de que fuese aprobado por los monarcas. La corte de Viena ha declarado que no se opone á la supresion, y que aun suscribirá á ella con placer. Parece que esto se ignora en la secretaría de Estado en Roma. Me consta de buen original que Choiseul está que trina contra Bernis y el modo de obrar de la Santa Sede, persuadido de que á todos nos la quieren jugar. El duque de Choiseul ha escrito al embajador de Francia en Madrid una carta fulminante, de la que éste no ha hecho mas uso que contestarle que tenia mucha razon. Con todas estas cosas los ministros de nuestra corte siguen atendiéndose á buenas palabras y á lisonjeras promesas."

Todos los años, en el dia del juéves santo, los soberanos pontífices promulgaban en la Basílica de S. Pedro la famosa bula *In cœna Domini* (1). Clemente XIV sacrificó tambien esta costumbre,

(1) La bula *In cœna Domini* tomó ese nombre de la festividad de Jueves Santo, dia en el cual se promulgaba otras veces. Unos autores refieren su orígen á Martin V, en 1420; otros á Clemente V, y aun á Bonifacio VIII. Julio II, la dió fuerza de ley; Paulo III y Pio V se reservaron á sí solos la absolucion de las censuras que esa bula contenia, exceptuando solamente en el artículo de la muerte. Estas censuras se refieren principalmente á la heregía, la proteccion concedida á los herejes, la falsificacion de las bulas y demas letras apostólicas, malos tratamientos ejercidos contra los prelados, ataques contra la jurisdiccion eclesiástica, la piratería, los proveedores de armas y pertrechos á los sarracenos, &c. Gregorio XIII añadió á ella la apelacion al futuro concilio.

y semejante concesion fué la señal de la debilidad de Ganganelli. Cedió sobre un punto esencial, y la diplomacia le saludó con el dictado de Grande. Roda escribió sobre esto desde Aranjuez á Azpuru el 1.° de Mayo: "Reconozco, dice, como digno de todo elogio el talento y vigorosa firmeza del papa en la resolucion que ha tomado de abolir la antigua costumbre de la publicacion de la bula *In cœna Domini*. En su género me ha parecido mas heróico y mas meritorio este acto, que lo seria en su caso la extincion de los Jesuitas. He tenido el mayor placer, porque esta conducta muestra cuál es el carácter del papa, su deseo de conservar relaciones de una perfecta armonía con las cortes, y su valor para llevar á cabo grandes cosas. Esto hace esperar que cumplirá sus promesas respecto á los demas asuntos, á pesar de que los enemigos del papa le pintan como un hombre tímido, irresoluto, y de ningun valor."

El Sacro Colegio no mostró tanta alegría como los ministros de las cuatro cortes. Para él Ganganelli no se habia elevado súbitamente al rango de los héroes, porque el papa habia cometido un acto de cobardía. La supresion de la bula era el precursor de subsiguientes concesiones. Los cardenales, cuya discrecion en los negocios eclesiásticos y del Estado habia llegado á ser proverbial, no temieron el manifestar su descontento, y á pesar de que su máxima tradicional era el adoptar al ménos en público la política de los soberanos pontífices. Clemente XIV iba ya tan léjos del camino ordinario y regular, que se negaron á asociarse á una medida, que solo habia podido aconsejar un deseo de vana popularidad ó de conciliacion imposible. El 8 de Mayo, en la correspondencia de Roda con Azara, se lee: "No me extrañan las quejas ni el sentimiento del Sacro Colegio al ver la decision tomada de no publicar la bula *In cœna Domini*, y mas sin consentimiento de los cardenales, y aun sin haberlos prevenido. El papa ha hecho muy bien."

Se habia sembrado la discordia entre el papa y los cardenales; y se la explotaba con detrimento de la Santa Sede. Despues de haber saturado á su placer á Ganganelli de los elogios impostores, los ministros emprenden de nuevo su obra de destruccion; y el 17 de Julio Roda escribe á Azara: "Sabemos que en Roma todo se hará

Se leen tambien en esta constitucion algunos artículos que tocan á los límites de los dos poderes, como la prohibicion de imponer cargas sobre los bienes de la Iglesia, y lo que es mas, crear nuevos impuestos sobre el pueblo. Estos fueron sobre todos, los artículos que dieron causa á las reclamaciones que la bula produjo en casi todas las cortes, y los que la hicieron no ser admitida en España, Francia y Alemania. Esta oposicion fué siempre mayor, hasta que por último Clemente XIV suspendió su promulgacion, ejemplo que han seguido sus sucesores hasta el dia. Sin embargo, como las cláusulas de esta bula exigen una revocacion formal para que cesen sus efectos, revocacion que jamas se ha hecho, los tribunales y las congregaciones romanas la suponen siempre vigente en cuanto á las disposiciones espirituales.

á gusto del rey, y como se nos decia en el año anterior, se extinguirá la Compañía de Jesus, y otras cosas grandes verán su cumplimiento. Lo esperamos, y creemos en ello con todo el ardor de nuestra fe, aunque hasta el presente no veamos el menor indicio."

Algunos dias despues, el 31 de Julio, Roda espera aun; pero sus esperanzas están envueltas en amenazas: "Me decis, escribe desde S. Ildefonso á Nicolas de Azara, que en Viena, en Florencia y en Venecia, se han hecho desde hace un año mas demostraciones contra Roma, que nosotros en los diez años que han pasado. Lo mismo podrémos decir de Portugal, donde hasta el dia no hemos visto revocado ni uno solo de los numerosos decretos publicados en igual sentido. Solo nosotros nos quedamos con las manos quietas sin hacer nada, aguardando la salvacion de la condescendencia del papa, que nos desea mucho bien y que ha prometido complacer al rey en muchas cosas."

Estas adulaciones no produjeron el efecto que Roda esperaba. El papa deja pasar tiempo; el ministro español vuelve á su tono natural, y el 28 de Agosto ya desconfia; en otra carta á Azara: "Sí, decis muy bien (así se esplica), todo es aquí misterio. Ya voy creyendo que este pontificado pasará todo entero, y no se habrá hecho otra cosa que dar buenas palabras y cortesías á todo el mundo. He aquí por qué yo cada vez mas me afirmo en mi pensamiento, de que esta es la ocasion mas oportuna para obrar por nosotros mismos, sin pedir nada á Roma, en lugar de contentarnos con cumplimientos, y luego cumplimientos, y siempre cumplimientos."

Entónces, como ahora, ese era el último deseo de la diplomacia. Se querian recoger al pié de la cátedra de Pedro las varas con que habian de ser azotados los católicos; se ensayaba transformar la autoridad del sucesor de los apóstoles en instrumento de opresion; pero á la primera resistencia del papa ya se declaraba la idea de obrar por sí mismos y prescindiendo totalmente de su autoridad. Su asentimiento exigido se transforma en humillacion para la Santa Sede, y Clemente XIV no se atrevió á dar á entender que lo comprendia.

La Francia y España la dejaron respirar durante algunos meses; sin embargo, como si la persecucion debiese cada vez mas encarnizarse contra este anciano coronado, Pombal y Tanucci activaron por bajo de cuerda las intrigas de Choiseul y de Aranda; y si bien no tuvieron la insolente elegancia de sus maestros, fueron mas groseros en su proceder. Estos últimos ultrajes irritaron al pueblo romano. El papa detestaba el exterior prestigio de las ceremonias religiosas, y no gobernaba sino á mas no poder. El disgusto de los hombres le hizo ocuparse en los negocios con desprecio. Sus dos únicos confidentes eran dos religiosos de su convento de los Santos Apóstoles, llamados Buontempi y Francesco, que le aislaban en su

trono, á fin de poder mejor dominarle en beneficio de sus rencores monásticos y de las pasiones de todos los ministros de la casa de Borbon. Clemente XIV separaba del Vaticano á los cardenales y á los príncipes, cuya firmeza temian los embajadores, y usando de una intimidacion sabiamente graduada, el Sacro Colegio estaba reputado como innecesario. Se persuadió á Ganganelli de que no tenia necesidad de consejos, y por medio de adulaciones se le privaba hasta de la posibilidad do reclamarlos. Tanucci era el enemigo personal de la Santa Sede; y para humillar al papa y al pueblo romano en su orgullo de artista, que constituye una de las glorias de la ciudad eterna, el ministro napolitano dispuso de repente despojar el palacio Farnesio de los mármoles que enriquecian sus galerías. Fueron transportados á Nápoles el Hércules, el Toro de Farnesio, y otros monumentos. Leopoldo de Toscana siguió el ejemplo de Tanucci, y sacó la Niobé de la villa de Médicis, de suerte que, sin tener en cuenta los sentimientos de Ganganelli, príncipes y ministros se conjuraron para colmar su vejez de todas las afrentas imaginables.

A estos motivos de descontento interior se agregó la escasez y carestía, consecuencia inevitable de una mala administracion. El papa vió desvanecerse como el humo esa popularidad, cuyos primeros transportes tanto habian llenado su alma. Los padres del instituto creyeron que tan aflictiva situacion inspiraria al pontífice ideas mas justas, y que todos de consuno podrian aun trabajar por la gloria de la Iglesia. Tan completamente se encontraban fuera del manejo de los negocios, que el P. Garnier, antiguo provincial de Lyon y asistente accidental de Francia, en aquella sazon, escribia desde Roma, el 6 de Marzo de 1770: "Los Jesuitas saben que se solicita su abolicion; pero el papa guarda un secreto impenetrable sobre este asunto; y no ve mas que á sus enemigos. Ni cardenales ni prelados son llamados al palacio, sino para asistir á las funciones públicas. "El 20 de Junio del mismo año el P. Garnier escribia aun á sus hermanos: "Los Jesuitas no se ayudan á sí mismos, ni saben ni pueden ayudarse, y las medidas están muy bien tomadas contra ellos. Lo mismo aquí, que en Paris, la voz que corre es que el negocio está concluido, y el golpe dado."

En este momento fué cuando la caida del duque de Choiseul vino á reanimar las esperanzas de los amigos de la Compañía. Despues de haber sido hasta la muerte de Madama de Pompadour, el cortesano mas obsequioso de esta favorita del monarca, no quiso atemperarse con Madama du Barry á los deplorables caprichos de Luis XV. Despreció altamente á la dama de, poco mas ó ménos, que se desdeñaba de él, por haber triunfado en el vicioso corazon del rey, de la duquesa de Grammont, hermana de Choiseul. D. Manuel de Roda, que en todas partes veia Jesuitas, comunicó sus aprensiones a Azara, y al darle parte de esta impura intriga, el 9 de Mayo, le dice: "Ya sé lo de la nueva favorita de Francia; quiénes han sido los célebres introductores, y todo lo demas de la intriga. El popre Choiseul se encuentra abandonado de toda la corte. Todos los demas son Jesuitas pero de cuarto voto. Ahora están en Paris con mas poder y valimiento que nunca."

Aun en estos tiempos se acusaba á los hijos de S. Ignacio, proscritpos en todas partes, de tener en su mano las riendas de los gobiernos. El duque de Choiseul fué precipitado por su orgullo de la cumbre de los honores y del poder. El 25 de Diciembre de 1770 tomó el camino del destierro, y el duque D' Aiguillon fué llamado á sucederle. El nuevo ministro siempre habia amado y siempre defendido á los Jesuitas. Llegaba á la mejor ocasion, pues el pueblo cansado de las prodigalidades de Choiseul, aplaudia su desgracia; miéntras que los cortesanos, los contratistas y los filósofos echaban de ménos á su protector, y le seguian á sus tierras de Chanteloup, á fin de desafiar desde allí al monarca en el ejercicio de su prerogativa real. Choiseul durante su administracion habia enervado y corrompido la Francia; y esta misma Francia, representada por su nobleza y por sus escritores, se apresuró á cubrir á esta grandeza caida con un prestigio de popularidad, desconocido hasta entónces. La desgracia tuvo tambien sus cortesanos, y por la primera y última vez quizá, un ministro desterrado encontró en los aduladores de la fortuna, hombres que se atrevieron á desafiarla.

Este espectáculo tan fuera del órden comun, no alarmó á Luis XV. Por aquella época en Francia todo se tomaba á juego, y los placeres eran los únicos que ocupaban sériamente los ánimos. D' Aiguillon trató de procurarse uno de los mas refinados. Deseaba vengarse de los parlamentos y los castigó disolviéndolos, como ellos habian hecho ántes con la Compañía de Jesus. No tuvo la menor compasion con los magistrados que se habian mostrado inexorables con los Jesuitas, y proscribió á los proscriptores. Pero en esta rápida revolucion, la mano de los padres, desterrados ya tiempo hacia del reino, no se dejó sentir ni de cerca ni de léjos. D' Aiguillon y el conciller Maupeun llevaban sus miras particulares con semejante medida. Madama du Barry, (y ese fué un homenage indirecto que tributó á la virtud de los Jesuitas) Madama du Barry, repito, nunca pensó reconstruir en manera alguna el edificio que su antecesora habia echado por tierra.

Sin embargo, al saber el papa los cambios verificados en la corte y en el ministerio, creyó que le serian concedidos algunos meses mas de tregua. Luis XV ya no tenia ante sí al imperioso Choiseul que le dictase ordenes; y D' Aiguillon no debia violentarle en lo mas mínimo sobre ese punto. El rey y el ministro no deseaban otra cosa que dejar al papa en su completa libertad de accion; pero

era preciso hacer entrar en igual sistema á Cárlos III de España. A fin de consolarle por la desgracia de Choiseul, D' Aiguillon consintió en hacer causa comun con los enemigos de los Jesuitas. El poder fué su mayor tentacion. Para desarmar los recelos del gabinete de Madrid, quiso darle prendas. Cárlos III desde mucho tiempo ántes suponia en el cardenal de Bernis la mayor tibieza en sus reclamaciones. D' Aiguillon le dió una prueba de ello, entregando á Pinatelli, conde de Fuentes, embajador de España en Paris, los despachos y demas comunicaciones originales del embajador de Francia en Roma; y despues que se consumó esta bastardía, Cárlos III y el duque D' Aiguillon se convinieron en un nuevo plan de campaña.

El papa habia obtenido una dilacion; creyó ganada la partida, y persuadiéndose de que con su sistema de injusticia calculada y de mala voluntad oficial hácia la Compañía, engañaba á los enemigos del instituto, afectó herirle ligeramente con la intencion de preservarle de la muerte, así como Pilatos hizo azotar al Salvador con el fin de evitarle por ese medio el suplicio de la cruz. Tan arraigado se halla este pensamiento en su imaginacion, que en 1772 le declaró á Juan Cárlos Vipera, uno de las lumbreras del órden de franciscanos conventuales, antiguo echermano y amigo de Ganganelli, Vipera, con aire consternado, dijo al papa: "Podré creer muy santo padre, el rumor público que se oye por todas partes de que dentro de poco tiempo será destruida la Sociedad de Jesus, y destruida por un pontífice que ha salido de la familia de S. Francisco. Tranquilizaos, le contestó Clemente XIV con cierta seguridad, de ninguna manera será sacrificada; pero es indispensable que los Jesuitas sufran y padezcan mucho, si quieren salvarse."

Estos detalles que tomamos de los comentarios inéditos sobre la supresion de la Compañía, escritos por el P. Cordara, indican muy bien que Ganganelli retrocedia ante la sola idea del cumplimiento de la obra que habia tomado á su cargo. Su vida entera se consumia en buscar medios de eludir la fatal promesa arrancada ántes de su exaltacion por el cardenal de Solis. Con un solo rasgo de pluma podria recobrar el condado Venesino y el principado de Venevento; y sin embargo, queria mejor permanecer en la línea de su deber que recobrar para la Iglesia sus dominios invadidos. Cualquiera hubiera dicho que al reanimar su valor Clemente XIV, creia poder perdonarse á sí mismo el error que un momento de vértigo inspiró al cardenal Ganganelli. El papa sabia que su predecesor Clemente XIII pagaba anualmente á los Jesuitas, arrojados de Portugal, doce mil escudos romanos destinados á proveer á su subsistencia. El erario público se hallaba muy recargado, y á pesar de buscar Ganganelli todos los medios de aliviarle, quiso, sin embargo, que Angel Braschi, administrador de la hacienda pontifi-

cia, continuase suministrando este subsidio á la desgracia. El papa solo abrigaba un temor, y era que el embajador portugues ó el español llegasen á saber su caridad con los proscriptos de Pombal.

Angel Braschi, quien cuatro años despues sucedió á Clemente XIV bajo el nombre de Pio VI, guardó religiosamente el secreto de esta beneficencia pontifical. Pero al ver la perplejidad de Ganganelli y la desgracia de Choiseul, el rey de España no pudo contener su impaciencia. Roda se encargó de trasmitirla á los plenipotenciarios de España cerca de la Santa Sede; y el 29 de Enero de 1771 escribe desde el Pardo á Azpuru:

"Nada dudo de lo que me decis con tanta seguridad sobre la firmeza del papa en sus promesas. Temo, no obstante, que en Paris, á causa de la caida del ministerio, se cambie tambien su modo de ver sobre la extincion de la Compañía, puesto que ya es cosa segura que el partido de la favorita, muy afecto á los Jesuitas, esté triunfante con la caida de Choiseul y de su primo Praslin. El mismo cardenal de Bernis no es amigo de Choiseul, por mas que digan: allá en sus adentros es acérrimo partidario de los Jesuitas, y así lo que es de aquí adelante debemos contar poco con sus servicios: los pocos obtenidos de él hasta el dia han sido arrancados á fuerza de órdenes y mas órdenes y merced á fuertes reprimendas. Si la corte de Paris se acuba de resfriar, y si por casualidad, lo que es mas, se emplea en favor de los Jesuitas, el papa se encontrará entre la espada y la pared; pero yo aun no estrañaria ver de nuevo á los Jesuitas en Paris, y en el palacio mismo del rey cristianísimo."

El 26 de Marzo, Roda, que no cesa de escribir para apremiar á Azpuru y á Azara, teme ver que Mme. du Barry tome partido en favor de los Jesuitas. Esta muger no se atrevió á hacerle pasar ese mal rato, y el ministro español aun pudo conservar sus esperanzas.

"No dudo, dice á Azpuru, que el papa se sostenga, y que al fin y al cabo cumpla su palabra; jamas he dudado de ello; pero vos sabeis lo que son las cortes. La de Francia se queja de las dilaciones, y al presente, aunque no demuestra haber cambiado de opinion, todo se puede temer. Nuestro rey ha descuidado el fortificar á su augusto primo en su antiguo proyecto. Este obra en ese sentido; y espero que su constancia cortará los vuelos á las muchas cabalas que se multiplican en la corte de Francia, porque temerán desagradar al rey de España. Eso no obstante, es lo cierto que los Jesuitas han representado un papel muy importante en palacio. Como nuestro soberano es bastante formal y constante en eso de promesas, y exactísimo en cumplirlas, no ha dudado del papa un solo instante. Los motivos que éste le ha alegado, han sido de su

aprobacion como habeis podido verlo por las reconvenciones que se han hecho; pues desde que su magestad comprendió que la causa del retardo tenia por móvil preparar á su santidad para la extincion de los Jesuitas simultáneamente con la causa de nuestro Palafox, el rey ha conocido que la idea no podia ser mejor, y se ha tranquilizado mas y mas."

Palafox y los Jesuitas, la beatificacion del uno y la destruccion de los otros, tal es el doble objeto que sigue Cárlos III con un encarnizamiento del cual difícilmente podrá hallarse ejemplo en la historia. Aranda deja á los ministros que tiene bajo sus órdenes el cuidado de traducir el pensamiento de su amo; contentándose él con inspirársele. El 12 de Marzo, la du Barry y el duque D' Aiguillon hacen las paces con Cárlos III. Roda, ya mas asegurado, se explica en estos términos con Azpuru: "Es cierto que á estas horas no hay en Paris otra manera de ver las cosas que sea opuesto á nuestros ardientes deseos de acabar con la Compañía de Jesus; el rey de Francia acaba de asegurar á nuestro soberano que se mantendria firme en su última resolucion, y que permanecerá unido á su magestad en cuantas instancias se hagan al papa."

El 9 de Abril, el odio contra los Jesuitas puede mas en el ánimo de Cárlos III que el respeto que afecta mostrar á la memoria de Palafox. Palafox es el epígrama y el intermedio arrojados en este negocio tan deplorablemente conducido. Roda notifica desde Aranjuez las disposiciones reales. "Su magestad, dice, se ha alegrado tambien mucho por las seguridades que le manifestais relativamente á la pronta resolucion de la causa de nuestro venerable Palafox, como igualmente por las que tocan á la extincion de los Jesuitas; negocio que su magestad desea ver terminado ántes que todos. El ansia con que el rey suspira por ver llegado el dia de esta supresion prometida por su santidad, es tal, que cada momento que se tarda, le parece un siglo; y yo mismo tendria el mayor disgusto si quedase sin efecto la incomodidad que se toma el rey."

Cada correo llevaba, ya á Tomas Azpuru, ya á Nicolas de Azara, nuevas súplicas ó amenazas. La tenacidad española estaba en pugna con la lentitud romana, complicada en Ganganelli con mucha parte de remordimiento. El 4 de Junio de 1771 se le recordó mas explícitamente que nunca la promesa de cuyo olvido se le acusaba. Azpuru, que ya era obispo, anhelaba la púrpura; y para conseguir esto, usó de miramientos y consideraciones con el papa, y de circunloquios y evasivas con el rey de España, á fin de ver si podia obligarle á una inaccion incompatible con su carácter. El príncipe, ya cansado, mandó á Roda que escribiese á Azpuru para que acabasen de una vez las irresoluciones del Vaticano y la apatía del embajador español. Roda obedeció:

"Creo, dice en su despacho, que jamas se ha visto entre soberanos una negociacion semejante á esta de la extincion de los Jesuitas. Todos los príncipes de la casa de Borbon la han pedido al papa. Su santidad la promete redondamente y sin condicion, y promete hacerla luego. Puso despues condiciones; todas se han arreglado, y el papa renueva sus promesas, asegurando siempre que se verán pronto realizadas; pero la realizacion nunca llega, y ni aun se ven trazas de ello. Estoy asombrado al ver cómo nunca faltan al ministro de nuestra corte frases y rodeos, que siempre vienen á parar á lo mismo, sin sacar nada en limpio en ninguna de sus cartas, y sin concluir la menor cosa, exagerando al mismo tiempo la seguridad y certeza de las palabras del papa."

Toda la gravedad de Carlos III se aliaba con Mme. du Barry; Luis XV estaba bajo el yugo mas humillante; sus embajadores y los de Nápoles se encontraban á las órdenes del rey de España; y Roda, escribiendo desde el Escorial á Azpuru el 8 de Octubre de 1771, hace constar todo esto, encargando á este último que felicitase á los cardenales de Bernis y de Orsini:

"El rey, así habla Roda, está muy satisfecho de la prontitud con que habeis ejecutado la órden que se os habia intimado de renovar las instancias sobre la tan suspirada supresion de los Jesuitas. Igualmente se ha alegrado por el aviso que habeis dado á los dos cardenales para que piensen en el asunto con el mismo interes á nombre de sus cortes respectivas. Su magestad aguarda con la mayor inquietud la respuesta que dará su santidad á vuestra memoria y á las instancias de los dos cardenales."

Esta memoria, cuyo original tenemos á la vista, no produjo ni debia producir ningun efecto. En ella se habla de justicia y de salvacion de la Iglesia, exigiendo siempre la destruccion de la Compañía de Jesus. Ganganelli sabia mas que el obispo Azpuru. El velo que habia vendado los ojos al pontífice, á quien Tanucci llama *un frate furvo*, se rasgó completamente. Penetró en seguida la luz, y Clemente XIV, arrepentido del pasado y del presente, no quiso manchar su porvenir. Ya no ignoraba que estaba perdida la esperanza de hacer mas equitativas y sumisas á las cortes que tanto atormentaban á la cátedra de San Pedro; y así guardó silencio.

"Poco importa, decia el ministro español al embajador en su despacho del 19 de Octubre, poco importa que el papa no conteste á la memoria que le habeis presentado para la supresion, con tal que la reflexione y la ejecute en el momento que espire el plazo prefijado por la misma. Sin embargo, para satisfaccion del rey, bueno seria que el santo padre contestase. No tengo palabras para explicaros el deseo que tiene su magestad de ver terminado este asunto que considera como de la mayor importancia. Miéntras esto llega, se contenta con las esperanzas que le da el papa del cercano cumplimiento de sus promesas."

Roda, que en cada palabra que escribe revela un resentimiento íntimo, se dirige sin cesar á Azpuru y á Azara, y vice-versa, para extimular su celo, que cree resfriado por el solo contacto de la atmósfera romana. Azara recibió de él, con fecha 24 de Diciembre, una carta concebida en estos términos: "Maldito si veo que nuestros negocios adelantan un paso; y sin embargo, debemos creer que van bien. El negocio de Palafox ya principia á embrollarse. Se nos piden un millon de documentos, lo cual se atribuye á un tal Perez, trinitario, que parece que ha dado un voto malicioso. Aquí se trata de hacérsele pagar, y con todo esto, la causa es la que realmente lo paga, y el papa tambien, que ha fijado este término para la supresion de la Compañía. Esto será un nuevo pretexto para él, á fin de retardar el cumplimiento de sus promesas tantas veces renovadas."

Este cumplimiento era el buen éxito de la fuerza que se preparaba á vencer á la conciencia pública; y ésta, como sucede siempre con los hombres honrados, sucumbió ante la maldad. Los Borbones se apresuraban á llevar á cabo su pensamiento sobre la Compañía de Jesus; *operacion cesárea* que aun no habian verificado sino en parte. Los enemigos del instituto eran audaces y dueños del poder, que aprovechaban; y lo que eternamente sorprenderá á cuantos reflexionen un poco, no será esta misma audacia, sino el silencio guardado por los Jesuitas en medio de semejante crísis. Se les creia ricos sobre toda ponderacion y se ha querido probar que poseian tesoros incalculables en cada punto del globo. En sus misiones, en España, en Francia, en Roma, y por todas partes, ejercian, se dice, una mágica influencia sobre cuantos á ellos se acercaban; disponian de medios desconocidos para llegar al objeto que se proponian: el Sacro Colegio, la prelatura y los príncipes romanos les obedecian ciegamente, ya marchando, ora deteniéndose á una señal dada: la sociedad de Jesus tenia á su disposicion armas y máquinas de toda especie para batir en brecha á sus enemigos, y al llegar esta complicacion de sucesos, al traves de estas secretas correspondencias, donde nada se calla, en medio de tantos escritos y de tantas comunicaciones oficiales en que la calumnia se encontraba como en su verdadero puesto, no se encuentra el menor rastro de acto alguno de resistencia de parte de los padres. Por todas partes se les asalta como plaza que ya comienza á estar desmantelada, y permanecen en la inaccion. Se hace correr la voz de que trabajan en Roma para conjurar la tempestad. Se señala esa actividad, y sobre ella se edifican cartas novelescas, pero en cuyo fondo nada se descubre. La actividad desaparece al llegar á los Jesuitas, y es imposible rastrear su menor huella. Mueren heridos del ostracismo, pero mueren sin combate, sin venganza y aun sin osar defenderse.

Y sin embargo, jamas se les ha presentado ocasion mas oportuna de poner en juego su influencia y sus riquezas, la ocasion mas favorable, la única, en fin, que pudiera excusar cualquiera intriga. Los que tanto saben, debieron conocer la parte flaca de sus perseguidores, y eso no obstante, no se encuentra la menor señal de seduccion ó de corrupcion intentada por su parte. Se les acusa de estar por mitad en el secreto de todas las familias; de tener ojo y oido siempre abiertos para penetrar los misterios todos de la vida privada y de la vida pública, y no tienen arte para conocer las innumerables tramas que se urden contra el instituto. Los ministros y los embajadores de la casa de Borbon están en guerra abierta y permanente contra ellos; y no llega su astucia á poder sembrar la cizaña en el campo enemigo. Choiseul desprecia á Pombal; Aranda es acusado por Grimaldi; Azpuru denuncia á Roda; Moñino acrimina á Azara; Bernis se queja sin cesar de Tanucci, y los Jesuitas no saben aprovecharse de estas desavenencias. El Sacro Colegio desconfia de Clemente XIV, y no toman partido por sus defensores contra el soberano pontífice, ni se les ve medir sus fuerzas contra las puertas del Vaticano ó del Quirinal. Nada hacen con esos diplomáticos cuyo escesivo lujo tiene necesidad de donativos pecuniarios; á nadie sondean, y la causa de todo esto es á cual mas sencilla. Consiste únicamente en una carta del general del instituto. El padre Ricci se dirige en ella á todos sus hermanos, y les habla con el corazon en la mano. Miéntras que se denuncian las casas de los Jesuitas como nadando en oro, vemos la escasez á que se hallaban reducidas trece años ántes de su supresion en Roma, en el momento mismo en que los filósofos, los gobiernos y los jansenistas los proclamaban como señores del mundo y dispensadores de todas las gracias. Entónces subsistia aun la Compañía en el reino Cristianísimo, en España, en Alemania, en Italia y de la otra parte de los mares. No tenia que mantener de extraordinario sino á los desterrados, á quienes el marques de Pombal no pudo hacer prisioneros ó mártires: este exceso de gasto era para la Compañía un caso de ruina inminente. El 20 de Diciembre de 1760 Ricci pinta en estos términos á los provinciales la extrema penuria en que se veia sumida la Compañía.

"La llegada de nuestros padres y hermanos de Portugal á los estados pontificios, me obliga á tomar consejo de vuestra reverencia, así como de los demas provinciales. Su modo de vivir, á la verdad, es tan conforme al que conviene á todo religioso, que me siento lleno de consuelo, sobre lo que ántes de todo debe ser objeto de mi constante solicitud, esto es, la fiel observancia de las reglas. Pero lo que profundamente me aflige, es que no veo medio de hacerme con el dinero necesario para proveer á sus necesidades mas urgentes. Pasan ya de novecientos los deportados aquí, y creemos que

les seguirán otros muchos de los que se encuentran en el Maravá, en Goa y otros puntos de la Asia. Los atiendo con la mayor economía en su manutencion, como corresponde á nuestra manera de vivir, y sin que les falte nada de lo necesario respecto á alimento, vestido y habitacion. Este es un deber que nos dicta la justicia, la caridad, la conmiseracion y la tierna piedad para con unos hijos y hermanos abandonados y á quienes falta todo; y así es conveniente que los sustentemos, hasta que la Divina Providencia lo disponga de otro modo. Sin embargo, el sostenimiento de tantas personas, adaptado á las reglas de nuestra vida comun, por mas económico que sea, lleva consigo grandes gastos, que durarán lo que Dios quiera, y carecemos de fondos que sufraguen lo suficiente para eso. ¡Ojalá que nos hubiese sido permitido repartir á nuestros queridos portugueses entre todas las provincias! Entónces no hay duda que fácilmente hubieran sido socorridos; pero el Señor ha querido concentrarlos en una sola, pequeña de por sí, y que, por esta sola razon, necesita gastos aun mayores de los que puede soportar.

"Ya que la obligacion de alimentar á nuestros hermanos de Portugal, desterrados y privados de todo recurso, pesa sobre la Compañía entera, solo nos resta buscar los medios mas oportunos para llenar, como es justo, tan sagrado deber. No se me oculta la escasez en que se encuentran casi todas las provincias; las deudas de consideracion con que están gravados la mayor parte de los colegios, y en una palabra, todo cuanto las desgracias de la época presente han acumulado á la pobreza general. Sin embargo, despues de haber mucho y por largo tiempo reflexionado con el mas increible dolor, me he dicho á mi mismo: ¿Qué haré yo, puesto que este es el único medio? ¿Qué será de nuestras reglas de vida comun, si, porque estamos muy pobres, no podemos subvenir á las necesidades de la vida, del modo y forma que nuestros usos y costumbres lo han establecido entre nosotros? ¿Y si alguna vez nuestra vida comun recibe cualquier lesion (¡de lo cual nos preserve el cielo!) qué queda del instituto, que funda en ella su principal accion, y qué queda de nuestros ministerios, dedicados en ese caso, no á la mayor gloria de Dios ni á la salvacion de las almas, sino al lucro mundano? Hé aquí el motivo que me hace titubear en cargar á la Compañía con nuevas deudas para lo venidero, así como lo he hecho en este primer año: poco á poco estas deudas se acumularian de una manera increible y traerian para todos la ruina inminente de que os he hablado poco hace. Hay quien aconseje que se pida habilitacion para recibir limosna por las misas, miéntras subsista tan perentoria necesidad; pero este medio causaria al mismo tiempo una profunda llaga en nuestro instituto; y me aterra la sola idea de un golpe semejante, sin contar las acusaciones sin número que de esto resultarian en unos tiempos en que toda la Europa se ve como

inundada de malos libros dictados por la mentira, y no se oyen sino discursos inspirados por la calumnia.

"Finalmente, una cosa es la facultad de recibir limosnas, y otra la de encontrarlas. Paso en silencio otras muchas dificultades que lleva consigo este proyecto, y que se presentarán quizá al pensamiento de quien le considere sériamente. Así, pues, en presencia de una angustia cuyo peso me abruma mas que todas las demas, pido vuestro parecer á cada uno de vosotros; y que atendiendo á lo importante de este negocio, vuestra reverencia piense en él desde luego ante la presencia de Dios; que le examine sériamente por sí mismo, y que le discuta luego con personas de gran prudencia, y con los padres mas observantes de nuestro instituto y de la vida religiosa; y por último, que me mande por escrito su modo de pensar y el de los demas. Que todos oren con ardor, y que pidan al Señor, cuya bondad mantiene á todos los animales creados, para que acuda al socorro de nuestra indigencia y la de nuestros hermanos, y que nos conceda, no riquezas, sino lo mas necesario á nuestra existencia; sí, que nos enseñe á amar la pobreza de Jesucristo; pero que aparte de nosotros la miseria que llegase á obligarnos á que nos desviásemos de nuestras santas reglas."

Dos años despues, la penuria se hizo sentir mas de lleno; el papa intervino, y he aquí del modo que lo hizo. El 3 de Septiembre de 1762, el general de la Compañía notificó las disposiciones siguientes á los provinciales de Italia:

"Habiendo representado humildemente al santo padre Clemente XIII las grandes miserias en que se encuentran casi todas las provincias de la Compañía, por una parte, y por otra la necesidad de acudir al sostén de nuestros padres y hermanos de Portugal, su santidad se ha dignado concedernos por cinco años, por rescriptos de 27 de Julio de 1762, la facultad de emplear para el susodicho mantenimiento el importe de ventas y productos de todos los legados piadosos dejados á nuestras casas y colegios, para la ereccion de iglesias, capillas y altares, para la construccion de las casas, para ornamento de esas mismas iglesias, y para proveerlas de objetos sagrados, tales como alhajas de plata y demas que pertenecen mas á la magnificiencia y embellecimiento que á la necesidad. Su santidad quiere al mismo tiempo que se cumplan enteramente todas las obligaciones de misas, sufragios y demas obras piadosas prevenidas por los fundadores. Se lo aviso á vuestra reverencia para que haga uso de ello, recomendándole, sin embargo, que tenga el mayor cuidado en tener secreta semejante facultad, y en usar de ella con toda la precaucion posible; y esto por el solo motivo del abuso que la maldad haria en estos tiempos contra nosotros por semejantes concesiones tan justificadas y legítimas."

En presencia de semejantes documentos, ya se comprende que

las negociaciones entabladas contra los hijos de San Ignacio, debian tener su resultado en corto plazo. Estos no se defendian sino con la oracion, con la obediencia y pobreza voluntaria; eran atacados á todo trance y con toda clase de armas; la victoria no podia quedar por largo tiempo indecisa. La muerte de Azpuru, quien sucumbió de desesperacion al ver que cada consistorio dilataba su promocion al cardenalato, apresuró la caida de los Jesuitas. Así como el duque de Choiseul, el conde de Aranda estaba próximo á sucumbir en Madrid bajo una intriga de corte. Uno de los últimos actos de este ministro, aun bastante poderoso, fué el mandar á Roma á D. Francisco Moñino con el cargo de embajador de España. Este hombre de estado, antiguo abogado de los Jesuitas, y que tan célebre se ha hecho en la historia de la Peninsula bajo el nombre de conde de Floridablanca, no sabia aun por experiencia los funestos resultados de las revoluciones. Las secundaba sin prever que llegaria un dia en que él mismo fuese uno de sus mayores y mas constantes adversarios.

El 26 de Mayo de 1772, Roda, que se queja de la desconfianza que de él tiene la corte de Cárlos III, anuncia la partida del nuevo diplomático á su confidente ordinario: "Moñino, le dice, está en camino para su destino, y á pesar de lo que esto os puede disgustar, creo que os encontraréis mejor que ántes. Moñino tiene buenas maneras, un carácter dulce y talento. Es una lástima que se deje gobernar por aduladores é intrigantes. Ignoro cuáles son sus instrucciones. Ya sabeis que no he tenido parte alguna en su nombramiento. De algun tiempo á esta parte no me ocupo sino de lo que extrictamente concierne á mis funciones, porque veo que de mí no se quiere otra cosa; lo que es un beneficio para mí. Dios quiera que en mi secretaría de estado nada tenga que mezclarme con Roma."

Moñino no decia otro tanto. Con toda la fuerza de su edad y de sus ambiciosas pasiones, se entregaba de lleno al príncipe que le habia sacado de la oscuridad y dado á luz sus talentos, apadrinando sus resentimientos como un medio de fortuna. Llegó á Roma decidido á hacer cesar cuanto ántes la obstinacion temeraria y últimas resistencias del pontífice. Clemente XIV sabia su modo de obrar; no ignoraba que el duque D'Aiguillon, unido al cardenal de Bernis, estaban encargados de secundar en todo y por todo las medidas que Floridablanca creyese útil prescribirles. La venida de este agente emprendedor paralizó las contemporizaciones del cardenal, y llenó de terror al soberano pontífice, consternado con la audacia de Floridablanca y su jactancia española, bajo cuya influencia no supo sino temblar y condolerse de la fortuna que se le hacia sufrir.

El embajador de Cárlos III habia intimidado ó seducido á precio de oro á los servidores del papa: le dominaba por el temor; y cuando Clemente XIV, en tono suplicante le pidió un nuevo respiro—No, santo padre (1), le contestó: arrancando el raigon de una muela, es como se hace cesar el dolor. Por las entrañas de Jesucristo, añadió, yo suplico á vuestra santidad que vea en mi un hombre lleno de los mejoros deseos de paz y conciliacion; pero temed que cansado al fin el rey mi amo, llegue á aprobar el proyecto adoptado por mas de una corte, el de suprimir todas las órdenes religiosas. Si quereis salvarlas, no confundais su causa con la de los Jesuitas.—Ah! repuso Ganganelli, ya sé hace mucho tiempo que ese es el término á donde se quiere llegar! Se quiere mas aún: la ruina de la religion católica, el cisma, la heregía acaso, he aquí el secreto pensamiento de los príncipes!"

Despues de haber dejado escapar de sus labios estas dolorosas quejas, Ganganelli ensayó con Floridablanca la seduccion de una amistosa confianza y de una dulce sencillez. El objeto de estos cuidados se resistia á todo con una inflexibilidad estóica. Obligado á renunciar á este recurso, trató Clemente de despertar la compasion de su juez: le habló de su salud, de sus padecimientos, y el español dejó traslucir una incredulidad tan desesperada, que el desgraciado Ganganelli se despojó en su presencia de una parte de sus vestidos, y le enseñó sus brazos desnudos, cubiertos en su mayor parte de una erupcion herpética. Tales eran los medios empleados por el papa para doblegar al agente de Cárlos III, y tal el modo de pedirle la prolongacion de su existencia.

El Vaticano asombrado vió muchos veces renovarse semejantes escenas bajo sus bóvedas, donde tantos pontífices, firmes con su dignidad y su buen derecho, habian hecho frente á los monarcas mas impetuosos y absolutos. Aquellos tiempos, en que Inocencio III escribia (2): "Nuestros sentimientos son invariables, y nada puede cambiar nuestra resolucion. Ni los dones, ni los ruegos, ni el amor, ni el odio nos separarán del camino recto;" aquellos tiempos habian pasado. Ganganelli ya no decia como aquel gran papa (3): "Lo que no es válido en presencia de la ley, no podemos aprobarlo por agradar á los reyes; y para mostrarnos complacientes no nos es permitido emplear dos pesos y dos medidas, y y ofender, por un Rey de la tierra, al rey de los cielos."

Clemente XIV aniquilaba sus fuerzas. Floridablanca se habia impuesto la mision de dominar los escrúpulos del vicario de Jesu-

(1) Despacho de Floridablanca al marques de Grimaldi, de 16 de Julio de 1772. *Histoire de la chute des Jesuites*, par le comte de Saint Priest, pág. 153.
(2) Epist. I, 171.
(3) Epist. X, 59.

cristo, condenándole á ser autor de una iniquidad razonada. Bernis se callaba, y ante el anciano enfermo y vacilante se alzaba á cada hora el español con porte magestuoso, queriendo como aplanarle con toda su fuerza física. Implacable como la fatalidad, perseguia incesantemente á su víctima, la acosaba por do quiera, sin concederle un momento de tregua ni descanso. Al leer esta persecucion desconocida hasta entónces, al estudiarla en sus minuciosos detalles, no hay que preguntar quién fué el asesino de Clemente XIV, si es que hubo alguno. Ganganelli no murió por la ponzoña jesuítica; fueron mas que suficientes para quitarle la existencia los meditados insultos y continuas violencias del conde de Floridablanca.

Una sola vez, sin embargo, recobró el pontífice, en la indignacion de su alma, un resto de energía. El plenipotenciario español le hizo un dia entrever que en cambio de la bula de supresion de los Jesuitas, las coronas de Francia y de Nápoles se apresurarian á restituirle á la Sede Apostólica las ciudades de Aviñon y Benevento, secuestradas por ellas. Ganganelli recordó entónces que era el sacerdote del Altísimo, que arrojaba del templo á los vendedores y negociantes, y exclamó: "Tened entendido que un papa dirige las almas, pero no trafica". Este fué su último rasgo de valor. El soberano pontífice cayó en seguida abatido bajo este esfuerzo de dignidad. Desde este momento ya no se levantó sino para morir.

De todos los príncipes católicos que por entónces tenian una preponderancia real en Europa, María Teresa de Austria era la única que se oponia con eficacia á los deseos de Cárlos III y al mas ardiente voto de los enciclopedistas. El rey de Polonia, los electores de Baviera, de Tréveris, de Colonia, de Maguncia, el elector palatino, los cantones suizos, Venecia y la república de Génova, se unieron á la corte de Viena para oponerse á la destruccion de la Compañía. Cárlos Manuel, rey de Cerdeña y del Piamonte, no se mostró, durante su reinado, demasiado benévolo hácia la Compañía; pero no carecia de una singular penetracion y de un vivo amor á la justicia, no siendo de esos príncipes que titubean entre el bien y el mal. Al ver las intrigas urdidas contra los Jesuitas, presintió el rey que no era solo contra éstos, sino mas alto y á mayor escala donde se dirigian los golpes asestados para derribar el Orden de San Ignacio. Desde este dia se declaró su protector; pero la muerte no le dejó tiempo para protestar hasta el momento decisivo. Su hijo Victor Amadeo, que le sucedió, era cuñado del rey de España, y otros enlaces de familia le unian con la corte de Francia. Amaba sinceramente á los Jesuitas; pero al fin se obtuvo su neutralidad. No quedaba sino la emperatriz. Cárlos III se hizo él mismo intérprete de sus tormentos con María Teresa; y la suplicó que en obsequio á su tranquilidad le concediese esa satisfaccion. El emperador José II, hijo de esta princesa, no tenia por los Jesuitas ni odio ni aficion;

pero codiciaba sus riquezas; y así prometió que decidiria á su madre, si se le garantizaba la propiedad de los bienes de la Orden. Los Borbones ratificaron este contrato, y la emperatriz cedió llorando á las continuas importunidades de su hijo (1).

El papa habia creido que quizá María Teresa resistiria por mas tiempo, y que, como muger llena de valor y de virtudes, compadeceria sus dolores como hombre, y sus ansiedades como soberano pontífice. Este último asilo le fué tambien quitado. Clemento XIV ya no pudo mas que doblar su cerviz, resignándose á sufrir la ley que él mismo habia hecho. Cuando ya el infortunado anciano tomó resueltamente ese partido, dejó á los Jesuitas que fuesen presa de sus enemigos. Todo se encontraba perfectamente combinado para cuando llegase aquel dia tan impacientemente esperado. A fin de motivar la destruccion de una Orden, cuyos servicios tantas veces habia ensalzado la Iglesia, se trató de desacreditarla, suscitándola procesos y acusaciones que los jueces estaban dispuestos á fallar en contra suya, bajo cualquier pretexto. El napolitano Alfani, uno de los monseñores legos que nada tienen de comun con el sacerdocio sino el trage, era el magistrado delegado para condenar á los Jesuitas. Les fueron suscitadas tantas sutilezas y enredos, y se hizo tanto por persuadirles que no esperasen en Roma justicia para ellos, que al fin juzgaron que no debian ni aun tomarse el trabajo de defenderse. El 19 de Enero de 1773 el P. Garnier hacia cons-

---

(1) El convencional abate Gregorio, en la pág. 170 de su *Histoire des confesseurs des Rois*, no cuenta de esa manera esa transacion, y dice: "Cuando la primera particion de la Polonia en 1773, la emperatriz María Teresa consultó á su confesor el padre Jesuita Parhamer, sobre la justicia de una operacion, en la que ella era comparticipante. El confesor creyó que sobre punto tan delicado debia consultar á sus superiores, y así escribió á Roma. Wilsek, embajador de Austria cerca de la corte Romana, que llegó á rastrear esta correspondencia, pudo adquirirse una copia de la carta de Parhamer, y sobre la marcha se la remitió á María Teresa. Desde este momento, la emperatriz no titubeó en hacer causa comun con los gobiernos que solicitaban de Clemente XIV la abolicion de la sociedad jesuítica."

Gregorio no ha sido el inventor de este cuento: él le copió de la pág. 192 del *Catechismo dei Gesuite*, pero tiene la suficiente conciencia para reprobar el que el conde de Gorani publicó en 1793, en el 2.° tomo de sus *Mémoires secrets des gouvernements*. En esta obra, cuya sola fecha de publicacion es sospechosa, pretende probar Gorani que no era una simple carta la que fué sorprendida en Roma, sino la confesion general de María Teresa, que su confesor trasmitia al general de su Orden. Cárlos III, añade, se hizo con esta carta, que remitió á la emparatriz, para decidirla á suprimir los Jesuitas.

El mismo abate Gregorio ha quitado todo el valor que pudiera tener su fábula. Nos desdeñamos de detenernos en esto, aunque la version del convencional no tenga fundamentos mas sólidos que la de Gorani. Esta cae por su base, pues jamas el P. Parhamer fué confesor de María Teresa. Lo habia sido de su esposo el emperador Francisco I, y ántes, como despues de la supresion, permaneció siempre en Viena, apreciado de aquella princesa y de José II, su hijo.

tar este desaliento, nacido de la impotencia de sus esfuerzos y escribia: "Me preguntais por qué los Jesuitas no se defienden, cuando nada pueden hacer aquí. Todas las avenidas, ya próximas, ya remotas, están perfectamente tomadas, y doblemente obstruidas. No le es posible hacer llegar á manos del pontífice la menor memoria, ni hay aqui persona que pudiera encargarse de presentársela."

Algunos ejemplos de esta iniquidad meditada, arrancados de las hojas de tan incomprensibles procesos, servirán para formar juicio de los medios que se pusieron en juego. Un prelado, hermano del Jesuita Pizani, murió por esta época. El Jesuita no podia heredar. Otro de sus hermanos, caballero de Malta, le escribió para que estuviese al cuidado de sus intereses. Apenas volvió este á Roma, la codicia y los enemigos del instituto le inspiraron la idea de que el padre se habia aprovechado en su ausencia de una buena parte de la sucesion; que hubiera pertenecido á los dos, si los votos del Jesuita no le hubieran impedido á éste adquirir su parte. El maltés presentó un memorial al papa. Clemente XIV nombró á Onuphre Alfani por único juez entre ambos hermanos procediendo de una manera reservada, esto es sin obligacion de dar cuenta á nadie de sus operaciones sino al papa. El Jesuita no habia dispuesto que se hiciese un inventario jurídico de la herencia; pero tenia los suficientes títulos legales que demostraban su inocencia. Alfani los pidió, y sin hacer de ellos el menor caso, condenó al colegio romano á pagar veinte mil escudos romanos. Alfani habia pronunciado esta sentencia; y en Roma tanto la apelacion como el derecho de recusar á un magistrado, es privilegio de que goza cualquier acusado, sin exceptuar los mismos judios. Se negó este recurso á los padres de la Sociedad, y el conde de Aranda, quien habia hecho publicar este proceso en España, se atrevió á escribir con fecha 1.° de Octubre de 1771 al caballero de Azara: "La herencia de los Pizani es cuestion que causa horror; y un documento que por sí solo bastaria para autorizar al papa á la supresion de la Compañía. Si ahora no cumple sus promesas, ya no las cumple jamas."

Al mismo tiempo se desposeia á los Jesuitas del colegio de los irlandeses, y se atacaba á las propiedades de su noviciado y colegio germánico. Alfani por casualidad no anduvo en este último negocio. El colegio germánico ganó su causa en los tribunales; sin embargo, la sentencia que le absolvia, jamas se puso en ejecucion, porque era preciso demostrar á los discípulos de S. Ignacio que estaban de todo punto perdidos.

Desde el pontificado de Pio IV, los Jesuitas dirigian el seminario romano. Cinco papas, y mas de cien cardenales habian salido de esta casa de estudios mayores. Se imputó á los padres su mala administracion y la poca economía en los gastos de la casa. Clemente XIV nombró por visitadores de ella á los cardenales de York,

Marefoschi y Colonna. Los dos primeros eran abiertamente hostiles á la Compañía (1). Los Jesuitas hicieron observar que los gastos se aumentaban cada año, y que las rentas del Seminario no guardaban la misma progresion, probando la verdad y exactitud de sus dichos con datos irrecusables. El 29 de Septiembre de 1772 fueron expulsados preventivamente. Los visitadores dijeron que los rendimientos bastaban para subvenir á todas las necesidades de la casa. Apenas fueron despojados los padres del colegio romano, el papa mismo, asignando una nueva pension de veinte mil escudos romanos á favor de la casa, tomó á su cargo justificar sus cuentas.

El cardenal de York acababa de cerrar una de las escuelas mas célebres de la Sociedad, y quiso sacar fruto de su obra. El último de los Estuardos se unia á los últimos Borbones, á fin de proscribir los Jesuitas. No tenia mas reino que su diócesis de Frascati, y deseó adquirir la casa que los padres poseian en esa ciudad. Clemente XIV se la cedió en propiedad y por la plenitud de sa poder apostólico.

Antonio Lecchi, uno de esos Jesuitas cuyo inmenso saber era su mayor recomendacion, que le atraia la estimacion de los monarcas y la admiracion de los pueblos, hizo los mas rápidos progresos en la ciencia hidráulica. Fué designado y llamado á Milan por el soberano pontífice á fin de dirigir los trabajos emprendidos para desecar el pantano de Bolonia. Grandes dificultades se oponian á la realizacion de esta colosal empresa; Lecchi las supera todas. Su obra adelantaba con aplauso y asombro de todos los inteligentes; cuando de repente se suscitó una contienda entre el padre y Boncompagni, prolegado de Bolonia. La causa pasó á la congregacion de los cardenales encargados del ramo de aguas, y por unanimidad falló á favor de Lecchi. Esta decision era una victoria para el Jesuita. Sin querer dar oidos á observacion de ninguna especie y contra la opinion general, el papa desterró al que habian absuelto los jueces.

En estos tiempos los embajadores se arrogaban el derecho de mandar y disponer en la ciudad pontifical. Nada se hacia sin su beneplácito, y muchas veces avocaban los negocios mas agenos de su inspeccion en el tribunal diplomático. Floridablanca habia establecido por su propia autoridad, en una villa inmediata á Roma, una imprenta, de donde salian cada semana publicaciones y hojas sueltas, que servian para favorecer sus planes. Bajo el título de: *Reflexiones de las cortes de la casa de Borbon sobre el jesuitismo*, apa-

(1) Marefoschi era un antiguo amigo de D. Manuel de Roda, y segun dice el marques D' Aubeterre en sus noticias diplomáticas "se gloriaba aquel de tener en su gabinete los retratos en estampa de los mas célebres autores de Port-Royal, que habia comprado en la testamentaría del difunto cardenal Passionnei.

reció un folleto en italiano, cuya primera página contiene las tres proposiciones siguientes:

"1.° Si todo el mundo cree naturalmente en la probidad y delicadeza de un hombre honrado, sea de la clase y condicion que quiera, con mucha mas razon debe creerse esto respecto del vicario de Jesucristo, origen de toda verdad. Ahora bien, ya hace tres años que el papa ha prometido á los soberanos católicos mas ilustres, de viva voz, en diferentes ocasiones, y aun por escrito, la extincion de una Sociedad inficionada en su régimen actual de máximas perversas, extincion deseada generalmente por todos los buenos. Sin embargo, el santo padre difiere siempre la ejecucion de esta medida, bajo mentidos y frívolos pretestos.

"2.° Que el gefe visible de la Iglesia ha hecho esta promesa muchas veces de viva voz y por escrito, puede fácilmente ser probado por las cortes de los Borbones, y por las mismas personas que lo han tratado con su santidad.

"3.° Que nadie puede ni aun suponer que esta promesa haya sido hecha con palabras equívocas ó susceptibles de ser tomadas en un sentido general, puesto que atendidas las circunstancias y el contesto mismo de las espresiones y del escrito, todas ellas son inequívocas, absolutas é individuales, como toda persona de buen sentido podrá convencerse de ello si gusta."

Tal es el triple argumento desenvuelto en el folleto diplomático. A estos ultrajes que sin la menor reserva se dirigian á Clemente XIV y á la cátedra de S. Pedro y que inundaban la ciudad sin encontrar escritor que contestase á ellos, ni magistrado que los condenase, solo hizo frente un Jesuita llamado el P. Benvenuti, quien creyó no deber guardar silencio, y con el título de: *Irreflexiones del autor del folleto denominado, Reflexiones de las cortes de la casa de Borbon sabre el jesuitismo*, publicó una vindicacion en que defendia á Clemente XIV, y negaba con cuanta fuerza podia la existencia de semejante promesa. Ganganelli habia permanecido impasible á las reconvenciones del embajador español, y se ensañó contra el escritor que tomaba la defensa de su honor. Benvenuti fué descubierto, y el papa le condenó a un destierro. El Jesuita se retiró á Florencia, donde aun fué perseguido, encontrando por fin asilo en la corte de Estanislao Poniatoswski, rey de Polonia.

Demasiado confiado en su perspicacia, el soberano pontífice no comunicaba su pensamiento á ningun miembro del Sacro Colegio. No se atrevia á soportar la mirada de los buenos, y desconfiaba de los malos. En esta situacion excepcional, abandonado por los unos, importunado por los otros, conoció que ya no podia dar mas treguas; pero le aterraba la sola idea de suprimir por medio de una bula el instituto de Loyola, cuando su predecesor habia glorificado y confirmado su existencia. Su entendimiento fértil en recursos, se fijó

en un término medio. Pensó en conferir á los obispos el título de visitadores apostólicos; y bajo esta denominacion, concederles la facultad de cerrar los noviciados de los Jesuitas, despedir á los estudiantes, y privar á los sacerdotes del ejercicio de todo sagrado ministerio. Creyó Ganganelli, que si todo el mundo cristiano adoptaba estas medidas, por solo este hecho la Compañía de Jesus dejaba de existir, sin necesidad de un decreto pontifical que la suprimiese; y si por el contrario, se verificaba este plan con una lentitud calculada, nadie duda que en ese tiempo podia sobrevenir algun acontecimiento que hiciese suspender estas medidas.

Su primera ejecucion fué confiada al cardenal Vicente Malvezzi, arzobispo de Bolonia. Este mismo Malvezzi, era á quien Bernis y Azpuru, Orsini y D' Aubeterre habian pensado hacer papa en el cónclave de 1769. Este prelado se encontraba lleno de deudas y devorado por la ambicion; y en recompensa de su encarnizamiento contra la Compañía de Jesus, aguardaba el lucrativo empleo de datario, cuya supervivencia le habia sido otorgada por contrato celebrado la víspera de la eleccion de Ganganelli.

Por un breve secreto del pontifice se confiere á Malvezzi la facultad de privar á todos los Jesuitas del ejercicio del ministerio sacerdotal, y las de esclaustrar sin mas exámen ni averiguacion á todos los novicios y estudiantes, secularizar á los profesos, ó incorporarlos en otras órdenes, y cerrar todas las casas del instituto que se encontrasen en toda la estension de su diócesis. Confiar á un hombre como Malvezzi la ejecucion de un decreto cuyo tenor no estaba obligado á manifestar, era autorizar la arbitrariedad. Malvezzi no se contentó con dar libre curso á sus resentimientos, sino que escribió y jamas se han escrito cartas á un soberano pontifice en las que mas resalte el cinismo de la injusticia. En esta correspondencia autógrafa que tenemos á la vista, y que empezada el 6 de Marzo, se continúa de tres en tres dias hasta el 27 de Julio de 1773, hay confesiones que la historia se vé precisada á recoger.

Clemente XIV tuvo durante cinco meses el triste valor de recibir y de leer estos despachos del cardenal Malvezzi, que llegaban al vaticano con sobre á Monseñor Macedonio, uno de los confidentes del papa. El pontifice se adhería á todos los fraudes que Malvezzi le aconsejaba. El cardenal, ciego por sus pasiones, proclamaba sin dudarla la inocencia de los Jesuitas, y al propio tiempo, el papa le ayudaba á destruirlos y á consumar su sistema de iniquidad. El 10 de Marzo, el arzobispo de Bolonia escribe á Clemente XIV.

"Vuestra santidad se ha dignado concederme por el breve la facultad de disolver el noviciado de los Jesuitas, *si mihi videbitur*. Pero yo la ruego me declare si cree á propósito que yo lo haga, porque entónces ejecutaria la medida en mi primera visita de noviciado,

ademas creeria conveniente suprimir la casa de Santa Lucía, cerrando con esto los cursos de los filósofos y de los teólogos Jesuitas que podrán volver al seno de sus familias ántes de ligarse mas estrechamente con votos religiosos.

"Me parece que de esta manera vuestra santidad ya no tiene que hacer mas que aguardar á que sobrevengan graves motivos que provoquen una solemne declaracion á consecuencia de estas visitas que si no producen el descubrimiento de algun hecho notable ó digno de presentarle al público, servirian mas para debilitar la causa que para darla fuerza. Con todo, no dejo por eso de reputar como loable este proyecto de visita, porque los defectos que en ella se señalen ya sea en la moral, ya en la enseñanza, ó ya bien en la administracion ó en la política, sean grandes ó pequeños los que se encuentren, serán siempre para vuestra santidad un motivo de llegar con mas prontitud al término que se ha fijado para concluir este negocio."

A pesar de la audacia de su carácter, el arzobispo de Bolonia trata de establecer una especie de mancomunidad entre el papa y él. Conoce el mal terreno donde se halla colocado, y el 24 de Marzo se esfuerza en llevar á Clemente XIV mas adelante. "He creido oportuno, le escribe, convocar á los rectores de los colegios de Santa Lucía, de S. Ignacio, de S. Francisco Javier y de S. Luis, á fin de prevenirles la visita apostólica; y si vuestra santidad no me lo permite, me guardaré muy bien de enseñarles el breve, aunque para proceder regularmente, deberia serles manifestado desde el principio. Pero como no veo que este paso entre en las miras y designios que vuestra santidad se ha dignado manifestarme, y como por otra parte semejante manifestacion seria mas perjudicial que provechosa á objeto que vuestra santidad se ha propuesto, me atrevo á esperar que me aprobará el no haberle presentado, ó que en otro caso me mandará otro breve en que mas positivamente consten sus intenciones. Por mi parte le deseo para enterarme, mas y mas respecto á la supresion ya acordada; supresion que puede ejecutarse de dos maneras, y que exigen cada una de ellas una direccion distinta en la conducta que deberá guardarse."

El cardenal Malvezzi era un enemigo peligroso. Llevaba sus hostilidades á un punto y con un vigor que desconcertaba á los Jesuitas; y además tenia el arte de hacer entrar las incertidumbres pontificales en su plan de agresion. El 3 de Abril, da cuenta al papa del éxito de sus primeros actos:

"Las órdenes de vuestra santidad han sido ejecutadas; he disuelto el noviciado de los Jesuitas, y desatado de esa manera el primer nudo fundamental de esa Sociedad sospechosa. No dejan de censurarme por no haber manifestado el breve; pero si yo lo hubiera hecho y las intenciones de vuestra santidad no me hubiesen sido

significadas, no hubiera sido posible conseguir el objeto deseado. Si este nudo fuese el único que se hubiese de romper, el negocio ya estaba concluido; pero los lazos que unen á los Jesuitas con todas las naciones son tantos y de tal naturaleza, que la empresa seria impracticable si el decreto supremo no procediese del vaticano. Aun cuando el edicto emane de vuestra santidad, será aun difícil ejecutarle sin fomentar el descontento de los pueblos, que mas adelante se resignarán á pesar de todo á las disposiciones tomadas. Si vuestra santidad no ve en mi conducta la celeridad que quizá tenia derecho á esperar, debe atribuirlo á las muchas dificultades que en todas partes se me presentan."

Ya vemos que por confesion de Malvezzi, la destruccion de los Jesuitas era un luto para los pueblos, y con riesgo de esponer á la Santa Sede á la indignacion pública, Clemente XIV se deja forzar su mano. La primera prueba salió bien con los novicios; pero cuando Malvezzi se dirigió á los estudiantes, encontró la resistencia pasiva que habia previsto. Los estudiantes le contestaban: "Dios nos ha llamado al instituto de S. Ignacio, y estamos á él ligados por nuestros votos. No nos arrancarán de nuestras casas sino por la fuerza, ó por una órden formal del papa, único depositario en la tierra de la autoridad de Jesucristo." Exigian al cardenal que manifestase el breve que le autorizaba y en cuya virtud les notificaba. El P. Rector Belgrado le hizo igual intimacion. La contestacion de Malvezzi fué sepultarle en un calabozo. Los jóvenes religiosos insistian en su resolucion; Malvezzi les privó de los sacramentos, obstinándose en que se despojasen del hábito de la Compañía. Los estudiantes permanecieron firmes, hasta que la fuerza armada, á las órdenes del cardenal, hizo tiras ese mismo trage que no consiguió quitarles. Despues de haberlos vestido como los seglares, los esbirros les obligaron á cada uno de por sí á dirigirse al pueblo de su nacimiento. Este sistema de persecucion, cuya iniciativa tomó Malvezzi, fué reproducido en Ravena, en Ferrara, en Módena y en Macerata. El pueblo se irritaba al ver semejante tiranía. El cardenal de Bolonia previó este descontento; pero no por eso dejó de continuar su obra, y el 7 de Abril, escribia al papa:

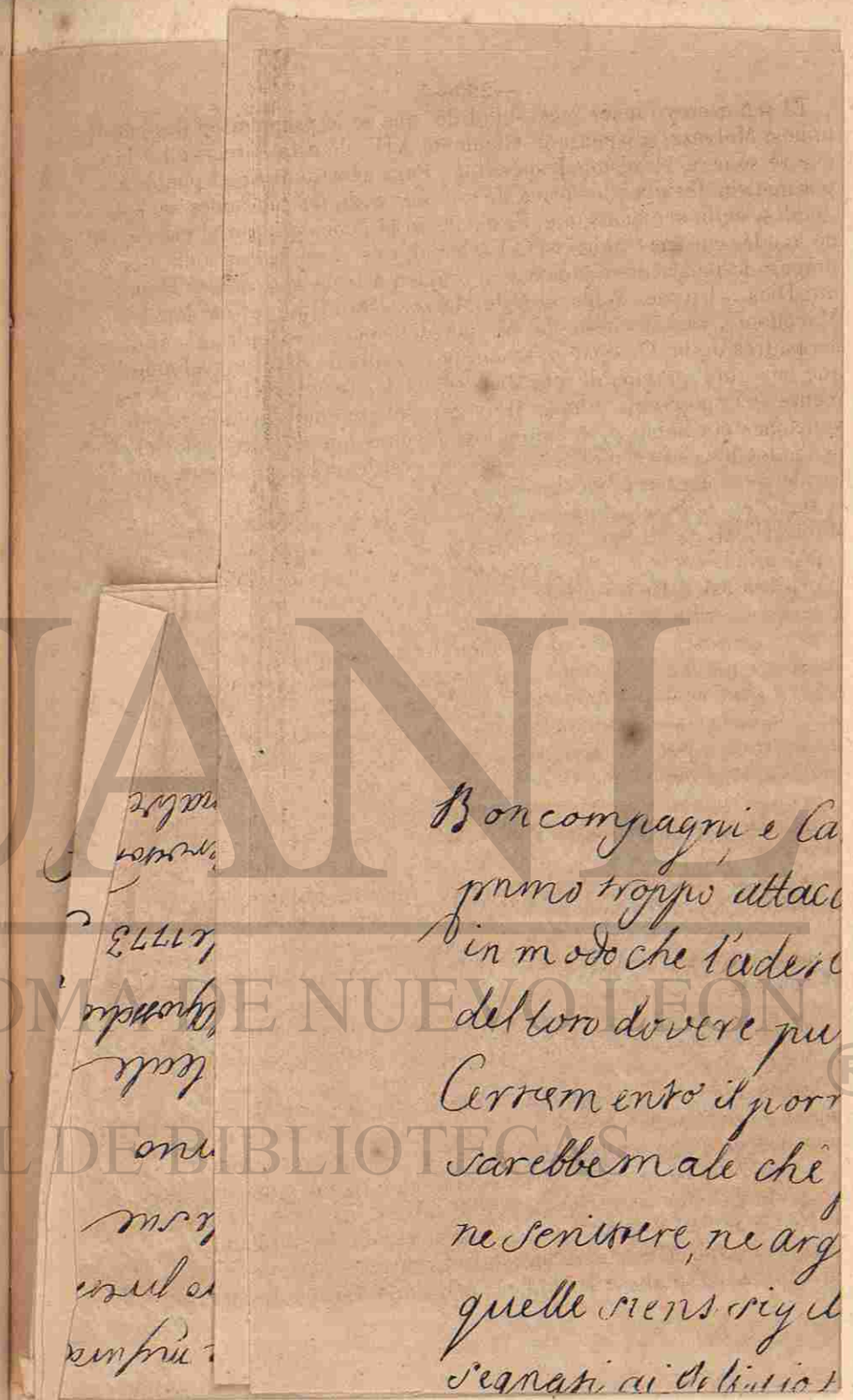
"Creo que es mi deber preparar el camino al señor, *parare viam Domino*. Esto no es decir que vuestra santidad necesite que se allane el camino; pero esto es lo que me ha sido encargado. He juzgado como muy oportuno para desprender del pueblo el jesuitismo y para acostumbrarle á pasar sin él, suspender durante estos santos dias las reuniones de sus congregaciones y las clases, la práctica de los ejercicios espirituales y la enseñanza del catecismo en las plazas públicas, dejándoles ejercer las demas funciones en sus iglesias, porque si las hubiese mandado cerrar todas, se hubiera podido descubrir lo que vuestra santidad quiere tener oculto."

El señor creyó tener necesidad de que se le preparasen los caminos; Malvezzi dispensa á Clemente XIV de esta precision á la que se sometió el mismo Jesucristo. Para acostumbrar al pueblo á pasarse sin Jesuitas, les priva de una parte de las funciones sacerdotales, en la semana santa; es decir, en la época en que el cristiano acude con mas religiosidad á los altares y en la que debe ser preparado por la predicacion y la oracion á resucitar con el Hombre-Dios. Un mes ántes, el 6 de Marzo, escribiendo el cardenal á Macedonio, ya le confesó que las persecuciones que ejercia contra los padres de la Compañia, tenian por resultado debilitar el amor que una gran porcion de sus diocesanos les manifestaba anteriormente: "Y no creais, añade Malvezzi, que me han faltado reconvenciones por haber prohibido á los Jesuitas que el clero y los ordenandos hiciesen con ellos los ejercicios espirituales que hasta aquí han hecho con gran provecho espiritual."

Macedonio era el cómplice asalariado de los embajadores y de Malvezzi. Este último, en una carta de 10 de Abril de 1773, se muestra mas esplícito, si es posible, con él que con Ganganelli, y se espresa así: "En otra ocasion declaré á su santidad, y le repito ahora en la carta inclusa en ésta, que no puede procederse contra estos religiosos por la via de exámen de su disciplina, su moral y que sé yo que mas. Las investigaciones sobre esto, no solamente serian vanas, sino que probarian que no tenemos en nuestro poder armas suficientes, revelando un no sé qué de esencial. Serian ademas un triunfo para los amigos de la Orden. Podeis estar persuadido de que el medio que yo he adoptado es el mejor; ejecutarse de tal manera que no se trasluzca el grande y principal designio."

La carta *inclusa en ésta*, á la que Malvezzi hace alusion, puede el lector verla por entero en el adjunto fácsimil. Este autógrafo es la justificacion mas clara y terminante que jamas ha pronunciado magistrado alguno prevaricador sobre los mismos acusados que se prepara á condenar. En presencia de semejantes documentos emanados de un príncipe de la Iglesia y recibidos por un soberano pontífice sin que su corazon se irritase de una santa cólera al leerlos, no hay mas remedio que bajar la cabeza y humillar la razon. El 10 de Abril Malvezzi en la indicada carta, se espresa en estos términos:

"Parece que vuestra santidad, segun me lo asegura Macedonio, desearia obtener algun detalle, alguna noticia de desórdenes interiores en el gobierno, en la disciplina y en los estudios y moral de los Jesuitas. Pero como será mas fácil lograr este conocimiento despues de disuelta una sociedad de hombres ligados entre sí por el secreto mas impenetrable, me pondria en ridículo buscando hechos de esa especie en la actualidad, y por otra parte no descubriendo nada que pudiese ser importante, daria ocasion de un triun-



Beatissimo Padre

Non sapres qual maggior sicurezza usare perche le
scritture non si vmorassero, del sigillo posto agle Archiv
ma come che Padre Santo rimandi in liberta' un piccolo
Archivio della Provincia, a questo pure ho fatto porre
il sygillo, benche sia fuori della mia commissione
vedendola ora premurosa piu che mai dell'amen=
razione delle scritture come me ne scrive Mons.r
Macedonio altra volta scrima V.S. che scrobor das
P.r Procuratore che scrayva la vesta di quum Collegy, se
ne parta portando seco, come si disse alcuno pervamenti
di argenti fatti a nome di alcuno particolari Collegy
di questa veneta Provincia lasciando pero qui nota
e anbora per quanto dicesse gle eregnesse ma ora sesser=
vendo, che non e bene lasciar queste in abbandono
alle vennealtra ho giudicato, che queste pure siano
sigillate, e mancando ancora il Provinciale che in quest
giorni vice di qui abbersato avendole il mandar di piu cose
l'avv.ta altrui, gle ho scritto di non permettere che resta
alcuno

alcuno degli effetti de questa Provincia per alunatorne
altrove trasferito senza mia saputa per rendermi intesa
la Vostra Santità, a cui io sono debitore di tutto ciò, che accade
in tal paese non poco incontrare mali per verun nessuna
poiché sono in libertà loro Vendite, e non è un formale
seguestro, che possa rincontrare qualche Revanche o sia
ryricco, o rappresaglia per parte de' veneziani, e altri Padroni
esteri

Spera fra poco deporre umiliare alla Santità Vostra il
Risultato dello stato economico dei due Collegi da Lucia, e
S. Ignazio, giacché dei due Convitti di S. Saverio, e S. Luigi
si riduce il loro Stato ad una nota di debiti.

Sembra, come rinvengo fece, mons. Macedonio che V. S.
desiderare qualche notizia di sconcerto interno del
Governo, della Disciplina, de studi, della morale ma come
sarà più facile venirne in cognizione se ottiene una società
di Uomini, che si tengono uniti con un impenetrabile segreto
mi fece richiesta, e non ritrovando con rimedio che dovrebbe
un Trionfo di loro Sen affetti, i quali annetterebbero ad una
ingiustizia

ad una ingiustizia qualunque, senza ragione emanasse, che
a loro fosse contraria troppo e manifesta la loro dot-
trina, e morale per abbisognare di muovere ricerche e
se dalli effetti potremo argomentarla, la frequenza non
ordinaria delle loro Chiese, e Confessionali mostra di essere
troppo convenuti Alberi si tanti, che vivono realmente
male e pure trovano asilo presso loro, un certo mano di
Virtù e divizi, che non si comprende. Le nazioni ineretiche,
o libertine sono le loro debolezze, bastano a far sospettare
Ma Vostra Santità avrà in pregno quanto sia vuole senza

ulteriori pericolose ricerche, che in via di render rigore
infievolirebbero la giusta Causa

Se approvando V. S. le mie sospensioni mi enfferare, ed
interne a Quelle vorrà volere, che vi procedere a formali
inibizioni perpetue di Congregazioni, esercizi, missioni
Catechismi e dar loro ad sospenderli dalle Confessioni mi
converebbero altri Brevi Quando ella non giudicare
forse, ragioni dopo che avrà fatta sentire la sua
sua voce dal Vaticano come pure converrà, che ella
lia a suo tempo la facoltà di secolarizzare gl'Individui
sino a quelli de' tre voti solenni, o sino a quelli del quarto
voto Voto dopo l'emanata sentenza, poiché in verso non
ral facoltà prima si potrebbe render manifesto ed aler
quello, che nessuno ci de de dover tenere nascosto
Quando V. S. avrà avuto da me tutte le notizie de
quem Collegi non accenda di più di quelli, che ho esposto
nelli mie altre quando non vedem in questo franco
cosa da poter essen sottoposta al purgantissimo occhio di V. S.
Seguirò bene a prenarmi a quanto Ella mi ordinerà
sembrandomi giunto il tempo de seguire, ma d'indegare
se che V. S. avisi pensato che pubblicando la nuova salma
le Premde, e Legari prevenissi ne fiasse un ubbuglio in Popolo,
non essendone pien duopo che V. S. sia un fermo punto
delle, soppremone, bastando ch'ella dia che vuol dare
un nuovo ordine, e Regolamento concernente tutta la
Società, V. S. sa che qui obbiamo di Vivebgno bronchippo gli
e Caroni

Bon compagni e Caroni Uditori del Torrone credo il
primo troppo attaccato alla Sede, ed il secondo onero
in modo che l'adesione gesuitica gli possa far dimenticar
del loro dovere pure il servirsene sarebbe cimentato.
Certamente il porre qualche guardia alli Colleg non
sarebbe male che fossi posta perche non escissero
ne seniture, ne argenta, non bevendo in allora, che
quelle siens sig illate, e quei Gnuerninari, e con-
segnati al Religioso Chiesa se sara bene la sciar esir
alcuno da Colleg, e se non altro prender qualche misura
perche il Popolo non s'oradunesse in troppo numero presso
li Colleg, almeno sino a tanto, che V. S. avi data le sue
Sovrane disposizioni Non vorrei esser stato nel mio
dire importuno ed ardito, ma nell'ardire sarei poco leale
e sarei poco sensibile alla Santità vostra, da cui imploro l'Apostolica

Benedizione

Bologna 9 giugno 1773

Di Vostra Santità

Umilissimo Divotissimo Obbligatissimo Servitore
Vincenzo Cardinale Malvezzi

fo á los amigos de los Jesuitas, que proclamarian como una injusticia toda sentencia contraria á estos últimos.....Sé que vuestra santidad ha decidido que en el momento mismo de publicar la nueva ley, era preciso pasar un aviso á los presidentes y á los legados, *ne fiat tumultus in populo*. Sin que sea necesario que vuestra santidad se esprese sobre el punto de la supresion, basta que diga que quiere dar una nueva regla á la sociedad. Vuestra santidad sabe que tenemos aquí al vice-legado Boncompagni, y á Caroni, auditor del Torrone (1). Creo al primero muy adicto á la Santa Sede, y al segundo demasiado hombre de bien para que su adhesion á los Jesuitas le hagan olvidar su deber. No obstante, el servirse de ellos no dejaria de ser criticado."

El mismo cardenal Malvezzi confiesa, desahogando sus desengaños en el seno de Clemente XIV, que era preciso acabar con la Compañía de Jesus é instruir despues el proceso de sus miembros si hubiese lugar á ello. Boncompagni es muy adicto á la Santa Sede; Caroni es demasiado hombre de bien para presenciar con sangre fria semejante prostitucion de la conciencia. Es preciso que intervenga la fuerza armada, porque el justo va á ser herido, y, como en la pasion de Jesucristo, no se quiere que la voz del pueblo proteste en favor de la inocencia. El caifás de Bolonia, todo lo habia previsto; todo escepto el que llegaria un dia en el que un sacerdote italiano refugiado, tuviese la audácia que él, siendo cardenal no tuvo, y que este sacerdote se atreviese á decir que los Jesuitas fueron justamente condenados á una muerte civil, *meritamente morti* (2.) Vicente Gioberti eclipsó á Vicente Malvezzi, quien el 13 de Mayo escribia á Clemente XIV:

---

(1) El auditor del Torrone era el presidente del tribunal criminal del cardenal Legado en Bolonia. Este tribunal tomó ese nombre de una torre contigua al palacio apostólico, edificada en tiempo de Sixto V, y que hizo posteriormente destruir el cardenal Bernetti, por amenazar ruina.

(2) *Proleg del primato*, pág. 125. En su *Gésuita moderno* y especialmente en el cap. 17 (tom. II), afirma el abate Gioberti, que S. Ignacio de Loyola es un gran hombre y un gran santo, que su obra es bella y sublime, pero que inmediatamente despues de su muerte, los Jesuitas perdieron su espíritu y no pudieron continuar la obra de su fundador; despues añade: "Se han mostrado en todo tiempo hijos degenerados de un padre muy santo y muy ilustre: "Por esto sin duda, será por lo que fueron *justamente condenados á muerte*. Segun él, los Jesuitas jamas han sido dignos de S. Ignacio; pero los papas, tan buenos jueces, al menos como el abate Gioberti, ¿han manifestado su opinion? ¡No por Dios! y hasta Clemente XIV como despues de él, han profesado la contraria. El mismo Benedicto XIV mas de doscientos años despues de la fundacion de la órden, se espresó en estos términos en la *bula præclaris*: "Siguiendo las huellas de los pontífices de Roma nuestros predecesores que han colmado de beneficios á la ilustre Compañía de Jesus, no titubeamos en dar nuevos testimonios de nuestra benevolencia pontifical á esta misma sociedad cuyos religiosos son mirados en todas partes como el buen olor de Jesucristo, y lo son en efecto." En la bula *constantem*, el mismo papa parece que de antemano quiso refutar

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL

"Su santidad podria desde luego prohibir la enseñanza á los Jesuitas; pero me parece mejor dejar esto cuando vuestra santidad haya tomado una medida definitiva y general, porque de hacerlo ahora, conviene que sepa que los estudiantes en su totalidad, ó en su mayor número, pasarian el Pánaro, y se afirma que serian bien recibidos. ¿Quiere vuestra santidad mas? pues dicen, que si queda en todo el mundo un lugar donde puedan existir los Jesuitas, les seguirian hasta allí. Pero luego que vuestra santidad haya hablado, ya no encontrarán tan fácilmente un asilo; sobre todo, despues que con su extincion queden desacreditados. En suma, la disolucion del noviciado ha sido una medida oportuna....Y si algunos novicios mal aconsejados han vuelto á vestir el hábito de la Compañía en el noviciado de Novarella, este es un pequeño mal. Pero si los estudiantes, á quienes hemos despedido, llegasen á ser recibidos en otra parte, este seria un negocio de muy mal resultado, que debe prevenirse adelantando la disposicion definitiva contra la corporacion entera."

El complot en el que el arzobispo de Bolonia quiere dar al papa el principal papel; este complot, en el que cada palabra que traza la pluma del cordenal Malvezzi es una confesion de que el pueblo y los estudiantes están adheridos á los Jesuitas hasta el punto de seguirles en su destierro; este complot, repito, se desarrolla sin detenerse por la justicia que le rechaza y por las adhesiones populares que hiere. La autoridad de Malvezzi se ha desvirtuado en la opinion pública por ensayarla contra los Jesuitas; y Malvezzi ya necesita que hable la Santa Sede. La sentencia pontifical á que apela, y que Clemente XIV, despues de leidas las cartas que recibe de Bolonia, cada vez se verá mas imposibilitado de motivar, atraerá dice, sobre los Jesuitas el descrédito. Pero es el papa quien debe dar el golpe de gracia, y le dará. Con él, Malvezzi guarda aun las formas del respeto, y no se atreve á espresar de lleno su pensa-

---

las preocupaciones del abate Gioberti. "Los religiosos de la Compañía de Jesus, dice aquel, caminando por las gloriosas huellas de su padre (Ignacio de Loyola), prueban de una manera patente la verdad de esta opinion por los ejemplos de virtudes religiosas que dan continuamente."

De este modo vemos que, en los tiempos de Benedicto XIV, pocos años ántes de su destruccion, los Jesuitas son *en efecto* y en *todas partes* el buen olor de Jesucristo, y caminan por las gloriosas huellas de su fundador, y segun M. Gioberti, han degenerado desde su primer orígen. Han cambiado, segun la espresion de este hombre, pág. 180 del 2.° tomo. "La obra admirable de S. Ignacio, es un aborto disforme y repugnante; un apostolado de paz y de amor en una secta odiosa y turbulenta; un instrumento bienhechor de la civilizacion en un foco pestilente de barbarie, y una inspiracion de la caridad y de la generosidad cristiana en un tráfico de egoismo."

Entre Benedicto XIV, cuyo nombre es inmortal en la Iglesia, y este desgraciado abate Gioberti, existe un desacuerdo completo. ¿A cuál de los dos deberá creer el mundo católico?

miento. Mas confiando con Macedonio, no teme descubrirse por entero. Los breves que le son dirigidos para proceder á la destruccion de los Jesuitas, dejan aquella á su arbitrio y facultad. El papa le dice: *Concedimus facultatem.* Malvezzi, que quiere colocarse bajo el abrigo de la tiara, desea que se sustituyan á esas palabras los términos de mando, el *injungimus* apostólico; y he aquí la razon que dá á Macedonio. "Si esta mala raza, así dice hablando de los Jesuitas, llegase á ver los breves, dirian con razon: Malvezzi fué libre en obrar de esta ó de otra manera; y así para evitar esto, si se llegan á espedir nuevos breves á otros obispos, seria bueno, para no hacer recaer toda la odiosidad sobre mí, usar del término *injungimus* (mandamos)."

La situacion de los padres de la Compañía, asediados en Bolonia por el Cardenal-Arzobispo y sostenido por la poblacion entera, está tan bien diseñada, merced á esta correspondencia, que Malvezzi, el 22 de Mayo creyó deber entretener al soberano pontífice con uno de sus disgustos de familia. Malvezzi tenia una sobrina que se hallaba enferma, la cual se obstinaba en no tener confianza, para la direccion de su alma, sino en el padre Borsetti, uno de los Jesuitas perseguidos. Por costoso que fué á su corazon como tio, y á su ódio como sacerdote, acceder á esta exigencia, Malvezzi creyó que debia cerrar los ojos y pasar por ella, y en estos términos esplica su debilidad á Clemente XIV: "Una prohibicion espresa, dice, hubiera parecido irracional en toda la ciudad, tanto mas, cuanto que se trataba de un religioso de grande reputacion, que daria honor aun al mismo clero secular."

Cada carta dirigida al amo contiene otra para el criado. Lo que Malvezzi no se atreve sino á insinuar al soberano, lo esplica por lo claro al confidente, y el 29 de Mayo se gloria con este último de su astucia. "Afortunadamente, le escribe, no he manifestado á nadie el primer breve en el que se encontraban *talia et talia*, que he omitido, y no habiendo obrado segun las reglas del instituto de los Jesuitas al hacer estas omisiones, sus individuos hubieran pretendido que yo habia reconocido su inocencia, y en poco ha estado el no haberlos canonizado á todos; pues si hubiera llegado á ejecutarlo, cargaba sobre mí el anatema mas cruel."

La ciudad y el senado de Bolonia, este pueblo, cuya voz queria ahogar Malvezzi, llevó al fin sus quejas á los pies del vicario de Jesucristo. Dos memoriales le fueron presentados, en los que reclamaban contra los actos del cardenal; el papa los leyó, y por medio de Macedonio los envió á Malvezzi, á quien decia que "*le mandaba esos papeles inútiles.*" A pesar del poder de que disponia Ganganelli, no se le debia ocultar que el voto unánime de los pueblos se negaba á asociarse á las hostilidades dirigidas contra la Sociedad de Jesus. El arzobispo de Bolonia confiesa que las averiguaciones

mas inquisitoriales no producen hecho alguno que pueda servir de cargo á los padres. No se les puede disolver con apariencias de equidad; y Malvezzi aconseja al papa, en esta misma correspondencia inédita, que estienda y propague libelos contra ellos, "con el fin, añade, de predisponer al pueblo y la nobleza, que están á favor de los Jesuitas, para la sentencia que les está preparada desde hace tanto tiempo."

Suprimir los Jesuitas era impopular. Este acto heria el buen sentido católico, y Clemente XIV estaba de ello convencido. Malvezzi no teme confesarlo igualmente; y á pesar de eso, ambos a dos caminaban, aunque con desigual paso por esta senda de iniquidad. El padre Belgrado (1), rector del colegio de Bolonia, quiso saber, en virtud de que poder obraba el cardenal; y el 5 de Junio de 1773 refiere este á Macedonio la respuesta que le dió: "La conducta brutal de este rector Belgrado, así se espresa Malvezzi, y las doctrinas erróneas que se ha permitido verter para escusar su desobediencia respecto á mi persona, me han obligado á arrestarle y á hacerle marchar á un destierro, con buena escolta, hasta las fronteras del estado eclesiástico."

¿Qué crimen habia cometido este Jesuita? En el mismo dia, 5 de Junio, Malvezzi lo revela al papa en su correspondencia. El cardenal arzobispo ordenó al padre Belgrado, que dimitiese su cargo de rector. Este último declaró que no podia obedecer sobre este punto, porque no reconocia en el prelado la autoridad necesaria. Sus superiores del instituto, afirmaba el padre, siguiendo á la letra los primeros principios del derecho canónico (lo que era sin duda *una brutalidad* á los ojos de Malvezzi) eran los únicos que podian destituirle legítimamente, porque en ellos solos residia el derecho de hacerlo. Y el cardenal añade: "La última vez que le hablamos, creimos deber recordarle que ya en otra ocasion habia sido espulsado de Parma, y me contestó á la puerta de mi antecámara: que eso era para él un triunfo." Y como yo le replicase, que por segunda vez podria sucederle lo mismo, me dijo: "Y bien! este será un segundo triunfo." No me chocaron semejantes simplezas, viéndole tan persuadido de que cuanto padeciese lo reputaba como un verdadero martirio; y con efecto, me repitió, "que estaba dispuesto

(1) Este Jesuita, tan maltratado por el cardenal de Bolonia, nació en Udina y ocupó un lugar distinguido entre los físicos y los geómetras. Siendo teólogo del duque de Parma, su matemático áulico, su confesor y de la duquesa, le acompañó á Paris en 1752. Despues de la muerte del duque, las intrigas filosóficas de Felino le arrojaron de Parma. Entonces sufrió las persecuciones del cardenal Malvezzi; y suprimida la Compañía, fué recibido por el duque de Módena, y destinado á desempeñar una cátedra de física que rehusó. En 1777, el duque de Parma Fernando de Borbon le colmó de beneficios en reconocimiento de los servicios que Belgrado hizo á su padre. Este Jesuita habia sido elegido en 1762, miembro corresponsal de la academia de ciencias de Paris.

á sufrir la prision, la muerte, y cuanto yo quisiese." Estoy convencido de que tiene el cerebro trastornado, y por esto he creido conveniente hacerle salir de los estados de vuestra santidad."

Acosado Clemente XIV por todos lados y no residiendo en su corazon la energía suficiente para sustraerse á la ingratitud sin compensacion hácia la cual se arrastraba á la Santa Sede, cerró completamente los ojos sobre estos actos precursores de la supresion. No queria comprender que hombres como Malvezzi podian muy bien, á fuerza de medidas opresoras, acabar con la Orden de Jesus, pero que su victoria seria una glorificacion de los discípulos de S. Ignacio, si llegase un dia en que fuese concedido á la probidad de un historiador penetrar hasta el fondo de estas tinieblas sacerdotales y diplomáticas. Muy seguro de la discrecion de la corte de Roma, el soberano pontífice Clemente XIV, no tuvo el menor presentimiento de que esta correspondencia de Malvezzi se presentaria despues de setenta y cuatro años, á deponer contra él, y á deponer de una manera que escluyese todo medio de encontrar una sola escusa de tan inesplicable abyeccion.

Todo parece que debió contribuir á aniquilar estos documentos acusadores; pero helos aquí limpios del polvo que les cubria en los archivos, proclamando la inocencia de los condenados y condenando la memoria de sus jueces. La iniquidad se ha vendido á sí misma, y estas cartas del cardenal arzobispo de Bolonia no dejan el menor resquicio por donde pueda encontrarse un paliativo. Es preciso aceptarlas con toda su dureza, tales como las escribió Malvezzi, tales como se atrevió á recibirlas el papa Clemente XIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

Las medidas del papa tienden á acreditar el rumor de que los padres son culpables de alguna fechoria—El breve *Dominus et Redemptor* arrancado al papa.—Su desesperacion á la mañana siguiente.—La Iglesia de Francia se niega á publicarle.—Cristobal de Beaumont dá cuenta al papa de las razones que alega el episcopado.—Opinion del cardenal Antonelli sobre el breve.—Comision nombrada para hacerle ejecutar.—Los Jesuitas insultados.—Son arrojados de sus casas.—Pillage organizado de sus archivos y de sus sacristias.—El P. Ricci y sus asistentes trasladados al castillo de S. Angelo.—Prohibicion hecha á los Jesuitas de tomar partido en favor de su órden.—El P. Faure.—Interrogatorio de los prisioneros.—Sus respuestas.—Embarazo de la comision.—El cardenal Andrés Corsini es el gefe de esto.—Su pension de Portugal.—El dominicano Mamachi maestro del Sacro-Palacio y visitador domiciliario.—Su informe sobre los papeles y libros aprendidos como base de la conspiracion jesuítica.—El breve en Europa.—Alegria de los filósofos y de los jansenistas.—Demencia del papa.—Sus últimos momentos.—Milagrosa asistencia de S. Alfonso Ligorio á su lecho de muerte.—Malvezzi y los once cardenales in petto.—Muerte de Clemente XIV.—Prediccion de Bernardina Renzi.—Fué el papa envenenado por los Jesuitas.—Cartas del cardenal Bernis en Francia para persuadir de que son culpables.—Federico II los defiende.—Declaracion de los médicos y del franciscano Marzoni.—Actitud de las potencias.—Cónclave de 1775.—El gobierno frances y la memoria de Ganganelli.—El cardenal Braschi es electo papa.—Su amistad hácia la Compañia.—Muerte de Lorenzo Ricci.—Su testamento.—El papa obliga á la comision nombrada por Clemente XIV á que pronuncie su sentencia sobre los Jesuitas.—La comision disuelta.—El breve de supresion aceptado por todos los padres de Europa y en las misiones.—Los Jesuitas en la China.—Sus correspondencias.—Muerte de tres padres al saber la extincion de la Compañía.—El P. Burgeois y el P. Panzi.—Los Jesuitas secularizados continúan siendo misioneros.—Como reciben á sus sucesores.—La resignacion de los Jesuitas es igual en todas partes.

Los Jesuitas se hallaban en manos de sus implacables enemigos. Estos enemigos habian conspirado abiertamente en el cónclave, y su conspiracion debia tener un resultado. Excepto la masa de los catolicos, todo era contraria al instituto. Los príncipes habian arrojado de sus reinos á los hijos de Layola, el pontifice los abandonaba á perseguidores de entre la misma Iglesia; pero

esta tiranía detallada y minuciosa no llenaba aun las miras de Cárlos III y de sus ministros. Era preciso al monarca español un triunfo mas completo; y por fin el papa se decidió á otorgársele. El 21 de Julio de 1773, comenzaba en Gesu la novena de S. Ignacio de Loyola. Las campanas se hacian oir desde muy léjos. Ganganelli pregunta la causa; se le dice. Entonces, con aire consternado, añadió: "No, os engañais, no es por los santos por los que tocan las campanas de Gesu, es por los muertos." Nadie mejor que Clemente XIV lo sabia, pues en este mismo dia acababa de firmar el breve *Dominus et Redemptor noster*, que suprimia la Compañía de Jesus en todo el universo católico.

Clemente XIV formó el breve durante la noche, y sobre una ventana del Quirinal. Refiérese, (y lo que diremos lo hemos oido de los labios del papa Gregorio XVI), que despues de haber ratificado un acto de tan grande trascendencia, al levantar la pluma....Ganganelli cayó desmayado sobre el mármol del pavimento, de donde no fué alzado hasta la madrugada del dia siguiente. Este dia fué para él un dia de desesperacion y de lágrimas, y segun la relacion manuscrita que ha dejado el célebre teólogo Vicente Bolgeni, el cardenal de Simone, auditor á aquella razon del papa, contó de esta manera tan horrorosa escena...El pontífice se hallaba casi desnuda, recostado sobre su lecho, suspiraba, y de tiempo en tiempo se le oia repetir: "Dios mio! estoy condenado! El infierno es mi morada.... Ya no hay remedio!" Fray Francisco, asi refiere Simoni, testigo ocular, me rogó que me acercase al papa y le dijese alguna palabra. Lo hice; pero el pontifice no me contestó, diciendo siempre: "El infierno es mi morada!" Trataba de sosegarle, y callaba. Pasó un cuarto de hora y por fin dirigió á mi sus ojos y exclamó: "Ah! ya he firmado el breve!..... No hay remedio!" Le contesté, que aun existia uno, y era el de retirar el decreto: "No es posible, exclamó de nuevo, se lo he dado á Moñino, y á esta hora, el correo que le lleva á España habrá partido!—Y bien, santo padre, le repliqué, un breve se revoca por otro breve.—Ah! Dios mio, repuso, tampoco se puede.... Estoy condenado.... Mi casa es el infierno.... No hay remedio....!"

Su desesperacion, segun la relacion de Simoni, duró mas de media hora. Algunos imprudentes amigos de Clemente XIV no han querido dejar á su memoria, ni aun siquiera esta postrer probidad del remordimiento. Pretenden por el contrario, que Ganganelli deseó publicar el breve en el dia 10 de Agosto, en que la Iglesia celebra la fiesta de S. Lorenzo, y que dijo con alegría maliciosa refiriéndose al mismo breve "Este será el ramillete que el hermano Lorenzo Ganganelli, el Franciscano, presentará al hermano Lorenzo Ricci, el Jesuita." Este dicho, que no es verosímil, aun supuesto, no tiene consecuencia alguna, y las ansiedades y remordimien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos del pontífice, atestiguados por cuantas personas estuvieron á su alrededor, no permiten que se dé crédito á la anécdota. Segun dijo el cardenal de Bernis, Clemente XIV, desde el dia mismo de su exaltacion, tuvo miedo de morir envenenado.

Le faltó muy poco para perder del todo la razon (1); pues desde el 21 de Julio de 1773 hasta su muerte, aquella aparecia de vez en cuando como la claridad de un relámpago. En la historia de los soberanos pontífices, Clemente XIV es el primero y el único que ha sufrido esta degradacion de la humanidad.

Floridablanca, si creemos á los Romanos, era un aspid que se enroscaba incesantemente al rededor del papa, le picaba de vez

(1) El estado de salud del papa Clemente XIV y su estado de demencia que comenzó el dia mismo en que llevó á cabo la supresion de los Jesuitas, son en Roma, en la ciudad de las tradiciones, hechos incontestables. Los recuerdos de familia y de palacio, que se trasmiten en el Sacro Colegio y entre los ciudadanos con una exactitud casi matemática, no dejan la menor duda. En la segunda parte de las memorias inéditas del conde Marco Fantuzzi, sobrino del cardenal de este nombre que fué uno de los concurrentes de Ganganelli en el cónclave de 1769, leemos lo siguiente: "Por mas que se haya dicho y escrito, Clemente XIV quiso conservar los Jesuitas, y para llevar á buen término ese asunto creyó bastarse á sí mismo. Pensó que á fuerza de promesas y favores concedidos á sus enemigos, y fingiendo aversion á la Compañía, ganaria tiempo y concluiria por conjurar la tempestad. Pero dejando á un lado lo poco justo y religioso de este plan, le faltaba el talento, los conocimientos y medios para dirigirlo. Moñino, Bernis, etc., ó por mejor decir los jansenistas, los filósofos y los francmasones tenian toda la actividad y perspicacia necesarias, y halagaron al papa con la restitucion de Aviñon, de Benevento, y la paz de Portugal. Por este tiempo murió el confesor de la emperatriz: el que le sucedió era contrario á los Jesuitas, y volvió á María Teresa. El papa entonces estaba perdido y no halló medio de tergiversar la palabra dada. Se habia comprometido mucho con Moñino, Bernis y Almada; y al fin aun contra su voluntad, tuvo que dar el golpe fatal de la supresion. Perdió completamente la razon y llegó á estar demente en toda la extension de la palabra."

Este testimonio de un contemporáneo no es el único que se pueda y debe invocar. Los dos sucesores inmediatos de Clemente XIV sobre la cátedra apostólica, Pio VI y Pio VII en diferentes ocasiones, han corroborado con sus palabras la autenticidad de este hecho. El cardenal Calini refiere en un documento firmado de su mano, la última audiencia que obtuvo de Pio VI, y en este mismo documento que citaremos mas adelante, leemos que el papa le dijo: "Clemente XIV llegó á estar demente no solo despues de la supresion, sino aun antes de ella."

Pio VII conoció tambien personalmente á Ganganelli. El cardenal Pacca, en su *Relacion de los dos viages á Francia durante los años* 1809 *y* 1813 (edicion de Civita Vecchia 1829, t. II p. 227), cuando habla de la tristeza que agobiaba al soberano pontífice de resultas de haber firmado el concordato de Fontainebleau del 25 de Enero de 1813, se expresa en estos términos: "Sumido en su melancolía y hablándome de lo que acababa de suceder, el santo padre se desahogó en términos que mostraba su profundo dolor, diciéndome que no podia alejar de su alma un punzante recuerdo, que no le dejaba dormir ni le permitia comer sino lo indispensable para sostener la existencia, y ese recuerdo no era otro, segun sus propias expresiones, que el temor de morir loco como Clemente XIV."

en cuando para recordarle su promesa tocante á la destruccion de los Jesuitas. No le conmovió nada este espectáculo de desolacion. Habia herido de muerte de un solo golpe al vicario de Jesucristo y a la Compañía fundada por S. Ignacio; y dos dias despues de haber obtenido ese triunfo sobre la Iglesia, he aquí los sarcásticos conceptos con que le cuenta: "He tenido necesidad, escribe al ministro de Nápoles el 23 de Julio, de disparar mi arcabuz, y vos sabeis la metralla con que estaba cargado. Esta ha surtido el efecto de que se emplee mucho papel para la impresion de cierta hoja....que en adelante podrá servir para hacer cartuchos. Me temo que sea necesaria otra descarga, porque cada paso es un tropiezo. Por todo esto, creo que aun estareis á tiempo de llamarme con toda cuanta fuerza podais, cornudo, villano, poltron, etc. Si mi amigo de la Mancha, ayer y hoy me hubiera visto por un agujero, con razon diria entonces, si tengo ó no cara de vinagre."

Con toda esta chanzoneta anunciaba Floridablanca el breve de Clemente XIV. "Este breve, dice el protestante Schœl (1), no condena ni la doctrina, ni las costumbres, ni la disciplina de los Jesuitas. Las quejas y reclamaciones de las córtes contra ese órden, son los únicos motivos que se alegan para su supresion que justifica el papa con ejemplos anteriores de órdenes igualmente suprimidas sin mas razon que el conformarse á las exigencias de la opinion pública."

El decreto espedido en Santa María la Mayor, y autorizado por el cardenal Negroni, debe ser reproducido. Le publicamos, pues, contentándonos solamente con omitir las primeras páginas que directamente no hablan con la Sociedad. Clemente XIV, ántes de llegar al punto de los Jesuitas, va enumerando las diferentes órdenes religiosas é institutos que fueron separados del cuerpo de la Iglesia; pero se olvida de hacer observar, que si éstos ó las corporaciones religiosas fueron secularizadas, lo fueron en virtud de pruebas convincentes (2), y plenamente demostradas, y despues de infor-

(1) *Cours d' Histoire des Etats européens* t. XLIV, p. 83.

(2) En el momento en que el papa Clemente V, de acuerdo con Felipe el Hermoso, se ocupó de la supresion de los templarios, convocó á todos los obispos de la cristiandad. Trescientos prelados examinaron las acusaciones y las defensas, y todos ellos, á excepcion de cuatro, decidieron que era preciso oir las declaraciones y descargos de los acusados. Segun el abate Fleury en su *Historia*, lib. XCI, p. 150 y 151, los templarios fueron individualmente citados á comparecer personalmente, para ser juzgados al menos por los Concilios provinciales. Con los Jesuitas no se aplicó ninguna de estas medidas que indican las nociones mas sencillas de la justicia. Se procedió en 1773, de una manera que, en 1310, Clemente V y Felipe el Hermoso no pudieron imaginarla. La forma y el fondo del juicio contra los Jesuitas nunca estuvieron acordes con las leyes canónicas, con las costumbres de la Iglesia, ni aun con los procedimientos de los tribunales seculares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

maciones y procedimientos jurídicos. En seguida el soberano pontífice continúa en estos términos:

"Teniendo, pues, á la vista estos y otros ejemplares (que en el concepto de todos son de gran peso y autoridad) y deseando al mismo tiempo con el mayor anhelo proceder con acierto y seguridad á la determinacion que aquí adelante manifestaremos, no hemos omitido ningun trabajo ni diligencia para la exacta averiguacion de todo lo perteneciente al orígen, progreso y estado actual de la órden de regulares, comunmente llamada la Compañía de Jesus, y hemos encontrado, que esta fué instituida por su santo fundador para la salvacion de las almas, para la conversion de los herejes, y con especialidad la de los infieles, y finalmente para el aumento de la piedad y religion; y que para conseguir mejor y mas fácilmente este tan deseado fin, fué consagrada á Dios, con el estrechísimo voto de la pobreza evangélica, tanto en comun como en particular, á excepcion de los colegios de estudios, á los cuales se les permitió que tuviesen rentas; pero con tal que ninguna parte de ellas se pudiese invertir en beneficio y utilidad de la dicha Compañía, ni en cosas de su uso.

"Con estas y otras leyes santísimas fué aprobada al principio la dicha Compañía de Jesus, pero el papa Paulo III predecesor nuestro, de venerable memoria, por sus letras espedidas con el sello de plomo, en el dia 27 de Septiembre del año de la Encarnacion del Señor 1540, y se la concedió por este pontífice facultad de formar la regla y constituciones, con las cuales se lograse la estabilidad, conservacion y gobierno de la Compañía. Y aunque el mismo Paulo, predecesor nuestro, habia al principio ceñido á la dicha Compañía en los estrechísimos límites de que se compusiera solo del número de sesenta individuos; sin embargo, por las otras letras suyas expedidas tambien con el sello de plomo, en el dia 28 de Febrero del año de la Encarnacion del Señor 1543, permitió que pudiesen entrar en la dicha Compañía todos aquellos que los superiores de ella tuviesen por conveniente y necesario recibir. Ultimamente el mismo Paulo, predecesor nuestro, por sus letras expedidas en igual forma de breve á 15 de Noviembre de 1549, concedió á la dicha Compañía muchos y amplísimos privilegios, y entre estos quiso y mandó, que el indulto que ántes habia concedido á sus prepósitos generales de que pudiesen admitir veinte presbíteros para coadjutores espirituales, y concederles las mismas facultades, gracias y autoridad que gozaban los individuos profesos, se estendiese á todos los que los mismos prepósitos generales juzgasen idóneos, sin ninguna limitacion en el número; y ademas de esto declaró libre y exenta á la dicha Compañía, y á todos sus profesores y demas individuos, y á todos los bienes de estos, de toda jurisdiccion, correccion y subordinacion de cualesquiera ordinarios, y tomó á la dicha

Compañía é individuos de ella, bajo de la proteccion suya y de la Silla Apostólica.

"No fué menor la liberalidad y munificencia de los demas predecesores nuestros con la dicha Compañía; pues consta, que por Julio III, Paulo IV, Pio IV y V, Gregorio XIII, Sixto V, Gregorio XIV, Clemente VIII, Paulo V, Leon XI, Gregorio XV, Urbano VIII, y otros pontífices romanos, de feliz memoria, han sido confirmados ó ampliados con nuevas concesiones, ó manifiestamente declarados los privilegios que antes habian concedidos á la dicha Compañía. Pero por el mismo contesto y palabras de las constituciones apostólicas se echa de ver claramente que en la dicha Compañía, casi desde su orígen empezaron á brotar varias semillas de disenciones y contenciones, no tan solamente de los individuos de la Compañía entre sí mismos, sino tambien de ésta con otras órdenes de regulares, el clero secular, universidades, escuelas públicas, cuerpos literarios, y aun hasta con los mismos soberanos, en cuyos dominios habia sido admitida la Compañía, y que las dichas contiendas y discordias, se suscitaron, así sobre la calidad y naturaleza de los votos, sobre el tiempo que se requiere para admitir á la profesion los individuos de la Compañía, sobre la facultad de espelerlos, y sobre la promocion de los mismos á los órdenes sacros sin cóngrua, y sin haber hecho los votos solemnes contra lo dispuesto por el Concilio de Trento, y lo mandado por el papa Pio V, de santa memoria, predecesor nuestro, como sobre la potestad absoluta, que se arrogaba el prepósito general de dicha Compañía, y sobre otras cosas pertenecientes al gobierno de la misma, é igualmente sobre varios puntos de doctrina sobre sus escuelas, exenciones y privilegios, á los cuales los ordinarios locales, y otras personas constituidas en dignidad eclesiástica ó secular, se oponian como perjudiciales á su jurisdiccion y derechos. Y finalmente fueron acusados los individuos de la Compañía en materias muy graves, que perturbaron mucho la paz y tranquilidad de la cristiandad.

"De aquí nacieron muchas quejas contra la Compañía, que apoyadas tambien con la autoridad y oficios de algunos soberanos, fueron expuestas á Paulo IV, Pio V, y Sixto V, de venerable memoria, predecesores nuestros. Uno de aquellos fué Felipe II, rey católico de las Españas, de esclarecida memoria, el cual hizo esponer á dicho Sixto V, predecesor nuestro, así las gravísimas causas que movian su real ánimo, como tambien los clamores que habian hecho llegar á sus oidos los inquisidores de las Españas contra los inmoderados privilegios, y la forma de gobierno de la Compañía, justamente con los motivos de las disenciones, confirmados tambien por algunos varones virtuosos y sábios de la misma Orden, haciendo instancia al mismo pontífice, para que mandara hacer visita apostólica de la Compañía, y diera comision para ella.

"Condescendió el mencionado Sixto, predecesor nuestro á los deseos é instancias de dicho rey, y reconociendo que eran sumamente fundadas y justas, eligió por visitador apostólico á un obispo de notoria prudencia, virtud y doctrina; y ademas de esto nombró una congregacion de algunos cardenales de la santa Iglesia romana, para que atendiesen con el mayor cuidado á la consecucion de este intento; pero quedó frustrada y no tuvo ningun efecto esta tan saludable resolucion, que habia tomado el mencionado Sixto V, predecesor nuestro, por haber fallecido luego. Y habiendo sido elevado al Solio Pontificio el papa Gregorio XIV, de feliz memoria, por sus letras expedidas con el sello de plomo, á 28 de Junio del año de la Encarnacion del Señor 1591, aprobó de nuevo el instituto de la Compañía, y confirmó y mandó que se le guardasen todos los privilegios, que por sus predecesores habian sido concedidos á dicha compañía, y principalmente aquel por el cual se le concedia facultad para que pudiesen ser espelidos, y echados de ella sus individuos, sin observar las folmalidades del derecho, es á saber: sin preceder ninguna informacion, sin formar proceso, sin observar ningun órden judicial, ni dar ningunos términos aun los mas sustanciales, sino solo en vista de la verdad del hecho, y atendiendo á la culpa, ó solamente á una causa razonable, ó á las personas y demas circunstancias. Ademas de esto impuso perpetuo silencio acerca de lo sobredicho; y prohibió, so pena entre otras cosas de excomunion mayor *latæ sentenciæ*, que nadie se atreviese á impugnar directa ni indirectamente el instituto, las constituciones ó los estatutos de la dicha Compañía, ni intentase que se innovara nada de ellos en ninguna manera. Pero dejó á cualquiera la libertad de que pudiese hacer presente, y proponer solamente á él y á los pontífices romanos, que en adelante fuesen ó directamente, ó por medio de los legados ó nuncios de la Ssilla Apostólica, lo que juzgase deberse añadir, quitar ó mudar en ellos.

"Pero aprovechó tan poco todo esto para acallar los clamores y quejas suscitadas contra la Compañía, que ántes bien se llenó mas y mas casi todo el mundo de muy reñidas disputas sobre su doctrina, la cual muchos daban por repugnante á la fé católica, y á las buenas costumbres: encendiéronse tambien mas las disenciones domésticas y esternas, y se multiplicaron las acusaciones contra la Compañía, principalmente por la inmoderada codicia de los bienes temporales; de todo lo cual nacieron como todos saben, aquellas turbaciones que causaron gran sentimiento é inquietud á la Silla Apostólica, como tambien las providencias que tomaron algunos soberanos contra la Compañía, de lo cual resultó, que estando la dicha Compañía para impetrar del papa Paulo V, predecesor nuestro, de feliz memoria, una nueva confirmacion de su instituto y de sus privilegios, se vió precisada á pedirle que se dignase confirmar

por su autoridad, y mandar que se observasen los estatutos hechos en la quinta congregacion general, que se hallan insertos palabra por palabra en sus letras espedidas sobre esto, con el sello de plomo, en el dia 4 de Septiembre del año de la Encarnacion del Señor 1606, por los cuales estatutos se ve claramente, que así las discordias intestinas y disensiones entre los individuos, como las quejas y acusaciones de los estraños contra la Compañía habian impedido á los vocales, juntos en congregacion general, á hacer el estatuto siguiente: "Por cuanto nuestra Compañía, que es obra de Dios, y "se fundó para la propagacion de la fé, y salvacion de las almas, "así como por medio de los misterios de su instituto que son las ar- "mas espirituales, puede conseguir felizmente el fin que solicita ba- "jo del estandarte de la cruz, con utilidad de la Iglesia, y edifica- "cion de los prójimos, tambien malograria estos bienes espirituales, "y espondria á grandísimos peligros, si se mezclase en el manejo "de las cosas del siglo, y de las pertenecientes á la política y go- "bierno del Estado. Por esta razon se dispuso con gran acuerdo "por nuestros mayores, que como alistados en la milicia de Dios, "no nos mezclásemos en otras cosas que son agenas de nuestra pro- "fesion. Y siendo así que nuestra órden acaso por culpa, por am- "bicion, ó por celo indiscreto de algunos, está en mala opinion, es- "pecialmente en estos tiempos muy peligrosos en muchos parages, "y con varios soberanos (á los cuales en sentir de nuestro P. S. Ig- "nacio, es del servicio de Dios profesarles afecto y amor) y que por "otra parte, es necesario el buen nombre en Cristo, para conseguir "el fruto espiritual de las almas, ha juzgado por conveniente la con- "gregacion, que debemos abstenernos de toda especie de mal en "cuanto ser pueda y evitar los motivos de las quejas, aun de las "que producen de sospechas sin fundamento. Por lo cual, por el "presente estatuto, nos prohibe á todos rigurosa y severamente, que "de ningun modo nos mezclemos en semejantes negocios públicos, "aunque seamos buscados y convidados, y que no nos dejemos ven- "cer á ello por ningunos ruegos ni persuaciones; y ademas de esto, "encargó la congregacion á todos los vocales que eligiesen y apli- "casen con todo cuidado, todos los remedios mas eficaces, en don- "de quiera que fuese necesario, para la entera curacion de este "mal."

"Hemos observado á la verdad con harto dolor de nuestro corazon, que así los sobredichos remedios, como otros muchos que se esplicaron en lo sucesivo, no produjeron casi ningun efecto, ni fueron bastantes para desarraigar y disipar tantas y tan graves disensiones, acusaciones y quejas contra la mencionada Compañía, y que fueron infructuosos los esfuerzos hechos por los predecesores Urbano VIII, Clemente IX, X, XI, y XII, Alejandro VII y VIII, Inocencio X, XI, XII y XIII, y Benedicto XIV, los cuales solicitaron

restituir á la Iglesia su tan deseada tranquilidad, habiendo publicado muchas y muy saludables constituciones, así sobre que se abstuviera la Compañía del manejo de los negocios seculares, ya fuera de las sagradas misiones, ya con motivo de éstas, como acerca de las gravísimas disensiones y contiendas suscitadas con todo empeño por ella contra ordinarios locales, órdenes de regulares, lugares pios, y todo género de cuerpos en Europa, Asia, América, no sin gran ruina de las almas y admiracion de pueblos; y tambien sobre la interpretacion de varios ritos gentílicos, que practicaban con mucha frecuencia en algunos parages, no usando de los que están aprobados y establecidos por la Iglesia universal, y sobre el uso é interpretaciones de aquellas opiniones que la silla apostólica con razon ha condenado por escandalosas, y manifiestamente contrarias á la buena moral; y finalmente, sobre otras cosas de mucha importancia, y muy necesarias para conservar ilesa la pureza de los dogmas cristianos, y de los cuales así en este, como en el pasado siglo se originaron muchísimos daños y males, es á saber: turbaciones y tumultos en varios paises católicos; persecuciones de la Iglesia en algunas provincias de Asia y Europa; lo que ocasionó grande sentimiento á nuestros predecesores, y entre estos al papa Inocencio XI, de piadosa memoria, el cual se vió precisado á tener que prohibir á la Compañía que recibiese novicios; y tambien al papa Inocencio XIII, el cual se vió obligado á comunicarla la misma pena. Y ultimamente al papa Benedicto XIV, de venerable memoria, que tuvo por necesario decretar la visita de las casas y colegios existentes en los dominios de nuestro muy amado hijo en Cristo el rey fidelísimo de Portugal, y de los Algarbes, sin que despues con las letras apostólicas del papa Clemente XIII, nuestro inmediato predecesor, de feliz memoria, mas bien sacadas por fuerza (1), (valiéndonos de las palabras de que usa Gregorio X, predecesor nuestro, en el sobredicho Concilio Ecuménico Lugdunense) que impetradas, en las cuales se elogia mucho, y se aprueba de nuevo el instituto de la Compañía de Jesus; se siguiese algun consuelo á la Silla Apostólica, auxilio á la Compañía, ó algun bien á la cristiandad.

"Despues de tantas y tan terribles borrascas y tempestades, todos los buenos esperaban que al fin amaneceria el dia deseado en que enteramente se afianzase la tranquilidad y la paz. Pero regentando la cátedra de S. Pedro el dicho Clemente XIII, predecesor nuestro, sobrevinieron tiempos mucho mas críticos y turbulentos; pues habiendo crecido cada dia mas los clamores y quejas contra la sobredicha Compañía, y tambien suscitádose en algunos parages sedi-

(1) Esta acusacion de debilidad dirigida á la memoria de Clemente XIII, por Ganganelli, á quien en el mismo momento se le arrancaba un breve de destruccion, tiene un no sé qué de estraño sobre el cual ni nos queremos detener por mas tiempo, ni hacer resaltar la odiosidad que descubre.

ciones, tumultos, discordias y escándalos, que quebrantando y rompiendo enteramente el vínculo de la caridad cristiana, encendieron en los ánimos de los fieles grandes enemistades parcialidades y ódios, llegó el desórden á tanto extremo, que aquellos mismos príncipes, cuya innata piedad y liberalidad para la Compañía les viene como por herencia de sus antepasados, y es generalmente muy alabada de todos, es á saber: nuestros muy amados hijos en Cristo los reyes de Francia, de España, de Portugal y de las dos Sicilias, se han visto absolutamente precisados á hacer salir, y á espeler de sus reinos y dominios á los individuos de la Compañía; considerando que este era el único remedio que quedaba para ocurrir á tantos males, y totalmente necesario para impedir que los pueblos cristianos no se desaviniesen, maltratasen, y despedazasen entre sí en el seno mismo de la santa madre Iglesia.

"Teniendo por cierto los sobredichos muy amados en Cristo hijos nuestros, que este remedio no era seguro, ni suficiente para reconciliar á todo el orbe cristiano, sin la entera supresion y extincion de la dicha Compañía, expusieron sus intenciones y deseos al sobredicho papa Clemente XIII, nuestro predecesor, y con el peso de su autoridad y súplicas pasaron juntamente uniformes oficios, pidiendo que movido de esta tan eficaz razon, tomase la sábia resolucion que pedian el sosiego estable de sus súbditos, y el bien universal de la Iglesia de Cristo. Pero el no esperado fallecimiento del mencionado pontífice, impidió totalmente su curso y éxito. Por lo cual, luego que por la misericordia de Dios fuimos exaltados á la misma cátedra de S. Pedro, se nos hicieron iguales súplicas, instancias y oficios, acompañados de los dictámenes de muchos obispos, y otros varones muy distintinguidos por su dignidad, virtud y doctrina que hacian la misma solicitud.

"Para tomar, pues, la mas acertada resolucion en materia de tanta gravedad é importancia, juzgamos que necesitábamos de mucho tiempo, no solo para imponernos diligentemente y poder reflexionar y deliberar con maduro exámen sobre este asunto, sino tambien para pedir con mucho llanto y continua oracion al Padre de las luces auxilio y favor, en lo cual tambien hemos cuidado de que nos ayudasen para con Dios todos los fieles con sus frecuentes oraciones y buenas obras. Entre las demas cosas quisimos indagar, qué fundamento tiene la opinion divulgada entre muchísimos, de que la Orden de los clérigos de la Compañía de Jesus, en cierto modo fué solemnemente aprobada y firmada por el Concilio de Trento, y hemos hallado que no se trató de ella en el citado Concilio, sino para exceptuarla del decreto general, por el cual se dispuso en cuanto á las demas órdenes regulares, que concluido el tiempo del noviciado de los novicios, que fuesen hallados idóneos, se admitieran á la profesion ó se echasen

del monasterio. Por lo cual el mismo santo concilio (Ses. 25, c. 16 *de Regul.*), declaró que no queria innovar cosa alguna, ni prohibir que la sobredicha órden de clérigos de la Compañía de Jesus pudiese servir á Dios y á la Iglesia, segun su piadoso instituto, aprobado por la santa Sede Apostólica.

"Despues de habernos valido de tantos y tan necesarios medios, asistidos é inspirados, como confiamos del divino espíritu, y compelidos de la obligacion de nuestro oficio, por el cual nos vemos extrechísimamente precisados á conciliar, fomentar y afirmar hasta donde alcancen nuestras fuerzas, el sosiego y tranquilidad de la república cristiana, y remover enteramente todo aquello que la pueda causar detrimento por pequeño que sea; y habiendo ademas de esto considerado que la sobredicha Compañía de Jesus, no podia ya producir los abundantísimos y grandísimos frutos y utilidades para que fué instituida, aprobada y enriquecida con muchísimos privilegios por tantos predecesores nuestros, ántes bien que apenas ó de ninguna manera podia ser, que subsistiendo ella se restableciese la verdadera y durable paz de la Iglesia: movidos, pues, de estas gravísimas causas, é impelidos por otras razones que nos dictan las leyes de la prudencia y el mejor gobierno de la Iglesia universal, y que nunca se apartan de nuestra consideracion siguiendo las huellas de nuestros predecesores y especialmente las del mencionado Gregorio X, predecesor nuestro, en el concilio general Lugdunense; y tratándose al presente de la Compañía, comprehendida en el número de las órdenes mendicantes, así por razon de su instituto como de sus privilegios, con maduro acuerdo de cierta ciencia y con la plenitud de la potestad apostólica, suprimimos y extinguimos la sobredicha Compañía, abolimos y anulamos todos y cada uno de sus oficios, ministerios y empleos, casas, escuelas, colegios, hospicios, granjas y cualesquiera posesiones sitas en cualquiera provincia, reino ó dominio, y que de cualquiera modo pertenezcan á ella; y sus estatutos, usos, costumbres, decretos y constituciones, aunque estén corroboradas con juramento, confirmacion apostólica, ó de otro cualquiera modo; y así mismo todos y cada uno de los privilegios é indultos generales y especiales, los cuales queremos tener por plena y suficientemente expresados en las presentes, cómo si estuviesen insertos en ellas, palabra por palabra, aunque estén concebidos con cualesquiera fórmulas, cláusulas irritantes, firmezas y decretos. Y por tanto declaramos, que queda perpetuamente abolida y enteramente extinguida toda y cualquiera autoridad que tenian el prepósito general, los provinciales, los visitadores y otros cualesquiera superiores de dicha Compañía, así en lo espiritual como en lo temporal; y trasferimos total y enteramente la dicha jurisdiccion y autoridad en los ordinarios locales, del modo, para los casos, acerca de las personas, y bajo de las condiciones que aquí adelante declararémos; prohibiendo como en las presentes prohibimos, que se reciba en adelante á ninguno en dicha Compañía, que se le dé el hábito ó admita al noviciado; y que de ninguna manera puedan ser admitidos á la profesion de los votos simples ó solemnes los que se hallen al presente recibidos, so pena de nulidad de la admision y profesion, y otras á nuestro arbitrio; ántes bien queremos, ordenamos y mandamos, que los que actualmente se hallan novicios, sin dilacion, al instante y luego al punto sean con efecto despedidos; é igualmente prohibimos que ninguno de los que se hallan profesos con los votos simples, y todavia no están ordenados de algun órden sácro, pueda ser promovido á ninguna de las órdenes mayores, con el pretexto, ó á título de la profesion ya hecha en la Compañía, ó de los privilegios concedidos á ella contra los decretos del Concilio Tridentino.

"Pero por cuanto nuestros conatos se dirigen á que así como queremos atender á la utilidad de la Iglesia y á la tranquilidad de los pueblos, así tambien procuremos dar algun consuelo y auxilio á los individuos de la dicha órden, cuyas personas en particular amamos paternalmente en el Señor, para que libres de todas las contiendas, discordias y aflicciones que han padecido hasta ahora, puedan trabajar con mas fruto en la viña del Señor, y ser mas útiles para la salvacion de las almas. Por tanto, determinamos y ordenamos que los individuos de la Compañía, que han hecho la profesion solo con los votos simples, y que todavia no están ordenados *in sacris*, dentro del término que les prefiniesen los ordinarios locales, competente para conseguir algun oficio ó destino, ó encontrar benévolo receptar, pero que no esceda de un año; el cual término se haya de contar desde la data de estas nuestras letras, salgan de las casas y colegios de dicha Compañía enteramente absueltos del vínculo de los votos simples, para tomar el modo de vida que cada uno juzgare mas apto en el Señor, segun su vocacion, fuerzas y conciencia; siendo así que aun por los privilegios de la Compañía podian ser echados dichos individuos de ella, sin mas causa que la que los superiores juzgasen mas conforme á prudencia y á las circunstancias, sin preceder ninguna citacion, sin formar proceso y sin guardar ningun órden judicial.

"Y á todos los individuos de la Compañía, que se hallasen promovidos á los sagrados órdenes, concedemos licencia y facultad para que salgan de dichas casas o colegios de la Compañía, ya seapara pasar á alguna de las órdenes regulares aprobadas por la Silla Apostólica, donde deberán cumplir el tiempo del noviciado prescrito por el concilio Tridentino, si han hecho la profesion con los votos simples en la Compañía, y si la hubiesen hecho con los votos solemnes, estarán en el noviciado solo el tiempo de seis meses inte-

gros, en lo cual usando de benignidad dispensamos con ellos; ó ya para permanecer en el siglo como presbíteros ó clérigos seculares, bajo de la entera y total obediencia y jurisdiccion de los ordinarios, en cuya diócesis fijasen su domicilio determinado, ademas de esto que á los que de este modo se quedaren en el siglo, miéntras que por otra parte no tengan con qué mantenerse, se les asigne alguna pension competente de las rentas de la casa ó colegio en donde residian; teniendo consideracion así á las rentas como á las cargas de dicha casa ó colegio.

"Pero los profesos ya ordenados *in sacris*, que ó por temor de que les falte la decente manutencion por defecto ó escasez de la cóngrua, ó porque no tienen donde acogerse para vivir, ó por su avanzada edad, falta de salud ú otra justa y grave causa no tuviesen por conveniente dejar las casas ó colegios de la Compañía, podrán permanecer allí; bien entendido, que no han de tener ningun manejo ni gobierno en las sobredichas casas ó colegios; que han de usar solo del hábito de clérigos seculares, y vivir en todo y por todo sujetos al ordinario local. Y prohibimos enteramente que puedan entrar otros en lugar de los que vayan faltando, y que adquieran ninguna casa ó posesion de nuevo, conforme está mandado en el Concilio Lugdunense; y tambien les prohibimos que puedan enagenar las casas, posesiones ó efectos que al presente tienen: debiendo vivir juntos en una ó mas casas los individuos que se quedaren, para habitar en ellas á proporcion del número: de modo que las casas que quedaren desocupadas, puedan convertirse en su tiempo y lugar, en usos piadosos, segun y como corresponda y se juzgare mas propio, y conforme á lo dispuesto por los sagrados cánones á la voluntad de los fundadores, al aumento del culto divino, á la salvacion de las almas y á la pública utilidad: y miéntras tanto, se nombrará un clérico secular dotado de prudencia y virtud para que gobierne las dichas casas, sin que les quede en ningun modo el nombre de la Compañía, ni puedan denominarse así en adelante.

"Declaramos tambien que los individuos de la sobredicha Compañía de cualesquiera paises de donde se hallan expulsos, están comprendidos en esta extincion general de la Compañía: por tanto, queremos que los sobredichos expulsos, aunque hayan sido y se hallen promovidos á las órdenes mayores, si no pasaren á otra órden regular, queden reducidos por el mismo hecho al estado de clérigos y presbíteros seculares, y enteramente sujetos á los ordinarios locales.

"Y si los ordinarios locales conocieren en los regulares que han sido del instituto de la Compañía de Jesus, que en virtud de las presentes letras nuestras pasaren al estado de presbíteros seculares la debida virtud, doctrina é integridad de costumbres, podrán á su

arbitrio concederles ó negarles la facultad de confesar y predicar á los fieles, sin cuya licencia, por escrito, ninguno de ellos pueda ejercer estos ministerios. Pero los mismos obispos ó ordinarios locales, no concederán nunca estas licencias para con los extraños, á los que vivan en las casas ó colegios que antes pertenecian á la Compañía; y así prohibimos perpetuamente á éstos, que administren el sacramento de la Penitencia á los estraños, y que prediquen cómo igualmente lo prohibió el dicho Gregorio X, predecesor nuestro, en el citado concilio general: sobre lo cual encargamos las conciencias de los mencionados obispos, los cuales deseamos que se acuerden de aquella extrechísima cuenta que han de dar á Dios de las ovejas que están encargadas á su cuidado, y de aquel rigurosísimo juicio con que el supremo juez de vivos y muertos, amenaza á todos los que gobiernan.

"Ademas de esto, queremos que si algunos de los individuos que fueron de la Compañía están empleados en enseñar á la juventud, ó son maestros en algun colegio ó escuela, quedando excluidos todos del mando, manejo ó gobierno, solo se les permita continuar enseñando á aquellos que dén alguna muestra de que se puede esperar utilidad de su trabajo, y con tal que se abstengan enteramente de las cuestiones y opiniones que por laxas ó vanas suelen producir y acarrear gravísimas disputas é inconvenientes, y en ningun tiempo se admitan á este ejercicio de enseñar ni se les permita que continúen, si actualmente se hallan empleados en él, los que no hubieren de conservar la quietud de las escuelas y la pública tranquilidad.

"Pero por lo tocante á las sagradas misiones, las cuales queremos que se entiendan tambien comprendidas en todo lo que va dispuesto acerca de la supresion de la Compañía, nos reservamos establecer los medios, con los cuales se pueda conseguir y lograr con mayor facilidad y estabilidad, así la conversion de los infieles, como la pacificacion de las disensiones.

"Y quedando anulados y abolidos enteramente, segun va dicho, todos los privilegios y estatutos de la mencionada Compañía, declaramos que sus individuos, despues que hayan salido de las casas y colegios de ella y hayan quedado reducidos al estado de clérigos seculares, sean hábiles y aptos para obtener, segun lo dispuesto por los sagrados cánones y constituciones apostólicas, cualesquiera beneficios, así con cura como sin cura de almas, oficios, dignidades y personados, y cualquiera otra prebenda eclesiástica: todo lo cual miéntras permanecian en la Compañía, les habia sido prohibido enteramente por el papa Gregorio XIII, de feliz memoria, por sus letras expedidas en igual forma de Breve, en el dia 10 de Septiembre de 1584, que empiezan: *Satis, superque*. Y tambien les damos permiso de que puedan percibir la limosna por

la celebracion de las misas, lo que igualmente les estaba prohibido y les concedemos que puedan gozar de todas aquellas gracias y favores de que como clérigos regulares de la Compañiade Jesus, hubieran carecido perpetuamente. Y asímismo derogamos todas y cualesquiera facultades que les hayan sido dadas por el prepósito general y demas superiores, en fuerza de los privilegios obtenidos de los sumos pontífices, como la de leer los libros de los herejes y otros prohibidos y condenados por la Silla Apostólica: la de no ayunar ó no comer de pescado los dias de ayuno; la de anticipar ó posponer el rezo de las horas canónicas y otras semejantes, de las cuales les prohibimos severísimamente que puedan hacer uso en lo sucesivo; siendo nuestro ánimo é intencion, que los sobredichos, como presbíteros seculares, se arreglen en su modo de vida á lo dispuesto por el derecho comun.

"Prohibimos que despues que hayan sido hechas saber y publicadas estas nuestras letras, nadie se atreva á suspender su ejecucion ni aun su color ó con título ó pretexto de cualquiera instancia, apelacion, recurso, consulta ó declaracion de dudas que acaso pudiesen originarse, ni bajo de ningun otro pretexto previsto ó no previsto. Pues queremos que la extincion y abolicion de toda la sobredicha Compañía y de todos sus oficios, tengan efecto desde ahora é inmediatamente, en la forma y modo que hemos expresado arriba, so pena de excomunion mayor *ipso facto incurrenda*, reservada á Nos y á los romanos pontífices, sucesores nuestros, que en adelante fueren, contra cualquiera que intentase poner impedimento ú obstáculo al cumplimiento de estas nuestras letras, ó dilatar su ejecucion.

"Ademas de esto, mandamos é imponemos precepto en virtud de santa obediencia, á todas y á cada una de las personas eclesiásticas, así regulares como seculares, de cualquiera grado, dignidad, condicion y calidad que sean, y señaladamente á los que hasta aquí fueron de la Compañía y han sido tenidos por individuos suyos, de que no se atrevan á hablar ni escribir en favor ni en contra de esta extincion, ni de sus causas ni motivos, como ni tampoco del instituto de la regla, de las cuestiones y forma de gobierno de la Compañía, ni de ninguna otra cosa perteneciente á este asunto, sin expresa licencia del pontífice romano. Asímismo prohibimos á todos y á cualesquiera, so pena de excomunion reservada á Nos y á nuestros sucesores, que en adelante fueren, el que se atrevan en público ni en secreto, con motivo de esta extincion, á afrentar, injuriar ó maltratar con palabras ofensivas, ni con ningun desprecio, así en voz como por escrito, á nadie y mucho ménos á los que han sido individuos de la Compañía.

"Exhortamos á todos los príncipes cristianos, que con la fuerza, autoridad y potestad que tienen, y que Dios les ha concedido para la defensa y proteccion de la santa Iglesia romana, y tambien con

el obsequio y reverencia que profesan á esta Silla Apostólica, concurran con sus providencias, y cuiden de que estas nuestras letras surtan su pleno efecto, y que ateniéndose á todo lo contenido en ellas, expidan y publiquen los correspondientes decretos, para que se evite enteramente que al tiempo de ejecutarse esta nuestra disposicion, se originen entre los fieles, contiendas, disensiones ó discordias.

"Finalmente, exhortamos y rogamos, por las entrañas de nuestro Señor Jesucristo, á todos los fieles que se acuerden de que todos tenemos un mismo maestro, que está en los cielos; todos un mismo Redentor, por el cual hemos sido redimidos á suma costa; que todos hemos sido regenerados por un mismo Bautismo y constituidos hijos de Dios y coherederos de Cristo; que hemos sido alimentados con un mismo pasto de la doctrina católica y de la palabra divina; y por último, que todos somos un cuerpo en Cristo, y cada uno de nosotros es mutuamente miembro uno de otro; y que por esta razon es absolutamente necesario, que todos unidos juntamente con el vínculo comun de la caridad, vivan en paz con todos los hombres, y no tengan otra deuda con ninguno sino la de amarle recíprocamente, porque el que ama al prójimo ha cumplido con la ley; aborreciendo sumamente las ofensas, enemistades, discordias, asechanzas, y otras cosas semejantes, inventadas, escogitadas y suscitadas por el enemigo antiguo del género humano, para perturbar la Iglesia de Dios é impedir la felicidad eterna de los fieles, bajo del título y pretexto falacísimo de escuelas, opiniones y tambien de perfeccion cristiana; y que, finalmente, empleen todo su esfuerzo para adquirir la que en realidad es verdadera sabiduría, de la cual escribe el apóstol Santiago (en su Epístola canónica, cap. 3, vers. 13 y sig.) "¿Hay alguno sabio é instruido entre vosotros? Manifieste sus obras "en el discurso de una buena vida, con una sabiduría llena de man-"sedumbre. Pero si teneis envidia maligna y espíritu de conten-"cion en vuestros corazones, no os vanagloreis y no seais mentiro-"sos contra la verdad. Pues esta sabiduria no es la que viene de "lo alto sino terrena, animal y diabólica. Porque donde hay envi-"dia y contencion, allí hay perturbacion y toda obra perversa. Mas "la sabiduría, que es de lo alto, primeramente es pura, y ademas de "esto es pacífica; modesta, dócil, suceptible de todo bien, llena de "misericordia y de buenos frutos, no juzgada ni fingida. Y el fruto "de la justicia se siembra en paz para aquellos que hacen obras de "paz."

"Y declaramos que las presentes letras jamas puedan en ningun tiempo ser tachadas de vicio de subrepcion, obrepcion, nulidad ó invalidacion, ni de efecto de intencion en Nos ó de cualquiera otro, por grande y sustancial que sea, y que nunca se haya tenido presente, ni puedan ser impugnadas, invalidadas ó revocadas, ni pueda

moverse instancia ó litigio sobre ellas, ni puedan ser reducidas á términos de derecho, ni pueda intentarse contra ellas el remedio de la restitucion *in integrum* ni el de la nueva audiencia, ó de que sean observados los trámites y via judicial, y ningun otro remedio de hecho ó de derecho, de gracia ó de justicia; y que ninguno pueda usar ó aprovecharse de ningun modo en juicio ni fuera de él, de cualquiera que le fuese concedido ó hubiese obtenido: por causa de que los superiores y demas religiosos de la mencionada Compañía, ni los demas que tienen, ó de cualquier modo pretendan tener interes en lo arriba expresado, no han consentido en ello ni han sido citados, ni oidos, ni tampoco por razon de que en las cosas sobredichas, ó en alguna de ellas no se hayan observado las solemnidades, y todo lo demas que debe guardarse y observarse, ni por ninguna otra razon que proceda de derecho ó de alguna costumbre, aunque se halle comprendida en cuerpo del derecho, como ni tampoco bajo de pretexto de enorme, enormísima y total lesion, ó bajo cualquiera otro pretexto, motivo ó causa, por justa, razonable y privilegiada que sea, y aunque fuese tal, que debiese expresarse necesariamente para la validacion de todo lo que va dicho, sino que las presentes letras sean y hayan de ser siempre y perpetuamente válidas, firmes y eficaces, y surtan y obren sus plenos é integros efectos, y se observen inviolablemente por todos y cada uno de aquellos á quienes toca y pertenece, y de cualquiera modo tocare y perteneciere en lo sucesivo."

Llenos de respeto hácia la autoridad pontifical no juzgamos un acto emanado de la cátedra apostólica. Nadie duda que esta tiene el derecho de suprimir lo que ella misma ha constituido. Tampoco discutirémos la mayor oportunidad de la medida, ni aun las injusticias y prevenciones de partido que tanto abundan en las diversas fases de este documento. Esta apreciacion debe salir de las entrañas mismas de la historia. No diremos que el sucesor de los apóstoles, reasumiendo este proceso, que ha durado doscientos treinta y tres años entre la Sociedad de Jesus, y todas las pasiones desencadenadas contra ella, hayan ensayado á fuerza de habilidad de lenguaje, el dar la razon á los enemigos de los Jesuitas, cuando hace mencion de sus acusaciones sin dignarse sancionarlas. Tampoco examinarémos si la supresion pronunciada fué un castigo impuesto á los Jesuitas, ó un sacrificio hecho por el bien y esperanza de la paz. Esta paz era quimérica, no lo ignoraba Clemente XIV; pero se queria persuadir que tantas concesiones ponian el resto de sus dias al abrigo de las violencias, y con esa mira impuso el ostracismo á la Sociedad de Jesus.

La habia condenado á muerte por llegar á ser papa; la habia entregado, entregándose tambien él mismo á los que intentaban la destruccion del instituto, con el fin de llegar mas pronto á la del ca-

tolicismo. La promulgacion del breve *Dominus et Redemptor* fué acogida con trasportes de alegría por todos los enemigos de la Iglesia, quienes saludaron este acto como la nueva era de la regeneracion que se prometian sus culpables esperanzas. La gloria de todos los pontífices pasados se eclipsó ante la de Ganganelli. Los incrédulos creyeron en él; le declararon inmortal y digno de adoracion porque ayudaba á su venganza; se prosternaron á sus pies, y Clemente XIV, desde este dia, fué aceptado por ellos como modelo que se debia copiar por todos los vicarios de Jesucristo. El corazon y la cabeza de los fanáticos por la impiedad ó por el filosofismo, pensaron de esa manera. De cuantas leyes, de cuantas bulas se habian expedido por los sucesores de los apóstoles, no reconocian ni celebraban sino el Breve de destruccion. Este *fetiquismo* tan lógicamente exclusivo, no ha desaparecido con la primera generacion; se ha trasmitido á las siguientes como una herencia, y el abate Vicente Gioberti, continuador de los entusiastas de 1773, y escritor cuyo nombre proclaman los revolucionarios de Italia con la mayor ternura, por haberse constituido adulador en gefe de su vanidad, ha podido decir en 1845 (1): "Todo el que venere la Silla Apostólica y la profese en su corazon todo el respeto que los Jesuitas la profesan solamente de palabra, debe creer que el decreto de Ganganelli fué justo y oportuno, y que las acusaciones que le provocaron fueron verdaderas y fundadas.

Esta justicia y esta oportunidad que Gioberti, siguiendo á sus maestros en el arte de engañar á las naciones, trata de imponer como artículo de fe, ya está vista en toda su desnudez. Los enemigos de la Iglesia jamas han tenido alabanzas sino para el mal; y su alegría no pudo ménos de herir el corazon del soberano pontifice. Si aquella le pareció tan amarga, cuánto mas desgarradora le pareceria la tristeza cristiana del Sacro Colegio y del Episcopado! El breve fué mandado á Paris: Clemente XIV escribió á Cristóbal de Beaumont para solicitar su aceptacion; y el arzobispo de Paris, á quien no intimidaban amenazas, y que tenia alzada siempre su cabeza sobre la tempestad, le contestó el 24 de Abril de 1774, lo siguiente:

"Este breve no es otra cosa que un juicio personal y particular. Entre las varias cosas que nuestro clero de Francia ha notado en él, le ha chocado singularmente la expresion odiosa y poco mesurada que se emplea para caracterizar la bula *Pascendi munus*, &c., dada por el santo papa Clemente XIII, cuya memoria será siempre gloriosa, bula revestida de todas las formalidades de costumbre. Se dice que esta bula poco exacta, fué mas bien arrancada que obtenida, y sin embargo, tiene toda la fuerza y autoridad de un con-

(1) *Prolegom. del primato. pág.* 124 (edicion de 1846, Lugano).

cilio general, no habiendo sido expedida sino despues que todo el clero católico y todos los príncipes seculares fueron consultados por el santo padre. El clero, de comun acuerdo y con voz unánime, alabó extremadamente el designio formado por el santo padre, y solicitó con empeño su pronta ejecucion. Fué concebida y publicada con una aprobacion tan general como solemne. ¿Y no es en esto, muy santo padre, en lo que consiste verdaderamente la eficacia, la realidad y fuerza de un concilio general, mas bien que en la union material de algunas personas que, aunque fisicamente reunidas, pueden sin embargo encontrarse muy distantes en su modo de pensar, y en sus juicios ó tendencias? En cuanto á los príncipes seculares, si hay algunos que no se hayan unido á los demas para dar positivamente su aprobacion, su número es bien corto. Ninguno ha reclamado contra ella, ninguno se le ha opuesto, y aun aquellos mismos que tenian pensamiento de desterrar á los Jesuitas, han permitido que se le diese curso en sus estados.

"Ahora bien, considerando que el espíritu de la Iglesia es uno é indivisible y el solo verdadero, como lo es en efecto, tenemos derecho á creer que aquella no puede engañarse de una manera tan solemne. Y sin embargo, nos induciria á error, si nos diese por santo y piadoso un instituto al que tan cruelmente se maltrataba entónces, y sobre el cual la Iglesia y con ella el Espíritu Santo, se expresaron en estos términos: "Sabemos de ciencia cierta que ese instituto respira el mayor olor de Santidad;" garantiéndole de nuevo con el sello de su aprobacion y confirmando no solamente al instituto en sí mismo, que era objeto de la animadversion de sus enemigos, sino los miembros que le componian, las funciones y cargos que en él se desempeñaban, la doctrina que allí se enseñaba y los gloriosos afanes de sus hijos que la cubrian de un lustre admirable, á despecho de los esfuerzos de la calumnia, y á pesar de la tempestad de las persecuciones. La Iglesia se engañaria, pues, y nos engañaria á nosotros, queriendo hacernos admitir efectivamente el breve destructivo de la Compañia, ó bien suponiendo que es igual enteramente en su legitimidad y en su universalidad, á la constitucion de que acabamos de hablar. Dejamos aparte, muy santo padre, las personas que nos seria muy fácil designar, tanto eclesiásticas como seculares, que completamente fascinadas, han intervenido en este asunto. Todas estas son, á decir verdad, de carácter, de condicion, de doctrina y de sentimientos, tan poco ventajosos, por no decir otra cosa, que esto solo bastaria para hacernos formar con seguridad un juicio formal y positivo de que este Breve, que extingue la Compañia de Jesus, no es mas que un juicio aislado y particular, pernicioso, poco honroso á la Tiara y perjudicial á la gloria de la Iglesia, y á la propagacion y conservacion de la fé ortodoxa.

Por otra parte, santo padre, no es posible que yo pueda encargarme de hacer que el clero acepte dicho Breve. No seria oido sobre este particular, y desgraciado de mí si emplease para ello mi ministerio, que creeria deshonrar. Aun está reciente la memoria de la última asamblea general, que tuve el honor de convocar de órden de S. M., para examinar en ella la necesidad y utilidad de los Jesuitas, pureza de sus doctrinas &c.; y si ahora me encargase de esta otra comision, haria la mas notable injuria á la religion, al celo, á las luces y á la rectitud con que aquellos prelados expusieron al rey su parecer sobre los mismos puntos que se encuentran en contradiccion y controvertidos por este Breve de destruccion. Es verdad que si se quiere demostrar que ha sido absolutamente necesario llegar á este punto, colorando la destruccion con el especioso pretexto de la paz, la cual no podia subsistir existiendo la Compañia; este pretexto, muy santo padre, podrá servir á todo lo mas, para destruir todos los cuerpos celosos y enemigos de esta Compañia, y canonizarla sin mas prueba; y ese mismo pretexto es el que nos autoriza y en el que mas nos apoyamos para formar del dicho Breve un juicio demasiado justo, aunque bastante desventajoso.

"Porque, ¿cuál puede ser esta paz que se nos presenta como incompatible con esta sociedad? Esta reflexion tiene un no se qué de aterrador, y jamas llegarémos á comprender cómo un motivo semejante ha podido inducir á vuestra santidad á dar un paso tan avanzado, tan peligroso y tan perjudicial. Ciertamente, la paz que no ha podido conciliarse con la existencia de los Jesuitas, es la que Jesucristo llama insidioso, falsa y engañadora; en una palabra, á la que se le da el nombre de paz y que no es paz: *Pax, Pax, et non erat pax;* esta paz que adoptan el vicio y el libertinage y á la que reconocen por madre; que jamas se una con la virtud, sino que por el contrario, es enemiga capital de la piedad. A esta paz es á la que los Jesuitas han declarado constantemente, y en las cuatro partes del mundo, una guerra activa, animada y sangrienta, principiada y seguida hasta el dia con el mayor éxito. Contra esta paz han dedicado sus vigilias, su atencion, su vigilancia, prefiriendo los mas rudos trabajos á una muelle y estéril ociosidad. Para exterminar esta paz han sacrificado sus talentos, sus fatigas y los recursos de su elocuencia, queriendo cerrarla todas las avenidas por las que pudiese introducirse, y llevar su extrago al seno mismo de la cristiandad, defendiendo las almas de sus reiterados ataques; y cuando por desgracia esa fatal paz, ganando terreno, se llega á apoderar del corazon de algunos cristianos, entónces esos hombres se disponen á combatirla en sus últimos atrincheramientos, y la arrojan de ellos á espensas de sus sudores, sin temor de arrostar los mayores peligros, y sin esperar mas recompensa de su celo y santas espediciones que el odio de los libertinos y la persecucion de los malvados.

"De esto podrian alegarse infinidad de pruebas á cual mas evidentes, en una larga série de acciones memorables, jamas interrumpida desde el dia que vió nacer á la Sociedad, hasta el dia fatal para la Iglesia que la ha visto destruir. Estas pruebas ni son oscuras ni aun desconocidas á vuestra santidad. Si pues, vuelvo á decir, si esta paz, que no puede subsistir con la Compañía, y si el restablecimiento de semejante paz ha sido realmente el motivo de la destruccion de los Jesuitas, helos aquí cubiertos de gloria, que acaban como han acabado los apóstoles y los mártires; pero en medio de eso, los hombres de bien no encuentran consuelo al ver la llaga tan sensible y dolorosa abierta desde este dia á la piedad y á la virtud.

"La paz inconciliable con la existencia de la Sociedad, no es por cierto esa paz que une los corazones, que los alivia recíprocamente y que adquiere cada dia nuevo acrecentamiento de virtud, piedad y caridad cristiana, que constituye la gloria del cristianismo, y que hace resaltar hasta el infinito el brillo de nuestra santa religion. Esto no hay necesidad de probarlo, aunque la prueba pueda hacerse fácilmente, no con un corto número de ejemplos que podria suministrarnos esa Sociedad desde el dia de su creacion hasta el aciago y para siempre memorable de su supresion, sino por una multitud innumerable de hechos, que atestiguan por los Jesuitas fueron siempre y en todo tiempo las columnas, los promovedores é infatigables defensores de esta verdadera y sólida paz. Se debe ceder ante la evidencia de los hechos que llevan la conviccion á un grado el mas superior.

"Ademas, como el objeto que me propongo en esta carta no es el hacer la apología de los Jesuitas, sino solamente poner á la vista de vuestra santidad algunas razones que, en el caso presente, nos dispensan de obedecerla, no he citado fechas ni lugares, siendo asequible á vuestra santidad convencerse de esto por sí mismo y no pudiendo ignorarlo.

"A mas de esto, muy santo padre, no hemos podido ménos de estremecernos al notar que en el susodicho Breve de destruccion se hace el mayor elogio de personas, cuya conducta no le mereció de Clemente XIII, de santa memoria; pues, tan léjos de esto, juzgó siempre que debia hacer abstraccion de ellos, y comportarse respecto á los mismos con la mas escrupulosa reserva.

"Esta diversidad de juicios merece que se fije en ella la atencion, visto que el anterior papa no creyó dignos ni aun del honor de la púrpura á los que vuestra santidad desea al parecer el de la Tiara." La firmeza del uno y la connivencia de la otra se manifiestan claramente. Pero, en fin, podria excusarse la conducta de esta última, si ella no supusiese el completo conocimiento de un hecho que no se puede ocultar tan completamente que no se entrevean mas de lo que es

necesario, y el cual ha dirigido la pluma en la confeccion del Breve.

"En una palabra, muy santo padre, siendo el clero de Francia uno de los cuerpos mas sabios y mas ilustres de la santa Iglesia, que no tiene mas mira ni pretension que el verla de dia en dia y cada vez mas floreciente; habiendo reflexionado con la debida madurez que la aceptacion del Breve de vuestra santidad no podria ménos de oscurecer su propio esplendor, ni ha querido ni puede consentir en dar un paso que en los siglos venideros empañaria la gloria, en cuya posesion se mantiene no admitiéndole; y pretende, por su actual y muy justa resistencia, trasmitir á la posteridad un claro y patente testimonio de su integridad y de su celo por la fe católica, por la prosperidad de la Iglesia romana, y en particular por el honor de su cabeza visible.

"Estas son, muy santo padre, algunas de las muchas razones que nos determinan, á mí y á todo el clero de este reino, á no declarar jamas sobre esto á vuestra santidad, como lo hago por la presente carta, que tales son nuestras disposiciones y las de todo el clero, quien, por otra parte, nunca cesará de rogar juntamente conm go al Señor por la sagrada persona de vuestra beatitud, dirigiendo nuestros humildes ruegos al divino Padre de las luces, á fin de que se digne derramarlas en abundancia sobre vuestra santidad, y que ellas le descubran la verdad cuyo brillo se ha oscurecido."

La iglesia de Francia, por el órgano de su mas ilustre prelado, rehusaba asociarse á la destruccion de la Compañía de Jesus. Con esto daba al papa un testimonio de su fe y de su respetuosa firmeza. Pocos años despues, cuando Clemente XIV bajó á la tumba, encontró entre los miembros del Sacro Colegio jueces que á su turno se pronunciaron contra él. Pio VI pidió en 1775 su parecer á los cardenales, respecto al instituto destruido. Antonelli, uno de los mas sabios y mas piadosos (1), se atrevió á escribir esas líneas, terrible acusacion que dolorosos recuerdos, y los inminentes peligros que corrió la Iglesia, inspiraron á ese príncipe de la misma, y cuya severidad acepta la historia, aun despues de sobrevenida la calma. El cardenal romano y el arzobispo frances han sido criticados de exageracion por sus contemporáneos; mas en presencia de los documentos que acabamos de evocar, esa misma exageracion ya no es mas que un justo homenaje tributado á la verdad.

———"

(1) El cardenal Leonardo Antonelli era sobrino del cardenal Nicolas Antonelli, secretario de Breves en tiempo de Clemente XIII. Leonardo, prefecto de la Propaganda y decano del Sacro Colegio, dividió con Consalvi la confianza de Pio VII, á quien acompañó á Paris en 1804, habiendo sido preso en los últimos años del reinado de Napoleon. Antonelli fué una de las lumbreras de la Iglesia. Se conserva de él una carta á los obispos de Irlanda, cuyo contenido prueba que no era tan intolerante como quieren representarle los biógrafos modernos.

Antonelli se expresa en estos términos: "Examínese, pues, si ha sido ó no permitido el suscribir a semejante breve. El mundo imparcial conviene en la injusticia de este acto; y seria preciso estar muy ciego ó dominado de un odio mortal hácia los Jesuitas, para no conocerlo desde luego. En el fallo que se ha pronunciado contra ellos, ¿qué regla se ha observado? ¿Han sido oidos? ¿Les ha sido permitido presentar su defensa? Semejante modo de obrar prueba que se temia encontrarse con inocentes. Lo odioso de semejantes condenaciones, al cubrir de infamia á los jueces, mancilla ademas á la Santa Sede, si la Santa Sede, anulado un juicio tan inicuo, no repara inmediatamente su honor.

"En vano los enemigos de los Jesuitas nos prometen milagros para canonizar el Breve y á su autor (1); la cuestion se reduce á si la estincion es válida ó no. En cuanto á mí, decido, sin temor de equivocarme, que el Breve que la extingue es nulo, inválido é inicuo; y que en su consecuencia, la Compañía de Jesus no está destruida. Este principio que siento, se encuentra apoyado por cantidad de pruebas de las que solo me encontraré con presentar una parte.

"Vuestra santidad lo sabe tambien como monseñores los cardenales, y ademas es cosa á cual mas pública, con gran escándalo del mundo, que Clemente XIV ofreció por sí mismo, y prometió á los enemigos de los Jesuitas este Breve de abolicion, cuando aun no era sino persona privada, y ántes que pudiese haberse instruido de

---

(1) Es una verdad incontestable, que los jansenistas y los filósofos, anunciaron que se habian obrado milagros por intercesion de Ganganelli, y aun hablaron de beatificarle. Esta proteccion, concedida al papa por los incrédulos y por los sectarios, no debia recomendar su memoria respeto á la Santa Sede: pero Clemente XIV jamas ha merecido este esceso de indignidad. Se encontró entre dos partidos igualmente animados, y favoreció al uno en perjuicio del otro. En su tribunal, y á pesar suyo, la impiedad pudo mas que su celo, y para los enciclopedistas ha debido ser un gran ciudadano. Destruyó y proscribió á los Jesuitas, sin exámen, sin oir sus defensas; y se le ha tenido como un papa modelo de tolerancia y de humanidad. Los católicos en su exaltacion se irritaron al verse abandonados. Ganganelli parecia desdeñar sus reclamaciones, y aquellos, sin hacerse cargo de la situacion, dirigieron á este príncipe reconvenciones amargas. Fué calumniado en los dos campos: en uno, concediéndole virtudes quiméricas; y en el otro, haciendo servir su alma como de pasaporte de palabras odiosas y crueles. Los unos han visto en Ganganelli el mas indulgente y mas amable de los vicarios de Jesucristo; los otros un criminal, á quien su ambicion habia perdido y á quien sus acciones en cierto modo han deshonrado. Su carácter, sus medidas administrativas, su facilidad en destruir la antigua gerarquía monástica, han permitido á la novela deificarle; y las mismas razones le han hecho rebajar para los verdaderos católicos. Clemente XIV ni fué un santo ni un culpable, sino un hombre débil, que para llegar al supremo pontificado, se apoyó sobre medios puramente humanos que le vendieron. La falta de Ganganelli está en su eleccion, y esa falta la expió sobre el trono.

los conocimientos que tienen relacion con este gran negocio. Despues, siendo papa, jamas ha querido dar á este breve una forma auténtica y tal como los cánones la requieren.

"Una faccion de hombres que actualmente siguen en disension y hostilidad con la Santa Sede, y cuyo objeto fué, es y será, siempre turbar y trastornar la Iglesia de Jesucristo, negoció la firma de este breve, y la arrancó por fin de un hombre demasiado ligado por sus propias promesas para atreverse á desdecirse y á negarse á semejante injusticia.

"En este infame tráfico se hizo al gefe de la Iglesia una coaccion manifiesta; se le aduló con falsas promesas, é intimidó con vergonzosas amenazas.

"No se descubre en este breve señal alguna de autencidad; carece de todas las formalidades canónicas indispensablemente exigidas en toda sentencia definitiva. Se añade á esto que no se dirige á persona alguna, aunque está dado como carta en forma de breve. Es de creer que este papa, demasiado astuto, olvidó de propósito todas las formalidades, para que su breve, que no firmó sino á su pesar, pareciese nulo á cualquiera.

"En el juicio definitivo y en la ejecucion del breve, no se ha observado ninguna ley, ni divina, ni eclesiástica, ni civil; por el contrario, están en él violadas las leyes mas sagradas que el soberano pontífice jura observar.

"Los fundamentos sobre que se apoya el breve no consisten sino en acusaciones fáciles de destruir, vergonzosas calumnias y falsas imputaciones.

"El breve se contradice: afirma en una parte lo que niega en otra, y concede ántes lo que niega despues.

"En cuanto á los votos, tanto simples como solemnes, Clemente XIV se atribuye, por una parte, una facultad como ningun papa se ha atribuido jamas; y por otra, usando de expresiones ambiguas é indecisas, deja dudas y ansiedados sobre puntos que debieron estar claramente determinados.

"Si se consideran los motivos de destruccion alegados por el breve, haciendo de ellos aplicacion á otras órdenes religiosas, ¿cuál seria la órden, que, bajo los mismos pretextos, no podria temer igual disolucion? Bajo este punto de vista puede considerarse este breve como una plantilla preparada para la destruccion general de todas las órdenes religiosas.

"Contradice y anula, en cuanto puede, una inmensidad de bulas y constituciones de la Santa Sede, adoptadas y reconocidas por toda la Iglesia, sin dar la menor razon. ¿Tan temeraria condenacion de las decisiones de tantos pontífices predecesores de Ganganelli, puede soportarla la Santa Sede?

"Este breve ha causado un escándalo tan grande y tan general

en la Iglesia, que solo los impíos, los hereges, los malos católicos y los libertinos son los que han conseguido un triunfo con él.

"Estas razones bastan para probar que ese breve es nulo, y de ningun valor ni efecto; y por consecuencia, que la supuesta destruccion de los Jesuitas es injusta y no ha producido ningun resultado. Subsistiendo, pues, aun la Compañía de Jesus, la Sede Apostólica, para hacerla aparecer de nuevo sobre la tierra, no tiene mas que quererlo y hablar. Estoy en la persuasion de que vuestra santidad así lo hara, haciéndose cargo de lo que me resta que decir:

"Una Sociedad cuyos miembros tienden á un mismo fin, que no es otro que la mayor gloria de Dios, y para llegar al cual se vale de los medios que emplea la que se conforma á las reglas prescritas por ese instituto, y se conservan en el espíritu de la Compañía; una Sociedad semejante, sea cual fuese su nombre y su trage, es de todo punto necesaria á la Iglesia en este siglo de escandalosa depravacion. Si una Sociedad tal jamas hubiera existido, seria preciso establecerla hoy dia. Atacada la Iglesia en el siglo XVI por enemigos furiosos, se gloria de los grandes servicios que la hizo la Compañía fundada por San Ignacio. Al ver la defeccion del siglo XVIII, ¿querrá la Iglesia privarse de los servicios que esta misma Compañía aun se halla en estado de hacerla? ¿Tuvo jamas la Santa Sede necesidad de generosos defensores como la tiene ahora en estos últimos tiempos, en los que la impiedad y la irreligion hacen los últimos esfuerzos por conmover hasta sus cimientos? Estos auxilios, combinados por una Sociedad entera, son tanto mas necesarios que los particulares, cuanto que éstos, siendo libres de todo compromiso, y no estando basados bajo unas leyes tales como las que tiene la Compañía, y sin tener su espíritu, nunca son capaces ni pueden emprender iguales trabajos, ni llevar á cabo grandes empresas."

La impresion que el breve de Clemente XIV produjo en la cristiandad, se expresa en estos dos manifiestos, que reunen á Paris y Roma en un mismo sentimiento. Pero no debemos olvidar que el mismo Ganganelli, al sancionar este acto pontifical, no se pone jamas en desacuerdo por su fondo con sus predecesores ó sus sucesores. El no expide ninguna sentencia doctrinal, y al abolir la Compañía de Jesus, no juzga al instituto como malo ó vicioso; y por lo tanto, no acrimina con esto á los padres bajo pretexto de culpabilidad, que haga justa y razonable la supresion. El supuesto bien de la paz, el reposo del pueblo cristiano, turbado con razon ó sin ella por la existencia de los Jesuitas, son los únicos motivos confesados que determinan al papa. Clemente va aun mas léjos; no solo no maldice, sino que bendice; y si hiere de muerte la Orden de San Ignacio, lo hace, segun lo declara, "por dar alivio y consuelos á cada uno de los miembros de esta Sociedad, á cuyos individuos, todos sin excepcion, añade, amamos tiernamente en el Señor, y á

fin de que libres de todas contestaciones, disputas y disgustos, de que han sido objeto hasta este dia, puedan cultivar con mas fruto y cuidado la viña del Señor."

"¿Son, pues, tan grandes culpables unos hombres por quienes el pontífice muestra tan paternal interes? ¿En esta mansedumbre, que no es sino una justicia, no se encuentra quizá el secreto de los combates y remordimientos de Clemente XVI?

"El breve, datado el 21 de Julio, debia ser promulgado en el mismo dia: la corte de Viena retardó su publicacion, temiendo que los bienes de los Jesuitas no cayesen en manos del clero. José II quiso tomar sus medidas para apropiárselos. Este retardo favorecia las incertidumbres del papa: éste hubiera querido eternizarle; pero Floridablanca le quitó esa facultad. Clemente habia concedido toda su confianza al prelado Macedonio, á quien la España habia comprado en favor de sus intereses. De concierto con el embajador y el padre Buontempi, se resolvió dar el último asalto á la voluntad vacilante del pontífice. Este asalto fué decisivo, y el 16 de Agosto de 1773 el breve se publicó. Clemente XIV habia nombrado una comision encargada de ejecutarle, compuesta de los cardenales Andres Corsini, Caraffa, Marefoschi, Zelada y Casali, á la cual fueron despues agregados Alfani, Macedonio y otros prelados y jurisconsultos. Los papeles fueron distribuidos de antemano.

A las ocho de la noche todas las casas de los Jesuitas fueron invadidas por la guardia corsa y por los esbirros. Se notificó al general de la Compañía y á los padres el breve de supresion; y Alfani y Macedonio pusieron los sellos sobre los papeles, así como sobre cada una de las casas de la Orden. Lorenzo Ricci fué trasladado al Colegio de los Ingleses; los asistentes y profesos fueron diseminados en otros establecimientos; y despues, en la presencia misma de los delegados pontificios, se organizó el pillage de las iglesias, de las sacristías y de los archivos de la Sociedad. Esto duró largo tiempo, y la imágen de la inercia, coronada con la tiara, concediendo la impunidad á tan inmediatos escándalos, jamas se borrará de la memoria de los romanos. Refieren éstos todavía, que los diamantes de que estaba adornada la imágen de Nuestra Señora de Gesu, pasaron al dia siguiente á poder de la querida de Alfani, que los ostentó públicamente. Se habia expropiado á los Jesuitas, y no se pensó en asegurar su subsistencia. El despojo, en manos de Alfani y de Macedonio, tomó un carácter tan excesivamente cínico, y la injusticia mostró con tanta audacia su cabeza erguida, que el cardenal Marefoschi, nombrado comisario á causa de su permanente enemistad hácia el instituto, se opuso á semejantes tropelías, y para no autorizar con su presencia escándalos de tantas clases, renunció el puesto que tenia en la comision.

El 22 de Septiembre Clemente XIV hizo conducir al castillo de

Sant-Angelo al general y á sus asistentes, á Comelli, secretario de la Orden, y á los padres Leforestier, Zacharia, Gautier y Faure. Este último era uno de los escritores mas brillantes de la Italia. Se temia la causticidad de su genio y la energía de su lógica (1). Este fué su solo crímen; y los filósofos, que tanto abusaban de la licencia de escribir, aplaudieron esta esclavitud de la prensa. Así fué como los primeros promovedores de la libertad del pensamiento, organizaron este derecho, que proclamaban imprescriptible para todos. En Francia, al aceptar la libre discusion, no tuvieron que contestar sus antagonistas mas que con las cadenas y el cadalso; en Italia se procedió por el mismo estilo.

El soberano pontífice tenia á su disposicion los archivos de la Compañía. Las cartas mas íntimas, las correspondencias de cada uno de los padres, los papeles de la Orden, todos sus negocios, el estado de sus rentas, todo se encontraba en poder de la comision, que se mostraba implacable. Se trató de comprometer con interrogatorios capciosos á los prisioneros, que arrestados en completa incomunicacion y asediados del temor ó de la desesperacion, pudieron muy bien salvarse haciendo útiles revelaciones. Ricci y los demas Jesuitas encerrados en el Castillo de Sant-Angelo no dieron la menor queja por la cautividad en que se les tenia. Declararon que eran hijos de obediencia, y que, como miembros de la Sociedad de Jesus y sacerdotes católicos, nada tenian de que acusarse respecto á los cargos que se les hacian. Se les habló de tesoros escondidos en subterráneos, de su desobediencia á las disposiciones del papa; y estos ancianos encorvados bajo el peso de sus años, meneando sus cadenas y con sonrisa triste en sus labios, contestaban: "Vosotros teneis la clave de todos nuestros asuntos, de todos nuestros secretos; si hay tesoros, necesariamente debeis encontrar el rastro." Todo eran indagaciones: la codicia de Alfani y de Macedonio era insaciable; la conciencia inquieta de Clemente XIV deseaba justificar su parcialidad descubriendo alguna trama misteriosa. Todo fué inútil, y sin embargo, el general del instituto continuó siendo el blanco de los tiros de los magistrados inquisitoriales.

---

(1) El interrogatorio del Jesuita pasó en estos términos. El magistrado instructor le dijo en su calabozo: "Tengo encargo de deciros que no estais aquí por ningun crímen.—Lo creo muy bien, porque estoy seguro de no haberlo cometido.—Tampoco estais aquí por ciertos escritos que habeis publicado.—Tambien lo creo, porque nadie me ha prohibido escribir, y lo que he escrito, no lo he hecho sino para responder á las calumnias vomitadas contra la Sociedad de que he sido miembro.—Sea de esto lo que quiera, no estais aquí por nada de esto, sino solamente para impediros escribir contra el breve.—Calla, calla, ¡hé aquí una nueva jurisprudencia! Esto quiere decir que, si el santo padre hubiera temido que yo volase, me hubiera mandado á galeras, y si hubiera tenido miedo de que cometiera un asesinato, me hubiera arrestado preventivamente."

Algunos amigos de la Compañía, y aun dos ó tres de sus mismos padres, habian ántes de esto aconsejado á Ricci que sustrajese algunos papeles importantes de la Orden de Jesus, ofreciéndole ocultarlos en lugar seguro. Ricci se opuso á ello, declarando que jamas consentiria en actos que pudiesen infundir la menor sospecha sobre la completa inocencia de sus hermanos y la suya propia. Dispuso que los archivos y libros de caja quedasen en su puesto ordinario, y todos se conformaron con esta órden.

En medio de todas las actas y dictámenes que fueron dirigidas, ya al papa, ya á los cardenales comisarios para la supresion, existe un documento que ofrece cierta importancia por la clase de la persona por quien fué redactado y por el cargo que esta misma ejercia. El dominicano Tomas María Mamachi, maestro del Sacro Palacio, fué encargado de examinar una gran porcion de papeles y libros encontrados en poder del abate Stefanucci, ex-Jesuita. El dominicano, cuyo nombre es célebre en la literatura cristiana por su *Tratado sobre las costumbres de los fieles durante los primeros siglos de la Iglesia* y por otras obras religiosas, escribió y firmó de su puño un dictámen sobre el contenido de aquellos papeles. El autográfo está en nuestro poder: su autor descubre en él una perspicacia inquisitorial, que haria honor á mas de un ministro de policía.

El padre Stefanucci pertenecia á una familia romana rica é ilustre; habia seguido la escala de los empleos mas importante de su Orden; fué ademas el teólogo del cardenal de York; y hé aquí las bases de la acusacion que fulminó contra él el maestro del Sacro Palacio. Los manuscritos de los Jesuitas contienen reflexiones sobre los cargos é imputaciones de que la Compañía fué objeto; discuten el caso eventual de la supresion; hablan de las cortes de España, Portugal y Francia, así como del marques de Pombal. Contienen profecías relativas á los Jesuitas y al futuro restablecimiento del instituto. Los libros impresos tratan en su mayor parte de los acontecimientos de Portugal, de la devocion al Sagrado Corazon de Jesus, del probabilismo y de la causa de Palafox.

De esta sencilla exposicion de los hechos, el dominicano tiene el arte de deducir tres puntos de acusacion contra los Jesuitas. 1º Su facilidad en admitir y conservar vanas profecías, y escritos injuriosos á los príncipes y sus ministros. 2º Adhesion fanática al jesuitismo y á máximas que el papa ha condenado, por el solo hecho de suprimir la Compañía de Jesus. 3º Perseverancia en la conviccion de la inocencia de la Compañía. Mamachi desenvuelve estas tres acusaciones sin hacerse cargo que debia ser permitido á un hijo de San Ignacio defender su instituto ó poseer libros que le defendiesen, cuando, en la biblioteca privada de Lorenzo Ganganelli, se encontraban todas las obras que atacaban á la Compañía. Estas obras, de las que actualmente somos poseedores, conservan aun en su pri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mera hoja estas palabras escritas por la mano misma del franciscano que llegó despues á ser Clemente XIV: *Ex libris fratris Laurentii Ganganelli Sancti Officii consultoris.*

El maestro del Sacro Palacio no se limita, pues, al papel de agente de policía. Segun él, el padre Stefanucci es culpable; le busca cómplices entre gran número de personas de categoría, á las cuales pide se vigile; y despues de haber apoyado su opinion en una carta de San Agustin al sacerdote Sixto, en la que reprende el descuido que hacia tolerar en Roma á los hereges de su tiempo, Mamachi manifiesta su deseo de que se tomen precauciones contra los impugnadores del breve. "Quiera Dios, añade él mismo, que no lleguen á verse semejantes críticos en Roma, ó caso de haberlos, que sean pocos y de baja ó mediana condicion; y que al mismo tiempo no se encuentren defensores de unas máximas que, por su breve lleno de prudencia, quiere su santidad dejar abandonadas y desechas aun por los mismos que profesaban el jesuitismo. No haciendo caso de todo eso, ¿podrán sobrevenir quizá discordias que turben la tranquilidad de los estados y de la Iglesia? No puedo responder; pero comprendo muy bien por la historia, que las mas veces de una pequeña chispa suele producirse un grande incendio."

Mamachi no habia descubierto sino manuscritos y libros inofensivos; véanse las consecuencias que deduce de su pesquisa. ¿Cuáles hubieran sido, y de qué diferente género, si sus investigaciones le hubieran puesto en camino de descubrir cualquiera de las infinitas conspiraciones que tan gratuitamente se han atribuido á los Jesuitas? ¿Qué hubiera dicho si las pruebas de la turbulencia y de las riquezas tan decantadas de la Compañía de Jesus, se hubieran encontrado en sus archivos, allí mismo donde necesariamente debian hallarse, una vez supuesta su existencia?

El proceso contra los Jesuitas embarazaba mucho mas á los cardenales instructores que á los mismos acusados; y así se resolvió prolongarlo. Entónces fué cuando se exhumaron aquellas palabras, casi sacramentales, puestas en boca de Ricci: *Sint aut sunt, ut non sint* (1), las que jamas pronunció este padre, aunque casi todos los Jesuitas se las han atribuido, por ser una consecuencia de sus votos y de su vida.

---

(1) Caracciolo, en su novela sobre Clemente XIV, es el que atribuye al P. Ricci esa frase que se ha hecho célebre. El general de los Jesuitas jamas la pronunció delante del papa Clemente XIV, puesto que le fué imposible hacerlo desde su elevacion á la cátedra de San Pedro. Estas palabras salieron de la boca de Clemente XIII, cuando en 1761 el cardenal de Rochechouart, embajador de Francia en Roma, le pedia que modificase esencialmente las constituciones del Orden. Se queria un superior particular para los Jesuitas franceses; y el papa entónces, resistiéndose á las innovaciones propuestas, contestó con esta exclamacion: "¡Que sean lo que son, ó que no sean!"

Carta de Moñino Conde de Florida Blanca á Dn. Nicolas de Azara.

Amo. or vs- siempre andamos de prisa, y mas en estas circunstans. Sepa el Inf.re como al cielo tambien se revela; y todos son dire. dos domestico. Estas cosas de afuera honor ver tiro se con placen he considerar. Se le deven los q. pleyteem, o gerren nezdan y pleyt tean en esto gllleman guerra.

Cufram.a son todos nãos meedos

Malo vru estodos y malo con ella temo el establecim.to dem. Sovienos mydo, pru adop tudre algenio mednlante, y dolcil de ag.os Hae on y huye ego alos males Sunstãs pad

ardentior verons dar Sem. mr com mudtos de bvpo nomb.e no me acuerdo, o Balbo q. se hablarle de las cosas de alta el Ser.mo Pe atrda costa q.e se compadezca, y Sepa dar los Reyes q.e se expidieron q. la revelaron; q.e m ayude; y Sus pers.nas de la auda q.e pongan la se trate bien y con dulzura ala reliz y se repene al mmedor de clero de lu Todos- Inode a.n de g.os. no

Anno Can.l de enrbvllaran

mo se conduce con flema sobre las oras de

como mas fácil de revocar. Este breve no fué notificado á los Jesuitas segun la costumbre canónica; no se fijó ni en el campo de Flora ni á las puertas de la Basílica de San Pedro. La Iglesia galicana se negó á aceptarle. El rey de España le consideró como insuficiente. La corte de Nápoles prohibió su promulgacion bajo pena de muerte. María Teresa, reservándose sus derechos, es decir, dejando á José II apoderarse de los cincuenta millones, importe de los bienes que poseian los Jesuitas, accedió pura y sencillamente á las miras del papa por el mantenimiento y sosten de la paz de la Iglesia. La Polonia resistió por algun tiempo; los antiguos cantones suizos no consintieron tan fácilmente en someterse. La ejecucion del breve les parecia sumamente dañosa á la religion católica, sobre lo cual escribieron al mismo Clemente XIV. En este intervalo los discípulos del instituto se habian secularizado por obediencia; mas Lucerna, Friburgo y Soleura jamas permitieron que abandonasen sus colegios. De esta manera el decreto pontifical no satisfizo ni las amistades ni los odios católicos; fué tan solo elogiado por Pombal y por los filósofos. El papa tuvo la desgracia de ser reputado como un grande hombre á los ojos de los calvinistas de Holanda y de los jansenistas de Utrech, que hicieron acuñar una medalla en su honor. Este borron, del cual se indignaron sus virtudes, fué uno de los golpes mas sensibles para el corazon de Ganganelli. Al saber la alegría de que se hallaban poseidos los enemigos de la religion, comprendió el pontífice toda la extension de su error; pero ya se habia colocado en la imposibilidad de repararse. No le restaba sino morir; y de su muerte se dedujo la postrer calumnia contra la Orden de Jesus.

Segun nos refier eSchœll (1), "Clemente XIV, cuya salud, segun la observacion de muchos escritores, comenzó á debilitarse desde el momento en que firmó el breve, falleció el 22 de Septiembre de 1774, á la edad de sesenta y nueve años. Despues de la autopsia del cadáver, que se hizo delante de gran número de curiosos, los médicos declararon que la enfermedad de que habia sucumbido provenia de disposiciones escorbúticas y hemorroidales, de las que se vió atacado desde muchos años ántes, las cuales se habian complicado y convertido en mortales á causa del trabajo excesivo y de la costumbre que tenia de provocar artificialmente sudores copiosos, aun en la época de gran calor. Esto no obstante, las personas que formaban lo que llamaba el partido español, hicieron correr una porcion de fábulas con objeto de hacer creer que Clemente fué envenenado con el agua de Tofana, brebaje imaginario, del que muchos ignorantes han hablado, y que ninguno ha visto ni conocido. Se hicieron circular gran número de folletos y hojas sueltas en las que

(1) *Cours d' histoire des Etats europeens, t.* XLIV, p. 85.

se acusaba á los Jesuitas como autores de un crímen cuya existencia no reposa sobre hecho alguno que la historia pueda admitir."

Algunos católicos no han guardado la leal discrecion del historiador protestante, y á sus ojos Clemente XIV murió envenenado. Para establecer sú hipótesis, que naturalmente debia transformarse muy luego en certidumbre, puesto que seria para despopularizar á la Compañía de Jesus, se apoyaron en toda clase de conjeturas. Se dió gran importancia á una aldeana de Valentano, cerca de Viterbo, llamada Bernardina Renzi, pitonisa cristiana, que leia en el porvenir, y que anunció dia por dia la muerte del soberano pontífice.

"Esta muerte, así se espresa Gavazzi escribiendo á Pagliarini, esta muerte fué predicha, hace pocos meses, por una aldeana de Viterbo, que fué rigurosamente interrogada sobre este particular. Entre otras cosas se cuenta, que en su exámen reveló una anécdota que, referida luego al santo padre, dijo él mismo ser verdadera; añadiendo que solos Dios y él podian saberla. Desde este dia su preciosa salud comenzó á decaer notablemente."

De semejante hecho, no muy comun en los anales de la Iglesia y que se encuentra sancionado por la correspondencia misma de los domésticos mas íntimos y familiares de Clemente XIV, se sacaron estrañas deducciones. Bernardina profetizaba que la Santa Sede vacaria muy luego, y que no pasaria mucho tiempo sin que á ella la arrestasen. "Ganganelli, decia la misma, me tendrá cautiva; Braschi me dará la libertad.' Dos Jesuitas, los PP. Coltraro y Venissa fueron denunciados, juntos con su confesor, como autores y propagadores de las predicciones de esta muger. La fuerza armada los condujo al castillo de Sant-Angelo; y Bernardina, á su vez, fué encerrada en una oscura prision. La mayor parte de estos sucesos acaecieron ántes del 21 de Julio de 1773. El envenenamiento de Clemente XIV hubiera sido entonces un crímen inútil para los Jesuitas. Es cierto que semejante atentado puede comprenderse sin dejar de reprobarle; pero despues de expedido y ejecutado el breve, ¿qué importaba á los Jesuitas la vida ó la muerte del papa? Cuando hombres tan diestros como se les supone á los discípulos de S. Ignacio se deciden á ejecutar un asesinato, y no le llevan á cabo, no es para consagrar un hecho consumado para lo que se hacen culpables, sino para prevenirlo. Los Jesuitas no privaron de la existencia á Ganganelli, cuando su muerte les era ventajosa; ¿es, pues, posible, y cabe en la esfera de la presuncion siquiera, que le hubiesen envenenado cuando sus superiores se hallaban cargados de cadenas, y cuando se les veia á ellos mismos, dispersos y arruinados, sufrir su cruel destino con la indiferencia de unos niños?

Se habia querido suponer que los filósofos y el duque de Choiseul habian hecho morir al delfin hijo del rey Luis XIV y al papa Rezónico. Esta era una calumnia y una inverosimilitud. La historia

la rechaza con desden, pues para hacer creer grandes crímenes, es preciso mostrar grandes pruebas. Los enemigos de la Compañía de Jesus, sea cualquiera la secta á que hayan pertenecido, no han tenido esa prevision. Oyéndoles, leyendo sus pensamientos mas íntimos en los autógrafos documentos que acabamos de evocar, cualquiera cree que los Jesuitas ya vivan en lo mas poblado de la Sociedad, ya pasen su existencia en las soledades de las tierras vírgenes de las misiones, tienen siempre dispuesto un botiquin de venenos, y que son capaces de hacer olvidar con sus crímenes imaginarios á todos los Locustos de la antigüedad, y á vista de tantas imputaciones, se ve uno tentado á preguntar si en este siglo la muerte natural ha sido suprimida por disposicion de la filantropía nuevamente descubierta. Los Jesuitas poseian el secreto de acabar con sus enemigos; indudablemente Ganganelli debió morir á sus manos. Sin mas pruebas que vagas suposiciones, hijas del odio mas implacable, se ha afirmado por algunos que la muerte del papa habia presentado diferentes síntomas de envenenamiento, y que el mismo Clemente XIV en su agonía habia declarado que moria víctima.

Verdad es que esta agonía fué tan larga como dolorosa, pues comenzó desde el dia que ocupó la cátedra apostólica, y no tuvo su fin sino con el último suspiro. Hubo en el alma de este pontífice, poco ó nada predispuesto para la lucha, combates interiores que devoraron los restos de su vida; combates horribles y desgarradores entre la debilidad y la justicia. Resistió, atenuó miéntras que los recursos de su imaginacion se lo permitieron; confió siempre en que no llegarian á tocar sus labios ese cáliz de amargura, que le presentaron los príncipes de la casa de Borbon; pero lo mismo fué llegar el conde de Floridablanca, sus angustias se redoblaron. El embajador español fué el verdugo del hombre, y el remordimiento lo fué del pontífice.

El recuerdo de la Compañía de Jesus, destruida por su mano, le asediaba sin cesar. Entonces su imaginacion, lúcida en otras ocasiones, media la inmensidad del daño que habia causado á la Iglesia la obra que deshonraba su nombre, y el oprobio que llevaba consigo un papa á quien solamente celebraban por sus filosóficas virtudes los enemigos de toda religion. El contraste del amargo dolor de los fieles con la inmoderada alegría de los incrédulos, era para él la mayor desolacion. Pensamientos funestos le atormentaban noche y dia; su razon se trastornaba, y muchas veces en medio de las tinieblas de la noche, en las horas del reposo general, se le vió despertar todo asustado, creyendo oir el funeral clamoreo de las campanas de Gesu que anunciaban su agonía.

En esta ocasion, como siempre, los perseguidores no fueron ya el objeto principal que excitaba la compasion. Al ver la continua desesperacion de su perseguidor, los proscriptos no hicieron mas que

rogar á Dios por el que los proscribió, mas desgraciado aun que sus víctimas. Clemente XIV habia dicho al firmar el breve: "*Questa suppressione mi dará la morte!*" Mucho tiempo despues de haberle promulgado, se le veia andar agitado y con paso vacilante por sus habitaciones, y exclamar con voz ahogada entre sollozos: ¡Perdon! ¡Perdon! *¡Compulsus feci! ¡compulsus feci!*" Deplorable confesion, que un noble arrepentimiento arrancaba á la demencia! El papa estaba amenazado de morir loco; pero no era la famosa *acqua di tofana*, esa quimérica ponzoña administrada por una mano invisible, la que iba corrompiendo su sangre quemando poco á poco sus entrañas, y convirtiendo su sueño en la mas cruel de las agitaciones, era la violencia misma del padecimiento físico y moral. Por último, el 22 de Septiembre de 1774 volvió la razon á Clemente XIV; pero volvió acompañada de la muerte. En tan supremos y decisivos momentos recobró el moribundo la plenitud de su inteligencia. El cardenal Malvezzi, el ángel malo del pontífice, le asistia en su última hora: Dios no permitió que el sucesor de los apóstoles exhalase el último suspiro sin reconciliarse con el cielo. Para arrancar el alma de un papa de las garras del infierno, que segun una espresion de Clemente, era ya su morada, y para que la tumba no se abriese sin esperanza sobre el ilustre agonizante, que no cesaba de repetir: "*O! Dio, sono dannato!* fué necesario un milagro, y el milagro se cumplió. S. Alfonso Ligorio era á la sazon obispo de Santa Agueda, en el reino de Nápoles. La Providencia, que velaba entónces mucho por el honor del supremo pontificado, que por la salvacion de un cristiano comprometida por una gravísima falta, designó á Alfonso Ligorio como un medianero entre el cielo y Ganganelli. En el proceso para la canonizacion de este santo (1) se encuentra el modo con que se verificó este admirable prodigio.

"Estando el venerable siervo de Dios en Arienzo, pequeño lugar de su diócesis (fué esto el 21 de Septiembre de 1774) tuvo una especie de deliquio parecido á la epilepsia. Sentado en un sofá, permaneció en esa postura dos dias enteros, sumido al parecer en dulce y profundo sueño. Uno de sus criados quiso despertarle; mas su vicario general, D. Juan Nicolas de Rubino, mandó que no le incomodasen, pero sin perderle de vista. Despertó por fin sin la menor novedad ni estrañeza, y tirando del cordon de la campanilla, sus sirvientes acudieron. Notando en todos ellos cierta admiracion y sorpresa: "¿Qué hay de nuevo? les preguntó.—Lo que hay señor, es, contestaron, que hace dos dias que ni hablais, ni comeis, ni habeis dado hasta ahora señal alguna de vida.—Vosotros, dijo el siervo de Dios, me habeis creído dormido, no es verdad? Pues nada de eso:

(1) *Informatio, animadversiones et responsio supra virtutibus V. S. D. Alphonsi Mariæ di Ligorio* (Roma, 1806).

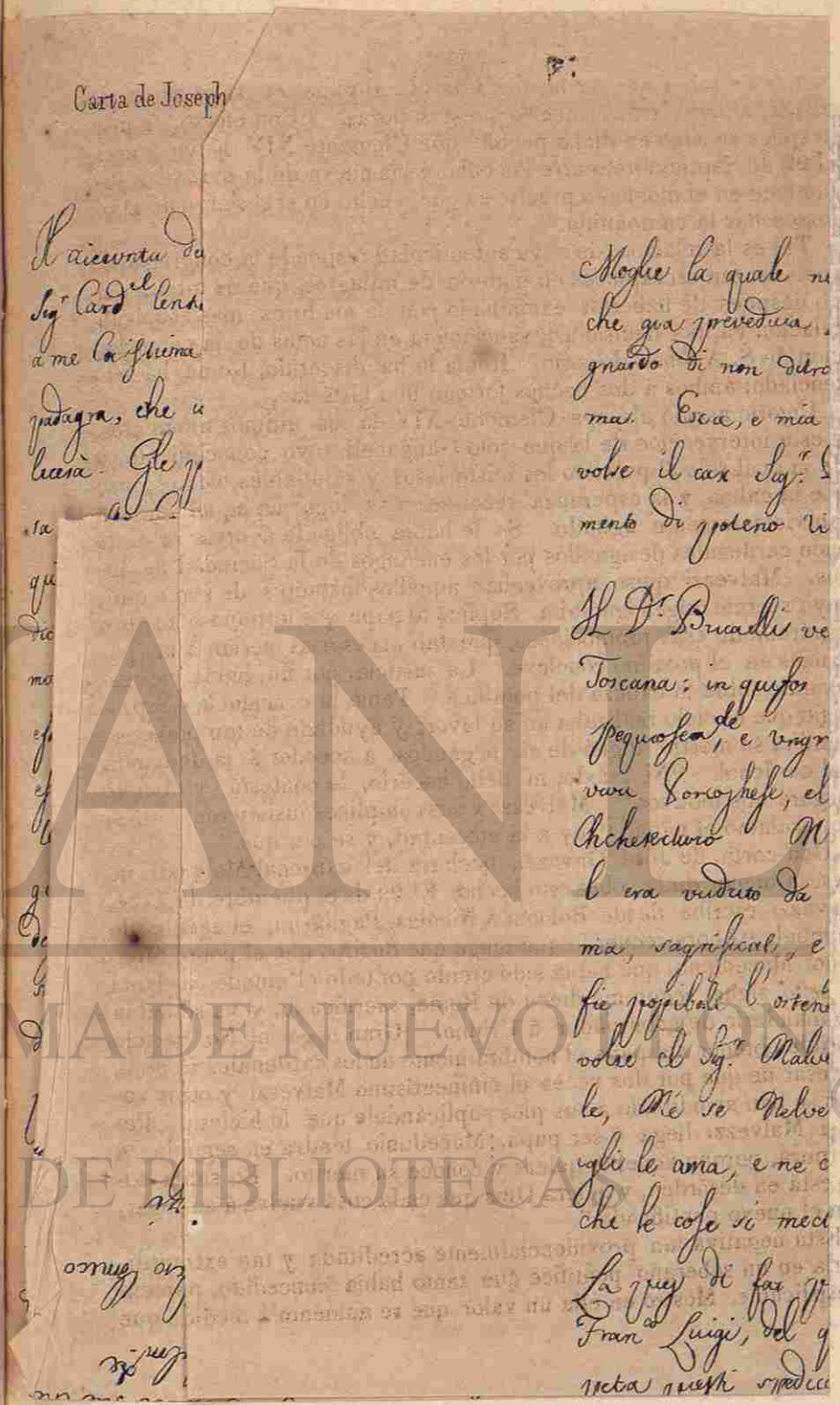
habeis de saber que me he ido á asistir al papa en su postrer momento, el cual ya ha muerto á estas horas. "Con efecto, á poco despues se supo en dicho pueblo que Clemente XIV habia muerto el 22 de Septiembre, entre las ocho y las nueve de la mañana, justamente en el momento preciso en que, vuelto en sí el siervo de Dios, hizo sonar la campanilla."

Tal es la relacion, de cuya autenticidad responde la congregacion romana, tan escrupulosa en materia de milagros, que no admite, sino despues de haberlos examinado con la madurez mas esquisita, relacion ya, por decirlo así, sancionada en las actas de la canonizacion de S. Alfonso Ligorio. Roma la ha discutido; Roma ha sentenciado; ámbos á dos hechos forman uno histórico.

Ligorio asistió al papa Clemente XIV en sus últimos momentos, y esta intervencion de la que solo Ganganelli tuvo conocimiento, y de la cual solo él percibió los misteriosos y saludables efectos, hizo que la calma y la esperanza recobrasen su lugar en aquel corazon tan violentamente agitado. Se le habia obligado á crear *in petto* once cardenales designados por los enemigos de la Sociedad de Jesus. Malvezzi quiso aprovechar aquellos instantes de serenidad, cuyo secreto orígen ignoraba. Suplicó al papa que terminase su obra confirmando esas promociones, que tan necesarias serian á las potencias en el próximo cónclave. La justicia, por fin, habia ya descendido sobre la cabeza del pontífice. Tenia la conciencia del prodigio que el cielo realizaba en su favor; y ayudado de tan poderoso auxilio, se mostró digno de sí, negándose á acceder á la demanda del cardenal. "Ni puedo, ni debo hacerlo, le contestó, y el cielo juzgará mis motivos." Malvezzi y sus cómplices insistieron. "No, no, exclamó el papa: "voy á la eternidad, y sé por qué."

Una carta de José Gavazzi, hechura del cardenal Malvezzi, no deja la menor duda sobre este hecho. El 29 ds Septiembre de 1774, Gavazzi escribe desde Bolonia á Nicolas Pagliarini, el agente de Pombal: "Ahora recuerdo que tengo que deciros que el pobre Monseñor Macedonio, que habia sido creido por todo el mundo cardenal *in petto*, sigue, segun me dicen de Roma, sacrificado, y ya se habla de mandarle de gobernador á Urbino. ¡Gran negocio! No ha sido posible obtener del papa el nombramiento de los cardenales *in petto*, á pesar de que por dos veces el eminentísimo Malvezzi y otros varios se han arrodillado á sus piés suplicándole que lo hiciese. Pero si Malvezzi llega á ser papa, Macedonio tendrá en seguida la púrpura, porque aquel le quiere y conoce su mérito. En suma, todo está en desórden, y quiera Dios que cada cosa vuelva á su lugar, con el nuevo pontificado."

Esta negativa tan providencialmente acreditada y tan extraordinaria en un soberano pontífice que tanto habia concedido, parecia inesplicable. Mostró en ella un valor que se aumentó á medida que



Il ricevuta due pat^me sue l'une dei 16, l'altra del 23 Giunto, e gei del mo Gm.
Sig^r Card^le Lendi e dal Sig^r D. Maria Anania ho uveso più distinte nun e dela de lei
a me Carissima Persona. Dio Sig^r Dia la preferen e la solleni da casefia importera
padagra, che con spefa la tormenta, concedendole con perfetta salute egni magior fe
licità. Gle predeca Sig^re Conte non se trattenesso che sera mezza giornata, ed una hene
sa quella Cella, e seban partirono alle sotta de Roma, ove sona giunti a vedir l'ef
quie Del Dio Sto Pié Clemente XIV: da Gloriosa memoria, morte, come dá tutte ce
dica, a forca di pafione, e non pa di intero, come alcune Lanno pretefo, la delor
morta fu predeca mefo sone da una Villanella di Viterbo, la quale fie rigorofam.te
esaminada su quft' articolo, e pa l'altre cose pubblicam.te si racconta, che nel suo
esame ella restan ver avedeva la quale asportata al Somo Pontefica fu da lui
reconofeuta per vera, decendo, che solo Dio, ed egle la potevano sapere, e da quel
giorno en pue comincio a decader rovinefamm.te la sua giovenofa salute Quell' ex
degno Re Brenontemps, doi si denonenato sue Confefori, è fuzito, d bd portato
seco tutti gli fogli, che appartenevano a Roa Sig^re, ma se in Roma sepanno pror
dena la dovuse Esplazioni non gle vana l'apeft respajata in casa de che chenva
peiche in quefti casi non o e ionomunta che longa, a di simili esempij n abbi
beamo pieina Le Storie col fondam.to ed molti Legge provedam.te sudditi une è
quella, che fie pubblicaba, e si fava cofet sopra L'comunita de Meniftri Esteri
e delle ha Case Udiamo in sagneli quelle che arrivano e vediene De vuccie
de nel Sonnficato B sà cha con sia il me^ Ambasciatore Sig^r Malvezia, se il
Sig^r Card.le Conti avefso qualche onna de q^ne che che bella cosa savelli por tutti noi
è vedaha Pontefice!

Ri consolor, che Sua Maefsa Roma trovi nei bagni del Rheno nel quel celliano che
pati dobbiamma augurade Ri dispare, che la pavana de Februara abbia ad esto
un parso tani infelice e la prega a esame la mia condagleanza con tutta la Fa=
miglia Bon e col Sig^r D. Vardalle, nonoglando loro i mae rifpeda e di mia

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Moglie la quale nell'ordir saccuzzo da V S la sua cacontinenza in gaffe fatta col Dine che gia prevedeva La de La permanenza in Liabona, e che perciò ed use meccle il en gnardo di non distrarsi intenta, conoscendo vane La concepida, penuria d'andar a he mar. Ecca, e mia Figlia, come dnbiso gli mece Vicheardle ricevissono per melle volse il cav Sig.r Pagliennii e tutti a auguriamo con qualche impazienze di ma mento di poleno rivedere, abbracciare, e serorre in questa sua Casa

Il D.r Bruelli ve ogni anno a far ucgrre p l'Italia L'anno scorso andò a reder la Toscana; in questo è endeto a Vcurna prima di partere in empore di civeriola pegnosea de, e vngramarbz per la refrena della hocce fodo ava a questo sus già vara Sorcopese, el quale se porta moho bene, ei fi gran progresso nello studio dell Archescetuno N.ro scordada de derle cha d'pavina Noisg.r Naudonii, el gre l era vcduto da tutti uno de Cardinali en petto, cunan, come scrivono da Ro ma, sagnificl, e qui si discorre di ornodario Gamerucine in Urbino Gran cofal Wm fie proibile l'ottener dal Papa la nomena dei Cardinale in patore benche, per dar odre el Sig.r Malvezzi ed altre se gli gutasero a predo, significandolo di nomenar le, Re se Relverai e Pontefice Ma edonio avre subito la Porpora pocche egli le ama, e ne conosce il mento In somona tutto è scompiglio, a Dio voglia che le cose si mediuno in seguente al nuovo Pontefice.

La prego di far pervenir una delle anlage al mio De Martini a l'altra a Fran.co Luigi, del quale gle potra dar notizia Frà.co Nicolao Roncon ad anche pela prega spedizione, quando non si dilungasse corsi Mi dia occasione che sempre mi sono di somona consolazione, e veda che sono inalterabilm.te

Di V.S.

Mille cari saluti al Sig.r
D Vicle Gianfante, ed agl'amici
tutti, al Sig.r Cera, al Sig.r Franzini

Dev.mo Serve, Obbl.mo Dev.o Amico
Giuseppe Gavazzi

se aproximaba el juicio de Dios, por cuya infinita misoricordia Ganganelli espiró santamente como siempre hubiera vivido, á no haber interpuesto una hora de ambicion y un deseo de iniquidad entre su púrpura y la tiara.

En Roma, la muerte no lleva consigo el elogio del difunto como en el resto del mundo. Los egipcios de la ciudad eterna traen inevitablemente y sin compasion ante el tribunal de sus sarcasmos al papa que acaba de sustraerse á su respetuosa familiaridad y se vengan de su adoracion persiguiendo su memoria. Clemente XIV fué ultrajado sin piedad (1), y miéntras que el grito de la maldicion ro-

(1) El pueblo romano no dejó de avergonzarse al ver la omnipotencia que los ministros de la casa de Borbon ejercieron durante el reinado de Clemente XIV. El orgullo del ciudadano sufrió tanto como la fe del católico por el envilecimiento de la tiara. Los romanos se vengaron de él á su manera. Desde tiempo inmemorial los cónclaves fueron una época en que la libertad de hablar y de escribir se transformaba en licencia, dejando la autoridad á la opinion pública el derecho de satirizar y aun de calumniar. El Sacro Colegio no se apercibia de los ultrajes dirigidos contra sus miembros, y el nuevo papa absolvia con su primera bendicion todos estos epígramas, cuyo estilo incisivo y á veces ingeniosamente cómico, servia de pasaporte á la virulencia é injusticia.

En el cónclave que siguió á la muerte de Ganganelli, los embajadores de Francia, de España y de Nápoles, oficiosos representantes de la emancipacion intelectual y de la libertad filosófica, creyeron que ofendian á su dignidad las canciones y pasquinadas de los romanos. Los diplomáticos habian muerto á la Sociedad de Jesus; y estos apóstoles de teorías enciclopédicas se irritaron con la sola idea de saber que iban á ser juzgados como habian juzgado, y el cardenal de Bernis trasmitió la siguiente nota al gobernador de Roma, la cual hemos hallado entre sus papeles.

1.° "Hacerle presente la sorpresa de los señores cardenales de las coronas, por no habérseles dado parte acto contínuo de la comedia intitulada: *El Cónclave*; no haber recogido los ejemplares, castigado á los repartidores y copistas. y no haberse ocupado en detener la corriente de tantas sátiras; primero contra el papa Clemente XIV, de gloriosa memoria, especialmente el sermon de S. Pedro contra muchos cardenales, y demas libelos que se han circulado, tocante á las materias é invenciones aplicadas al presente cónclave; segundo, contra el honor y la reputacion de personas de ambos sexos las mas respetables de Roma.

2.° "Ordenar y reencargar á Monseñor el gobernador la pesquisa mas exacta de todos los ejemplares del sermon de S. Pedro, de la comedia del cónclave y de otras sátiras contra el difunto papa y los cardenales, señores y caballeros de Roma. Para edificar al público escandalizando con semejante desenfreno, esos escritos deberán ser públicamente quemados en la plaza mas frecuentada de Roma y con el mayor aparato por mano del verdugo. Esta demostracion pública es tanto mas necesaria, cuanto que los ministros extrangeros están resueltos á pedir una satisfaccion de los ultrages causados con esas sátiras á su honor y á su representacion. Está, pues, en el tino del gobierno el porvenir, las quejas y reconvenciones que pudieran tener sérias consecuencias.

3.° "Despues de esta pública satisfaccion, Monseñor el gobernador cuidará descubrir los autores, repartidores y copistas de esas sátiras, bajo pena de perder su destino."

Los ministros extrangeros cuyos resentimientos queria hacer valer el cardeo nal de Bernis, habian establecido en Roma contra todo derecho, en su mismpalacio, prensas clandestinas, de las que incesantemente salian mil folletos contra la Iglesia y los Jesuitas, y no obstante osaban quejarse de una antigua cos-

mana se confundió con los interesados elogios que la secta filosófica prodigaba sobre esta tumba aun entreabierta, un Jesuita, el P. de Cordara, escribia esta página, aun inédita, en sus *Comentarios sobre la supresion de la Compañia*. "Así terminó su vida Clemente XIV, así concluyó su breve pontificado. Este papa, si así me es permitido esplicarme, mas desgraciado que culpable, hubiera sido admirable si hubiera alcanzado mejores tiempos; porque era recomendable por muchas buenas cualidades; tenia saber y virtudes, y en él se encontraba una sagacidad profunda, principal mérito de un príncipe, á mi parecer. Aunque sublimado á la cumbre de los honores, se halló dotado de una sabiduría verdadera, y de una singular moderacion. Dulce, afable, bueno, de carácter siempre igual, y jamas precipitado en sus consejos, no se dejaba arrastrar á los excesos de un inmoderado celo. De la dignidad con que se hallaba revestido, la mayor que hay sobre la tierra, no parecia tomar sino en el lujo exterior que le rodeaba, y los cuidados del gobierno que á aquella van anexos.

"Viendo á los príncipes imbuidos en las opiniones de Febronio, y llenos de preocupaciones sobre la autoridad del soberano pontífice, creyó detener sus proyectos haciéndose á sí mismo, como igualmente á la Iglesia, dos graves heridas. La primera fué la destruccion de nuestro instituto; la segunda, mas profunda aun, y mas difícil de curar, la supresion de esa constitucion tan antigua y venerable á la vez que se llamaba la bula *in cœna Domini*. Ella sola constituia la fuerza de la Santa Sede, y la sostenia en pié á la faz del universo católico. Estas dos medidas perpetuarán el recuerdo del pontificado de Ganganelli, pero este recuerdo será siempre acompañado de lágrimas y dolor. ¿Acaso otro papa, que no fuese él, y que hubiera vivido en tan malos tiempos, hubiera obrado de otro modo? ¡Quién lo sabe! Nadie duda que el papa, como pastor supremo, tiene un poder soberano y legítimo sobre todo el rebaño y sobre los reyes mismos que son hijos de la Iglesia; ¿pero puede ejercer este poder cuando los príncipes le combaten y declaran la guerra? En estos tiempos desgraciados, el poder de los reyes supera mucho al de los papas. En una palabra, si Ganganelli obró mal, al ménos es preciso pensar que una mala intencion no acompañó á sus obras.

Otro Jesuita, el P. Luis Mozzi, en una obra que, en esta época obtuvo gran boga en Italia, no guarda menos respeto á la memoria

---

tumbre, que jamas habia provocado reclamacion alguna. Sus amenazas no produjeron resultado alguno. pero hemos querido leer el *sermon de S. Pedro. la comedia del Cónclave*, y demas sátiras hijas de las circunstancias; y despues de haberlas comparado con otras semejantes anteriores á esta época de 1775, debemos confesar que hay mucha menos amargura y mas verdad en el sermon de S. Pedro y en la comedia, que en muchas composiciones de ese mismo género.

de Ganganelli. "Se sabe, dice este (1), que Clemente estaba dispuesto aun á renunciar el pontificado ántes que llegar á esta extremidad; lo declaró muchas veces, y sin embargo llegó á ella. ¿Pero quién es el que conoce, como se debe, el momento, la manera y la causa? ¡Oh hijos mios! Caros amigos de la Compañia que no existe: honrad el recuerdo de un pontífice, que no es tan indigno de vuestro aprecio para que deje de merecer toda vuestra compasion. Tened un poco de paciencia, todo se sabe, pero no todo se puede decir. El tiempo favorable aun no ha llegado para vosotros; vendrá, y hará olvidar los anteriores. Tengamos confianza en Dios, y sémosle siempre fieles. Dios solo nos debe justificar. Reflexionemos en las consecuencias de nuestra supresion, en los acontecimientos que sobrevienen cada dia, y juzguemos si podia tener lugar de una manera mas admirable."

He aquí la última palabra de los Jesuitas sobre Clemente XIV. Ella reasume los actos de su vida, y los aprecia bajo el punto de vista, de la caridad sacerdotal y quizá de la estimacion personal. Es á la posteridad á quien toca decir si la es permitido ratificar ese juicio. Esta comienza hoy dia solamente por Ganganelli, ya que los elogios interesados con que ha sido manchada su memoria, y las suposiciones que se han alzado contra él, se encuentran al presente aclarados; y así se ve, que si hasta aquí su nombre ha sido respetado y protegido, es á los Jesuitas á quien debe los últimos honores de la historia. Los enemigos de la Compañia se guardan muy bien de tributarle este homenage. "La persona del soberano pontífice, así se expresa Gioberti (2), cesa de ser inviolable para estos humildes religiosos, en el momento en que se les presenta un poco hostil, y Lutero habla de los papas de su tiempo de una manera ménos reprensible que la que lo hicieron ciertos escritores de la secta respecto del *intemerato Clemente*, porque este gran pontífice se atrevió á preferir el reposo de los Estados, el bien de la religion, la tranquilidad, la seguridad y la gloria de la Iglesia, á las ventajas de la Compañia."

Hemos probado que este quíntuplo objeto jamas fué conseguido; fué propuesto á Ganganelli bajo un aspecto engañoso, y se dejó seducir por él. Sus sufrimientos morales sobre el trono, las ansiedades de su vida como papa, la desesperacion en su muerte, todo revela que el *intemerato Clemente* no es grande á los ojos de los enemigos de la Iglesia, sino porque fué debil delante del Señor.

No tuvo sino un amigo, un conventual como él, ese padre Buontempi á quien los filósofos y los cardenales de las coronas, así como los embajadores adularon tanto para dominar mejor al pontífice.

---

(1) *I projetti degl'increduli a danno della Religione, disvellati nelle opere di Frederico il Grande*, p. 103 (Assisi. 1791).

(2) *Prolegom. del primato*, pag. 192.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apenas cerró sus ojos Clemente XIV, Buontempi, segun dicho de sus cómplices, evitó con la huida las graves reconvenciones que su conducta mereció. "Este indigno Bountempi, es aun Gavazzi el que cuenta el hecho á Pagliarini, este indigno Buontempi, repito, que se decia confesor del papa, ha huido llevando consigo todos los papeles que pertenecieron al santo padre (1)."

Seis dias despues de esta muerte, el cardenal de Bernis, que necesitaba prevenir al jóven rey Luis XVI contra los Jesuitas, escribia al ministro de negocios extrangeros: "La clase de enfermedad del papa, y sobre todo, las circunstancias de su muerte, hacen creer comunmente que este fallecimiento no ha sido natural....Los médicos que han asistido á la autopsia del cadáver se expresan con prudencia, y los cirujanos con alguna ménos circunspeccion. Vale mas atenerse á la relacion de los primeros, que tratar de esclarecer una verdad demasiado triste, y que quizá seria inoportuno ó peligroso descubrir."

El 26 de Octubre, las sospechas que ha dejado entrever, se confirman en su mente, y quiere trasmitirlas á la del rey. Dirigiéndose, pues, al ministro le dice: "Cuando todos lleguen á instruirse como yo lo estoy por los documentos verdaderos que el difunto me comunicó, entónces si que se encontrará la supresion justa y necesaria. Las circunstancias que han precedido, acompañado y seguido á la muerte del último papa excitan igualmente el horror y la compasion....Comparo actualmente las verdaderas circunstancias de la enfermedad y muerte de Clemente XIV, quien como vicario de Jesucristo, oró como el Redentor por sus mas implacables enemigos, y llevó su delicadeza de conciencia hasta el punto de no dejar escapar de su boca, sino muy remotamente las crueles sospechas con que se hallaba devorado pasada la semana santa, época de su dolencia. No pueden disimularse al rey ciertas verdades, que por amargas y tristes que sean, quedarán consagradas por la historia."

Los filósofos conocian la correspondencia de Bernis, y sabian las suposiciones que abrigaba; estaba, pues, en su interés el propagarlos. D' Alembert trata de infundir miedo á Federico II con la terrible milicia que, despues de haber enseñado la doctrina del regicidio, se atreve á evocar Locustos hasta bajo las bóvedas del vaticano.

---

(1) Esta huida y este robo, de que se acusa al cardenal Buontempi por Gavazzi, esplicará muy bien, cómo han podido conservarse las cartas del cardenal Malvezzi al papa Clemente XIV. El *Journal historique et littéraire de Feller* (Septiembre 1775, p. 373, t. c. X., lib. II), declara que Pio VI, ántes de dejar el vaticano, quemó por su propia mano todos los papeles de su predecesor. Pero, si creemos á Gavazzi, quien por conducto del cardenal Malvezzi, debia saber todas las intrigas mas secretas del palacio, Buontempi puso á buen recaudo esos papeles. El cardenal Malvezzi se encontraba no poco comprometido con esta correspondencia, para dejar de seguir la huella. El epíteto de *indigno*, aplicado al P. Buontempi es otro signo de la cólera que pasó por el arzobispo de Bolonia.

El 15 de Noviembre de 1774, el rey de Prusia tranquiliza en estos términos al sofista frances (1): "Os ruego, le dice, que no deis crédito tan ligeramente á las calumnias que se hacen correr contra nuestros buenos padres. Nada mas falso que la voz que se ha extendido del envenenamiento del papa. Este se apesadumbró mucho con ver que al anunciar á los cardenales la restitucion de Aviñon, ninguno le felicitó por ello, y que una noticia tan ventajosa á la Santa Sede, fuese recibida con la mayor frialdad. Tambien parece que una jóven profetizó que seria envenenado cierto dia; y ¿creeis vos que esta jóven estuviese verdaderamente inspirada? El papa no ha muerto á consecuencia de esta profecia, sino de una resecacion general de jugos. Su cadáver ha sido abierto, y no se ha encontrado el menor indicio de veneno. Muchas veces se habrá acusado á sí mismo por la debilidad que ha tenido en sacrificar una Orden como la de Jesuitas, al capricho de sus hijos rebeldes. Su honor tétrico y susceptible empeoró los últimos años de su vida, y esto ha contribuido á abreviar sus dias."

Bernis invoca la conciencia futura de la historia (2); la historia ha hablado como Federico II. Los mismos protestantes lo han escrito bajo el influjo de sus prevenciones anti-jesuíticas, y en sus mas íntimas correspondencias, los que cooperaron mas eficazmente á la destruccion de los Jesuitas no temen confesar lo mismo que el rey de Prusia. En su carta del 29 de Septiembre de 1774 á Pagliarini, Gavazzi, una de las almas condenadas de Malvezzi, deja escapar estas palabras que son una revelacion: "Nuestro santo padre Clemente XIV, de gloriosa memoria, muerto como lo dice todo el mundo, á causa de sus padecimientos y no por veneno, como algunos han querido decir." Lo que Federico II proclamaba en alta voz, los enemigos del instituto se lo escriben entre sí en el

---

(1) *Œuvres philosophiques de D' Alembert*. Correspondance, t. XVIII.

(2) Un escritor italiano, Beccatini, refiere en su *Historia de Pio VI*, los diferentes rumores que corrieron en Roma y en el mundo cuando la muerte de Clemente XIV; y despues añade: "Al presente, nadie sostiene esa hipótesis, y aun el cardenal de Bernis, á pesar de haber sido de los que creyeron en el envenenamiento, ha confesado despues, no pocas veces, que ya no creia nada de eso. (*Storia di Pio VI*, t. I, pág. 31.)

Cancellieri, uno de los mas distinguidos sabios de Italia, que murió en 1826, confirma, en las páginas 409 y 515 de su *Storia di solenni possessi dei sommi Pontifici*, el relato de la muerte natural de Clemente XIV, y dice así: "Que á causa de la acritud y de la corrupcion de los humores en el cadáver del papa difunto, no pudo ser expuesto al público con los pies descubiertos, en los tres primeros dias, segun costumbre."

El conde José de Gorini, este escritor milanés que abrazó con tanto ardor la causa de la revolucion francesa y que fué un enemigo tan constante y tan marcado de la Iglesia y de los Jesuitas, niega terminantemente el envenamiento de Clemente XIV. En sus *Memorias secretas y críticas de las cortes y de los gobiernos de la Italia*, rechaza con toda su fuerza esta fábula.

secreto de su odio; secreto que hoy dia penetramos, si paso á paso en sus comunicaciones inéditas, y la historia retifica esa falsedad convencional. Ella disculpa ademas á los padres de la Compañía, del crímen que Bernis quiere atribuirles; y por mas que se esfuerce en apoyarse en el testimonio mas ó ménos circunspecto de los facultativos, el testimonio de éstos le condena. Los doctores Noel Salicetti y Adinolfi, el primero médico del palacio apostólico y el segundo médico de cabecera del papa, describieron en una certificacion circunstanciada, las causas y los efectos de la enfermedad de Clemente XIV. Esta, despues de firmada, fué puesta en manos del prelado Archinto, mayordomo de Gaganelli, y este documento, fechado en 11 de Diciembre de 1774, concluye en todas sus partes en favor de una muerte natural, y termina asi: "Nada hay de extraño en que despues de veintiocho ó treinta horas se hubiesen encontrado las carnes en estado de putrefaccion. Es indudable que por entónces el calor era excesivo y que soplaba un viento abrasador, capaz de producir y de aumentar la corrupcion en muy poco tiempo. Si entre la confusion y tumulto que causó en toda la poblacion este desagradable suceso, se hubiera fijado la atencion en el efecto que produce el viento de mediodia sobre los cadáveres, aun los embalsamados, como ordinariamente lo están los de los soberanos pontífices, al tiempo de la abertura y diseccion de todas las partes examinadas con detenimiento y vueltas luego á colocar en su sitio natural, no se hubieran extendido por el público tantos rumores falsos, ya que el populacho es naturalmente inclinado á creer lo maravilloso y las opiniones mas extraordinarias."

"Hé aquí nuestro parecer respecto de esta enfermedad mortal que principió lentamente, duró largo tiempo, y cuyos síntomas hemos reconocido claros y palpables en la autopsia que se ha hecho del cuerpo á presencia de todo un público; y cuantos á ella se encontraron presentes, por poco ilustrados, exentos de prevencion y desnudos de todo espíritu de partido, que se les suponga, han debido reconocer que la alteracion de las partes nobles del cuerpo, no debe legítimamente atribuirse sino á causas puramente naturales. Nos creeriamos culpables de un gran crímen, si, en un negocio de mayor importancia, como lo es éste, no se tributase á la verdad cuanta justicia debe esperarse de un hombre de probidad, tal como nos gloriamos de serlo.

El honor y la ciencia desmintieron oficialmente las suposiciones que la calumnia estaba interesada en extender: pero derrotada en un punto, se replegó sobre otro. El padre Marzoni, general de los conventuales de San Francisco, fué el amigo, y antiguo confesor de Clemente XIV. El soberano pontifice habia pertenecido á este instituto y Marzoni, que no se separó de su cabecera durante su larga agonía, jamas fué reputado como parcial tocante á los Jesuitas. Se

aprovecnaron estas circunstancias; y se hizo correr la voz por Europa, de que el papa habia confiado á Marzoni su creencia de morir envenenado. Los hijos de San Ignacio se hallaban diseminados por el globo, miéntras que sus enemigos de Francia y España disfrutaban en Roma de un crédito sin límites; el general de los franciscanos no retrocedió sin embargo ante el cumplimiento de un deber. El tribunal de la inquisicion le interrogó sobre esto, y él contestó con la declaracion siguiente:

"Yo, el que abajo firmo, ministro general de la órden de conventuales de San Francisco, sabiendo bien que por el juramento se pone por testigo de lo que se jura al Dios Soberano é infinitamente verdadero; estando cierto de lo que aseguro como tal, sin temor alguno, en presencia de Dios, quien sabe que no miento, y por estas palabras llenas de verdad, escritas y trazadas de mi propia mano, juro y atestiguo á todo el universo, que en ninguna circunstancia ni ocasion, Clemente XIV jamas me dijo, ni que habia sido envenenado, ni que habia sentido el menor síntoma de veneno. Juro igualmente que jamas he dicho, á persona alguna, sea cual fuere, que el mismo Clemente XIV me haya hecho esa confianza de haber sido envenenado, ó de haber sentido el menor síntoma de veneno. Dios me es testigo.

"Dado en el convento de los Doce Apóstoles de Roma, á 27 de Julio de 1775.

"Yo F. Luis María Marzoni,
ministro general de la órden."

Clemente XIV no murió, pues, á manos de los Jesuitas; el hecho está atestiguado por los protestantes, por sus médicos, por sus amigos, por los destructores de la Compañía, y sobre todo por la evidencia; pero igualmente lo está que los Jesuitas murieron á manos del breve que aquel dictó. Ganganelli firmó su ruina sin quererlo. Un secreto deseo de elevarse hasta la Cátedra de San Pedro lisonjeó su corazon, y para satisfacer este deseo, el cardenal conventual se resignó á la injusticia. Siendo papa, se dejó arrastrar mas allá de sus previsiones. Se le puso al borde del abismo, lisonjeando su sed de popularidad; y se le precipitó hasta su fondo para escalar la Santa Sede y llegar mas presto á la revolucion que preparaban millares de espíritus turbulentos. Los Jesuitas ya no existen; pero los reyes católicos se comprometieron en su contra. Las pasiones de Cárlos III, la baja codicia de José II, y la juventud de Luis XVI, hicieron imposible por entónces la rehabilitacion del Orden de San Ignacio. En 1769, los ministros de las cortes y los enciclopedistas llegaron á dominar á una fraccion del cónclave; é introdujeron en él la simonía, el miedo y la obediencia pasiva.

Un escándalo inaudito salió de esta intriga; y era preciso que ese escándalo produjese su fruto al perpetuarse (1). Una parte del Sacro Colegio fué débil una vez, y sacrificó la Compañía de Jesus y el honor de la Silla Apostólica á culpables maniobras y á tendencias mas culpables aun; y la casa de Borbon se ligó de nuevo para eternizar su ascendiente sobre los cardenales.

Los reyes temen ver á la Iglesia deshacer la obra de iniquidad que un papa se vió obligado á consumar. Clemente XIV, el instrumento de su cólera, habia descendido á la tumba; ellos acusan su memoria, y al mismo tiempo toman precauciones para que su sucesor se vea en la imposibilidad de ser equitativo. El 24 de Octubre de 1774, Luis XVI, apenas sentado sobre el trono, firmó las instrucciones siguientes, que el conde Gravier de Vergennes, su ministro de negocios extrangeros, habia redactado para gobierno de los cardenales de Luynes y de Bernis, que iban á entrar en el cónclave. Estas instrucciones secretas son una amarga censura del pontificado de Ganganelli; y revelan los verdaderos pensamientos de la corte romana respecto á la Sociedad de Jesus.

"La Iglesia, así habla el conde de Vergennes, acaba de ser privada de un gefe que la gobernaba con sabiduría y prudencia, y que la edificaba por su piedad y sus virtudes. La eleccion de su sucesor presenta tantas mas dificultades y embarazos, cuanto que sin contar el corto número de sugetos que se encuentran dotados de

——

(1) Un hecho que no carece de interes prueba la singular posicion en que, el breve *Dominus ac Redemptor* colocó á la corte de Roma. Con la mayor actividad se está siguiendo la causa de beatificacion del padre Pignatelli, y en la *positio supra introductione causa* (pág. 6 números 7 y 8 Romæ, 1842) leemos que entre las objeciones que presenta el promotor de la fe, respecto á la introduccion de la causa del venerable José María Pignatelli, propone la siguiente: "Se debe examinar si el siervo de Dios ha desaprobado ó no, de viva voz ó por escrito, el breve de supresion de la Compañía de Jesus y si se ha opuesto á él; y tanto mas, cuanto que se oyó al siervo de Dios decir á sus hermanos, cuando era profesor en Ferrara: "¿Qué motivo tenemos para afligirnos, cuando nos vemos inocentes de la desgracia que nos abruma? Son aun mas desgraciados los que han dado ocasion ó contribuido á la destruccion de nuestra Orden. Las lágrimas deben correr de sus ojos mas bien que de los nuestros."

El abogado de los Ritos contesta en las páginas 33 y 34, &c., que el siervo de Dios jamas pronunció una sola palabra contra el breve; ántes por el contrario, le aceptó y se sometió á él con resignacion. A la cita contesta diciendo: "Que bien pudo el siervo de Dios proferir aquellas palabras, en la inteligencia de creer y estar convencido de que los verdaderos enemigos de la Iglesia fueron los que emplearon toda clase de culpables intrigas para obtener del papa la supresion. . . ." Trae como prueba de esto los testimonios de Voltaire, de D' Alembert y de otros filósofos.

Al presente, cuando la historia ha descorrido el velo, se podrá esperar que el promotor de la fe creerá deber renunciar á una objecion que tiene la mas concluyente de las respuestas en los documentos emanados de todas las cancillerías, y que publicamos por la gloria de la justicia.

las cualidades eminentes que requiere el supremo sacerdocio, reina ademas entre los cardenales una sorda fermentacion que anuncia un cónclave de los mas borrascosos.

"El orígen de esta fermentacion se encuentra en la administracion del difunto papa. El método que siguió constantemente de no consultar jamas á los cardenales sobre objeto alguno que interesase, ya al gobierno de la Iglesia, ya á la direccion temporal de sus Estados; y sobre todo, el proyecto que tuvo concertado con los soberanos de la casa de Borbon, para abolir el instituto de los Jesuitas, y que consumó, sin concurso ni participacion del Sacro Colegio, han excitado todo el resentimiento de los cardenales italianos, ó al ménos de su mayor parte, y les ha inspirado un odio indeleble hácia su persona y hácia su administracion. De aquí debemos deducir que los cardenales reprueban en el fondo de su corazon todas las operaciones de Clemente XIV, y que no desean sino medios y ocasion de echarlas por tierra. Esta opinion está justificada por cuantas noticias hemos recibido tocante á su disposicion é inclinaciones, que el mayor número de ellos no han cuidado de ocultar, y se puede concluir con cierta especie de evidencia, que todos los cardenales, sobre todo aquellos que están marcados como adheridos aun á la extinguida Sociedad, tienen pocas simpatías con la casa de Borbon y que deben esperarse los mayores esfuerzos de su parte para oponerse á la eleccion de un papa que reuniese los votos de las coronas.

"En este estado de cosas, monseñores los cardenales de Bernis y de Luynes van á entrar en el cónclave para la eleccion de un nuevo papa.

"La perfecta armonía que reina entre el rey y el monarca de España, ha determinado á su magestad á consultar á este príncipe sobre el partido que conviene tomar á las dos coronas, y de convenir con él en las medidas comunes y que será preciso tomar en un asunto tan interesante y delicado.

"Por la respuesta que su magestad católica ha dado, anuncia que las instracciones que por su parte remita á su embajador en Roma, se reducirán en substancia "á que el rey Católico no piensa "que las dos coronas deben dar á sus ministros instrucciones preci- "sas y positivas relativamente á los sugetos capaces ó no; que estas "instrucciones no pueden ser redactadas sino con vista de los in- "formes de los respectivos ministros, y será mas natural confiar á "su discrecion y á su conducta la totalidad de la negociacion, y "dejarles el cuidado de alimentar las buenas disposiciones de los "cardenales en quienes reconozcan ideas conformes á sus miras, y "de alejar á aquellos cuyas mismas disposiciones no sean tan sa- "tisfactorias como desearíamos, y de oponerse, por último, absolu- "tamente, si es preciso, á la exaltacion de otros, particularmente

"de los que sean partidarios de los Jesuitas, sobre quienes funden "éstos todas sus esperanzas."

"Como el rey no se encuentra ménos animado que el rey su tio, del celo mas puro por el bien de la religion, y del deseo mas vivo por el mantenimiento de la paz de la Iglesia, su magestad está resuelto á conformarse en un todo con las disposiciones de su magestad Católica, y á obrar juntamente con ella en igual uniformidad de principios, de sentimientos y de miras, respecto á la eleccion de que se va á ocupar el Sacro Colegio. En su consecuencia, la intencion de su magestad se reduce á que monseñores los cardenales de Bernis y de Luynes arreglen su conducta y todos sus pasos con el conde de Floridablanca, que obren en todo caso con el mas perfecto acuerdo con este ministro, y que reunan todos sus esfuerzos y sus medios á los de aquel para que el Sacro Colegio eleve sobre la Cátedra de San Pedro un papa que lleve por delante en el gobierno de la Iglesia el espíritu de caridad, de concordia y de paz; que prefiera constantemente á los medios violentos el camino de la dulzura y de la moderacion, y que sepa conciliar las prerogativas y las pretensiones de la Santa Sede con las consideraciones debidas á los legítimos derechos de las coronas. A mas de eso no seria ménos importante el vigilar que no ascendiese á la Cátedra de San Pedro un papa de limitados alcances y de carácter débil y susceptible de dejarse dominar, para prevenir que con las mejores y mas piadosas intenciones no llegase á ser un agente de las pasiones de los espíritus turbulentos que pudieran sorprender su religiosidad y confianza, y renovar por este medio las revueltas que tanto ha costado el apagar.

"Tal es el voto cumun de los dos soberanos. Estos no tienen ninguna clase de predileccion personal por este ó el otro cardenal en particular, y se fian sobre esto en sus ministros respectivos, tanto para la eleccion que ha de hacerse de un soberano pontífice como para la exclusion que crean oportuno dar á los candidatos que reputen indignos de ser revestidos de tan sublime carácter.

"Esta exclusion ha parecido al rey de España digna de meditarse, y el príncipe, segun los informes que ha recibido del conde de Floridablanca, ha indicado exactamente los diferentes sugetos que merecen el voto de las dos coronas, y los que no podrian convenir á éstas, á causa de su tenacidad en las principios ultramontanos, ó por ser partidarios declarados de los Jesuitas. Los primeros (independientemente del cardenal Sersale) son los cardenales Negroni, Simone, Casali, Marefoschi, Malvezzi, Zelada, Corsini y Conti; y entre los segundos, su magestad Católica distingue á los que no se deberá sino evitar en lo posible, tales como los cardenales Boschi, Coloma, Caraccioli, Fautuzi, y quizá Vizconti; de los que es preciso oponerse á su eleccion absolutamente, tales como

los cardenales Castelli, Rossi, Buffalini, Pamfili, Paracciani, Borromeo, Spinola, Calini, Torregiani, Buonacorsi, Giraud y los Lanzes.

"La intencion del rey es que monseñores los cardenales de Bernis y de Luynes sigan esta distincion en todos sus puntos á ménos que circunstancias particulares y conocimientos mas profundos que los del conde de Floridablanca, no les hagan variar de opinion sobre alguno de los cardenales que van nombrados; en cuyo caso la participarán á ese ministro, y harán lo posible por convencerle, á fin de que su modo de pensar respecto á los mismos sugetos sea enteramente conforme al suyo. Sin embargo, si al fin el ministro español no cediese, deberán hacerle el sacrificio de su opinion particular."

De este modo la Francia contribuia plenamente á las venganzas del rey de España, cuyo motivo ignoraba. Luis XVI y Vergennes, se asociaban á las iniquidades pasadas; y ya que la Sociedad de Jesus habia sido aniquilada, á pesar del Sacro Colegio y del voto casi unánime del episcopado y de los católicos, se queria eternizar la proscripcion, dando á la iglesia un papa a gusto de las potencias y de los enciclopedistas. Poco mas ó ménos, este cónclave se componia de los mismos elementos que el de 1769. Los últimos años del pontificado de Ganganelli, la lucha interior que éste habia sostenido, los ultrajes que habia sufrido, su demencia, y su muerte que tanto dió que meditar, todo esto se presentó á la mente de los cardenales. Desde el fondo de sus celdas en el Vaticano, oian los insultos y la befa con que el pueblo romano cargaba la memoria de Clemente XIV. Ellos mismos habian sido testigos de los escándalos que precedieron y siguieron á su eleccion; y su recuerdo les causaba rubor. Nadie era tan osado que quisiese continuarlos; y el 15 de Febrero de 1775 el cardenal Angel Braschi fué nombrado papa

Educado entre los Jesuitas, siempre habia sido afecto al instituto y á sus primeros maestros; no ocultó sus inclinaciones como discípulo y como pontífice, y esto no impidió que fuese electo por unanimidad. Braschi respetaba la memoria de su predecesor, aunque de carácter totalmente opuesto al de aquel, reunia en sí suficiente virtud, valor, grandeza y magestad para hacerle olvidar ó para reparar su error.

Pio VI, cuyo advenimiento saludaba con amor el pueblo romano, cuyo fausto y caridad le encantaban, comprendió al ascender al trono la indefinible posicion en que Ganganelli se habia colocado. Clemente XIV habia arrojado un largo fermento de discordia en la Iglesia; y al disolver la Orden de San Ignacio de Loyola, sin juzgarla y sin condenarla, habia puesto en duda la obra de todos los pontífices desde Paulo III hasta Clemente XIII. Por

un sentimiento de conveniencia sacerdotal y política, Pio VI respetó lo que Ganganelli habia hecho. No le era posible resucitar un instituto que su predecesor, segun él, tan fatalmente habia muerto, y no estaba en su facultad sino dulcificar la suerte de los Jesuitas. Por un ingenioso artificio de humanidad, decidió que su proceso fuese continuado y llevado hasta su fin, y despues, para reparar las injusticias cometidas, conservando siempre el honor del pontificado, relegó al olvido á Alfani y á Macedonio. El olvido en Roma es el mayor castigo que se puede imponer á los ambiciosos.

En presencia de este rey de la Iglesia, bello y radiante bajo la aureola popular, Floridablanca conoció que su teson y sus amenazas serian inútiles. Exigió, sin embargo, del papa, que el general y los superiores de los Jesuitas sufriesen el fallo de la corte de Roma; esto era una satisfaccion que él se concedia á sí mismo. Pio VI no la rehusó. Seguro de la inocencia de los padres, quiso que la comision formada por Clemente XIV y bajo la influencia de la España, se viese condenada á juzgar á la Sociedad de San Ignacio. Esta comision sabia muy bien que ya estaba privada para en adelante de burlar la vigilancia del papa: obraba á la vista de éste, tenia en su poder todo los documentos necesarios para dar su sentencia, y Pio VI instó para que la pronunciase. La comision la dilató cuanto pudo; pero obligada al fin á ser justa, absolvió plenamente á unos hombres á quienes de antemano tan cruelmente habia castigado (1).

---

(1) Tenemos á la vista las piezas y documentos que sirvieron para edificar tan extraño proceso. Los cargos de acusacion, los interrogatorios de los procesados, todo lo hemos compulsado por nosotros mismos con una curiosidad verdaderamente histórica, porque esperábamos sacar de estos legajos algun indicio revelador. Debemos confesar que los cargos se reducen á sutilidades, que en situacion ordinaria, ni aun hubieran necesitado la intervencion de un juez de paz. Todas estas recriminaciones se reducen, á que los Jesuitas dieron algunos pasos cerca de la emperatriz María Teresa, para inclinarla á emplear en su favor el crédito é influencia que tenia Clemente XIV. Ellos pudieron aconsejar á la emperatriz que se valiera hasta la amenaza. Obtuvieron ademas la proteccion de Catalina de Rusia y de Federico II de Prusia. Debieron tratar de sublevar á los obispos contra la Santa Sede.

Esta triple acusacion no prueba la culpabilidad anterior de los Jesuitas. Se coligan para destruirlos sin motivo, aquellos buscan los medios de impedir su supresion; se les ataca, ellos se defienden, único crímen que se les imputa. La acusacion termina así: "Estas son en resúmen las principales razones para continuar los procedimientos contra los prisioneros. Ni el general ni los asistentes en los primeros dias de su prision, ni antes de terminado el exámen de los papeles que se reunian, fueron preguntados sino sobre puntos generales."

En Roma no se imputó á los Jesuitas, sino el haber ensayado conjurar la tempestad que los reyes de la casa de Borbon aglomeraban sobre sus cabezas,

"Ricci, cautivo, entre cadenas, era una presa prometida á la España. Apenas Clemente XIV exhaló el último suspiro, se presentó Floridablanca en el palacio del cardenal Albani, decano del Sacro Colegio, y le dijo: "El rey mi señor está en la creencia de que le respondereis de los Jesuitas prisioneros en el castillo de San Angelo, y no quiere que se les dé libertad." Pio VI, que conocia á fondo la perseverancia de las enemistades de Cárlos III, trató de consolar las víctimas que el Borbon se reservaba. El monarca católico se mostraba desapiadado, el vicario de Jesucristo se atrevió á ser justo. Ricci no podia ser juzgado, porque de serlo hubiera sido absuelto. Pio VI rodeó su prision de todos los favores compatibles con la privacion de la libertad; le compadecia, y concedió á sus virtudes un testimonio público de su estimacion. Discurria en su pensamiento la manera de apresurar su soltura, cuando en el mes de Noviembre de 1775 al general de los Jesuitas le faltaron las fuer-

---

y para apoyar la acusacion, hé aquí las cartas de mas compromiso que la comision judicial evoca.

El 30 de Enero de 1773 escribia Lorenzo Ricci al P. Ignacio Pinto, á Johannisberg: "Vuestra carta me ha sorprendido sobre manera y añadido una extremada afliccion á cuantas ya me rodean. Ha corrido por Roma una carta de su magestad el rey de Prusia á M. D' Aubeterre, en la que le dice que yo le he mandado un embajador para suplicarle se declarase abiertamente protector de la Compañía. Niego haber dado semejante comision; mas quizá, alguno, aprovechando la ocasion de cumplimentar á su magestad, le habrá recomendado en mi nombre á la Compañía. Si esto fuese cierto, lo hubiera aprobado; pero nunca un simple particular, sin expresa comision del superior, debe obrar en su nombre, para ese fin y con la publicidad que lleva consigo un tal hecho. Excuso al que os ha aconsejado; el estado de turbacion en que me encuentro, me impide reflexionar como quisiera. El padre del colegio romano no tiene ninguna autoridad para hacer que comision alguna obre á nombre mio, ni ésta para desempeñar su cometido. Para las dos personas que vuestra reverencia me cita, yo podré citarle otras muchas que están al corriente de lo que pasa en la corte de Roma, y que no dejan de estar sorprendidas de un hecho que nos expone á la division y que hace creer á todo el mundo la indiferencia de su magestad, que ántes no era creida, y que puede desagradar á otros príncipes, todo lo cual facilita mas nuestra ruina. Sé que algunos dan pasos de su propio movimiento, porque dicen: "Los superiores no hacen nada." Alabo su celo, y miéntras que éstos no obren sino inocentemente, y no tomen el nombre del superior, alabo sus operaciones. Por lo demas, ellos están en un error, porque los superiores, aconsejados de personas de dentro y de fuera, no se exponen á dar pasos imprudentes, y solo hacen lo que es posible hacer prudentemente, sin deber decir todo lo que hacen."

El mismo general habia dirigido, con fecha 31 de Octubre de 1772, al P. Cordara los consejos siguientes: "Segun lo que yo creo, no nos debemos detener por los motivos de temor que nos dan los rumores que corren respecto á nuestros asuntos, no porque yo sepa nada de cierto, pues todo se hace con un secreto que quita hasta el deseo de investigar aun á las personas mas respetables, sino porque pienso que las voces y temores que se anuncian no deben servirnos de regla.

El P. Javier de Panigai, escribia desde Ravena, el 4 de Julio de 1773, al P. Gorgo, asistente de la Compañía: "Mi muy reverendo padre, las noticias que

zas para soportar los padecimientos que le consumian. La enfermedad hizo rápidos progresos. Ricci creyó cercano el momento de su fin, y pidió el santo viático. Cuando el enfermo se encontró en presencia de su Dios, de los oficiales, soldados y demas que con él estaban prisioneros en el castillo de Sant Angelo, este padre de familia, cuya posteridad aun jóven se veia condenada á una dispersion esteril, no quiso morir sin dar el último adios á sus hijos, sin perdonar á sus enemigos.

"Lo incierto de la hora en que será Dios servido llamarme á sí, dijo en presencia de esos testigos, y la certeza de que aquella está próxima, atendida mi edad avanzada, y la multitud, larga duracion y magnitud de mis padecimientos superiores á mis fuerzas, me advierten que debo llenar con antelacion mis deberes, pudiendo fácilmente acaecer que la naturaleza de mi postrer enfermedad me impida llenarlos en el artículo de la muerte. Por lo tanto, considerándome ya como próximo á comparecer ante el tribunal de la infalible verdad y justicia, que es el único tribunal de Dios, despues

---

aquí nos han llegado últimamente, de personas dignas de toda fe, son que la bula contra la Compañía está ya escrita, y, lo que es mas, que esa bula es infamatoria, que ya se ha nombrado una congregacion, compuesta de cinco cardenales, que son: Corsini, Marefoschi, Zelada, Simoni y Caraffa di Trajetto, y dos prelados, Alfani y Pallotta, para disponer previamente las cosas para la ejecucion de la bula, y para vigilar despues de su publicacion sobre su entero cumplimiento. Esta congregacion ántes y despues de reunirse en el local que ocupa la Rota durante las vacaciones, ha hecho nacer, en muchas personas que nos son afectas, la idea de que cada rector presente, respecto de sus religiosos, una relacion exacta á su obispo respectivo, de los nombres de todos ellos, y en la cual, despues de haber enumerado las circunstancias actuales, la incertidumbre de su suerte y el temor de una expatriacion, se suplique al prelado se digne conceder á cada uno de aquellos un certificado en forma sobre su buena vida, costumbres y santa doctrina, á fin de que, supuesto el caso de la disolucion, puedan los religiosos presentarse á cualquier obispo de la diócesis donde residan y ser empleados por él. Vuestra reverencia comprenderá la utilidad que pueden prestar algun dia á todo el cuerpo de la Compañía, tanto las relaciones como los atestados, y lo esencial que es que cada individuo de por sí tenga el suyo para cualquier caso que ocurra. Sobre esto mismo, hoy escribo á nuestro reverendo padre provincial. Si vuestra reverencia lo cree á propósito, puede comunicar esta idea á nuestro general y al padre provincial de la provincia romana, y hacer lo mismo con los gefes de las demas provincias; pero es preciso no perder tiempo porque la nube está encima."

A pedir un certificado de buena vida y costumbres, es á lo que se reduce todo este complot, por el cual se cargó de cadenas al general de los Jesuitas y á sus asistentes. Pombal, Bernis, Roda, Grimaldi y Tanucci, tienen en su poder los archivos de la Compañía y Clemente XIV en Roma y á su vista, la correspondencia de todos los generales, desde San Ignacio hasta Ricci. Los magistrados instructores pudieron en estas cartas íntimas, y en los papeles de la Orden, hallar el hilo de alguna trama acusadora. Todo se hallaba en sus manos, y de todo ello no presentan, como las mas fuertes pruebas de culpabilidad de los Jesuitas, sino los documentos citados, que son tan insignificantes que es casi una burla formalizar un cargo con ellos.

de una larga y madura deliberacion, despues de haber pedido humildemente al infinitamente misericordioso Redentor y terrible juez no permitiese que me dejase conducir por la pasion, especialmente en una de las postreras acciones de mi vida, ni por ninguna amargura de corazon, ni por algun otro interes ó fin vicioso, sino solamente por creer que es de mi deber dar este testimonio á la verdad y á la inocencia, hago las dos siguientes protestaciones y declaraciones:

"Primeramente: Declaro y protesto, que la Compañía de Jesus no ha dado motivo ni causa alguna para su supresion. Lo declaro y protesto con toda aquella certeza que puede tener moralmente un superior bien informado de lo que pasa en su Orden.

"Segundamente: Declaro y protesto que no he dado el menor motivo, ni aun el mas ligero, para mi prision. Lo declaro y protesto con la soberana certeza y evidencia que tiene cada uno de sus propias acciones. Hago esta segunda protesta tan solamente, porque es necesaria á la reputacion de la Compañía de Jesus extinguida, de la cual he sido su superior general.

"No pretendo, por último, que á consecuencia de estas mis protestas se pueda ni se deba juzgar culpable delante de Dios á ninguno de los que han perjudicado á la Compañía de Jesus ó á mi, como yo igualmente me abstengo de semejante juicio. Los pensamientos del hombre son conocidos de Dios solo. El solo vé los errores del entendimiento humano, y discierne si aquellos son tales que puedan escusar el pecado; él solo penetra los motivos que impulsan á obrar, la intencion con que se obra, y las inclinaciones y movimientos del corazon que acompañan al acto; y como de todo esto depende la inocencia ó la malicia de una accion exterior, dejo este juicio al que interrogará sobre todas las obras, y sondeará todos los pensamientos.

"Mas para satisfacer el deber de cristiano, protesto que con el auxilio de Dios siempre he perdonado y perdono ahora sinceramente á cuantos me han atormentado y herido; primeramente, por todos los males que han acumulado sobre la Compañía de Jesus, y por los rigores que se han empleado con los religiosos que la componian; y en segundo lugar, por la extincion de la misma Compañía y por las circunstancias que han acompañado á esta extincion; y por último, por mi prision y crueldades que á ella se han añadido, y por el perjuicio que todo esto haya podido causar á mi reputacion; hechos que son públicos y notorios en todo el universo. Ruego al Señor que desde luego perdone por su pura bondad y misericordia, y por los méritos de Jesucristo, mis numerosos pecados; y en seguida perdone igualmente á todos los autores y cooperadores de los susodichos males y faltas; pues quiero morir con ese sentimiento y esa súplica en el corazon.

"Finalmente, ruego y conjuro á cualquiera que esté presente á estas mis declaraciones y protestaciones, que las haga públicas en todo el universo en cuanto le sea posible; y se lo ruego y conjuro por cuantos títulos de humanidad, de justicia y de caridad cristiana pueden persuadir á cualquiera á que cumpla este mi deseo y voluntad.

"Lorenzo Ricci, *de mi propia mano.*"

Se contaba el 19 de Noviembre de 1775, cuando el general del Instituto leia en el fondo de su calabozo este testamento de dolor, de inocencia y de caridad; cinco dias despues espiró sin pensar, y sin esperar acaso, que algun dia le llegaria su hora á la verdad. Al morir, pudo exclamar como el Eclesiástico (1): "He visto bajo el sol la impiedad en lugar del juicio, y la iniquidad en lugar de la justicia, y he dicho en mi corazon: Dios juzgará al justo y al impío, y entónces llegará el tiempo para todas las cosas."

Este tiempo ha llegado. El sucesor de Clemente XIV sobre la cátedra apostólica le adelantó sin embargo, y ya que no habia podido aun manifestar su respeto hácia este anciano abriéndole las puertas del castillo de Sant Angelo; quiso, al menos, que unas magníficas exequias diesen testimonio de sus sentimientos y de su equidad. En el pensamiento de Pio VI, esto fué una prueba de sus sentimientos respecto de los Jesuitas, y una solemne aunque imperfecta reparacion (2). El cuerpo de Ricci fué llevado á la Iglesia de Gesu de órden del soberano pontífice, y sepultado al lado de los gefes que le habian precedido en la Compañía.

---

(1) *Ecclesiastes*, cap. 3, v. 16 y 17.

(2) El cardenal Calini, anciano de ochenta y cuatro años y que habia vivido en Roma desempeñando los cargos mas elevados, nos ha dejado un documento de la mayor importancia sobre este objeto. El 31 de Marzo de 1780, se presentó por última vez á la audiencia del soberano pontífice. Antes de despedirse del papa para ir á terminar sus dias en Brescia, su pátria, expresa así sus sentimientos; consignando sus palabras y la de Pio VI en un acta, por decirlo así testamentaria, escrita de su puño y firmada con su nombre en 1.° de Abril de 1780.

"En esta audiencia, despues de haber pedido al papa algunos favores, tocante á su persona y á su alma, continuó en estos términos: "Esta mañana, durante el santo sacrificio, me he encomendado á Dios de una manera especial, y este señor me ha sugerido la idea de decir á Vuestra Santidad, una cosa que, como cardenal, y cardenal anciano, me creo obligado á decirla. No quiero comparecer ante el tribunal divino culpable de esta omision, teniendo ochenta y cuatro años sobre mí, y que por consecuencia no puede estar lejano aquel momento."

Al oir estas palabras, el papa, con su afabilidad ordinaria, le contestó que tuviese resolucion y que hablase con entera libertad. El cardenal entónces prosiguió: Muy Santo Padre, os recomiendo la Compañía de Jesus, injustamente destruida por una cábala de cuatro á cinco ministros, que careciendo de religion, han empleado todos los esfuerzos imaginables para destruir á los que

El general del instituto, en su lecho de muerte, proclamaba su inocencia y la de sus hermanos. La Iglesia entera añadia su fé á este testimonio supremo, y rehusaba creer en el arrepentimiento que, mo-

---

la propagaban con todas sus fuerzas; enemigos declarados de la Santa Sede, resolvieron acabar con los que, siempre firmes sobre el campo de batalla han defendido con sus obras, y aun con la efusion de su sangre á la Santa Sede. No soy yo, continuó el cardenal, el que así habló, sino es Clemente XIII, quien os dió la púrpura, el que habla por mi boca; sí, muchas veces este santo pontífice me dijo que cuatro ó cinco ministros que tenian dominados á sus príncipes, casi ignorantes de sus intrigas, y que eran los déspotas de los gabinetes que habian formado, unidos contra la Compañía y contra la Santa Sede, eran los que hacian una encarnizada guerra á la Compañía.

"Tengo gran experiencia del mundo: he sido obispo de residencia por espacio de veinte años: naturalmente he debido tratar con los Jesuitas, y puedo asegurar que generalmente he observado que su doctrina comun era sana; y su vida ejemplar, que eran hombres infatigables en el confesonario, en el púlpito, en las misiones, en las cátedras, con los moribundos, y en todas las obras del santo ministerio, tal como lo prescribe su santo instituto. Este bien universal, en la masa de los Jesuitas, lo he visto y palpado. Por el contrario, el mal universal de que se acusa á todo este cuerpo, como de moral relajada, vida escandalosa y máximas perniciosas tocante á la fé, á los estados, á los pueblos y á los soberanos, la he oido y leido en los libros; pero seria muy necio, muy santo padre, si creyese mejor á los que escriben ó hablan mal de los Jesuitas, que lo que he sabido y visto yo mismo. Muchas veces he preguntado á las personas que me hablaban mal de este cuerpo, si por casualidad habian sido ellos mismos testigos oculares de lo que afirmaban; y la única respuesta que me daban era esta: "Así lo hemos leido, ó nos lo han dicho." Pero les replicaba, ¿y el bien general que hacen los Jesuitas, no se ve ni oye decir? Entónces me contestaban que esos eran hechos que no podian negar, puesto que habian sido testigos de lo mucho que trabajaban por medio de su santo ministerio. Y yo, entónces, concluia diciendo: "Mi máxima es, creer en lo que ven mis ojos y no en las palabras de otro, sobre todo cuando se me dice lo contrario de lo que he visto."

No puedo negar, sin embargo, que he notado ciertos defectos en algunos de sus miembros; pero estos eran defectos inseparables de la humanidad; y de seguro que no se cometian impunemente, pues me consta de una manera positiva que al dar parte de algunos de aquellos á los superiores, éstos ponian inmediatamente remedio; pero estas faltas estaban muy distantes de ser de tal naturaleza, que mereciesen la destruccion total de la Orden, puesto que el cuerpo de la religion quedaba siempre intacto. Mas de una vez he oido á varios Jesuitas quejarse ellos mismos de la imprudencia de algunos de sus hermanos.

"Una vez destruida la Compañía, vuestra santidad podrá atestiguar si se disfruta al presente el bien que Clemente XIV se prometió sacar de este acto. Yo he contribuido á la eleccion de aquel papa, dándole mi voto; pero jamas oprobé ni su conducta ni el escándalo que dió á la Iglesia. La muerte que tuvo, aun me causa horror, y lo que vi en su cadáver aumenta mas ese horror. Lo que puede servir de única escusa de esto es, que estaba podrido (*impuzzito*). Sus camareros me han contado cosas que demuestran indudablemente que llegó á estar loco, en tal forma, que quiso arrojarse por una ventana, y muchas veces saltó de su lecho, despavorido, creyendo que le mataban los Jesuitas ya destruidos, y viendo entre las sombras de la noche, y temblando de miedo á los Jesuitas que ya no existian; con otras muchas cosas que me refirió el hijo del que le velaba durante la noche. En vista de todo esto, suplico á vuestra santidad que haga de modo que este cuerpo religioso resucite. Vuestra san

vidos de interes, los enemigos de los Jesuitas se apresuraban á demostrar á los pies del trono apostólico. Macedonio, Alfani, todos estos jueces cuya prevaricacion fué tan notoria, todos esos perseguido-

---

tidad, puede creerme, este acto honraria su pontificado, y la Iglesia universal se lo agradeceria.

"Bien sé que la dificultad para hacerlo proviene de parte de los soberanos; pero el número de los que se oponen es muy corto, y no son ellos los que ponen esas dificultades, ni es ese su modo de pensar, sino que, alucinados por sus ministros, creen que las circunstancias les obligan á pensar de ese modo.

"La sola persona de vuestra santidad es la que tiene la fuerza suficiente para romper ese nudo, y hacer comprender la verdad inmediatamente á los soberanos. A un vicario de Jesucristo y al mismo tiempo príncipe temporal de un gran estado, no pueden faltarle medios para hacerlo. Así han obrado muchos papas predecesores vuestros; y una vez disipadas las tinieblas y reconocido el error, el efecto ha sido conseguir que tal ó cual ministro caiga de su empleo en la desgracia.

"No ignoro que algunos individuos del cuerpo diplomático residente en Roma no dejan de instar á vuestra santidad, á fin de que por medio de una bula confirme la destruccion de la Compañía de Jesus, y declare cismáticos á los Jesuitas de la Rusia-Blanca porque continúan como ántes estaban, atendiendo á que en aquel país el breve de abolicion no ha sido promulgado. Muy santo padre: esos hombres hijos de la mentira, al hacer la guerra mas cruda á las bulas dogmáticas y á la *in Cœna Domini*, que solamente se promulgaba en Roma, quieren pasar como llenos de celo por el breve de destruccion. A éste solo se limitan, éste es el que únicamente creen emanado de autoridad infalible, y éste es para ellos como un quinto Evangelio. Pero vuestra santidad es demasiado ilustrada para dejarse sorprender por un breve de pura y simple disciplina eclesiástica; cuando en todas las demas cortes católicas no ha sido promulgado, sino despues de haber obtenido el real *placito*. Este antiguo sistema se ha adoptado en todos los reinos, y jamas la Santa Sede se ha opuesto á este modo de proceder de los soberanos católicos; puesto que, un breve de pura disciplina puede ser útil á un reino y perjudicar á otro, segun las circunstancias en que se encuentran los súbditos, cuyas razones son muy conocidas por el soberano que está sobre el mismo país.

Hé aquí la razon porque los autores católicos de primer Orden admiten el *Jus praecum*, ó dicho en otros términos el *Jus repaesentandi* al papa, el desórden que resultaria si se diese curso á su breve. En virtud de esta reclamacion, y durante la suspension del recurso *ad primam Sedem*, los efectos del breve quedan en suspenso miéntras que se reclama; porque el papa debe gobernar la Iglesia con prudencia, y él mismo es quien en vista de la súplica, advertencia ó representacion del soberano, suspende la obligacion que lleva consigo el breve ó precepto eclesiástico. Esto es lo que se llama una doctrina sólida y verdadera. Tambien es cierto que los regulistas la amplifican, abusando de ella enormemente, sosteniendo que la suspension de los efectos del precepto eclesiástico nace de la falta de aceptacion que de él hacen los príncipes, lo cual á mi entender, es erróneo; como igualmente lo seria la idea de que en virtud de la falta de aceptacion en los pueblos de alguna ley civil, proviniese la nulidad de esa misma ley. La falta de aceptacion en los pueblos es un prudente motivo para inclinar al príncipe á que suspenda la ley ó algunos de sus efectos, y cese así su obligacion. En otro caso, el pueblo y no el rey, seria el legislador.

"Hablo en estos términos á vuestra santidad, para hacerla ver cuán distantes se hallan algunos de decir la verdad cuando se trata de los Jesuitas. Para atacarles ó inculparles, se han hollado todas las leyes. Es muy cierto que ha sido destruida esta Orden sin ser citada ante ningun tribunal, y por consecuen-

es, que se hicieron un arma de la calumnia, sufrian el destierro y la oscuridad; Nicolas Pagliarini, ese librero diplomático, el agente mas activo de la corrupcion, se atrevió á su vez á elevar su voz hasta el soberano pontífice. Este hombre, que ha reunido contra los Jesuitas toda la audacia de un Pombal, y todo el odio de un Roda y del cardenal Malvezzi, quien en su correspondencia autógrafa con el cardenal Conti, en 1775, 1776 y años siguientes, pretendió ser aceptado en Roma en calidad de secretario de la legacion portuguesa, hace en el mes de Junio de 1782 una especulacion de remordimientos. Los tiempos habian cambiado. Pagliarini fué condenado á galeras por Angel Braschi; Braschi llegó á ser el papa Pio VI; y con aquella fecha el librero diplomático le dirige la carta siguiente, obra maestra de bajeza y de hipocresía.

"Muy santo padre:

"Nicolas Pagliarini, orador muy humilde y súbdito de vestra santidad, prosternado religiosamente ante vuestra santidad, hace pre-

---

cia sin oir su defensa, como tambien lo es, que los hechos del cardenal Malvezzi en Bolonia, los de otros cardenales tanto aquí como en Roma y en Frascati que preludiaron la abolicion de la Compañía, unidos á otros que la acompañaron y subsiguieron, son una deshonra para la Santa Sede, y aun me atreveré á decir, que para la humanidad.—Vuestra santidad conoce la inocencia del gefe, del cuerpo y de sus miembros. Habeis tenido ante vuestros ojos los procesos formados en los tiempos de rigor. El padre Ricci fué un hombre venerable, bien conocido de vuestra santidad. Todas estas cosas reunidas deben estimular fuertemente á vuestra santidad á echar mano de todos los medios posibles para arrancar de la Sede Apostólica esta máscara de infamias, restituyendo á la inocencia el honor de que se la ha privado, y devolviendo á la Iglesia y á la educacion un Orden tan necesario y estimado de la una y de la otra.

"Hé aquí en sustancia lo que el cardenal Calini dijo al papa en esta audiencia. En semejante circunstancia, el papa demostró su grande amor á la verdad y á la justicia. Le contestó que estaba persuadido de que la destruccion de los Jesuitas habia sido un verdadero misterio de iniquidad; que cuanto se habia hecho fué injusto, y fuera de las reglas prescritas; que conocia el mal causado á la Iglesia con la extincion de la Compañía; que por lo que á él tocaba, se encontraba dispuesto á restablecerla, lo cual no ereia imposible, y que él seria el primero que entrase por ese camino, haciéndolo con el mayor gusto en el instante que se presentase la menor proporcion para ejecutarlo; que Clemente XIV estuvo demente, no solo despues sino aun ántes de esta supresion. A nos, toca, añadió, obrar con madurez y calma. Los embajadores nos hacen pasar en sus cortes por uno de los partidarios de la Compañía. Conviene que accedamos á ciertas cosas poco favorables á los Jesuitas para no atraer males mayores. Pidamos al Señor que nos dé á conocer el camino que nos conduzca al término que deseamos. Este restablecimiento no es imposible, puesto que la destruccion se ha hecho injustamente y sin guardar ningunas reglas.

"Yo, el que suscribo, certifico y atestiguo, que cuanto contiene este pliego, es la sustancia de la larga conversacion que tuve con su santidad Pio VI en la mañana del sábado *in albis* de 1780 cuando fuí admitido á la audiencia del santo padre, con el fin de despedirme y recibir su bendicion antes de partir á Brescia mi patria."

sente: que se encuentra en la mas humillante y dolorosa situacion desde que, vuelto á su patria, ha incurrido en la fatal y soberana desgracia de haber obrado en contra del agrado de vuestra santidad. Habiéndole comprometido las circunstancias á conformarse en cierto modo, con las disposiciones de la corte fidelísima, á la que sirve hace veinte años, como es notorio á vuestra santidad; ha sufrido con la mayor resignacion los dolorosos efectos de su desgracia, que ha causado un perjuicio notable a su numerosa familia, que se ha visto despojada de los emolumentos á que su cargo tenia derecho. Pero el mayor y mas sensible tormento de su alma ha sido y es aun el de verse privado de la benevolencia de vuestra santidad; una persona, que despues de haber sido tantas veces objeto de las benéficas intenciones de vuestra santidad, se habia lisonjeado de que no dejaria de recoger sus prósperos resultados.

"Las altas virtudes que adornan el alma de vuestra santidad, y que singularmente resplandecen en el perdon que concede á los que, reconociendo sus propias faltas, imploran los efectos de la clemencia pontifical, han determinado al orador á venir á arrojarse á los pies de vuestra santidad y á suplicarla humildemente que se digne concederle la absolucion apostólica de esta falta que ha cometido, y volverle su benevolencia pontifical, atendiendo á su edad avanzada, á la pesada carga de su numerosa familia, y á la desolacion en que ha vivido, y en que vivirá, miéntras que sea privado de la gracia de vuestra santidad, que implora humildemente."

Por esta falta que ha cometido, Clemente XIV habia ennoblecido y condecorado por un breve á Nicolas Pagliarini; Pio VI, el pontífice de la mansedumbre, se desdeñó de un arrepentimiento, cuya confesion era un nuevo cálculo de codicia ó perfidia; porque en Roma, Pagliarini se llamaba á si mismo culpable, y en Lisboa, hacia gala de su crimen. Este contraste entre los dos vicarios de Jesucristo, es á la vez una acusacion á Clemente XIV, y un título de honor para Pio VI.

Miéntras que la muerte arrebataba con algunos meses de intervalo á Lorenzo Ganganelli y á Lorenzo Ricci, el papa que extinguió la Compañía de Jesus, y el último gefe de esta Sociedad, el breve de extincion atravesaba los mares, y llevaba el luto y la desolacion al seno de las nuevas cristiandades. Los padres Castiglione y Coggeils, herederos en la China de la sabia generacion de los Verbiest, de los Parennin y de los Gaubil, se libraron de esta última desgracia. José Castiglione murió á los setenta años de su edad, colmado de mil pruebas de afecto de la magestad imperial, y ¡favor inaudito! este Jesuita vió al mismo emperador componer y escribir su elogio, que le dirigió el mismo príncipe acompañado de ricos presentes. Coggeils, aunque no tan bien tratado, fué mas útil á los chinos. Antes de morir, hizo una especie de cuadrante que simplificaba las operaciones astronómicas. En 1773, dos jóvenes padres partian de Europa para reemplazarles; y otros cinco llegaron por el mismo tiempo á Tonquin. En el mes de Noviembre de 1773, un navío frances dejó en las playas de Canton á cuatro Jesuitas; uno pintor, otro médico, y dos matemáticos. En el momento de abandonar á Paris, el arzobispo Cristóbal de Beaumont les anunció el rayo que estaba próximo á aniquilar á la Compañía. Ellos no creyeron que sus temores, aunque fundados, fuesen motivo suficiente para dejar de obedecer á su general, y se pusieron en camino, deseosos de glorificar hasta el fin su obediencia voluntaria.

Estos Jesuitas ya se consideraban como extrangeros para la Francia; pero el mismo gobierno de Luis XV, conociendo el peso de la reconvencion que la Europa sábia tenia derecho á dirigirle, trató por los medios posibles de proporcionar á las ciencias y á las artes tan dignos corresponsales en Asia. El habia proscripto á los Jesuitas; despues de nueve años solicitó su extincion de su santidad, y por una consecuencia algo extraña, honraba á estos misioneros, encargándose de trasportarlos á su costa al territorio de la China. Los representantes del rey de Portugal se ofrecieron en Canton á presentarles al gefe del celeste imperio. Cuatro navíos imperiales arriban al puerto; éstos debian trasladar á los Jesuitas á la corte; y á la sazon llegó el breve que les fué notificado por el obispo de Macao. Este era hechura de Pombal; y una compasion burlesca se agregó á esta notificacion. En la alternativa en que les colocó el decreto del papa suprimiendo la Compañía de Jesus y el llamamiento del emperador de la China que les abria sus Estados, los Jesuitas titubearon. Cristóbal de Murr, en su *Diario* (1), nos ha conservado pruebas auténticas de esta perplejidad. Un misionero, tirolés de nacimiento, escribió lo siguiente:

"Despues de tres dias pasados entre la angustia y las lágrimas, pesamos los inconvenientes contradictorios de toda determinacion posible. El emperador nos mandaba que fuésemos á Pekin; y rehusar un favor imperial, se tiene en la China por un crímen de lesa-magestad. Por otra parte, el breve del soberano pontífice nos prohibia entrar allí como religiosos; y el mas pequeño retardo en el cumplimiento de su voluntad hubiera sido condenado en Europa. Tomamos al fin la resolucion de morir, ántes que manchar nuestro instituto con una oposicion al papa en circunstancias tan críticas. Me permitireis que os recuerde la calumnia difundida hace tiempo, de que los Jesuitas se hacen abrir las puertas de la China, mas para ser allí mandarines que apóstoles y misioneros. Nosotros, los últimos de todos, nos hallábamos designados para el mandarinato, despues de nuestra llegada á Pekin; pero no siéndonos posible predicar

(1) *Journal de Christophe de Murr*, t. IV. pág. 231 y siguientes.

allí al mismo tiempo el Evangelio, tomamos por último el partido de regresar á Europa."

Estos cuatro Jesuitas obedecian mas allá de los mares con igual respeto que lo hacian sus hermanos de Europa; pero esta obediencia comprometió á los ojos del emperador de la China al obispo y al gobernador de Macao. Estos últimos se ocupaban en deshacerse cuanto ántes de los Jesuitas, remitiéndolos á Pombal, quien reservaba para ellos cadenas y sufrimientos. Los chinos fueron mas humanos que los católicos, pues obtuvieron la libertad de los cuatro misioneros, y los dejaron en la isla de Vam-Lu. "No tuvimos que aguardar sino una noche, añade la carta citada del Jesuita tirolés, para aprovecharnos del último recurso, que fué la generosidad de algunos capitanes de buques franceses que se hacian á la vela para Europa. Se condolieron de nuestras súplicas, y no quisieron dejarnos abandonados y sin recurso alguno humano en el fondo de las Indias. ¡Que no tenga yo palabras tan elocuentes como deseara para alabar dignamente á la nacion francesa! Esta se ha adquirido derechos el eterno reconocimiento de estos cuatro pobres misioneros, por el inmenso beneficio de haberles librado de la mayor de las miserias. Distribuidos en cuatro buques, comenzamos un destierro de tres meses sobre el mar; y nosotros, que abandonamos la Europa con ojos enjutos, derramamos lágrimas amargas al dar el último adios á aquellas playas donde creímos hallar otra patria."

La historia de estos cuatro Jesuitas, recogida por un protestante, es la historia de todos sus hermanos en el apostolado. La misma queja, tan tierna y tan resignada, resonó en el fondo de la América y en los continentes de la India. Clemente XIV con un rasgo de pluma disipaba el pasado y el porvenir de aquellos hombres, que á todo se sometian sin réplica. El breve *Dominus et Redemptor* los reducia á la indigencia; pero esta indigencia no alteró su fé, ni amortiguó su caridad. Cuando llegó á la China la primera noticia de la destruccion de la órden, el padre de Hallerstein, presidente á la sazon del tribunal de matemáticas, y otros dos Jesuitas, espiraron de dolor al recibir ese golpe (1), semejantes al anciano soldado que muere al pié de su bandera. Otros tuvieron valor en su posicion; y este valor se apareció á nosotros en todo su brillo cuando con ansiosa vista recorriamos las cartas autógrafas é inéditas dirigidas á Europa por los misioneros de la Compañía de Jesus. Entre ellas se ven algunas admirables por sus pensamientos y estilo; y todas están llenas de la elocuente emocion que se advierte en la del padre Bourgeois, superior de los Jesuitas franceses en Pekin. El 15 de Mayo de 1775 escribia en estos términos al padre Duprez: "Querido amigo: No me atrevo hoy dia á desahogar en vos mi corazon, temiendo

(1) *Histoire des mathématiques*, par Montucla, II part., lib. IV, pág. 471.

aumentar la sensibilidad del vuestro. Me contento con gemir en la presencia de Dios. Este tierno padre no se ofenderá de mis lágrimas, porque sabe que corren de mis ojos aunque no quiera, y la resignacion mas completa no es capaz de agotar su manantial. Ah! si supiese el mundo lo que perdemos, y lo que pierde la religion con la falta de la Compañía de Jesus, ese mismo mundo compartiria nuestro dolor. No quiero, amigo mio, ni lamentarme, ni que se lamenten de mí. Haga la tierra lo que quiera; aguardo la eternidad, la llamo, y no tardará en venir. Estos climas y el dolor abrevian unos dias que se prolongan demasiado. Dichosos los nuestros, que están ya reunidos á los Ignacios, Javieres, Luis Gonzaga y á esa legion innumerable de santos que caminan en su compañía en pos del Cordero, bajo el estandarte del glorioso nombre de Jesus!

"Vuestro muy humilde servidor y amigo,
Fr. Bourgeois, *Jesuita*."

A esta carta va unida la posdata siguiente:

"Querido amigo: esta es la última vez que me es permitido firmar así; el breve está en camino, y llegará muy presto; *Dominus est*. No deja de ser algo haber sido Jesuita uno ó dos años mas.

"Pekin 25 de Mayo de 1775."

Diez y ocho meses despues, cuando todo se hallaba consumado, una carta del hermano coadjutor José Panzzi, revela las resoluciones que tomaron los Jesuitas y el género de vida que adoptaron. Este hermano, que es pintor, escribe el 6 y el 11 de Noviembre de 1776:

"Continuamos aun reunidos en esta mision: la bula de supresion ha sido notificada á los misioneros, quienes á pesar de eso, no tienen sino una misma casa, un mismo techo y una mesa comun. Ellos predican, confiesan y bautizan; conservan la administracion de sus bienes, y llenan todos sus deberes como ántes, no habiendo sido ninguno de ellos privado de licencias, porque no podia obrarse de otro modo en un pais como este; mas sin embargo, nada hacen sin permiso de Monseñor nuestro obispo, que es el de Nankin. Si éste se hubiera conducido como otros en Europa, habria concluido nuestra mision, y con ella la religion, lo cual hubiera causado gran escándalo á los cristianos de la China, á cuyas necesidades aun no se ha proveido, y hubieran quizá abandonado la fé católica.

"Nuestra santa mision, á Dios gracias, va bastante bien, y se encuentra actualmente muy tranquila. El número de los cristianos se aumenta cada dia. Los padres Dolliéres y Cibot están reputados como santos, y lo son en efecto. El primero es el que mantiene la devocion del Sagrado Corazon de Jesus en el estado mas floreciente

y mas edificante. Este mismo misionero ha convertido él solo á casi toda una nacion que habita las montañas situadas á dos jornadas de Pekin. Mil veces me he encontrado con estos buenos chinos, que acababan de dejar á este padre, á quien habian pedido el bautismo. He notado en todos ellos iguales actitudes y las mismas espresiones de fisonomía que nuestros mejores pintores han sabido dar tan bien en los cuadros de la predicacion de nuestra santa fe por S. Francisco Javier. Aquí, mejor que en otra parte, es donde se puede conocer cuán grande es el favor que Dios nos ha hecho haciéndonos nacer en un pais cristiano.

"En lo que humanamente se puede juzgar de nuestro digno emperador, parece que se encuentra aun muy distante de abrazar nuestra santa religion; y casi no hay motivo para esperarlo, aunque la proteje en sus Estados, pudiendo esto aplicarse igualmente á todos los demas grandes del imperio. Ah! cuántas y qué vastas son aun las comarcas en todo el universo, donde no ha resonado todavía el nombre de Dios! Yo sigo siempre con mi empleo de pintor, y soy el pintor ó el servidor de la mision francesa por el amor de Dios. Me glorío de serlo por su amor, y estoy resuelto á morir en esta santa mision cuando Dios quiera."

No habiendo sido posible proscribir á los Jesuitas de la China, se les secularizó. Aceptaron la dura ley que se les habia impuesto; pero no por eso dejaron de continuar en sus trabajos apostólicos y científicos. El P. Amiot, segun dice Langlés (1), sabio académico frances, seguia ilustrando la literatura de los chinos y de los tártaros Mantchoux. El P. José de D' Espinha desempeñó á nombre del emperador las funciones de presidente del tribunal de Astronomía, y el obispo de Macao le nombró administrador del obispado de Pekin. Félix de Rocha presidia el tribunal de matemáticas con Andres Rodriguez. El P. Sichelbarth reemplazó á Castiglione en el cargo de primer pintor del emperador. Otros Jesuitas quedaron estendidos por las provincias, evangelizando á los pueblos bajo la autoridad del ordinario.

Este estado de cosas subsistió así largo tiempo, y el 15 de Noviembre de 1783, el P. Bourgeois escribia al P. Duprez: "Han entregado nuestra mision á los PP. de S. Lázaro. Debieron llegar el año pasado: ¿si vendrán en este año? Dios lo quiera; aun no sabemos nada de positivo. Son valientes y arriesgados, y pueden estar seguros de que haré cuanto me sea posible para ponerles en buen camino. Tenemos un obispo portugues, que se llama Alejandro de Govea. Es un religioso de S. Francisco, de quien se habla muy bien. No será por mí ciertamente si no pacifica la mision."

(1) Langlés siguió al Lord Macartney, en su célebre embajada, y tradujo el *Viaje á la China* de Holmes. En 1805 dedicó esta obra al Jesuita muerto en 1794. La dedicatoria se halla concebida en estos términos: "Justo homenage de veneracion, de recuerdo y de reconocimiento, dedicado á la memoria del reverendo padre Amiot, misionero apostólico en Pekin, corresponsal de la academia de inscripciones y bellas letras, sábio infatigable, profundamente versado en la historia de las ciencias, de las artes y en la lengua de los chinos, y promovedor ardiente de la lengua y literatura tártara-mantchu."

Cinco años despues, el 7 de Noviembre de 1788, Bourgeois escribe al P. Bauregard, orador cristiano, á fines del siglo XVIII. En su carta, el superior de los Jesuitas en China, tributa su homenage á los Lazaristas, que ocuparon su puesto por disposicion de Pio VI. Esta abnegacion personal, en presencia de las virtudes de un rival, tiene un colorido verdaderamente religioso.

"Queridísimo y mi antiguo cohermano, así se espresa Bourgeois: continuad siempre en dar ó conocer y amar á nuestro buen maestro, y en mostraros siempre digno hijo de S. Ignacio.

"Nuestros señores los nuevos misioneros y sucesores son personas de mérito, llenas de virtudes é instruccion, de celo y de muy buenos principios sociales. Vivimos como hermanos; el Señor ha querido consolarnos de la pérdida de nuestra buena madre; y lo estariamos completamente, si fuese posible que un hijo de la Compañía pudiese olvidar á su buena y santa madre. Este es uno de los dardos que no es dable arrancar del corazon, y que pide á cada momento actos de resignacion."

En otra carta, Bourgeois habla del misionero que le reemplaza, y haciendo el elogio de sus virtudes, añade: "No sabré deciros si es él quien vive como un Jesuita, ó nosotros los que vivimos como Lazaristas.

No es solamente en la correspondencia íntima de estos padres donde se descubren las señales de esa obediencia hasta la muerte; por todas partes se encuentran pruebas de ella, y cuando en 1777 la Santa Sede envió otros misioneros para que tomasen posesion entre los indios de la obra de los Jesuitas, se renovó igual ejemplo. Los hijos de Loyola entregaron á otras manos la herencia de S. Francisco Javier, multiplicada por dos siglos de trabajos y de martirios. "Tenian, dice uno de estos nuevos misioneros (1), por superior al P. Mosac, anciano octogenario, encanecido en las fatigas del ministerio apostólico, que habia ejercido por espacio de cuarenta años, y quien abdicó su puesto con la docilidad de un niño.

El 15 de Noviembre de 1774 se vió en Friburgo un rasgo aun mas notable. Los Jesuitas, proscritos por Clemente XIV, determinaron hacer sufragios por su alma. A este efecto reunieron en la Iglesia colegial de S. Nicolas á todos los habitantes de la ciudad y el P. Mattzel, al pronunciar la oracion fúnebre del soberano pontífice, esclamó en medio de la emocion general: Amigos, queridos ami,

(1) *Voyage dans l'Indostan*, par Mr. Perrin, II partie, cap. IV., pág 174.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gos de nuestra antigua Compañía, que lo seais actualmente, ó que lo podais ser, si alguna vez hemos sido tan dichosos que háyamos podido hacer algunos servicios á los reinos y á las ciudades, si en alguna cosa hemos contribuido al bien de la cristiandad, ya sea predicando la palabra divina, ya catequizando ó instruyendo á la juventud, ó ya visitando los enfermos y encarcelados, ó componiendo libros edificantes (aunque en nuestra situacion actual tenemos muchos favores que pedir): os rogamos, con las mas vivas instancias, que cese entre nosotros todo recuerdo y queja amarga y poco respetuosa á la memoria de Clemente XIV, gefe soberano de la Iglesia."

De este modo, en todos los puntos del globo, por el testimonio general, consta que los Jesuitas no se resistieron á la arbitrariedad que los desterraba de sus misiones, y que los despojaba de sus bienes; y al sacrificarlos á una paz imposible, no maldijeron á la Santa Sede. No lucharon contra el poder temporal, y se sometieron con la mas dolorosa resignacion al breve de Clemente XIV. Nadie les oyó protestar ni con dudas, ni con reconvenciones, ni con ultrajes. La historia debe hacer constar esta obediencia que honra á la vez á la cátedra apostólica y á la Compañía de Jesus.

Ya hemos referido cómo y de qué manera fué destruido el instituto fundado por S. Ignacio de Loyola. Al fin, ha llegado á esclarecerse esta cuestion por tan largo tiempo controvertida, y á esclarecerse con documentos emanados de los mismos que conspiraron para resolverla. Nuestra tarea se ha reducido á estudiar el acontecimiento de la destruccion de los Jesuitas y á escudriñar el reinado de Clemente XIV. Hele aquí tal como aparece con sus concesiones arrancadas por el terror ó por la adulacion. Los hombres que, ayudados de sus audaces sofismas y sueños impíos, quieren siempre llevar la perturbacion en la fé, en las cosas y en las ideas, se han empeñado y se obstinan aun en elevar al papa, destructor de los Jesuitas, sobre un pedestal gigantesco. Le han presentado como venerable, santo, inmortal, sin tacha, y fundador de un imaginario pontificado civil y moderno. Esta mentida apoteosis sufre la revision de la historia. A la justicia y á la verdad se debia una satisfaccion; y esta satisfaccion se ha dado.

Para terminar nuestro trabajo, solo nos resta seguir á los padres de la Compañía en su dispersion.

CAPITULO VI.

Confusion de ideas despues de la destruccion de los Jesuitas.—El cardenal Pacca y el protestante Leopoldo Ranke.—Situacion moral de la Compañía.—Los santos y los venerables.—Los padres Wiltz, Cayron y Pépé.—El parlamento de Tolosa y el P. Sorane.—Las ciudades de Soleura y de Tívoli elevan una estatua á dos Jesuitas.—María Teresa y el Padre Delfini.—El Padre Parhamer funda una casa para huérfanos de militares.—El Padre de Mattéis en Nápoles.—Los Jesuitas nombrados por los obispos del Nuevo Mundo, como visitadores de las diócesis.—Los Jesuitas en presencia de los misioneros sus sucesores.—Testimonio de Mr. Perrin.—Busson y Gibeaume.—El cardenal de Bernis, y el caballero de Saint-Priest.—Los Jesuitas vuelven á Cayena bajo los auspicios del rey de Francia y del papa.—Los Jesuitas predicadores en Europa.—El padre Duplesis y los obispos.—El padre Beauregard en Nuestra Señora de Paris.—Su profecía.—Cólera de los filósofos.—El jubileo de 1775.—Reaccion religiosa en el pueblo.—Los filósofos y los parlamentos hacen responsable de ella á los Jesuitas.—El padre Nolhac en el estanque helado de Aviñon.—El padre Lanfant.—Los Jesuitas en las jornadas del 2 y 3 de Septiembre de 1792.—Los Jesuitas españoles durante la peste de Andalucía.—Los Jesuitas obispos.—Los Jesuitas matemáticos, astrónomos y geómetras.—Sus misiones científicas.—Sus útiles trabajos.—Los Jesuitas al frente de los seminarios y colegios.—Los Jesuitas en el mundo.—Su educacion.—Boscovich llamado á Paris.—Poczobut á Vilna.—Hell á Viena.—Liesganig á Lemberg.—El Hermano Zavala, médico.—Ekel, numismático.—Requeno y el telégrafo.—El padre Lazeri, examinador de los obispos.—Los Jesuitas proscritos y teólogos del papa.—Los Jesuitas historiadores y filósofos. Feller en Bélgica.—Zaccaria dirige los estudios de los nuncios apostólicos.—Los Jesuitas ascetas.—Berthier y Brotier.—Freron y Geoffroy.—Los Jesuitas predicadores.—Miguel Denis y sus poesías alemanas.—Berault-Bercastel y Guerin du Rocher.—Ligny y Naruscewicz.—Schwartz y Masdeu.—Jesuitas ilustres por su nacimiento.—Conclusion.

Los Jesuitas ya no existian como congregacion religiosa. No es este el lugar ni la ocasion de examinar si su extincion, solicitada en nombre de la fe, de la moral, de la educacion pública, de las liber-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

gos de nuestra antigua Compañía, que lo seais actualmente, ó que lo podais ser, si alguna vez hemos sido tan dichosos que háyamos podido hacer algunos servicios á los reinos y á las ciudades, si en alguna cosa hemos contribuido al bien de la cristiandad, ya sea predicando la palabra divina, ya catequizando ó instruyendo á la juventud, ó ya visitando los enfermos y encarcelados, ó componiendo libros edificantes (aunque en nuestra situacion actual tenemos muchos favores que pedir): os rogamos, con las mas vivas instancias, que cese entre nosotros todo recuerdo y queja amarga y poco respetuosa á la memoria de Clemente XIV, gefe soberano de la Iglesia."

De este modo, en todos los puntos del globo, por el testimonio general, consta que los Jesuitas no se resistieron á la arbitrariedad que los desterraba de sus misiones, y que los despojaba de sus bienes; y al sacrificarlos á una paz imposible, no maldijeron á la Santa Sede. No lucharon contra el poder temporal, y se sometieron con la mas dolorosa resignacion al breve de Clemente XIV. Nadie les oyó protestar ni con dudas, ni con reconvenciones, ni con ultrajes. La historia debe hacer constar esta obediencia que honra á la vez á la cátedra apostólica y á la Compañía de Jesus.

Ya hemos referido cómo y de qué manera fué destruido el instituto fundado por S. Ignacio de Loyola. Al fin, ha llegado á esclarecerse esta cuestion por tan largo tiempo controvertida, y á esclarecerse con documentos emanados de los mismos que conspiraron para resolverla. Nuestra tarea se ha reducido á estudiar el acontecimiento de la destruccion de los Jesuitas y á escudriñar el reinado de Clemente XIV. Hele aquí tal como aparece con sus concesiones arrancadas por el terror ó por la adulacion. Los hombres que, ayudados de sus audaces sofismas y sueños impíos, quieren siempre llevar la perturbacion en la fé, en las cosas y en las ideas, se han empeñado y se obstinan aun en elevar al papa, destructor de los Jesuitas, sobre un pedestal gigantesco. Le han presentado como venerable, santo, inmortal, sin tacha, y fundador de un imaginario pontificado civil y moderno. Esta mentida apoteosis sufre la revision de la historia. A la justicia y á la verdad se debia una satisfaccion; y esta satisfaccion se ha dado.

Para terminar nuestro trabajo, solo nos resta seguir á los padres de la Compañía en su dispersion.

CAPITULO VI.

Confusion de ideas despues de la destruccion de los Jesuitas.—El cardenal Pacca y el protestante Leopoldo Ranke.—Situacion moral de la Compañía.—Los santos y los venerables.—Los padres Wiltz, Cayron y Pépé.—El parlamento de Tolosa y el P. Sorane.—Las ciudades de Soleura y de Tívoli elevan una estatua á dos Jesuitas.—María Teresa y el Padre Delfini.—El Padre Parhamer funda una casa para huérfanos de militares.—El Padre de Mattéis en Nápoles.—Los Jesuitas nombrados por los obispos del Nuevo Mundo, como visitadores de las diócesis.—Los Jesuitas en presencia de los misioneros sus sucesores.—Testimonio de Mr. Perrin.—Busson y Gibeaume.—El cardenal de Bernis, y el caballero de Saint-Priest.—Los Jesuitas vuelven á Cayena bajo los auspicios del rey de Francia y del papa.—Los Jesuitas predicadores en Europa.—El padre Duplesis y los obispos.—El padre Beauregard en Nuestra Señora de Paris.—Su profecía.—Cólera de los filósofos.—El jubileo de 1775.—Reaccion religiosa en el pueblo.—Los filósofos y los parlamentos hacen responsable de ella á los Jesuitas.—El padre Nolhac en el estanque helado de Aviñon.—El padre Lanfant.—Los Jesuitas en las jornadas del 2 y 3 de Septiembre de 1792.—Los Jesuitas españoles durante la peste de Andalucía.—Los Jesuitas obispos.—Los Jesuitas matemáticos, astrónomos y geómetras.—Sus misiones científicas.—Sus útiles trabajos.—Los Jesuitas al frente de los seminarios y colegios.—Los Jesuitas en el mundo.—Su educacion.—Boscovich llamado á Paris.—Poczobut á Vilna.—Hell á Viena.—Liesganig á Lemberg.—El Hermano Zavala, médico.—Ekel, numismático.—Requeno y el telégrafo.—El padre Lazeri, examinador de los obispos.—Los Jesuitas proscritos y teólogos del papa.—Los Jesuitas historiadores y filósofos. Feller en Bélgica.—Zaccaria dirige los estudios de los nuncios apostólicos.—Los Jesuitas ascetas.—Berthier y Brotier.—Freron y Geoffroy.—Los Jesuitas predicadores.—Miguel Denis y sus poesías alemanas.—Berault-Bercastel y Guerin du Rocher.—Ligny y Naruscewicz.—Schwartz y Masdeu.—Jesuitas ilustres por su nacimiento.—Conclusion.

Los Jesuitas ya no existian como congregacion religiosa. No es este el lugar ni la ocasion de examinar si su extincion, solicitada en nombre de la fe, de la moral, de la educacion pública, de las liber-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

tades de la Iglesia, y de la salvacion de las monarquías, ha hecho á los pueblos mas católicos, a los hombres mas virtuosos, á la juventud mas inclinada al estudio que al vicio, al papa y á los obispos mas libres, á los príncipes mas dichosos y tranquilos sobre sus tronos, y á los diferentes paises del mundo mas felices. A nadie tendrémos que preguntar si la aurora de los bellos dias, prometida á la tierra con la supresion del instituto de Loyola, se ha ó no transformado en las mas densas tinieblas, en desórdenes intelectuales los mas palpables, y en depravacion y crímenes tales como los que desde hace largo tiempo llenan de horror al mundo civilizado.

No fué para preservar la religion y la monarquía de los ataques del jesuitismo para lo que se coligaron los parlamentos de Francia y los ministros de España y de Portugal. Veinte años despues, dia por dia, la república francesa, por el órgano de su convencion nacional, inspiraba á las masas, bajo pena de ser guillotinadas, la completa negacion de todo culto y el olvido de toda idea religiosa y monárquica. Desde lo alto del suplicio en donde corria á grandes torrentes la sangre de los reyes, mezclada con la del sacerdocio, y con la de la nobleza y el pueblo, la república francesa agitaba en alto grado las pasiones todas; las deificaba para hacerse de ellas un instrumento de poder, y las sujetaba, en fin, cuando sus víctimas se avergonzaron de aceptar su grosera esclavitud. Los corruptores de la juventud ya no podia enseñar, y por un fenómeno inesplicable, esa misma juventud se mostraba mas corrompida que nunca. Ya no existian los perturbadores del reposo público, y al mismo tiempo la tea de la discordia envolvia en sus estragos á la Iglesia y al Estado, y penetraba hasta en el hogar doméstico. Ya no habia teólogos como los del siglo XVI que disertasen sobre el regicidio y la tiranizacion, y el regicidio y la tiranía llegaron á ser un acto de civismo y de moralidad revolucionaria. Ya no existian Jesuitas que legitimasen los atentados sociales, y sin embargo se veia al crímen convertido en ley, y los derechos de familia puestos en tela de juicio como los de propiedad. Ya no fomentaban los Jesuitas las intestinas divisiones entre los reyes y sus súbditos, y á pesar de eso, guerras sin objeto y sin fin cubrieron el mundo entero de desolacion, de ruinas, de sangre.....

No tenemos que especificar esta confusion de principios y de ideas; harto sabida es. Los Jesuitas hubieran podido combatirla, no les fué dado el hacerlo; el mal ya se hizo superior á todo remedio humano, puesto que tuvo su orígen en la corrupcion y debilidad de los príncipes. Lo que importa á la historia de la Compañía de Jesus, es demostrar si los enemigos de la religion y de las monarquías, al atacar á los discípulos de S. Ignacio de Loyola, conocieron perfectamente la tendencia y resultado de sus esfuerzos. La unidad en la enseñanza era un obstáculo real á los proyectos con-

cebidos: se minó esta unidad por su base, y cuando en 1786 el cardenal Pacca entró á desempeñar la nunciatura de Colonia, ya encontró madura la revolucion. He aquí los términos con que describe las consecuencias de la destruccion de los Jesuitas: "Poco á poco, dice (1), los buenos alemanes fueron perdiendo el respeto que tenian hácia el clero, la Santa Sede y la disciplina de la Iglesia. Miéntras que subsistió la Compañía de Jesus, que tenia muchos colegios en las universidades, y escuelas públicas en diferentes pueblos, tales máximas erróneas encontraron siempre oposicion, y el mal no hizo grandes adelantos; pero la supresion de la Compañía, que tan bien habia merecido de la religion, unida á los progresos de las sociedades secretas, causó á la religion católica pérdidas inmensas. Se rompieron todos los diques, y un desbordado torrente de libros perversos é irreligiosos inundó la Alemania."

El historiador protestante, Leopoldo Ranke es de la misma opinion: "La extincion de esta Sociedad, dice (2), de un solo golpe, y sin preparacion, de esta Sociedad que fundó su principal arma en la instruccion de la juventud, debia necesariamente conmover al mundo católico desde los hondos cimientos hasta su esfera, donde se forman las nuevas generaciones." El azote se habia desarrollado. Hemos visto lo que hicieron los Jesuitas como corporacion para contener su estrago; ya no nos resta sino demostrar lo que su infatigable celo les permitió emprender, á pesar de su aislamiento imprevisto. En medio de los inconvenientes de la dispersion, sus individuos adoptaron aun los medios de hacerse útiles á la fé católica con su piedad, á la Iglesia con sus virtudes ó con su elocuencia, y á las ciencias y bellas letras con sus eruditos trabajos.

Cuando sucumbió el instituto, encerraba en su seno muchos padres que en nada habian degenerado. Se encontraba tan floreciente como en los mas bellos tiempos de su historia (3). La modera-

(1) *Mémoires historiques du Cardinal Pacca*, traduits par l' abbe Sionnet, pág. 13.

(2) *Histoire de la papauté*, t. IV, p. 500.

(3) La Sociedad de Jesus cuenta entre sus individuos diez santos, un beato y gran número de venerables. Los santos canonizados por la Iglesia son: Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Francisco de Borja, Francisco Regis, Francisco de Gerónimo, Luis Gonzaga, Estanislao de Kotska, y los tres mártires japoneses Pablo Miki, Juan de Gotto y Santiago Kisai. El beato se llama Alfonso Rodriguez.

Se llama *venerable*, en el sentido estricto de esta calificacion, á aquel cuyas virtudes heróicas han sido declaradas ó aprobado su martirio por la congregacion general de ritos, en asamblea general, celebrada delante del papa. En sentido mas lato, se atribuye esta denominacion á aquellos que tienen entablada su causa de beatificacion. Los venerables declarados tales, en *sentido estricto*, son los mártires Andrés Bobola, Ignacio Acebedo y sus treinta y nueve compañeros, Rodolfo Aquaviva y sus cuatro compañeros. Los venerables no mártires son: Pedro Canisio, José Anchieta, Bernardino Realini, Luis du Pont, Pedro Claver y Juan Berkmans. Entre los venerables, cuya causa se sigue,

cion en los espíritus habia producido la moderacion en las máximas. La Compañía de Jesus se habia disciplinado á sí misma; vigilaba con mas esmero que nunca sobre las doctrinas emitidas por sus teólogos; se hacia una ley de la caridad sacerdotal para con sus polemistas; vivia con los obispos en la mas cordial fraternidad, y jamas se habia mostrado mas separada de los negocios seculares ó políticos. Habia conocido que en presencia del desbordamiento de vicios que la filosofía acogia bajo su proteccion, los maestros del pueblo debian los primeros dar el ejemplo de pureza de costumbres. El pasado llegó á ser, para los Jesuitas, una garantía del porvenir, y el número de padres que glorificaron á la Sociedad por su celo apostólico y por sus talentos, no era menor que el de otros tiempos.

En el espacio de algunos años, la muerte habia arrebatado al instituto á varios hombres que dejaron sobre la tierra permanentes y largos recuerdos. Pedro Wiltz en 1749, Jacinto Ferreri en 1750, Jacobo Sanvitali en 1753, Juan Cayrou en 1754, Juan de Santiago y Onofre Paradisi en 1761, Camilo Paccetti en 1764, y Francisco Pépé, orador de los Lazzaroni en 1769, habian hecha grandes bienes á la religion con sus obras. Su muerte santificó á la humanidad. Estos perpetuaron en Alemania, en Italia y en Francia el celo de los Javieres y de los Regis. Fueron el consuelo viviente de los pobres; pero en sus últimos momentos, tambien los ricos, los poderosos de este mundo los llamaban á su lecho de muerte, y Benedicto XIV espiró santamente en los brazos del padre Francisco Pépé. La supresion de la Orden no atenuó en nada estos homenages que la virtud arrancaba al siglo XVIII. Se habia destruido á la Compañía; pero ésta seguia aun amada y venerada en sus miembros. En Tolosa se vió, en 1784, al parlamento de Langüedoc reunirse para dar su último decreto contra los Jesuitas. Este tribunal judiciario se asoció á todas las actas de los demas parlamentos; pero algunos años despues ya no es de esto de lo que se ocupa. El Jesuita Juan Serane, el amigo de los pobres, acababa de sucumbir víctima de su ardiente y caritativo celo, y ese mismo parlamento dispone que el discípulo de S. Ignacio sea con toda solem-

---

pero cuyo martirio ó virtudes heróicas aun no han sido reconocidas se encuentra Conzalo Silveira, Juan Sanvittores, Cárlos Spinola, Mastrilli, Viera, Pongratz, Groclezki, Juan de Britto, Roberto Bellarmino, Vicente Caraffa, Luis de Lanuza, Andres Oviedo, Juan de Alfosa, Castillo, Padial, Luzaghi, Baldinucci y José Pignatelli. Pignatelli es el último eslabon de esta no interrumpida cadena que se remonta hasta Loyola.

Hemos indicado tan solo aquellos sobre los cuales la congregacion de ritos aun conserva documentos. Hay otros, cuyo proceso se ha instruido, aunque no consta en los archivos de la congregacion. Tales son los venerables Juan Sebastiani, Julian Maunoir, el Maronita Francisco Jorje, Bernardo Colnado y otros muchos.

nidad enterrado en la Iglesia de Nazaret de esa ciudad, y el mismo dia, en presencia del cadáver bendecido por una voz general, la autoridad eclesiástica diocesana da principio á las informaciones jurídicas para la beatificacion del padre. En los cantones suizos, así como á las puertas de Roma, la muerte de cada miembro del instituto lleva consigo el luto y las alabanzas. El 1.° de Noviembre de 1769, los consejeros de Soleura inscriben en sus registros el nombre del padre Crollalanza; enumeran los grandes servicios hechos por él á la antigua Helvecia, y elevan finalmente una estatua á su humildad (1). En Tivoli, en 1802, el senado erige otra en la sala de sus deliberaciones al padre Saracinelli. Bautista Faure merece igual honra en Viterbo; César de Cordara en Alejandría, y el rey Poniatowski hizo acuñar una medalla en Varsovia en honor del P. Kanouski. Los Jesuitas expulsados de España se dedicaron al servicio de la indigencia en muchas ciudades de Italia, las cuales admiraron su caridad, celebraron sus talentos, y el nombre del hermano Manuel Ciorraga, los de los Padres Sala, Mariano Rodriguez, Pedralbes, Márquez, Salazar y Panna, aun son allí pronunciados con respeto.

Miéntras que los Padres Berthier, Tiraboschi, Cárlos de Neuville, Pedro de Calatayud, Delpuits, Poczobut, Pignatelli, Andres, Muzarelli y Beauregard llenaban al mundo con sus obras literarias, con su piedad y con su elocuencia, la emperatriz María Teresa daba en 1776 un testimonio público de su benevolencia al P. Delfini. Decia así: Movida por la consideracion de las virtudes tan notorias, de la doctrina, erudicion y vida arreglada y ejemplar de Juan Teóphilo Delfini; atendiendo ademas á sus trabajos apostólicos en Hungría, y en el principado de Transilvania, donde con gran consuelo nuestro ha convertido á la verdadera fe á un excesivo número de anabaptistas: Nos, debemos nombrar, y nombramos, al dicho Teóphilo Delfini, como persona capaz y que ha merecido bien del Estado y de la religion, y por lo tanto, muy considerado por nos, y le conferimos la abadía de Nuestra Señora de Kolos-Monostros."

Lo que el P. Delfini habia hecho en la Hungría y Transilvania, el P. Ignacio Parhamer lo emprendia con igual éxito por el Austria y la Carinthia. Parhamer fué el sabio popular, el hombre de iniciacion cristiana y de perfeccionamiento social. Confesor y amigo del emperador Francisco I, ha hecho buen uso de su crédito en la corte; y como Jesuita, se le ha visto fundar muchos establecimientos útiles. Pero, en un gobierno en que cada ciudadano nace

---

(1) Sobre el pedestal de esta estatua se leia la inscripcion siguiente: *Pauperum Patrem, ægrorum matrem, omnium fratrem, virum doctum et humillimum: in vita, in morte, in feretro suscitate sibi similem. amabat, admirabatur, lugebat Soledarum.*

soldado, Parhamer comprendió que el reconocimiento del príncipe debia estenderse á los huérfanos que la guerra dejaba abandonados; y en su pensamiento, este será el mejor medio para conservar la fidelidad del pais. Creó efectivamente una casa-hospicio, donde son recogidos los hijos de los que mueren por la patria. En esta especie de cuartel de inválidos para la infancia, introdujo los ejercicios militares, la disciplina y el órden de un campamento. Colmado de favores por la emperatriz María Teresa, el Jesuita, despues de la destruccion de su instituto, como huérfano que á su vez habia quedado, se dedicó exclusivamente al cuidado de los otros huérfanos que habia reunido. José II le propuso para un obispado, y le dió dos meses de término para vencer su repugnancia; en cuyo intervalo Parhamer murió en 1786. En Nápoles vemos al P. Pascual de Matteis, el brazo derecho de S. Alfonso Ligorio, á quien el ministro de Fernando IV tienta con las mas brillantes promesas. Tanucci ha herido de muerte á la Compañia de Jesus; pero no quiere privar á su reino de los servicios de Matteis. El Jesuita resiste á ese deseo; ha hecho voto de vivir toda su vida bajo el estandarte de S. Ignacio, y lo cumplirá hasta el fin de su carrera. En 1779 murió este padre querido y reverenciado de todos. No es solamente la Alemania é Italia las que aclaman con sus respetos á los restos del instituto de Jesus. En Francia encontraron un apologista, hasta en el convencional Grégoire. "Maria Leczinska, reina de Francia, dice éste (1), tenia por confesor un Jesuita polaco, el P. Radominski; el abate Johanet hizo de él un grande elogio. Murió este religioso en 1756, y fué reemplazado por otro Jesuita polaco, el P. Bieganski. Su calidad de extrangero le exponia á ser expulsado de Francia cuando la extincion; pero la reina le hizo quedar. "Mas abajo Grégoire añade: "La delfina, madre de Luis XVI, tuvo tambien por confesor al P. Miguel Kroust, natural de Strasburgo, desde el 1748 hasta 1763. Fué éste un eclesiástico piadoso é instruido, y ha dejado publicados en latin varios tratados, entre otros, unas meditaciones para los que algun dia han de pertenecer al santuario."

En el espacio de cuarenta y un años, desde el 1686 a 1727, se encuentran en la necrologia de la Compañia, ciento trece Jesuitas que perecieron en el mar, dirigiéndose á las Indias. Cada año contaba sus víctimas; los misioneros, sin embargo, no temieron ni á los padecimientos ni la muerte. En 1760 estaban en su apogeo de grandeza y prosperidad. Los PP. Fauque, Boutin, Cibot, Dollieres, Amiot, Cœurdoux, Collas, Artaud, Lorenzo de Costa, Poisson, Silverio, de Rocha, Machado, Alejandro de la Charme y de Ventavon, acostumbraban á los trabajos del apostolado á la nueva gene-

(1) *Histoire des Confesseurs des empereurs, etc.*, par Grégoire, pág. 396 y 397.

racion que iba á sucederles. Segun los hombres instruidos de la China, ya entre las castas de los parias, ora entre los salvages de la América, Juan de San-Estéban se dedicó de lleno á las misiones. Despues de haber sido agente general del clero de Francia, se hizo Jesuita para morir de aquella muerte que todos los padres envidiaban. Habíaseles visto marchar sin caer jamas en el camino que por sí mismos abrian; se les habia calumniado para perderlos; y cuando el breve de supresion condenó á la esterilidad unos esfuerzos tan perseverantes, la hora de la justicia sonó por fin para los Jesuitas. Los obispos del Nuevo-Mundo les tomaron por sus guias, y por compañeros en sus visitas pastorales. Aun hubo mas; los padres de la Compañia inspiraron una equidad concienzuda á los nuevos misioneros que la Santa Sede y la Francia les daban por sucesores. Uno de éstos, cuyas relaciones merecen completa fé, M. Perrin, sacerdote de las misiones extrangeras, se expresa en estos términos (1): "Desafio desde luego, dice, al mas osado detractor de la verdad, á que pruebe que la Compañia de Jesus ha tenido alguna vez que avergonzarse de la conducta y costumbres de cualquiera de sus individuos que cultivaron la mision Malabara, ya sea en Pondichery, ya en el interior de la costa. Todos parecian formados por mano de la virtud misma, que inspiraron tanto con su conducta como con sus predicaciones."

Este rival, que entra en posesion de la herencia conquistada con la sangre y sudores de los hijos de Loyola, no podia ménos de abrigar prevenciones contra ellos. El mismo las confiesa, y proclama al propio tiempo cómo se las disipó el desengaño: "Confieso, continúa (2), que he examinado á los Jesuitas del Indostan con los ojos de la crítica y aun de la malignidad. Desconfiaba de ellos ántes de conocerlos; pero su virtud ha vencido y disipado todas mis preocupaciones, y la venda del error se ha caido de mis ojos. He contemplado en ellos á unos hombres que sabian amalgamar los grados mas sublimes de la oracion con la vida mas activa, y una ocupacion incesante; á unos hombres con un desinteres tan perfecto y con una mortificacion que hubiera asombrado á los mas fer-

(1) *Voyage dans l' Indostan*, t. II, pág. 161. M. Perrin nos dice su opinion respecto á la Compañia de Jesus, destruida tres meses ántes de su llegada á las Indias: "No debo acusarse de parcialidad cuanto yo diga que pueda redundar en alabanza de estos padres. Jamas he pertenecido á su cuerpo, que ya no existia cuando la Providencia me puso en la dichosa necesidad de guardar relaciones con algunos de sus miembros. Estoy agregado á una asociacion de sacerdotes seculares, que han sostenido largos y animados debates con los padres Jesuitas, y que hubiera podido reputarles como enemigos, si entre cristianos pudiesen mediar esos sentimientos. Pero yo debo en justicia asegurar á unos y á otros que, á pesar de sus debates, siempre han merecido el aprecio y consideracion del mundo católico."

(2) *Voyage dans l' Indostan*, t. II, p. 166.

vientes anacoretas, privarse con el mayor rigor hasta de lo mas necesario, miéntras que agotaban sus fuerzas en los duros trabajos del apostolado; sufridos en los reveses, humildes en medio de la consideracion que gozaban y de los buenos resultados que iban unidos á su ministerio; ardiendo en celo siempre prudente, siempre sabio, y que no se resfriaba jamas. Nunca se les veia mas alegres y satisfechos, que cuando despues de haber empleado dias enteros en predicar, confesar y discutir las cuestiones mas arduas y espinosas, llegaba la noche y la hora de descanso, y venia cualquiera á interrumpir su sueño para hacerles andar una ó dos leguas á asistir á un moribundo. No temo decirlo, eran obreros constantes é infatigables; pero, si con el mayor placer de mi alma les rindo este testimonio, debo decir que aunque no quisiera, tendria que usar este lenguaje, pues de lo contrario, la India entera alzaria contra mi su voz acusándome de impostura."

M. Perrin, que ha examinado de cerca á los Jesuitas, y que los ha estudiado en su vida y en su muerte, es el que refiere todo esto. "El P. Busson, dice el mismo, tendria sobre cuarenta años cuando le conocí por primera vez, y era tan penitente, que por espacio de un año entero no tuvo mas descanso durante la noche que el estricto que la naturaleza le robaba; y, para que ésta no adquiriese ventajas, se mantenia de pié, recostado contra un muro, pasando en esa postura noches enteras, ó arrodillado en la grada del altar de su iglesia. Su único alimento era pan mojado en agua y algunas yerbas amargas y sin condimento; y á pesar de un género de vida tan austero, este santo misionero trabajaba continuamente, sin tomarse jamas la menor recreacion. El solo gobernaba un colegio, dirigia una cristiandad numerosa, daba todos los dias cierto tiempo al trabajo manual, y ayudaba ademas á todos sus hermanos, cargándose con cuanto hubiese de mas trabajoso y repugnante en el ministerio apostólico. A pesar de estar cubierto de llagas y de úlceras, se mostraba impasible; y siempre dulce, tranquilo y modestamente alegre, atraia á los pecadores con un interes que los convertia para siempre. Dotado de una caridad viva, y á cual mas heróica, expiaba consigo mismo los crímenes de los demas, á fin de no envanecer su debilidad. Digna copia del mas perfecto modelo, fué obediente hasta la muerte. Se encontraba en Oulgaret, aldea indiana, distante una legua de Pondichery, cuando cayó malo de gravedad. Tuvo el mayor cuidado en prohibir á sus discípulos que avisasen á sus hermanos del estado en que se encontraba, por temor de que le procurasen alivios y consuelos incompatibles con su espíritu de penitencia. Se hallaba tendido sobre el suelo, en un corredor abierto, abandonado de todo el mundo, y sin mas alivio que unas gotas del agua que junto á sí tenia para templar su fiebre.

A pesar de la prohibicion, los discípulos del colegio, alarmados

al ver su estado, no la respetaron, y dieron parte de todo al obispo, superior de la mision, que mandó en el momento su palanquin para trasladar al enfermo á la ciudad. Lo mismo fué oir este virtuoso sacerdote la órden superior que le mandaba ir á Pondichery, reunió las pocas fuerzas que aun le quedaban para sacrificarlas á la obediencia; pero, lleno de horror hasta el último momento hácia cuanto pudiera dulcificar la amargura de sus padecimientos, quiso hacer el viage á pié. En cuanto llegó, se fué á felicitar al obispo con el mismo aire de edificacion que habia tenido toda su vida. Al verle el prelado, se llenó de terror al reparar la palidez mortal que cubria su rostro, y le dijo, que se acostase inmediatamente para recibir los últimos socorros espirituales de la Iglesia. Acto continuo le fueron administrados; y apenas acabó de recibir la Extrema-Uncion, se levantó del lecho, y se fué á espirar á los piés de un Crucifijo.

"Se halló sobre su cuerpo un crudo silicio, que no se habia quitado de encima durante los quince años que el padre habia estado en la India, y ademas supimos por sus discípulos otras muchas particularidades edificantes, que nos persuadieron de que no habiamos conocido mas que la mitad de sus virtudes (1)."

No fué solamente el P. Busson, segun el testimonio de este escritor, el único veterano del sacerdocio y de la Compañía de Jesus, digno de los elogios de la historia y de la religion.

"El padre Ansaldo, natural de Sicilia, dice M. Perrin (2), fué tambien otro modelo de todas las virtudes cristianas y apostólicas. Fué éste un hombre de genio profundo, dotado de una alma sublime y de esa cabeza perfectamente organizada. Contento con obrar el bien, abandonaba con gusto la gloria á los demas. .... Su trabajo equivalia al que hubieran podido hacer otros seis misioneros. Todos los dias confesaba desde las cinco de la mañana hasta las diez. Dirigia una comunidad de carmelitas del pais. Estableció muchas fábricas de hilados de algodon, en las que una juventud numerosa trabajaba bajo la direccion de excelentes maestros. El padre Ansaldo enseñaba el catecismo en estos establecimientos, arreglaba su policía interior, y proveia á todas sus necesidades. A mas de eso era el encargado de la administracion de Sacramentos de mas de la mitad de la ciudad de Pondichery; y los pocos instantes libres que le quedaban, los empleaba en componer y estudiar las ciencias sublimes ó en dar lecciones, aprender nuevos idiomas, ó formar algun nuevo proyecto piadoso."

La destruccion de su Sociedad no los corrigió en nada. Los Jesuitas estaban en el Indostan, como se les encontraba por todas

(1) *Voyage dans l' Indostan*, p. 173.
(2) *Ibidem*, p. 177.

partes, y M. Perrin cita de ello un ejemplo que le es personal. "El padre de Gibeaumé, dice, anciano de setenta y cuatro años, acabado por las enfermedades contraidas en su largo apostolado, y quien, á pesar de todos sus sufrimientos, conservaba toda la entereza de su bello carácter, al verme ya á punto de marchar, me llamó aparte y me dijo con aire de misterio: "Puesto que nos de-"jais, y segun las apariencias, será por largo tiempo, os suplico me "hagais un favor que depende de vos. No me pregunteis cuál es: "basta solo que sepais que no os exigiré nada que no sea muy po-"sible y permitido." Yo le dí mi palabra de honor de hacer cuanto desease, sumamente complacido al verme en ocasion de poderle ser útil de cualquiera manera que fuese. "Está muy bien, me con-"testó, ya estais cogido por vuestra misma palabra. Quiero, pues, "y exijo de vos que acepteis la mitad de mi tesoro." Abrió en el momento un cajon, y dividió conmigo, de hermano á hermano, cuanto en él se contenia.

"No pueden olvidarse tales hombres, ni dejar de creer en sus virtudes." No son únicamente los émulos de la Compañía de Jesus en las misiones los que deploran su ruina. En Roma mismo se publicaba ese sentimiento, y se les echaba de ménos á cada momento. En su *India orientalis*, el carmelita Paulino de Saint-Barthelemy no puede ménos de hacer constar la decadencia de la fe entre las naciones que los Jesuitas habian civilizado por el cristianismo. "Despues que hombres como éstos, exclama este religioso (1), tan superiores y animados de su celo, proclamaron en otros tiempos la religion en los estados de Tanjaour, de Maduré, de Maissour, de Concan, de Carnata, de Golconda, de Balaghat de Delhy, y en otras regiones indianas situadas en esos continentes, su celo y la antorcha de la fe han desaparecido por las dificultades de los tiempos y lugares, porque nadie les ha enviado colaboradores, y nadie ha sostenido su obra. Despues de suprimida la Compañía de Jesus, todas estas iglesias carecen de pastores, y los cristianos andan errantes, sin ley que les dirija, ni luz que les ilumine."

Por el mismo tiempo, el cardenal de Bernis comunicaba al cardenal prefecto de la Propaganda, una memoria sobre el estado de las misiones en China y en las Indias. Esta memoria, hallada entre los papeles del embajador frances en Roma, hace presentes los servicios que los Jesuitas de la China han prestado á la Francia, por sus correspondencias con la academia real de ciencias de Paris y con sus observaciones, dirigidas á los ministros del rey, sobre materias astronómicas, é investigaciones sobre la botánica, historia

(1) *India orientalis cristiana, &c., auctore P. Paulino a S. Bartholomæo, carmelita discalceato*, p. 199 (Romæ, 1794).

natural, y cuanto podia contribuir á la perfeccion de las ciencias y las artes; y despues de todo esto se lee: "El rey y los ministros han concedido igualmente en estos últimos años, el pasage *grátis* en los buques de la marina francesa á muchos de sus súbditos destinados á la mision francesa en las Indias Orientales. Creemos poder asegurar que estos misioneros no son allí inútiles á la nacion, y que en muchas ocasiones la han hecho servicios de importancia. Por esto sin duda es por lo que el soberano consejo de Pondichery tomó á su cargo, hace algunos años, la defensa contra los individuos que el antiguo parlamento de Paris envió allí para que se apoderasen de los pocos bienes que les restaban. En vista de todo, tan solo se contentaron con hacerles cambiar de trage y que se les llamase MM. los misioneros del Malabar. Bajo estas leyes han continuado ejerciendo sus funciones bajo la dependencia de los obispos, siendo los únicos que comprenden la dificilísima lengua del pais, y no apareciendo el menor inconveniente en su permanencia en esos puntos tal como existen en la actualidad.

Ademas de estas dos misiones, subsisten aun otras dos en Levante, una en Grecia y la otra en Siria. Estas siempre han estado y están bajo la proteccion de la Francia. M. el caballero de Saint-Priest, embajador cerca de la Puerta, declaró, á su llegada á Constantinopla, que el rey le habia recomendado especialmente las misiones francesas, y no cesa de honrarlas á consecuencia de su proteccion. La mision de Grecia tiene establecimientos en Constantinopla, en Esmyrna, en Tesalónica, en las islas de Scio, de Santorin y de Naxia; la de Siria los tiene en Alepo, en Damasco, en Trípoli de Siria; y en Antoura, en el monte Líbano, en el Gran-Cairo y en el Egipto. Los misioneros tratan en todas partes de hacerse útiles á la nacion. Antes de destruirlos, ¿no seria mas conveniente asegurarse previamente de si el rey juzga ó no á propósito el continuar dispensándoles su real proteccion?"

Los Jesuitas desaparecian bajo la tempestad excitada contra ellos por los Borbones; tempestad que desencadenó un papa, y contra la cual tanto en Roma como en Constantinopla se alzó un grito unánime de protesta por todos los católicos previsores. En el interes de la verdad, el caballero de Saint-Priest, embajador cerca de la Sublime Puerta, no temia el atacar de frente las prevenciones de la época. Dirigió al gobierno de Luis XV una memoria sobre la influencia que el nombre frances estaba destinado á ejercer en Oriente por la propagacion del catolicismo; y pintando el estado de las misiones, escribia el 10 de Noviembre de 1773: "El número de los católicos rayas es considerable en Esmyrna (1), y los Jesuitas, allí como en todas partes, logran mucho fruto."

(1) *Archives des affaires étrangéres et manuscrits de l' abbé Brotier.*

Un poco mas abajo añade, haciendo una comparacion entre el instituto de San Ignacio y las demas corporaciones: "Ninguno de estos religiosos desempeñan verdaderamente la mision. Desde hace muchos años, los Jesuitas son los únicos que en ella se emplean con celo; y esto es una justicia que no puede ménos de hacérseles, y que ya no puede ser tachada de sospechosa, en un tiempo en que no existen. Se les debe en su mayor parte el progreso de la religion católica entre los armenios y los sirios, como de ello ya se ha dado cuenta en la memoria del embajador del año último, á quien, como depositario de la confianza de los súbditos del gran-señor, interesa conservar á los ex-Jesuitas en sus funciones, para no comprometer los frutos que han sembrado."

Los obispos del Nuevo-Mundo, los pueblos y los mismos diplomáticos, invocaban la cooperacion de los Jesuitas. Llegó un dia en que la república francesa les pidió su apoyo en las regiones donde habian popularizado el nombre de su patria. El P. Poisson vivia aun en Pekin, y, segun dice Cristóbal de Murr (1), "Este Jesuita contribuyó mucho para la conclusion del tratado de comercio entre la China y la república francesa."

Cristóbal de Murr (2) ha recogido un hecho que confirma plenamente todos estos testimonios. Refiere el historiador protestante, que en 1777 Luis XVI pidió al papa algunos misioneros para la isla de Cayena, pero con la condicion precisa de que supiesen el idioma de los naturales de aquel pais. La Propaganda no los tenia; pero Pio VI, con acuerdo del rey de Francia, hizo pasar á la Guyana á cuatro antiguos Jesuitas portugueses. En el mes de Noviembre de 1777 desembarcaron en Cayena. Al verlos vestidos con el trage de su Orden, y hablando la lengua de los indígenas, los isleños reconocieron al punto un trage que veneraban. Se les dijo que ya no habia Jesuitas; pero ellos les recibieron como á tales. Estos hombres medio civilizados se arrojaron á sus pies, que regaron con sus lágrimas, y en el momento se comprometieron a vivir en adelante como cristianos, ya que les habian sido devueltos los padres que les engendraron en el conocimiento del verdadero Dios.

El celo de la casa del Señor arrastró á una gran parte de la Sociedad de Jesus á paises inhospitalarios; la restante permaneció en el interior de Europa, á fin de luchar, mas contra el vicio y el error, que contra los enemigos de la Compañía. Esta tuvo aun oradores que arrebataban á la multitud. A pesar de la proscripcion que pesaba sobre ellos, se vió á los padres Duplessin, Nicolas Zacconi, Munier, Vigliani, Tchupick, Leatini, Vassalo el apóstol

(1) *Mon nouveau journal*, t. 1, p. 95.
(2) *Journal* de Christophe de Murr. t. IX p. 225.

de Cerdeña, Beauregard, Armando Bol, Le Chapelain y Haussen, renovar el espíritu de las poblaciones. Javier Duplessin era solicitado por todas las ciudades. Los prelados en sus edictos anunciaban su presencia como un favor insigne. Este evangelizaba en las ciudades como en las aldeas, y el obispo de Laon anunciaba su venida en estos términos: "Por un efecto singular de la Divina Misericordia, N. T. C. F., poseemos un célebre misionero que todas las diócesis se disputan, y cuyos infatigables trabajos ha bendecido el Señor con innumerables conversiones y prodigios inauditos."

El nombre del padre Nicolas de Beauregard (1) eclipsa todas estas glorias de la elocuencia sagrada. Nacido en Pont-á-Mousson, en 1731, supo este Jesuita, así como en Bridayne, dominar á su auditorio con rasgos de un genio alguna vez bastante singular, pero que encadenaban el pensamiento y triunfaban de los malos instintos. Sin embargo, mucho le hubiera costado librarse del olvido si á su recuerdo no fuese unido un acontecimiento extraordinario. Durante el Jubileo de 1775, predicó el Jesuita en Notre-Dame de Paris. La concurrencia era inmensa; porque el padre Beauregard, por la impetuosidad de su palabra y trivialidad de algunas de sus imágenes, sabia inspirar á sus oyentes una respetuosa admiracion. Allí mismo, desde aquel púlpito, donde diez y ocho años despues,

(1) El padre Beauregard terminó sus dias en el castillo de Croning, en compañía de la princesa Sophia de Hohenlohe. Tenemos á la vista el testamento ológrafo del Jesuita, con fecha de 29 de Noviembre de 1803, en el cual leemos: Habiéndome hecho Dios en 1749 el insigne favor de llamarme á la Compañía de Jesus, de hacer en ella los últimos votos y ser recibido como profeso: y por una segunda gracia, casi tan privilegiada como la primera, haber sido agregado ó incorporado á la provincia de los Jesuitas de Rusia por el reverendo padre Gruber, entónces general de esa misma Compañía, en virtud de mi voto de pobreza, que en este momento renuevo con toda mi alma, así como todos los demas votos, y en obediencia á nuestras santas reglas y constituciones que respeto mas aun en la hora de mi muerte que en el resto de mi vida; votos y constituciones que no nos permiten testar, lo que se considera como el mayor acto y señal de propiedad: declaro, pues, y afirmo, que cuanto aparezca pertenecerme, no me pertenece en manera alguna, y así todo ello sin reserva alguna es de los Jesuitas de Rusia, á los cuales suplico á su alteza la princesa Sophia que se lo devuelva."

En su número del mártes 2 de Octubre 1804, el *Journal des Debats* se expresa en estos términos sobre la muerte del discípulo de San Ignacio: "El padre Beauregard, antiguo Jesuita, y uno de los últimos oradores que han ilustrado el púlpito cristiano en el siglo diez y ocho, acaba de morir en Hohenlohe, de Alemania, á los setenta y tres años de su edad. Fué celebre en Francia por el buen éxito de sus predicaciones y santidad de su vida.

Despues de haber ensalzado los trabajos y las virtudes del padre, el *Journal des Debats*, concluye así: "Al lamentarnos de semejantes pérdidas, no puede uno ménos de preguntarse á sí mismo: ¿quién llenará estos vacios que la muerte causa diariamente, y de dónde vendrán otros hombres para reemplazar á semejantes hombres?

Hébert, Hobel y Chaumette predicaron su ateismo legal; en presencia de aquel altar, sobre el cual las diosas de la razon y de la libertad ocuparon el sitio de donde fué arrancada la imágen de Nuestra Señora, estrañas y proféticas palabras, nacidas del corazon, hicieron esclamar al Jesuita: "Si, es el rey y la religion lo que los filósofos quieren destruir. El hacha y el martillo están en sus manos, y no aguardan sino el momento favorable para echar por tierra el trono y el altar. ¡Gran Dios! vuestros templos serán despojados y destruidos, vuestras fiestas abolidas, vuestro nombre blasfemado y vuestro culto proscrito. Pero qué escucho! Santo Dios! qué veo! á los sagrados cánticos que resuenan en estas bóvedas sagradas en vuestro honor, se suceden cantos lúbricos y profanos! Y tú, infame divinidad del Paganismo, impúdica Venus, tú vienes aquí á ocupar audazmente el asiento del Dios vivo, á colocarte sobre el trono del Santo de los Santos, y á recibir el culpable incienso de tus nuevos oradores."

Al cabo de diez y ocho años de distancia, ésta era la evocacion de la demagogia francesa tal como aparece en la Historia. "Varias personas influyentes y poderosas, refiere el jansenista Tabaraud (1), que se creyeron aludidas por el orador, pusieron el grito en el cielo y denunciaron á aquel como sedicioso y calumniador de la razon y de las luces del siglo. Condorcet, en una nota de los *pensamientos* de Pascal, le llama conjurado y fanático. "El P. Beauregard, como lo acredita una de las últimas páginas del jansenismo por uno de aquellos rasgos de elocuencia que el cielo inspira alguna vez á sus privilegiados, corrió el velo tras del cual aun se ocultaban los filósofos y los niveladores. Su audacia les llenó de estupor. Otros Jesuitas por la misma época ocuparon la mayor parte de los púlpitos; y supieron dirigir tan bien los espíritus hácia las ideas cristianas, y la proteccion acostumbrada al terminarse el Jubileo fué tan devota y profundamente religiosa, que los corifeos del ateismo, segun dicho de La Harpe, á la sazon uno de sus adeptos, no pudieron ménos de decir: "Ya han de pasar veinticinco años primero que pueda hacerse la revolucion."

Era preciso castigar en alguno el santo arrojo del orador cristiano. La fe no estaba muerta en el corazon del pueblo; y se despertaba en sus almas al oir la voz de los llamados en otro tiempo Jesuitas. Se rodeó por todas partes al desgraciado Luis XVI, y en el mes de Mayo de 1777 le fué arrancado un nuevo edicto (2), di-

(1) *Biographie universelle*, article *Beauregard*.

(2) Las manifestaciones cristianas del Jubileo de 1775 dieron en qué pensar á los sofistas: se les achacaron á los Jesuitas, hicieron presente sus temores al presidente Angran, quien se creyó en el deber de denunciarlos al parlamento el 28 de Febrero de 1777. El presidente Angran ha visto lo que otros legistas ven aun en nuestros dias. Contó al parlamento los esfuerzos intentados

rigido no contra los miembros de la Sociedad de Jesus, sino contra la misma Sociedad, que ya no existia. De los veinte predicadores que durante el Jubileo habian evangelizado á la capital, diez y seis pertenecian á la Compañía de Jesus. Este hecho solo explica á los revolucionarios el eco que tenian sus palabras. Su venganza contra los padres se redujo á la mutilacion de un cadáver. Sin embargo, el 1788, el P. Reyre predicó la Cuaresma en la corte; y el P. Beauregard participó al año siguiente de igual honor. En 1791 el P. Lanfant (1), comenzó su tarea; pero miéntras que sus acentos, inflamados con el fuego de una piadosa elocuencia, daban al rey la fuerza, ó mejor dicho, la resignacion para soportar sus desgracias, se propuso al Jesuita el juramento de la constitucion civil del clero. Lanfant se negó á prestarle: desde entónces le fué entredicha la cátedra del Espíritu Santo; y tan solo tuvo ocasion de predicar otra vez en su vida, que fué el 2 de Septiembre de 1792. El pueblo entónces no le pedia palabras de salud y de consuelo; los asesinos que se llamaban la nacion francesa, exigian su sangre ó su deshonor sacerdotal: Lanfant se dejó degollar. "Si la religion, dice el abate Guillon, obispo de Maroc (2), ha tenido que sentir los ataques de sus enemigos y la defeccion de algunos de sus defensores, tampoco le han faltado apóstoles que han sabido honrar su ministerio, y cuyo celo ilustrado por la ciencia, fué sostenido con la elocuencia de los tiempos antiguos que aquellos han hecho revivir en medio de estos dias de eclipse. No titubeamos en poner á su frente al orador cuyos sermones publicamos."

La revolucion estalló al fin, y en sus furores no distinguió á los Jesuitas de los demas sacerdotes. En su aurora habia proscrito á los discípulos del instituto como el obstáculo mas real y positivo que

por los Jesuitas secularizados; y en seguida añade: "Es público y notorio que están diseminados por todas las parroquias; que están empleados en el santo Ministerio, y que ocupan todos los púlpitos." Esta denuncia fué impresa y publicada. El 15 de Abril, el abogado general Séguier pedia la supresion de esto en los siguientes términos: "Traemos un impreso que contiene la relacion que hace uno de los señores de la asamblea de las cámaras del 28 de Febrero último; y como este impreso es contrario á los reglamentos de imprenta, hemos creido que se debia exigir la supresion." El defecto de forma prevaleció sobre el defecto de razon, y el parlamento se apresuró á aprobar el requisitorio de Séguier. Pero, en compensacion, el parlamento, que no habia querido prestarse á una ridícula comedia, forzó la mano á Luis XVI para que espidiese un edicto contra la Sociedad de Jesus, y al registrar este edicto, se añadió á éste, de su cuenta, las cláusulas tiránicas que obligaron á Luis XVI á anularle en 17 de Junio de 1777.

(1) El nombre del padre Lanfant, hasta el presente, siempre ha sido desfigurado en la historia. Unos han escrito *l'Enfant*, otros *Lenfant*. Tenemos á la vista su correspondencia inédita, y en ella firma el Jesuita con la ortografía que nosotros reproducimos.

(2) *Notice biographique pour les sermons du P. Lanfant*, par Nicolas-Silvestre Guillon.

sus ideas podian encontrar. Despues que estableció su reinado sobre los pueblos á quienes la libertad iba á esclavizar, manifestó una de esas veleidades de justicia que se parecen á un sueño de esperanza en medio de la realidad de la destruccion. La asamblea nacional niveló todas las clases; acabó con la antigua monarquía, estinguió todas las Ordenes religiosas con el fin de crearse partidarios por la venta de los bienes eclesiásticos; despojó al clero para enriquecer al pueblo, legitimando el instinto del robo; pero por una estraña aberracion de las cosas de este mundo, en el momento en que desaparecian los parlamentos bajo la venganza popular, la cuestion de los Jesuitas volvió á aparecer de nuevo, y en la sesion del 19 de Febrero de 1790, el abate Gregoire esclamó (1): "Entre las cien mil vejaciones del antiguo gobierno, que tanto han pesado sobre la Francia, debe contarse la que se ha ejercido contra una Orden célebre, la de los Jesuitas: es preciso hacerles participantes de nuestra justicia."

Estas palabras que dan cierta gravedad al carácter y á las ideas del futuro obispo constitucional de Loir-et-Cher, ya habian resonado en la tribuna de la asamblea nacional. En una de sus últimas sesiones, refiere el *Journal de Paris*, redactado entónces por Condorcet, Garat y Regnault de Saint-Sean D'Angely (2), que el diputado Lavie habia despertado, por un sentimiento profundo de justicia, de piedad y quizá de convencimiento, un recuerdo que el tiempo parecia haber condenado al olvido. En el momento en que los legisladores de la Francia decretaban esta destruccion universal de las Ordenes religiosas, se pronunció el nombre de Jesuitas; éste trajo á la memoria sus desgracias olvidadas, é hizo conocer en cierto modo á la asamblea nacional que existian aun "algunos de esos desgraciados que habian sido sacrificados, no á la libertad, á la razon ni por la patria, sino al espíritu de partido, á la venganza y al odio mas implacable."

Este fué el juicio que la asamblea constituyente formó de la destruccion de los Jesuitas. La que se reunia para trastornarlo todo, tenia aun palabras de reconvencion y censura contra los mismos que la prepararon el camino, y el protestante Bernave, adhiriéndose al pensamiento de una tardía equidad, dijo: "El primer acto de la libertad naciente debe ser la reparacion de las injusticias del despotismo; y así propongo una nueva redaccion á la enmienda propuesta en favor de los Jesuitas." "Estos, repuso el abate duque de Montesquieu, tienen derechos á vuestra generosidad, que no rehusaréis á una congregacion tan célebre, en cuyo seno muchos de los que aquí estamos presentes, hemos hecho nuestros primeros estudios,

(1) *Moniteur* du 20 Febrier 1790. Séance du 19.
(2) *Journal de Paris*, núm. 31.

y á unos seres desgraciados cuyas faltas son quizá un problema miéntras que sus infortunios son reales y positivos."

En cuanto pudo la asamblea nacional, revisó la sentencia de destruccion, y aceptó á los Jesuitas como á víctimas del despotismo, consagrando así, por un voto casi unánime, el principio de su inocencia. A peticion de Gregoire y de Barnave este voto particular se convirtió en ley. En el mes de Febrero de 1790 la revolucion tomó bajo su tutela á los padres de la Orden de Jesus; y en el mes de Octubre de 1791 los entregó á la muerte. Antonio Nolhac fué el primero que la sufrió en esta nueva arena del martirio. Antiguo rector del noviciado de Tolosa, quiso consolarse de los desastres de la Sociedad, aceptando el curato de San Sinforiano de Aviñon, compuesto en su mayor parte de feligreses pobres. El Jesuita llegó á ser el tesoro de las personas caritativas, y una segunda providencia para los desgraciados. Arrestado el 16 de Octubre, pasó junto con los demas prisioneros aquella noche, que atendido el furor de los *Jourdan cortu-cabezas*, creyó ser la última para él. Se preparó á morir, y preparó igualmente para lo mismo á sus compañeros de prision. Cuando llegó el momento del sacrificio los bendijo á todos en brazos de la muerte; y admirado de todos, permaneció en pie alentando á las demas víctimas, y haciéndolas ver la palma que iban á conseguir. Cayó el último de todos, y junto con los demas cadáveres el suyo fué arrojado á la Nevera. "Cuando fué posible, refiere Jauffret, obispo de Metz (1), sacar los cuerpos del pozo de nieve, el pueblo se afanó por encontrar el de su buen padre, y fué hallado con mas de cincuenta heridas. Un Crucifijo que tenia colgado del cuello y sus hábitos de sacerdote, le hicieron reconocer. Todos se disputaron algun pedazo de su ropa, y fué preciso dejar expuestos á la veneracion del público, por espacio de ocho dias, tan venerables restos.... Así todos los fieles de Aviñon reputan al padre Nolhac como un mártir, y están dispuestos á honrarle como á tal. Aun se le llama el padre de los pobres; nombre que llevó siempre, y que se le da en la informacion verbal que pasado algun tiempo se remitió á Aviñon por los comisarios del rey, y que fué leida en la asamblea nacional."

Ya no era posible combatir de palabra ó con la pluma, en favor de la unidad católica. La libertad de 1792 prohibia los debates de la inteligencia, y era preciso ó aceptar sus degradaciones cívicas, ó perecer bajo la cuchilla de los asesinos regimentados por los herederos de la filosofía y del jansenismo. Algunos Jesuitas, veteranos en el púlpito, en el confesionario ó en la

(1) *Memoires pour servir á l'histoire de la religion et de la philosophie, á la fin du XVIII siecle*, tom. II, pág. 246.

ciencia, sobrevivian aun. La muerte les aterraba menos que el perjurio. Rehusaron prestar el juramento á la constitucion civil del clero; y en las lúgubres jornadas del 2 y 3 de Septiembre se les hizo espiar su valerosa resistencia.

En los Carmelitas, en la Fuerza, en la Abadia y en San Fermin, en la primera fila de la heróica legion de mártires, á quienes los dos Larochefoucauld, y Dulau arzobispo de Arles, conducian al cielo, se vieron los últimos restos de la Compañía de Jesus. Allí se iba á glorificar la fé católica con una muerte voluntaria; y estos hombres encanecidos en los trabajos del pensamiento, no retrocedieron á su vista. Los padres Julio Bonnaud, Delfau, Juan Charton de Millou, Claudio Gagnières des Granges, Santiago Durvé-Friteyre, Cárlos le Gué, Alejandro Lanfant, Nicolas Ville-Croin, Jacinto le Livec, Pedro Guérin du Rocher y su hermano Roberto, Juan Vourlat, Eloi Herque du Roule, José Rouchon, Antonio Tomas, Rousseau, René Andrieux, Antonio Second y Nicolas Maria Verron, perecieron en medio de esa ciudad de Paris, que, sobrecogida de espanto, presenció, sin embargo, con el arma al brazo este crímen organizado. Estos Jesuitas (1) eran todos eruditos, como Guérin du Rocher; oradores, como el padre Lanfant, y sabios geómetras como le Livec.

Otros vivian en el interior de las provincias; y allí sirvieron de modelo al clero y de consuelo á los corazones cristianos; pero al fin desaparecieron en la tormenta. Los padres Daniel Dupleix y Carlos Ferry, cayeron en Lyon bajo el hacha revolucionaria. Julian D'Hervillé en Orleans, Mateo Fiteau en Orange, Agustin Rouville en Aubenas, Pedro Lartigue en Clérac, Cárlos Brunet en Poitiers, murieron en el cadalso. Algunos, como los padres Alejandro de Romécourt, Gilberto Macusson, Nicolas Cordier, Antonio Raymond, José Imbert y Domingo de Luchet, se vieron encerrados en los pontones de Rochefort. A éstos no les fué reservada la muerte en el campo de batalla; se les destinó á mayores y mas largos sufrimientos. Así como aquellos sacerdotes deportados que murieron ántes de llegar á su destierro, víctimas de males y privaciones de toda especie, éstos Jesuitas sucumbieron despues de una lenta agonía y sucumbieron pidiendo á Dios por sus verdugos. El padre Gaspar Moreau, destinado á ser

(1) Un autor de una escuela muy opuesta á los Jesuitas, Aimé Guillon, en *los mártires de la fe durante la revolucion francesa*, tributa en cada página de su libro un justo homenage á la piedad, abnegacion y ciencia de los padres. Todos ellos se hallaban encargados de la direccion de los conventos de monjas, y á sus consejos debe atribuirse la conducta llena de firmeza que mostraron las religiosas, durante esta tempestad. Estas pretendidas víctimas del fanatismo se mostraron casi en su totalidad fieles á los votos de que la ley les libertaba.

ahogado en el Loire, espiró de fatiga, de frio y de hambre, ántes de llegar al término de sus deseos.

Los Jesuitas franceses desafiaron el cadalso proclamando su fe; los Jesuitas españoles entregaron su vida por hacer triunfar el principio de la caridad cristiana. Cárlos IV habia sucedido en el trono á Cárlos III, su padre; y éste príncipe abre para siempre á los desterrados las puertas de su patria. Algunos, aprovechándose de la justicia que al fin se les hacia, llegaron á España por el mes de Abril de 1800. El siglo XIX comenzaba por una peste en este pais, que muy pronto iba á sufrir tantas calamidades gloriosas y sangrientas. El contagio se extendió por toda la Andalucia. Los Jesuitas, que acababan de pisar el suelo natal, al saber esa novedad, se ponen en camino para prestar sus servicios á las ciudades y pueblos invadidos. Veintisiete de éstos hallaron el martirio en el ejercicio de su caridad. Los padres Pedro é Isidoro Gonzalez, Miguel de Vega, Francisco Muñoz, Antonio Lopez, Pedro Cuervos, Francisco Tagle, Bautista Palacios, Diego Irribarren, Fermin Excurra, Cárlos y Sebastian Perez, Julian de Vergara, Luis Medinilla é Ildefonso Laplana, murieron de esa suerte en Cadiz, en el puerto de Santa María, en Jerez de la Frontera y en Sevilla.

En Portugal, la reina Doña María, á pesar del respeto que guardó á la memoria de José I, su padre, hacia desaparecer las cadenas con que Pombal, desterrado á su vez, habia cargado á las víctimas de su arbitrariedad. Novecientos Jesuitas fueron los que recobraron la libertad; y los obispos y el pueblo acogieron con testimonios de veneracion á unos mártires, á quienes diez y ocho años de cautiverio no habian desanimado. El P. Timoteo de Oliveira, antiguo confesor de Doña María, fué reinstalado en la corte y colmado de honores. En presencia de Pombal, el P. Juan de Guzman apeló á la conciencia de los hombres en la declaracion siguiente: "Encontrándome en la edad de ochenta y un años, próximo á comparecer ante el recto tribunal de la justicia divina, yo Juan de Guzman, último asistente de la Compañía de Jesus para las provincias y demas dominios de Portugal, creeria hacerme culpable de una omision imperdonable, si, desentendiéndome de recurrir al trono de vuestra magestad, donde residen juntamente con ella la clemencia y la justicia, no depositase á sus pies esta humilde y respetuosa demanda, á nombre de mas de seiscientos súbditos de vuestra magestad, resto desgraciado de sus compañeros de infortunio.

"El que suscribe, suplica, pues, á vuestra magestad, por las entrañas de Jesucristo y por su corazon sagrado, por el tierno amor que vuestra magestad profesa á la augusta reina su madre, al augusto rey D. Pedro y á los demas príncipes é infantes de la fami-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lia real, que se sirva ordenar y disponer que la causa que declara infames á los ojos del universo á tantos leales súbditos de vuestra magestad, sea examinada de nuevo. Estos, señora, se lamentan al verse acusados de haber cometido crímenes y atentados que aun los barbaros se horrorizarian de imaginar, y que el entendimiento humano apenas puede concebir; se lamentan al verse todos condenados sin haber sido citados ni oidos, y sin que se les haya permitido alegar razon alguna en su propia defensa. Cuantos han salido de las prisiones para sufrir el destierro, se encuentran todos de acuerdo sobre este punto, y atestiguan unánimemente que durante todo el tiempo de su arresto, no han visto el rostro de ningun juez ó al ménos que tuviese tal carácter.

"El suplicante, por su parte, que ha desempeñado por espacio de muchos años un puesto donde ha podido adquirir un conocimiento inmediato de los negocios, está pronto á atestiguar, en la forma mas solemne, la inocencia de todo el cuerpo y de los gefes de la asistencia. El suplicante, en union de todos los desterrados, se ofrecen de comun acuerdo á sufrir penas aun mucho mas rigurosas que las que han sufrido hasta el presente, siempre que uno solo de los individuos en cuestion llegue jamas á ser convencido de haber cometido el menor crímen contra el estado.

"Ademas, la inocencia del suplicante se encuentra evidenciada por el resultado de tantos procesos, que con todo rigor han sido instruidos contra él, contra sus hermanos, y contra el gefe del instituto. Pio VI, que gloriosamente reina, ha visto los originales de los procesos susodichos; vuestra magestad encontrará en tan gran pontifice, un testigo de excepcion, y toda la tierra no podria producir otro mas integro; y hallará al mismo tiempo un juez á quien no puede suponerse capaz de cometer una iniquidad, sin hacerse culpable de una impiedad sin ejemplo.

"Dignese, pues, vuestra magestad usar de la clemencia que le es tan natural como debido el trono que ocupa; dando oidos á los ruegos de tantos desgraciados, cuya inocencia está probada, pues que, en lo mas fuerte de su infortunio jamas han cesado de ser súbditos fieles de vuestra magestad, y cuyos padecimientos, por grandes que sean, jamas han podido alterar ni disminuir por un solo instante el amor que desde su infancia han conservado hácia su augusta y real familia."

Ya hemos visto á los Jesuitas, despues de su supresion, honrar al sacerdocio con sus virtudes. Hélos aquí á su vez honrados con las dignidades eclesiásticas. Su instituto fué proscripto como corruptor de la moral, y como perjudicial á la religion y á la seguridad de los estados. Mas apenas quedaron estos sacerdotes libres del yugo que sobre sí llevaron con tanto amor y que dejaron con tanto pesar, despues de haber sido tachados como sospechosos por

la filosofía, por los parlamentos, por los reyes y por la Santa Sede, cuando la Iglesia y los príncipes católicos se apresuraron á escoger de entre ellos los obispos que debian alimentar al pueblo con el pan de la palabra divina. Jamas se desmintieron tan pronta y solemnemente acusaciones tan graves; jamas se trató de mostrar ménos respeto al juicio exterior pronunciado por la iniquidad. En el espacio solo de veinticinco años, desde el 1775 al 1800, se ofrecieron á los padres del instituto un gran número de sillas apostólicas. Como hizo el P. Damian Allain, nombrado obispo de Tournay por Bonaparte, obraron otros muchos Jesuitas, renunciando esa suprema dignidad, con la esperanza de ver reconstituida la Sociedad de Jesus, miéntras que algunos aceptaron los cargos que se encomendaron á su celo apostólico. Francisco Benincasa fué designado para la mitra de Carpi; Juan Benislawski, obispo de Gadara, tuvo ademas la coadjutoría del arzobispado de Mohilow; John Carrol fué electo por el clero, obispo de la república inglesa en América; y tuvo á Leonardo Neale por coadjutor en Baltimore; Cárlos Palma fué sufragáneo del arzobispado de Colocza en Hungría; Alejandro Allessandretti fué promovido á la silla de Macerata; Antonio Smidt, nombre célebre entre los doctores del derecho canónico, se vió escogido para sufragáneo de Spira: Estanislao Naruszewicz ocupó el obispado de Smolensk; Sigismundo de Hohenwart, la silla metropolitana de la capital de Austria; Domingo Manciforte aceptó el obispado de Jaenza; José Grimaldi, el de Pignerol y despues el de Ivrée; Alfonso Marsili fué designado por Pio VI para el arzobispado de Sienne; Andres Avogadro para el obispado de Verona, donde consoló en su destierro á Luis XVIII, nieto de Luis XV. El mismo honor episcopal disfrutó Felipe Ganucci en Cortona; Pablo Maggioli, en Albenga; Butler, en Limerick; Keren, en Neustadt; Gerónimo Durazzo, en Forlí; Julio César Pallavicini, en Sareza; Gerónimo Pavesi, en Ponteremo; Miguel Sailer, en Ratisbona; y mas adelante, bajo el reinado de Napoleon, Imberties, en Autun. El padre du Gad, antiguo misionero francés y prisionero de Pombal, fué nombrado en 1777 procurador general de las misiones francesas en la China y en las Indias.

Para los Jesuitas, proscriptos en corporacion y venerados como individuos, la dignidad episcopal no fué sino pesada carga, cuya responsabilidad muchos no quisieron aceptar. Los unos, como los padres Engelberto Belasi y Cárlos Viel, confesores del duque y de la duquesa de Baviera, se quedaron al lado de los príncipes que les habian escogido por sus directores; miéntras que otros se contentaron con funciones mas modestas. Fueron arrojados de la Compañía, su patria adoptiva; y las ciudades de Italia, tan poco propensas á conocer el derecho de ciudadanía á

los extrangeros, le otorgaron con gusto á estos proscriptos recibiéndoles en su seno. Los Jesuitas fueron llamados á desempeñar todos los empleos; y se los encontró en todas partes, aun en los Estados-Generales y en la asamblea constituyente, donde tuvieron su asiento los padres Delfau, Leisségues de Rozaven, San Estéban y Allain.

Los que no obtuvieron los honores del episcopado, se les vió ocupados, por sus proscriptores, en el gran mundo ó en los trabajos literarios ó científicos de la época. Estos habian tenido por maestros ó por modelos á los padres Manuel de Acebedo y Cristóbal Maire, uno y otro estimados de Benedicto XIV por sus profundos conocimientos en liturgia y en matemáticas; pero la ciencia no les fué tan fatal como al padre Ignacio Szentmartyonig. En 1750 el rey de Portugal pidió al general de la Compañía dos geómetras hábiles para que fijasen los límites de las posesiones portuguesas y españolas en la América meridional. Fueron para esto designados el Jesuita Hungaro y el padre Haller. Szentmartyonig se dirigió á aquellos puntos con el título de astrónomo y geómetra del rey. Este prometió una remuneracion digna á sus trabajos, á los que el Jesuita consagró diez años de su vida en servicio del rey de Portugal. En 1760 desembarcó en Lisboa, y al punto fué arrestado y encerrado en una prision, en la que le retuvo Pombal hasta el dia en que la muerte libró al reino fidelísimo de la impericia del soberano y de la crueldad de su ministro.

Los Jesuitas habian aprendido en el instituto los diversos ramos de la ciencia, y despues, como ántes de la supresion, los aplicaron con el mejor éxito. Aquí la corte de Viena enviaba al padre Walcher á reconocer el lago Rofnerlise, y, reparando aquel sus diques, preservaba á los terrenos inmediatos de los desastres de la inundacion. María Teresa, en recompensa de sus servicios, le nombró director de la navegacion y de las ciencias matemáticas. Allí el padre Cabral contenia, por medio de un ingenioso sistema, la caida del Velino, que tantas veces arruinó la ciudad de Terni; y cuando pasado algun tiempo se permitió al Jesuita regresar á su patria, fué pagado con diez y ocho años de destierro su nuevo beneficio de encerrar el Tajo en su cauce, librando con esto las campiñas de los desbordamientos de ese rio. Juan Antonio Lecchi reparó los caminos militares del Mantuano; Vicente Riccati preservó á Venecia de los estragos de la inundacion, arreglando el curso del Pó, del Adige y del Brenta; Leonardo Jimenez, en Roma y Toscana, prestó iguales servicios, nivelando los caminos y estableciendo un nuevo sistema de puentes. El padre Zeplichal, en 1774, de órden de Federico II de Prusia, aplicaba sus conocimientos de mineralogía, para encontrar los metales que ocultaba el condado de Glatz.

Pero sobre todo, la enseñanza científica y literaria fué la que movió á los pontífices, á los reyes y á los pueblos, á poner en juego la aptitud de los Jesuitas. Los padres José Zios, Bernardo Zarzoza, Andres Galan, Francisco Villalobos, Ignacio Julian, Pedro Cadon, Santiago Basili, Vicente Rossi, José Pons, Francisco de Sandoval y Pedro Segeres, fueron puestos al frente de los seminarios de Tivoli, de Segni, de Anagui, de Gubio, de Verula, de Centi, de Velletri, de Seti, de Sinigaglia, de Citá del Castello y de Ferentino. Los obispos hicieron por sí estos nombramientos; y Pio VI los imitó confiando el Seminario de Subiaco, que él habia fundado, al padre Alejandro Cerasola. En Roma se creó una academia eclesiástica, cuyo establecimiento, atendiendo á la clase de estudios que en él se hacen, y á que es un semillero de obispos, nuncios, cardenales, legados y papas, contiene en su seno todo el porvenir de la Iglesia Romana. Pio VI nombró director de esta casa al padre Antonio Zaccaria. La principal mision del Jesuita consistió en formar nuncios apostólicos (1); y así fué el maestro de los que se mandaron para instruir los pueblos y discutir con los reyes. Despues de Zaccaria, el padre José Sozzi, otro Jesuita, desempeñó igual cargo.

En Francia se destruyó á los Jesuitas para privarles de la educacion de la juventud, y Federico II, el rey filósofo, no ocultó sus pensamientos respecto al porvenir, cuando, con fecha 22 de Abril de 1769, escribia á D' Alembert (2): "Con el tiempo, le decia, se resentirá la Francia de la expulsion de este Orden, y la educacion de la juventud será la que mas padezca en los primeros años; lo cual es tanto mas perjudicial, cuanto que vuestra literatura se encuentra en decadencia, pues de cien obras que se dan al público, apenas se ve una tolerable." Chateaubriand ha visto por sí mismo lo que Federico el Grande no pudo mas que presentir, y así dice (3): "La Europa sabia ha sufrido una irreparable pérdida con la extincion de los Jesuitas. La educacion jamas se ha levantado despues de la caida de aquellos." En otra obra el mismo escritor se expresa en estos términos (4): "Los Jesuitas se sostuvieron y perfeccionaron hasta su último momento. La destruccion de este

(1) En sus *Mémoires historiques sur les affaires de l' Allemaque, pendant sa nonciature*, pág. 9, el cardenal Pacca refiere que el soberano pontífice, despues de haberle declarado que le escogia para esa mision tan importante como difícil, añade: "Desde este momento debeis dirigir todos vuestros estudios hácia las ciencias sagradas y aprender del abate Zaccaria, fuente inagotable de erudicion, quien os enseñará los conocimientos eclesiásticos de que teneis necesidad para salir airoso de vuestra nunciatura."

(2) *Œuvres philosophiques de D' Alembert*, t. XVIII.

(3) *Génie du Cristianisme*, t. IV, p. 300.

(4) *Mélanges* du vicomte de Chateaubriand.

Orden ha causado un mal irreparable á la educacion y á las letras. Hoy dia todos convienen en ello."

Al terminarse la revolucion, cuando todas las imaginaciones y todos los recuerdos se reflejaban aun en los espectáculos de desmoralizacion, á los que se habia convidado al pueblo, cuando á cada paso recelaba el pié hollar un suelo ensangrentado, ó involuntariamente se volvia la cabeza por no ver el sitio que ocupó un cadalso, aun era permitida la emision de semejantes opiniones. Pero ahora, cuando el principio revolucionario ha pasado á ser costumbre de una parte de la nacion, que le ha aceptado como la sancion de su herencia paterna ó de su materialismo industrial, estas opiniones se verian ahogadas por los clamores universitarios, que, en aquellos tiempos, se oian desde muy largo. Si la Francia, los parlamentos y los enciclopedistas reputaron como útil vedar á los Jesuitas la educacion de la juventud, otros pueblos, la Alemania sobre todos, y aun algunos estados protestantes, no consintieron en este suicidio literario, que presintió Federico II y que Chateaubriand ha hecho constar. Cuando el rey de Prusia dirigia aquellas líneas proféticas á D' Alembert, el colegio de Luis el Grande se encontraba en decadencia; mientras que los Jesuitas hacian brillar en otros puntos el poder de su sistema de educacion. Un viagero, Rossignol de Vallouise, visitó, en 1767, el colegio Teresiano de Viena, cuya direccion corria á cargo de los padres, y despues de haberle proclamado como la primera escuela del mundo, continúa (1):

"Se veia en esta casa reunida la flor de la nobleza de todos los estados de la casa de Austria, alemanes, húngaros, italianos y flamencos. Allí se cultivaban con el mayor esmero y con gran éxito, las ciencias, las letras y las bellas artes. La historia natural era la que estaba en mayor auge. Se reunian colecciones, y se enseñaba á dibujar y colorear al natural las producciones de la naturaleza. Matemáticas, física, música, baile, esgrima, geografia é historia, nada se perdonaba para formar á esta noble juventud en toda la extension de sus deberes. Una treintena de discípulos se dedicaban á la jurisprudencia, y estaban separados de los restantes como los mas avanzados. La filosofia se tomará el trabajo de adiviuar el motivo de esto. Estos jóvenes confesaban y comulgaban, por lo regular una vez al mes, y no era costumbre hacerlo mas á menudo. Se les montaba bajo un tono que pudiesen conservar hasta el fin de su educacion y su entrada en el gran mundo. Pero lo que mas particularmente interesará á nuestros franceses, es la amenidad, política y urbanidad que reinaba entre esta juventnd; cualidades cuyo paralelo

(1) Carta á M. Noel, editor de la *Geografia* de Guthrio, p. 16 (Turin, 1805).

es dificil encontrar en establecimientos de esa especie. Al presentarse un extrangero, podia contar ser allí recibido con la mayor cordialidad, como si entrase en un pais conocido, sin mas requisito que proveerse de un intérprete. En esta casa se hablaban todas las lenguas, con igual soltura, y sin que este estudio prevaleciese y estorbase las demas ocupaciones literarias, y hé aquí el método: Un dia de la semana todos los colegiales estaban precisados á hablar aleman, otro dia latin, otro italiano, y así sucesivamente, designando dos para el idioma frances..... Pero mi admiracion no fué tanta respecto á ésto, como por lo que voy á decir. En la comida encontré en el asiento de mi lado al jóven conde Bathiani, húngaro, y de edad de once años, el cual sostuvo conmigo largas conversaciones, y le oí hablar latin con la rapidez y precision de un antiguo profesor de filosofia. Cuando hablaba frances, hubiérais dicho que habia sido educado á las orillas del Loire, en Blois ó en Orleans. Principalmente en la mesa fué donde tuvo una conversacion mayor. No habia lectura durante la comida, con el fin de que los jóvenes aprovechasen ese rato para formarse en las lenguas y en las maneras de una buena sociedad. Con este designio se les hacia comer en mesas redondas ú ovaladas, que admitian doce cubiertos, ocho pensionistas y cuatro Jesuitas, repartidos simétricamente, y que no les perdian ni un momento de vista. Cada uno á su vez servia los platos, viéndose obligado á hacerlo con la limpieza y decencia convenientes. Esta última cualidad era la que reinaba en todos sus actos y en toda su conducta, en tal grado, que á pesar de haber permanecido enmedio de todos ellos por largo tiempo, jamas oí, ni una sola vez, la menor palabra ó concepto que faltase al respeto que se debia á la religion, á la pureza de costumbres y á los mutuos miramientos y consideraciones que exige la sociedad."

Se ensalzaba en Viena la educacion que los restos de la Compañía propagaban por el sistema de Loyola. En Beslau, uno de los discípulos del padre Kæhler, Augusto Theiner, que llegó á ser un escritor distinguido, ofrece á su antiguo maestro un homenage tan justo como tierno: "Debo, dice Theiner (1), la educacion de mi juventud á ese Kæhler tan conocido de todos los habitantes de Silesia, y que ha tenido la gloria de ser el primero que introdujo en esa provincia el estudio de las lenguas orientales Kæhler ha hecho en Silesia servicios á la instruccion pública, reconocidos igualmente por los católicos y los protestantes. Segun el conocimiento que al presente he adquirido de lo que son los Jesuitas, puedo certificar que Kæhler es digno de su Orden ilustre. Muchas veces tuve un placer cuando le oia, con la mayor inge-

(1) *Histoire des Institutions d' education ecclesiastique*, t. 1.° intr., p. 31.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuidad, manifestar su deseo de morir, si fuese posible, con el trage de su instituto."

María Teresa habia sufrido la dura ley de las necesidades de posicion, al dar su asentimiento á la extincion de la Compañía de Jesus; pero no permitió que sus individuos abandonasen los colegios. En Baviera el P. Bonschab fué nombrado rector del de Munich. El padre José Mangold llenó igual cargo en el de Augsbourg. Estaba dirigido por cuarenta Jesuitas, entre cuyos profesores se citaban con orgullo á Francisco Neumayr, Aloyz Merz y José Stark: los dos primeros célebres predicadores y controversistas, y el último gran erudito que tradujo al aleman las mejores obras francesas. Despues de la supresion de la Orden, el elector de Colonia nombró á Juan Carrich superior del colegio de las Tres-Coronas y rector de su Universidad. El príncipe Cárlos Teodoro, elector-palatino, dejó su colegio de Manheim á disposicion de los padres, en el cual vivió y murió, desterrado de la Francia, el padre Desbillons.

La misma reaccion se veia por otras partes en favor de los Jesuitas. Juan de Ossuna es buscado para la direccion del colegio de los Sabinos; Antonio Pinazo, para inspeccionar los estudios en Milan; Juan de Dios Nekrepp presidia en Viena la academia imperial de lenguas orientales, y Juan Molnar la Universidad de Buda. El elector de Maguncia convida á los Jesuitas á que vayan á enseñar á sus estados: garantizándoles rentas vitalicias y otras muchas ventajas. Quedan permanentes en Ratisbona y en Lieja, donde el P. Hawart educó á los jóvenes ingleses en la sólida piedad y la literatura. En Prato, Panizzoni, profesor de matemáticas, se retiró de su puesto al aparecer el breve de Clemente XIV. Los discípulos se fueron con él, y no volvieron hasta que Leopoldo, gran duque de Toscana, reinstaló al maestro. Las cátedras de las ciencias sublimes fueron casi exclusivo patrimonio de los Jesuitas. Pablo Mako, Estévan Scænwisner, Bautista Horwasth, Francisco Luino y Antonio Lecche, fueron designados por María Teresa, unos como á asesores y otros como maestros de numismática, antigüedades, arquitectura militar, é hidráulica. La universidad de Ferrara nombró á Antonio Villa profesor de elocuencia y de antigüedades griegas y latinas. El gran duque Leopoldo encargó á Leonardo Jimenez que extendiese por Toscana la enseñanza de la física y geometría. Oráculo de las academias de Paris, de Sierna, de Bolonia y de Petersburgo, creó el observatorio de Florencia; miéntras que por el mismo tiempo Eckel ordenaba el museo numismático de aquella ciudad, Joaquin Pla enseñaba en Bolonia la lengua caldea, y la academia de Mantua coronaba la disertacion sobre la mecánica sublime del P. Antonio Ludena.

Roger Boscovich estaba libre por último. Todas las Universidades y Academias de Europa se disputan el sábio Jesuita; pero este no consintió jamas en separarse de su madre la Sociedad de Loyola. Cuando Clemente XIV hubo pronunacido la sentencia de muerte del instituto, Boscovich se rindió al voto de Luis XVI, quien le invitaba, por una carta autógrafa, "á retirarse á sus estados, para entregarse á las meditaciones sublimes, y para satisfacer su ansiedad por el progreso de la ciencia." La Francia desterraba á los Jesuitas franceses; y su rey mas justo, abria su capital á los Jesuitas extrangeros. Luis XVI le nombró director de óptica para la marina, con una pension de 8000 libras tornesas. Pero, bien fuese por ódio al padre, ora por algun sentimiento de envidia respecto del sábio, Boscovich fué objeto de las intrigas de D' Alembert (1) y de Condorcet. El Jesuita no estaba habituado á esas pasiones que absorven el talento y se agitan por la emulacion, y abandonando la Francia, marchó á buscar algun reposo á Milán. Este reposo llegó á ser un nuevo motivo de gloria para él y para sus hermanos.

Mientras que Boscovich atrae por sus trabajos la atencion del mundo sábio, otro Jesuita, en la extremidad de la Europa, es aplaudido por sus tareas astronómicas. En 1673 Poczobut descubrió la constelacion del toro real de Poniatowski. El fué quien restauró el observatorio de Vilna. El compañero fiel de los trabajos de Poczobut, es otro Jesuita; el matemático Andres Strecki. Maximiliano Hell, sábio profundo en las ciencias exactas, es llamado á Ward'hus, en Laponia, á invitacion de Cristian VII rey de Dinamarca. El autor de las *Efemérides astronómicas* tenia que estudiar sobre este punto el paso de Vénus. Esta es una de las observaciones que han producido los resultados mas satisfactorios (2).

---

(1) Se ha negado que D' Alembert hubiese suscitado disgustos á Boscovich Hé aquí una nota de Lalande, que transcribe Montucla en su *Histoire des mathématiques*, tom. IV, pág. 288, en la que se dice: "El P. Boscovich, que habia dado sobre esta especie de equilibrios sabias é ingeniosas explicaciones en 1755, fué atacado por D' Alembert (*Opusc.*, 1761, t. 1, pág. 246). Este filósofo no amaba á los Jesuitas, porque habian criticado su *Enciclopedia* en el *Journal de Trevoux;* y ha perseguido al P. Boscovich toda su vida. Mas éste probó completamente, que D' Alembert se habia equivocado, en una nota inserta, en 1770, en la traduccion de su obra sobre la medida de la tierra *(Voyage astronomique et geographique*, pág. 449). El P. Boscovich no sabia tanto de cálculo integral como D' Alembert, pero tenia tanto ó mas talento que aquel."

(2) Lalande rogó á diferentes astrónomos que le enviasen sus observaciones, para que él pudiese calcularlas, compararlas y deducir de ellas la distancia del sol á la tierra. Hell no mandó las suyas á Paris; las publicó en Alemania, y su resultado fué mas decisivo y mas exacto que el del astrónomo frances. Lalande se vengó en el *Journal des Savants* de 1770; Hell contestó. Pero, cuando la muerte trajo consigo el dia de la verdad y de los elogios, Lalande hizo

El número de Jesuitas que, cómo Boscovich, Poczobut y Hell, daba honor á la Compañía en la época de la supresion, es verdaderamente extraordinario. En Roma, son los Padres Asclépi y Veiga; en Viena, al lado del Padre Hell, el astrónomo y matemático imperial, los PP. Pilgram, Mayr, Sainovicz; en Francia y en Italia, Carboni de Sassari, Rivoire, Béraud, Rossi, Monteiro, Troili, Mourin, Luneau de Boisgermain, Mourgues, Duparc Paulian, Vautrin y Gainella, sus hermanos en el instituto, y sus coolaboradores ó émulos en la ciencia. El P. Liesganig, cuyo genio admiró Lalande, se retiró á Lemberg. Nada le llamó hácia la tierra desde que fueron rotos los lazos que le unian á la Sociedad de Jesus. Liesganig, el autor de una *Medida para varios grados del meridiano*, pareció olvidar sus trabajos por la oracion. Weis en Tirnau, Mayr y Tirneberger en Gratz no abandonaron el campo de batalla astronómico. Otros muchos añadieron el valor de la ciencia al de la resignacion. "Habia, dice Montucla (1), pocos grandes colegios de la Sociedad, ya fuese en Alemania, ya en los paises limítrofes donde la astronomía no tuviese un observatorio como los de Ingolstad en Baviera, de Gratz en Siria, de Breslau y Olmutz en Silesia, de Praga en Bohemia, de Posen en Lituania, etc. Muchos de estos observatorios sufrieron la suerte de la Sociedad; sin embargo, algunos sobrevivieron á la ruina de aquella, como el de Praga. Este observatorio, concluido en 1749, fué dirigido durante gran número de años por el Padre Steppling, hábil geómetra y astrónomo, á quien la Universidad de Praga debe principalmente la introduccion de las ciencias exactas en su seno."

Cristian Mayer en Manheim, Esprit Pezenas en Marsella, Reggio, de Cesaris y Oriani en Milán, Lecchi en Viena, Scheffer en Ausburgo, fueron estimados por los pueblos y apreciados de sus reyes. Francisco Schrank llegó á ser el naturalista de Alemania, el émulo de Buffon y amigo de Daubenton. El hermano coadjutor, Miguel Zabala, desterrado en Roma, se entregó al estudio de la medicina para ofrecer á los pobres como él los estudios de su arte. Muy pronto fué nombrado primer médico del hospital real de San-

justicia á su rival, y en la pág. 722 de la *Bibliographie astronomique*, año 1792, dice lo siguiente: "La observacion del padre Hell fué exactísima, pues se ha encontrado en efecto ser una de las cinco observaciones completas, hechas á tan gran distancia, y donde la distancia de Vénus, aumentando cada vez mas la duracion de su paso, nos ha hecho conocer la verdadera distancia del sol y de todos los planetas respecto á la tierra, época memorable de la astronomía, con la que se encontrará ligado, con justa razon, el nombre del padre Hell, cuyo viage fué de tanto fruto y de tanta curiosidad y trabajo, como ninguno de cuantos se han emprendido con ocasion de este paso."

(1) *Histoire des mathemathiques*, t. VI, pág. 344.

tiago. El Padre Javier de Borgo, asceta, orador é ingeniero, prosiguió su triple carrera en el mundo, mientras que el Padre Eckel, el numismático del siglo XVIII, publicaba su *Ciencia de las medallas*, y que Roqueno se adelantaba al abate Chappe en la invencion de los signos telegráficos. Lo que emprendian los unos para glorificar á Dios en las ciencias humanas, lo secundaban otros en los estudios sagrados, en la historia, en la filosofía y en la literatura. El P. Bautista Faure fué su maestro. Erudito consumado, dialéctico tan brillante como vigoroso, habia pasado su vida entre las luchas del pensamiento. La ciudad y el senado de Viterbo le erigieron una estatua y un sepulcro. El P. Lazeri, hábil lingüista y teólogo profundo, fué, bajo diferentes reinados, consultor del *Index* y corrector de libros orientales. Clemente XIV le conservó en los mismos empleos que antes tenia, y aun despues de extinguir los Jesuitas se suplicó á Lazeri que no renunciase las funciones de examinador de los obispos. Al subir al trono ese mismo Ganganelli, encontró al Padre Angeri condecorado con el título de teólogo del papa, el cual retuvo despues de destruida la Compañía de Jesus. A la muerte de Augeri, Pio VI no quiso ser menos que su predecesor. Los Jesuitas sufrian una muerte eclesiástica, y á pesar de eso, lo mismo los pontífices que los obispos del catolicismo, les tenian cerca de sus personas, para recibir sus consejos.

Jacinto Stopini, Vicente Bolgeni, José Marinovich, Vicente Giorgi, Alfonso Muzarelli, fueron sucesivamente llamados al cargo de teólogos de la Santa Sede; y desde la supresion hasta el restablecimiento de la Compañía desempeñaron aquel puesto. Muzarelli seguia á Pio VII arrancado del Quirinal por una escolta de gendarmes; otro Jesuita, Faustino Arévalo, fué instalado como teólogo del papa, en el centro del catolicismo, por el cardenal di Pietro su representante. El P. Marotti fué secretario de cartas latinas, y Acquasciati, consultor de ritos. Cada obispo eligió por guia á un Padre del instituto. Diego Fuensalida tuvo esa representacion en Imola, cerca del cardenal Chiaramonte, Berti en Reggio, Novaes en Siena, Ocampo en Forli y en Comachio, Javier Perotés en Ancona, Antonio Masdeu en Ravena, Cominelli en Padua, Bellini en Vicenza, Ercé en Ferrara, Perez de Valdivio en Fano, Franciosi en Savona, Cattani en Cesena. En cada diócesis llegaron á ser los directores del prelado, los examinadores sinodales y los casuistas mas esperimentados. El Padre Benito Statler, teólogo y filósofo, fué el consejero eclesiástico del elector de Baviera; combatió el Kantismo y publicó su *Ethica cristiana*. Tomás Holtzklau junto con los Padres Kilber, Neubaer, y Munier compusieron la *Teología de Wurzbourg*. Edmond Voit, Burcauser, Wirwick, Para du Phanjas, Spagni, Kilian, Guénard é Iturriaga, ilustraron con sus escritos las cuestiones mas difíciles y oscuras, y fueron los herederos

de esta última generacion de Jesuitas que vió las desgracias de su instituto, reemplazando en el mundo sábio á los Padres Juan de Ulloa, Jorge Hermann, Reuter y de la Marche (1), muertos hácia los años 1760 á 1766. Todos ellos marcharon por las huellas del Padre Zech, el mayor canonista aleman del siglo XVIII.

Diseminados por el mundo, llevan á todas partes el amor á la erudicion y á las letras. Aquí vemos á los exegetas Pedro Curti, Hermann, Goldhagen, Juan Gener, Alfonso de Nicolai y Champion de Cice-Nilon; allí, á Weith, Javier Widen-Hoffer, Ignacio Weitenaver, y Nicolás de Diesbach, soldado, protestante, predicador, y controversista de la Sociedad de Jesus, Cárlos Sardagna Mutschell, Antonio Weissembach, el adversario de los Josefistas, Sigismundo Storchenau, Nonnotte, Schvenfeld, Noghera, y Agustin Barruel, el ingenioso autor de las *Helviennes*, son los últimos atletas de la Compañía. En las disputas sobrevenidas entre los Nuncios del papa y los electores eclesiásticos de Alemania, desde el 1786 al 1792, refiere el cardenal Pacca (2), aun fueron los antiguos Jesuitas los que se presentaron en la lid contra los enemigos de la Santa Sede; y con escritos sólidos y victoriosos llegaron á esclarecer y á fortificar á los fieles." El cardenal cita en la primera línea de estos hombres que defendieron la Iglesia contra los ataques mismos del clero, al sábio canonista Jacobo Zallinger, y al infatigable Feller. Feller, fué el genio del trabajo unido al mas vivo entendimiento y á una erudicion completa. Tan pronto se apareció como historiador, como filósofo, geógrafo, teólogo y polemista. Enciclopedia viviente, ha arrojado al mundo sus inspiraciones sin tomarse el tiempo de dar colorido á su pensamiento. El fué quien protegió á la Bélgica, su patria, contra las arbitrariedades de José II; quien sostuvo los derechos de sus conciudadanos enseñándoles á resistir á innovaciones tiránicas; y segun el testimonio de M. de Gerlache, historiador moderno de los Paises-Bajos, los escritos de Feller, ejercieron una gran influencia en el congreso Belga de 1790. Feller fué el gefe de la Cruzada contra las doctrinas de José II y del obispo Juan Nicolás Hontehim, conocido mas bien bajo el seudónimo de Febronio; pero en esta lucha de la unidad con las innovaciones, Feller encontró apoyo entre sus antiguos hermanos del instituto. Se batia á la Iglesia en brecha, ya con el sarcasmo, ya con sistemas sacados del olvido; los Padres Pedro de Doyar, Ghesquier, Na-

(1) El padre Francisco de la Marche, que fué enviado á la Martinica y condenó allí á Lavalette, es el autor de la *Fé justificada de toda tacha de contradiccion con la razon.* Los biógrafos le llaman ordinariamente y por equivocacion, de la Marre.

(2) *Mémoires historiques du cardinal Pacca*, t. 1, p. 103.

vez, de Saive (1) y Corneille de Smet, se precipitaron con valentía en el combate teológico, y en él se hicieron notables por su polémica tan viva como sensata. Estos Jesuitas defendieron la autoridad en el mismo punto atacado; otro Jesuita, el P. Zaccaria, llegó desde el interior de la Italia, á ofrecer al catolicismo una cooperacion que decidió la cuestion en su favor. Zaccaria habia sido el amigo predilecto de Benedicto XIV y de Clemente XIII. Clemente XIV le apreció igualmente, y Pio VI puso en él toda su confianza. Zaccaria no fué insensible al ver el riesgo en que se encontraba la Iglesia. Combatió y refutó á Febronio de tal modo, que Nicolás de Hontheim, convencido de sus errores, tuvo valor suficiente para abjurarlos.

Capitani de Mozzi, Berthier, Panizzoni, Daguet, Budardi, Griffet, Baudrand, Minetti Beauvais Couturier, Tartagni, Gravina, Fontaine, Champion de Pontalier, Juan Grou y Stark terminaron en el mundo las obras ascéticas que dieron á sus nombres una piadosa celebridad. "Si llegais á encontrar, dice Chateaubriand (2), un eclesiástico de edad madura, lleno de saber, de talento y de amenidad, sociable, y con todas las maneras propias de una selecta educacion, os vereis dispuesto á creer que este sacerdote fué en otro tiempo Jesuita." El Jesuita reina aun en el pensamiento del cristiano; domina por la sencillez de sus virtudes; se hace amar por la amenidad de su genio y exactitud de sus discursos, y por su urbanidad llena de un tacto fino y delicado. Es verdad que ya no existian en sus filas los Laynes y Belarminos, Petaus y Bourdaloues; la decadencia literaria del siglo XVIII llegó á sentirse hasta en los discípulos de Loyola; pero si no llegaron al génio y elevacion de ideas de sus predecesores, los que á estos siguieron, al ménos en continua lucha contra esa misma decadencia que combatieron por tan largo tiempo, aun se revelaron como oradores é historiadores, como filósofos y críticos, como eruditos y literatos.

Berthier se pone al frente de aquellos que siguen en sus trabajos á pesar de la proscripcion. Este fué el redactor tan distinguido del *Journal de Trévoux*, y se mostró tan formidable por sus luces y por su moderacion, que ha neutralizado los infinitos ultrages bajo cuyo peso se han esforzado los filósofos por oscurecer su nombre. Berthier fué el continuador de la *Historia de la Iglesia galicana* del padre Longueval, y su talento como analista nada le hace perder en sus cualidades filosóficas. Gabriel Brotier, así como los demas Jesuitas, consagró al estudio el resto

(1) El padre de Saive habia consagrado su existencia al triunfo de la fé. En 1811, cuando el supuesto concilio de Paris amenazaba á las libertades de la Iglesia, este Jesuita estaba anciano y enfermo; y sin embargo, se hizo trasportar á Francia para reanimar el valor de los obispos de Bélgica, de quienes era consejero.

(2) *Mélanges* de Chateaubriand.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de su vida. Arqueólogo, químico y médico, adquirió, por su edicion de Tácito y otras obras, una reputacion tan sólida como brillante, que el tiempo no hará olvidar. Buttler, Morton y Stukeley, profesores de la Universidad do Oxford, alentaron al Jesuita en sus trabajos. El padre Desbillons, el último de los romanos, Buenaventura Giraudeau, Lenoir-Duparc, Coster, Lorenzo Paul, Feraud, Teodoro Lombard, Ansquer de Poncol, Cunich, du Hamel, Blanchard, Ives de Querbœuf, Miguel Korycki, Domairon y Corret, se hicieron útiles á su patria por sus obras instructivas y morales. Grossier reemplazó en el *Année litteraire* al formidable Freron, formado en el seno de la compañía de Jesus, y quien, mutilado por Voltaire, se engrandeció, sin embargo, en la memoria de los hombres, siendo reputado como esos de uno atletas de crítica á quienes el genio no ha podido confundir bajo su cólera. En el instante mismo en que Grossier se apoderaba de la sucesion de Freron, otro Jesuita, que hará despues la fortuna del *Journal des Debats*, el padre Geoffroi, comenzaba su carrera en *l' Année literaire*. Claudio de Marolles, Reyre, Perrin, Pavillon du Rivet, Roissard, de Bulonde, Richard Trento, Pellegrini, Saracinelli Venini, Masdeu, Wurz, Merz, Larraz y Winkelkofer, son aun los predicadores mas estimados de su tiempo. Miguel Denis llegó á ser el poeta de Alemania. Amigo de Klopstock, de Schiller y de Gœthe, tendiendo como éstos á una regeneracion literaria, popularizó con sus versos y con su *Ossian* el idioma nacional en Austria. Fué consejero áulico y director de la Biblioteca imperial de Viena. Volpi y Santi, Granelli y Lagomarsini no vieron la caida de la Compañía. Poetas y oradores, precedieron á su instituto en su tumba. Bettinelli, Rubbi, Giorgi, Raffei, Navaés, Antonio Ambroggi y Tiraboschi, les reemplazan en la gloria que va unida á las producciones del genio. Tirabeschi compuso su *Historia de la literatura italiana;* Andrés no se limitó á un cuadro tan reducido, y emprende y lleva á cabo su *Orígeu y progresos de la literatura*. "El Orden de los Jesuitas, en la época de su expulsion de la España, así se expresa el anglicano Coxé (1), poseia literatos, sabios y matemáticos distinguidos. Los nombres de Andres Arteaga, Eymerich, Burreil, Cerda, Colomes, Eximenos, Isla, Lampillas, Lasala, Masdeu, Montengon, Nuix y Serrano, serán siempre recordados por las letras."

El caballero de Azara, ese diplomático cuyo talento será tan célebre como su amor á las artes, contribuyó con toda su influencia á la destruccion de la Compañía de Jesus. No obstante, en Roma, tenia el mayor placer en recibir en su palacio á Andres Requeno, Ortiz, Clavigero y Arteaga. Sus talentos le hacian olvidar

(1) *L' Espagne sous les Bourbons*, t. V, p. 29.

sus preocupaciones filosóficas, pues como dice el citado historiador anglicano: "Durante la permanencia de los Jesuitas españoles en Italia, un sin número considerable de éstos cultivaban con aplauso las ciencias y las letras. Las bibliotecas públicas se vieron frecuentadas por estos hombres ansiosos de instruccion, y á quienes la desgracia inclinaba aun con mas fuerza hácia esta ocupacion consoladora. Las academias y aun los mismos teatros repetian el eco de sus discursos y de sus obras. En los periódicos literarios depositaban el fruto de sus investigaciones continuas; y, es preciso confesarlo para su gloria, sus discusiones llevaron las mas veces por objeto el honor de aquella misma patria que tan inhumanamente les habia arrojado de su seno, contra las aserciones violentas de algunos escritores italianos que trataban de rebajar la riqueza y glorioso renombre de la literatura española."

Lo que Coxe cuenta de los Jesuitas desterrados de la Península, puede con justa razon aplicarse á los padres de los demas paises. Hobrizobfer, Cordara, Reiffemberg, y Nicolas Muszca vivian aún; Beraul-Bercastel componia su *Historia de la Iglesia*, Guerin du Rocher, la *Historia verdadera de los tiempos fabulosos*, y Francisco de Ligny su *Historia de la vida de Jesucristo*. Por el mismo tiempo, Estalisnao Naruszewicz, poeta lírico y prosista, daba la última mano á su *Historia de Polonia*. Daniel Farlati, desembrollaba el caos de las antigüedades de la Illiria, y bajo el título de *Illiricum Sacrum*, elevaba un monumento cuyo mérito y grandeza ensalzaron los autores protestantes de las *Actas de Leipsig*. Laugier trazaba la *Historia de Venecia*. Kaprinai escribió, de órden de José II, los anales de la Hungría, que acabó de desarrollar el padre Jorge Pray. Lanzi era todo á la vez; narrador, anticuario y poeta; Schwartz publicó sus *Collegia histórica;* Burriel su *Tratado sobre pesos y medidas*, y Walstelein su *Descripcion de la Galia Bélgica en las tres edades de la Historia*. Velly, Millot, Duport-Dutrertre, antiguos Jesuitas, Manue Correa, Javier Panel, Nicolas Schmidt, Katona, Marco-Hansitz, José Biner, Hartzheim, Schall y Benedetti, se ocuparon en reconstituir los anales de los pueblos, sacando del olvido antiguos manuscritos ó estudiando las monedas, ó la jurisprudencia eclesiástica. Guillermo Bertoux refiere la *Historia de los poetas franceses*. Legrand D'Aussy, reune los *fabulistas de los siglos* XII y XIII, y escribe la vida de Apolonio de Thyana; Juan Masdeu da principio en Italia á la Historia de su pais. Luis Jacquet, una de las glorias científicas de Lyon, dió á la academia y á la barra del tribunal, reglas de buen gusto, de jurisprudencia y de probidad literaria, miéntras que Georgel (1) redacta sus *Memorias* parciales, y que Gus-

(1) En el momento de la estincion de la Compañía de Jesus, Georgiel unió su suerte á la del cardenal Luis de Rohan. Le siguió á Viena en 1772, con

ta compone las del marques de Pombal, obras en que las mas veces la pasion ocupa el lugar de la verosimilitud.

La caridad de los Jesuitas en Buenos Aires, hizo Jesuita á Tomas Falkner, cirujano inglés, á quien la muerte iba muy luego á arrebatar sobre la playa extrangera. Debió su vida á la Sociedad de Jesus, y se la consagró toda entera. El anglicano se hizo misionero católico; y cuando ya no le fué permitido anunciar el Evangelio á los Salvages, volvió á Inglaterra, y allí compuso su descripcion de la Patagonia, Morcelli, el maestro de la epigráfica, determinó los principios de la inscripcion monumental; Coletti, Lineck, Haicen, Bouth, Oudin, Patouillet, de Menou, Dobrowski, de Rossi y Thmlen (1), removieron cada cual en honor de su patria, y desde el lugar de su destierro, las tradiciones y sucesos que extendieron el círculo de los estudios históricos.

En este incesante sacrificio á la humanidad y á la ciencia consumieron los Jesuitas sus postreros dias, con trabajos á cual mas diversos; honraron su instituto aniquilado; otros le ilustraron con su nacimiento y grandes nombres unidos á él. Hombres piadosos, sábios, inteligentes y sumisos á la autoridad apostólica, despidieron una brillante luz en los dos primeros siglos de la Sociedad; y tampoco faltaron quienes los igualasen en el XVIII. Entónces, como ahora, siempre contaron en sus filas herederos de todas las noblezas. Algunos años ántes de su destruccion se notaban entre los discípulos de Loyola los padres Gabriel de Clermont, José de la Ferte, Francisco de Seedorf, Vicente de Serrant, Gilberto de La Chatre, Spinola, Armando de Montesquieu, Dudon, Corradini, Francisco D'Armaillé, cuatro Fleuriau D'Armenonville, Antonio de Beauvilliers, Olivieri, de Kerivon, René y Felipe Descartes, Gabriel de Kergariou, de Fegeli, du Botderu, de Fontenelle, Sagromoso, de Blainville, Antonio de la Boessiere, Francisco de Coetoglon, tres Lagranville, Radominski, Hervé de Montaigú, de Voisvenet, Bonneuil y Tanneguy du Chastel.

---

el cargo de secretario de embajada, y por afecto al cardenal, se mostró injusto con la reina María Antonieta de Francia. en el negocio del Collar, y en 1802, despues del Concordato, el primer cónsul le ofreció un obispado que rehusó.

(1) Nació Thmlen en 1746 en Gothembourg: educado en el luteranismo, se encontraba en Cádiz, en el momento en que abordaron allí los Jesuitas de México. Se les iba á deportar á Italia, y se embarcó secretamente con ellos. Participó de sus privaciones en el mar, y de su destierro en la isla de Córcega. Le fué propuesto un ventajoso casamiento, y Thmlen. á quien conmovió extraordinariamente la resignacion de los Jesuitas, solicitó la gracia de participar de sus peligros y miserias Fué mandado al noviciado de Bolonia, donde hizo sus primeros votos, y despues de la supresion, se entregó á los estudios históricos y morales, en los que se supo distinguir.

Estos Jesuitas bajaron á la tumba cuando la Compañía estaba en pugna con la adversidad; pero otros retoños de las mas ilustres familias llevaron su luto en los mas lejanos destierros. Entre estos deportados en nombre del honor nacional, se contaron los padres Idiaquez, duque de Granada, Nicolas y José Pignatelli de Fuentes, Raimundo de Aguirre, Pedro de Céspedes, Salazar, Gaetano del Giudice, Sandoval, Iturriaga, San Estevan (1), Zúñiga, Caracciolo, Javier de Luna, Parada, Pallavicino, José Gravina, Juan de Guzman, Noronha de Arcos, Santiago de Camera, Francisco de Portugal, Nuñez de Cunha, Rodriguez de Mello, Juan de Ossuna, Cárlos de la Serna-Santander, Correa, Timoteo de Oliveira, Manuel de Acevedo, Federico Pallavicini, y Mendoza.

La Alemania, la Francia, la Polonia y la Suiza, tienen como la España, el Portugal y la Italia, su contingente de ilustres nombres que ofrecer á la Compañía de Jesus. Los padres Ignacio de Wréde, Federico de Reiffemberg, Leopoldo Apfalter, Nicolas de Diesbach, Odiltz de Wulfen, Sigismundo de Hohenwart, Estevan Michalcz, Juan Sainovicz, José de Huberth, Antonio de Sonnemberg, Enrique de Baring, Gerónimo de Wymar, Juan Pezytuski, Fernando de Hexthausen, Benislawski, Estanislao Kanouski, Naruszewicz, Cárlos Palma, Casimiro Swirski y Popiel. De una parte y de otra aparecen Francisco de Dufort, Luis de Grosbois, Guillermo de Ressequier, seis Villeneuve, de Noé, de Reissac, de Monteil, Estanislao de Beaumanoir, de Sinety, de Montégut, de Saint-Jean, de Ponteves, de Matha, de Coriolis, de Montepin, de Gueydan, de Castellane, de Champagny, de Savignac, de Vaubonn, de Choin, de la Tourette, de Vertrieu, de Saint-Germain, de Beaupré, de la Peyrouse, de Chateaubrun, de Montalembert, de La Condamine, de Vaujors, de Courcelles, Ripert de Monclart, de Chateauneuf, de Seguiran, de Montgenet, de Villete, du Fougerais, de Portula, de Montjustin, du Chatellard, Noyelle, Gantheaume, Juan Bautista Portalis, Tharin, Courvoisier, de Serres, Alberto de Rodas, Montmejan, de Fumeron, Jorge de Colgrave, de Fournel, de Camus, La Valette, de Réals, Champion de Cicé-Nilon y Cicé de Pontalier, Lascaris, de la Fay, Fabricio Caraffa, Mattei, Grimaldi, Juan Strozzi, Cárlos de Briguole, Visconti, Durazzo, Rospigliosi, Pianciani,

---

(1) El padre de San Esteban, de una de las mas antiguas familias de España, se hizo naturalizar en Francia. Fué agente general del clero: y despues entró en la Compañía de Jesus y solicitó la mision de las Indias. Los superiores accedieron á sus ruegos; y en 1730 se encontraba en Pondichery, cuando lo mas fuerte de la guerra entre los franceses y los ingleses. De convenio con el padre Lavaur, proporcionó muchas veces recursos al ejército del conde de Lally. El Bearnes, mandó al Jesuita á los estados generales, donde formó parte de la asamblea constituyente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

Reggio, Oderico, Manciforte, Tartagni, Sanseverino, Rezzonico, Jacobo Belgrado, Nicolas y Juan Tolomei, César de Cordara, Roberti, José de Médicis, Aloeis de Mozzi, Granelli, Pellegrini, Muzarelli, Tadeo Nogarola, D'Elci, Borghése, de Cardito, Riccati, Litta, Calini, Guy Ferrari, Oddi, Ghisleri, Albergotti, Marsili y Doria.

Apoyados en estos nombres, tan célebres en la Iglesia, en la guerra, en la magistratura, en la diplomacia y en la corte, la Compañía de Jesus predicaba, instruia y escribia. Calumniando sus doctrinas y deshonrando su pasado y su porvenir, se trató de persuadir á la Europa que en cada una de estas ilustres familias, así como en el hogar mas humilde, se encontraban naturalezas de tal modo pervertidas, que fuesen capaces de renunciar las riquezas, la gloria ó la oscuridad, á fin de condenar su alma y voluntad propia á la corrupcion de la especie humana. Los parlamentos y los reyes de la casa de Borbon quisieron mancillar la Orden de Jesus, sin tener presente que se acusaban á sí mismos en sus familias, en sus mas fieles súbditos y en las glorias de su patria. Declararon que el instituto de Loyola era perjudicial á la Iglesia, á las monarquías y á los pueblos; miéntras que todos esos Jesuitas, cuyos antepasados habian engrandecido su pais, estaban combatiendo para sostener á los tronos vacilantes, y proclamaban con la santidad de su vida la diestra prevision de los filósofos, el error de la justicia y la ceguedad de los príncipes.

Esta ceguedad no dejó de ser conocida por aquellos hombres que se impusieron á sí mismos la direccion del espíritu público. El 4 de Mayo de 1767, D'Alembert, en su correspondencia con Volter, tomando por su cuenta al rey Cárlos III de España, censura agriamente los actos de despotismo anti-jesuítico que celebra al mismo tiempo por convenir á sus miras. "Creeis acaso, así escribia al patriarca de Ferney (1), el contenido de la carta de M. de Ossun, leida en pleno consejo, y que dice que los Jesuitas habian formado el complot de asesinar el Jueves Santo, (en buenos dias, buenas obras) al rey de España y á toda la familia real. ¿No creeis, como yo, que á pesar de que son bien malos, no son tan locos que piensen en hacer eso, y no desearíais que esta noticia se pusiese en claro? ¿Y qué me decís de la pragmática del rey de España que los espulsa tan bruscamente? Persuadido vos, como yo, de los fundados motivos que para esto habrá tenido, ¿no creeis conmigo que hubiera sido mejor publicarlos, en lugar de encerrarlos *en su corazon real*? ¿No pensais igualmente que ha debido permitirse á los Jesuitas el que puedan justificarse, sobre todo cuando habia una seguridad de que no podian hacerlo? ¿No juzgais ademas como injustísima la disposicion que á todos les hace morir de hambre, en el momento en que un solo hermano escriba bien ó mal en su favor? ¿Y qué os parecen, por último, los cumplidos que hace el rey de España á todos los demas frailes, sacerdotes, curas, vicarios y sacristanes de sus estados, que á mi ver, no son ménos perjudiciales que los Jesuitas, aunque no tengan la importancia que éstos?"

[1] *Œuvres de D'Alembert*, tom. XVI, pág. 11.

Por esto se conoce que segun las confesiones de D'Alembert, la caida de los discípulos de San Ignacio no era sino el primer golpe del hacha dispuesta á derribar la Iglesia católica. En la misma época, Duclos, moralista, historiador y anecdotista, á la manera de los filósofos, deja, en su *Viage por Italia*, entrever igual esperanza. "Las Ordenes regulares, dice este (1), se han alegrado indudablemente de la espulsion de los Jesuitas; pero han tenido la decencia suficiente para ocultar esa misma alegría, un poco acibarada por el temor que tienen respecto á sí mismos. Tocante á las provincias, si las operaciones del parlamento no hubiesen sido confirmadas por un edicto casi arrancado al Soberano, dudo mucho que los demas parlamentos, exceptuando el de Rouen, hubiesen seguido el ejemplo del de Paris. No temo asegurar, y lo he visto muy de cerca, que los Jesuitas tenian y tienen aun sin comparacion mas partidarios que enemigos. La Chalotais y Monclar fueron los únicos que dieron impulso á sus compañeros, y fué preciso echar mano de resortes para mover á los restantes cuerpos. Generalmente hablando, las provincias echan de ménos á los Jesuitas, y cuando se aparece alguno es recibido con aclamacion, por razones que presento con mas extension en una obra particular."

De esta manera respetaba el filosofismo en estos tiempos á la opinion pública, y preparaba la soberanía del pueblo. Pero Duclos aun no lo ha dicho todo. A su vuelta de Roma y despues de haber allí estudiado el movimiento intelectual, continúa en estos términos: "Todos los religiosos, sobre todo los dominicos y franciscanos, que tantos papas han dado á la Iglesia, lo que no ha sucedido con los Jesuitas, aunque hayan tenido algunos cardenales, siempre miran á la Sociedad como colonia extrangera, que ha venido á meter su hoz en mies agena. Tienen envidia del favor y proteccion de que estos nuevos hombres disfrutan, y no les temen ni aun lo bastante para contener y disimular sus sentimientos, y así se les ha visto alegrarse, hasta con escándalo, al llegar la noticia de la expulsion de los Jesuitas de Francia y España. Yo mismo he sido testigo presencial de ello, y me tomé la libertad de decir á aquellos buenos religiosos que estaban completamente ciegos, cuando no veian el nublado extenderse y amenazar con su estrago á todos ellos. El primer rayo habia caido sobre la Sociedad, árbol cuyo ramage cortaba la nube; y así estos religiosos debieron pensar, que

[1] *Voyage en Italie*, pág. 40.

si el hacha deja caer en tierra los copudos robles, mejor se siega la yerba."

Estas predicciones se hacian á mitad del siglo XVIII, y no llamaron la atencion á ninguna de las Ordenes regulares, enemigas ó rivales de la Compañia de Jesus. La tempestad que á todos los debia arrollar se anunciaba por todos lados; y se les vió arrojar gustosamente al piloto á lo profundo del mar, con objeto de librarse, por medio de ese sacrificio, de la impetuosidad de los vientos contrarios. La filosofia declaró una guerra mortal á los regulares, y estos no comprendieron que la destruccion de los Jesuitas era el correo y precursor que anunciaba la muerte de los demas institutos.

Cuando los padres de la Compañia se vieron obligados á salir de Aviñon, ocupado militarmente por las tropas de Luis XV, se encontraron al paso religiosos de diferentes conventos, quienes saludaron con cierta sonrisa maligna á los Jesuitas que marchaban á su destierro: "Reios, reios, mis padres, les dijo el rector; nosotros llevamos la cruz á la cabeza de la procesion, cuya marcha rompemos, y vosotros la cerrareis muy pronto."

Algunos años despues, el cardenal de Loménie-Brienne, ambicioso fautor de reformas filosóficas, y quien por cobardia fué primero apóstata y luego suicida, trabajaba en la secularizacion de los regulares. La asamblea nacional rompió sus votos y se apoderó de sus bienes. Tres años despues, sobre la ruina de todas las creencias, de todos los derechos y de todos los templos, la Convencion proclamó el culto de la Razon, como el único digno del universo civilizado. La victoria llevaba en triunfo al ateismo y la revolucion por los cuatro ángulos de Europa. Los reyes, los sacerdotes, los ricos y los pobres, todos indistintamente morian sobre el cadalso. Por favor singular se concedió al Ser supremo un certificado de vida; y Roma, viuda de su pontífice, Roma dominaba por hábiles vencedores, se transformó en República sin libertad. Pio VI, cautivo, exhalaba su último suspiro léjos de la ciudad Santa en los brazos de un Jesuita; y el mundo católico, lleno de consternacion, no tenia bastantes lágrimas para deplorar la caida de sus altares y de sus tronos. Tantas calamidades inauditas, que tan de cerca se sucedieron á la muerte de los discípulos de San Ignacio de Loyola, si bien no fueron consecuencia inmediata de tan gran acontecimiento, este mismo contribuyó á prepararlas y acelerar su éxito, dió nuevas alas á la audacia de los malvados, y entibió el valor de los buenos. Los unos comprendieron que la autoridad cederia siempre, y los otros que ésta no los apoyaria jamas. El combate no era igual; y así degeneró en vergonzosa derrota. La casa de Borbon comprometió su prestigio, le perdió en su destierro, y se perjudicó con esto á sí misma. La Iglesia es

la que únicamente sobrevive y sobrevivirá siempre, porque en sí lleva un principio indestructible.

Clemente XIV debilitó, en cuanto estuvo á su poder y alcance (1), ese principio que descansa en promesas de vida eterna: sacrificó el honor y la dignidad de la silla apostólica á consideraciones puramente humanas; y se redujo casi á la nada bajo el influjo de los príncipes y de sus diplomáticos. Su pontificado quedará para la historia mas como monumento de debilidad que como leccion terrible para sus sucesores, quienes sin duda jamas tendrán necesidad de ella. La fé de los pueblos está demasiadamente probada, y un nuevo Clemente XIV es imposible.

---

[1] La corte romana siempre ha juzgado severamente el breve *Dominus et Redemptor*, que los impíos de todos los paises y colores se han empeñado en ensalzar. En 1823, el cardenal Della Somaglia, decano del Sacro Colegio y secretario de estado en tiempo de Leon XII, dijo al duque de Laval, embajador de Francia en Roma, y es en un despacho de este digno descendiente de los Montmorency donde hemos hallado estas palabras: "Citad una sola falta de la corte romana en los dos últimos siglos, así se expresaba el cardenal; una sola falta que atestigüe su tiranía ó ambicion; no la hay. Ha existido una que demostró su debilidad: Clemente XIV ha dado cuenta de ella."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

INDICE

DE

LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE LIBRO.

CAPITULO PRIMERO.

Orígen de este libro.—Documentos inéditos que encierra.—Situacion de los espíritus en Europa.—La Compañía de Jesus cara á cara con los enemigos del órden social.—Todos toman por su primer objeto la destruccion de los Jesuitas.—El marques de Pombal en Lisboa.—Su carácter.—Es protegido por los Jesuitas.—Domina al débil José I.—Sus medidas arbitrarias.—Reina en lugar del monarca, infundiéndole miedo con conspiraciones quiméricas.—Comprende Pombal que para quedar dueño del campo es preciso alejar á los Jesuitas.—Cuida de separar al rey de los padres del instituto.—Destierro de los padres Ballister y Fonseca.—Causas de este destierro.—Monopolio administrativo.—Temblor de tierra en Lisboa.—Valor de Pombal y de los Jesuitas.—Caridad del padre Malagrida.—El rey vuelve á sus prevenciones contra la Sociedad.—Pombal sin relaciones con la secta enciclopédica.—Diferencia de sus planes.—Pombal sueña establecer una especie de religion anglicana en Portugal.—Ataca á la Compañía de Jesus en sus misiones.—Tratado de cambio entre España y Portugal.—Las siete reducciones del Uruguay y la Colonia del Santo Sacramento.—Motivos de este cambio.—Las minas de oro de los Jesuitas.—Ambas cortes encargan á los padres que preparen á sus neófitos para la emigracion.—Los padres Barreda y Neydorffert.—Los Jesuitas, á riesgo de perder el cristianismo y su popularidad, obedecen el mandato.—Se les acusa de sublevar los indios.—Concesiones que llegan á ser funestas.—Su obediencia les compromete en los dos campos.—Los neófitos se sublevan.—Proscripcion de los Jesuitas en el Marañon.—Los in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dios son vencidos por carecer de union entre sí.—Expulsion de los Jesuitas. —Se buscan las minas de oro.—Queda demostrado que jamas hubo una siquiera.—Pombal escribe contra los Jesuitas.—Los reyes de España Fernando VI y Cárlos III. hacen quemar su obra.—Ceballos y Gutierrez de la Huerta.—Los Jesuitas disculpados por las autoridades españolas.—Su elogio por las reducciones del Paraguay.—La timidez de los Jesuitas alienta á Pombal. —Pide á Benedicto XIV un breve de reforma.—Benedicto XIV y el cardenal Passionei.—El capuchino protegido por Passionei.—Comercio de los Jesuitas en el Paraguay y en las misiones.—Lo que era este comercio.—Decreto de Felipe V que le aprueba.—Pombal se imagina que los Jesuitas se han desviado de su instituto.—Pretende atraerles á él.—Benedicto XIV moribundo presta su mano, y firma el breve de visita y de reforma.—El cardenal Saldanha y Pombal.—Los Jesuitas confesores del rey y de los infantes desterrados de la corte.—El provincial Henriquez y el general de la Orden mandan guardar silencio y obedecer.—Muerte de Benedicto XIV.—Saldanha hace uso de sus poderes.—Condena á los Jesuitas como convencidos de un comercio ilícito.—Eleccion de Clemente XIII.—Su carácter.—El general de los Jesuitas Lorenzo Ricci se queja del cardenal Saldanha y de sus medidas.—Destierro de los padres Fonseca, Ferreira, Malagrida y Torres.—El padre Santiago Camera.—Atentado contra la vida de José I.—Es acusado el marques de Tavora.—Despues de tres meses de silencio es arrestado con toda su familia.—Secretos motivos del odio de Pombal contra los Tavoras.—El tribunal de la Inconfidencia, presidido por Pombal.—Los Tavoras en el tormento.—El duque de Aveiro en la tortura se acusa á sí mismo.—Acusa á sus parientes y á los Jesuitas.—Malagrida, Matos y Juan Alejandro condenados á la última pena.—Los demas Jesuitas sospechosos.—Manifiesto de José I á los obispos portugueses.—Doscientos prelados católicos protestan contra este escrito.—Son arrancados los misioneros de todas las reducciones.—Breve falso, para la espulsion de los Jesuitas en Portugal.—Pombal manda el primer convoy á los estados pontificios.—Los dominicanos de Cívita-Vechei los acojen.—El cardenal Saldanha trata de seducir á los Jesuitas jóvenes.—Desembarazado Pombal de los Jesuitas, se ocupa de su cisma nacional.—El librero Pagliarini y el embajador portugues de Roma.—Pagliarini y sus folletos.—Imprentas clandestinas de la diplomacia.—Relacion de Pagliarini.—Medios que emplea para extender sus obras contra la Santa Sede.—El cardenal Andres Corsini encubridor de malos libros.—La corte de Lisboa la pensiona.—El padre Malagrida condenado como regicida, y quemado como hechicero.—Su proceso por la Inquisicion, del que Pombal es el autor.—Proscripcion de la Compañía de Jesus en Portugal.—Los Jesuitas prisioneros.—Carta del padre Kaulen.—El ejemplo de Pombal alienta á los enemigos de la Sociedad.—Se renuevan las antiguas calumnias.—Se inventa un padre Enrique quemado en Amberes.—Ambrosio Guis y su herencia.—Decreto falso del consejo.—Los Jesuitas condenados á restituir ocho millones. —El padre Girard y Catalina La Cadiere.—La Jóven iluminada y el Jesuita crédulo.—Intrigas de los Jansenistas.—El parlamento de Aix absuelve al padre Girard.—El P. Chamillart muerto, como apelante de la Bula.—Milagros obrados en su sepulcro.—El P. Chamillart resucita.—Su carta. pág. 1

CAPITULO SEGUNDO.

Causas de la destruccion de los Jesuitas en Francia.—Opinion de los escritores protestantes.—Luis XV y Voltaire rey.—Coalicion de los parlamentarios, de los Jesuitas y los filósofos contra la Sociedad.—Los doctores de la economía política.—Los judíos y las sociedades secretas.—Imputaciones que se hacen á los Jesuitas.—Los confesores de la familia real.—Retrato de Luis XV.—Atentado de Damiens.—Madama de Pompadour quiere amnistiar su vida pasada por un Jesuita.—El P. de Sacy y la marquesa.—Sus negociaciones con Roma.—Su carta confidencial.—El P. Lavalette en la Martinica.—Es denunciado como negociante.—El intendente de la Martinica toma su defensa.—Apoyos que recibe del ministro de marina.—De vuelta á las Antillas, Lavalette compra tierras en la Domínica.—Sus trabajos y sus empréstitos.—Su comercio en los puertos de Holanda.—Los corsarios ingleses apresan sus barcos.—Negocios del P. Lavalette protestados.—Los Jesuitas no se convienen en los medios de cortar este escándalo.—Son condenados á pagar *in solidum*. —Apelan de los tribunales consulares al parlamento.—Visitadores nombrados para la Martinica.—Accidentes que les detienen.—El P. de la Marche llega por fin á las Antillas.—Juzga y condena á Lavalette.—Su declaracion. —Los acreedores ante el Parlamento.—El mariscal de Belle-Isle y el duque de Choiseul.—Carácter de este último.—Su carta á Luis XVI sobre los Jesuitas.—De la cuestion de quiebra, el Parlamento se remonta á las cuestiones de la Orden.—Las congregaciones suprimidas.—Cooperacion de los judíos y los frac-masones.—Sentencia del 8 de Mayo de 1761.—El consejo del rey y el parlamento nombran cada uno por su parte una comision para el exámen del instituto.—Chauvelin y Lepelletier Saint-Fargeau.—Dictámen de Chauvelin.—Manda el rey que se sobresea.—El Parlamento elude la órden.—El Parlamento recibe al procurador general como apelante de todas las bulas y breves en favor de los Jesuitas.—Decretos sobre decretos.—Los Jesuitas no se defienden.—Luis XV consulta á los obispos de Francia sobre el instituto.—Su respuesta.—Una minoría de quince votos pide algunas modificaciones.—Los Jesuitas declaran adherirse á la doctrina de los cuatro artículos de 1682.—Concesion inútil.—El rey anula todos los procedimientos. —Libelos contra la Sociedad de Jesus.—*Estracto de las Aserciones*.—Los Jesuitas espulsados de los colegios.—Asambleas estrordinarias del clero de Francia.—La asamblea se pronuncia en favor de los Jesuitas.—La carta al rey.—Voltaire y Alembert.—Los parlamentos de provincia.—Lad. Chalotais, Dudon y Monclar, procuradores generales de Rennes, de Bordeaux y de Aix. —Sus dictámenes.—Situacion de los parlamentos de provincia.—La mayoría y la minoría.—El presidente D' Eguilles y sus Memorias inéditas.—El parlamento de Paris pronuncia su fallo de destruccion de la Compañía.—Los tribunales soberanos del Franco-Condado, de Alsacia, de Flandes, y de Artois, así como la Lorena se oponen á la espulsion de los Jesuitas.—Confiscacion de bienes de la sociedad.—Pension acordada á los Jesuitas.—Juicio de los protestantes sobre esta medida.—Proscripcion de los Jesuitas.—Causas de esta proscripcion. Schœl y La Mennais.—Cristobal de Beaumont, arzobispo de Paris, y su pastoral sobre los Jesuitas.—Cólera del Parlamento.—El prelado es citado á la barra.—Su pastoral quemada por mano del verdugo. —Los Jesuitas obligados á optar entre la apostasía y el destierro.—Cinco, sobre cuatro mil.—Carta de los confesores de la familia Real á Luis XV.

—Su respuesta.—El delfin en el Censejo.—Edicto del rey que restringe los decretos del Parlamento.—Clemente XIII y la bula *Apostolicum*.—Los Jesuitas en España.—Cárlos III los defiende contra Pombal.—El motin de Esquilache apaciguado por los Jesuitas.—Resentimiento del rey de España. —El conde de Aranda llega á ser ministro.—El duque de Alba y el emperador Nicolás I.—Los historiadores protestantes cuentan el modo con que se indispuso Cárlos III contra el instituto.—Cartas apócrifas.—Choiseul y Aranda.—Sentencia del congreso estraordinario.—Misteriosa trama contra los Jesuitas.—Orden del rey dada á las autoridades civiles y militares para arrestar á los Jesuitas en una misma hora.—D. Manuel de Roda y el confesor del rey.—La operacion cesárea hecha á la Compañía de Jesus.—Correspondencia de Roda.—Los Jesuitas arrestados en España, en América y en las Indias.—Amenazas diplomáticas de Roda.—Provocacion del ministerio á la Santa Sede.—Los Jesuitas obedecen.—El P. José Pignatelli.—Clemente XIII suplica á Carlos III que le haga presentes las causas de tan gran medida.—Reticencias del rey.—Su obstinacion.—Breve del papa.—Actitud del cardenal Torregiani.—Obliga al silencio al gobierno español.—Los Jesuitas arrojados al territorio romano.—Causas de su rechazo en aquel punto.—Protestante contra católico.—Roda en favor de los Jesuitas.—Los Jesuitas en Nápoles imitan á Aranda.—Los Jesuitas proscriptos.—Son espulsados de Parma y Malta.—Clemente XIII proclama la vacante del ducado de Parma. —La Francia se apodera de Aviñon. Nápoles de Benevento y Ponte-Corvo. —Amenazas del marqués D' Aubeterre en nombre de Choiseul.—Valor del papa.—Su muerte. . . . . página 67.

CAPITULO TERCERO.

Los Jesuitas en Roma.—Decimasesta congregacion general.—Eleccion de Francisco Retz.—Medidas tomadas en el instituto contra sus escritores y sus polemistas.—Las congregaciones de procuradores.—Muerte del P. Retz. —Le sucede Ignacio Visconti.—Espira este, y el P. Centurioni, nombrado general en su lugar, muere prontamente.—Eleccion de Lorenzo Ricci.—Su carácter.—Presentimiento de la congregacion.—El cónclave de 1769.—Amenazas de los embajadores de la casa de Borbon.—El cardenal Chigi y los Zelanti.—Instrucciones dadas por Luis XV á los cardenales franceses.—Las esclusiones.---El emperador José II en el cónclave.---Su actitud en Gesu.--El de Bernis entra en el cónclave.---Intrigas de los embajadores de Francia y España.--El birrete del cardenal Albini y la Cortesana.---Proposiciones hechas para nombrar un papa, que se comprometa ántes de la eleccion, á destruir la Compañía de Jesus.---Dufour agente del Jansenismo y su correspondencia.---El cardenal Malvezzi propuesto como papa.---Es demasiado ilustrado.---Los fanáticos y los políticos.---La corrupcion en el Sacro Colegio. ---Intimidacion ejercida por los ministros de las tres córtes.---Diferencia entre el episcopado romano y los extrangeros.---Intrigas que ponen en juego las potencias.----Medios que emplean.----Correspondencia inédita y autógrafa del cardenal de Bernis y del marqués D' Aubeterre.---D. Manuel de Roda y el caballero de Azara.---Proposiciones de simonía.---Veintitres esclusiones.---Actitud de Ganganelli.---Lo que piensan de él D' Aubeterre, Bernis, y Dufour.---Los comentarios inéditos del P. Julio de Cordara.--Deplorable situacion del Sacro Colegio.---Escándalos del cónclave revelados por Bernis.---Ganganelli y el cardenal de Solis.---Todos se acusan de jesuitismo.

---Bernis se desentiende.---Pacto secreto para suprimir á los Jesuitas.--Ganganelli engaña á los dos partidos.---Confesiones de Bernis.---Eleccion de Clemente XIV.---Recompensas otorgadas á los cardenales que han obrado contra su conciencia.---Nicolás Pagliarini condenado á Galeras, é indultado por Clemente XIII, es nombrado caballero por Clemente XIV.---D' Aubeterre pide proscripciones. . . . . página 147.

CAPITULO CUARTO.

Retrato de Ganganelli.—Su elogio de los Jesuitas.—Lorenzo Ricci, general de la Compañía, le hace nombrar cardenal.—Los filósofos y los Jesuitas, tienen esperanza en él.—Entusiasmo de los romanos.—Corre tras de la popularidad. —Juicio de D' Alembert y Federico II.—Correspondencia de los ministros españoles con M. Azpuru y el caballero de Azara, plenipotenciarios de España en Roma.—Ultima palabra de la diplomacia del siglo XVIII.—El cardenal Bernis, embajador de Francia cerca de la Santa Sede.—Por complacer al papa, aplaza la cuestion de los Jesuitas.—El conde Kaunitz y el papa. —Prohibe éste al general de la Compañía que se ponga en su presencia.— Clemente XIV y las potencias.—Su carta á Luis XV.—Sus motivos de equidad en favor de los Jesuitas.—Despacho de Choiseul á Bernis.—Bernis forma empeño de obligar al papa á que prometa por escrito al rey de España que abolirá, en un tiempo dado, la Compañía de Jesus.—Ganganelli estudia el modo de eludir este segundo compromiso.—Roda escribe á Azara para que obre.— Política de los gabinetes con respecto á la Santa Sede.—Clemente pierde en Roma toda su popularidad.—Los franciscanos Buontempi y Francesco. —La caida de Choiseul da alguna esperanza á los Jesuitas.—El duque de Aiguillon y madama du Barry se vuelven contra ellos.—Muerte de Azpuru. —Moñino, conde de Floridablanca, va de embajador á Roma —Este intimida y domina á Clemente XIV.—Sus entrevistas.—María Teresa se opone á la destruccion de los Jesuitas, con todos los electores católicos de Alemania. ---José II la decide á condicion de dejarle la propiedad de los bienes del instituto.—María Teresa se une á la casa de Borbon.—Proceso intentando contra los Jesuitas de Roma.—Monseñor Alfani, su juez.—La sucesion de Pizani.— El Jesuita y el caballero de Malta.—El colegio romano condenado.—El Seminario romano puesto en sospecha.—Tres cardenales visitadores.—Los Jesuitas arrojados de sus colegios.—El cardenal de York pide al papa su casa de Fracasti.—El padre Lecchi y la comision de las aguas.—El folleto español y su respuesta —Benvenuti desterrado de Roma —El cardenal Malvezzi en Bolonia.—Correspondencia secreta entre el papa y el visitador apostólico de las casas de la Compañía.—Precauciones para engañar al pueblo.—Confesiones del arzobispo de Bolonia.—El *ne fiat tumultus in populo*. . . . . pág. 223

CAPITULO QUINTO.

Las medidas del papa tienden á acreditar el rumor de que los padres son culpables de alguna fechoría—El breve *Dominus et Redemptor* arrancado al papa.—Su desesperacion á la mañana siguiente.—La Iglesia de Francia se niega á publicarle.—Cristobal de Beaumont da cuenta al papa de las razones que alega el episcopado.—Opinion del cardenal Antonelli sobre el breve.—Comision nombrada para hacerle ejecutar.—Los Jesuitas insultados.—Son arrojados de sus casas.—Pillage organizado de sus archivos y de sus sacristías.—El P. Ricci y sus asistentes trasladados al castillo de S. Angelo.—Prohibicion hecha á los Jesuitas de tomar partido en favor de su Orden.—El P. Faure.—Interrogatorio de los prisioneros.—Sus respuestas.—Embarazo de la comision.—El cardenal Andrés Corsini es el gefe de esto.—Su pension de Portugal.—El dominicano Mamachi maestro del Sacro-Palacio y visitador domiciliario.—Su informe sobre los papeles y libros aprendidos como base de la conspiracion jesuítica.—El breve en Europa.—Alegria de los filósofos y de los jansenistas.—Demencia del papa.—Sus últimos momentos.—Milagrosa asistencia de S. Alfonso Ligorio á su lecho de muerte.—Malvezzi y los once cardenales in petto.—Muerte de Clemente XIV.—Prediccion de Bernardina Renzi.—Fué el papa envenenado por los Jesuitas.—Cartas del cardenal Bernis en Francia para persuadir de que son culpables.—Federico II los defiende.—Declaracion de los médicos y del franciscano Marzoni.—Actitud de las potencias.—Cónclave de 1775.—El gobierno frances y la memoria de Ganganelli.—El cardenal Braschi es electo papa.—Su amistad hácia la Compañía.—Muerte de Lorenzo Ricci.—Su testamento.—El papa obliga á la comision nombrada por Clemente XIV á que pronuncie su sentencia sobre los Jesuitas.—La comision disuelta.—El breve de supresion aceptado por todos los padres de Europa y en las misiones.—Los Jesuitas en la China.—Sus correspondencias.—Muerte de tres padres al saber la extincion de la Compañía.—El P. Burgeois y el P. Panzi.—Los Jesuitas secularizados continúan siendo misioneros.—Cómo reciben á sus sucesores.—La resignacion de los Jesuitas es igual en todas partes. . . . . pág. 266

CAPITULO SESTO.

Confusion de ideas despues de la destruccion de los Jesuitas.—El cardenal Pacca y el protestante Leopoldo Ranke.—Situacion moral de la Compañía.—Los santos y los venerables.—Los padres Wiltz, Cayron y Pépé.—El parlamento de Tolosa y el P. Sorane.—Las ciudades de Soleura y de Tívoli elevan una estatua á dos Jesuitas.—María Teresa y el Padre Delfini.—El Padre Parhamer funda una casa para huérfanos de militares.—El Padre de Mattéis en Nápoles.—Los Jesuitas nombrados por los obispos del Nuevo Mundo, como visitadores de las diócesis.—Los Jesuitas en presencia de los

misioneros sus sucesores.—Testimonio de Mr. Perrin.—Busson y Gibeaume.—El cardenal de Bernis, y el caballero de Saint-Priest.—Los Jesuitas vuelven á Cayena bajo los auspicios del rey de Francia y del papa.—Los Jesuitas predicadores en Europa.—El padre Duplesis y los obispos.—El padre Beauregard en Nuestra Señora de Paris.—Su profecía.—Cólera de los filósofos.—El jubileo de 1775.—Reaccion religiosa en el pueblo.—Los filósofos y los parlamentos hacen responsable de ella á los Jesuitas.—El padre Nolhac en el estanque helado de Aviñon.—El padre Lanfant.—Los Jesuitas en las jornadas del 2 y 3 de Septiembre de 1792.—Los Jesuitas españoles durante la peste de Andalucía.—Los Jesuitas obispos.—Los Jesuitas matemáticos, astrónomos y geómetras.—Sus misiones científicas.—Sus útiles trabajos.—Los Jesuitas al frente de los seminarios y colegios.—Los Jesuitas en el mundo.—Su educacion.—Boscovich llamado á Paris.—Poczobut á Vilna.—Hell á Viena.—Liesganig á Lemberg.—El Hermano Zavala, médico.—Ekel, numismático.—Requeno y el telégrafo.—El padre Lazeri, examinador de los obispos.—Los Jesuitas proscritos y teólogos del papa.—Los Jesuitas historiadores y filósofos. Feller en Bélgica.—Zaccaria dirige los estudios de los nuncios apostólicos.—Los Jesuitas ascetas.—Berthier y Brotier.—Freron y Geoffroy.—Los Jesuitas predicadores.—Miguel Denis y sus poesías alemanas.—Berault-Bercastel y Guerin du Rocher.—Ligny y Naruscewiz.—Schwartz y Masdeu.—Jesuitas ilustres por su nacimiento.—Conclusion. . . . . pág. 327

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTA

PARA

LA COLOCACION DE LOS FACSIMILES.

		PAGINAS.
1.°	Carta de D. Manuel de Roda á D. Nicolás de Azara, fechada en S. Ildefonso á 28 de Julio de 1767.	139
2.°	Carta del marqués D' Aubeterre al cardenal de Bernis, fechada en Roma á 6 de Febrero de 1769.	158
3.°	Pasaporte francés expedido á favor del cardenal de Bernis, para su viage á Roma, en 1.° de Marzo de 1769.	232
4.°	Carta del cardenal Orsini, escrita durante el cónclave, al cardenal de Bernis.	190
5.°	Fragmento de uno de los borradores de carta de M. el cardenal de Bernis á M. el duque de Choiseul, fechado en 17 de Mayo de 1769.	212
6.°	Carta del duque de Choiseul al cardenal de Bernis, fechada en 30 de Mayo de 1769. .	218
7.°	Carta de D. Ruiz de Campomanes al caballero de Azara, fechada en 18 de Julio de 1769.	228
8.°	Carta del cardenal Malvezzi al Papa Clemente XIV, fechada en 10 de Abril de 1773. . .	260
9.°	Carta de Floridablanca á D. Nicolás de Azara, fechada en S. Lorenzo á 11 de Noviembre.	294
10	Carta de D. José Gavazzi á D. Nicolás Pagliarini, fechada en 29 de Septiembre de 1774. .	300

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

DEFENSA

DE

CLEMENTE XIV,

Y RESPUESTA AL ABATE GIOBERTI,

O SEA:

COMPLEMENTO A LA HISTORIA DE LA DESTRUCCION DE LOS JESUITAS,

ESCRITA EN FRANCES

POR J. CRETINEAU-JOLY,

y traducida al castellano

Por el Dr. D. N. V. M.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA EDICION.

MEXICO: 1850.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,
Calle de Chiquis número 6.

AL LECTOR.

ESTE folleto, terminado ya hace un mes, mas pronto le hubiera publicado, á no haberme visto en la precision de tener que reunir todos los documentos autógrafos, para depositarlos en Paris. La mayor parte de los manuscritos que me han inspirado y dirigido en mi trabajo sobre *Clemente XIV y los Jesuitas*, están ya á mi disposicion, por lo cual creo que ya es tiempo de contestar á los ataques de que es objeto esta obra.

La defensa de *Clemente XIV* ha despertado algunas inquietudes; varios amigos de la Compañía de Jesus me han manifestado sus temores y recelos. Sin conocer ni el fondo ni la forma de este opúsculo, decian que en los momentos de efervescencia en que se encuentra la Italia, podia ser mal interpretado su contesto, y quizá llegar á ser inocente ocasion de lamentables sucesos. Adelantaban aun mas: su temor llegaba hasta figurarse que el *Clemente XIV* podria colocar á los Jesuitas bajo el golpe de una conmocion popular, que progresivamente aumentada, llegase hasta unas proporciones sangrientas.

A todo he contestado haciendo ver que, en mi folleto nada se encontraba que pudiera herir susceptibilidades ni provocar tales cuidados; que aun suponiendo lo que no habia, apreciaba en su verdadero valor el carácter de los habitantes de Italia, y principalmente de Roma, para estar muy seguro de que mis palabras no causarian la menor tempestad. Añadí ademas: que habiéndose conquistado los italianos la libertad de imprenta, disfrutan de sus ventajas, y comprenden demasiado bien la dignidad del hombre para no someterse á los inconvenientes de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

publicidad. Espresan libremente sus deseos, sus pensamientos y sus juicios; y tienen sobrado talento para no ceder semejante derecho á los demas. No son, pues, de temer insurrecciones que su piedad y sentimientos repugnan como una tentacion indigna de ellos. Las mortandades de Septiembre de 1792 son muy raras en todas partes; en Italia son imposibles. La mejor prueba que de esto puede dar el autor de *Clemente XIV y los Jesuitas*, es el dejar á su hijo en Roma, bajo la fé de los tratados, y que la idea de llamarle cerca de sí, ni aun se ha presentado á su imaginacion. Sobre tal ó cual punto de carácter y de las esperanzas de un pueblo, puede haber diversidad de opiniones; pero esta divergencia, mas ó ménos fundada, nunca puede llegar hasta el punto de sospechar el crímen y el asesinato.

El autor de la *Defensa de Clemente XIV* no se ve en la necesidad de precaverse sobre las consecuencias de su libro. Escrito con un fin honrado y católico, puede contener apreciaciones políticas, que si para él son una verdad, quizá para otros serán un error. Esta discusion se reduce á una pluma, que escribe con tinta de buena fé, pero jamas con sangre. Completamente tranquilo sobre este primer punto, creo indispensable hacer aquí una declaracion que la verdad y la justicia me exigen; declaracion que sin la menor duda será inútil de todo punto para la mayoría de mis lectores.

Acostumbradas ciertas personas á juzgar ligeramente de las cosas, quizá se habrán figurado que existe una analogía de pensamientos y miras entre el autor de la *Historia de la Compañía de Jesus* y los miembros de este instituto. De una vez para siempre declaro: que jamas ha existido esa intimidad ó lazo, ni aun respecto á la Historia de la Compañía. Con mucha mas razon debo atraer sobre mí la responsabilidad de mis anteriores ó posteriores escritos, con especialidad en todo lo que, en *Clemente XIV* y en su *Defensa*, se refiera al exámen de los actos de la Santa Sede. Repito abiertamente, y sin temor de ser desmentido, que léjos de estar de acuerdo, existe un completo desacuerdo entre el autor y los padres de la Compañía de Jesus.

J. Cretineau-Joly.

Paris, 20 de Septiembre de 1847.

DEFENSA
DE
CLEMENTE XIV,
—Y—
RESPUESTA AL ABATE GIOBERTI.

Cuando tomé la resolucion de publicar *Clemente XIV y los Jesuitas*, no dejé de advertir que estaba persuadido de que este libro seria objeto de mas de un ataque; y en su pág. 10 hice constar mis previsiones en estos términos: "Despertará sin duda muchas preocupaciones, agitará quizá pasiones que no querrán condenarse á la vergonzosa confesion de sus errores; herirá susceptibilidades que respeto, infundirá acaso en el corazon ó en los labios de algunas personas que veneran como yo en el mas alto grado á la Silla Apostólica, palabras de reprension ó disgusto."

Estas pasiones, estas susceptibilidades se han mostrado, y como igualmente las palabras de reprension ó disgusto, no pudieron sorprenderme. Al presente que á la crítica le ha llegado su hora, y que trata de estender ó acortar el debate segun el punto de vista que le ha convenido adoptar, harémos lo posible por revisar sus fallos y esplicar con toda claridad sus juicios.

Apareciendo mi obra en las circunstancias actuales como una errata que se arroja de improviso sobre la historia del siglo XVIII, esta obra, tanto por su naturaleza como por su título, debió llamar la atencion pública. Presentaba hechos y documentos nuevos sobre una materia que las discusiones mas estensas y contradictorias, aun no han llegado á agotar: se trataba de la destruccion de los Jesuitas desde el 1758 hasta el 1773. Este acontecimiento, tan poco conocido y menos apreciado, iba por fin á ser juzgado sobre documentos auténticos; y la parte que en él tuvieron, tanto el soberano pontífice Clemente XIV, como los reyes, cardenales, ministros y embajadores, todo iba á aparecer, cual sucedió, y en su propia desnudez. Con las correspondencias que evoqué, era muy posible desnaturalizar para siempre la verdad, ó rehabilitar la inocencia. En el primer caso se daba á la obra una ruidosa popularidad: en el segundo, me esponia á las recriminaciones del espíritu de partido, á las moderadas quejas de algunos hombres de bien, á las emulaciones de la literatura devota, y á la aversion, en fin, de los enemigos de la compañia de Jesus. A todo me resigné como víctima voluntaria, pero víctima que, segura hasta la evidencia de no morir al primer golpe, le llegaria á su vez tambien su dia. Este dia ha llegado; y en él me será permitido dar algunas esplicaciones y respuestas á los ataques combinados de que el libro de *Clemente XIV y los Jesuitas* ha sido esclusivo objeto.

Desde luego separarémos del debate á ciertas publicaciones periódicas que, como l' *Ami de la religion* y el *Journal des Villes et des Campagnes*, no se han pronunciado sobre la mayor ó menor oportunidad de la obra. La opinion que estos órganos, tan dignos y tan sinceros de nuestras creencias comunes, han emitido á la aparicion del *Clemente XIV y los Jesuitas*, la forma que han adoptado, y el pesar y temores que han manifestado, todo tiende á demostrar que han creido que llenaban un deber al obrar así. He sido el primero en respetar las convicciones de que no participaba. Otros diarios, tales como la *Voix de la Verité* la *Bibliographie catolique, la Lecture*, la *Revue du monde catholique*, el *Journal historique de Liége, el Organo des Flandres, la Union suisse*, las *Feuilles historiques et politiques de Munich*, así como otros muchos de Paris, de las provincias ó de reinos extrangeros, como *la Union monarchique*, la *Gazette des Théatres*, la *Revue nouvelle*, la *Gazette de Metz, la Mode, la Esperance* (de Nancy), *la Etoile du peuple*, etc., etc, han tomado parte en favor de la publicidad. A los ojos de estos diferentes diarios de opiniones y orígenes tan distintos, pero todos deduciendo el mismo resultado, he usado del privilegio de historiador, contando fielmente los hechos que interesaban directamente al honor del Sacro Colegio, á la dignidad de la Iglesia y á la conciencia pública.

En presencia de semejante discusion, el autor mas susceptible

nada tendria que decir, porque es preciso reconocer para todos el mismo derecho que uno invoca para sí. Si la polémica no hubiera salido de los justos límites, en los que tantos escritores de probidad y talento la habian circunscrito, no me hubiera visto obligado á tomar parte en una lucha siempre penosa, y mucho mas cuando hay precision de combatir en defensa propia; pero habiéndoseme dirigido injustos y violentos ataques, seria ya vergonzoso dejar de rechazarlos. Estos ataques han venido del *Contemporaneo*, diario que se publica en Roma, de la *Revue Catholique de Louvain*, del *Rappel*, y del *Correspondant*.

Pocas son sin duda las personas que conocen estas cuatro revistas ó colecciones periódicas, de las que el *Correspondant* únicamente está protegido contra el olvido y la indiferencia pública, por el talento y representacion de varios de sus redactores honorarios. Pero como la cuestion personal que estos diarios han tomado á su cargo esplanar, es á mi modo de entender una verdadera cuestion de principios y una cuestion de honor, respondo á la provocacion que se me dirige.

El *Contemporaneo* fué el primero que entró en la lid. Hoja semanal creada en Roma para predicar el progreso indefinido, ó lo que es lo mismo, para engañar al soberano pontífice y al pueblo, aturdiendo á ambos con el ruido de los elogios mas hiperbólicos, el *Contemporaneo* debió su nacimiento al marques Potenciani y á Monseñor Gazzola. Desde hace un año, M. Potenziani se ha colocado en Roma bajo el pié de marques *fa tutto*. Tiene constantemente el uso de la palabra, arenga al papa en todo y por todo; es el presidente nato y obligado de los banquetes patrióticos, el protector del libre cambio, el precursor de Cobden y el apostol de la economía política; este maques, en fin, posee mas de un título para la estimacion y aprecio de los revolucionarios. La escuela donde aprendió á respetar á sus príncipes legítimos fué la de su regicida suegro, el convencional Salicetti. Se dejó apoderar de una bella pasion por la independencia italiana, el mismo dia en que los napolitanos, agobiados bajo la dominacion de ese Salicetti, resolvieron matar al hombre que Murat les habia puesto en calidad de ministro de policía. M. de Potenziani, se le conoce, conserva tradiciones de familia que deben tranquilizar á los reyes y á la libertad. Su juventud la ha pasado entre agiotages monetarios que no calificarémos; pero sí diremos que estas especulaciones le han hecho rico; que en su consecuencia se ha improvisado filantrópico en su edad madura, y que con el *Contemporaneo*, tiende nada ménos que á ser un pequeño Lafayette pontifical. En cuanto á Monseñor Gazzola, empezó su carrera en la congregacion de la Preciosa Sangre; entró en la prelatura, fué nombrado secretario de la Disciplina regular, y á muy poco despues se vió privado de todos sus honores y títulos.

Este es un sacerdote cuyas virtudes eclesiásticas han tenido mas de un eco, y quien no encontrando bastante libertad de costumbres en la Iglesia, se ha colocado como en mejor terreno, en la libertad de la prensa.

El 17 de Julio de 1847, dia en que Roma se veia sin gobierno, y en el momento mismo en que la ciudad se hallaba sobrecogida con uno de esos terrores pánicos que los revolucionarios de todos los paises saben provocar tan perfectamente, y cuando quieren, el *Contemporaneo* dió libre curso á su indignacion contra mi obra. Sentó por principio que yo queria invalidar la eleccion del papa Ganganelli, (cosa en la que jamas pensé) y sin garantías del gobierno, despachó por sí mismo un privilegio esclusivo de sabiduría y de piedad á favor de un desgraciado pontífice, que muy bien puede pasar sin él. En este artículo, verdadero ataque de *tam-tam* italiano, no hay por toda discusion mas que injurias dirigidas al autor, y falaces elogios tributados á la Compañía de Jesus. El breve de Clemente XIV es levantado hasta el tercer cielo, y en verdad que es preciso que la licencia de la prensa haya hecho ya en Roma los mas rápidos progresos, para quesemejante espectáculo pudiese pasar ante su vista impunemente. Será posible! En Roma, en la ciudad eterna, humillada hasta el polvo, hollada por los pies de los embajadores é intrigantes, por las cobardes condescendencias del papa Clemente XIV, ya se encuentra un periódico que proclame que ese pontífice, "*no fué inferior en piedad y en sabiduría á sus mas santos predecesores.*" Y Roma consentia esto cuando tenia á la vista los escándalos del Cónclave de 1769, las manchas de este lamentable pontificado; y Roma libre, Roma que se proclama independiente, no ha protestado contra un ultraje que infama al propio tiempo á la Sede Apostólica y al mismo pueblo romano. Con el fin de asociar á sus ideas al *Ami de la religion*, que no pensaba en ser cómplice de semejante fraude, el *Contemporaneo* se ha atrevido á cometer una falsedad grosera y material, y á hacer glorificar á Clemente XIV por aquello mismo por lo que se le acusaba, compadeciéndolo al mismo tiempo (1). Con el miedo de la conspiracion

(1) El *Contemporáneo*, tratando de fundar su juicio sobre el del *Amigo de la religion*, cita un pasage del artículo en que este último diario habla de *Clemente XIV y los Jesuitas*. En el *Amigo de la religion* del 29 de Mayo se leía: "¿Por qué, hoy dia, sin causa alguna pública que lo determine, M. Crétineau parece que quiere destruir un pasado glorioso y muy reciente aún, dando publicidad á un libro bello en su forma, pero malo en su fondo? ¿Por qué el escritor que siempre se ha mostrado tan respetuoso con la Santa Sede, quiere arrastrar al suplicio histórico la memoria de Clemente XIV, pontífice mas desgraciado que culpable?"

El *Contemporaneo* ha querido hacerse un arma de ese pasage, y le traduce así: "E perché senza alcuna causa determinante prende egli á guerreggiare un papa glorioso pel solo piacere di publicare un libro forse bello de forma, ma nella sostanza cattivo?"

El *Amigo de la religion* llama á Ganganelli un *pontífice mas desgraciado que culpable*. En boca de los redactores italianos que no quieren desmentir el proverbio de su pais, *traduttore, traditore*, este juicio del diario frances se trasforma en *papa glorioso*, y el *Contemporáneo*, Basile, que no tiene el genio de Beaumarchais, no se muestra con ménos aire de franqueza y de dignidad.

(I) Este artículo del *Contemporáneo* ha sido considerado como una cosa grave por todos los hombres superficiales que no le han leido. En sus noticias diversas, la *Revue de Louvain* habla de él con cierto amor bien significativo.

"Un diario, sobre el cual pesa la censura en Roma, dice que cuenta con prelados distinguidos entre sus fundadores y colaboradores: el *Contemporáneo* ha publicado un artículo en defensa de Clemente XIV, contra Crétineau-Joly."

Creemos con fundamento que el *Contemporáneo* habrá devuelto incienso por incienso á los católicos profesores de Lovaina. Monseñor Gazzola es un prelado verdaderamente *distinguido*, y tan distinguido, que por dicha de la corte romana, no se encontrará otro de su temple. Este, á su vez, habrá tenido que felicitar á la *Revue* y proclamar que sus redactores son las columnas de la Iglesia, así como él se cree su luz y su ornamento.

imaginaria que se creia real, y con la fabulosa mortandad que un milagro del liberalismo acababa de descubrir, los censores estuvieron ciegos. Si el artículo les ha sido sometido y no obstante le han dejado correr, los censores han hecho bien. Por mi parte, les doy las gracias de todo corazon, porque así, al medir á otros, se han medido á sí mismos. En medio de la agitacion que promueve el terror, se han prestado en cuanto ha estado de su parte, á una infamia que aterraria á los entendimientos mas frívolos, si lo que es imposible, se llegase á probar que Roma no condenaba semejantes prostituciones de la justicia (1).

Un justador mas hábil que el Gazzola romano y que M. Moeller, doctor en filosofia y en letras, catedrático de historia en la universidad católica de Lovaina, se ha presentado en la arena. La *Revue*, por cuyo buen éxito, si es que puede tenerle, hace tan poco este M. Moeller, acababa de trazar un plan de ataque mejor combinado. El *Contemporáneo* habia tenido mal éxito; M. Moeller tuvo una idea que sus antecedentes de heregía, su mal acullo odio contra los Jesuitas, y sobre todo, su germanismo frances, condenaban á la esterilidad. M. Moeller habia leido y oido decir que los documentos publicados por mí resolvian la cuestion por tanto tiempo debatida. Las causas de la estincion del instituto de San Ignacio ya no eran un misterio, pues cada uno de los que allí figuraron las apreciaba en su valor, presentándole los cómplices de la trama unos despues de otros á revelarla con detalles, á cual mas impios, burlescos ú odiosos. La opinion pública se habia conmovido con estos descubrimientos; M. Moeller, didáctico como un poema del siglo XVIII, tomó por su cuenta no el infirmar el testimonio de los culpables, sino su sentido.

Protestante que se dice convertido al catolicismo, de imaginacion ardiente en sus enemistades escolásticas, pero de genio adusto y reservado, se armó de su compás doctoral. Apuró su talento en demostrar que todas las pruebas aducidas no eran mas que semi-pruebas, y que aun éstas, estudiándolas bien una por una, no seria acaso imposible reducirlas á la nada. Este trabajo hizo sonreir á M. Cárlos Lenormant, quien profesa las mismas ideas que el *Correspondant;* y el pensamiento indicado por el de Lovaina ha encontrado eco en la redaccion de la calle de *Saints-Peres* en Paris. M. Lenormant ha dado á luz el escrito que le redactaba su práctico de la universidad belga. Ha contrahecho la idea y la ha acariciado con amor, esperando que le proporcionaria ocasion de aparecer como nuevo sobre un objeto, ya debatido por la crítica. Sin dar las gracias siquiera por el hallazgo á su profesor de Lovaina, el de Paris se ha lanzado con alma y cuerpo sobre su obra.

Como hombre esperimentado que sabe hacer maniobrar sábiamente sus pasiones, M. Moeller jamas dirigió una plumada contra los Jesuitas. Estos son para él enemigos que combate en la sombra. y que trata de herir á la sordina, pero que no se atreve, y con justo motivo, á atacar de frente ni en sus doctrinas ni en sus personas. La enemistad de las universidades alemanas no es tan acalorada ni produce iguales ni tan prontos resultados como las rivalidades de los universitarios franceses. En Lovaina, sobre todo, aun no es permitido quitarse enteramente la máscara, y M. Moeller no ha faltado á la consigna; ha, dispénseme que se lo diga, disfrazado sus rencores con un arte que podria desafiar al mas refinado de los hipócritas. Todos los tiros van dirigidos á mí; pero despues de atravesarme el pecho, hieren en seguida á los Jesuitas en la cabeza y en el corazon. A los buenos padres nada les duele esa herida, é igualmente me sucede á mi. Contrarios tales como M. Moeller, son muy pocos temibles, aunque engendren los Lenormant.

Sin embargo, es preciso decirlo: éste último escritor no debe sufrir la humillacion de semejante parangon. Hay en él ciencia en medio de sus convicciones, y un talento bien dispuesto que desearia de vez en cuando hacer brillar como la claridad de la luna cuando se halla en todo su esplendor. Su tono retórico, sus formas severas, ó mejor dicho, estiradas, sus hábitos claustrales, y sobre todo, esa fatal manía de no adoptar por sus compañeros de armas mas que á aquellos que le miran como á un oráculo, todo esto ha hecho á M. Cárlos Lenormant un hombre incompleto, es decir, un acadé.nico de las inscripciones. Sus obras se han resentido de la medianía en que han pasado su vida. No obtuvieron el mayor éxito, y con una resolucion cristiana, se ha dedicado desde entónces á desacreditar á impedir el buen éxito de los demas. Ha sido perseguido en su cátedra de la Sorbona, y ha querido recobrar en el *Correspondant* su magisterio desterrado. El mártir se ha transformado en pequeño verdugo literario, queriendo dar á entender que si se ocupa en este comercio odioso, lo hace en nombre de la verdad, de la justicia y las mas veces por el triunfo de la religion.

M. Moeller habia combatido en tres puntos al autor y á la obra. A fuerza de silogismos incompletos y de consecuencias sin valor lógico, se tomó el trabajo de publicar que yo era presuntuoso y apasionado; que Clemente XIV nada tuvo que echarse en cara durante su pontificado, y que cuantos documentos nuevos se habian presentado, poco ó nada significaban, puesto que nunca obtendrian la sancion de la universidad y de la *Revue de Louvain*. El incomparable doctor ha hecho mérito en su prosa, de todas las faltas de la lengua y equivocaciones ortográficas que ha podido acumular, y ha callado su boca respecto á los Jesuitas, que son el blanco verdadero de sus flechas censoriales. M. Lenormant, colocado en un terreno mas ventajoso, y no teniendo que hablar sino como autor, no ha usado de ninguna clase de miramientos. Por de pronto me arroja á los pies de la Compañía, y "sea lo que quiera lo que haya dicho ó pueda decir en adelante, M. Lenormant no titubea en colocarme en el número de los enemigos de los Jesuitas."

La acusacion del profesor frances es el único arbitrio que me queda para encontrar gracia y buena acogida en la universidad belga. Si mi libro ha perjudicado á los Jesuitas, sin duda debe ser un libro precioso. Apoyado en el testimonio de Mr. Lenormant, ya puedo desafiar impunemente á la errada crítica de M. Moeller y á su aversion jesuítica mejor informada; pues siendo adversario de los padres del instituto, ¿no tengo con eso un título á su benevolencia? Miéntras que en vista de ésto, M. Moeller modifica las condiciones del combate, discutirémos con M. Lenormant el apotegma que sirve de base á su razonamiento. M. Lenormant parte de otro punto muy diferente del de M. Moeller. Aquel, segun dice, ama á los Jesuitas, y sea cualquiera el motivo que le haya inspirado la gratuita imputacion que me dirige, no puedo ménos de agradecérsela, porque esta imputacion, formulada de la manera que él lo hace, me proporciona el medio de hacer una explicacion que ha mucho tiempo deseo.

Cuando me propuse escribir la *Historia de la Compañía de Jesus*, no conocia ni aun de vista á ningun discípulo de S. Ignacio. Estos me habrán tomado por lo que soy, y yo me he quedado por tal cual ellos me tomaron. En nuestras largas é íntimas relaciones, jamas han impuesto el mas ligero sacrificio á mis convicciones ni á mis deberes. Me han suministrado los innumerables documen-

tos que poseian en sus archivos; he visto, he estudiado á estos religiosos á cada instante, en Roma, en Paris, en Alemania y en todas partes. En todas ellas los he encontrado llenos siempre de afectuosa franqueza, y siempre dispuestos á prestarse á la manifestacion de la verdad, aun cuando la verdad pudiera serles desfavorable. Al componer aquella obra, ni quise constituirme su abogado ni su fiscal. He tratado de ser en todo justo é imparcial. De la discusion de las doctrinas y de la depuracion de los hechos, ha salido mas de una grave leccion; y los espíritus pensadores y reflexivos han podido convencerse de la facilidad con que se arraiga el error en el mundo. Mi obra se detenia al llegar á este punto; y me guardé muy bien de dar un paso mas adelante. He tenido toda la libertad de accion al redactar los anales de la Compañía; y una vez terminada la historia, ¿quién pudo tener el derecho de exigirme el sacrificio de esta misma libertad? Los Jesuitas no han pensado en semejante cosa: ¿ha sido acaso M. Lenormant, quien, colocándome entre las filas de sus enemigos, ha podido cambiar esta situacion?

Cualquiera tiene la facultad de analizar una obra, de hacer sobre su totalidad ó sobre alguna de sus partes un juicio que la opinion pública reprueba ó ratifica despues; pero á nadie es permitido torturar los hechos para deducir de ellos á cargo del autor elogios ó aserciones que empañen su imparcialidad. No soy ni el defensor oficioso ú oficial de los Jesuitas; y carezco de motivo alguno para ser su enemigo; y por lo tanto, M. Lenormant se engaña clasificándome á su gusto y casi á la vez en estas dos categorías. Pero me dice, hablando de la *Historia de los Jesuitas* y de los materiales que éstos pusieron á mi disposicion: "apenas puede comprenderse cómo el autor no se ha apercibido de que se encontraba ligado por estas mismas confidencias, y que exponia gravemente á los que se las habian hecho."

Confieso humildemente no haber comprendido jamas la intimidad que se quiere probar tanto respecto de los Jesuitas como de mí. Aquellos no son en manera alguna responsables ni de mis obras ni de mis actos, y por consecuencia yo debo encontrarme en la misma posicion respecto de ellos. Los Jesuitas no tienen por qué darme cuenta de su modo de vivir ni de sus escritos: igual independencia debe serme atribuida; pues en el caso contrario, seria una verdadera esclavitud la que á todos nos hubiera traido esta historia. Despues de estas confesiones, ¿creerá por ventura M. Lenormant que yo seria capaz de aniquilar mi independencia, porque conviniese á algunos Gioberti franceses ó á ciertos Moeller italianos acusarme de formar parte integrante de la Compañía de Jesus? He compuesto una obra sobre ese objeto; vuelvo á él ó paso á otro, segun la conveniencia ó plan de mis estudios; pero no es posible que

ninguna persona sensata haga responsable de este nuevo trabajo, sea el que quiera, á los que fueron objeto del primero. De otro modo era preciso que los vandeanos y los realistas del Oeste, cuyos combates he referido, fuesen declarados parte de la Historia de los Jesuitas. El mismo M. Lenormant no se atreveria á llevar tan léjos la expresion de su pensamiento, y por lo tanto mi reflexion seria lógica en el caso excepcional en que se coloca.

Pero no es esta la dificultad que atormenta al redactor del *Correspondant*. Tengo dicho en el Clemente XIV que el general de los Jesuitas me habia rogado diferentes veces que guardase en mi carpeta la obra de Clemente XIV sin darla publicidad; y M. Lenormant teme que los enemigos del instituto vean en esta negativa de consentimiento, una ficcion que la profunda y astuta habilidad de los padres tenderia á hacer pasar por probable. M. Lenormant indica el perjuicio que se seguiria de esto á la Compañía, pero sin estar quizá aun seguro sobre el otro punto. Si se le apurase un poco, nada habria que extrañar, al oirle declarar que sentiria mas ver á los buenos padres acusados de haber sido mis cómplices en la perpetracion del crimen, que absueltos de esa falta.

Es sumamente cómodo arrojarse de ese modo en el vasto campo de las hipótesis, y organizar una serie de reflexiones al través de gratuitas suposiciones. Cuando se ignoran los hechos y se tienen deseos ó necesidadde modificarlos segun las miras particulares de cada uno, se toman como indubitables todas las relaciones ó dichos que inventa la mala fe y que propala la necedad. Con el fin de defender á los Jesuitas de acusaciones aun no formuladas, M. Lenormant provoca la sospecha, la entretiene y la da mas cuerpo con su pluma. Si el abate Gioberti no ha logrado convencer á nadie, el escritor frances, al reproducir y comentar las alegaciones del italiano, se esfuerza en darles cuerpo, y aspira á presentarlas con un colorido mas verosímil y plausible. Segun él, yo he hecho la *Historia de la Compañía de Jesus* con consentimiento y participacion de los gefes de la Orden; de lo que deduce que mi Clemente XIV es producto de una maquiavélica combinacion entre los padres y mi persona. M. Lenormant no acepta desde luego estas consecuencias un poco forzadas, y en su candor aun teme que las propague. Miéntras tanto, él las siembra. Se escandaliza de un escándalo hipotético, y le da curso al mismo tiempo. El P. general es á sus ojos un venerable personaje; pero segun el papel que M. Lenormant le atribuye en esta comedia, es preciso que dicho general se haya prestado á cuanto yo haya querido y exigido de él. En este caso mis relatos son verdaderos, el libro no tiene necesidad de pruebas, y los católicos sinceros tienen derecho á pedir cuenta á M. Lenormant de sus gratuitas suposicio-

nes; ó cambiando el sistema, el P. general ya no será tan venerable como lo es á los ojos del *Correspondant*.

Se explica muy bien que mi obra ha echado por tierra mas de un cálculo, y que ha puesto en relieve algunas solapadas intrigas. ¿Es á los Jesuitas ó al autor á quien debe atribuirse esto? El autor afirma que aquellos se han opuesto á su publicacion con tanta ó mas instancia que se opusieron á que saliese tambien á la luz pública el sesto volúmen de la *Historia de la Compañía*. El autor, sin ser devoto de la manera que lo son M. Lenormant y el abate Gioberti, tiene, sin embargo, derecho á ser creido bajo su palabra, porque él jamas se ha puesto en emboscada detras de una mentira confusa y enredada para atacar sobre seguro á la verdad.

El artículo de M. Lenormant redactado en forma de requisitoria, le acusa de una mala intencion, que miro siempre con indiferencia; pero hay en él tendencias que no son totalmente cristianas. El oculta pensamientos ulteriores, que están en poca armonía con el espíritu del *Correspondant;* pero no es esto lo que me llama la atencion. El redactor ha querido confundirme, presentando contra mi la causa de los Jesuitas, y manifestando que me he encargado de vengarles de una manera tan pérfidamente hostil. Con toda sinceridad he explicado mi posicion. Esta es clara y leal; y desearé que M. Lenormant y M. Moeller, por su propio honor, puedan con igual conviccion tener el mismo lenguaje.

Fiel al programa que la *Revue catholique de Louvain* le habia trazado, el aristarco frances ha repartido en veintiocho largas páginas de análisis, ó mejor dicho, de recriminaciones, los mismos tres puntos de ataque indicados por M. Moeller. Estos se reducen á que yo he sido en mi obra presuntuoso y apasionado; y que en vez de no dejar la menor duda é incertidumbre sobre la culpabilidad de Ganganelli y sobre los escándalos que mancharon á Roma en 1769, no he hecho mas que probar una cosa, y es, que los Jesuitas han sido justamente condenados á muerte ó poco ménos.

A fin de llegar á semejante resultado, eran precisos á este crítico en partida doble recursos inagotables de imaginacion, muchísimo arte para transformar los hechos y los documentos, y mucho mas aun para hacerles que expresen lo contrario de lo que sus palabras dicen. El profesor belga se dió por vencido, y el profesor frances ha recomenzado el trabajo de aquel por bajo de cuerda. Si ha estado éste mas desgraciado en sus habilidades, tambien hemos de convenir, que al menos ha mostrado mas pedantería que el otro. M. Lenormant se dió á sí propio la mision de hacerme expiar el éxito de la obra, haciendo de esto una necesidad por el encarnizamiento lleno de benigna cólera que llama en su socorro.

Ya procede unas veces por medio de una dulce insinuacion, ya aguza su ingenio para sacar de su pluma un poco de elocuencia indigna. No pocas veces el beato aventura una pequeña calumnia que se esfuerza por convertir en murmuracion. Afirma, duda, comenta, desnaturaliza, niega y toma á su vez aire de compuncion ó de resentimiento; mezcla los hechos y las fechas, y arroja por aquí ó por allí, con un desden que no tiene precio, imputaciones de falsedad que retracta unas cuantas líneas mas abajo; pero confiando siempre en que aquellas darán su fruto. Trata de aparecer adusto, porque es melancólico, y cruel porque se ve abandonado por el público. Como de paso, saluda con gesto amigable al conde Alexis de Saint-Priest; y en caso de necesidad, estrecharia entre sus brazos á ese escelente abate Gioberti, contra quien se apresta á combatir *pro forma*. Adula á los patriotas italianos y los amenaza con combatirles sus preocupaciones, las mismas que les aprobaria en otra publicacion que no fuese el *Correspondant*. Cuando ha terminado su requisitorio, M. Lenormant se resigna á subir á su capitolio solitario. ¿No ha vengado ya la memoria de Clemente XIV, y muerto á los Jesuitas, haciendo pedazos con su pluma al libro y á su autor?

Como jurado puesto para coger diptongos, M. Lenormant no se ha contentado con hacer la guerra á las intenciones del escritor, y colocarse respecto á él y á la Compañía de Jesus, en clase de juez interrogador. Afecta de vez en cuando tonos inquisitoriales; y juzga y falla desde lo alto de su tribunal. Como por via de episodio, se permite jugar con la gramática y llevarnos á la escuela con una gracia que á tiro de ballesta huele á sillon de cátedra. Se le puede ver sobre todo cuanto su lente descubre la falta de una coma, ó un defecto de impresion escapado al regente ó al autor. En estos momentos M. Lenormant no cabe de alegría; la transposicion de una palabra ó un signo tipográfico le dan aliento para dos frases por lo menos. Las nota, las señala y las revuelve, entreteniéndose con las letras y signos cual un niño con su juguete. En seguida el *sic* magistral aparece entre dos comillas como el *deus ex machina*. El *Correspondant* adopta el *sic, sic;* y la *Revue de Louvain* autoriza á M. Moeller para abusar de la interrogacion. Casi en todas las páginas, "y este punto?" aparece como un lazo tendido al autor ó como una dificultad que no atreviéndose el crítico á resolver, se digna someterla al público. Estas dos maneras de espresar su juicio representan perfectamente la posicion que los dos profesores han tomado en el debate. El uno, que no es hostil sino por repeticion, afirma como verdadero neófito; mientras que el otro, que disimula mas, se cubre con un punto interrogativo, á fin de poner en duda, con sola una plumada, el testo y los documentos.

Pero en tanto que M. Lenormant se va á caza de errores tipográ-

ficos, lanzando contra ellos su terrible *sic* de guerra, él los deja escapar por su propia cuenta en el mismo artículo. Denuncia con su *sic* los *solos* móviles del gobierno, á fin de revelar á sus lectores que el adjetivo móvil es masculino; mientras que él escribe á renglon seguido, *sous les yeux de la novvelle censure* (en vista de la nueva censura) *novvelle* con dos *vv* que le acusan, y el maestro no se apura al mostrarnos tales *pruebas* de ortografia. Aun hay mas; á cada página se le podria probar su pedanteria. Lo que ofreceria mas dificultad seria encontrar en otra parte que no fuese en los escritos de *M. Lenormant*, frases tan cargadas de construccion viciosa como la que vamos á citar, escogida entre mil que pudieran referirse.

"Mr. Cretineau-Joly habia seguido en su primera obra la opinion mas grave y la mas *sure* (segura) (*sic*), y *sur* (sobre) (*sic, sic*) el acto que cubria á Clemente XIV con una mancha indeleble, si él hubiera probado, es decir *sur* (sobre) (*sic, sic, sic*) la existencia de un arreglo simoniaco por el cual Ganganelli hubiera comprado la influencia desgraciadamente preponderante de las córtes *sur* (sobre) (*sic, sic, sic, sic*) el Sacro Colegio, mediante un compromiso de abolir la Compañia de Jesus. El se espresó de una manera que á nuestro parecer, deja adivinar la influencia de mejores consejos."

Aun hay mas. M. Lenormant, tan severo en su pesquisa, y que cuenta con un rigor lo ménos matemático posible, el número de líneas que forzosamente ha tenido que copiar de la *Historia de la Compañia en Clemente XIV y los Jesuitas*, tiene sin cesar á su disposicion dos pesos y sus medidas. A sus ojos soy un gran culpable que comprometo á los Jesuitas y á las bellezas de la lengua francesa, tal como las aplica en sus felices momentos; pero no es solamente á la espresion del pensamiento á la que M. Lenormant se decide á hacer la guerra. Va aun mas lejos. Me he atrevido y me atreveré, salvo el parecer de otro, á decir y sentar como principio en cualquier parte, "que la justicia es la única caridad que se permite en la historia." El redactor en gefe del *Correspondant* vitupera esta idea, y la hace objeto de mofa. Se conoce que su aborrecimiento está muy próximo á desbordarse en la página 326, cuando de repente, en la página 447 (*Revue politique*) se encuentra al mismo M. Lenormant copiando sin reparo alguno como suyo, el mismo pensamiento, que poco ántes habia puesto en entredicho. El profesor entregado entónces á sus propias impresiones, no se ha comprometido de antemano para censurarlo todo, como su pedagogo de Lovaina, y esclama: "*La caridad!*" Esta es el gran recurso de los opresores y de los calumniadores cogidos *infraganti* de delito de atentado contra sus semejantes. ¿No se lee todos los dias, que á San Gregorio Nacianceno y á San Cirilo les ha faltado la caridad para con Juliano Apóstata?...."

Por esta sencilla comparacion puede juzgarse la equidad del retirado profesor de la Sorbona. Su proceder es siempre el mismo, y se adivina muy bien lo imposible que nos será seguirle mucho tiempo al traves de los yerros gramaticales y las clásicas y singulares deducciones que M. Lenormant tiene la crueldad de ofrecer á sus lectores. Bastará un solo ejemplo para daguerreotipar á este corrector de faltas de lengua y ortografia; pero dejándole en esto á su mala suerte, sigamos al doctrinario en los atrincheramientos de su malicia inquisitorial. Para el autor de *Clemente XIV y los Jesuitas* será esta una ocasion natural de defender su libro y el pensamiento que le ha inspirado.

Se puede ser un aristarco impaciente, envidioso del buen éxito de los demas, y un genio hipócrita, que oculte bajo un exterior piadoso las aspiraciones de una concentrada cólera; pero estas concesiones que no temo hacer á ataques tan poco leales, deben tener, como todas las cosas, un término. M. Lenormant, con la elegancia de estilo y esa variedad de conceptos que caracteriza el talento del crítico de la Soborna, cansado por fin tiene derecho á confesar: "Muchos lectores hallarán (*sic*) sin duda advertencias multiplicadas y minuciosas; pero habiendo encontrado (*sic, sic*) la opinion católica muy preocupada con la obra de M. Crétineau-Joly, no podemos hacer de ella un juicio severo sin dar la prueba de que la hemos estudiado detenidamente. Se ha dicho y se repetirá aun que M. Crétineau-Joly ha hecho con ella un verdadero servicio á la historia y á la religion."

Aquí está el golpe mas sensible para M. Lenormant. Este Raquel del *Correspondant*, no puede consolarse de una obra de la que no ha sido él el autor.

Que en los cenáculos donde el celo de los neófitos epilépticos se sacrifica á una inmoralidad anónima y á un martirio de un violento orgullo, se ordenen sin gran trastorno las mas malas pasiones literarias, que se las cubra de un barniz de entusiasmo casi ortodoxo, para hacer aceptar como gigantes los mas diminutos pigmeos; en nuestro siglo de charlatanismo, esto no sorprenderá á ninguno. Pero lo que es de gravedad para todo el mundo y lo que contrista el corazon de los hombres de bien, sea cualquiera el partido político ó culto á que pertenezcan, es el abdicar la púrpura de crítico para revestirse con la casaca de denunciador. M. Lenormant es hombre de teorias; tiene sistemas que él sueña aplicar y que el mundo rehusa conocer. Quiere, ayudado de sus dos ó tres catecúmenos, bajo la apariencia de una emancipacion religiosa, renovar la faz de la tierra, y á cada paso, con su mismo tono magistral, nos inicia en el triste éxito que corona sus esfuerzos. "Nos ha parecido, dice, recordar los deberes que impone la conciencia cristiana; y por imperfecta que sea nuestra manifestacion, y por mal recibida que haya sido, de-

bemos haber contribuido al ménos por el privilegio inherente á cuanto se hace en Francia, á desarrollar el movimiento en otros paises.

Gracias á las decepciones de su propaganda clandestina, comprendemos perfectamente que M. Lenormant se atribuye este postrer consuelo, y que se improvise de O'Connell exótico, y de profeta del movimiento intelectual que no obra en su pais. Por mal recibido que hayais sido, no es este un motivo, M. Lenormant, para que de grado ó de fuerza me filies en la categoria de los sospechosos. Asegurais que no sois afortunado en vuestras concepciones; y yo sostengo que no lo sois mas en vuestras criticas. Esto no es razon para que os convirtais en agente de policia secreta y para que me pongais en un grave compromiso con los patriotas italianos despues de haberme suscitado una mala querella histórica.

Con mas ó ménos parcialidad ó justicia, se puede hacer la crítica de una obra; sin embargo, y esto lo saben bien los escritores de la calle de *Saints-Péres*, un hombre honrado no ampara nunca con la egida de su pluma imputaciones del género de la que vamos á denunciar. "M. Crétineau-Joly, decis, se ha presentado en primera linea. La sociedad le habia tratado con favor y con confianza; él creyó que podia disponer de ella y de su historia como de cosa propia, y en el interes de no sé qué combinaciones politicas, ha hecho el mayor esfuerzo para poner definitivamente á los Jesuitas de parte de los gobiernos absolutos y consumar así el divorcio entre esta Sociedad y los patriotas italianos."

M. Lenormant no podrá dudar que esta frase contiene una mala accion caracterizada; y que hay al ménos en ella la imprudencia de hacerse el inventor de una fábula ridicula; pero que hábilmente esplotada, puede llegar á ser un arma en manos de los enemigos de la Compañia de Jesus. Escritor aislado, como yo lo soy, extraño á las cábalas politicas, y no frecuentando jamas los vaticanos de esos falsos devotos, ni los conventículos de los novicios del martirio electoral, me encuentro de repente transformado en corredor diplomático. Dispongo de los Jesuitas, de su pasado, presente y porvenir como de cosa propia. A pesar de ellos, encuentro bastante fuerza en mi pluma para colocarlos en una senda contraria á sus intereses y á sus principios. Estos hombres, cuya astucia es tan profunda, y quienes, segun la opinion de sus enemigos de todas sectas y cofradias universitarias, se valen tan admirablemente de los demas, hélos ahora dominados por mí y caminando á mi antojo cual colegiales acompañados de su director. Preparo combinaciones politicas; M. Lenormant no las conoce; y esta es la razon para proclamar su existencia y denunciarlas. Yo pongo á los buenos padres en los brazos de los gobiernos absolutos; consumo el divorcio entre los Jesuitas y los patriotas italianos, y todos estos males han nacido de haber hecho un libro.

Si no tuviese alguna mas modestia que caritativas intenciones tiene M. Lenormant, esta hipérbole seria un verdadero triunfo para mi vanidad. Por desgracia no es sino un nuevo desengaño para la de M. Lenormant. El ha querido investigar las causas que me habian determinado á hacer imprimir el *Clemente XIV y los Jesuitas;* y en lugar de no ver en esto mas que un simple efecto de mi voluntad de autor, ha creado toda una legion de fantasmas para tener el placer de introducir en el debate alusiones llenas de malignidad. Y no es preciso, en efecto, engañarse aquí sobre la tendencia de esta palabra. Los gobiernos absolutos no están en juego como yo, á fin de hacer que aparezca un grave cargo de acusacion contra los Jesuitas. M. Lenormant, en su ensayo, no acrimina aun á los padres; se lamenta, sí, de verlos víctimas y adictos mios. ¡Dichosos adictos, y aun mas dichosas víctimas que me guardaré muy bien de tomar por cómplices de mis imaginarias combinaciones! Cuando llegue el dia de desenmascarar sus baterías, M. Lenormant cambiará de rumbo. Entónces, á ejemplo del abate Gioberti, ya no tendra que ofrecer mas conmiseraciones hipócritas á los discípulos de San Ignacio, y los maldecirá sin exceptuar de la proscripcion á su *querido y admirable P. de Ravignan.* Se principia por la calumnia, y se acaba por la blasfemia. Este es el camino lógico de la injusticia premeditada: M. Lenormant llegará á su término. *Cum in profundum venerit, contemnit.*

El pensamiento de M. Lenormant, el de M. Moeller, su Egeria universitaria de Lovaina, se encubre con un velo al que todos los artificios del lenguaje y todos los recursos de la inteligencia, hacen lo mas transparente posible. M. Moeller revuelve y deletrea el alfabeto de la historia, y no quiere que Ganganelli sea culpable, porque seria entónces preciso proclamar la inocencia de los Jesuitas. A fin de aturdirse á sí mismo, anega, por decirlo así, sus razonamientos y apreciaciones en un mar de incorrectas sutilezas. M. Lenormant no sale del cuadro que se ha trazado; pero le llena de una manera alarmante. Se conoce que en él ya se ha aclimatado el odio y que le ha convertido en otra naturaleza distinta de la primera, miéntras que en la segunda, por el contrario, ese mismo odio crece como la marea, y es ardiente como la fe de un catecúmeno. En el exámen de los documentos citados por el escritor, los dos aristarcos se encuentran unidos de la misma manera que los gemelos Siameses. Parten del mismo principio, y, cosa extraña en semejantes lógicos, llegan á la misma consecuencia. Esta consecuencia, que el profesor de Lovaina no deja entrever sino á traves de una espesa nube de circunloquios, y que el profesor de la Sorbona manifiesta á las claras sin piedad, se reasume en una sola palabra. Para aclarar mas las posiciones, esta palabra que la *Revue de Louvain* y el *Contemporáneo* sobreentienden, y que el *Cor-*

respondant se esfuerza en contener en sus labios, aspirándola sin cesar en cada línea; esta palabra, finalmente, nosotros vamos á pronunciarla. Se quiere que yo sea un falsario; y á fin de marcarme en su argolla histórica con ese sello infamante, M. Lenormant procede de esta suerte: "Si al hablar del autor, dice, encontráramos en la continuacion de su libro, bajo forma de apéndice, las tres colecciones que le han suministrado sus armas, es decir, toda la correspondencia de Bernis, toda la de Malvezzi, y por último, la reunion completa de las cartas españolas, quizá hubiera habido ménos lectores; pero en cambio el autor hubiera dado al ménos (*sic, sic*), una idea mas ventajosa de la gravedad de su carácter y de su conciencia de escritor."

La traduccion literal de este pasage se reduce á lo siguiente, y no es necesaria la espada de Alejandro para cortar el nudo gordiano. Con el fin de no atraer sobre mi cabeza los rayos del *Correspondant*, estaba obligado á componer un libro muy abultado, muy difuso, y recargado en demasía de documentos justificativos, es decir, un libro cargado de opio científico é ilegible por el abuso de citas. Entónces M. Lenormant hubiera consentido en perdonar mi pecado respecto á Ganganelli, y aun se hubiera resignado á decretarme una ovacion en sus *Comités*, donde sus acólitos se fabrican á sí propios una gloria ignorada. Por el contrario, yo he aspirado á la ambicion de ser leido, y he rehusado encontrar lectores, crímen del que M. Lenormant no me absolverá jamas. Empero, entre rehusar una absolucion literaria á quien no la pide, y acusar de abuso de confianza en la historia, hay mucha distancia; esta distancia es la que el *Correspondant* salva muy presto, á nuestro entender. Que los profesores de Lovaina y de la Sorbona no me amnistien del buen éxito de *Clemente XIV*, nada tiene de particular; pero cuando epilogan sobre cada palabra, cuando introducen entre cada hecho una reflexion falsa; cuando atribuyen al escritor un sistema que este mismo escritor, encargado solamente de narrar, no ha soñado siquiera; cuando lo equivocan todo á su placer y conveniencia, censurando aquí la traduccion de demasiado literal; criticando allá que no es lo bastante; cuando á toda costa quieren ahogar la verdad divulgada á pesar suyo, á todas esas quisquillas suscitadas por los eunucos de la historia, un autor, seguro de su conciencia, se guarda muy bien de responder. Y no es en este límite avanzado de la crítica mas hostil donde se detiene M. Moeller, teniendo por su coadjutor á M. Lenormant. Ambos á dos no van á buscar una mala obra: para eso tienen bastante con las suyas. Lo que pretenden hacer aparecer es un hombre deshonrado, y para llegar á ese objeto, he aquí el medio que emplean.

M. Moeller de Lovaina es un juez de instruccion que tiene mas de una cuerda en el arco de M. Lenormant de Paris. El primero, no teniendo consideraciones que guardar con la opinion pública, se explica así tocante á la *Historia de la Compañía de Jesus:* "M. Crétineau-Joly es un escritor del cual ya hemos probado la ligereza con que admite toda especie de pruebas, sin someterlas ántes á una crítica concienzuda. De aquí provienen una multitud de inexactitudes, de errores y de hechos completamente falsos que se encuentran á cada paso en su obra, hechos que no están apoyados sino en documentos ó apócrifos ó mal comprendidos y peor interpretados."

El segundo, que, por consideracion á algunos de sus colaboradores del *Correspondant*, se ha contenido en cierta reserva, hace sobre la misma obra un juicio muy opuesto, diciendo: "M. Crétineau-Joly ha ocupado honrosamente ya hace muchos años la atencion pública. En lo mas fuerte de la querella contra los Jesuitas, se lanza con una historia de esta ilustre Compañía, muy conforme al sentimiento católico para que dejase de ser leida con avidez. El autor habia obtenido por otra parte (*sic*) preciosos datos y comunicaciones, y su libro, enriquecido con documentos inéditos de primer órden, está escrito ademas (*sic, sic*) con un movimiento de narracion que no carece de mérito ni de atractivo, &c."

Aun partiendo de razonamientos tan opuestos, no por eso los dos críticos dejan de llegar á un mismo resultado. A los ojos de M. Moeller la historia de los Jesuitas no es mas que un tegido de inexactitudes, de errores y de hechos completamente falsos Los documentos que contiene, aun aquellos entresacados de los archivos de la Compañía, y éstos sobre todos, son, en la opinion del crítico convertido, ó apócrifos, ó mal comprendidos y peor interpretados. Segun M. Lenormant, las comunicaciones que yo he obtenido son, por el contrario, preciosas, y los documentos inéditos, de primer órden. Pero dejando á un lado la diferencia de opinion demasiado notable, los dos universitarios no temen confundirse en un mismo parecer sobre el *Clemente XIV y los Jesuitas*. El *Contemporaneo*, periódico que se escapa á la censura á favor de una revolucion sin causa, habia dicho, hablando de las correspondencias inéditas que sirven de base á aquella obra, *documenti che amessi anche per veri*. La *Revue de Louvain* se contenta con adoptar el mismo lenguaje. El *Correspondant*, que hasta entónces no ha sido tan violento en la expresion, exagera estas dos suposiciones, haciendo de ámbas un cargo de primera clase al autor. En Lovaina, donde la falsificacion lo permite todo, M. Moeller ataca bruscamente á una obra que, á falta de otro mérito, tendrá siempre el de la justicia en favor y en contra de todos. En Paris y casi á la misma hora, M. Lenormant se ve obligado, para tomar pié contra el *Clemente XIV*, á aprobar sin restriccion la *Historia*

de la Compañía. Sin necesidad de mas garantías que el hecho mismo de la publicidad, M. Lenormant no pone en duda ninguno de los materiales inéditos y de primer órden que abundan en los seis volúmenes de la Historia, y los acepta bajo mi palabra.

En el intervalo de una obra á otra, ¿qué es lo que ha pasado para que el mismo aristarco frances juzgue al *Clemente XIV* como el belga juzgó á la *Historia de la Compañía?* ¿He dado motivo alguno para que en este intervalo se dude de mi buena fe? ¿He sido acaso convencido de alguna mentira ó error? La crítica, ni aun la de M. Moeller, ¿me ha cogido acaso *in fraganti* de delito de falso historiador? De ninguna manera, gracias á Dios. Nada de esto ha sucedido; pero hay hombres á quienes no gusta presenciar el triunfo indisputable de la verdad, sobre todo cuando el descubrimiento de esta verdad no ha corrido por cuenta suya y glorifica á clientes cuya defensa se querian reservar otros tutores. Toda obra concebida y ejecutada por otros que no sean estos hombres y que echa por tierra sus planes de campaña, sus hábitos ó preocupaciones, no puede ser aceptada por aquellos sino con repugnancia. M. Lenormant no ha conocido que obrando de otra manera era el modo de no manifestar por lo claro esta triste levadura de la humanidad. El aprecia y estima á los Jesuitas; quiere mostrarse agradable y útil con ellos; pero en su dia y en su hora, segun la conveniencia del *Correspondant* y no segun la justicia. El ha debido encolerizarse, y nosotros comprendemos muy bien su indignacion, al ver á un profano tal como yo terminar de un solo golpe un proceso que se tenia placer en eternizar. Aparte de este pensamiento, oculto en lo mas profundo del corazon, y que uno ni aun se atribuye á si mismo, ¿cómo sin ninguna certeza, dirémos mejor, sin ninguna probabilidad, es posible de una plumada transformar en falsario á un escritor, cuyo carácter se ensalza? A M. Moeller nada hay que preguntarle; el odio lo explica todo. En esta cruzada sirve de segundo al abate Gioberti, haciéndose el intérprete de pequeñas rivalidades y el vengador de las derrotas teológicas que los profesores de derecho canónico de Lovaina acaban de sufrir en su campaña contra los regulares de Bélgica. Pero ¿qué excusa podrá alegar M. Lenormant? ¿A qué subterfugio de lenguaje le será fácil recurrir?

Acepta como verdaderos, como indubitables los documentos contenidos en la *Historia de la Compañía.* Jamas ha solicitado, jamas ha exigido que se le probase su autenticidad, y para el Clemente XIV se le presentan muchos escrúpulos, que se apresura á comunicar al público. Me coloca en el banco del acusado; quiere hacerme sufrir un interrogatorio sobre hechos y artículos, y procede así: "En la Historia de la Compañía, en éste ó el otro lugar habeis publicado algunos fragmentos de la correspondencia

del cardenal de Bernis y de la del marques D' Aubeterre, luego la conociais ya toda. En la pág. 330 del quinto tomo de la primera edicion, y en la 262 del quinto volúmen de la segunda, habeis impreso con todas sus letras estas lineas copiadas de la correspondencia de D' Aubeterre; con el cardenal de Bernis: "Creo que un papa de este temple, es decir, sin escrúpulos de ninguna especie, sin opinion y que no consultase sino á su interes, hubiera podido convenir á las coronas." Por mal sonante que sea, esta frase no ha sugerido la menor duda á mi razon. Era, pues, este un documento inédito de primer órden; y yo le encuentro por segunda vez, tal como en la primera obra, en la segunda de *Clemente XIV y los Jesuitas*, y como jamas cambio en mi modo de ver las cosas, me creo autorizado por mi delicadeza de conciencia á haceros la observacion siguiente. No os admiraréis, pues, de leer en la página 336 del *Correspondant* (entrega del 10 de Agosto de 1847) lo siguiente: "Estos documentos encierran en efecto mas de un pasage extraordinario. Como por ejemplo, que un embajador tal como D' Aubeterre, tan filósofo como era, haya podido olvidar las conveniencias hasta el punto de escribir al cardenal de Bernis una frase como ésta: "Creo que un papa de este temple, es decir, SIN ESCRUPULOS DE NINGUNA ESPECIE, SIN OPINION Y QUE NO CONSULTASE MAS QUE A SU INTERES, hubiera podido convenir á las coronas." Esto es una cosa que para creerla, seria preciso tocarla con la mano y verla con sus propios ojos."

Este fragmento de la carta del marques D' Aubeterre ha llamado tanto la atencion á M. Lenormant, que en la página 340 de su coleccion, vuelve por segunda vez á á repetir el desafio sobre su certeza: "¡Qué no dariamos, dice, por ver esa carta de D' Aubeterre, en que pide *un papa sin escrúpulos de ninguna especie, sin opinion, y que no consultase sino á sus intereses!*"

Con una fe tan perfecta como ésta, es con la que siempre el inquisidor me dirige su interrogatorio. Insidioso, ejecutivo, agresor, se le ve en su concentrada cólera buscar con ansia el lado vulnerable. Ha creido encontrarle dejando á un lado la veracidad del historiador. En otro pasage dice: "Sin duda M. Crétineau-Joly se encuentra ya muy distante de reunir las condiciones que requiere una confianza implicita, y críticos aun mas desconfiados que nosotros, tendrian derecho á exigirle las pruebas de autenticidad de los documentos de que se trata."

Hé aquí lo que se llama hablar claro. M. Lenormant, que no es un crítico sospechoso, queria tocar con su mano y ver con sus ojos algunos documentos solamente. Los autógrafos reproducidos no satisfacen su curiosidad. Los ha leido, y hay dos ó tres de ellos que le parecen desnudos completamente de interes. Esta es otra de sus objeciones. No ha querido concebir que si yo he presentado

el fac-simil de tal original con preferencia á tal otro, es porque para hacerlo así debieron asistirme algunos motivos, como por ejemplo, el de no encontrar sino un corto número de dichos originales firmados de mano propia de los que los minutaron. M. Lenormant no ha reflexionado en esta ligera dificultad que se suele hallar de no poner jamas su firma en las cartas que van dirigidas á una persona con la que se sostiene una diaria comunicacion. El quisiera haber visto tal ó cual documento, que la falta de firma me impidió autografiar; he burlado su esperanza, é insiste aun: "¡Qué no daríamos, por ejemplo, por ver la carta en que D' Aubeterre pide un papa sin escrúpulos de ninguna especie, sin opinion, y que no consultase sino á sus intereses!"

Esta carta, otra de Floridablanca fechada el 23 de Julio de 1773, y las dos de Roda sobre la operacion cesárea hecha á la Compañía de Jesus por el ministerio español, son las que llaman su atencion. M. Lenormant conoce la necesidad de tocarlas con la mano; y por realizar este deseo, no sabe lo que daria. Nosotros no le pondrémos condicion alguna; no le exigirémos mas para que logre su gusto, sino el sacrificio de su artículo; y ya que nos ha arrojado el guante, sepa que se ha recogido con placer y con honor.

En el instante en que escribimos estas líneas, los cuatro documentos reclamados por M. Lenormant se han depositado por mano nuestra en el gabinete de lectura de MM. Mellier hemanos (editores) plaza de *Saint-André des Arts*, núm. 11, en Paris. M. Lenormant, M. Moeller y MM. los editores del *Roppel*, así como todo el que quiera, tienen el derecho de examinarlos y confrontarlos á su placer.

Aun hay mas. Los autógrafos de los que no he citado sino algunos fragmentos en *Clemente XIV y los Jesuitas*, las minutas del cardenal de Bernis, las cartas originales de D'Aubeterre, del cardenal Corsini, de D. Manuel de Roda, del cardenal Orsini, del duque de Choiseul, de Campomanes, Joaquin de Osma, confesor de Cárlos III de España, las del cardenal Malvezzi al papa Ganganelli, los manuscritos del maestro gobernador del Sacro Palacio, los papeles del honrado librero condenado á galeras, cuya eficaz y comprometida intervencion M. Lenormant con toda prudencia ha pasado en silencio, todo, todo, sin exceptuar un papel, será sometido á sus investigaciones. Lo autorizo para que lea desde la primera página hasta la última, y aunque se compadezca quizá por su demasiado candor, del mal recibimiento que tendrán sus manifestaciones, le ofrezco muy sinceramente el medio honroso de que hagan una nueva. M. Lenormant me aconseja que publique íntegramente todas estas correspondencias: por el momento considero la proposicion como inútil; pero si el crítico tiende á realizar sus deseos, no tiene mas que pronunciar una palabra, y me encontrará dispuesto á satisfacerlo con la comunicacion directa y pronta de todos los documentos justificativos.

Una publicacion que goza en Alemania de grande reputacion (*Las hojas históricas y políticas de Munich*) en su tomo vigésimo, tercer cuaderno, número XIV, ha manifestado el mismo deseo que el *Correspondant*. Pero en boca de los escritores bávaros, como en la de los críticos de Berlin, ese deseo no envuelve desconfianza. Los alemanes no se atreven á creer en el descubrimiento de tantos documentos que, segun dicen ellos, serian suficientes para cambiar mucho la faz de las cosas y de los acontecimientos. Para consagrar de una manera irrevocable este documento eterno, elevado á la justicia, desean que aun los incrédulos se vean precisados á confesar la importancia y autenticidad de estas pruebas, por medio del depósito de los escritos originales.

La proposicion que se me ha hecho y que acepto con el mayor placer, va á hacer desaparecer todas las dudas. Y ¿qué responderá entónces el *Correspondant* á esos críticos aun mas desconfiados que él? Cada uno puede tocar con su mano y ver con sus ojos los manuscritos que han servido para este nuevo trabajo sobre la destruccion de los Jesuitas. No sé si M. Cárlos Lenormant y M. Moeller me concederán despues de su confrontacion un certificado de probidad literaria, del que no creo tener necesidad; pero estoy seguro, de que esto no dará fin á mi tortura. "M. Crétineau-Joly, así se expresa M. Lenormant, no nos indica el orígen de sus descubrimientos; tendrá para ello razones particulares." Bajo este tema, tanto en Lovaina como en Paris, se ha inventado una serie de caritativas inducciones que vienen todas á parar á una misma consecuencia. M. Moeller no discute todavía esta acusacion que sus sentimientos antijesuíticos harian muy escabrosa. Pasa la palabra á M. Lenormant; y éste se insinúa con otra pequeña perfidia salpicada de veneracion por la memoria de Ganganelli.

Pretende probar que yo de antemano he tenido conocimiento de todas las cartas del cardenal de Bernis y del marques D' Aubeterre, por la sola razon de haber publicado alguno que otro fragmento de ellas en la *Historia de la Compañía*. Esta no es una asercion que lleve en sí misma la prueba, y miéntras que el redactor del *Correspondant* no tenga otras razones mas fuertes que alegar, declararé siempre, y en todo tiempo y lugar, que se equivoca ó que miente.

El docto crítico confiesa, sin embargo, "que carece de prueba alguna, de que yo haya tenido noticia anterior al 1847 de la correspondencia de los ministros españoles, y conviene ademas en que esta correspondencia, á juzgar por los estractos que el autor nos ha dado de ella, debe ofrecer gran interes." En cuanto á las cartas dirigidas por el cardenal Malvezzi á Clemente XIV, ese es otro negocio segun él; yo las sabia desde mucho tiempo ántes casi de

memoria. M. Lenormant lo asegura por solo lo que ha visto en la *Historia de la Compañía*. En el quinto volúmen de esta obra he referido las persecuciones que en 1773 tuvieron que sufrir los novicios y los estudiantes en Bolonia. El nombre de cardenal arzobispo no se encuentra mezclado en estas persecuciones; hecho público y notorio que se lee en mil partes, excepto casualmente en su correspondencia, de la cual ignoraba por entónces hasta la existencia. ¿Y qué importa? M. Lenormant tiene sus razones particulares para obrar así. Estas razones se guarda muy bien de manifestarlas. El 10 de Agosto se pone en duda en el *Correspondant*, la autenticidad de estos documentos, y se trata de herir mi amor propio para que divulgue mi secreto; se trata de que me haga mas explícito en mis embarazosas reticencias; y que lo que el pudor me impide declarar, se permita exigírmelo un insensato. Dos dias ántes, el 8 de Agosto, M. Madrolle, esta especie de Erostrato imaginario de la literatura y de la política, se presentó en el *Rappel* como fiel intérprete de las calculadas indiscreciones de M. Lenormant.

El canónigo abate Clavel, doctor en medicina de la facultad de Paris, y sacerdote que, por esperiencia, debe saber que ha caido en el entredicho y en el índice, publicó en su número del 8 de Agosto "que mi libro de *Clemente XIV y los Jesuitas* estaba condenado en Roma si no oficialmente, al ménos oficiosamente." Esta induccion verdaderamente oficiosa, salió de la farmacopéa teológica del digno canónigo abate, quien, el mismo dia se vió muy oficialmente herido por la censura de la autoridad eclesiástica. Hizo circular esta induccion con el mismo aire de seguridad que mostró, al hacerlo con otra de sus mil calumnias, dirigida á Mr. el arzobispo de Paris, cuando plugó al *Rappel* constituirse, por el órgano de M. Madrolle, auxiliar de la *Revue de Louvain* y del *Correspondant*. El *Rappel* abrió sus columnas á M. Madrolle, quien asedia en vano las entradas de todos los gabinetes de redaccion; y en aquel periódico encontró M. Madrolle un asilo para dar rienda á su estilo espantadizo. Comenzó á hablar; y su primera palabra fué una traicion para con sus amigos los enemigos. "¿Quién es ese *Vandeano*, exclama, dirigiéndose á los Jesuitas, y sobre todo un Vandeano..... *militar*, para defender á *religiosos* pacíficos? A este hombre, mis padres, le llamó *mi pecado*..... literario, porque he sido yo mismo..... yo mismo el que le ha hecho venir de Bretaña; yo, el que ha conservado su voluminosa correspondencia, y el que le ha proporcionado la primera, la mayor y *la mas gratuita* (1) de sus colocaciones en Paris. ¿No le veis cómo, infiel

(1) M. Madrolle me llama en el *Rappel* su pecado literario. Por su amor propio de autor, y por fortuna suya, ya querria no haber cometido otros.

á todos los partidos, os sacrifica visiblemente, y *grosso modo*, á su mezquina ambicion literaria; y vuelve contra vosotros las mismas armas (demasiado jesuíticas, contra Clemente XIV) que habeis tenido la imprudencia de franquearle?

El misterio que las calculadas reticencias de MM. Lenormant y Moeller se esfuerzan por hacer trasparente, M. Madrolle, que me hace reo de *Pontificidio*, le revela sin preparacion alguna. No pone en ello mas artificio que el que acostumbra usar el abate Clavel en su exámen de derecho canónico ó en sus sutilezas medicinales. Se ha hecho agitar en la cabeza de M. Madrolle esa vanidad de autor que continuamente bulle en él, y han trasmitido al oido de este hombre, poseido de orgullo, una impostura cuya primera responsabilidad nadie mas que él se atraviera á aceptar (1). Bien

Sin embargo, como no es justo hacerse el protector de personas que por dicha no le deben el menor reconocimiento, creo que no vendrá mal esplicar aquí cómo ha sido el proporcionarme ese hombre, la primera, la mayor y la mas gratuita de mis colocaciones en Paris. A M. Madrolle no le debo sino aquella especie de compasion que inspiran los desgraciados cuyo entendimiento se haya trastornado. Hace diez años me escribió á Nantes, sin conocerme, y me dijo estaba encargado por la familia real proscripta y por el mariscal duque de Bellune, para ofrecerme el cargo de redactor en gefe de un nuevo periódico. Contesté á sus cartas; llegué á Paris, y poco tiempo fué bastante para conocer al hombre con quien me las habia. Entré en relaciones con el marques de Bellune; le manifesté mi sorpresa, y él se sonrió como habituado á semejantes confidencias. Desde ese dia cesaron todas mis relaciones con M. Madrolle. El dice que conserva mi voluminosa correspondencia; que, si la memoria no me engaña, debe reducirse á dos ó tres cartas de atencion, escritas en los términos que se acostumbra hacerlo á un hombre que propone algun negocio. Autorizo al *Rappel* del canónigo abate doctor de la facultad de Paris, para que las publique, bajo la sola condicion de que al mismo tiempo reproduzcan una del duque de Bellune, que tiene relacion con M. Madrolle. Este será el mejor medio de apreciar en lo que vale, aquel á quien los Jesuitas, segun dicen, dan por sobrenombre el *Bossuet de Charenton*. No les perdona él esta sentencia; y su cólera me parece bastante legítima, porque si hay mucho de Charenton en sus obras, será muy difícil descubrir en ellas algunas señales de Bossuet.

(1) Cuando en los meses de Febrero, Marzo y Abril de 1847, preocupaba fuertemente los espíritus en Roma el descubrimiento de estos autógrafos, cuya version hacia cada uno á su placer, una persona elevada á las mayores dignidades de la Iglesia, y muy afecta á la Compañía de Jesus, tomó á su cargo hacerme renunciar á mi proyecto de publicar el libro de *Clemente XIV y los Jesuitas*. La primera razon que para ello me expuso, despues de inspeccionar los documentos, fué ésta: "¿No temeis que se acuse á los padres de haberos suministrado esos papeles? A esta objecion contesté de una manera que le pareció convincente, y continuó: "Pero quizá se os hará cargo de conciencia declarar la fuente de donde habeis sacado tantos y tan preciosos materiales, que tocan al honor de la Iglesia: y sin embargo, todos la querrán saber, y aun yo mismo desearia conocer dónde habeis encontrado todo esto."

La pregunta era apremiante; "vos y yo, repliqué á ese eminente personage, somos aun demasiado jóvenes para que en esta grave circunstancia me permita usar de una broma engañándoos. La pregunta que me dirigís es mas propia

pronto ensayará tímidamente al principio, y despues con la mayor impudencia acomodándose á las credulidades mas ó ménos robustas, el acreditar la especie; y al cabo de algunos meses, su aserto pasará al estado de hecho indudable para aquellos que tienen necesidad de error y sed de mentira.

Ahora bien, pongámoslo todo en lo peor. Supongamos que los Jesuitas se han hecho mis cómplices en la adquisicion y busca de materiales. ¿Dónde estaria el crímen? Y ¿quién, poniendo la mano sobre su conciencia, se atreveria á calificar de tal, el que unos hijos trabajasen por todos los medios posibles de rehabilitar la memoria de su padre, injustamente acusado y condenado? ¿No tendrian el derecho de probar las agresiones y hostilidades de que fueron objeto, cuando estas mismas hostilidades brotaron por todas partes, y llegaron á ser tanto mas impetuosas é irresistibles cuanto que fué necesario para rechazarlas la intervencion de un pontífice sentado en el trono apostólico, en el lugar de Ganganelli, cuya paternal adhesion hácia los perseguidos no es ya un misterio? Negar este derecho, ¿no es quebrantar las reglas de la propia defensa y hacer dudar de la justicia humana? Si los padres me hubieran proporcionado esos documentos, les felicitaria por ello en voz alta y sin temor. Las posiciones claramente bosquejadas ¿no son siempre las mejores?

A pesar de las pérfidas aprensiones de algunos de los amigos de la Compañía, es constante que los discípulos de San Ignacio no han podido proporcionarme todos los originales del *Clemente XIV*. La sola prueba que daré es, que es material y moralmente imposible que ellos poseyesen estas correspondencias en sus archivos ni en alguna otra parte. No es á mí á quien toca discutir este punto. Se acusa, que se formulen los cargos; y que se reuna el conjunto de probabilidades que debe atraer la evidencia. Entónces, cuando ésto se verifique, podré intervenir en la causa; pero hasta que llegue ese caso no alegaré mas que una negacion, y esta negacion vale por toda prueba. ¿Cómo quereis que los Jesuitas, despues que nada adivinaron, nada previeron y en nada paralizaron el vasto complot bajo el cual sucumbieron, hayan podído, despues de dispersados, proscriptos, arruinados ó cautivos, emprender y llevar á cabo lo que ni siquiera osaron concebir para evitar su destruccion? Decís que los conoceis, y al mismo tiempo les lanzais la gratuita injuria de creerles tan humanamente hábiles para apoderarse de los papeles reservados de

---

de una vieja que de vos." Mi ilustre interlocutor se sonrió; creo que el público no será mas exigente que él. Estoy decidido á nombrar las personas que no me han proporcionado estas correspondencias, y de ninguna manera dispuesto á comprometer á las que me han dado el testimonio mas grande que puede darse de su confianza para conmigo.

todas las cancillerías, y que nada se escapa á sus investigaciones, no teniendo éstas ya para ellos mas interes que el de la historia? ¿Por qué por medios ignorados y que vosotros estais obligados á indicar, obtuvieron los manuscritos del cardenal de Bernis, y hasta los tristes detalles de su fortuna privada? ¿Cómo el apoderarse de la secreta correspondencia de los ministros españoles, y de la del cardenal Malvezzi con Clemente XIV, cuando es público y notorio en Roma, que el sucesor de Ganganelli, apenas subió al trono pontificio, quemó por sí mismo todos los papeles del papa difunto (1)? ¿En qué época, y con qué misteriosas ramificaciones pudieron contar para engañar y seducir á todos los embajadores y á todos los archiveros?

Decís que poseen sin duda estos documentos desde un tiempo indeterminado; ¿y por qué no han hecho uso de ellos durante su supresion? ¿Por qué no les dieron publicidad el dia de su restablecimiento en 1814, en la época en que todo les estaba permitido para justificarse y para dar mas valor á la bula de Pio VII? ¿Por qué, en 1828, cuando se hallaba de nuevo amenazada su existencia por el ministerio Feutier-Portalis, y que tenian en Roma dos amigos poderosos y sinceros, en las personas de Leon XII y del cardenal Bernetti, su secretario de estado, por qué no trataron de abrir los ojos al rey Cárlos X? En 1844 y 1845 cuando han sobrevenido nuevos ataques contra la Compañía, y que M. Rossi, embajador de la Universidad cerca de la Santa Sede, daba principio de nuevo y con igual malignidad, pero con ménos acierto, á la tortuosa política de los D' Aubeterre y Floridablanca, ¿por qué entónces los Jesuitas no revelaron al papa Gregorio XVI y al cardenal Lambruschini, la tenebrosa conspiracion que causó su caida en 1773?

Si estos documentos se hubieran encontrado á su disposicion, ese era el momento mas á propósito de manifestarlos y el de ha-

---

(1) En Roma, donde nada se olvida, se cita en testimonio de este auto de fe, el artículo siguiente copiado del *Journal historique et litteraire* de Feller (Septiembre de 1775) pág. 373, tom. C. X. I. II.

"El soberano pontífice, ántes de dejar el Vaticano, quemó por su propia mano todos los papeles de su predecesor, los cuales se encontraban en el misterioso paquete que tanto ruido ha metido, y del que el santo padre no ha creido deber hacer tanto caso como el público, que quedará tan instruido de su contenido como lo estaba ántes."

Ignoro si en 1775 efectivamente entregó á las llamas Pio VI los papeles de Clemente XIV. Lo único que sé es, que la correspondencia inédita del cardenal Malvezzi está en mi poder. ¿Pio VI quiso por ventura conservar para mejores tiempos esa prueba irrefragable de la inocencia de los Jesuitas, ó ha sido algun accidente providencial quien las ha preservado del fuego? Sobre ámbos puntos no pueden hacerse sino congeturas mas ó ménos inciertas.

cer ver con ellos la iniquidad de sus adversarios á un pontífice y á un ministro cuyo afecto hácia la Compañía era indudable y manifiesto.

En todas estas circunstancias solemnes, los Jesuitas han guardado silencio. ¿Y por qué le romperian hoy dia, cuando ven sentado sobre la Cátedra de San Pedro á un pontífice que, durante su carrera episcopal, les ha dado los mayores testimonios de estimacion y confianza, y que, despues de su exaltacion, no ha cesado á pesar de lo árduo de las circunstancias, de cubrirles con su mas poderosa proteccion?

Entónces, reponen los contrarios que se abstendrán muy bien de responder á estos argumentos, ¿no será un motivo para comprometer á los Jesuitas el publicar sin su aprobacion un libro que tiende á mancillar la Santa Sede en la persona de un gefe de la Iglesia?

Esta objecion tendria su lado especioso, si yo fuese un hombre que estuviese ligado á la Compañía y si me dejase guiar por sus intereses ó seducir por sus deseos. A Dios gracias, las cosas no suceden así. Estimo á los Jesuitas, porque los conozco á fondo; pero ellos deben ser tan extraños y poco influyentes en mis trabajos como yo respecto á los suyos, que no me ocupo ni de léjos en sus negocios. Se me ofrecen ó yo descubro correspondencias autógrafas que tienen su valor respectivo; me apodero de ellas con mi derecho de historiador, y sin inquietarme por si estas revoluciones pueden ó no herir susceptibilidades de unos, ó lisonjear las de otros, las publico bajo mi responsabilidad. La crítica y los lectores tienen la facultad de aprobar ó reprobar el fondo y la forma de mi escrito; pero no está en mi carácter sufrir una censura preventiva y que nada tiene que ver con la obra. Los Jesuitas no me han franqueado ninguna de los documentos que cito, por la sencilla razon de que ninguno de ellos jamas ha podido hallarse en sus archivos. Han hecho los padres todos los esfuerzos posibles para detener el curso de la obra, y todos han sido inútiles, porque he creido que en conciencia no debia tener la luz debajo de la medida, sino sobre el candelero para que alumbrase por do quiera. Todas las almas honradas persiguen y lamentan la corrupcion de los tiempos presentes. Yo la he buscado en los pasados, y la causa de los hijos de San Ignacio está ligada á la divulgacion de vergonzosos manejos. De aquella podrán resultar á la Compañía prósperas ó fatales consecuencias, sobre las cuales dará su fallo la justicia de los hombres. La mision del escritor no es otra que la de decir la verdad. La he dicho; he cumplido con mi deber.

Por triste que sea esta verdad, ¿podrá perjudicar al Sacro Colegio? La *Revue de Louvain*, por su intermediario M. Moeller, me contesta con la interpelacion siguiente: "Sí, M. Crétineau-

Joly; si, habeis cometido la falta de haber presentado el cónclave de 1769 como que habia sucumbido á las intrigas de Paris, de Madrid, de Lisboa y de Nápoles."

No, mil veces no, digo yo, M. Moeller; no, porque no he cometido la falta que á vos os place achacarme; y la prueba es que el *Correspondant* y la misma *Revue*, para hacer constar que la mayoría del cónclave no cedia á cobardes terrorismos ni á culpables promesas, se apoyan á cada instante en los mismos documentos que evoco; y yo soy el mismo que, en veinte pasages del libro, hago resaltar y pongo en relieve el mas evidente, la noble actitud del Sacro Colegio. Perentoriamente he sentado que, de cuarenta y seis cardenales, solamente se contaron catorce seducidos, de los cuales diez pertenecian á las coronas. Cuatro italianos solamente fueron débiles ó cómplices; y los demas, es decir, la grande, la inmensa mayoría del Sacro Colegio, tuvieron el valor propio del sacerdocio y de la dignidad de la púrpura.

Esto lo he sentado, probado y demostrado como un axioma, en cada página; pero casualmente estas páginas son las que causan mas disgusto, y no siendo muy fácil discutirlas, se las niega. El *Contemporáneo*, la *Revue de Louvain* y el *Correspondant*, tienen una causa injusta y la siguen sin embargo; pero la *Revue nouvelle*, que se presentó en la lid con armas corteses, y que rompió una lanza en favor de su santo, como los antiguos caballeros hacian con sus damas, se inclina hácia esta misma opinion. Esta coleccion periódica, fundada por el príncipe de Broglié, y que se publica bajo los auspicios de M. Guizot, ministro de negocios extrangeros, se guarda muy bien de poner en duda la autoridad de los documentos. Tiene buen origen y demasiada probidad para avenirse con nada que pudiera deshonrarla, y dice, en su número del 15 de Agosto: "Creemos un deber el manifestar nuestro pensamiento sobre un hecho histórico, que aunque pasado, circunstancias recientes le han dado todo el interes de contemporáneo, y de pronunciar nuestro juicio sobre un libro que llama la atencion general, ya por su estilo y abundancia de documentos inéditos que encierra, como por la importancia y el carácter esclusivo de la opinion que representa."

Como en el *Barbero de Sevilla*, estoy muy tentado á preguntarme: ¿Quién es aquí el engañado? La *Revue nouvelle* está de buena fe, aun en los errores que me atribuye. Pero ¿por qué despues de haber hecho la parte de la justicia, viene á asociarse á una imputacion que tiende á presentarme como calumniador del Sacro Colegio, cuando soy yo quien le rehabilita y le engrandece á expensas de algunos traidores, y de dos ó tres cobardes encerrados en el Vaticano? Sé tambien, como la *Revue nouvelle*, que "el libro de Crétineau-Joly no es solamente un libro de historia, sino

un libro de polémica, y de polémica contemporánea." Con ese objeto le he compuesto, y sufro las consecuencias; pero habiendo escrito bajo la inspiracion de un pensamiento honesto, tengo derecho á exigir de los escritores leales, y sobre todo de la *Revue nouvelle*, que juzguen y examinen la obra tal cual la he concebido, y tal cual ha sido escrita.

Puede haber diferencia en el modo de ver y de pensar sobre los Jesuitas y sobre los acontecimientos relativos a su historia; puede uno forjarse un tema sobre graves cuestiones, y encontrar muy cruel verse obligado á salir de él; pero esto no debe alterar el pensamiento primitivo del libro, objeto de la controversia; y sobre todo, nunca podrá hacer que lo blanco sea negro, ó al contrario. Los Gazzola, los Clavel y los Moeller podrán en horabuena tener necesidad de presentar las cosas bajo el punto de vista que mas se adapte á sus pasiones; mas todo escritor que se respete á sí propio, nunca recurre á tan tristes y vergonzosos subterfugios.

Mucho cuesta á estos señores del *Correspondant* y de la *Revue de Louvain*, aceptar el testimonio del cardenal de Bernis. Bernis era muy popular entre ellos ántes del descubrimiento de sus papeles; hoy dia se le vitupera; y como ya no hay medio de defenderle, se ve condenado á llevar al desierto los crímenes del Israel antijesuitico. Con una edificante uniformidad de lenguaje, todos se preguntan ¿qué confianza puede darse á las palabras del cardenal de Bernis, y ámbos á dos se quieren hacer alusion de persuadirse á sí propios de que el cardenal pudo ver mal, oir mal ó al ménos referir peor. Por fortuna los hechos no tienen necesidad de comentarios. La correspondencia que los indica y desenvuelve, no puede ser desnaturalizada á placer, ni puesta en duda cuando convenga. El *Correspondant* y la *Revue de Louvain* se ven obligados á bajar la cabeza ante las imprudencias manuscritas del cardenal de Bernis, á ménos que no les dé la fantástica ocurrencia de ocuparse de Dufour. Este intrigante, con sus trazas de agente de policía diplomática y su cinismo de jansenista, á nadie perdona, y ataca á todos á su antojo. Cada una de sus cartas es una invectiva ó una calumnia. Pero este Dufour se revela de una manera tan innoble, que los Lenormant y los Moeller me felicitan por haber sido lo bastante justo para no apoyarme en semejante testimonio. Ciertamente reputo como ellos, y ántes que ellos, á ese miserable como á una despreciable criatura sin pudor; pero cuando se estudian los anales de los Jesuitas, se encuentran en su camino tantos y tantos impostores, que no valen mas que ese Dofour, que se ve uno obligado á no asentir ni aun en eso con el parecer de MM. Lenormant y Moeller.

Lo que él urdió y lo que inventó para envilecer la corte de Roma, me direis, ¿no lo han inventado y urdido otros tambien?

Es muy posible; pero su proyecto formado en las cloacas de la heregía, jamas tuvo embajadores ni cardenales que le sirviesen con sus despachos ó que le entronizasen en medio de las celdas del Vaticano. Aquí, por el contrario, todo prueba que tuvo principio su ejecucion. Si la conspiracion abortó, fué porque se alzaron en su contra resistencias invencibles y probidades que retrocedieron ante el crímen que se les presentaba como la postrer áncora de salvacion que restaba á la Iglesia. Sea la que fuere la opinion que se forme de Bernis y de sus cooperadores de Francia, de España y de Italia, no debemos olvidar que todos, en mayor ó menor grado, se prestaron á este largo atentado, que le consumaron en la parte que les fué posible, y que su correspondencia misma es la que contiene la demostracion mas palpable del plan y de los medios que se pusieron en juego. Deshonrad en horabuena y desde ahora á Bernis, D' Aubeterre, Roda, Grimaldi, Floridablanca, Azara, Azpuru, Solis, Choiseul, Almada, Osma, Malvezzi, Dufour, Pagliarini y demas auxiliares en el Sacro Colegio y en los diversos ministerios, ¿qué importa ya á la historia esa tardía equidad? La historia no debe preocuparse con el juicio que hagan los críticos que han llegado á ser partes en el asunto; expone solamente los hechos; resucita las correspondencias, y deja á la razon pública el cuidado de pronunciar su fallo. Esta sentencia, preparada por el libro de Clemente XIV, es la que se cree oportuno invalidar, tratando de debilitar la fuerza de los documentos, y colocando á algunos acusados en el terreno que mas pueda favorecerlos.

A persona alguna puede ya engañar este paliativo inútil, ni aun á aquellos que á él recurren, desesperados de su causa. El complot de simonía está probado. Bernis y el cardenal Orsini le rechazan al principio; pero despues se adhieren á él; y si este inmenso proceso se sometiese á un jurado de obispos ó en su defecto á un tribunal de hombres integros; se podria creer que despues del exámen de los datos insertos en la obra, la eleccion y el reinado de Clemente XIV no serian considerados como una de las heridas que ha sufrido la Silla Apostólica? No existe en el mundo principio alguno religioso ó políticamente culpable que no haya tenido sobre la tierra abogado que le defienda. Estos escándalos de la palabra y de la prensa no nos asombra. Hay almas á quienes apasiona el sofisma, como hay otras á quienes el odio ciega. No es para estas naturalezas escepcionales para las que se escribe la historia; pero ellas son las que tratan de falsearla.

Para esto recurren á todos los subterfugios imaginables; acusan al cardenal de Bernis de intriga, de inconsecuencia y de avaricia. Nosotros juzgamos al hombre ántes que le condenasen los jueces. Si las cartas de Bernis estuviesen aisladas, sin mas garantía que se

palabra, creemos que seria permitida la duda, y nosotros hubiéramos dudado; pero no es él solo quien inventa, para distraer sus ratos de ocio, todos estos sucesos, todas estas novedades, todos estos proyectos simoniacos, de los que se hace el eco, el cómplice ó el censor. Fuera del cónclave, la intriga camina con la cabeza erguida; tiene por apoyo ministros y embajadores, cuya correspondencia coincide de una manera chocante con la farsa que se quiere imponer al cardenal. Pero estas correspondencias diplomáticas, en cuanto es posible, tienen un lazo, un centro comun, y van á parar á los gabinetes de Versalles, de Viena, de Madrid, de Nápoles y de Lisboa en otros despachos, que contienen los mismos planes y las mismas confesiones. Cuando Botta y el conde de Saint-Priest quien en su *Historia de la caida de los Jesuitas*, se ha guardado muy bien de decirlo todo, se apoyan en algunos trozos epistolares sacados de los archivos, esos mismos trozos son adoptados por el gabinete Gioberti y por la *Revue de Louvain* como la espresion de la verdad. ¿Por qué el conjunto ha de ser indigno de crédito, cuando esas cartas son aceptadas como verdaderas en sus mentidos detalles? Las invocais como testimonio, cuando no las conocíais sino por fragmentos; se os presenta el reverso de la medalla, y este reverso os asusta, porque no creeis posible que la parcialidad llegue hasta el punto de negar la evidencia.

Esta evidencia que se manifiesta en cada página del libro, no es reparada por el *Correspondant*, por el *Contemporáneo* ni por la *Revue* llamada *catholique*. A fin de ser consecuentes en sus hostilidades, quieren que yo haya representado el cónclave como si todo él hubiese sucumbido á las intrigas de Paris, de Madrid, de Lisboa y de Nápoles. Esto no es lo cierto; pero para estos diarios lo es, y lo será, porque les importa atacar al *Clemente XIV* como se ha atacado á los Jesuitas, por la calumnia.

Si no puede fundarse la reconvencion que se hace de haber acriminado al Sacro Colegio, ¿no podré yo, al ménos con apariencias de justicia, defenderme de haber querido injuriar deliberadamente la memoria de un papa? ¿No soy yo *pontificida* en todos conceptos, segun la espresion de M. Madrolle, introducido en la querella bajo el solideo, algo comprometido, del canónigo abate Clavel? ¿No he contristado el corazon de los católicos, refiriendo la eleccion de Ganganelli, y tratando de pintar su deplorable reinado?

Confesaré sin rebozo, que cuando mi pensamiento se detuvo sobre las negociaciones que precedieron y siguieron á la exaltacion de Clemente XIV, no traté de crearme un sistema de circunstancias. No quise ni condenar ni absolver al gefe de la Iglesia, sino simplemente aclarar un hecho desconocido y que se referia á la historia. La relacion de un analista puede provocar un debate contradictorio, en el que tomarán parte los teólogos y los polemistas; el analista, á mi juicio, no tiene mision de mezclarse en eso, porque miéntras el debate no gire sobre la autenticidad de los documentos, no debe tomar parte. Que se discuta sobre la mayor ó menor culpabilidad; que se busquen circunstancias agravantes ó atenuantes en la fuerza, en el carácter y en la debilidad del hombre sometido al escarpelo de la historia; que se trate de ser su abogado ó su fiscal; que se espliquen los hechos de una manera ó de otra; desde el instante en que el analista ha escrito fundado en documentos irrefragables, ya no hay mas medio que dejar su obra á las disputas y pareceres de los hombres.

Este papel pasivo es el que me estaba asignando en esta lucha, mas religiosa y politica que literaria. Nunca hubiera salido de ella si la crítica hubiera sido tan reservada que se hubiera mantenido en sus límites. Hoy dia, á pesar mio, tengo que dar algunas esplicaciones sobre este punto tan delicado. Lo hago como hijo respetuoso de la Iglesia, pero al mismo tiempo como escritor que conoce el valor de su independencia.

A mis ojos, y segun los documentos que he publicado, el papa Clemente XIV jamas ha sido tachado del crímen de simonía propiamente dicho. Seria imposible encontrar en mi obra una acusacion directa que emanase del autor, y que hiciese constar ó al ménos insinuar este crìmen. Ganganelli ha cometido grandes é irreparables faltas durante el cónclave y en todo su pontificado. Fué débil cuando se creia mas fuerte; fué el juguete de los príncipes, porque creyó que ayudado de su astucia italiana podria burlarse de ellos. La ambicion le cegó. Víctima de la posicion que él mismo se habia creado, fué elogiado por los enemigos de la Unidad; elogio que, para un sacerdote, para un obispo y para un papa sobre todo, que obraba en la plenitud de su autoridad apostólica, es la mayor y la mas ignominiosa de todas las censuras. Este papa no llegó á hacerse popular sino en los momentos en que la Silla Romana era batida en brecha; á este Ganganelli, deificado por los revolucionarios, quienes cuando les conviene saben disfrazarse con cierto aire de falsa compuncion para llegar mas pronto á sus fines, le he representado luchando con las calamidades que él mismo acumulaba en derredor de la cátedra de San Pedro; y he tenido hácia él la compasion que debian inspirarme sus desgracias y virtudes privadas. De este sentimiento hasta la completa desercion de la justicia, hay mucho trecho. La memoria de Clemente XIV siempre ha sido atacada y siempre glorificada sin pruebas positivas. Hoy dia la opinion pública puede, con toda seguridad de conciencia, instruir este gran proceso. Cuando llegue su tiempo, diré lo restante.

Sea lo que quiera lo que suceda, es preciso que ya pertenezca definitivamente á la historia que el *Contemporáneo* ha mentido á sa-

biendas, cuando ha pretendido que, en mi obra, yo quise invalidar la eleccion de Clemente XIV; siendo así que este pensamiento jamas ocupó mi imaginacion. Si de los documentos que he puesto en circulacion hubiera nacido para mí la prueba de que Ganganelli fué simoniaco en un grado mas ó ménos culpable, hubiera contado los hechos como cargo suyo, así como he contado sus pequeños compots y mezquinas astucias. Me he detenido donde me faltaba terreno y donde los documentos cesaban; ¿por qué el *Contemporáneo* va mas adelante?

Hubo sin disputa tentativa de simonía de parte de los embajadores, de los ministros y de los cardenales españoles. El terror, la intriga y las seducciones de familia corrompieron á algunos cardenales del cónclave. Ganganelli fué arrastrado por su ambicion mas allá de sus deberes y de sus votos secretos; deseó el papado, creyendo quizá desear una buena obra á la cristiandad; y se comprometió de una manera ó de otra. Si esto no constituye la simonía (lo cual es nuestra opinion) añadirémos, sin embargo, que semejante manera de obrar en un príncipe de la Iglesia, se acerca mucho al escándalo y á la corrupcion. Añadirémos aún que las palabras del franciscano dirigidas al cardenal Castelli, palabras que le valieron la mayoría de los votos, serán siempre un testimonio de bajeza que todo el mundo reprobará. M. Lenormant puede, pues, sin temor, profesar la doctrina siguiente: "Cuando se estudia la doctrina de la Iglesia en sus auténticas fuentes, despues de haber descartado todas las calumnias que prodiga el interes, se encuentran señales de debilidad en los soberanos pontífices; lo cual no es de estrañar, pues el mismo San Pedro fué débil, y la historia de los papas es la reproduccion indefinida del carácter que el Evangelio atribuye al gefe de los apóstoles. Pero los crímenes, y entre éstos el que mancilla mas el carácter sacerdotal, que es la simonía, puede cuestionarse si la cátedra de San Pedro ha sido ó no inculpada de esa falta."

El profesor de Paris no decide la cuestion de simonía; su misma frase indica que jamas este crímen mancilló la cátedra de San Pedro. Pero desgraciadamente M. Moeller, como todo buen universitario, ha hecho su pequeño libro clásico, pan cuotidiano dedicado á la juventud, y el crímen que M. Lenormant pone en duda á los ojos de toda persona reflexiva, M. Moeller lo enseñó á sus alumnos, pero con tal crudeza de estilo que solo pudiera escusarla un antiguo resto de protestantismo. Se lee en efecto, en la *Historia de la edad media*, por M. Moeller (1): "Los condes de Tusculum pensaron entónces vincular el pontificado en su familia, y cuando murió Juan XIX su hermano el conde *Alberico* logró que se eligiese á su hijo, quien tomó el nombre de *Benedicto IX*. Este papa se deshonró por

(1) *Histoire du moyen age*, par J. Moeller, docteur, etc. (2.ª edic. de Louvain, p. 290, 291).

el desarreglo de su vida, hasta el punto de escitar la indignacion del pueblo. Muchas revueltas se sucedieron, y se alzó un antipapa en la persona de Silvestre III. Benedicto abdicó, por último, por consejo del Arcipreste *Juan*, hombre piadoso y de costumbres irreprensibles. Para poner término á estos desórdenes, y á fin de impedir que el pontificado no siguiese en adelante á merced de los condes de Tusculum, Juan se determinó á hacerse elegir á sí mismo, distribuyendo dinero entre los electores. Aunque ascendió al trono pontifical por un medio tan poco legítimo, *Gregorio VI* trabajó con la mayor energía por el restablecimiento del órden en Roma y la abolicion de los abusos que se habian introducido en la disciplina eclesiástica. Sin embargo, como habia obtenido su dignidad por la simonía, no pudo desterrar una costumbre tan comun entónces como criminal."

Pero no es fácil poner de acuerdo á los dos graves aristarcos. El uno no cree en la simonía, miéntras que el otro, profesor encargado de formar el corazon y el entendimiento de la juventud católica, dice y sostiene que la simonía fué "una costumbre tan comun entónces como criminal." No es ésta la sola enormidad que se permite el decidido abogado de Clemente XIV. Este es para M. Moeller *un pontífice venerable;* y Gregorio VI, que fué uno de los mas ilustres restauradores de la Roma cristiana, se verá siempre simoniaco sin pruebas. Pero Gregorio VI no suprimió á los Jesuitas; y por lo tanto no tiene derecho alguno á la veneracion de la *Revue Catholique de Louvain*.

Aquí debia concluir mi tarea; pero el *Contemporáneo*, la *Revue de Louvain y el Correspondant*, á los que se ha adherido despues para prestar su apoyo la *Démocratie pacifique*, no me lo han permitido. Con intenciones cuya malicia refinada no tengo ninguna necesidad de escudriñar, han querido sacar de algunas de las frases con que termina mi obra, todo un complot contra Pio IX. Al terminar el relato de la destruccion de los Jesuitas y de las vergonzosas debilidades que marcaron esta catástrofe religiosa, habia yo dicho "La Europa puede temer la ceguedad de algunos príncipes, la corrupcion de sus ministros y las pasiones de la multitud que se esfuerza por embriagarse con el vino de la cólera y del egoismo. Plegue al cielo que el mundo católico no tenga que llorar mas las funestas condescendencias de un papa! ¡Quiera tambien que jamas volvamos á ver sobre su trono apostólico pontífices de mayor corazon que cabeza, que se crean destinados á hacer triunfar la justicia y la paz, porque entónces los enemigos de la Silla Romana los llevarian de adulacion en adulacion hácia un insondable abismo cubierto de olorosas flores!"

El *Contemporáneo*, ántes que nadie, con una exuberancia que, á falta de razones, no hace mas que prodigar el ultraje ó la lisonja,

se apoderó de este voto. Este voto, salido de lo íntimo del corazon del que le hizo, nacido el contacto del lamentable reinado cuya historia se terminaba, ha sido esplotado con objeto de distraer la atencion pública. "En el Diario romano se leen, dice él mismo, estas insolentes palabras con sorpresa é indignacion;" y esclama despues de haberlas reproducido: "Si una buena causa se convierte en mala por estar mal defendida, ¡qué dirémcs de una causa mala sostenida á fuerza de blasfemias!"

Tres puntos de exclamacion atestiguan al universo entero la virtuosa cólera del diarista ultramontano.

La *Revue de Louvain* y el *Correspondant* se asocian á esta indignacion que el canónigo abate Clavel, flanqueado por M. Madrolle se ha olvidado de aceptar. Con repetidos golpes, y en tres centros del catolicismo, me veo condenado como blasfemo, cuando á lo mas me creia culpable de delito de alusion indirecta. Mr. Gazzola y su marqués de Potenciani han sido siempre tan reverentes en presencia de la Silla Apostólica, y la *Revue de Louvain* y sus profesores han mostrado siempre tanta piedad filial respecto á Gregorio XVI, que mis palabras les revelaron súbitamente un atentado. ¡Quién sabe si la perspicacia de M. Lenormant no ha encontrado en estas frases el gérmen *"de las combinaciones políticas* urdidas por mí *para colocar definitivamente á los Jesuitas de parte de los gobiernos absolutos.*

Todo se comprende en el todo, y así como el *Correspondant* y la *Revue de Louvain* tienden á ser una germinacion de pequeños Torquemadas de pluma, que ponen la libertad al servicio de sus rencores devotos, podria yo, en cierto modo, demostrar sus doctrinas heréticas. Pero sin embargo ¡Dios mio! ¿qué puede sacarse del fondo de aquellas palabras tan sencillas? Me seria fácil, facilísimo, probar que jamas he pensado en descender hasta las tristes humillaciones de Ganganelli para remontarme luego con el pensamiento, hasta el soberano pontífice actual, y que jamas he concebido siquiera la horrible idea de oscurecer, valiéndome de culpables comparaciones, las dulces, las generosas cualidades con que Pio IX se hace amar de todos sobre su trono.

Semejante comparacion no ha manchado ni mi corazon ni mi pluma; solo ha podido ocurrirse al espíritu de los revolucionarios, y con efecto se les ha ocurrido. En Roma, en ese *Caffe Nuovo*, donde se arregla, se afilia y se dirige el entusiasmo y el silencio del pueblo, allí es donde se ve el retrato de Pio IX, rodeado de los retratos de Clemente XIV y del abate Gioberti. El papa que tiene el valor correspondiente á todas sus virtudes, se halla colocado sobre ese singular calvario entre un pontífice que desoló la cristiandad con sus debilidades, y un sacerdote á quien sus ódios romancescos han transformado en escritor hinchado de orgullo y de

injusticia. Pio IX escoltado por Ganganelli y por el abate Gioberti! y esto pasa en la ciudad eterna, á los ojos de los romanos, y á los de todos los extrangeros que no pueden ménos que indignarse al ver esta comparacion sacrílega!

Aun hay mas; el mismo abate Gioberti, en su *Jesuita moderno*, fuerza á San Gregorio VII y á Pio IX á formar el cortejo de Clemente XIV, y la idea cuya sola concepcion me hubiera avergonzado, esa idea que es una blasfemia, se ve adoptada por los revolucionarios. Gazzola usa de ella, y he aquí como el abate Gioberti, su modelo, se espresa (1), hablando de Gregorio VII, de Clemente XIV y de Pio IX: "Me es muy grato unir el nombre de Hildebrando al de Clemente, porque el primero dió principio á la sucesion de los papas civiles y reformadores, miéntras que el segundo la cerró hasta que llegase el que se dispone á igualarle en sus virtudes y superarle en gloria."

Luego que hayais sido tan intrépido como Gregorio VII, y seais despues reformador como Pio XI, os vereis en seguida y repentinamente bajo el peso de semejante paralelo.

Nada mas hubiera necesitado que esta declaracion, suficiente por sí misma para satisfacer aun á los mas exigentes. El mismo papa, que ha tenido la bondad de recibirme con tan paternal cariño, no me la exigia jamas. Es justo, sabe apreciar á los hombres, y no se enlaza con las pasiones de algunos oscuros escritores que ansian adquirir, valiéndose de la vocinglera admiracion que causa su persona, un título de progresista ideólogo ó un privilegio de iniquidad.

Pero estas reticencias que parecen prescribirme una profunda veneracion, dejarian deslizar alguna incertidumbre en mi alma. En nada me estimaria si no me atreviese á espresar de lleno todo mi pensamiento, y si no tuviese para con el gefe de la Iglesia toda la confianza que un hijo sumiso y respetuoso debe tener con su padre.

Pues bien! Nada ocultaré. Cuando durante este invierno, que pasé en Roma, vi de cerca, demasiado cerca acaso, el movimiento que arrastraba á esas imaginaciones italianas tan mudables y tan impresionables; cuando oí á los promovedores de este mismo movimiento engañar al pueblo honrado, habituándole poco á poco á creer como realidades sueños imposibles, y quimeras de indefinido progreso que, en todas las naciones, engendran la ruina, la deshonra y la muerte; cuando la revolucion, sistemáticamente organizada en el fondo del estado eclesiástico, alzaba su frente erguida y cubria al pontífice de aclamaciones y de flores como para

---

(1) *Jesuita moderno*, t. 3, p. 61.

ocultarle el Gólgotha que como último resultado destina á su amor hácia el pueblo; cuando ví al pontífice bendecir á esas grandes masas puestas de hinojos, á esas masas que, creyendo en su legítimo entusiasmo, obedecian, sin saberlo, á una fatal palabra de órden, me vino de repente al corazon uno de esos presentimientos que no engañan jamas. Se rodeaba de homenaje á un papa que los merece todos; se le seguia con aclamaciones y gritos de alegría tumultuosa; se le llevaba en triunfo; pero no era entónces esta ovacion hija del respeto, á la que Pio IX, mejor que cualquiera otro, tenia derecho por su carácter y por la rectitud de su modo de pensar. Al través de esos exagerados transportes, que estallaban en hora marcada como una conspiracion, en medio de este delirio que se propagaba como una contagiosa fiebre, la reflexion me asaltaba á mi pesar.

Completamente absorto con estos éxtasis, cuya lava se desbordaba sobre el Quirinal, creia percibir allá á lo léjos una mano oculta que, despues de haber desarrollado hasta el paroxismo las cándidas y religiosas inclinaciones del pueblo, se hacia de ellas un arma para volverlas contra la Santa Sede. Todos preguntaban: ¿A qué estas aclamaciones sin fin y sin objeto? ¿Qué quiere decir ese amor lleno de exigencias, cuyas manifestaciones van luego á parar donde tuvieron su principio, á una taberna de antiguos carbonarios ó á un club de jacobinos modernos? ¿Qué es lo que ha hecho el papa para verse aislar de esa suerte entre todos sus predecesores y sucesores sobre la cátedra apostólica? ¿Qué significa ese: *Viva Pio nono solo!* que comenzó á resonar en Roma, y que ya repiten los impíos de las cuatro partes del mundo? ¿Qué quieren todos esos reyes Magos de la tribuna ó de la prensa revolucionaria, ofreciendo á los piés del nuevo pontífice el oro, la mirra y el incienso de su deismo, de su burlona indiferencia, ó de sus cálculos políticos?

Hasta el presente, han sido fieles en su ódio hacia el catolicismo; han profanado su culto, ultrajado á sus ministros, arrasado sus templos y maldecido á sus sectarios. Ni un solo papa, ni un obispo, ni un sacerdote han salido intactos de esta crítica filosófica, ante la cual todas las virtudes se transforman en vicios, y para quien todas las buenas obras, tanto las mas populares como las mas piadosas, se convierten en crímenes. Y he aquí, que sin transicion de ningun género, la faz de las cosas se embellece, cuando los hombres permanecen siempre los mismos. No se vé, ni hay mas que un nuevo pontífice en el Vaticano, pontífice, es cierto, cuya caridad es uno de los maravillosos espectáculos que Roma presenta al mundo á los diez y ocho siglos, y bajo el peso de esta popularidad, ese mismo pontífice se sonrie al través de sus lágrimas. Quiere la felicidad y bienestar de sus súbditos; obra gradualmente, mo-

jora, reforma; pero las impaciencias con que atormentan su alma, tienden á cambiar su accion benéfica en una tea de discordia. Se le adora á condicion de que sufra el yugo de todos los entusiasmos; y al verle pasar bajo la atronadora nube de aclamaciones, un terror siniestro agita el alma de los verdaderos católicos. Se habla de Luis XVI, del papado, se temen catástrofes, se pregunta con ansiedad; y muchas veces se oyen maldecir las revoluciones que designan generalmente por sus primeras víctimas á aquellos príncipes cuyos generosos pensamientos en favor de la humanidad impulsaron á trabajar con mayor eficacia en beneficio de sus semejantes.

La mayoría de los buenos es inmensa en Italia, y en Roma sobre todo; pero esta, así como los hombres honrados de todos los paises, se deja dominar por la audacia de los malvados. Los buenos gimen en el interior de sus hogares, preven y deploran el mal que podrian impedir arrojándose á la pelea como los Vendeanos de 1793, como los gloriosos montañeses de Suiza de 1845, y el mal llega á hacerse ley. La revolucion, que de todo abusa, sin esceptuar el respeto y el amor, conspira bajo todas las formas. Cuando e la reina, los buenos que no han sabido defenderse, revestidos con el manto de su virtud, aguardan la muerte como los ancianos senadores del tiempo de Brenno. Son buenos para morir cuando hubieran podido ser sublimes para vencer y salvar el órden social. Esta inercia de los hombres de bien, centuplicada por los mil rumores estúpidos que los malvados propagan, ha perdido muchas veces las mejores causas. Creemos que la ciudad eterna aun no ha llegado á ese punto; tiene una perpetuidad mas notable que la de los gobiernos terrestres; pero no por eso debe permitirse que se vea amenazada.

Estas eran las ideas que absorvian mi imaginacion á la vista de los romanos aspirantes á ser libres, y obligados al mismo tiempo á pronunciar palabras de proscripcion. En presencia de estos transportes cuya consecuencia no calculaba la mayor parte de los ciudadanos, á la vista de este súbito ostracismo de todos aquellos que, así como el cardenal Gizzi, eran saludados la víspera como genios reformadores, y al dia siguiente eran odiados como retrógrados, decia como Smollet, un historiador que como todo buen ingles, jamas fué hostil á las revoluciones: "Esta es la funesta é inevitable consecuencia de todos los llamamientos hechos á la multitud en materia de gobierno, y de que las primeras medidas razonables y moderadas siempre se desnaturalicen por los entusiastas ó intrigantes. Hombres mal intencionados ó fanáticos se ponen al frente del populacho, y adquieren sobre él un peligroso ascendiente; y como carecen al mismo tiempo de la prudencia ó probidad necesaria para dirigir á un pueblo extraviado, causas insuficientes en la apariencia y

despreciables en su orígen, son seguidas de los mas terribles efectos (1)."

Fuí dominado y lo estoy aun por esta fatal impresion. Daria mi existencia por reducirla al estado de un sueño, y lo será ciertamente, porque las puertas del infierno no prevalecerán jamas contra Roma. Al terminar mi trabajo sobre el pontificado de Clemente XIV, esta impresion se ha manifestado á pesar mio. La he abandonado á la justicia de Pio IX como respetuoso homenage de mi sinceridad; he explicado mis palabras en el sentido que no he cesado de atribuirlas; ¿y me dirán ahora que son una blasfemia? ¿No existe por cierto mas sábia veneracion en el error mismo de la franqueza que en las inmundas adulaciones con que en vano se quiere manchar la capa pontifical? He dado cuenta de una dolorosa sensacion que no he experimentado yo solo. La he manifestado como la sentia; ¿y por qué esta alusion ha de ser un crimen á los ojos del *Contemporáneo*? No me importa que pase como tal, si con ella se pueden contrarrestar sus proyectos. Pero que el católico *Correspondant* se vea tentado, como él mismo lo dice, de participar de la indignacion de estos abortos de la prensa, que minan el poder, lisongeando á sus depositarios con el mas bajo y humilde de los obsequios italianos, ésta tentacion de M. Lenormant es la que nunca podremos creer séria y formal.

M. Lenormant, aunque doctrinario, no está satisfecho; quiere ver sucumbir bajo un artículo el libro que se guardará muy bien de hacer aparecer como nacido del *Correspondant*. Nos damos cuenta de este sentimiento, que gracias á Dios jamas hemos aprobado. Esto no basta para hacer de este académico de inscripciones un aristarco imparcial. Para que M. Lenormant pudiese, sin ser desleal, indignarse de mis inofensivas alusiones, que desde luego retracto de corazon, si pudieran interpretarse mas allá de mi pensamiento, seria preciso que jamas tan sin motivo como sin pudor, hubiese insultado la memoria del papa, quien en el modesto obispo de Imola, revelaba al cardenal Mastai, y en éste á su sucesor en la cátedra de S. Pedro. Seria preciso que este venerable Gregorio XVI, cuyo laborioso pontificado dejará en los anales de la Cristiandad tan luminosa huella, no hubiese sido ultrajado por M. Lenormant. Pero este hijo de la Iglesia, que ha querido honrar á su madre miéntras que no le convino atacarla por sí mismo, ¿no ha usado nunca palabras de injusticia y de censura para con los papas?

Cuando los revolucionarios de los estados pontificios danzaban en derredor del cadáver del anciano Gregorio, quien pocos meses ántes de su muerte habia hecho triunfar su valor inerme del grande y magestuoso poder del czar; cuando en medio de sus impías

(1) *Historia de Inglaterra despues de la revolucion de* 1688, por Smollett y Adolphus, tom. X, pág. 168.

demostraciones designaban para la tiara al Camandulense bajo el sobrenombre de *Il Cane*, ¿estaba bien que el *Correspondant* se mezclase con esta plebe que, embriagada con la palabra amnistía, á nadie perdonaba? ¿Un diario sério y reflexivo debia acaso seguir la senda trazada por la *Feuille eternelle*, miserable aborto del orgullo en su demencia, y donde M. Madrolle anatematiza á Gregorio XVI sin mas razon que porque aquel papa al verle y sobre todo al oirle, no pudo ménos de reirse?

El 10 de Septiembre de 1846, M. Lenormant entónces parece escusarse de haber tardado tanto en *blasfemar;* el 10 de Septiembre, pues, presentaba en el tribunal de su entusiasmo por Pio IX, al último gefe de la Iglesia, que en su solitaria tumba no halló sino dos ó tres corazones reconocidos. Escuchad al que tanto se indigna con mis alusiones: "Sin la menor duda, dice, hablando de Gregorio, mucho dejó que desear el gobierno temporal de la Santa Sede; hubo disensiones y discordias por dentro, y á veces escesiva debilidad por fuera." Y mas adelante: "La tenacidad, sin duda, del sistema llevado adelante por el gobierno de Gregorio XVI, ha producido en las legaciones y en la Romaña los mas tristes resultados; ha abierto llagas y alimentado rencores particulares que desde ese momento pueden contarse como los mayores obstáculos, en los que se estrellan los designios generosos de Pio IX."

Aun mas adelante añade: "Pero se me dirá, ¿la reconciliacion que todas las cortes esperaban con la muerte de Gregorio XVI, hubiera sido imposible en vida de este pontífice? No niego que pueden mucho en un anciano la influencia de las antiguas impresiones y la perseverancia en las ideas; pero el mal era muy grande en la Romaña."

Ya puede verse si éstas son ó no sencillas alusiones. Estas reprimendas, despues de la muerte acriminan al príncipe en la esencia misma de su gobierno. Le presentan como dudoso en sus malas ideas, sin fuerza en el interior ni dignidad en el exterior; incapaz de hacerle el bien, y mas incapaz aun de impedir el mal, y todo esto se dirige contra un papa lo mas católicamente posible. Esta injuria lanzada contra su reinado en nada toca á lo espiritual; M. Lenormant lo reserva para mejor ocasion. Y porque yo haya manifestado una opinion con la mayor timidez, ¿se ha de decir que he herido en lo mas mínimo el poder espiritual de las *Llaves?* ¿Acaso he pensado siquiera en romper con la unidad, ya por palabras, ya con obras? Nada de eso. Mi política ha sido únicamente votiva, de deseos, miéntras que la de M. Lenormant, la de la *Revue de Louvain* y del *Contemporáneo*, es una política de recriminacion, con la cual no me es posible librarme del furor de uno sin caer bajo la férula de los otros.

Yo no he dicho como Voltaire: "Se debe respeto á los vivos, y

la verdad solo á los muertos." Este aforismo, que siempre me ha parecido un pomposo contra-sentido, esplotado por el temor y la codicia, me he atrevido á modificarle por mi cuenta. Yo creo que á los vivos, sobre todo, si son reyes ó papas, sobran aduladores que los ensalcen y lisonjeen, y no hay necesidad de aumentar su número. He aquí mis blasfemias. No suplico á Pio IX que me las perdone, puesto que no es crítico por carácter, y por otro lado guarda en su corazon inagotables tesoros de misericordia. ¡Ojalá pudiese él mismo defenderse de los serviles entusiastas del *Contemporáneo, del Rappel*, de la *Revue de Louvain* y del *Correspondant*, y olvidar el crímen que yo no he querido cometer, y que en realidad solo han cometido mis censores!

Sin acrimonia y sin parcialidad, hemos examinado y reasumido las diferentes acusaciones lanzadas contra el libro de *Clemente XIV y los Jesuitas*. No era suficiente para este desgraciado pontífice haber dejado esparcidos por el mundo los documentos que algun dia podian comprometer su memoria; era preciso que sufriese aun por elogios los mas crueles la postrer humillacion debida á sus injusticias; y para colmar la medida, Ganganelli, pasados setenta y tres años de su muerte, se ha visto aun embalsamado en el postrer romance ó novela del abate Gioberti. Hablemos, pues, algo de este sacerdote:

Existe en Europa una ciudad, en la cual de repente y enmedio de una paz universal, resonaron por los aires los gritos mas inesperados y siniestros. Se vió allí un populacho embriagado de ateismo, sediento de rapiña, que maldecia á la Providencia y que manifestaba con términos de mal agüero los mas crueles sentimientos. Por las plazas y las calles se oia á la multitud ahullar, cual energúmenes: "*Fuera, fuera Dios*!" y entre el vapor de sangre y vino, lanzar las amenazas de: *Muerte á todo el que tiene criados*!

Estos rugidos, última expresion del comunismo, resonaban en Lausana en 1845. Desde este dia Lausana fué el sitio de placer, el asilo predilecto del abate Vicente Gioberti.

Existe en esta ciudad un cierto triple apóstata; un religioso que ha renegado de su Orden, un sacerdote que he renegado del sacerdocio, y un cristiano que ha renegado de su Dios. Deseoso este monje, este sacerdote y este cristiano, de corromper por la palabra escrita á cuantos no ha podido seducir con su ejemplo, todo lo ha sacrificado para colocarse á las inmediatas órdenes de la inmoralidad reinante en el canton de Vaud. Se ha hecho impresor, es decir, se ha impuesto á sí mismo la mision de propagar por medio de la prensa aquellas obras cuya sola idea es un aborto del entendimiento, un cálculo de la mentira, una ceguedad del alma, ó una mofa de la justicia. A esta puerta, tras de la cual habita, rodeado de muger é hijos, semejante hombre, es á la que llamó el

abate Gioberti con un manuscrito bajo del brazo, renunciando la hospitalidad que le concediera en Bruselas un sacerdote concubinario.

Este manuscrito era un insulto en cinco tomos á la verdad histórica, á la filosofia, á la religion y al sentido comun: á pesar de eso, como era natural, fué acogido con una alegria indecible. Sobre la marcha se pusieron en movimiento las prensas del apóstata para reproducir con la brevedad mas posible la obra del eclesiástico, quien no tiene la menor traza que indique un buen sacerdote. El *Gesuita moderno* salió por fin de este taller de escándalos á ver la luz pública. A los unos hablaba de libertad, tal como querian aplicarla los adeptos de la escuela de Lausana: á los otros enseñaba la mentira política y el error religioso; y sobre todos destilaba el veneno de sus doctrinas y la expresion de su ódio.

El *Gesuita moderno*, como lo indica su título, no es ni mas ni ménos que un despreciable folleto dividido en cinco gruesos tomos, verdadero resúmen de todas las acusaciones sin pruebas, y de cuantas locuras y sueños fantásticos que en estos últimos tiempos han pasado por los cerebros de los Michelet, de los Sue y de los Quinet. Esta produccion es un desórden de imaginacion, manifestado á veces con todo el prestigio del estilo, con toda la verbosidad de un maniático, y con toda la hinchazon de una poesía fanática. El abate Gioberti ha introducido en su inagotable facundia el capricho y ligereza del folletin frances junto con la improvisacion de la cátedra universitaria. Extendiendo sin freno sus ideas en el reducido campo de batalla que se habia propuesto, llegó á espantar la curiosidad, viendo por sí mismo que ni aun siquiera se concedia á su obra la limosna de la exótica y vulgar publicidad que los partidos estremos no rehusan jamas.

Esta obra, concebida en el silencio de la injusticia, se vé condenada á la esterilidad por la razon pública, y al silencio eterno por el fastidio que provoca su lectura. Su objeto marcado es causar la muerte á la Compañía de Jesus; pero el cañon, cargado con la metralla de una cólera propia de niño irritado, no dió fuego. El abate Gioberti, quien desde mucho tiempo ántes fué incapaz de hacer algun bien, queriendo recoger sus ideas en la soledad, apasionarse friamente y aguzar los puñales, cuyas puntas se vuelven contra él, se ha quedado impotente, aun para hacer mal. Se mide al hombre de pies á cabeza, no se ve sino un vacío, y en lugar de un escritor, á quien se perdona lo avanzado de sus ideas, á trueque de la energía del pensamiento y colorido de su estilo, no vemos mas que un globo aéreo inflamado de redundancia italiana y sin otro motor que una cansada fraseologia. El genio frances, el aticismo romano, el ardor napolitano, el buen sentido piamontés, todo falta en esta obra;

y semejante libro vivirá solamente en la memoria de su autor como una mala accion añadida á las demas suyas, y á la cual nada puede defender. Si al abrirla encuentra algunos desengaños, creemos por experiencia que esta desgracia le será contada con una expiacion.

En Francia, en Inglaterra y en Alemania, semejantes producciones llevan consigo el fruto, y son olvidadas aun ántes de detenerse sobre ellas, porque allí se reflexiona, se raciocina y se juzga; en Italia no es lo mismo. El abate Gioberti se presenta como misionero de exageraciones políticas; y un largo destierro, aunque merecido, le permite darse entre sus compatriotas el tono de víctima. Tuvo necesidad de engrandecerse á sus ojos, y les aduló bajamente; su *Primato morale et civile degl' Italiani*, hijo bastardo de nuestro calvinismo frances, quedará como un tipo de interesada adulacion y popularidad servil. La idea fundamental de esta amplificacion, que ni un estudiante de retórica aun italiano se hubiera atrevido á enunciar, consiste en que los descendientes de los antiguos maestros del mundo dominan aun por el genio, así como en adelante podrán dominar por las armas. Esta tésis, escusable en un colegio, ha inspirado al abate Gioberti sentimentales páginas, en las que el amor patrio se eleva hasta el lirismo de los conceptos, lirismo sin provecho, sin doctrina y sin porvenir; pero que al fin, por su misma fatuidad, imprimia al escrito cierto sello de inocencia.

Casi nadie ve la Italia sino al través del prisma de los siglos pasados: para unos, es la patria del sol, de las ruinas, de las emociones fuertes y el campo de batalla que ha fecundado la libertad, poetizando sus escesos; para otros, es el manantial que sirve de abrevadero al orgullo nacional. Al contemplar sus monumentos siempre en pié; al considerar sus gigantes de la antigüedad y de la edad media, admirados por todos los siglos, el italiano tiene la desgracia de creerse identificado con esas inmortalidades, hechas patrimonio de todos los paises y luz de todos los tiempos. Se mece con la idea de que esa madre está aun en todo el vigor de su fecundidad, y que aun puede engendrar y dar á luz los futuros Cicerones, Césares, Virgilios, Dantes, Rienzis, Colonas, Miguel Angel y Rafaeles. En su miseria quiere disfrazarse de Escipcion desconocido, y sobre el foro romano, donde no se oye mas eco que el mugido del pesado buey de Ostia, quiere reconstruir con un recuerdo aquella dualidad mágica tantas veces revelada al mundo entero, por estas cuatro letras del alfabeto; S. P. Q. R., que son poco ménos que nada, segun la interpretacion del abate de la Mennais.

El senado y el pueblo romano han desaparecido junto con las ciudades y reinos anexos á su imperio. El pueblo que todo lo dividió y que lo destruyó todo, ha sido dividido y destruido á su vez. La Italia conquistó al mundo, y se ha hecho pedazos, cuando el mundo se estrelló contra ella. Su nacionalidad, su independencia absoluta, ya no son mas que una utopia; la Italia no puede llegar á ser un reino, una república ó un estado federal. Sea cualquiera la forma de unidad que sus príncipes ó sus pueblos quieran sustituirse á la que existe, caerá siempre en la anarquía las ideas, para llegar sin transicion á la anarquía de los sucesos. Su constitucion tiene un no sé que de excepcional; con ciertas condiciones puede durar aún; modificarla ó cambiarla, seria caso de muerte repentina. Los italianos quizá no están aun maduros para recibir una libertad que no seria mas que un despotismo ilustrado por la arbitrariedad legal: jamas pueden comprender y mucho ménos aplicar el sistema constitucional. En nuestra opinion, que estendemos á todas las corrupciones parlamentarias, semejante ignorancia es una gloria y una felicidad para un pueblo.

No piensan de ese modo los patriotas cuya primera necesidad es crearse una existencia social, invocando las ideas de desórden en apoyo de sus ambiciosas teorías. En ese pais, como en el resto de Europa, no faltan genios turbulentos y corazones corrompidos que quieren ocultar su mal instinto bajo la escusa legítima del amor pátrio, y apoderarse de tan bella pasion por la independencia ó nacionalidad de la Italia como se esplota ese sueño en favor de la Polonia. La Polonia ha sufrido la suerte reservada á todos los pueblos. Tuvo sus horas de sublimidad, de apogéo, y luego sus años de revoluciones y decadencia. Ha perecido, porque las naciones, lo mismo que los individuos, no tienen sino una existencia limitada, y llega un dia en que el sepulcro se cierra sobre un pueblo como sobre un hombre, siendo imposible á la criatura galvanizar su cadáver. Pero aplíquese á este cadáver el régimen constitucional, que se le pongan muchas y hambrientas sanguijuelas parlamentarias; que el ingles, así como en Portugal, en Grecia y en España, se encargue de regularizar y sostener el desórden moral en beneficio de sus intereses mercantiles, y aun podrémos ver á este cadáver agitado por algunos sobresaltos de confusion y desórden; pero despues revolcado en su propia sangre, caer luego en el fango para no levantarse jamas.

No hay duda que es muy triste para una nacion marcada con un sello providencial reconocerse aun viva en sus miembros, y verse sin embargo borrada del catálogo de los reinos; pero á los hombres que le siguen el camino de la vida con la antorcha de la historia en sus manos, no debe asombrar eso puesto que hace seis mil años lo mismo ha sucedido con pueblos de constitucion mas fuerte. Nada mas normal que la muerte de unos y nacimiento de otros. Podrémos resistirnos á adoptar la idea de la destruccion de las razas; pero es preciso creerla, y cuando llegue el caso sufrirla, porque está previsto en regiones mas elevadas que las de la humanidad, y so-

bre todo, porque una nacion vencida, juzgada y repartida como la túnica del Salvador, no sale de su tumba para reconquistar una nueva vida, como salió Jesucristo de la suya para regenerar el mundo. Algunos italianos que en su entusiasmo no consultan á la razon, se niegan á aceptar ese juicio de Dios sobre los pueblos; y bajo el punto de vista del orgullo nacional, se les debe perdonar ese acto de patriotismo.

No es solo en estos límites donde se encierra el abate Gioberti; ha visto á los anticuarios, á los poetas y á los *amateurs* apasionarse de las carcomidas murallas que han abrigado á tantos héroes, y quiere persuadir á sus admiradores que aun están destinadas á continuar la gloria de sus abuelos. Cincinato ya ha llegado á ser un pretendiente; Caton es ahora un *músico*; César hace pelucas; Lúculo pide limosna; Fabio Cunctator se ha transformado en jockei diplomático; Pompeyo es un usurero; Cornelio abandona á sus domésticos la crianza de sus hijos; Fabricio teje coronas de oro para ornar la frente de las bailarinas; Augusto está uncido á su carro; Numa tiene una administracion de loterías; Horacio contrahace antigüedades; Curcio sale de su huronera para profesar el egoismo; y en el interes del órden público, Graco y Catilina reclaman á voz en grito la institucion de la milicia nacional; Ciceron dirige una prensa clandestina; Marco Aurelio circula folletos anónimos; Espartaco compra ejecutorias de nobleza; algunas Lucrecias y Virginias apelan del rigor de sus patronos á los Appios y Tarquinos modernos; Tiberio predica la libertad; Annibal vende anteojos; Mario se resigna al papel de tenor, y Escipion roba doncellas. Semejante espectáculo no ha chocado al abate Gioberti, ni le ha conducido á meditar sobre las alabanzas con que ha hecho profesion de abrumar á su pais; ántes por el contrario, como el imperturbable Mateo Laensberg, profetiza (1): "No pasará quizá un siglo sin que nuestra patria vuelva á ser lo que fué en los tiempos de Escipion."

A esta agregacion de pequeños pueblos que no tienen mas herencia que un simple pasado de dos mil años, no era difícil hacerles comprender que se hallaban oprimidos y que algun dia podrian alzarse tan fuertes y vigorosos como en los bellos tiempos de la juventud de Italia. Se acusaba á estos primeros fetos de la civilizacion europea de languidecer en una idolencia casi vecina de la felicidad; se aparentaba ignorar que de la parte allá de los montes, la divergencia de opiniones, las preocupaciones locales, las rivalidades mútuas de las poblaciones y de los estados, los recuerdos siempre vivos de las guerras intestinas de la edad media, han dejado en los espíritus una huella tan

(1) *Gésuita moderno*, t. 2, p. 600.

profunda de emulacion ó enemistad, que seria imposible á una voluntad de hierro reunir en una misma accion de intereses tan encontrados y pensamientos tan opuestos. En diferentes ocasiones, sin embargo, se les ha visto ofrecer el homenage de su independencia futura á todos los soberanos cuyo nombre pudiese servirles de bandera. Han querido seducir á Cárlos Alberto de Cerdeña y á Fernando de Nápoles; y hoy dia es al papa á quien quieren dar el papel de Judas Macabeo. Cuando la Italia por derecho de conquista quedó unida al imperio frances, los revolucionarios se valieron de Murat, como instrumento de su libertad. Bignon, en su *Historia de Napoleon* (1), ha revelado estas tendencias que perdieron á Joaquin y que perderán á otros muchos.

"Con esta declaracion del emperador, dice el hombre de Estado del liberalismo, terminó para el rey Joaquin el año de 1811. Desde esa época se dejó fascinar ese príncipe por los halagos y promesas de los hombres que soñaban en un cierto *sistema itálico*, con el cual le hacian entrever, si no una soberanía absoluta, al ménos una gran preponderancia y un alto protectorado. En todos los puntos de la Península italiana existia un gran número de estos patriotas estimables, pero poco previsores, quienes siempre, enemigos eternos de la dominacion extrangera, cualquiera que ésta fuese, se hallaban dispuestos á combatirla á todas horas; y que en la época de 1811, por ejemplo, cuando la Lombardía, la Toscana y los Estados romanos renacian y prosperaban bajo los auspicios de una administracion benéfica é ilustrada, no quisieron ver que al sacudir el yugo de la Francia, irremisiblemente caerian bajo el plomo del despotismo aleman al que tenian tanto horror. Estos patriotas italianos ligados entre sí por afiliaciones y correspondencias, dirigieron su vista sobre el rey Joaquin como persona adecuada para llegar á ser dócil instrumento de sus ulteriores miras."

La Italia sigue aun con el mismo sueño de 1811, y sus órganos políticos le prolongan cón una imprevision cuyas consecuencias serán quizá muy funestas. Esto era lo que queria advertir al autor del *Primato*; y le hablaba con seriedad como pudiera hacerlo con Alfieri, Manzoni, Silvio Pellico, y aun con el mismo Orioli. El abate Gioberti no era mas que un cómico de patriotismo; se asignó ese papel para ocultar sus planes, y su *Gesuita moderno* los ha puesto al descubierto. A pesar de la justa repugnancia que nos causa habérnoslas con semejante hombre, tendrémos que seguirle por la senda que ha elegido: él mismo es quien nos impele á ello,

(1) Bignon, *Histoire de France sous Napoleon*, t. X, p. 244.

porque honrándonos con sus injurias, nos hace dichosos, viéndonos objeto de sus ultrajes.

El escritor revolucionario se propone combatir á dos enemigos; el Austria y la Compañía de Jesus. Estos son los Pitt y los Coburgos, que deben alimentar su necesidad de divagaciones; los deja aquí, los toma allá, y siempre los presenta como crímen de conspiracion contra el progreso. Invita á la Italia y al mundo entero á realizar una cruzada para aniquilar estos poderes ocultos. Sin el valor y constancia de Pedro el Ermitaño, finje ignorar que para remover las masas no basta hacerlas oir el ruido de las cadenas, cuyo peso no sienten. El Austria y los príncipes se defenderán como puedan; ese es su interes. La Compañía de Jesus contestará con sus apologistas, y proseguirá su noble mision sin dignarse honrar al *Jesuitofobo* con una mirada ó un opúsculo. Esto no es de mi inspeccion. No tengo que vengar ni al príncipe de Meternich ni al conde de Solar de la Margarita, ni á los padres del instituto, de las tendencias que se les imputan. El autor del *Gesuita moderno* ataca al autor de la *Historia de la Compañía de Jesus.* Es una provocacion de escritor á escritor; acepto el duelo con todas sus condiciones, con la reserva solamente de no servirme sino de armas permitidas. En no imitando al abate Gioberti, estoy seguro de la victoria.

Pero ¿qué acontecimiento, qué circunstancia es la que ha podido arrastrar al refugiado piamontés á publicar semejante obra? ¿Cuál la ocasion, cuál el objeto que ha impulsado á este buen abate, cuyo nombre ni aun siquiera es conocido, sino de los ateos del canton de Vaud y de los monges apóstatas, almacenistas de malos libros en el mercado de Lauzana, para dirigir sus tiros al mundo religioso y literario? Muchas veces me ha sido hecha esa pregunta: en pocas palabras voy á contestarla.

El abate Gioberti, así en Turin como en Bélgica, libre ó desterrado, siempre ha sido patrocinado por los Jesuitas. Los Jesuitas favorecieron sus primeros ensayos en el mundo, alentaron sus estudios y partieron con él el pan de la emulacion. Siempre se han encontrado en su camino para guiarle en el sendero estrecho de su vida pobre, para sostenerle con su influencia y con su amistad. Miéntras que el abate Gioberti no se vendió en cuerpo y alma al Moloch de una falsa popularidad, mostró su gratitud hácia los hijos de Loyola; mas llegó un dia en que otros refugiados italianos, especulando con la instabilidad de carácter de su compatriota, le hicieron entender que su reconocimiento para con los Jesuitas engendraba sospechas en algunos; y desde este instante el abate Gioberti pensó en romper con los primeros, con sus únicos bienhechores. Se hizo ingrato por cálculo, por sistema, é ingrato hasta el punto que lo fué Júdas. Su

Primato, obra que debia transformar á los italianos en otros tantos Escipiones y que ensalzaba su preeminencia moral y civil sobre los demas pueblos, su *Primato* tenia por segunda mira ganar los Jesuitas á la causa política de M. Gioberti.

En 1829, el abate de la Mennais concibió un pensamiento casi idéntico. Quiso hacer de los padres de la Compañía un arma religiosa que hubiera allanado el camino á una democracia, cuyo lejano rugido ya percibia el gran publicista frances. Los Jesuitas rehusaron aceptar una alianza que les hubiera hecho populares en todas las revoluciones. Gustan mas de vivir fuera de ellas y de todos los intereses de partido; no adoptan ni las esperanzas de los unos, ni las decepciones de los otros, y no salen una linea del círculo de los deberes que les trazan las constituciones de su Orden. El abate de la Mennais no osó comprender esta reserva sacerdotal. Precipitado de lo alto de su genio, despues de lanzarse en la arena, nadie ignora lo profundo de su caida, que separó de la Santa Iglesia su madre al hijo cuyas virtudes y escritos la habian glorificado, al Tertuliano moderno, que olvidado del mundo, aun escita en el corazon de muchos Jesuitas una dulce y santa compasion que expresada en sus oraciones al Eterno, quizá un dia le harán triunfar de las tinieblas exteriores que por do quiera le rodean. El genio de la Mennais se estrelló contra el buen sentido práctico de los padres: ¿qué influencia podian tenor en una utopia de preeminencia itálica, los entusiasmos profanos del abate Gioberti, y la sustitucion al padre comun de los fieles de un pontificado moderno y civil exclusivo en provecho de los revolucionarios? Los Jesuitas italianos no quisieron hacer del papa una especie de patriarca galicano al servicio de algunos ilusos embriagados con el ardor patriótico. Así como la Sede Romana, permanecieron firmes en la realidad de las cosas, y esto es lo que les atrajo este sarcasmo del abate Gioberti: "Vosotros ya no sois mas que una podrida antigualla de la edad media (1)." Pensó hacerlos suyos; los Jesuitas se resistieron. En su *Primato*, donde los acaricia, forja unos *prolegómenos* que tienen un mérito incontestable al lado del *Gesuita moderno*, y consiste en ser mas cortos. En 1845 fué cuando tuvo lugar este imponente armamento; y pasó desapercibido aun en una época en que los Jesuitas eran objeto de todos los encarnizamientos, de todas las enemistades parlamentarias y de todos los rencores universitarios. Dos Jesuitas, los padres Pellico y Curci, respondieron á este ataque. Con angélica dulzura el uno, con verbosidad irónica y razonada el otro, ámbos debieron herir profundamente la irritable vanidad de M. Gioberti, quien, en los cinco abultados volúmenes que cayeron so-

(1) Tom. 2, p. 317.

bre la cabeza del público como un aerolito, no ha hecho mas que exhalar sus amargas quejas contra los ilustrados escritores de la Italia, que le demostraron la injusticia de sus *prolegémenos*, bajo el punto de vista religioso, político é histórico.

El *Gesuita moderno* es una aberracion del entendimiento, de que solo es capaz un mal sacerdote. Es la confusion mas estraña de los hechos, de las personas, de los principios, de los deberes y de los crímenes. M. Gioberti no razona; se ostenta filósofo, y se cree obligado á despreciar la lógica, y de hecho la desprecia, así como la verdad. Aglomera un Ossa de declamaciones sobre un Pelion de mentiras. Se parece á Voltaire en sus injurias y al padre Duchesme en el estilo. Mezcla lo sagrado con lo profano, y pretende ser católico, pero católico italiano como el abate Chatel se proclamaba católico frances. Sin definir lo que puede ser un católico, parcial por decirlo así, y cuya fe se encuentra sometida á una alineacion geográfica, camina al traves de los siglos y de los acontecimientos, embadurnando á su placer las fisonomías y caractéres con el lodo antijesuítico. En medio de estos escándalos de la inteligencia, el abate Gioberti se ve acometido de un súbito acceso de moderacion. Caen entónces de sus labios palabras dulces como la miel; reprende los arrebatos de sus cómplices, y quiere poner un freno á su celo, indigno de la santa causa que defienden; pues para este eclesiástico, aborrecer y calumniar á los religiosos, es sostener la causa del progreso y de la humanidad. Recomienda á los suyos que no se valgan contra los Jesuitas de los argumentos sanguinarios del protestantismo; quiere que renuncien al dardo envenenado con la virtud austera de los jansenistas, y con el mortífero sarcasmo de los filósofos del siglo XVIII. Las armas de los heterodoxos, de los extrangeros y de sus tatarabuelos, no son las suyas. El abate Gioberti es católico, pero italiano; desea ser libre, y bajo este título proscribe á la vez como los luteranos, como los jansenistas, y como jamas han proscrito los filósofos. Pio VII, Leon XII, Pio VIII, Gregorio XVI, y el papa actualmente reinante, fueron ó son tan buenos italianos como el abate Gioberti; y les creo mejores católicos que él. Y sin embargo, en lugar de acumular volúmenes sobre volúmenes contra el instituto de San Ignacio, han cubierto á sus discípulos con la mas activa y mas eficaz de todas las protecciones. ¿Y por qué? Dios mio! ¡A qué proponer tan sencilla cuestion á un escritor que encuentra á Voltaire un poco exagerado en sus justos presentimientos, y que no hace mas que imitarlo, dejando aparte el genio y estilo de aquel escritor!

El sacerdote piamontés que resguardó su casa con los muros de una ciudad donde Dios está fuera de la ley, y donde todo el que tiene domésticos se expone á ser apedreado, este sacerdote,

por ese solo hecho, descubrió lo que podia ser. Allí estuvo muy solícito constituyéndose limosnero de los cuerpos francos, de los que M. Thiers se improvisó el *Thersites* parlamentario. El abate Gioberti pudo detenerse aquí; pero quiso ademas prestar su contingente á todos los escándalos que oprimen á la sociedad europea. El católico italiano vomitó su última obra, y no ha faltado otro católico frances que la patrocine.

Este libro, ridículo atentado contra el buen sentido, cayó en manos de M. Lenormant, quien con su gancho de trapero literario, ha recogido uno á uno los ultrajes contra mí dirigidos por el abate Gioberti, y los ha arrojado en la expuerta del *Correspondant*. Allí están bien. Al público nada le importa una polémica, en la que la individualidad se sustituye al pensamiento del escritor. Dejemos, pues, todas estas miserias de una vanidad herida ó de una cólera demente, y con algunos ejemplos sacados del *Gesuita moderno*, pondrémos en claro la moderacion, la justicia y la caridad, que el abate Gioberti recomienda con tanta uncion á sus adeptos los italianos católicos.

El primer volúmen del *Gesuita moderno* le absorve todo un corto *discorso preliminare* de DXVIII páginas, que son las que componen todo el tomo, ni mas ni ménos.

Aquí M. Gioberti da rienda suelta á sus amistades que ofenden y á sus injurias que honran. Debió ceñirse en su escrito á descubrir uno por uno todos los errores que un historiador, por concienzudo que sea, hubiera podido cometer en un trabajo largo, seguir paso á paso el testo y la exposicion de las doctrinas, combatir el uno con hechos mas ciertos, si le era posible, y refutar la otra, demostrando que la obra estaba llena de proposiciones envenenadas. Un sacerdote, aun siendo enemigo de los Jesuitas, que hubiera emprendido esa tarea, podia, bajo ese punto de vista, hacer un servicio á la Iglesia y á la justicia. Una discusion profunda hubiera arrojado mas luz en la cuestion, y la verdad histórica no hubiera podido ménos de ganar en este trabajo ejecutado lealmente. Pero en vez de entrar por esta senda hácia la que su carácter sacerdotal debia inclinarle, y la que le obligaba á seguir su mal comportamiento con la Compañía de Jesus, ¿qué es lo que se ha propuesto el abate Gioberti al constituirse mi censor? En este *discurso preliminar*, que modestamente se reduce á las proposiciones de un libro lleno de palabras, el sacerdote no encuentra otra cosa mejor, que emplear su polémica contra los padres Pellico y Curci, dos fuertes atletas, que ya le han acibarado su existencia. En seguida y de improviso, se apodera del historiador de los Jesuitas.

Aquí la posicion cambia con la rapidez de una decoracion de ópera. Hasta ese momento siempre ha pintado á los reverendos

padres como á hombres que inspiran, que dominan sobre cuanto les rodea. Ellos dirigen á los papas; tienen bajo su tutela á los reyes; hacen y deshacen á su placer ministros, y los constituyen humildes ejecutores de las voluntades de la Compañía; imponen á todos sus adherentes las leyes que les acomoda dictar; todo el mundo les obedece, y ellos no obedecen sino por la mayor gloria de Dios. Pero respecto á mí, el abate Gioberti se expresa de otra manera. Todo cuanto Felipe II, Sixto V, Enrique IV, el cardenal de Richelieu, Luis XIV, Inocencio XI y Sobieski, no pudieron conseguir en todo el lleno y aureola de su poder y voluntad absoluta, los Jesuitas me lo han concedido. Soy su dueño para con ellos y contra todos. "A mí es, dice este honrado abate Gioberti, traducido por M. Lenormant, á mí es á quien recurren en todo y por todo, sin cuidarse de buscar otros testigos y otras pruebas. A sus ojos M. Crétineau-Joly es un juez, no solamente inapelable, sino aun mas infalible que el papa mismo; de donde se sigue que debe darse crédito á su palabra, cuando afirma que los soberanos pontífices han cometido algun yerro de gran marca."

Héme aquí convertido de repente en doctor de la Iglesia, y quizá mas aun. En el pensamiento de esos seis mil hijos de San Ignacio, que se creen felices sacrificando su vida en todos los continentes y en todos los mares; que se hacen mártires de la caridad ó de la ciencia por conquistar una sola alma á la unidad católica; en la inteligencia de esos profundos teólogos, granaderos de la Iglesia romana, que han luchado, luchan y lucharán aun sobre mil campos de batalla, con el fin de establecer el principio de la autoridad pontifical, mi persona es una especie de taumaturgo, y cualquiera de mis palabras escritas es una profecía ó un axioma. Pero tranquilícese el lector: M. Gioberti es demasiado buen italiano para no aproximar muy de cerca la roca Tarpeya al Capitolio que me eleva. Los Jesuitas no juran sino en mi nombre; en el fondo de mi discurso preliminar yo soy su *alpha* y su *omega;* pero una simple nota del abate trastorna completamente mi pedestal. Con frases sobre frases, ha dicho lo que soy para esos religiosos, que respetan mas mi infabilidad que la del papa. Pues hé aquí lo que yo soy para él, y ésta es la nota que oculta el veneno, y que dice así (1): Pocas obras modernas habrá tan injuriosas á Roma y á la Santa Sede como la historia de M. Crétineau-Joly, fiel aun en esto al genio moderno de la Orden."

Con el fin de dar á luz su pensamiento, el abate Gioberti no ha inventado mas que un medio. Era preciso demostrar mi rebelion histórica contra Roma y la Santa Sede; rebelion, que el papa Gre-

(1) *Gesuita moderno*, tom. 1, p. 269.

gorio XVI se dignó ensalzar con el mas patente de los favores pontificales. Este medio le ha sacado el autor del *Gesuita moderno* del juicio formado sobre M. Rossi. Desde el 1540, los Jesuitas existen, combaten, mueren ó triunfan por la verdad católica. Siempre cubriendo la brecha de la Iglesia, defendieron la Santa Sede por todos los ángulos del mundo. Fueron á la vez los rolandos del cristianismo, y los du Guesclin del Papado. En todas las luchas se les ha visto recibir de frente el fuego, desafiar los peligros, y dar la cara al enemigo. Ya he referido esa Odyssea de mártires, de confesores, de apóstoles, de teólogos, de apologistas, de predicadores y maestros de la enseñanza. El abate Gioberti, palabra por palabra, se ha hecho explicar todas estas relaciones que la multiplicidad de los sacrificios me ha obligado á pintar con colores tan diversos. A todo esto, el sacerdote piamontés nada tiene que objetar. Pero un italiano me ha salido al encuentro al terminar la obra. Este italiano se habia transformado ¡sabe Dios cómo y por qué! en embajador de Francia en Roma, donde solicitaba con eficacia la proscripcion de algunos franceses, quienes por medio de un tributo, contribuían á pagarle la mas pingüe de las prebendas. He referido las malandanzas diplomáticas de M. Rossi, hecho conde por la gracia de la revolucion de Julio. Semejante atentado es el que con tanta amargura é irascible frase vitupera el abate.

Segun él, M. Pellegrino Rossi es un peregrino que (1) "honra á la vez á la Francia y á la Italia." Si la Italia se da por honrada con M. Rossi, nada tengo que decir; pero en cuanto á la Francia ya es otra cosa. Esto no impide que yo sea juzgado y sentenciado en el tribunal de M. Gioberti como reo del crímen de lesa-magestad Rossi. Mis seis volúmenes de la *Historia de la Compañía de Jesus* son anatematizados, sin mas que por haber manifestado con documentos en la mano, el papel que representó ese *monsieur* en el melodrama diplomático y parlamentario de 1845. Este es el único cargo articulado que me dirige el abate Gioberti; ¡pero de qué modo lo hace, y cuánto le hiere mi irreverencia para con el señor conde! El escritor refugiado de Lausana, de paso, no deja de conceder algunas palabras de consuelo á los *quatro rispettabilissimi preti francesci* que se hicieron los caudatarios del negociador contra la libertad de la Iglesia; y guarda para con los señores D'Isoard, de Bonnechose, de Falloux y Lacroix un privilegio de reserva y de moderacion. Nótase á la legua que sin conocerlos, se halla dispuesto á dispensarles su estimacion, castigo el mas terrible que han podido sufrir; castigo que en nuestras conferencias en Roma, cuando M. de Bonnechose explicaba sus planes con la mayor franqueza, cuando M. de Falloux andaba á vueltas con la verdad, y

(1) *Discorso preliminare*, p. CCLXXV.

se presentaba un Waterloo sin haber tenido un Austerlitz; castigo, repito, que jamas pensé soñar pudiera llegar á los culpables. Tan terrible expiacion se les debe tener en cuenta, y soy demasiado compasivo y de tierno corazon para dejar de tenerla presente.

Estos respetables sacerdotes franceses aquí y en todas partes, no son mas que las comparsas del Pellegrino y del abate Gioberti. M. Rossi, que es omnipotente, es el que dirige las maniobras y quien distribuye las gracias: tiene, pues, derecho á todos los merecimientos, y se ha hecho digno de todas las simpatías del autor del *Gesuita moderno*. Para esto hay una sencilla razon, y es, que M. Rossi ha sido condenado como católico renegado por el P. Mauro Capellari, quien bajo el hábito blanco de Camandulense, ya saboreaba la infabilidad del papa Gregorio XVI.

Este fallo de católico renegado, aplicado á M. Rossi, entónces genovés, ataca los nervios del católico italiano M. Gioberti; y por este Plinio de un nuevo Trajano *in partibus*, se me apremia á que muestre en qué libro, en qué página y en qué rincon de biblioteca he hallado esta sentencia contra la cual se alzan la Francia y la Italia, por la mediacion de M. de Gioberti.

En verdad, os digo, que para mí ha llegado el dia de los apremios; de una parte MM. Lenormant y Moeller, y el abate Gioberti de otra, me tienen estrechado. Apenas acabo de contestar á los primeros quizá de la manera mas concluyente, cuando me asesta el segundo sin dejarme respirar. Quiere que, so pena de su bendicion, vengue á su Rossi de la injuria que le lanzó el futuro Gregorio XVI. Pues bien, una vez que os empeñais, sea así, digno M. Gioberti. ¿Quereis saber, pues, vos que estais lleno de una curiosidad parecida á la de M. Lenormant, donde he sacado lo de *un cierto abogado llamado Rossi, católico renegado?* M. Rossi podria contestar lo mismo que yo; pues él, lo mismo que yo, lo ha oido de boca misma del difunto papa. Pero esto aun dejaria en la inocencia de vuestra alma una duda, una incertidumbre que me acongojaria; y ya que con tan buena voluntad me he prestado á salir al encuentro de críticos mas quisquillosos todavía que el mismo M. Lenormant, no veo por qué en este caso no he de dejar de hacer lo mismo para vuestra edificacion personal. Pues, señor, no es en un libro ni en alguna disertacion impresa donde he encontrado ese hallazgo. El papa Gregorio XVI me habia dado indicaciones tan exactas, que á pocas vueltas dí con su manuscrito, guardado en la biblioteca de la propaganda en Roma. En él he leido, con todas sus letras, lo que todos pueden igualmente leer, lo que el anciano pontífice leyó por sí mismo á M. el embajador frances, cuando es-

te quiso manifestarle la que él creia falsedad de mi cita, exacta y testual hasta en la ortografia.

¿Se quiere mas claro? ¿Hace falta mas para contentar al abate Gioberti? Ya podrá concederme el derecho de decir históricamente que á los ojos de Mauro Capellari, el futuro conde de Rossi era un católico renegado. El fallo del pontífice parecerá tanto mas duro á los oidos del sacerdote, cuanto que en el renegado reconocia sus eminentes virtudes, pues dice (1): "Su vida fué digna de un hombre honrado, íntegro y de un buen italiano." En seguida añade: "Rossi jamas profesó otro culto que el católico, y cuando habitaba en pais protestante, siempre habló de ese culto con el mayor respeto,"

Ya que el abate Gioberti lo afirma, por esta vez, creémosle bajo su palabra, y admitamos que M. Rossi, en su cátedra de Ginebra, hablase con el mayor respeto de la Religion católica. ¿Sabeis, acaso, á dónde nos llevará esta concesion? A decir y probar que sí, en un pais calvinista, M. Rossi tuvo consideraciones con la fé católica, en Paris se ha echado otra cuenta, y ha obrado de diferente modo. Aquí es al mismo M. Lenormant á quien llamarémos en nuestro socorro; á M. Lenormant, á quien en caso de necesidad, M. el duque de Valmy pudiera refrescar la memoria. Hé aquí lo que refiere el profesor de la Sorbona, y lo que autoriza á repetir como rigorosamente exacto.

"Hace tres años, así se esplica el ex-suplente de M. Guizot, que almorcé con M. Rossi en casa de un amigo de los dos. Concluido el almuerzo, me encontraba sentado en un sofá colocado en medio del salon, junto á M. Rossi y quejándome de la poca tolerancia que se concedia á la enseñanza de las doctrinas cristianas, y esponiendo al mismo tiempo los agravios de la Iglesia contra el filosofismo, M. Rossi se levantó de su puesto, y con el tono magestuoso y doctoral que le es tan familiar, nos dijo: ¡QUE DIABLOS, VAYA UN EMPEÑO EN RESUCITAR COSAS QUE ESTAN MUERTAS, BIEN MUERTAS, Y COMPLETÍSIMAMENTE MUERTAS!"

M. Dubois (de la Gloria-Inferior) diputado y universitario bajo todos aspectos, *concurre á los funerales de un gran culto;* M. Cousin *se quita el sombrero á la religion católica, porque puede serle provechosa todavía por espacio de trescientos años;* pero ¿qué sirven todas estas bravatas de impiedad al lado del triple certificado de muerte que espide al catolicismo M. Rossi, el católico por excelencia del abate Gioberti? Si la moderacion y la reserva de los muy respetables MM. D' Isoard, de Bonnechose, de Falloux y Lacroix, son por este estilo, les compadezco con toda mi alma, como compadezco á M. Rossi, maltratado por cuenta de su panegirista. El abate Gioberti

(1) *Discorso preliminare*, p. CCLXVIII.

sale fiador de la fé de Pellegrino, y M. Lenormant autoriza á que se repitan como rigurosamente exactas las palabras que escandalizarán á cuantos abriguen sentimientos religiosos. Dejemos por un momento al abate Gioberti ante un interés mil veces mas sagrado que el honor de un escritor. La fé, la unidad, la Sede Apostólica y la perpetuidad que la otorgó el mismo Jesucristo, todo lo que ha salvado, cuanto ha ennoblecido y civilizado al mundo, helo aquí todo reducido al estado de cosas muertas, bien muertas, completamente muertas! ¿Y por quién se ha pronunciado esa sentencia? Por un italiano, especie de cosmopolita, quien de tropiezo en tropiezo, y de miseria en miseria, cayó un dia sobre la Francia, y en un momento de ceguedad fué designado para representar en Roma al príncipe que desea llamarse hijo primogénito de la Iglesia, y rey cristianísimo de los franceses!

¡Oh! ¡Qué bien inspirado estuvo el anciano papa Gregorio, cuando impuso al nombre de un cierto abogado Rossi, el triste dictado de católico renegado! ¡De qué manera las inesperadas revelaciones de M. Lenormant aclaran muchas cosas que no están muertas ni bien muertas, ni completamente muertas! ¡Cuánto debe pesar en las manos de M. Rossi el devocionario, cuyas hojas pasa con tan piadosa compuncion, y de rodillas, en la tribuna reservada á los de su clase en la Basílica de San Pedro! y en esa actitud, ¡cuánto debe sufrir el profesor diplomático al verse por su posicion obligado á adorar en público lo mismo que desea enterrar en secreto!

En vista de lo espuesto, ¿nos atreverémos á manifestar hasta el fondo mismo de nuestro pensamiento? M. Rossi ha pronunciado esas palabras, y M. Lenormant no se las desmentirá. Esas palabras son el evangelio de M. Rossi, evangelio fatal, que M. Guizot, aun protestante como es, jamás se ha creido con mision de predicar! Deplorable leccion que el rey Luis Felipe siendo un príncipe previsor, se guardará muy bien de autorizar! ¿Pero estas palabras no esplican perfectamente la larga série de intrigas de que la Santa Sede se ha visto envuelta como en una red? ¿No son un nuevo aviso para cuántos siguen á M. Rossi en la pista de sus maquinaciones? ¿No han sido ellas las que han guiado la pluma del abate Gioberti en los elogios que prodiga á ese hombre? Porque, no olvidemos esta advertencia; el abate Gioberti que es sacerdote lo ménos posible, pero que es católico italiano, no tiene dulce sonrisa sino para los enemigos de la Iglesia. Estos son sus predilectos, los Benjamin de sus entrañas, y los amigos á quienes saluda con terneza. Todos se alimentan con el mismo ódio al nombre de Jesuita, y con igual amor á todos los confunde el piamontés.

M. Rossi es el primer ejemplo que cito de esta singular adhesion. Ademas de éste encontrarémos otros muchos; pero se comprenderá fácilmente el por qué el abate Gioberti se encuentra tan felizmente

apegado con su italiano el embajador de Francia. La Francia es el pais mas cordialmente detestado por aquel sacerdote; la Francia es la que le ha causado la mayor parte de los males que sufre; la Francia la que le quita la máscara para con las demás naciones; la Francia que para él es demasiado católica, y que nada comprende del movimiento y renovacion de ideas, y que aparenta tener tan gran necesidad de los Rossi, los Libri y los Gioberti, para dirigir los ímpetus de su fogosa imaginacion y hacer alguna cosa pasadera y que merezca la pena de leerse. Estos *condottieri* de Italia, en buen hora nos perdonan nuestra influencia sobre la civilizacion, nuestras glorias y todas nuestras obras, á trueque y condicion de que las sometamos todas al visto bueno de algunos afanosos cosmopolitas. Estamos condenados, bajo pena de ser arrojados de la senda del progreso, á entregar la direccion de nuestros negocios y poner á su frente á todos los fugados de Italia. Acá abajo hay mucho de Jesuitas, y por todas partes anda el Jesuita, sin contar con las cosas que están bien muertas y completamente muertas. El autor del *Gesuita moderno* da á M. Rossi un privilegio de catolicismo. Esta cédula le era precisa para presentarse en Italia; pero aun no era lo bastante. M. Rossi tan católico como Gioberti, se transfigura de repente, y por efecto de la sola mirada del abate, en un excelente patriota; y he aquí cómo:

"M. Rossi se expatrió, así habla M. Gioberti, con las lágrimas en su pluma (1), se expatrió, cambiando sus derechos de ciudadano por los de extrangero. Esto solo prueba su amor para con la Italia, pues se hallaba dispuesto á abandonarla solo por el ódio al nombre austriaco. Ciertamente que nuestro sentimiento debe ser muy grande al ver cómo los mas ilustres hijos de la patria comun se ven obligados á llevar á otras naciones, con perjuicio de la suya propia, los pingües y sabrosos frutos de su genio y su nombre, y debemos desear que nuestros gobiernos pongan fin á tamaña ignominia, que pesa principalmente sobre ellos. Pero como no hay mal que por bien no venga, como dice el adagio, la expatriacion de esas ilustres notabilidades lleva en sí la ventaja de que así se esparzan y se difundan los gérmenes de la sabiduría italiana por todos los pueblos y lugares, y recuerden á los demas paises una verdad, que éstos tienen cierta propension á olvidar, á saber: que tanto en la vida activa como en la especulativa fuimos nosotros los señores del mundo, y que aun no hemos perdido completamente los títulos y derechos de esta insigne prerogativa. Ninguna persona ha tomado con mas empeño el recordar esta idea que M. Pellegrino Rossi."

Pasemos si os place, por esta fanfarronada, hija de la vanidad italiana. Dejemos al abate Gioberti acomodar á su peregrino como

(1) *Discorso preliminare*. pág. CCLXXIX.

dueño del mundo, y veamos las señales por donde el gran patriota reconoce el patriotismo.

Vuestra madre se encuentra sumida en el mayor dolor, vuestro pais es víctima de invasion extrangera: creeis que á la una debeis todos vuestros cuidados, y al otro vuestro brazo. Buen hijo, permaneced á la cabecera de vuestra madre y velad sobre ella; buen patriota, reservad para el suelo que os ha visto nacer la sangre, el génio y el valor con que habeis sido dotado. ¿No tiene acaso necesidad vuestra madre de recobrar algunas fuerzas con solo vuestras miradas? Vuestro pais, presa del extrangero, ¿no es cierto que cuenta la llegada de un dia, en que los nuevos Curcios se lanzarán en la pelea armados de todas armas? Allí, sin duda, os encontrareis vos, para prevenir, aprovechar y adelantar cuando llegue el momento oportuno. Y si no hubiese mas remedio, por una sublime imprudencia, deberiais sacrificar vuestra vida aun sin esperanza de éxito, pues el martirio es el precursor del heroismo.

Todos los hijos, todos los hombres, obedecen á esa primera ley del reconocimiento; solo el abate Giobertí se cree tan gran casuista, que pueda dispensar de ella á M. Rossi. Este fué tan amante de su pátria, que no pudo soportar el lamentable espectáculo de sus desgracias; fué tan buen hijo, que dejó á su madre sufrir sola; y el patricta italiano se desertó de Italia. ¿Y á qué vino esa voluntaria emigracion? ¿Por qué ese hombre tan ilustre, cuya pluma y espada por sí solas pueden producir milagros, ha renunciado á su pais, que por su misma desolacion aun debiera haberle interesado mas que si se hallase en la ventura y prosperidad?

¡Ah! La respuesta á esa pregunta no es otra, sino que M. Rossi deseaba volver á su pais como embajador de Francia; y por esto veia en sí la necesidad de hacer causa comun con los austriacos, cuyo solo nombre afirma el exelente abate Gioberti que le causa horror. Los austriacos se apoderan de Ferrara (1), amenazan la

(1) La ocupacion de Ferrara, que es un hecho muy sensible, ha provocado esperanzas cuya importancia los italianos son los primeros en exagerar. El movimiento de los espíritus, la agitacion hasta el presente pacífica, que se nota en los Estados pontificios, en la Toscana y el Piamonte, las voces que corren y que en algunos puntos, preludian una revolucion, nada de esto modifica nuestra opinion sobre la Italia. Es tan imposible resucitar las pasiones de los Guelfos y Gibelinos, como el ver á la Península organizarse bajo un gobierno unitario. En el entusiasmo de un bello sentimiento patriótico, pueden quizá los italianos mecerse en tan lisongero sueño; pero este quedará siempre en estado de sueño y de quimera. Este es el sistema en que pensaba la *jóven Italia*, cuando estaba representada por los Carbonarios. Bajo la impulsion del abate Gioberti, publicando la independencia italiana con un pontificado moderno y civil, ignoramos lo que podria ganar la Italia; pero sabemos perfectamente lo que perderia el catolicismo; y el papa, aunque italiano, es ántes que todo y mas que todo, gefe de la Iglesia universal.

Un pueblo, de acuerdo con su soberano, tiene el derecho incontestable de

Italia, y el conde Rossi, orgulloso con dar su brazo en los sitios públicos al conde de Lutzow, fuerza á su ingrata figura á contrahacer una sonrisa de aprobacion. Cuando la fortuna y la conciencia es poca, y la ambicion y la intriga mucha, entónces todo se pone al juego político; se busca la suerte, y si ésta os es favorable, como lo fué á Pellegrino, no os faltarán Giobertis que, como á él, os entonen y prodiguen alabanzas.

Ensalzar á M. Rossi no lo desaprobamos; le tenemos por tan buen patriota, que junto con su panegirista debieron ser dueños de todo el mundo; sin embargo, deseamos que en brazos de aquel, se vuelva el diplomático en cuerpo y alma á su pais natal. Pero no es razon que por el placer de tributar elogios de patriotismo italiano á un conde frances, se olvide el autor del *Gesuita moderno* de atribuirse el dote de la filosofia, y acaso el de la lógica. He aquí á M. Pellegrino Rossi felicitado por haber buscado en otros climas una pátria donde pudiera hacer fortuna. ¿Qué es lo que sucedió? Que en el *Gesuita moderno* encontramos padres y novicios españoles que, en 1767, obligados y puestos en la alternativa de optar entre su pais y sus juramentos religiosos, prefirieron el destierro y la emigracion á la apostasía. Hemos de advertir que aquí se trata de Jesuitas; oigamos al imparcial escritor (1): No debemos olvidar, dice M. Gioberti, para justificacion de Cárlos III y de su ministro el conde de Aranda, que ántes de emplear la severidad con las personas, hicieron todos los esfuerzos imaginables para atraer á los mas dignos de entre los padres del instituto, á que se quedasen en Es-

tratar de mejorar su situacion, de reformar los abusos y de llegar hasta el mayor grado de felicidad. Respecto de los italianos, y de los romanos sobre todo, deseamos ardientemente que así suceda; pero tememos por bien de ellos mismos que se vean arrastrados mas allá de su objeto. Los sospechosos aliados que tan á pechos toman su causa, nos confirman mas y mas en esta idea. No es, pues, la Italia la que se quiere ver envuelta en el huracan revolucionario, es á la Santa Sede, es su inmutabilidad lo único que los hombres no han podido destruir, la que les estorba para llegar al fin que se proponen. La Santa Sede se encuentra muy divinamente inspirada para ceder á pasiones cuya funesta influencia aprecia en su verdadero valor; y puede sin peligro pero no sin provecho, favorecer y ayudar el desarrollo de sábias y útiles reformas. Andar mas, seria comprometer el porvenir; y de seguro la Santa Sede no llegará á ese punto. Los sueños, los delirios que propaga la revolucion, nunca serán mas que sueños y delirios; pero es muy importante caracterizar cual se merece, un movimiento que los entusiastas tienen empeño en calumniar. El papa puede ser una bandera para llevar á cabo las mejoras: pero nunca, ni aun involuntariamente, el estandarte que las ideas democráticas, constitucionales ó unitarias quisieran enarbolar. Bajo este punto de vista es menester colocarse. La Italia se cree entretanto una sola familia; se abraza, se auna en un transporte federal; pero que jamas olvide que el 14 de Julio de 1790 fué un dia en Francia en el que todos compusimos un pueblo de hermanos, y que tres años despues, el cadalso, la guerra civil y el terror, confundieron con iguales desastres y mortandad todos esos besos y caricias fraternales.

(1) *Gesuita moderno*, t. 3, p. 601 y 602.

paña sirviendo al Estado y á la Iglesia; pero todo fué inútil, y un historiador de la órden (este historiador soy yo) celebra pomposamente el valor inflexible de los novicios de Valladolid y de otros Jesuitas, porque permanecieron sordos á todas las instancias y ruegos del soberano y del ministro como si hubiera una gloria y fuera digno de alabanza el preferir una secta á la pátria que el cielo y la naturaleza nos han dado."

La posicion se encuentra perfectamente diseñada. Por un lado vemos á los Jesuitas que renuncian á los goces de la vida, de familia, á la fortuna, á las grandezas y abundancia que les rodeaba, y eligen la expatriacion, la miseria y el olvido, por ser fieles á su conciencia. Abandonan su pais rico, fuerte y lleno de prosperidad, y voluntariamente caminan á la conquista de un destierro y de una miseria que santifican su vida. Esto es heróico, y lo será siempre ménos para el abate Gioberti. Los honores que de todo corazon, desprecian estos Jesuitas, M. Rossi, por otra parte, va á mendigarlos al extrangero; y despues que los haya obtenido, los convertirá en armas contra la patria que el cielo y la naturaleza le habian dado ni mas ni ménos que á los discípulos de San Ignacio. El abate Gioberti admira al uno y reprende á los otros. Pero estos pobres Jesuitas son muy culpables en efecto, porque jamas tuvieron la vocacion de ser pares de Francia.

De M. Pellegrino Rossi pasemos á San Vicente de Paul. La transicion es brusca, y aun aventurada; pero es justo que la memoria de este santo no permanezca comprometida por mas tiempo con semejante Compañía. El abate Gioberti, como verémos alguna vez, no es un amigo muy prudente. Hay elogios suyos que caen encima de aquel que elogia, como el esputo del que escupe al cielo; y San Vicente de Paul, con quien sucede esto, tiene derecho á una reparacion, la cual pondrá mas en claro aun la buena fe tantas veces controvertida del sacerdote piamontes. Este se ha dado á sí mismo la mision de flagelar á los Jesuitas modernos, y para ello las coloca en el siglo XVII. "Ciertamente, les dice (1) en una abultada prosopopeya, no hay duda de que Vicente fué amigo vuestro y amigo muy sincero; ¿pero sabeis de qué manera? Como Cristo lo fué de sus perseguidores, ya que vosotros tentásteis crucificar á ese héroe de la caridad cristiana en la mas querida y predilecta de sus obras; porque combatísteis el órden naciente de la mision. Llenos de una envidia á cual mas impía y malvada, habeis tratado de esterminar uno de esos institutos, que son una gloria y que por siempre harán honor á la especie humana. Con este designio, habeis puesto en juego las artimañas hipócritas y clandestinas en las que sois consumados maestros; pero no habeis conseguido vuestro

(1) *Gesuita moderno*, t. 4, p. 384.

objeto, porque todo el infierno conjurado no puede triunfar de un solo hombre que combate ayudado del cielo. ¿Y qué magnanimidad no fué la de ese héroe en no creer por espacio de mucho tiempo en semejante villanía? ¿Pero convencido al fin con pruebas irrefragables, sabeis de qué manera las acogió? "Que me arranqueu los ojos si quieren, así esclamó, con tal que me dejen el corazon para amarlos!" ¡Oh! divinas palabras, que por sí solas bastarian para inmoralizar á Vicente! Todo esto resulta, dice Gioberti, de documentos los mas auténticos y de las cartas autógrafas del Santo conservadas en los archivos de la mision."

En esta granizada de esclamaciones, en las que se guarda muy bien de imitar la caridad de Vicente, el abate Gioberti remite á su lector al quinto tomo de su obra, lleno de documentos y aclaraciones. Un discurso preliminar que él solo llena un volúmen, y los documentos justificativos que ocupan otro, he aquí la obra contenida en estos tres tomos de la misma fuerza. Los Jesuitas modernos, cuyo proceso instruye el abate Gioberti, se ven acusados de haber querido *crucificar al héroe de la caridad cristiana*. La distancia de los siglos preocupa muy poco á este nuevo procurador general de la complicidad moral. Dejémosle pasar esos menudos detalles que han podido escaparse á su vigilancia, contenta con haber sorprendido infraganti el delito de un malvado; y ya que M. Gioberti asegura que los documentos mas auténticos y las cartas del santo se encuentran conservadas en la mision, vamos allí á buscarlas.

Con efecto, me he presentado en la casa principal, que tienen en Paris los Lazaristas, calle de Sévres número 95, y me he abocado con M. Etienne, superior general, con el 5.° tomo del *Gesuita moderno* en la mano. Las imprecaciones y argumentos del folletinista poco me habian alterado; pero en la página 171 de este 5.° tomo se encontraban las cartas de San Vicente de Paul. El abate Gioberti afirmaba, que estas cartas autógrafas le habian sido comunicadas desde Paris *por un sabio y piadoso sacerdote de la mision*. Apenas eché una rápida ojeada sobre estos documentos incrustados en el *Gesuita moderno* como las mejores perlas de un joyero, cuando descubrí la piedra basta con apariencias de diamante. Ciego el pobre abate con su ódio, siguió la falsa senda con la que creyó modificar y aun trastornar la opinion pública. La prueba de la mentira, la prueba caracterizada y demostrativa de la falsedad mas inaudita, se encuentra en el contesto mismo de la carta. Hara suponer un pensamiento que jamás pasó por la mente de San Vicente de Paul, el sacerdote jesuitófobo esmalta y adorna este documento con comentarios é insinuaciones que de ninguna manera omitirémos. Hele aquí tal como le publica el abate Gioberti con sus paréntesis de acusacion.

A. M. Ducoudray, en Roma.

Paris 12 de Julio de 1652.

"La gracia de Nuestro Señor, etc.

"En cuanto haya recibido los papeles que la congregacion (de propaganda) desea de monseñor el nuncio, os los mandaré, *si llegase el caso que podamos obtenerlos;* porque la verdad es, que se trata de embrollarnos y confundirnos como me escribísteis, y esto, hasta por la persona de la que deberiamos esperar despues de Dios el mayor (el papa Alejandro VI) favor y porteccion. Pero nada de esto me asombraria, á no ser por mis pecados, que son causa de que tema, no el mal éxito de una cosa que tarde ó temprano ha de realizarse, tanto allá como acá (en Roma como en Paris); pero lo que mas me aturde son las *intrigas* y artificios que se emplean (espresion fuerte en boca de San Vicente que jamás profirió otra mas enérgica contra el prójimo. Es preciso que fuesen muy atroces las intrigas de los Jesuitas para hacerle decir eso). El R. P. general desaprueba todo esto, y me ha prometido escribir (cuya promesa no cumplió) á Mr. el cardenal Rogny, á M. el embajador y al R. P. René; y en cuanto tenga esas cartas, os las mandaré (jamás las tuvo en su poder); sin embargo, espero que os portareis lo mas cristianamente posible con los que nos estorban en nuestra buena obra. Yo los veo (San Vicente concurria mucho á las casas de los Jesuitas. Véase su vida) siempre, gracias á Dios, con la misma cordialidad que antes; y me parece que con la gracia de Dios, no solamente no les tengo aversion, sino que los respeto y aprecio cada vez mas, y aun os diré que no me he quejado en lo mas mínimo al Padre de Gondy, por miedo de no entibiar su vocacion. Es verdad, que ellos han escrito desde esa, que el P. B. habia ido de mision á Normandía con seis ó siete (cosa que los Jesuitas no hacian ántes que existiesen los padres de la mision), quince dias despues de Pascua, y que yo les habia mandado á M. Renar, para que les acompañase por habérmelo instado (ellos le acariciaban en Paris, miéntras que le mordian en Roma), con objeto de conformarse é imitarnos en su predicacion. Despues, uno de los suyos ha venido á pasar dos ó tres dias en una de nuestras misiones de esta diócesis, para ver lo que se hacia, y si le agradaba tomar la delantera; mas sean bien venidos, porque yo no me creo buen cristiano, si no me atengo á él *utinam omnes prophetarent* de San Pablo. ¡Ah! señor, el terreno es tan grande, y hay en él tantos pueblos, que llenan el infierno, que todos los eclesiásticos juntos con todos los religiosos, no bastarian para remediar tanta desgracia! ¿Seriamos tan miserables, que envidiásemos el que *estas personas* (los Jesuitas) se dedicasen al socorro de las pobres

almas que incesantemente se pierden? Ciertamente que nó; esto seria hacerse culpable y desconocer cual fué la mision de Jesucristo sobre la tierra. *Si á nosotros se nos quiere impedir tan santa obra*, no hay mas que orar, humillarse y hacer penitencia de los pecados que hemos cometido en el desempeño de tan sagrado ministerio. En un todo conforme con este pensamiento, os suplico, señor, que no dejeis de ver á estos padres (los Jesuitas de Roma), y de hacer con ellos lo que nuestro Señor Jesucristo aconseja que se haga con *los que trabajan é impiden trabajar;* rogando que hagamos con aquellos á quienes Dios ha concedido el don de la caridad respecto de nosotros, y no perjudicándoles en lo mas mínimo de palabra ni de obra, etc."

San Vicente de Paul no designa persona en su carta, porque no es héroe de caridad cristiana á la manera del sacerdote italiano. Se lamenta con los mas afectuosos términos de los hombres que se han mostrado sus contrarios; y no ha querido confiar ni aun al papel los nombres de los culpables. Estos sin duda fueron religiosos, y no sacerdotes seculares; y el abate Gioberti que saca de todo el partido mas conforme á su carácter, ignorante en un todo de los sucesos y de los tiempos, se vuelve de repente hácia el Gesuita moderno, y le dice: *Tu es ille vir*, tú eres de quien habla San Vicente, de quien se queja San Vicente; y en seguida, le entrega á la indignacion de la posteridad. Pero, al reflexionar con alguna detencion sobre esta carta, una idea muy sencilla se apoderó de mi mente. El corresponsal del fundador de los Lazaristas se encontraba en Roma; San Vicente le daba parte de sus penas y disgustos, con el fin de aliviar con esa comunicacion su peso; y con fecha 12 de Julio de 1652 le dice desde Paris: "El R. P. general desaprueba no obstante todo esto, y me ha prometido escribir á monseñor el cardenal Rogny, á M. el embajador y al R. P. René. En cuanto me haga con las cartas, os las mandaré." Ahora bien, si se trata aqui del general de la Compañia de Jesus, es preciso que este religioso no estuviese en Roma, sino en Paris, desde donde aparece que desaprueba todo aquello, y desde donde promete á San Vicente escribir á Roma.

Veamos quién era en ese año el gefe del instituto de San Ignacio. El 12 de Julio de 1652, fecha de la carta de San Vicente, tenia ese cargo Goswin Nikel, el cual fué llamado á desempeñar el 17 de Marzo de ese mismo año. Por consiguiente, es preciso que M. Gioberti pruebe que el padre Nikel en Julio de 1652, á los cuatro meses de su eleccion, residia en la capital del reino Cristianísimo. Esta prueba es imposible, puesto que consta que solo dos generales de la Orden, Laynes y San Francisco de Borja, han sido los únicos que emprendieron y realizaron el viage

á Paris, y en Nikel esto era tanto mas imposible, cuanto que, habiendo sido electo á una edad muy avanzada, consta particularmente que jamas ni pudo salir, ni efectivamente salió de Roma en toda su vida."

Esta demostracion concluyente que me hacia á mí mismo, con la historia en la mano, me condujo á otro descubrimiento. San Vicente de Paul, dice ademas la carta citada, que no se ha quejado al padre de Gondy por miedo de no entibiar su vocacion. Este gran nombre de Gondy, y esta denominacion de padre, han confirmado sin duda al abate Gioberti en sus poco caritativas deducciones, autorizadas solo por su irreflexiva aversion. El padre de Gondy, segun él, es un Jesuita. La razon mas poderosa héla aquí, á los ojos del *Gesuita moderno*. Vicente de Paul no se queja á esa persona por miedo de entibiar, de indisponer su vocacion; luego este Gondy era un afiliado á la Orden de Jesus; luego, luego &c. En Italia los etcéteras caminan siempre mas allá que una consecuencia normal. Pero por desgracia de M. Gioberti jamas ha existido un Gondy en la Compañía de Jesus. El que se menciona en esta carta, Felipe Manuel, conde de Joigny, general de galeras en tiempo de Luis XIII y padre del cardenal de Retz, se hizo oratoriano y murió en 1662 (1).

Cuando tuve el honor de visitar á M. el superior general de los lazaristas, mi conviccion ya estaba formada. Apenas le anuncié el objeto de mi visita, cuando en presencia de un antiguo ministro de estado, me declaró que la carta en cuestion de San Vicente de Paul, ni se dirigia, ni podia dirigirse, ni en manera alguna referirse á los Jesuitas, en unas alusiones que marcadísimamente hacian referencia al general y á los padres del Oratorio. En este sentido, me dijo repetidas veces M. el abate Etienne, siempre ha sido interpretada en las casas de los lazaristas; porque es tradicion constante entre ellos, que jamas los padres de la Compañía de Jesus entorpecieron ni pusieron el menor obstáculo á las obras de San Vicente de Paul.

Rebatido y puesto fuera de duda este primer punto, restaba saber si con efecto, habia sido un *sabio y piadoso sacerdote de la mision* quien desde Paris habia comunicado á M. Gioberti y remitido á Paris los documentos auténticos y la carta original con la que el católico italiano fabricó contra sí un arma tan terrible. El hecho de la comunicacion llevaba naturalmente consigo el de la falsa interpretacion. El superior general de los lazaristas no estuvo sobre este punto ménos explícito que sobre los demas. Yo le rogué que me ilustrase, y tuvo la bondad de prestarse á todas mis exigencias é importunidades. Me aseguró de la manera mas exacta é indu-

(1) *Diccionario de Moreri*, artículo Gondi.

dable, que ninguno de los sacerdotes de la mision, y mucho ménos *el mas sabio y piadoso*, jamas entregó ni pudo entregar á un hombre tal como M. Gioberti, el secreto de los archivos, y aun adelantó hasta afirmar que no creia ni sabia que un solo lazarista frances hubiera tenido relaciones de ninguna especie con el autor del *Gesuita moderno*.

Esta declaracion aun no me bastaba. M. el abate Etienne revelaba en todas sus palabras tan franca y tan cordial dignidad, que me creí con el valor suficiente, al ver la confianza que de mí se hacia, para solicitar una nueva prueba de ella. A mis ojos, como á los del público, M. Gioberti ya estaba convencido plenamente de impostura; su supuesto sabio y piadoso sacerdote era una fábula. Sin embargo, yo deseaba tocar con mi mano y ver con mis ojos, como dice M. Lenormant, hablando de mis documentos, la carta autógrafa del santo, cuya existencia proclamaba el refugiado piamontes. Pasados algunos dias, el superior general me honró nuevamente, escribiéndome para citarme por segunda vez á otra entrevista. Pasadas las primeras palabras de atencion, puso en mis manos un códice, donde estaban contenidas las cartas de San Vicente de Paul, coleccion de la que, segun me dijo, existe una copia en todas las casas francesas é italianas de la mision, y en la cual se encontraba la carta en cuestion del 12 de Julio de 1652. Así como todas las demas, ésta no es mas que una copia, pues los lazaristas no poseen ya los originales. Por lo tanto, ya estoy autorizado á acusar de una segunda mentira al abate Gioberti. Sin embargo, debemos confesar en descargo suyo que, salvo algunas cortas supresiones y alteraciones, la ha transcrito fielmente en el tomo quinto de su *Gesuita moderno*.

Ahora bien, ¿qué hemos de decir de una falsificacion de un fraude semejante? ¿Ante qué tribunal humano deberémos citar á un hombre que, para satisfacer un odio salvage, ensaya captarse la benevolencia de esos dignos émulos de la Compañía de Jesus á fuerza de tan falsas adulaciones? Componiendo á los lazaristas un trofeo de los hijos de San Ignacio, á quienes presenta como encarnizados enemigos de los hijos de San Vicente de Paul, se imaginó el abate Gioberti que esta calumnia pasaria encubierta entre tantas otras. Se lisonjeaba que adulando sin el menor pudor á los sacerdotes de la mision, les obligaria á guardar silencio. Pero aquellos han roto este silencio, y trastornado con eso los cálculos de M. Gioberti, quien, cubierto con el descrédito, ya no podrá en adelante pretestar excusa de ignorancia ó de error. Los comentarios que intercala en el texto de la carta, comentarios que desvirtúan y desnaturalizan el pensamiento de San Vicente, las lamentaciones que hemos extractado del cuarto tomo de su obra; la peregrina invencion del *sacerdote sabio y piadoso*, cóm-

plice anónimo creado por las circunstancias; los nueve cargos acusadores, que de mentira en mentira, y de error en error, vienen á servir de corolario y de techumbre á este edificio de imposturas; todo demuestra que este hombre se encuentra muy ensayado en este género de obras. ¡Pobres Jesuitas! El abate Gioberti os acusa de que sois maestros consumados en eso de artificios y manejos clandestinos é hipócritas, y hé aquí á vuestro acusador cogido con el cuerpo del delito, preso cual raton en ratonera. Os tendió un lazo, y es él quien ha caido en la red. Para suscitaros nuevos enemigos, se improvisa el oráculo, el confidente de los lazaristas, el intérprete de San Vicente de Paul; y los mismos lazaristas son los que le dan el golpe de gracia. Un escritor, y sobre todo un sacerdote convencido de semejantes infamias, ¿puede en adelante alegar derecho alguno para ser creido de los hombres de bien? Pensamos justamente que no, por la sola razon de que una mancha semejante, si á los ojos de Dios puede borrarse, á los de los hombres es de todo punto indeleble.

M. Gioberti, *il celebre abate Vicenzo Gioberti*,—todo es célebre en la Italia revolucionaria, todo, y particularmente los sacerdotes que no tienen las virtudes propias de su estado,—M. Gioberti, repito, se imagina que tiene á su disposicion en Francia un lazarista sabio y piadoso que sea archivero de la órden. En los Paises-Bajos cubre su persona con *un ilustre eclesiástico belga* que le tiene al corriente de los manejos (1) jesuíticos contra la Universidad de Lovaina. El ilustre ha seguido el ejemplo del sabio y piadoso; ámbos han guardado el anónimo, y le guardarán por mucho tiempo hasta que una buena alma se tome el trabajo de sacarlos á luz. Con los antecedentes del abate italiano será permitido, sin escrupulizar mucho, el atribuir á sola su imaginacion, tanto al ilustre belga, inventado por las circunstancias, como al sabio y piadoso de la mision. Las amistades del escritor están en otra parte. La piedad, la ciencia y la ilustracion están fuera de su teatro; no aparecen sino en las ocasiones solemnes; y aun entónces M. Gioberti las envuelve con las mas espesas tinieblas. Los apóstatas, los sacerdotes regicidas ó entredichos, son los que únicamente sufren el baldon de un elogio manifiesto, y así es como debe ser.

Otro patriota italiano, M. Libri-Bagnano, especie de raton científico que del colegio de Francia ha sabido hacerse un queso de Holanda, en el que está metido para mejor sobrellevar su destierro, ¿no tiene igualmente á su servicio algunos ilustres amigos, cuyo nombre, y no sin falta de razon, será siempre un misterio impenetrable? Y este M. Libri, bajo la fe de su célebre anómino,

(1) *Gesuita moderno*, t. 5, p. 80.

¿no ha afirmado en la *Revista de los Dos Mundos*, que existia en su casa de *Gesu* en Roma, en los aposentos del general de los Jesuitas, un pequeño registro en el cual se hallaban inscritos, anotados, y aun retratados al natural todos los personages de algun crédito, poder, talento, vicios y virtudes que existian en el mundo? M. Libri no vió con sus ojos ni tocó con sus manos ese curioso registro; pero su amigo, que merece toda confianza, su *alter ego*, que siempre está dando la señal de alarma, un dia de sinsabores universitarios, se decidió á compulsarle. Bajo la palabra de este hombre sin nombre, M. Libri afirma sus asertos con la doctoral seguridad de un Gioberti.

En cuanto á la universidad de Lovaina, puede suponerse que algun Moeller, para no ser reconocido, se habrá disfrazado en ilustre eclesiástico, y habrá denunciado al D. Quijote italiano los molinos de viento que debia combatir. El aparato de guerra estaba tan laboriosamente dispuesto como pudiera estarlo una novela humanitaria de M. Eugenio Sue. El tal Moeller emprendió, á nombre de sus magníficos rectores, el echar á pique la *Historia de la Compañía de Jesus;* el abate, como buen príncipe, les hizo ganar, con su libro de Lausana, el proceso contra el instituto; proceso que ellos habian perdido en Roma. Los comunistas del canton de Vaud y los cuerpos francos tomaron partido en favor de aquella pobre universidad, que siendo hija de la libertad, no tenia mas que un medio para vivir, y éste era matar á su madre. Roma ha sentenciado la causa en favor de los Jesuitas; el abate ultramontano no toma esto en cuenta sino para referir detalladamente las intrigas de los padres mas diestros. El respeto de los Moeller y de los Gioberti, raros, y muy raros aun en Lovaina, no está obligado á mostrarse ante una de esas lecciones de derecho comun que tan admirablemente sabe dar á veces la Santa Sede.

Lo que M. Gioberti hace en favor de los adversarios de los Jesuitas, lo renueva sin mejor éxito con los que, con razon ó sin ella, se quejan de ellos en sus continuas acusaciones. No hay en Italia un negocio civil y de intereses privados en que no se encuentre mezclado el nombre de la Compañía ó que no se evoque en su tribunal. Todo depende de ella. El proceso Mascaro, el proceso Porqueddu, el proceso Sineo, todos los procesos de cualquier especie y de cualquiera jurisdiccion, todos los lleva á su barra. La Compañía es la *Gaceta de los tribunales* de Italia; pero *Gaceta* sin sustancia y sin imparcialidad. Un abogado, por poco honrado que se le quiera suponer, jamas se atreveria á pronunciar un fallo sobre su misma defensa, porque si él es el que habla, cualquiera sabe que su cliente es el que afirma. El abogado, identificándose con se defendido, dice sin participacion alguna: el hombre que hemos muerto, el robo que hemos cometido. El abate Gioberti hace

mas que todos los abogados: se apodera de las memorias y consultas de la parte contraria; expone los hechos tales como esta parte los presenta, y concluye contra los Jesuitas con el aplomo mas disparatado. Los Jesuitas están destinados á ser reos, y ya que un abogado lo ha dicho, Vicente Gioberti lo asegura bajo la fe de su odio y enemistad. Si Affanaer, el bribon doméstico de los padres de la calle de Postas, hiciese al abate Gioberti el honor de confiarle la redaccion de las memorias de su prision, apostaria ciento contra uno á que el equitativo abate sabria componer las cosas de tal modo que este honrado M. Affanaer hubiese sido despojado por los Jesuitas. Aun no estamos ciertos de si ya el gran filósofo ha insinuado algo de esto; pero de seguro se hallará siempre dispuesto á certificarlo.

Por esto mismo se encuentra alguna cosa buena en el abate Gioberti. En cada frase, en cada palabra, os arroja un ultraje á la cara. Por poco que dejeis de abundar en su sentido, sus palabras venenosas os maldicen; y si su pluma fuese aguda como un puñal, su pluma mataria. Este hombre tiene siempre una idea fija; se embriaga con su quimérica aversion como otro pudiera hacerlo con los licores mas espirituosos. Cuando, por casualidad, á ejemplo de la Messalina de Juvenal, se encuentra cansado, pero no satisfecho, le vereis darse golpes de pecho y confesar (1) "que las injurias son una grave falta para el que las pronuncia, sobre todo cuando provienen de una pluma sacerdotal."

Pues bien, sacerdote, abrid vuestro *Gesuitá moderno*, por cualquiera página que os plazca; parad la vista sobre cualquiera línea; y si en ella no se encuentra una afrenta á la razon pública ó á la verdad, ó un insulto á cualquier nombre venerado por la Iglesia, por las monarquías, ó por las bellas letras; si todo esto no se encuentra acompañado de elogios deplorables tributados á todos los sacerdotes renegados ó entredichos, á todos los conspiradores aventureros, á todos los incrédulos y consumistas, y á todos los farsantes que quieren superar á Bosuett en punto á moral; desde luego publico que vuestros escritos son pequeñas obras maestras de caridad. Me aprovecharé de vuestra trompeta, siempre épica, y con ella proclamaré por todo el mundo que sois el Vicente de Paul de la literatura italiana, el verdadero Vicente, que jamas será aquel de cuyas cartas tan pérfidamente sabeis abusar en vuestros comentarios.

El *Contemporáneo*, que se cree periódico del progreso, porque sueña con la economía política y con la guardia nacional, habla en un segundo artículo "de la veneracion que todos conservan á la gloriosa memoria del inmortal Clemente XIV, tan dignamente

(1) *Discorso preliminare*, p. CCLXXVII

defendido al presente por el filosofo mas ilustrado de nuestra Italia, Vicente Gioberti." Este ilustrado filósofo tiene un termómetro infalible para juzgar á los hombres. ¿Sois acaso en todo, y por todo, constante enemigo del Jesuita y admirador fanático de sus adversarios, aun en sus mismos delirios? Pues desde ahora podeis contar con que sois predilecto del abate, quien os ama con toda la fuerza de su alma, os decreta una corona mural en sus libros, y os erige altares en su corazon. El antiguo abate de la Mennais y el regicida de intencion, obispo cismático de Blois, Enrique Gregoire, el capuchino renegado Norberto y todos los Moeller de Lovaina, tienen allí su lugar destinado. Pero en el momento que os opongais en lo mas mínimo á cualquiera de sus mandatos, ya no sereis mas que un escritor sin autoridad: este es el sistema que Gioberti aplica á cuantos hombres son el orgullo de la literatura europea.

Silvio Pellico, el amigo de su juventud, el mártir de la libertad, ha sufrido tambien el pago de sus censuras. ¡El gran poeta es muy culpable en efecto! En el momento en que se desdeñaba de aceptar la dedicatoria de los *Prolegómenos del Primato* que el abate Gioberti queria hacer pasar bajo el contrabando de una antigua simpatía, Silvio Pellico dejaba por un momento su reposo para dar cuenta de mi Historia de los Jesuitas. El autor, que es una de las glorias de la Italia, patrocinaba una obra francesa. Me ensalzaba con sus elogios, miéntras que públicamente se evadia de la responsabilidad moral que el sacerdote piamontes queria imponerle. Hasta entónces, Silvio habia sido un escritor célebre que, mejor que otro cualquiera vulgar, gozaba incontestablemente del derecho de fallar sobre el mérito real de una obra. Porque, ¿quién niega á los poetas por el estilo de Silvio y de Manzoni el don de la ciencia y el de una doble vista? No sucede así respecto del abate Gioberti. "En la actualidad, dice éste (1), confieso que si se tratase de un punto de poesía, de literatura, de moral ó de religion práctica, ó de otras materias relativas al amor y á la imaginacion, el dictámen de Silvio Pellico seria para mí de gran peso: tal es el aprecio que hago de este hombre notable por la grandeza de su alma, y por su genio. Pero versando la historia del frances sobre cuestiones de teología y de historia, el caso varia en cierto modo.... ¿Qué juicio puede él formar de los fastos jesuíticos? ¿Ha hecho, acaso, los estudios necesarios para hablar de estas materias con conocimiento de causa?"

Hé aquí á Silvio Pellico, despreciado, cual si careciese de sentido comun, y á quien se dice: zapatero, á tus zapatos; un poeta no puede hacer mas que versos, y no sirve para apreciar un hecho histórico; no puede distinguir lo verdadero de lo falso, ni compren-

(1) *Discorso preliminare*, p. DVII.

der siquiera lo que está al alcance de todos. Pero, dejando esto á un lado, César Cantú, Augusto Peruzzi, Jaime Balmes y Federico Hurter, estos graves historiadores, esos hábiles polemistas, que son la gloria de Italia, España y Alemania, no son poetas, á quienes el abate Gioberti, por poco Platon que sea, arrojará fácilmente de su república. Es preciso contar con ellos, aun cuando se hable de los Jesuitas. Respecto á éstos, el abate Gioberti, salta por todo y corta el nudo diciendo: (1) que estos autores notables y dignos de toda la consideracion posible, están mas versados en el conocimiento de los libros que en el del mundo."

Para juzgar un libro, aun estos hombres no son bastantes. ¡Ah! si Cantú, Peruzzi, Hurter y Balmes, viviesen en el mundo que Gioberti se ha creado; si acudiesen á sentarse en el hogar de los renegados, constituyéndose los apologistas de todas las perversidades, aplaudiendo las impuras concepciones de tantos genios maléficos, entónces sí que les engrandeceria en autoridad y en sabiduría; pero ellos se contentan con ser justos y virtuosos. A la manera de Silvio, se ven como él, tachados del catálogo de los sabios que pueden tener una opinion sobre la Compañia de Jesus. El cardenal Cadolini, una de las lumbreras de la Iglesia, ha condenado al abate Gioberti; el cardenal Cadolini se ha engañado, como Silvio, Balmes, Peruzzi, Cantú y Hurter. Cristóbal de Murr, uno de esos doctos, que, por la multitud de sus trabajos han esclarecido á la humanidad, ha publicado una multitud de documentos inéditos en favor de los Jesuitas. A este tambien lo somete Gioberti al crisol de sus excepciones. "Murr, dice, fué un hombre muy instruido en la filología, y en cuanto á la historia, puede decirse que tambien fué uno de los autores mas fecundos del siglo pasado (2)." Me parece que para estudiar y comprender documentos, éstos no son malos títulos. Pero aun falta mas. Cristóbal de Murr era protestante; y por esto su testimonio debia ser mas precioso; "pero añade el viejo abate, Murr fué muy amigo de los Jesuitas, lo que hizo creer á todos que era católico en secreto, y aun á algunos, Jesuita de sotana corta."

Ya veis que éste es un argumento sin réplica. Para este sacerdote nada es digno de fe, sino lo que nace y continuamente se mece en los brazos de la heregía. Si os encontrais en el círculo de la Iglesia universal, con solo que se os supongan tendencias católicas ó de justicia distributiva, en el instante mismo ya no mereceis crédito alguno. Sois católico en secreto, y Jesuita de sotana corta, que es aun peor: hé aquí el proselitismo del abate. —Su *compelle intrare* se reduce á decir: sed herege, sed ateo si os

(1) *Gesuita moderno*, t. 1.° DVII.
(2) *Gesuita moderno*, tom. II. pág. 526.

parece; cerrad los ojos á la luz y entónces creo en vos; pero cuidado con mostrar la memor inclinacion, la menor muestra en favor de la Unidad, porque entónces ya os tendré por Jesuita disfrazado. Los Jesuitas son los enemigos constantes del abate y el azote de la Iglesia.

Los fallos pronunciados en el *Gesuita moderno* son todos por el estilo. Luteranos de un talento elevadísimo, escritores de la mayor nota, ya en historia, ya en política, tales como Ranke, Schœll, Muller y otros, no han creido que podian aceptar el pontificado de Ganganelli como el mas bello y mas sabio de todos los pontificados posibles; no tuvieron la elasticidad de conciencia, ó mejor dicho, el entusiasmo de odiosa intuicion propia del *Contemporáneo* y de la *Revue de Louvain*. En su tribunal de protestantes ilustrados, Clemente XIV fué apreciado en lo que justamente valia como papa y como principe. El abate Gioberti interviene; se guarda bien de discutir la sentencia, se contenta con revocarla. Acusa á Schœll el lenguaje de la historia, de la historia que los Jesuitas en manera alguna han fomentado, así como reprende á Chateaubriand, ó á M. Villemain, cuando aseguran que Pascal, en sus *Provinciales*, faltó mas de una vez á la verdad. Así se expresa el abate Gioberti (1): "El aserto de Schœll es tan vano contra la evidencia de los hechos, como el de Chateaubriand y Villemain, cuando quieren probar que Pascal fué un falsario y un calumniador, y no se comprende cómo Schœll, en una obra tan voluminosa y de tan ámplia y dificil composicion, ha podido, siendo un sabio, juzgar tan ligeramente, y errar sobre un punto tan accesorio á su principal objeto, ni cómo, siendo protestante, ha podido ser arrastrado por sus ideas políticas á favorecer y patrocinar en los Jesuitas al instrumento mas eficaz y mas activo de los gobiernos absolutos y despóticos."

M. Lenormant envidiaria estas palabras al refugiado piamontes, quien, por toda razon, cuando le estrechan, echa mano del absolutismo y sale del paso. Los gobiernos absolutos tienen necesidad de los Jesuitas. Los Jesuitas se apoyan en los gobiernos absolutos; Schœll, segun el abate, favorece á los Jesuitas con objeto de hacerlo á los gobiernos absolutos; y yo, segun M. Lenormant, "en el interes de combinaciones políticas, que él allá se forja, hago los mayores esfuerzos para inclinar definitivamente á los Jesuitas al lado de los gobiernos absolutos." Schœll parece que no salió con su intento; y en cuanto á mí, para tranquilizar á MM. Gioberti y Lenormant, debo confesar que temo mucho no ser mas dichoso que el diplomático prusiano. Los gobiernos absolutos se las compondrán como puedan.

(1) *Gesuita moderno*, tom. III, páginas 117 y 118.

Pero ya que el autor del *Gesuita moderno* escluye de su cofradía á todos los escritores que se creen con suficiente criterio para formar juicio sobre algo; ya que Silvio, Hurter, Balmes, Peruzzi, Cantú, Cristóbal de Murr, Ranke, Schœll, Chateaubriand, Villemain están fuera de su comunion, veamos y examinemos ahora las autoridades de que se rodea este sacerdote. ¿Creereis sin duda que así como todos nosotros hijos sumisos de la Iglesia, aceptará el dictámen y parecer de los obispos, que respetará á estos primeros pastores de almas, y que á fin de hacer honrar su sacerdocio, honrará á los gefes que la gerarquía eclesiástica le ha dado? Nada de eso. Existe en Francia un prelado cuyo valor ha estado siempre á la altura de sus virtudes, prelado que es el tipo de la firmeza episcopal y de la caridad cristiana. Cristóbal de Beaumont, arzobispo de Paris, no obtiene del fogoso abate sino palabras de reprension y desprecio. Cristóbal de Beaumont es afecto á los Jesuitas; y con esto se explica todo. Pero si en cualquier rincon del mundo existe algun antiguo carbonario en el poder; y si este carbonario ha conspirado contra sus príncipes legítimos, éste ministro pasará por un grande hombre en el *Gesuita moderno* (1). Sus traiciones de 1820, sus traiciones futuras tendrán su apoteosis, miéntras que serán infamadas las virtudes de Cristóbal de Beaumont. En los clubs de los carbonarios piamonteses de los que fué presidente en uno de ellos en 1820, se juraba: ¡odio eterno á la Iglesia y muerte eterna á los reyes por la gracia de Dios! En la metrópoli de Paris, el nombre del otro es todavía venerado; y en los recuerdos del pueblo, su fé ardiente, sus persecuciones y su inagotable caridad han hecho de ese nombre una gloria. El sacerdote italiano quiere cambiar todo esto. El uno es hostíl á los Jesuitas, y el otro combatió en su favor; hé aquí el secreto de sus preferencias y de sus exclusiones. Esta receta será siempre la misma, y la vereis aplicada para todos y contra todos, segun la fórmula.

Por eso las *Provinciales* de Pascal, cuya lectura está prohibida en la diócesis de París bajo pena de escomunion, las *Provinciales*, obra inclusa en el *Index* de Roma, son el breviario predilecto, el evangelio del sacerdote católico italiano en Paris. Voltaire, Chateaubriand, el mismo M. Villemain, que no es un gran Jesuita, han probado que Pascal fué un calumniador sublime. ¿Qué importa al abate Gioberti esta cualidad de sublime de que él se priva con una abnegacion verdaderamente demasiado perseverante? Pascal será calumniador acaso; pero como no calumnió sino á los Jesuitas, Pascal es por lo tanto (2) "un escritor eminente en posesion de la estimacion pública, y cuya veracidad no necesita pruebas."

(1) *Gesuita moderno*, t. 3, p. 589.
(2) *Gesuita moderno*, t. 2, p. 487.

Sin dejar por eso de inclinar mi cabeza ante el genio del autor de las *Provinciales*, me será permitido examinar si el secretario no tuvo de qué acusarse á sí propio de algunos de esos pecadillos, de los que le han hecho un crímen casi todos los hombres que valen algo, ya sean jansenistas, ya filósofos, ya protestantes, y aun los incrédulos. He comparado en las ediciones originales el testo de los teólogos de la Sociedad de Jesus, con las citas que de ellos hace Pascal para las necesidades de su causa; y despues de haber cogido aquí y allí mas de una falsificacion bien determinada, consigné en la *Historia de la Compañía* el fruto de mis investigaciones. El abate Gioberti me castigó cruelmente por mi irreverencia. "El suponer tan solo, dice el abate (1), que un genio tan admirable, y un hombre tan sincero y eminentemente piadoso como lo era Pascal, fuese capaz de falsificar testos, y quisiese así exponer su honor y el de la religion á la ruina inevitable de las causas que se apoyan en medios semejantes, cometiendo públicamente una accion detestable vedada formal y gravemente por la pura y rígida moral que él profesaba, y que hubiera muerto con tales sentimientos, sin experimentar el menor remordimiento, sin hacer ninguna retractacion, es una cosa tan inverosímil que, &c. &c." El período es un poco largo, porque el abate, entre otras gracias, acostumbra despreciar en primera línea aquel precepto de Boileau:

El que no sabe limitarse, jamas supo escribir.

Tiene á su servicio palabras de marca mayor y adverbios que no le van en zaga. Pero la cuestion de buen gusto debe subordinarse á la cuestion de principios. En el modo de pensar del abate Gioberti, Pascal no puede ser falsario; es imposible que ni siquiera haya alterado un solo testo; de donde se sigue que soy yo el reo convicto y confeso de tan errónea imputacion. Para llevar adelante su idea, el abate Gioberti no se dirige ya ni echa mano de su ilustre eclesiástico belga ni de su sábio y piadoso sacerdote de la mision. No tiene necesidad, como para las desfiguradas cartas de San Vicente de Paul, de buscar un cómplice. El solo, completamente solo, tiene que cargarse con la tarea de embrollar y confundir lo que es mas claro y sencillo, y va á ponerlo por obra en honor de Pascal.

Bajo este punto de vista, yo soy culpable en triple sentido. No he abordado la cuestion de las *Provinciales* sino incidentalmente

(1) *Gesuita moderno*, t. 2, p. 487.

y en una nota. No presento sino cuatro testos y éstos no como sustancialmente falsificados, sino como inexactos; y ademas yo no pruebo su importancia.

No entraba en mis planes escribir una obra de controversia sino de Historia. He debido, pues, limitarme á lo mas preciso, sin tener necesidad de echar mano de lo superfluo para demostrar lo que ni aun los mismos jansenistas jamas han negado. M. Gioberti tiene en Pascal mas fé que en el Evangelio. Permite á los cuerpos francos que discutan el Nuevo Testamento; pero se indigna á la sola idea de poner en duda los testos citados por Pascal. Esto es de reglamento: sin embargo, no habia una precision de que sus sueños de progreso arrastrasen al digno filósofo italiano hasta cometer un error voluntario. Yo no he presentado los testos de Pascal, como inexactos solamente. Esto seria un motivo de polémica que mejor podria apropiarse el verídico comentador de las cartas de San Vicente de Paul; pero yo no me creo exento de ella. Lo que dije en una de mis notas á la *Historia de la Compañía* fué, que el primero y tercer testo de los citados eran completa y materialmente falsos; y en cuanto al segundo, que era inexacto, puesto que Pascal no citaba mas que la mitad. Y aun en este sentido el testo mutilado puede considerarse como falso, cuando por sola su mitad se atribuye malignamente al autor, al padre Bauny, una doctrina que no profesó jamas.

En el pasage de Valencia, indicado por el escritor jansenista y aun en el largo artículo que M. Gioberti copia de este autor, nada se habla de beneficios ni de dinero dado por los beneficios. El teólogo habla solamente del ministerio ó de los actos del ministerio eclesiástico, tales como la misa, el rezo del oficio divino, &c. Pero, replica M. Gioberti, lo que Valencia dice de la misa, del oficio divino y de los demas ministerios eclesiásticos, puede y debe aplicarse igualmente á los beneficios eclesiásticos; luego Pascal no es falsario extendiendo á estos casos ó á todos lo que Valencia sienta respecto á uno particular.

Generalizar los casos particulares ha sido siempre uno de los argumentos favoritos de Pascal. Los teólogos saben, y aun los filósofos que están á la altura del abate Lausana no lo ignoran, que este principio y un modo de raciocinar semejante es el gérmen mas fecundo de los errores y falsificaciones. M. Gioberti, que tantas de éstas conserva en sus escritos, bien pudiera habérsela perdonado á Pascal; pero él tiene mas necesidad de indulgencia que el jansenista. Sin embargo, debe haber oido que las cosas espirituales que son materia de simonía, se dividen en dos clases, las unas, tales como los beneficios y las dignidades de la Iglesia, jamas pueden ser dadas ni recibidas por dinero, ya considerado

como precio de la cosa, ya como motivo que impulse á la concesion, y Valencia se guarda muy bien de enseñar una doctrina contraria y opuesta á la de todos los teólogos. Las otras, tales como ciertas funciones eclesiásticas. la misa, el oficio divino &c., jamas pueden ser compradas ó vendidas á precio de plata; pero no por eso son incompatibles con ciertas retribuciones ofrecidas, segun Santo Tomas, como honorarios y limosnas para la manutencion de los eclesiásticos. En ese caso, es permitido algunas veces dar ó recibir dinero, pero en materia de beneficios, jamas.

Por donde se ve que Valencia, en el pasage citado, no habla sino de las cosas eclesiásticas susceptibles de retribucion. Sus razonamientos, sus deducciones giran sobre esas hipótesis; esto es evidente. Valencia, siguiendo á Soto, comenta un testo de Santo Tomas, que se refiere únicamente á las distribuciones en metálico que los clérigos reciben por su asistencia al coro. "Distribuciones cuotidianas, dice la glosa, introducidas con objeto de obligar á los canónigos á mayor asiduidad en los divinos oficios (1). "Que de este texto de Valencia se saquen mayores ó menores sutilezas, esto en nada cambia la esencia de la cuestion. Lo que es claro é indisputable para todo el mundo, ménos para Pascal y para M. Gioberti, es que aquí no se trata de beneficios sino de esos oficios eclesiásticos, por los cuales es permitido recibir dinero no como precio de la cosa espiritual, que por sí es inapreciable, sino como motivo para cumplirla ó confundirla. Pascal pretende lo contrario, Pascal por consiguiente, calumnia á ciencia cierta.

La tacha de impostor al renombre de Pascal, llega hasta el corazon del abate Gioberti. El sacerdote no encuentra diariamente enemigos de la Compañía de Jesus tan sábios y elocuentes, y enemigos con quienes únicamente, por la mútua aversion á los Jesuitas, tiene punto de contacto. Toma su querella como propia, y me acusa gravemente de haber metido en el texto palabras que Pascal no añadió sino como explicacion y entrecomadas. Pascal me parece demasiado grande para cargarle tan sucia estratagema que apenas podria tolerarse en el célebre filósofo y abate Gioberti. Pero ya que este así lo quiere, separarémos las palabras que él llama explicativas, y el periodo no presentará un sentido completo, y aun á pesar de la imperceptible precaucion de las comillas, puede confundirse perfectamente las palabras que se dicen intercaladas por Pascal, con las que él mismo atribuye á Valencia.

A pesar de las triunfantes aserciones del sacerdote piamontés, el testo original del P. Bauny no presenta las dificultades de forma con que Pascal tuvo la pequeña malicia de acriminar al de Valencia. El Jansenista clasifica al Jesuita; y hace con sus palabras un

(1) *In cap. unic. den clero no resid. in 6 vers. præsupponendum.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

juego de cubiletes. Por de pronto le usurpa primero la mitad de su pensamiento escrito, mitad que deja á la otra ininteligible é incompleta; y despues á este giron de doctrina así desfigurada, zurce otro pasage que, á causa de la sustraccion hecha al primero, se halla en contradiccion abierta ó al ménos aparente con aquel; contradiccion que desaparece desde el momento en que se restablece el texto en su integridad. Los dos pasages de Bauny, juntados por Pascal, sin duda alguna se oponen entre sí de una manera palpable. El segundo habla de una ley general que se refiere á todos los sacerdotes; y el primero á una obligacion particular que uno de aquellos puede imponerse libremente, lo que lleva en sí una notable diferencia. Hay medidas que pueden ser funestas si se presentan como ley general; pero son saludables y practicables, cuando se limitan á una obligacion voluntaria á la que se adhieren ciertos individuos que se creen con la fuerza suficiente para observarlas.

En cuanto al tercero y cuarto texto de Reginaldo y de Cellot, M. Gioberti quiere con ese acento de conviccion que engendra la duda en lugar de satisfacer, probarnos que los antiguos, *gli antichi*, son los santos padres, y nosotros creemos que la palabra antiguos indica buenamente los que han vivido ántes que nosotros, y nada mas. Esto es lo lógico, pero no lo entiende así el gran filósofo. A pesar de su oposicion, y quizá á causa de esta misma, insistimos en nuestra idea; porque si Reginaldo y Cellot hubieran querido designar con las palabras *gli antichi* á los padres de la Iglesia, no podian ignorar que la sola palabra latina *veteres* no bastaba en este caso. Los santos padres quedan confundidos en esta locucion, con todos nuestros antepasados, y mucho ménos puede aplicarse directamente á ellos, cuando se trata de beneficios y de leyes que rigen para los beneficios; beneficios y leyes que no existian en su tiempo. El texto de Diana que suministra á Pascal y al abate Gioberti una inocente diversion, precisa bien claramente el sentido de la palabra *veteres*. "Los antiguos decian que sí, profesa Diana; los modernos dicen que no."

Si yo quisiera tener algun punto de semejanza con el abate Gioberti, como él pediria perdon al *carissimo, illustrissimo y gentillissimo lecttore* del trabajo y tarea que me he tomado á riesgo de cansar con citas relativas á la ciencia teológica; pero estas formalidades de cortesía servil no se encuentran sino en nuestro abate; y paso á otra cosa, sin sufrir semejante humillacion.

De Pascal volverémos á los Jesuitas, pero á los dobles Jesuitas de la Congregacion de religiosas del Sagrado Corazon. Cualquiera diria que este sacerdote ha jurado no dejar en pie ninguna institucion gloriosa á la Iglesia. Los Jesuitas, desde hace tres siglos, y las religiosas del Sagrado Corazon, desde su fundacion, se han dedicado á la educacion de la juventud. A estas escuelas, de donde han salido tantos hombres, que en las armas, en la magistratura, en las ciencias y en la administracion, fueron el honor de su patria, y tantas mugeres que fueron el contento de sus padres, la felicidad de sus esposos y el orgullo de sus hijos, á esas mismas escuelas el abate Gioberti pone un sello de reprobacion. "¡Desgraciado! esclama (1), desgraciado del inocente que cae en manos de estos padres y de estas madres! este inocente se convierte en el instante en un traidor y un espía.

Un traidor! un espía! y los padres del instituto y las madres del Sagrado Corazon, no pueden formar esto, y hay valor para decir eso de los Jesuitas; de esos hombres verdaderamente grandes y que cuentan entre sus discípulos los hombres mas ilustrados, que tanto en la paz como en la guerra sobresalieron entre sus contemporáneos por su genio, por su ciencia y por su justicia. De unas madres como las del Sagrado Corazon, cuando apenas hay casa en Europa que no contemple con amor en su seno á una de esas jóvenes madres instruidas en todos los deberes de familia por las madres del Sagrado Corazon. ¿Qué importa al abate Gioberti este reconocimiento de los siglos? ¿qué son para él esas felicidades domésticas que inspiran las mas dulces, las interesantes virtudes? Este mundo no es el suyo. Este sacerdote solo comprende á los hombres, dispuestos siempre á aborrecer ó conspirar, á mugeres dispuestas á venderse, y á renegados siempre en busca de una nueva apostasía. Hé aquí los tipos tal cual los desea. Pero los Jesuitas ni las madres del Sagrado Corazon no producen semejantes generaciones; las doctrinas de Gioberti y sus parciales son sí las que las corrompen; y así corrompidas, se quiere formar con ellas una sociedad católica basada sobre un pontificado moderno y civil semejante al de Clemente XIV, de cuyo modelo se piensa sacar la copia.

Mas no crea el lector que semejante pensamiento sea un juicio sin fundamento; ese pensamiento es el cimiento de la obra, y su piedra angular. Las madres del Sagrado Corazon no forman sino espías; pero á los Jesuitas se les dirigen mayores y mas crueles imputaciones. Queda sentado que su enseñanza produce traidores; y el abate Gioberti, que tributa un culto especial á la Polonia, encuentra en los desastres de ese pueblo un nuevo requisitorio que lanzar contra los padres. Oidle (2): "Ya dejo dicho que el jesuitismo fué una de las causas principales de las desgracias de la Polonia y de su decadencia, que tuvo su principio desde los tiempos de Sigismundo. Podria probar que aun hoy dia el

(1) *Gesuita moderno*, t. 4, p. 384.
(2) *Gesuita moderno*, tom. 4. pág. 201.

jesuitismo ejerce una siniestra influencia en los dispersados restos de esta nacion infortunada, precipitando á los unos á una devocion hipócrica ó inerte, y como consecuencia inevitable, aunque indirectamente, alentando la incredulidad de los otros."

Cinco volúmenes llenos de calumnias, no han bastado á este sacerdote; aun revela otras mayores que *podia probar*, pero que se abstiene de hacerlo, sin duda, por consideracion á la Polonia. Los hijos de la Polonia son sus hijos. En esta hipótesis bien puede suponerse que para él no han cambiado de nodriza, puesto que les reconoce en su imágen. Los Jesuitas los han vuelto devotos, hipócritas ó incrédulos, segun las circunstancias. Pobre Polonia! Hé aquí los únicos amigos que te ha dejado la revolucion. Sí, de tus heróicas empresas aun conservas en el corazon una pequeña parte de esa fé que abrasa el corazon de tus modernos Sobieskis, y un abate italiano pone en duda tu piedad; piedad que fué tu guia en los combates, y que te ha hecho objeto de la admiracion europea; piedad que los antiguos Jesuitas te inspiraron, y á la que ahora Gioberti llama devocion hipócrita é inerte. Los deplorables modelos que el destierro te ha presentado, las lecciones de los Giobertis de todas las sectas que te eligieron como bandera de insurreccion, sembraron en el alma de algunos de tus hijos principios de duda; y ya que no pudiste morir por tu independencia, se mendigaba tu vida para difundir el mal. En medio de una atmósfera corrompida, has sentido la corrupcion que gangrenaba tus miembros. Mas el abate Gioberti te ha hecho expiar esta corrupcion. El podria probar que los polacos son hipócritas é incrédulos, y llegará dia en que lo demuestre, con el fin de hacer culpable al jesuitismo de todas las acciones impías y malvadas á la vez; y si le apuran un poco, será capaz de sostener que el jesuitismo es el que ha producido y dado á luz en este mundo al emperador Nicolas y al mariscal Paskewicz.

¡Cuán triste es la condicion del hombre voluntariamente condenado á la injusticia! Acabais de ver al abate Gioberti despreciar todo lo que fué grande y todo lo que es santo ó desgraciado en el mundo; héle aquí que se dirige contra todo lo que es firme como la justicia y recto como una espada. Los polacos son los mártires de los Jesuitas, y los suizos del Sonderbund serán sus víctimas. La Iglesia y la cristiandad toda entera contemplan con un respeto mezclado de orgullo los siete cantones, en donde los Guillermo Tell católicos combaten á su vez con la palabra y con el hierro contra los Gessler liberales. Proclaman el triunfo y la independencia religiosa sobre la esclavitud y servidumbre de la impiedad. A estos rudos campesinos, cuyas agrestes virtudes se dulcifican á los pies de una imágen de la Vírgen,

y que se revelan tan terribles en el combate como humanos en la victoria, es á quienes desde su cátedra de Lausana anatematiza el abate Gioberti, llorando al mismo tiempo y haciendo el fúnebre cortejo al entierro de los cuerpos francos. Los cuerpos francos son los católicos segun su modo de pensar, los apóstoles de la libertad, tal como él la comprende, y los republicanos de los siete cantones se transforman en fanáticos, cuya ignorancia deplora el sacerdote italiano. La Europa, que piensa y raciocina, aplaude su heroismo lleno de buen sentido y de radical firmeza. Ellos tienen á su favor la ley, la razon y el pacto constitucional; pero jamas se adquirirán la estimacion del abate. ¿Sabeis por qué? Porque el cantou de Lucerna tiene siete Jesuitas en su seminario, y M. Gioberti deniega á esos padres, hijos de la Suiza alemana, el derecho de ciudadanía, que él mismo, siendo italiano, se arroga en el canton de Vaud. En este canton el abate Gioberti puede, bajo el impulso de M. Druey, hermanar á su placer con los miserables que vociferan: ¡Fuera Dios! esto es ser católico en alto grado; pero los Jesuitas, llamados en el canton de Lucerna por unanimidad del gran consejo y de la poblacion, los Jesuitas, que cediendo á este deseo han obedecido al mismo tiempo á una órden formal del papa, son los únicos responsables de la sangre derramada. Cualquiera diria que esta sangre revolucionaria, vertida en una derrota, ha salido de las venas del sacerdote piamontes. Al oir sus imprecaciones y su desesperacion, podria creerse que él habria hecho el mayor y último de los esfuerzos para comunicar todo su valor á los Ochsenbeim que tan cobardemente huyeron. Canta un idilio á la paz, despues que han sido vencidos sus hermanos los de los cuerpos francos; pero esta derrota es á los Jesuitas á quienes se debe. El abate Gioberti no les perdonará este triunfo del derecho sobre el despojo. "Vosotros, esclama (1), permaneceis firmes é intrépidos en vuestra resolucion impía. Veis cómo se aprestan las armas, cómo se forman los batallones, marchan y se colocan en batalla: cómo vibran los aceros; y el grito homicida resuena por los aires; cómo los hermanos se lanzan contra los hermanos; y sin embargo, os callais. Una sola palabra que pronunciaran vuestros labios, seria suficiente para desarmar á estos furiosos, é impedir la carnicería; y cuando ésta se haya completado, ¿habreis hollado los cadáveres con vuestros pies para subir al trono que ambicionais? ¿Y vosotros os llamais sacerdotes? ¿Vosotros religiosos? ¿Vosotros apóstoles de un Dios de paz?"

Con sus hábitos de afectada é insulsa declamatoria, se conocerá desde luego que el abate Gioberti penetra, á banderas des-

(1) *Gesuita moderno*, t. 2, p. 378.

)legadas, en la cuestion suiza; y lo que ninguna persona se ha atrevido ni aun á proferir por lo bajo, él lo proclama en alta voz. Los siete cantones son culpables en su tribunal de sacerdote católico, por sola la razon de que quieren vivir y morir católicos. Detienen en sus fronteras la propaganda de los malos libros y de la impiedad armada en corso. Ellos han pedido Jesuitas para formar la juventud clerical en la ciencia y la piedad; este es un crímen, y la Sociedad de Jesus, al someterse en esto á las prescripciones de la Santa Sede, debe dar cuenta de ese crímen al abate Gioberti. Los confederados católicos han batido á los cuerpos francos; el abate Gioberti se pasa con armas y bagages al lado de los vencidos; les excita á alzar de nuevo su bandera, que es la enseña del desórden, de la incredulidad y de la blasfemia; y esta enseña es la suya. Los católicos del Sonderbund se ven maldecidos, de la misma manera que este sacerdote habria segregado de su comunion á los aldeanos de la Vendée militar que rehusaron aceptar el ateismo y la esclavitud de la guillotina, como última espresion de su fe y de su libertad.

Bastan y aun sobran estas pocas páginas para apreciar en su justo valor al hombre que se ve deshonrado, menos por lo que ha dicho que por lo que ha tenido la audacia de escribir. Pero es preciso llegar hasta el fondo de las cosas, y hacer ver todo el veneno que es capaz de contener el corazon de un mal sacerdote. Ya hemos visto al *Contemporáneo*, á la *Revue de Louvain*, á las producciones universitarias, y aun al mismo *Correspondant*, tomar parte en favor de Clemente XIV contra la misma historia. Contra esa historia, que sin pasion de ningun género, referia con documentos inéditos todas las peripecias de ese triste pontifidado, ha sido llamada á la barra del tribunal antijesuítico. Se ha procedido por interrogatorios capciosos, por inducciones malévolas; y no se ha desechado la calumnia, para enervar la fuerza y debilitar la autoridad de los documentos. Se ha tratado de deshonrar la Iglesia para presentar una apoteosis á Clemente XIV, y M. Lenormant ha llevado su audacia hasta decir "que en todos los soberanos pontífices se han visto señales de debilidad; lo cual no debe estrañarse cuando el mismo San Pedro fué débil, y cuando la historia de los papas no es sino una indefinida reproduccion del carácter que atribuye el Evangelio al príncipe de los apóstoles." Esta teoría tan estraña, por no decir otra cosa, que se halla en contradiccion manifiesta con la doctrina católica, con las virtudes, y con el valor que ha mostrado el mayor número de los vicarios de Jesucristo y con la misma historia, esta teoría de circunstancia ha sido inventada como paliativo de los errores de Ganganelli. M. Lenormant como abogado, que abunda siempre en su sentido, sobre todo cuanto ese sentido está viciado, quiere que todos los papas hayan renegado de su maestro, y

afirma que "su historia es la indefinida reproduccion del carácter que el Evangelio atribuye al gefe de los apóstoles." Esta asercion le parece ortodoxa, porque le es necesaria para su causa, olvidando que fuera de las virtudes y particulares méritos que se encuentran en los soberanos pontífices, mas de una vez debió pensar en aquello que dijo el poeta:

> Cuando á un modelo nos queremos arreglar,
> Siempre por su buen lado debemo de copiar.

La memoria de Ganganelli, defendida de ese modo, no ganará nada con estos odios injustos en contra de la razon. Clemente XIV está ya juzgado y bien juzgado; y si acaso faltaba alguna pincelada mas al cuadro de su desdoro pontifical, que nunca podrán compensar en la balanza de la posteridad ni su intachable vida privada ni su muerte llena de arrepentimiento, el abate Gioberti la ha completado con su brocha. Ganganelli es para él el hombre sensato á la diestra del señor. El refugiado de Lausana abre al papa su cielo de revolucionarios, de renegados y de cuerpos francos, y le embalsama con sus alabanzas como el postrer insulto. Bendice y vuelve á bendecir el breve de 1773 que suprimió á la Compañía, y en seguida volviéndose de repente á los Jesuitas, exclama este sacerdote en su postrer transporte de ternura hácia el uno, y de aborrecimiento hácia los otros (1): "Un poeta diria que la sombra de Clemente os persigue por todas partes. á fin de arrastraros hasta el fondo del precipicio como el horrible expectro del dramaturgo español y del novelista aleman. Teneis razon, continúa, en maldecir implacablemente al pontífice á quien habeis muerto, porque fué el primer motor de todos vuestros infortunios, el que disipó el prestigio de engañosa virtud que os rodeaba, y el que demostró con el ejemplo que en lugar de ser divinidades ó ángeles, segun vuestras habladurías de humildad, erais (como Jesuitas) ménos que hombres. ¿Dudais aun? Pues consultad los hechos. ¿Quién os ha espulsado últimamente en Francia? Clemente. ¿Quién os ha cegado hasta el punto de hacer que se derramase la sangre para entrar en Lucerna? Clemente. ¿Quién el que os ha cerrado las puertas de la Toscana? Clemente. ¿Quién el que os ha impulsado á querer instalaros en esta provincia á pesar de sus habitantes, y á turbar la paz de un pais dichoso y tranquilo, renovando en el corazon de la Italia las funestas escenas de la Suiza? Clemente. ¿Quién es el que cada dia os impele á reprender, calumniar, perseguir y acabar con los buenos; á extinguir las luces y hacer mas espesas las tinieblas y á querer con una mano convulsiva asir por los cabellos una for-

(1) *Gesuita moderno*, t. 3. p. 161.

tuna que os abandona para siempre? El temor de un nuevo Clemente. ¿Quién, finalmente, os amenaza de contínuo, con una segunda muerte, que pareciéndose á la de los réprobos anunciada por el Apocalipsi, será la última, porque no la ha de ser seguida de una segunda resurreccion? El breve de Clemente. Ved, pues, cuán inmortal es la obra de este pontífice! Obra que será tan inmortal como la memoria y nombre de su autor que fundó el pontificado moderno y civil; este pontificado que hoy dia vuelve á comenzar como por milagro, y que asentado sobre las ruinas del jesuitismo degenerado, llenará al mundo con una nueva luz cuando resucite de sus propias cenizas el fénix de las naciones."

En presencia de semejante estravío del entendimiento, no es ya la indignacion la que debe responder, sino la compasion, hija del asco y del disgusto que engendra la vista de un embriagado, que se revuelca en el fango. No harémos á Pio IX la injuria de realzar semejante paralelo. Nos guardarémos muy bien de triunfar, al ver confirmarse tan pronto, segun los deseos del sacerdote católico italiano, las previsiones con que el *Contemporáneo*, *la Revue de Louvain* y el *Correspondant* inútilmente metieron tanto ruido. Estas previsiones no nacieron ni pudieron engendrarse en mi alma, de lo cual doy gracias á Dios; pues en otro caso, sin querer hubiera sido cómplice del homicidio pensado del abate Gioberti. Sea para él toda la infamia, ya que él solo ha llevado el atrevimiento hasta el punto de blasfemar con semejante comparacion!

Pero si Clemente XIV es impecable á los ojos de todos los impíos de todos los paises y de todas las castas; si por el solo hecho de haber publicado un breve tachado de nulidad, ha incurrido en la admiracion de los enemigos de la Silla de Roma; si como lo declaran éstos Gioberti, su autoridad pontifical es superior á todo lo de acá abajo; si puede crear y destruir, ciertamente que no debe ser esclusivo al franciscano Ganganelli tan terrible poder. El le recibió de sus predecesores, y le transmitió á sus sucesores. Todos los que se llamen hijos de la Iglesia lo mismo deben de obedecer á unos que á otros, y con obediencia absoluta, y digna de admirarse así como la que se nos pone por modelo tocante al breve de supresion. A pesar de nuestras desconfianzas históricas, bastante bien fundadas, nos encontramos dispuestos á aceptar la obra de Clemente XIV. Mas por una reciprocidad de deberes, será preciso que los adoradores de Ganganelli humillen su voluntad ante la potencia soberana de los papas que le precedieron y que le han sucedido en el trono pontificio.

Desde Paulo III hasta Clemente XIV inclusive, mas de veinte gefes de la cristiandad, tan infalibles, ó por lo ménos tan dignos de respeto como él, se mostraron tanto en las circunstancias solemnes como en las menos significativas de su reinado, los padres, los tutores, los amigos, lo dirémos de una vez respecto á su mayor parte, los protectores afectuosos y reconocidos á la Compañía de Jesus; sus bienehechores, sus apologistas. Clemente XIV la destinó á morir; mas apenas cubrió sus restos el mármol de la tumba, cuando Pio VI su sucesor, trabaja en la resurreccion del instituto, resurreccion que llevó á cabo Pio VII, con aplauso de la Iglesia universal, y que han sancionado despues por la plenitud de su poder y energía de su voluntad, Leon XII, Pio VIII y Pio IX actualmente reinante.

Convoquemos ahora á todos los Gioberti del mundo, á los Gioberti adheridos aun á Roma por algun lazo de amor, de respeto, de fé ó de conveniencia, si es que por casualidad se encuentra uno. A este augusto senado de pontífices muertos, pero que aun hablan al universo católico con sus actos y sus bulas, que le apliquen el sistema constitucional; que recojan sus opiniones y sus votos, y que nos digan luego si el breve de Clemente XIV, hijo de las circunstancias y condiciones que se quieran invocar, expedido bajo la sombra de los crímenes jesuíticos antiguos ó modernos de los que fué juez instructor ese mismo senado, debe pesar en la balanza mas que los decretos de los pontífices que ha habido en el espacio de tres siglos. Vaciad á Clemente XIV en el molde de los héroes de Homero; suponedle el mas santo, el mas ilustrado y el mas justo de los papas; que posea toda clase de virtudes, el valor, la prudencia, la equidad, la ciencia y la sabiduría; que sea una excepcion para vosotros en el Vaticano como por dicha lo es para nosotros; y con todo eso nunca podrá ser mas infalible, ni habrá sido mas Pedro que los que, ántes y despues de él, ascendieron al trono apostólico; ni tendrá mas prerogativas, mas gracias, ni mas poder.

Si reconoceis todos estos privilegios en la persona de Clemente, es preciso reconocerlos en las de los demas. Si al destruir Clemente XIV á los Jesuitas, obró como verdadero pontífice, debeis proclamar que el papa que los instituyó, el papa que los restableció, y todos los demas papas que los han adoptado, protegido y recompensado como el mas firme baluarte de la Iglesia, tuvieron y tienen derecho á la sumision de todas vuestras preocupaciones, y al silencio de vuestros juicios. Aceptais la obra de Ganganelli, porque os confesais católicos; no permitis que se discuta ni que, para esplicarla, se evoquen documentos inéditos; pues bien, esa misma consideracion os obliga á aceptar con un respeto por lo ménos igual cuanto han aprobado y confirmado los pontífices que ha habido desde Farnesio hasta Mastai.

Sobre esto no se permite ambigüedad. Desde el momento en que formais parte en espíritu y en verdad del cuerpo militante de la Iglesia, ya no podeis circunscribir vuestra obediencia y li

mitarla á este soberano pontífice, y estenderla en favor de otro. El dilema está en todo su rigor, ó dentro ó fuera. Supuesto esto, ¿quién es mas fiel al trono apostólico, á sus tradiciones, á sus leyes constantes y á su inmutabilidad, nosotros ó los Gioberti, los Moeller y los Gazzola? Clemente XIV echó por tierra el edificio de sus predecesores. Sus sucesores cambiaron la muerte que dió aquel en una vida nueva. Despues de trescientos siete años que se fundó la Compañía de Jesus, no debe contarse mas que un papa; ¿y en solos cinco años, se ha de suponer este papa mas ilustrado, mas favorecido de los dones del Espíritu Santo, y de mas valor y resolucion que todos los anteriores juntos?

A este último término es á donde se llega. A su borde no hay sino creer ó negar, porque el abismo está al cabo; un abismo sin fin, abismo en el cual á fuerza de consecuencias lógicas tiene que precipitarse la fé, la razon cristiana y el principio de autoridad, para hacer triunfar las pasiones ó las enemistades individuales de la Omnipotencia de la Silla Romana. Los sectarios, los indiferentes, los hipócritas de religiosidad, los carbonarios dirigidos al progreso, los impíos de todos colores, los malos sacerdotes sobre todo tomaron partido por Clemente XIV, solo por hacerlo contra la Iglesia universal. Este es el instinto de repulsion que les guia admirablemente. Pero no puede permitírseles á los que así piensen, que se llamen firmes en la unidad de las creencias, hijos de sumision, soldados fieles á la Iglesia, y que se presenten á glorificar el acto de un papa, cuando este acto se halla anulado para el pasado y para lo presente. Si, como gefe de ia Iglesia y hablando en nombre de la Iglesia, Clemente fué justo extinguiendo á los Jesuitas, los que los han creado, confirmado, sostenido, restablecido y conservado, ¿serán acaso injustos y harán traicion al honor pontifical? ¿Debe respetárseles, como privados de la superioridad de luces y de poder que Dios perpetuamente hace descender sobre la cabeza de sus vicarios?

Entre los verdaderos católicos y los Gioberti antiguos y modernos, la cuestion no es mas que esta, y únicamente esta: los Jesuitas no son mas que un pretesto. Hasta este dia sirvieron de alimento á los rencores, á las aversiones, á los cálculos y á las preocupaciones estúpidas. Se disparó sobre ellos desde todas las baterías dispuestas á metrallar la Iglesia. Se agitaron contra ellos todas las violencias y todas las hipocresías; se regimentaron las pasiones mas siniestras, y á veces las mas culpables; se pusieron en tortura todos los códigos, se puso un freno absoluto á la libertad, se hizo una ley de todas las clases de arbitrariedad, se excitó al clero secular, se despertaron las antiguas rencillas de comunidades religiosas, á fin de engrosar el número de los enemigos que se suscitaban contra la Compañía. A ésta fueron atribuidos

todos los crímenes, todos los orgullos, y á sus perseguidores todas las virtudes. Pero esta era la marcha regular que podia esperarse de la corrupcion del entendimiento humano. Esta en el espacio de trescientos años, solo pudo engañar á un papa que se sirvió de ella para subir al trono. ¿Y este papa será el solo que á nuestra veneracion ilustrada se presente como el único infalible, y como el único á quien el Espíritu Santo haya inspirado en la cuestion siempre agitada y siempre resuelta de los Jesuitas? ¿Someterémos nuestra fé de cristiano, y nuestra fé de historiador á todos esos reclutas de entusiasmo y veteranos de preocupacion, que no admiten como posible y verdadero sino la inspiracion de una mentira olvidada ya despues de haber estado tantos años al servicio de caducos rencores y de pasiones gastadas?

P. S.—En el momento de entrar en prensa el último pliego de este folleto, se me ha remitido un artículo que apareció el 15 *de Septiembre en el* Semeur, *periódico protestante. El* Semeur, *que siembra y nada recoge, mete tambien su baza en la cuestion de* Clemente XIV y los Jesuitas. *Su crítica está llena de probidad, siempre que no invoca en su apoyo á M. de Lenormant, quien por su desgracia, en corto tiempo, ya se reputa como autoridad entre los calvinistas. En este asunto merece con mucho la ciega confianza que aquellos le dispensan. Separando la credulidad de buena guerra que afectan conceder á M. Lenormant, los protestantes del* Semeur, *dejando aparte la discusion, confiesan en efecto:*

"Que la iniquidad del proeedimiento no basta para fijar como principio la inocencia de los acusados, puesto que una condenacion puede ser dirigida y pronunciada por enemigos, y permanecer justa en cuanto al fondo. Todo lo que de esto pueda resultar, será siempre de un peso considerable en favor de los acusados, y traerá consigo la necesidad para todo juez imparcial de mirar y remirar todas las piezas del proceso ántes de resolverse á confirmar la sentencia. Concebimos, pues, que el libro de M. Crétineau-Joly puede inspirar dudas á un lector filósofo y atraerle á un terreno y posicion imparcial entre Clemente XIV y los Jesuitas; y sometiendo el negocio á un sério exámen, hará comparecer ante sí á los acusados y acusadores, y por resultado bien podria suceder que condenase á éstos sin absolver á aquellos."

Esto es lo que falta que ver. Los documentos que han servido de

base están á la vista de los católicos y de los protestantes. Todos pueden, con conocimiento de causa, investigar hasta los senos mas recónditos del corazon de los jueces, y estoy seguro de que no hallarán mas que iniquidad.

Empero para condenar á los verdugos sin absolver á las víctimas, no kay sino presentarse como yo me presento, con las manos llenas de documentos de toda especie, y probar con ellos mismos que los Jesuitas, aunque muertos bajo el golpe de magistrados evidentemente prevaricadores, no por eso han merecido esa suerte. El primer punto está fuera de duda. Ganganelli y sus satélites sufren una sentencia que los miserables subterfugios, las odiosas reticencias ó imposturas de los Gioberti, de los Lenormant, de los Gazzola y de los Moeller, de todos los paises no pueden ménos de confirmar. Pasemos al segundo: puesto que la injusticia de los juéces es tan clara y manifiesta, que el Semeur *y sus aliados de todos los partidos combinen en vista de ello sus esfuerzos para demostrar que la condenacion de los Jesuitas fué justa y equitativa, no obstante la indecente parcialidad de los que pronunciaron el fallo. Aquí estamos aguardando el resultado.*

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



M.R.P. PEDRO CANTON,

de la Compañía de Jesus.

Provincial de la Provincia mexicana en 1821. Fué natural de Guadalajara y murió en Mérico á 16 de Octubre de 1833 á los 88 años 7 meses 27 dias de su edad.

LOS JESUITAS EN MEXICO,

—Ó—

MEMORIAS PARA SERVIR A LA HISTORIA

DEL

RESTABLECIMIENTO, DESTRUCCION

Y OTROS SUCESOS RELATIVOS

A LA COMPAÑIA DE JESUS,

en la República Mexicana,

DESDE 1816 HASTA LA FECHA;

Formadas sobre auténticos testimonios y diversos escritos de la época, por un testigo ocular de la mayor parte de ellos.

"Los hechos que refiero no puede desconocerlos sino el que quiere ignorarlos."—Dictámen sobre el restablecimiento de los Jesuitas en España el año de 1815, del fiscal del consejo de Castilla.

MÉXICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,
CALLE DE CHIQUIS NUM. 6.
1850.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

Si el 25 de Junio de 1767 fué un dia de luto para los mexicanos por la publicacion del decreto de la expulsion de los Jesuitas, dictado por el rey Cárlos III, é intimado en las diversas casas que poseia la Compañia en la antigua Nueva España; y si en este infausto dia se insultó su dolor con el lenguaje duro é irritante de que se usó para hacerles saber esta providencia, de que habian nacido *para obedecer y callar;* el 4 de Septiembre de 1815 fué de un sumo placer para los mismos, así por haberse publicado el de Fernando VII, que derogaba la pragmática sancion de su augusto abuelo, como porque en él se tomaba en consideracion el voto general de los representantes de las Américas á favor de ese cuerpo religioso, objeto de sus mas honoríficos recuerdos (1). En aquel tiempo no se disfrutaba en México de la libertad de imprenta, de que despues se ha hecho un abuso tan lamentable, especialmente denigrando á esa religion tan justamente llorada en nuestro pais, lleno por todas partes de los mas innegables monumentos de su saber, de su celo y de su caridad: así es que uniformada la opinion en este particular, todos vieron con sumo placer el anuncio que se hizo de este restablecimiento, en el único papel público que se daba á luz en la capital, fuera de la Gaceta del gobierno, reconociendo en sus espresiones las de todos los habitantes de este continente. Decia así:

"*Jesuitas.*—Tenemos la dulce satisfaccion de anunciar á este

(1) En el año de 1817, cuando la América del Sur proclamó su independencia, entre los cargos que dirigia á la corte de Madrid, fué uno de ellos: "el de habernos privado arbitrariamente (son sus mismas palabras) de los Jesuitas, á quienes debemos nuestro estado social, la civilizacion, toda nuestra instruccion y multitud de servicios de que no podemos carecer."---Ya en nuestro pais se habia tributado otro igual homenage á los Jesuitas, iniciándose el decreto de su restablecimiento en el congreso nacional de Chilpancingo, á 6 de Noviembre de 1813, por el general D. José María Morelos, uno de los mas afamados caudillos de la independencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

religioso público uno de los acontecimientos mas memorables que llenarán de gloria al feliz reinado de nuestro católico monarca el señor D. Fernando VII. Estaba reservado sin duda á este jóven rey el llenar los decretos de la Divina Providencia, que compadecida de los males que ha causado la ignorancia y el error del filosofismo en el orbe católico, le ha inspirado la resolucion de restituir al seno de la Iglesia española el antiguo gérmen de sus mas valerosos campeones. La sagrada Compañía de Jesus, ese seminario de varones apostólicos, de eclesiásticos ejemplares, y de ciudadanos útiles que la perfidia y la intriga habian desterrado de entre nosotros, vuelve por fin á traernos el consuelo, la doctrina y la santidad. ¡Felix dia 29 de Mayo de 1815, que señaló el decreto de esta gloriosa restitucion para el remedio de nuestros males! ¡Manes respetables de las víctimas españolas sacrificadas por el monstruo de la perfidia en el Prado de Madrid: descansad gloriosamente en el seno de vuestros sepulcros, seguros de que vuestro sacrificio no ha sido infructuoso, cuando encendiendo en los corazones españoles el fuego de vuestro patriotismo, han ensalzado los timbres que coronan vuestras sienes y han aumentado la gloria de vuestras almas inmortales con la firmeza de la religion católica! Esta, que es el primero y mas sólido fundamento de la monarquía española, se va á hacer inespugnable bajo la egide de los hijos del grande Ignacio y bajo el estandarte de la Compañía de Jesus, que no pudo tremolarse en mejor ni mas oportuna época que en la presente, tan parecida á la que inflamó el espíritu de aquel santo español cuando crió su instituto para la salud de los pueblos.

"Así es que, si miramos con rapidez aquellos dias de amargura en que tanto padecia la religion, lo mismo que en los nuestros, nos encontramos allá á un hombre abrasado de la noble ambicion de conquistar almas para Dios, y que hubiera sido un héroe, aunque no hubiera sido santo, que dirige una ojeada por su siglo, y que no encuentra mas que objetos de amargura y de dolor. Ve á la Alemania asolada de la heregía, á Inglaterra despedazada por el cisma, á Francia amenazada del error y hecha presa del libertinage; al sucesor de Mahoma pisando el sepulcro de Jesucristo; millares de pueblos sumergidos en el caos de la barbaridad y en los errores del paganismo; y este espectáculo, hiriendo su córazon, duplicó su aliento. En el momento emprende formar una compañía de hombres irreprensibles para combatir el vicio, instruidos para confundir al error y animosos para atacar la idolatría. Ideado su plan, examina, elige y abraza los medios para ejecutarle; dispónese á sí mismo por la penitencia y el estudio; asóciase cooperadores, penétralos de su espíritu, inflámalos con su celo, y juntos todos se consagran á la santidad, se destinan á la enseñanza, se dedican al apostolado, y del pié del altar en que consuman su sacrificio, los

conduce Ignacio á los piés de Paulo III, el cual le ratifica para gloria de su siglo (1).

"La impiedad, es verdad, logró sofocar sus luces por algunos dias; pero al fin vuelven hoy á iluminarnos con mas brillantez. No hay duda, el instituto de los Jesuitas renace entre nosotros, y ya le oigo declarar la guerra al filosofismo impío, que nos abrumaba con la mas cruel servidumbre á pretesto de libertad, y que nos iba á precipitar en un abismo de males.

"¡Gloria inmortal á nuestro santísimo padre Pio VII y á nuestro justamente deseado Fernando VII, porque dan á su siglo la prueba mas sublime de su sabiduría y de su amor á la religion de Jesucristo! He aquí el decreto del inmortal Fernando VII, que en este momento moja con sus lágrimas el mas ínfimo de sus vasallos americanos, pero el mas amante de la sagrada Compañía (2).—*J. W. Barquera.*

---

(1) Véase el Ceruti, "Apología del instituto de los Jesuitas," capítulo I.

(2) Los ilustrados de nuestro pais no dejarán de sonreirse al leer este artículo, escrito, como ellos dicen, por un fanático, servil y retrógrado. Pues oigan cómo se expresaba en semejantes circunstancias, uno de los periódicos mas liberales de Europa. El *Diario de los Debates* del 10 vendimiario año XIII (2 de Octubre de 1804) al anunciar el restablecimiento de la Compañía de Jesus en Nápoles, en el mismo año, agregaba á esta noticia las siguientes líneas que asombraron á los católicos: "Los nuevos Jesuitas son lo que eran los antiguos. Ademas del mismo nombre, el mismo hábito y la misma regla, los nuevos van á ser formados por los antiguos que aun existen: por estos restos de Israel que la Providencia parece no haber conservado sino para hacerlos depositarios del fuego sagrado y de las verdaderas tradiciones y principios del instituto. De manera que no hallándose de ninguna suerte interrumpidas de S. Ignacio á la fecha, puede decirse que los nuevos Jesuitas son verdaderamente sucesores de los antiguos, y que la órden, sin tener la misma extension, no deja de ser igualmente perfecta: identidad tan apreciable como honrosa, que es á la vez el garante de su duracion, el dique mas poderoso á las pérfidas reformas que pudieran meditar ciertos espíritus sistemáticos, la mas decisiva respuesta á las acusaciones de sus enemigos y el triunfo mas noble que haya podido reportar contra los injustos provocadores de su destruccion.—Al reedificar á la Compañía de Jesus sobre sus antiguos cimientos, derogando el breve de Clemente XIV, de ninguna manera pone en contradiccion su virtuoso sucesor á la Santa Sede consigo misma. Si la necesidad hizo dar el breve de destruccion, la misma es la que dicta el de su resurreccion, con la diferencia de que el primero era hijo del temor y asedio en que tenian los hombres poderosos á aquel infortunado pontífice, á quien hicieron dispersar de un rasgo de pluma veinte mil infatigables operarios, que en las cuatro partes del mundo se ocupaban en la predicacion y enseñanza pública; al paso que la necesidad del dia de hoy es hija del tiempo y de la experiencia, que nos ilustra sobre las desgracias que han seguido á esa época fatal y la urgencia de repararlas. Esta, no lo dudamos, se hará sentir en los estados católicos, á medida que se disiparen los odios y las prevenciones; que el espíritu de partido se estinguiere en los paises; que los soberanos abran los ojos sobre sus verdaderos intereses; que la impiedad se desenmascare con nuevos escesos, y que el progreso de las deprabadas costumbres convenza á los hombres mas obcecados de aquel principio del grande Bacon, de que para educar á la juventud no se encontrará cosa mejor que las escuelas de los Jesuitas."

"Desde que por la infinita y especial misericordia de Dios nuestro Señor para conmigo y para con mis muy leales y amados vasallos, me he visto en medio de ellos, restituido al glorioso trono de mis mayores, son muchas y no interrumpidas hasta ahora las representaciones que se me han dirigido por provincias, ciudades, villas y lugares de mis reinos. por arzobispos, obispos y otras personas eclesiásticas y seculares de los mismos, de cuya lealtad, amor á su patria é interes verdadero que toman y han tomado por la felicidad temporal y espiritual de mis vasallos, me tienen dadas muy ilustres y claras pruebas, suplicándome muy estrecha y encarecidamente me sirviese restablecer en todos mis dominios la Compañía de Jesus, representándome las ventajas que resultarán de ellos á todos mis vasallos, y escitándome á seguir el ejemplo de otros soberanos de Europa que lo han hecho en sus Estados, y muy particularmente el respetable de S. S. que no ha dudado revocar el breve de la de Clemente XIV de 21 de Julio de 1773, en que se extinguió la órden de los regulares de la Compañia de Jesus, espidiendo la célebre constitucion de 21 de Agosto del año último: *Solicitado omnium Ecclesiarum etc.*

"Con ocasion de tan sérias instancias he procurado tomar mas detenido conocimiento que el que tenia sobre la falsedad de las imputaciones criminales que se han hecho á la Compañia de Jesus por los émulos y enemigos, no solo suyos, sino mas propiamente de la religion santa de Jesucristo, primera ley fundamental de mi monarquia, que con tanto tezon y firmeza han protegido mis glorios s predecesores, desempeñando el dictado de católicos que reconocieron y reconocen todos los soberanos, y cuyo celo y ejemplo pienso y deseo seguir con el auxilio que espero de Dios; y he llegado á convencerme de aquella falsedad; y de que los verdaderos enemigos de la religion y de los tronos eran los que tanto trabajaron y minaron con *calumnias, ridiculeces y chismes* (1) para desacreditar á la Compañia de Jesus, disolverla, y perseguir á sus inocentes individuos. Asi lo ha acreditado la esperiencia, porque si la Compañia acabó por el triunfo de la impiedad, del mismo modo y por el mismo impulso se han visto en la triste época pasada desaparecer muchos tronos, males que no habrian podido verificarse existiendo la Compañia antemural inespugnable de la religion santa de Jesucristo, cuyos dogmas, preceptos y consejos son los que solos pueden formar tan dignos y esforzados vasallos, como han acreditado serlo los mios en mi ausencia, con asombro general del universo.

(1) Expresion baja, pero que llena de oprobio á los antiguos enemigos de los Jesuitas, y á los modernos que sin ninguna vergüenza reproducen sus escritos, como la mayor parte de los periódicos liberales en Europa, en los Estados Unidos y en nuestra República.

"Los enemigos mismos de la Compañia de Jesus que mas descarada y sacrilegamente han hablado contra ella, contra su santo fundador, contra su gobierno interior y político, se han visto precisados á confesar que se acreditó con rapidez; la prudencia admirable con que fué gobernada; que ha producido ventajas importantes por la buena educacion de la juventud puesta á su cuidado, por el grande ardor con que se aplicaron sus individuos al estudio de la literatura antigua, cuyos esfuerzos no han contribuido poco á los progresos de la bella literatura; que produjo hábiles maestros en diferentes ciencias, pudiendo gloriarse haber tenido un mas grande número de buenos escritores que todas las otras comunidades religiosas juntas; que en el Nuevo Mundo ejercitaron sus talentos con mas claridad y esplendor, y de la manera mas útil y benéfica para la humanidad; que los soñados crímenes se cometian por pocos; que el mas grande número de los Jesuitas se ocupaba en el estudio de las ciencias, en las funciones de la religion, teniendo por norma los principios ordinarios que separan á los hombres del vicio y les conducen á la honestidad y á la virtud. Sin embargo de todo, como mi augusto abuelo reservó en sí los justos y graves motivos que dijo haber obligado á su pesar su real ánimo á la providencia que tomó de extrañar de todos sus dominios á los Jesuitas, y las demas que contiene la pragmática sancion de 2 de Abril de 1767, que forma la ley 3.ª lib. 1, tit. XXVI de la Novísima Recopilacion; y como me consta su religiosidad, su sabiduría, su experiencia en el delicado y sublime arte de reinar; y como el negocio por su naturaleza, relaciones y trascendencia debia ser tratado y examinado en él mi consejo, para que con su parecer pudiera yo asegurar el acierto en su resolucion, he remitido á su consulta con diferentes órdenes varias de las expresadas instancias, y no dudo que en su cumplimiento me aconsejará lo mejor y mas conveniente á mi real persona y estado, y á la felicidad temporal y espiritual de mis vasallos.

"Con todo, no pudiendo recelar siquiera que el consejo desconozca la necesidad y utilidad pública, que ha de seguirse del restablecimiento de la Compañía de Jesus, y siendo actualmente mas vivas las súplicas que se me hacen á este fin, he venido en mandar que se restablezca la religion de los Jesuitas por ahora en todas las ciudades y pueblos que los han pedido, sin embargo de lo dispuesto en la expresada real pragmática sancion de 2 de Abril de 1767, y de cuantas leyes y reales órdenes se han expedido con posterioridad para su cumplimiento, que derogo, revoco y anulo en cuanto sea necesario para que tenga pronto y cabal cumplimiento el restablecimiento de los colegios, hospicios, casas-profesas y de noviciado, residencias y misiones establecidas en las diferentes ciudades y pueblos que los hayan pedido; pero sin perjuicio de extender el restablecimiento á todos los que hubo en mis dominios, y de que así

los restablecidos por este decreto como los que se habiliten por la resolucion que diere á consulta del mismo consejo, quedan sujetos á las leyes y reglas que en vista de ella tuviere á bien acordar, encaminadas á la mayor gloria y prosperidad de la monarquía, como al mejor régimen y gobierno de la Compañía de Jesus, en uso de la proteccion que debo dispensar á las órdenes religiosas instituidas en mis estados, y de la suprema autoridad económica que el Todopoderoso ha depositado en mis manos para la de mis vasallos y respeto de mi corona. Tendréislo entendido, y lo comunicaréis para su cumplimiento á quien corresponda. En Palacio, á 29 de Mayo de 1815.—*A D. Tomas Moyano.*

"Ya ántes de la expedicion del inserto mi real decreto, habia acordado mi consejo supremo de las Indias, á propuesta de su presidente el duque de Montemar, hacerme presente (como lo verificó en consulta de 12 de Junio, despues de haber oido á mi fiscal de él) la utilidad y aun necesidad del restablecimiento de los religiosos de la Compañía de Jesus en aquellos mis dominios; apoyando uno y otro en que esta órden religiosa fué aprobada en el siglo XVI por la Silla Apostólica con aplauso de todo el orbe cristiano, confirmada por veinte sumos pontífices, incluso el reinante Pio VII en la bula de su restablecimiento; habiendo formado muchos santos, y merecido el elogio de otros de igual clase, de historiadores sagrados, y de grandes políticos y filósofos escolásticos. Que en los reinos de las Indias produjo inesplicables bienes temporales y espirituales, disminuidos notablemente por su falta. Que los individuos de la enunciada órden en sus destierros sin subsistencia, sin apoyo y aun sin libros, han edificado con su ejemplo, ilustrado con sus obras y dado honor á su patria. Que todavía conserva algunos naturales de aquellos mis dominios; y que estos pocos, siendo en el dia muy ancianos, llenos de experiencia, y mas ejercitados en la humillacion, y en la práctica general de las virtudes, pueden ser para la tranquilidad de sus paises, el remedio mas pronto y poderoso de cuantos se han empleado al logro de este intento, y el mas eficaz para recuperar por medio de su enseñanza y predicacion los bienes espirituales que con su falta se han disminuido; no debiendo dudarse que los expresados sacerdotes, al ver que mi católico celo por el mayor servicio de Dios y beneficio espiritual y temporal de todos mis amados vasallos, se fia de su fidelidad y de sus virtudes, y que sin perder tiempo por mi parte para reparar las vejaciones que han sufrido, los convido y admito amorosamente en dichos mis dominios de Indias, harán cuanto les sea posible hasta el restablecimiento de su perfecta tranquilidad; y por último, me expuso el consejo la importancia de que para mayor gloria de Dios y bien de las almas, vuelvan las misiones vivas á hacerse de

unos operarios tan á propósito para su adelantamiento en lo espiritual y temporal; los cuales solo contarán con la Providencia, con mi magnanimidad que los llama, y con la piedad y voluntad de los fieles que han de recibir el fruto de sus trabajos. Penetrado mi paternal corazon de estas y de otras poderosas razones religiosas y políticas, que con laudable celo me ha manifestado en la expresada consulta el referido mi consejo de las Indias, condescendiendo con sus deseos y con los de todos mis amados vasallos de aquellos mis reinos, manifestados por veintinueve de los treinta diputados de ellas é Islas Filipinas que se presentaron en las llamadas córtes generales y extraordinarias; los cuales en las sesiones de 16 y 31 de Diciembre de 1810, pidieron á nombre de sus provincias, *como un bien de grande y conocida importancia*, que la religion de la Compañía de Jesus, volviese á establecerse en ellas (1); he venido en permitir, como permito, se admita en todos mis reinos de las Indias é Islas adyacentes y Filipinas á los individuos de la Compañía de Jesus, para el restablecimiento de la misma en ellos; á cuyo fin, usando de mi potestad soberana y de mi *propio motu*, y cierta ciencia, derogo, caso y anulo toda real disposicion ó pragmática con fuerza de ley que se oponga á esta mi real determinacion, dejándola en esta parte sin fuerza ni vigor, y como si no se hu-

(1) Véase el testo de la misma proposicion presentada con otras en las primeras córtes españolas, con los nombres de los que las suscribieron: testimonio que manifiesta la opinion que habia en nuestro pais á favor de los Jesuitas; advirtiendo que omitimos la firma de un diputado del Nuevo Reino de Granada por no haberla suscrito. Dice así:

"11 ª Reputándose de la mayor importancia para el cultivo de las ciencias, y para el progreso de las misiones que introducen y propagan la fé entre los indios infieles, la restitucion de los Jesuitas; se concede por las córtes para los reinos de América. Isla de Leon 16 de Diciembre de 1810. Dionisio Inca Yupanqui, *diputado del Perú.*—El marqués de S. Felipe y Santiago, *diputado de Cuba.*—Luis de Velasco, *diputado por Buenos-Aires.*—Blas Ostolaza, *diputado de Lima.*—Andrés Sabariego, *diputado por México.*—Joaquin Fernandez de Leyva, *diputado de Chile.*—José María Gutierrez de Teran, *diputado del Perú.*—Estevan de Palacios, *diputado por Caracas.*—José Alvarez de Toledo, *diputado de la Isla de Santo Domingo.*—Ramon Power, *diputado de Puerto-Rico.*—Pedro Perez de Tagle, *diputado de Filipinas.*—José María Couto, *diputado de Nueva-España.*—Miguel Riezco, *suplente por Chile.*—Máximo Maldonado, *diputado de Nueva-España.*—Octaviano Obregon, *diputado de Nueva-España.*—Andrés de Llano, *diputado de Guatemala.*—Joaquin de Sta. Cruz, *diputado por la Isla de Cuba.*—Ramon Feliu, *del Perú.*—El conde de Puñonrostro, *por el Nuevo Reino de Granada.*—Vicente Morales, *diputado del Perú.*—Dr. Salvador Sanmartin, *diputado de México.*—Manuel de Llano, *diputado de Guatemala.*—Francisco Lopez Lispergues, *diputado de Buenos-Aires.*—En 31 del mismo mes suscribieron esta misma proposicion, ratificando su contenido, los siguientes diputados que acababan de llegar de México.—*Antonio Joaquin Perez* (obispo despues de Puebla. *Dr. José Miguel Guridi y Alcocer.—Manuel Rodrigo.—Domingo Caicedo.*—"Impreso en la Isla de Leon, año de 1811."

biera promulgado. En cuya consecuencia mando á mis vireyes, gobernadores, capitanes generales con mando superior, á los gobernadores, intendentes, y á las ciudades, capitales de los mencionados mis reinos de las Indias é islas Filipinas, y ruego y encargo á los muy reverendos arzobispos, obispos y Vendeanes y cabildos de las Iglesias metropolitanas y Catedrales de los mismos mis dominios, cumplan y ejecuten y hagan cumplir y ejecutar cada uno en la parte que le toque ó tocar pueda, la expresada mi real determinacion, haciéndola publicar los primeros con la solemnidad acostumbrada, para que todos aquellos mis amados vasallos la tengan entendida. Asimismo es mi real voluntad que luego que se presenten en dichos mis reinos de Indias los individuos de la Compañia de Jesus, sean admitidos y hospedados en sus antiguas casas y colegios que estén sin destino ú aplicacion, para que se haga con prudencia el restablecimiento de la misma órden religiosa; á cuyo fin mis vireyes y gobernadores, capitanes generales de mando superior, con acuerdo de los M. RR. arzobispos y obispos y voto consultor de mis reales audiencias procederán á su restablecimiento, para que con la brevedad posible se verifiquen los santos fines que nuestro santísimo padre Pio VII se ha propuesto, y yo espero de la ciencia y virtud de los padres Jesuitas, sin perjuicio de darme cuenta con testimonio de los espedientes formados para mi real aprobacion y demas disposiciones convenientes al progreso de nuestra santa religion y bien del estado. Y últimamente mando á los mismos gefes y á las juntas superiores de mi real hacienda de los propios mis reinos, suspendan la enagenacion ó aplicacion de las casas, colegios y demas temporalidades que existan y fueron de dichos religiosos, para devolvérselos á su debido tiempo; pues así es mi espresada real voluntad. Dada en palacio á 10 de Septiembre de 1815."

En virtud de esta real órden, que se recibió y publicó con las solemnidades de estilo en esta capital, se presentaron al dia siguiente de su publicacion, los únicos tres Jesuitas residentes entónces en ella, padres José María de Castañiza, Antonio Barroso y Pedro Canton, al virey, que lo era D. Felix María Calleja, y al Illmo. Sr. D. Pedro Fonte, arzobispo electo de esta metropolitana, ofreciendo sus personas, y manifestando la disposicion en que se hallaban para ejecutar lo que en el caso se juzgase conveniente. Todos los mexicanos deseaban ardientemente ver restablecida la Compañia de Jesus porque tanto habian suspirado; pero no por eso hubo la menor precipitacion en este negocio. Se dieron con la debida madurez los pasos prévios que habia ordenado el rey sobre el particular. Espusieron sus dictámenes los señores asesor y fiscal, y el real acuerdo dió el voto consultivo pedido por el virey, en cuya conformidad determinó éste, que con su asistencia, la del mismo real acuerdo, del ayuntamiento y demas tribunales y corporaciones politicas, los tres mencionados Jesuitas se reuniesen el dia 19 de Mayo de 1816 en su antiguo colegio de San Ildefonso, donde se les habia preparado habitacion por los esfuerzos de varios sugetos distinguidos de esta ciudad, especialmente del Illmo. Sr. Dr. D. Juan Francisco de Castañiza, marques de este título, y obispo electo de Durango, y de la Señora Doña María Teresa, condesa viuda de Basoco, hermanos ámbos del mencionado padre José María, y cuyos nombres serán siempre gratos á los Jesuitas mexicanos.

Al efecto se comunicaron las respectivas órdenes á dicho Sr. Illmo. que en la actualidad era rector de ese seminario, avisándosele haberse comisionado á uno de los oidores, para que con acuerdo del señor arzobispo electo y el suyo dispusiese las formalidades del acto del restablecimiento, como tambien de la entrega del colegio á los Jesuitas, en atencion á estar pronto á verificarla como su rector, segun lo habia manifestado por escrito en los términos mas honoríficos á la Compañía y en que demostraba su júbilo por tener por sucesores á sus hijos.

No ménos entusiasmados los alumnos de ese colegio, tan distinguido en todos tiempos por la multitud de sábios que ha producido para honra de todas las clases del estado, se dispusieron á hacer á sus espensas propias, un recibimiento á sus antiguos maestros, padres y fundadores, no ménos digno de ellos, que de esa casa de letras tan justamente afamada. Adornóse su magnífico edificio de una manera muy elegante en su fachada; pero sobre todo, su primer pátio tan hermoso por sus tres pisos y bellísimas escaleras. Veíanse los arcos de estas adornados de colgaduras blancas recogidas abajo con cintas azules y con bellas poesias á los lados, ya en loor de la Compañía de Jesus, ya del papa y rey que la habian restablecido, del consejo de Indias y de su presidente el duque de Montemar, que tanto habian influido en su vuelta á la América; ya del virey, arzobispo, cabildo eclesiástico y demas corporaciones que honraban aquel acto; y ya, en fin, de aquel colegio que los recibia. En los respectivos claros de los corredores se colocaron igualmente cortinas blancas con ingeniosísimos emblemas en el centro, rodeados de coronas de laurel, alusivos todos al instituto de la Compañía de Jesus, á su regeneracion, á sus pasadas persecuciones, á su renaciente felicidad, y á lo mucho que la América se prometia de su restablecimiento; completando tan brillante vista las arañas de plata que pendian de cada uno de los arcos en los dichos tres pisos, la multitud de poesías castellanas y latinas, distribuidas sobre las puertas de las viviendas principales y otros sitios visibles, y el inmenso número de gallardetes y bandillas que coronaban las azoteas.

La capilla se adornó tambien con toda la magnificencia, gusto y

riqueza con que en aquel tiempo se celebraban en nuestro pais las funciones religiosas; debiendo advertir en honor de los mismos Jesuitas, y para confundir á los que calumniosamente les imputan ser adversarios de las otras sagradas religiones, que habiéndose dispuesto por los directores de la funcion, colocar al lado del trono de plata en que se puso al santo fundador de la Compañía de Jesus, otros dos iguales con S. Luis Gonzaga á la izquierda, como patron jurado de los estudios, y á la derecha S. Francisco de Borja, su tercer general y que habia fundado la provincia mexicana; los Jesuitas se opusieron á aquella novedad, diciendo que debian colocarse en esos lugares á los ilustres patriarcas Sto. Domingo y S. Francisco, segun la antigua costumbre de la Compañía, agregando con una sinceridad que edificó á todos, que aquel triunfo no era ménos de la mínima Compañía de Jesus, que de aquellas y demas sacratísimas religiones. Y como insistiesen los directores en su resolucion, alegando para ello sus razones, los dichos padres que en ninguna cosa habian intervenido, se negaron redondamente, diciendo: que de no dárseles ese gusto, celebrarian su restablecimiento en cualquiera otro templo en que se conformasen con sus votos, que nadie seria capaz de hacerles variar. Disimúlese esta digresion, que no podiamos omitir, y continuemos la materia.

El dia 19 de Mayo de 1816, en que ya se habia extendido la noticia de ser el señalado para el restablecimiento de la Compañía de Jesus, se adornó toda la ciudad y especialmente las calles del tránsito del arzobispado hasta el colegio de S. Ildefonso, que desde muy temprano estaban llenas de un inmenso pueblo ansioso de ver á los Jesuitas. Poco ántes de las nueve de la mañana, en medio de los aplausos públicos y de un repique general de todos los templos de la ciudad, llegó el Illmo. Sr. arzobispo electo D. Pedro Fonte al mencionado colegio, conduciendo en su propio coche á los padres Castañiza y Canton, que para el efecto habian concurrido anticipadamente al palacio arzobispal vestidos ya con el trage de su instituto. Recibiéronlos á la puerta los alumnos de ese establecimiento, los prelados de las sagradas religiones, y los rectores de los demas colegios que acompañaban al Illmo. Sr. Obispo de Durango, y un sin número de eclesiásticos y de las personas de mas viso de la capital. Llegaron sucesivamente en toda forma el cabildo eclesiástico y la nobilísima ciudad, la audiencia, virey y todo lo que se llamaba la corte, que fueron conducidos á la capilla y colocados en sus respectivos puestos segun el establecido ceremonial.

Reunida la concurrencia, se leyó por un secretario real la cédula del restablecimiento, y un estracto de las diligencias practicadas al efecto, y se dió posesion del colegio al padre Castañiza, como superior nombrado por la órden, declarándose restablecida en la Nueva-España la Compañía de Jesus, concluyendo la ceremonia con

un discurso del Sr. Fonte, y el *Te Deum*, en cuyo acto el nuevo rector ofreció al virey la vela encendida, segun la antigua práctica, en reconocimiento del real patronato: acto que ponia el sello al legal restablecimiento de su religion. Un repique general de campanas en toda la ciudad hizo saber al público el término de la funcion y el nuevo ser de la Compañía de Jesus, autorizado ya por las potestades eclesiásticas y civiles, que completó el júbilo de ese feliz dia en todos los mexicanos.

Al mes siguiente se abrió el noviciado en el mismo colegio; pues aunque nada se habia dado hasta entónces á los Jesuitas de sus antiguas temporalidades, sufragó todos los gastos la casa de los Castañizas, hasta algunos meses despues, que se les entregó el de S. Pedro y S. Pablo que habitaban los alumnos del de S. Gregorio, junto con los bienes de este, de órden de la córte, y con suficiente autorizacion para disponer de ellos libremente y á su arbitrio. Pasáronse en virtud de esta entrega los novicios al antiguo colegio máximo, al que se habia agregado la nueva iglesia de Loreto para los ministerios; y si bien se dedicó parte de aquellos fondos para su sostenimiento, no por eso dejaron los Jesuitas de mantener no solo á los treinta y seis colegiales indígenas que habian encontrado en él, bajo el mismo pié en que lo habian sido hasta esa fecha, sino tambien con toda generosidad á los capellanes antiguos y empleados del mismo establecimiento á lo que no estaban obligados; y durante el tiempo de cuatro únicos años que administraron sus rentas, distribuyeron no pequeñas cantidades de limosnas á los indios de los suburvios y pueblos inmediatos, segun una de las cláusulas de la antigua fundacion. Debe advertirse de paso, que para esta posesion que se les dió de los citados colegios, precedieron tambien las formalidades necesarias, y el primer dia en que despues de la consagracion solemne del templo de Nuestra Señora de Loreto, hecha por el Illmo. Sr. Obispo de Durango, se celebraron públicamente los divinos oficios, asistió en virtud del patronato el virey, acompañado del ayuntamiento, tribunales y demas cuerpos que componian la córte.

Abierto, pues, el noviciado, comenzaron á alistarse bajo la bandera de Loyola diversos y muy notables sugetos, que posteriormente han dado honor á la República, como los difuntos padres Francisco Mendizábal, Luis Gonzalez del Corral, Ignacio María de la Plaza, Lorenzo Lizarraga, Cipriano Montufar, y Luis Traslosheros; los dos primeros muy distinguidos por su literatura, y los últimos no ménos por sus virtudes. Entre los vivos se cuentan el P. José Ildefonso de la Peña, confesor que fué y sumamente apreciado del papa Gregorio XVI, de santa memoria, y despues celoso misionero en la América del Sur; el P. Dr. Ignacio María Lerdo de Tejada, muy apreciado en esta capital por la amabilidad de su trato y su

mucha literatura (1), que actualmente es uno de los asistentes del P. general, y el P. Dr. Basilio Arrillaga, que tanto ha honrado á su pátria con sus obras literarias y religiosas. Muy luego manifestaron los alumnos de Loyola que pertenecian á ese cuerpo tan perfectamente constituido, que no tuvo ni infancia ni vejez, segun la espresion del cardenal de Beausset, y como que este instituto fué criado para abrazar en el vasto empleo de sus atributos y atenciones todas las clases, todas las condiciones y los elementos todos que entran en la armonía y conservacion de los poderes políticos y religiosos (2); apenas acababa de renacer, cuando se le vió satisfacer cumplidamente, en cuanto era posible, todos los ministerios á que desde su fundacion en 1540 se habia dedicado. Dióse un nuevo arreglo al colegio de cuya direccion se habia encargado, aunque conservando siempre los antiguos catedráticos, así por una justa y digna consideracion como por la carencia de profesores Jesuitas; y los nuevos novicios, llevando al frente á los dos respetabilísimos ancianos Castañiza y Canton, principiaron á desempeñar todos los ministerios de la Compañía de Jesus, ya en el templo de Loreto, confesando, predicando y haciendo el catecismo á los niños y gente ruda; ya asistiendo en las casas á los moribundos; ya visitando los hospitales y cárceles; ya en fin procurando limosnas para el socorro de los necesitados; llamando en todas estas diversas tareas la atencion pública, la modestia, la gravedad y el saber de aquellos sucesores de los apostólicos varones que contribuyeron tanto á civilizar á la América, y que fueron los padres de los indios en todos tiempos, especialmente en los recientes á la conquista.

Al peso de tantas fatigas, no pudo resistir el primer provincial padre José María de Castañiza, y muy pronto siguió al sepulcro al padre Antonio Barroso, que habia fallecido el 26 de Octubre del mismo año del restablecimiento. Muy pocas noticias hemos podido recoger de este ilustre varon, á cuya familia y á él mismo debió tanto la restablecida provincia mexicana; sin embargo, ellas son bastantes para que la posteridad conozca todo su mérito. Descendiente de una casa noble y poderosa de México donde nació á 24 de Mayo de 1744, lo abandonó todo por seguir la voz del Señor que lo llamaba á la vida religiosa. Tomó la sotana de la Compañía á 19 de Marzo de 1760, aun no cumplidos los 16 de su edad, y salió desterrado de su pais natal con todos sus hermanos en 1767.

Llegado á Roma, se le concedió por una gracia particular, el

(1) Bastante lo acreditan, no solo los diversos empleos que desempeñó con lucimiento en esta capital, sino sus sábios escritos, como el titulado *Quebranta huesos*, en que hizo tan brillante defensa de la religion contra los libelos de uno de los mas escandalosos impíos que ha visto México.

(2) *Biograph universell.* tom. 21, art. *Ignace de Loyola.*

grado de coadjutor espiritual, cuyos tres votos solemnes hizo en 1773, la víspera de la extincion de la órden por el breve de Clemente XIV. Reducido en virtud de él á la condicion de clérigo secular, continuó el mismo tenor de vida que habia aprendido en la religion, dedicándose especialmente al confesonario de monjas, tanto en Italia como en Cádiz, donde residió algun tiempo, y dió los mayores ejemplos de celo y caridad en el año de 1800, en que fué invadida la Andalucía de la fiebre amarilla (1). Pasó en seguida á su pátria en union del P. Canton su inseparable compañero, y lo edificante de su vida le adquirió el mismo aprecio que los mexicanos habian profesado á los ex-jesuitas Cavo, Franyuti, Maneiro (2) y Gonzalez, que habian regresado á su pais natal algunos años ántes, de los que unos habian muerto y otros estaban fuera de la capital (3). Los réditos de su cuantioso patrimonio le dieron ocasion de satisfacer su ardiente caridad. En Italia no solo empleó grandes sumas en el socorro de los pobres y sustento de sus hermanos, sino que fué uno de los mas insignes bienhechores del hospital de septuagenarios de Bolonia, en que murieron tantos de nuestros ilustres compatriotas, desterrados sin la menor forma de juicio por la arbitraria pragmática de Cárlos III. En

(1) En esta epidemia de que hace mencion Cretineau-Joly en su "Historia de la Compañía de Jesus," tom. 5.° cap. 6.°, entre los quince Jesuitas que murieron asistiendo á los apestados, se cuentan dos mexicanos, los padres Diego Iribarren y Francisco Tagle.

(2) De este ilustre Jesuita, célebre por sus grandes conocimientos y elegancia en la lengua latina, nos ha dado el Dr. Bereistain en su "Biblioteca" las siguientes noticias.—*P. Juan Luis Maneiro.* Nació en la ciudad y puerto de Veracruz á 22 de Febrero de 1744, y ántes de los quince años de edad tomó la sotana de la Compañía de Jesus en el noviciado de Tepozotlan, habiendo vestido ántes la beca del real colegio de S. Ildefonso. Instruido sólidamente en la piedad y en las letras humanas y sagradas, sin haber tenido tiempo para desplegar sus talentos en las cátedras y en los empleos de su religion, fué arrebatado á Italia con sus hermanos, y allí acabó de formarse un sábio completo por la estension y finura de sus conocimientos, y por el ejercicio de las virtudes cristianas y políticas. Volvió á esta América en 1799, y su pátria y la capital de la Nueva-España acabaron de conocerle mas por la fama de su modestia y doctrina, que por su conversacion y trato: tal fué el retiro en que vivió tres años, en los cuales sufrió todavía con serenidad cristiana los desaires de aquel antiguo espíritu antijesuítico, que ya hace ridículos á los hombres en una sociedad justa é ilustrada. Falleció en México á 16 de Noviembre de 1802, y su cuerpo fué enterrado con pompa y solemnidad por la provincia de S. Alberto de carmelitas descalzos, en la iglesia de su principal convento de S. Sebastian, donde se le erigió un sepulcro decoroso, con una inscripcion que formó el M. R. P. Provincial Fr. Antonio de S. Fermin."

(3) Como el P. Lorenzo Cavo, hermano del célebre P. Andrés, tambien Jesuita autor de "Los tres siglos de México," que imprimió en 1836 D. Cárlos Bustamante, y murió en Guadalajara ántes del restablecimiento; y el P. Miguel Gonzalez, que residia en Lagos todavía en 1820 ciego y en la avanzada edad de 85 años, aunque siempre infatigable en el ministerio del confesonario, y siempre reverenciado en aquella villa por sus virtudes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta capital se hizo respetable mucho mas por sus virtudes, que por su distinguido linage; y fué el auxilio general de todos los necesitados, y como se dijo ántes el grande recurso que previno la Providencia para la restauracion de su órden. Honrólo ésta con la profesion de cuatro votos que hizo en manos de su ilustrísimo hermano el señor obispo de Durango á 15 de Agosto de 1816, y murió con general sentimiento de los mexicanos en 24 de Noviembre del mismo año, de 72 y medio justos de su edad (1).

Esta sensible pérdida para la nueva provincia fué reemplazada muy pronto por la llegada del sábio padre Pedro José Marquez, natural de Leon, y famoso por las obras que escribió sobre arquitectura en Italia con tanto honor de los mexicanos (2), y el padre José Ignacio de Amaya, de Zacatecas (3), que llegaron de Europa en Octubre de 1817; la del Padre Juan María Corona, de Guadalajara, que habia ido á España á tomar la ropa de la Compañía, y la del hermano coadjutor Francisco Ravaná, natural de Sicilia, que prestó á la nueva provincia los mas importantes servicios en su clase. Aumentábase tambien el número de los novicios, y cada vez esperimentaba la capital mas y mas los felices efectos del celo de aquel nuevo plantel de religiosos. En todas partes se les admiraba; su sola presencia era un ejemplo de edificacion, y los lugares que frecuentaban adquirian notables mejoras en lo moral y en lo político. Colectaban limosnas para el hospital de los incurables, llamado de S. Lázaro, y no contentos con solo ese servicio, visitaban con frecuencia á los enfermos del asqueroso mal que allí se asiste. Desterraron de la cárcel, á que acudian una vez á la semana, los juramentos, blasfemias y palabras obscenas; y para destruir la ociosidad, madre de todos los vicios, establecieron en uno de sus calabozos telares para que trabajasen los reos, á donde llegaron á fabricarse cobertores de algodon, que nada tenian que envidiar á los mas finos que en su época venian de Europa. Dióse principio á las antiguas misiones cuadragesimales en las plazas, donde se reunia al pueblo por medio de una campanilla á oir la palabra de Dios y á instruirse en las obligaciones de cristianos: fundóse en la iglesia de Loreto en 1819, la congregacion del Sagrado Corazon de Jesus, agregada á la *Pia Union* de Roma, que aun existe, y ha sido madre de las muchas que se han establecido en la República; y fomentando con este eficaz medio la frecuencia de los sacramentos, y atra-

(1) "Elegia en la muerte del P. José María Castañiza, provincial de la Compañía de Jesus de México, por el capitan D. José María Ramirez."—Guadalajara. 1817.

(2) Falleció en México á 2 de Septiembre de 1820, de edad de cerca de 80 años.

(3) Falleció en el hospital de S. Pedro á principios del año de 1833, de 86 años de edad.

yendo á los fieles con la constancia en el confesonario y las muchas y magníficas funciones que hacian en su templo, á muy pronto se notó una general reforma de costumbres en la ciudad.

De casi todas las provincias de la llamada Nueva-España se solicitaba á los Jesuitas. Querétaro les ofreció á pocos meses de su restablecimiento sus antiguos colegios de San Ignacio y San Javier (1). En San Luis Potosí se les invitó con el suyo, y lo mismo en Leon, por la fundadora de la antigua residencia de esa ciudad, entónces villa. En Lagos, donde nunca habia habido Jesuitas, se les disponia un nuevo establecimiento. Durango, Puebla, Guadalajara y Oajaca, por conducto de sus ilustrísimos prelados, hacian la misma solicitud. Pero el cuerpo acababa de nacer: las circunstancias de la época no eran favorables á la venida de padres españoles; y por lo que toca á los estrangeros, la Europa entera ardia en los mismos deseos de propagar los establecimientos jesuíticos, y no era fácil conseguir misiones de las provincias restablecidas de Roma, Turin, Sicilia y otras. Era necesario esperar á que concluyesen su noviciado los sacerdotes ya formados que habian abrazado el instituto, para comenzar á satisfacer unos deseos tan general y sinceramente manifestados de toda la nacion.

A mediados de Junio de 1818 hicieron votos los primeros novicios que habian vestido la ropa dos años ántes; y habiendo ya quienes pudieran fundar nuevos establecimientos, no se titubeó en el lugar que debia servir de nuevo teatro á los trabajos de la recien nacida Compañía. Las tribus bárbaras conservaban aun fresca, despues de medio siglo, la memoria de sus antiguos padres y maestros, y desde el fondo de los bosques clamaban por los *padres prietos*, de quienes oian hacer los mayores elogios á sus antepasados, y era muy justo comenzar á sistemar las nuevas misiones desde un punto del que pudieran partir en lo sucesivo aquellos apóstoles, que marchando sobre las huellas de sus predecesores, debian reproducir los prodigios de celo y de saber que admiraron los siglos diez y siete y diez y ocho, y hoy mira con asombro el diez y nueve en la India y en los Estados-Unidos del Norte. Así es, que no obstante que en otras populosas poblaciones se solicitaba con el mayor empeño el restablecimiento de las casas de Jesuitas, se dió la preferencia á Durango, donde los pedia ardientemente su ilustrísimo obispo, a quien tan obligada estaba la Compañía de Jesus, y donde tan fácilmente podia establecerse la casa matriz de los futuros misioneros.

Para verificar esta fundacion, partió de México, por Marzo de 1819, en clase de superior, el padre Francisco Mendizabal, acom-

(1) En oficio firmado por su muy ilustre ayuntamiento, á 13 de Julio de 1816.

pañado del padre Juan Ignacio Lyon y un hermano coadjutor, los que verificaron su entrada en Durango el domingo de Ramos del mismo año, despues de un largo viage, en que habian recibido casi en todas partes los mayores obsequios y las mas sinceras muestras de estimacion. El restablecimiento en esta ciudad nos lo ha dejado descrito el citado padre Mendizábal, y creemos no desagradará á nuestros lectores oirlo de su misma boca, en carta dirigida al padre provincial Pedro Canton, que es como sigue:

"M. R. P. Pedro Canton.—Durango, Abril 12 de 1819.—Mi venerado padre provincial.—Diversas ocurrencias me han impedido escribir á V. R., despues de mi última firmada en Labor de Guadalupe, cinco leguas distante de esta ciudad; pero por fortuna en ella nada me quedó que decir relativo á los sucesos del camino, y puedo ahora ceñirme á describir la solemnidad con que entramos en Durango.—Ya dije á V. R. en mi anterior, que estábamos detenidos en la referida Labor, esperando que volviese el señor obispo, quien habiéndonos visto en uno de los curatos que visitaba, no quiso entrásemos primero, como que esto hubiera sido quitarle una gran parte del gusto que le causa cualquiera cosa nuestra. Llegó en efecto á la Labor S. S. I. cuando lo esperábamos; pero nos hizo detener todavia allí despues de su salida, con el fin de arreglar los pormenores de que se compuso un todo de solemnidad y de grandeza á nuestro recibimiento, que aunque absolutamente no puede entrar en paralelo con el de México, sí puede asegurarse haber sido proporcionalmente mas magnífico que aquel. Yo, temeroso de errar en alguna de tantas ceremonias como suelen ocurrir en semejantes casos, pedí á S. I. me pusiese por escrito hasta la última menudencia de lo que debiamos practicar; y accediendo á mi súplica, me dió oportunamente la instruccion á que nos arreglamos.—Conforme, pues, á los planes del señor obispo, venimos el domingo de Ramos á comer al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, distante un tercio de legua de Durango (permítame V. R. le participe el gusto que me causa la circunstancia de haber abierto y cerrado mi viage en la casa de mi dulce Madre la Santísima Vírgen de Guadalupe); donde estuvimos en compañia de los dos curas, el propietario y el coadjutor, y del Lic. Avila, mandado por el señor obispo, á efecto de que nos guiase. Luego que pasó la fiesta, llegó el coche del señor general brigadier D. Antonio Cordero, tirado de seis caballos, con doce dragones que servian al estribo, en el que debiamos llegar hasta la iglesia de Señora Santa Ana, como lo hicimos, para esperar á la ciudad que habia de conducirnos á la Catedral. Al momento que se avistó el coche, nos saludaron con repiques, y se presentó á la puerta un inmenso pueblo, que hacia impenetrable la iglesia, y que aumentándose cada instante mas, formó en la Catedral el concurso mas numeroso que se ha visto en ella, segun nos aseguraron gentes del pais.—La ciudad vino en efecto despues de algun tiempo con varias personas de la nobleza, que incorporó bajo sus mazas, y quizá para que fuésemos mas visibles, dejando atras todos los coches, volvió á pié con nosotros, puestos con inmediacion al regidor decano. Así caminamos todo el espacio, no corto, que hay desde Santa Ana hasta la Catedral, y en llegando á ella, nos saludó con un repique á vuelo, hizo salva la artillería de la plaza, y sonaba una buena música marcial. A la puerta de dicha santa iglesia nos recibió el cabildo eclesiástico, é introduciéndonos hasta el presbiterio, despues de adorar al Santísimo Sacramento, nos dirigimos á besar la mano al ilustrísimo señor obispo, que esperaba en su sitial, de capa magna y vestido con un adorno brillante.—Acabada esta ceremonia, y puestos en el distinguido asiento que se nos destinó, hizo el repetido señor obispo sacar el sitial al medio del presbiterio, donde pronunció un discurso, persuadiendo la utilidad de los Jesuitas y el gozo que los de Durango habian de tener en consecuencia por su vuelta á estas provincias: en seguida se cantó un solemne *Te Deum*, alternando el órgano y la orquesta, al que dió fin con las preces y oraciones de gracias el mismo ilustrísimo señor, y con esto concluyó lo esencial del recibimiento; pero nos faltaban todavía muchos obsequios que recibir y que me causan ternura.—Habiendo despedido en la puerta de la iglesia al muy ilustre ayuntamiento, salimos á las visitas de etiqueta, ocupando al efecto el coche del señor obispo el padre Lyon, acompañado de un capitular y un regidor, y el del señor general el hermano Hernandez conmigo, en compañía del señor magistral y el señor regidor decano. En esta forma fuimos primero á la casa del señor general, de la que salió á recibirnos hasta el estribo el mayor de la plaza, con otros que supongo serian sus ayudantes: en la sala, cubierta de sesenta ó mas oficiales, vestidos de gala, estaba dicho señor general tan de ceremonia, que no le faltaba ni el sombrero ni el bastou: al llegar nosotros á entrar por su puerta, saliendo S. Sría. un tanto de su asiento, nos dió los brazos á cada uno, y comenzó una alternativa de expresiones las mas corteses, pero las mas sinceras entre mí y este gefe, grande por todos aspectos: he dicho las mas sinceras, porque ni me cabe duda de la vehemencia con que ama á la Compañía, ni yo puedo hablar de su persona sin sentir vivas impresiones de cariño.—De esta casa pasamos al palacio episcopal, en donde S. S. I. nos recibió acompañado de varios capitulares en la sala de respeto y vestido de ceremonia tambien: aquí bajaron hasta el patio, para conducirnos, varios eclesiásticos

de su familia.—Seguimos á casa del señor intendente, cuya sala asimismo estaba bien preparada, y S. Sria. igualmente vestido con todo el uniforme para recibirnos en medio de un lucido acompañamiento de ámbos sexos, como que estaba tambien allí su esposa: nos hizo de la propia forma el obsequio de salir hasta la puerta de dicha sala á nuestra llegada y despedida: se expresaron ámbos consortes con mucha fineza; les correspondimos como era justo, y nos dirigimos á la casa que habitamos provisionalmente; y es un colegio erigido nuevamente por S. I. á semejanza del de Tepotzotlan con el nombre de San Luis Gonzaga (para que V. R. no se asuste, interrumpo, advirtiéndole que en el dia no habita fuera de nosotros mas que el rector, antiguo colega mio, y á quien repetidas veces le ha dicho el señor obispo que nosotros somos los que mandamos y no él). Esta casa, como que era destinada á nuestra habitacion, la encontramos graciosamente iluminada y con diversos adornos, entre ellos varias piezas literarias, cuya copia he pedido sin fruto hasta ahora.—Aquí nos recibieron al estribo el rector con varios clérigos de manteo y bonete, y un golpe de música, que aunque lo hubo tambien en las casas referidas á nuestra llegada y vuelta, siguió en ésta por mucho tiempo hasta haberse despedido la visita general de toda clase de personas que nos favorecieron.—En efecto, á poco tiempo de apeados, llegó el ilustrísimo señor obispo, casi inmediatamente el señor intendente en compañía del señor general (quien nos trajo y dejó la misma banda que habia usado como colegial del seminario de nobles de Madrid á cargo de nuestra Compañía). Despues de un rato de conversacion, nos llamaron á una sala, en que se sirvió un lucido refresco, bastante al concurso que he indicado y dispuesto al gusto de una corte: concluido este, se comenzaron á despedir, dejándonos libres á cosa de las diez de la noche; pero el señor obispo, que ni queria faltar á la órden de V. R., ni omitir cosa alguna de obsequio, determinó venir á comer con nosotros el dia siguiente, á estilo de colegial de San Ildefonso, los que acostumbran convidar á comer en sus cuartos; pero el convidado ha de llevar su comida: así fué, que de cuenta de S. I. se sirvió un banquete magnífico en este colegio de San Luis, presidiendo la mesa este grande y amante prelado nuestro. No debo omitir que en las diversas ocasiones que pasamos por la Catedral la tarde de nuestra llegada, por ser tránsito para las casas sobredichas, repicó siempre sin mas razon que la de avistarnos: lo mismo hicieron los religiosos franciscanos, por cuya iglesia pasamos bien distantes. Finalmente, como todos estaban de acuerdo en hacer lo que cada uno tocaba á nuestro obsequio, nada se omitió de lo que pudo hacerse; pero es preciso dar la preferencia á los señores obispo y general: del primero, nada necesito decir; pero del segundo, me es forzoso dar á entender á V. R. cuánto nos ama, y sin salir de las demostraciones

mas visibles, añadir á lo ya dicho, que publicó un bando, ordenando se hiciese pública iluminacion las noches de víspera y dia de nuestra entrada, como se cumplió, que aun estando nosotros en el rancho de San Agustin, nos fué á visitar; y que entendiendo que el señor obispo no era de parecer que hiciese salva la artillería, le mandó decir con fingido enojo de amigos, que S. I. mandaria en su iglesia, y S. Sria. en la plaza, por lo que habia de hacer cuanto quisiera.—No hay mas tiempo que para saludar á todos nuestros RR. PP. y HH. y encomendarme en sus oraciones y sacrificios.—Siervo en J. C. de V. R.—Jhs.—*Francisco Mendizábal.*"

Desde luego conocieron los durangueños el bien espiritual que les habia venido con los Jesuitas. A pesar de ser únicamente dos los sacerdotes, y aun ántes de que los padres Montúfar y Traslosheros y otro hermano coadjutor, fuesen á aumentar su número el año siguiente de 1820, se practicaban proporcionalmente los mismos ministerios que en México, de visitar la cárcel y hospital, esplicar la doctrina á los niños y gente ruda, sin contar los frecuentes sermones y el asiduo confesonario en la iglesia. Estableciόse igualmente la congregacion de la *Pia Union*, y toda la ciudad estaba no ménos asombrada de los trabajos de los Jesuitas, que edificada de sus virtudes.

Ni podia ser ménos, cuando el alma de ese colegio era un hombre como el padre Francisco Mendizábal, sugeto tan recomendable por sus virtudes, su saber, amabilidad y demas apreciabilísimas prendas, y cuya perdida hasta hoy lamentan sus innumerables amigos. Por las siguientes noticias de su vida, podrán inferir nuestros lectores todos los tamaños del nuevo rector.

Nació el padre Mendizábal en San Luis Potosí el 16 de Agosto de 1785, de una familia principal y muy conocida por su piedad cristiana. Su virtuoso padre dió á sus hijos una educacion muy esmerada, y bien se vieron los frutos de su diligencia en la estimacion que se merecieron y cargos que desempeñaron los señores Dr. D. Pedro, que fué el mayor, sugeto bien conocido en México; el Dr. D. Luis, canónigo doctoral que fué de Puebla, y nuestro padre Francisco, el menor de todos. De edad muy corta pasó á México, en cuyo seminario conciliar estudió con bastante aprovechamiento gramática y filosofia, y despues jurisprudencia en el de San Ildefonso. Concluidos sus estudios, recibió el grado de licenciado en la universidad y en el colegio de abogados, habiéndose hecho muy distinguido en el foro en las pocas causas que defendió. Dedicóse de preferencia al estudio de la teología moral y de los cánones que enseñó algunos años en San Ildefonso, con tal edactitud en el cumplimiento de sus obligaciones, que llegó á ser proverbial entre los alumnos del colegio, y que puede decirse que constituyó su carácter distintivo en todas las cosas. Aunque de unas costumbres muy

austeras, no era nada tétrico ni afectado en sus maneras. Su genio era festivo, su conversacion amena, grande su instruccion en las bellas letras y de una suma aficion á la música, que no aunque aprendió por principios, su oido finísimo le facilitaba tomar de memoria aun los pasajes mas complicados, de modo que cantando con inteligentes, nadie podia conocer que ignoraba el arte. Tan luego como se restableció la Compañía, fué uno de los primeros que abrazaron el instituto, y que mas se amoldaron á su espíritu, tanto que no solo mereció el puesto de superior de la primera fundacion que se hizo, segun hemos visto, sino que por una particular dispensa del general de la órden, se le concedió hacer la profesion solemne de cuarto voto el dia 8 de Diciembre de 1820. Suprimida nuevamente la Compañía en el siguiente, volvió á esta capital, donde en el empleo de capellan de las religiosas capuchinas, siempre constante en el espíritu de su vocacion, fué objeto de la edificacion pública y del aprecio de cuantos lo trataron. Murió con general sentimiento el dia 20 de Mayo de 1841, dia de la Ascension del Señor, en punto de las tres de la tarde, despues de haber impreso una elocuente y respetuosa representacion á las cámaras á favor de su religion, de 56 años 8 meses y 24 dias de edad.

Las prendas de los otros padres no desdecian de las de su superior. Todo México es testigo de la irreprensible conducta y asiduidad en el confesonario del padre Juan Ignacio Lyon, actual capellan de las Capuchinas; y aun se recuerdan las virtudes, especialmente la humildad del padre Cipriano Montúfar, que falleció de cura de San Antonio Tomatlan; y el amor á su vocacion del padre Luis Traslosheros, natural de Puebla, que despues de suprimida la Compañía en la República, abandonando su patria y comodidades, pasó á Roma, donde murió edificantemente en el noviciado de San Andres, á los tres ó cuatro meses de su nueva entrada en la religion.

A la fundacion de Durango siguió la de Puebla, cuya descripcion tomarémos igualmente de unos apuntes formados por el padre Ignacio María Lerdo de Tejada, que fué quien pasó á hacerla á aquella ciudad, y que así, como el padre Mendizábal, refiere con la mayor sinceridad unos hechos de que aun se conserva la tradicion entre los poblanos. Dice así:

"En virtud de las dos representaciones que el M. I. Ayuntamiento de dicha ciudad hizo ante el Exmo. Sr. virey de esta N. E., D. Juan Ruiz de Apodaca, la primera en 8 de Noviembre de 1817 y la segunda en 27 de Agosto de 1819, se formó espediente sobre el restablecimiento de la Compañía en ella, y corridos todos los trámites que pedia el negocio, por fin la real junta de este ramo, erigida este último año en México, expidió su decreto en 4 de Noviembre del mismo, accediendo á la solicitud de la

novilísima ciudad; y en 22 del citado mes se dirigieron los oficios de ruego y encargo, y de órden respectivamente al Exmo. Sr. gobernador intendente D. Ciriaco de Llano, al Illmo. Sr. obispo D. Antonio Joaquin Perez, al M. I. Ayuntamiento, al comisionado del ramo de temporalidades D. Domingo Usabiaga, y al rector de los colegios reunidos con el nombre de Carolino, á fin de que á los padres de la Compañía que habia prometido enviar nuestro padre provincial Pedro Canton, les entregasen los colegios, iglesias y casas que antiguamente habia poseido la Compañía en dicha ciudad, con todas las fincas, derechos y acciones que les estaban anexas, y les podian pertenecer.

"En consecuencia, el dia 15 de Diciembre de dicho año (1819) octava de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora, salieron de México para hacer esta fundacion ó restablecimiento tres sacerdotes y dos coadjutores, que fueron el padre Ignacio María Lerdo, de superior; el padre Basilio Arrillaga y el padre Ignacio José Gonzalez, novicio; y los HH. Juan Pablo Ortega y Severo Mesa, novicios. Todos los cuales hicieron felizmente su viaje, en tres dias hasta la hacienda de San Isidro, donde pararon la noche del dia 17; y habiendo recibido allí el aviso del Illmo. Sr. obispo para que al dia siguiente á las nueve de la mañana entrasen en la ciudad, se dispusieron á ello, saliendo de dicha hacienda á las seis. Apenas habian andado una legua, cuando les salió al encuentro el Sr. comandante de los dragones voluntarios de Cholula D. Calixto Gonzalez, á la cabeza de un escuadron bien vestido; y luego que se acercó, saludó y habló al padre superior, manifestándole la órden que tenia del Exmo. Sr. gobernador para salirles á recibir en aquella forma, para prestarles todo auxilio aun en la conduccion de cargas, y para acompañarles hasta la garita. Se le respondió con las gracias debidas, y haciendo los dragones varias demostraciones de obsequio en vivas, y en echar pié á tierra para besar á los padres la mano, montados otra vez, se pusieron delante cuatro batidores, el comandante enmedio de los dos padres mas antiguos, y detras marchaban los demas dragones bien formados; y así los vinieron acompañando hasta la entrada. Pero una legua ántes de llegar, ya se empezó á juntar la gente que de la ciudad salia, ya en coches, ya á caballo y ya á pie, de modo que cuando avistaron la garita, venian rodeados de un inmenso gentío. Al llegar á este punto, el Exmo. Sr. gobernador intendente D. Ciriaco de Llano, y el Illmo. Sr. obispo D. Antonio Joaquin Perez Martinez, bajaron de sus respectivos coches, y los padres dejaron tambien sus mulas; y andando unos y otros entre un tropel confuso de gentes de todas clases, llegaron á encontrarse en el mismo camino, y entónces el padre superior, haciendo primero vénia á ámbos señores, se

arrodilló para besar á S. Illma. el anillo, y levantado le abrazó y dijo algunas pocas palabras, y miéntras sus compañeros hacian lo mismo, se dirigió al Sr. Exmo., y saludándole, le dió las gracias por esta obra, debida á su autoridad y proteccion. En seguida presentó á ámbos señores los oficios respectivos que nuestro padre provincial Pedro Canton remitia á cada uno; y esto hecho, pasaron todos á la habitacion del guarda de la garita, donde inmediatamente entraron á cumplimentar á los padres, primero, la diputacion del cabildo eclesiástico, compuesta del Sr. chantre, D. Juan Nepomuceno Santa Olalla, y del prebendado Dr. D. José Couto; y despues la del cabildo secular, compuesta de los Sres. D. José Gonzalez, regidor, D. Vicente Escurdia, regidor, y D. Juan Nepomuceno Estévez Rabanillo, síndico del comun. La cual ceremonia, concluida, salieron todos los señores de aquella habitacion, para ir á tomar los coches; y al salir, llegó á hacer el mismo cumplido la diputacion del colegio Carolino, compuesta de su rector el Dr. D. José María Zapata y dos colegiales catedráticos: se dirigieron despues todos hácia los coches, llevando consigo el señor general al padre superior, el Sr. obispo al padre Arrillaga y otros señores de la ciudad al otro padre y á los hermanos. Empezaron luego á caminar para la ciudad los coches todos del concurso, que por la cuenta de un curioso pasaban de ciento y veinte, y al fin de todos venian los que conducian los padres. En esta forma llegaron á entrar por las calles rodeados por todas partes de multitud de gentes, que prorrumpian en voces de aclamacion, y con mil modos diferentes manifestaban un regocijo extraordinario: las calles de todo el tránsito estaban vistosamente adornadas con colgaduras y con arcos de enramada y flores: se oia ademas entre el confuso ruido y algazara de los concurrentes, un continuado estruendo de cohetes y otros géneros de fuegos: las campanas de todas las iglesias de la carrera concurrian á hacer mas ruidosa la marcha; y entre las flores que frecuentemente arrojaban desde los balcones sobre los coches, llegaron por fin los padres á la iglesia de la Santísima Trinidad, donde habia dispuesto el Sr. Illmo. que se apeasen, como lo hicieron, con todos los demas sugetos de la comitiva. Entraron en el templo hasta el altar mayor por medio de un concurso que sola la violencia de los soldados podia obligar á que permitiesen el paso. Las RR. MM. cantaban entre tanto un *Te-Deum*, que por el murmullo de la gente apenas se podia percibir; y ántes de que se acabase, salieron como en procesion, caminando á pié al lado de los mencionados Sres. Exmo. gobernador, Ilustrísimo obispo y demas de ámbos cabildos, desde allí hasta esta iglesia del Espíritu Santo, á la cual entraron como á once de la mañana. Estaba en ella manifiesto el Santísimo

en el altar mayor, y ocupando su nicho principal nuestro santo padre San Ignacio con estandarte en mano. El presbiterio estaba muy adornado y ocupado por el M. V. cabildo de esta santa iglesia Catedral, y muchos individuos del clero; y al lado del Evangelio estaba colocado el dosel y sitial que ocupó el Illmo. Sr. obispo, poniendo á su lado á los padres, teniendo el rector la derecha. El mismo lado ocupaba en el cuerpo de la iglesia el Exmo. Sr. gobernador intendente á la cabeza del M. I. Ayuntamiento, y en frente se colocó el colegio. Los prelados de todas las religiones, que para esto habian sido especialmente convidados, estaban repartidos por las bancas de uno y otro lado; y el ámbito todo de la iglesia se veia lleno con una multitud lucida de pueblo de todas gerarquías. Luego que el Sr. Illmo. ocupó su lugar, el Sr. Lic. D. José María Troncoso, cura del Sagrario, que vestido de capa pluvial habia salido hasta la puerta á dar el agua bendita á S. I., puesto ya al pié del altar mayor, entonó el *Te-Deum*, que siguió cantando á todo golpe de música la orquesta de la Catedral, que ocupaba el coro y quiso hacer gratuitamente este obsequio. Acabado el *Te-Deum* y reservado el Santísimo, el Illmo. Sr. obispo, saliendo de su lugar á ponerse delante del sitial, dirigió la palabra al padre rector, felicitándole á su nombre y de todo el pueblo por la llegada suya y de sus compañeros, y congratulándose por serle ya concedido lo que tanto habia deseado, que era el entregar y dar posesion, como efectivamente la daba de este templo de la Compañía á sus hijos y antiguos poseedores. Mandó al padre rector para demostracion de esta entrega, que tomase asiento en un sillon que allí estaba; y habiéndole tomado y levantádose al punto, respondió en breves palabras al Sr. Illmo., dándole gracias por el favor con que acababa de honrar á la Compañía, por lo mucho que hasta entónces habia trabajado hasta conseguir este restablecimiento, y por las públicas demostraciones de regocijo con que toda la ciudad se habia esmerado en celebrar y hacer festiva su entrada; y manifestando la debida gratitud que conservaria siempre la Compañía hácia un pueblo, de quien acababa de recibir tan extraordinarios obsequios, prometiendo asimismo que para corresponder á tanta honra y para llenar la nueva obligacion que le imponia, cuidaria siempre de trabajar conforme á su instituto en beneficio de un público tan acreedor á todas sus atenciones. En seguida, ámbos Sres. Illmo. y Exmo. tomando á su lado á los padres, se encaminaron al colegio, saliendo de la iglesia por su puerta principal; y habiendo subido á él precedidos de la comunidad que vestia de beca, los recibió en la puerta de la calle, colocados todos en pié en la sala rectoral, el Sr. obispo, delante del rector precedente y de todos los colegiales, dió al dicho padre rec-

tor posesion del colegio á nombre de S. M., como lo habia hecho en la iglesia, mandándole tomar el asiento preferente. Correspondió el rector con expresiones de agradecimiento como ántes, y reconocido por tal de todos los presentes, se siguieron los parabienes y abrazos de congratulacion; los que concluidos, despidiéndose los Sres. gobernador y obispo, fueron acompañados hasta la puerta de la calle, por los padres y todo el colegio. Inmediatamente en un coche que prestó el Sr. rector Zapata, fueron cuatro de los padres á hacer la visita de ceremonia, primero al Exmo. Sr. gobernador y despues al Illmo. Sr. obispo; y venidos á casa, se siguió luego un espléndido banquete con que dicho rector Zapata quiso obsequiar á los nuevos superiores del colegio, y al que asistieron los Sres. diputados de ámbos cabildos, que habian salido al recibimiento, algunos otros sugetos del clero y la nobleza, y todos los empleados superiores de la casa. La tarde se pasó descansando, y por la noche se iluminó graciosamente la fachada del colegio con multitud de luces, que bien colocadas y distribuidas en varias figuras, hermoseaban y dejaban leer varias composiciones poéticas, castellanas y latinas, que se habian formado al intento; y puestas en tarjetones, manifestaban al pueblo el júbilo del colegio por el suceso del dia, contribuyendo á lo mismo el golpe de música militar, que desde el balcon de la misma fachada, con pequeños intervalos, aumentaba el regocijo y alegría del inmenso concurso de gentes, que á disfrutar de este espectáculo concurria incesantemente, hasta la hora de las diez de la noche en que se dió fin á todo."

El celo de los Jesuitas y su laboriosidad á favor del público, brillaron todavía mas que en la ciudad de Durango, y hasta cierto punto aun mas que en México; porque no solamente se dedicaron á desempeñar los ministerios de asistencia de cárceles y hospitales, catecismos y sermones en su iglesia del Espíritu Santo, fundacion y propagacion de la congregacion de la ya mencionada *Pia Union;* al principio, únicamente los tres citados sacerdotes, y despues auxiliados por otro, sino que encargados de la direccion del colegio, puede decirse que en él comenzó la enseñanza jesuítica, encargándose el padre Dr. Ignacio María Lerdo de la cátedra de prima de Teología, y el P. Dr. Arrillaga de la de cánones; y ademas se estableció cada semana el acto literario llamado *Sabatina*, presidido alternativamente por uno de los padres. Puede decirse, pues, que en México trabajaban no poco los Jesuitas que entónces moraban en la capital, que en Durango se habia doblado el trabajo, á proporcion del escaso número de operarios; pero que ni en una ni en otra parte se llegaba á todo lo que se fatigaban los de Puebla, pues á mas de los ministerios referidos, continuamente eran solicitados

en el confesonario, así en la iglesia como en las casas de los enfermos, que casi todos deseaban morir en sus manos, lo que no era de pequeño trabajo en esa populosa ciudad.

En ella misma dieron los nuevos Jesuitas otra prueba de su amor á las sagradas religiones, pues aun suspendiendo sus particulares ejercicios públicos, cedieron su magnífico templo á los RR. PP. del colegio de *Propaganda* de Orizaba, de la órden del seráfico padre S. Francisco, para que hicieran sus misiones, con tanta cortesía y caridad fraternal, que habiendo ocurrido la semana santa del año de 1820, durante ellas, se les cedió el altar en los oficios de los últimos tres dias, asistiendo los Jesuitas como simples particulares, y aun recibiendo el juéves santo la sagrada comunion de mano del presidente de dicha comunidad de misioneros, el M. R. P. Fr. Francisco Búrgos, á quien ademas se le puso la llave del monumento, distincion en nuestro pais que solo se concede á los fundadores de las iglesias, ó á bienhechores de alta categoría.

Así marchaba la nueva provincia mexicana protejida de las autoridades eclesiásticas y seculares; estimada de los pueblos; respetada de sus mismos émulos y mal querientes, que aun en esa época la veian de reojo; y saludada por toda la América como el iris de paz que le anunciaba una era de felicidad, despues de las grandes calamidades que le habian sobrevenido durante once años. Los nuevos hijos de Ignacio de Loyola, cuyo número crecia cada dia mas, hasta llegar en el año de 1820, al de 39, sin contar los seis que aun sobrevivian en Roma, restos de la antigua expatriacion de 1767, eran en las tres ciudades en que residian, objeto del respeto y edificacion pública. Su sola vista en las calles contenia las riñas, las disputas, las palabras torpes, los juramentos y blasfemias. Sus iglesias eran las mas frecuentadas. Sus colegios iban tomando aquel tono de seriedad y antigua educacion literaria y civil que admiraron nuestros mayores. En los hospitales se les veia desempeñar los oficios mas asquerosos á los pobres enfermos, á los que despues consolaban y prestaban dulces consuelos. Su asistencia en las cárceles era de la mayor eficacia para la reforma de las costumbres de la gente perdida que las habita, y la predicacion frecuente de la divina palabra en ellas, hacia no pocas conversiones. Los niños y gente ruda eran instruidos en las obligaciones de cristiano, no solo los domingos en el templo, sino en la cuaresma en las plazas públicas; de manera que ya por la edificacion de su porte, ya por el recuerdo de sus antecesores, ó ya por los pequeños dones piadosos con que atraian al pueblo, se conseguia el que acudiesen á sus piés en aquel santo tiempo para cumplir el precepto eclesiástico de la confesion, y no en pequeño número, pues como debe constar todavía en el Sagrario de esta capital, hubo año en que se repartieron entre los que se confesaron en la iglesia de Nuestra Señora de Lo-

reto el inmenso de cédulas que contiene una resma de papel. En dos palabras, puede decirse que si la antigua Compañía de Jesus fué un astro luminoso para nuestra patria por cerca de dos siglos; la restablecida en 1816, si por su reducido número de sugetos, y cortísimo espacio de su duracion, no pudo ponerse en paralelo con aquella, muy bien puede compararse á un brillante meteoro que solo apareció para dar á conocer todo el mérito del instituto de Loyola, y las ventajas todas que debian resultar á la nacion, de establecerlo, protejerlo y ampararlo, cuando llegase á ocupar un rango entre las de todo el globo, como lo reconocieron por sus Carrolls, Niales y Molineux los Estados-Unidos del Norte, nuestros vecinos.

Asi en efecto lo reconoció toda ella; pues tan luego como tronó la tempestad sobre los hijos de S. Ignacio en las córtes españolas de 1820, y se tuvo aquí noticia del decreto que la suprimia nuevamente en todos los dominios del rey de España, la imprenta libre, establecida ya entre nosotros, tomó vigorosamente su defensa; debiéndose notar que ó fuese maquiavelismo de sus adversarios, ó respeto á la opinion pública, ó temor de que mil voces los hubieran confundido con los hechos que todos tenian á la vista, ninguno se atrevió entónces á tildar en lo mas mínimo á los Jesuitas mexicanos, ni aun en la multitud de papeles con que ha sido atacado el cuerpo posteriormente, se les ha imputado delito alguno personal, contentándose con denigrarlos con los trillados lugares comunes, los gastados argumentos y las añejas y desacreditadas imputaciones, á que cuando ménos podian responder los actuales Jesuitas lo que el cordero de la fábula al lobo que buscaba pretestos para devorarlo: "Aun no era yo nacido: *equidem natus non eram.*"

Decimos que el maquiavelismo de sus adversarios, pues como es público y lo dejó escrito uno de los primeros patriarcas de la Independencia, el Dr. Mier: esta nueva persecucion de los Jesuitas, tan amados de los mexicanos, fué la que acabó de separar los ánimos de éstos hácia un gobierno que tan poco respetaba los objetos de sus afecciones; y así lo vaticinó uno de los mismos diputados en las córtes españolas, oponiéndose á que el decreto se hiciese estensivo á las Américas.

De aquí resultó que aunque entre los promovedores de la revolucion se contaban no pocos enemigos de los Jesuitas, se guardaron de esternar una opinion que en tan gran manera perjudicaba á sus miras, y ántes bien lamentaban hipócritamente su pérdida, la inculcaban al pueblo, se la presentaban como un innegable argumento de la arbitrariedad del gobierno español; y ofreciéndole remediar ese mal, se hacian por todas partes prosélitos.

¿Y qué probaba esta conducta, sino que la opinion pública era en un todo favorable á los Jesuitas? ¿Se habria hecho tanto mérito de su destruccion, si hubiesen sido vistos siquiera con indiferencia? Si

todos los mexicanos no hubieran estado convencidos plenamente de la santidad del instituto, de la utilidad de los servicios y de lo irreprensible de las costumbres de los hijos be Loyola, ¿sus corazones se habrian conmovido tanto por la nueva ley que los arrancaba de sus casas? Hoy no ha faltado quien con impudente descaro la haya invocado en contra del restablecimiento de la Compañía de Jesus por los congresos; y á fé nuestra que no se habria atrevido a hablar de esta manera en esa época, sin pasar el papel no solo de un temerario, sino de un enemigo de la pátria, que osaba insultar su buen sentido y defender lo que toda la nacion reprobaba y no habia obedecido sino por la fuerza.

Mucho ménos hubieran osado publicar esa multitud de infames y sacrílegos escritos contra los Jesuitas, como los que hemos visto imprimir en nuestros dias en los periódicos. Los mexicanos de esa época los habrian visto con el debido horror, como atentatorios no solo á una religion aprobada por la Iglesia, sino á esta misma, á la cual si el instituto era pernicioso, se le hacia el mayor agravio, y aun se le negaba su infalibilidad en materias de doctrina, como son las que se versan en la aprobacion de las reglas de las religiones; y si los delitos personales del cuerpo eran cuales ellos afirmaban, se le hacia no menor injuria en hacerla cómplice de los mismos, y nada ménos que por el espacio de casi trescientos años. Por otra parte, la calumnia ha logrado persuadir á los pueblos que la Compañía de Jesus es una reunion de hombres corrompidos en sus máximas, extraviados en sus creencias, ambiciosos, revolucionarios, seductores, ladrones y asesinos; y entónces los pueblos acababan de ver por sus mismos ojos, que eran unos sacerdotes ejemplares en su conducta, maestros de una sana moral, ortodoxos en sus principios, obedientes á las autoridades, humildes, mansos y desinteresados.

Así en efecto lo predicaban voz en cuello los papeles que en su apología se publicaron en esta capital y en Puebla, sin que ninguno se atreviese á desmentir sus asertos. Uno de ellos (1) decia: "Capitales de México, de Puebla y de Nueva Vizcaya, únicas que lograis la felicidad de poseer en vuestro seno, aunque en corto número, á estos infatigables, utilísimos ministros: decid si sois testigos de su beneficencia, de su caridad, de su celo apostólico y de su ejemplarísima conducta. Colegios de S. Ildefonso en México, y del Espíritu Santo en Puebla, decid; ¿si vuestros maestros os enseñan otras máximas, si os conducen por otros caminos, que los justos de vuestra ilustracion. ¡Ah! yo sé muy bien que vuestros votos son conformes con el mio, porque me los habeis comunicado; y ojalá que yo tuviese la elocuencia necesaria para explicarme en esta materia con la energía que ella merece....." Otro publica-

(1) "Justo reclamo de la América á las córtes de la nacion."—México 1820.

do en Puebla, en el mismo año (1), no solo convenia en los elogios hechos á los Jesuitas, confirmando la opinion del anterior, de que el instituto de la Compañía es enseñar teórica y prácticamente las virtudes cristianas, y que este dulce manantial se obstruyó en otro tiempo desgraciado con el esfuerzo del filosofismo, sino que demostró de una manera victoriosa que aquella ley dada en las córtes españolas no podia tener tal carácter en la América, entre otras poderosas razones, por la ausencia en ellas de sus legítimos y suficientes representantes, segun el tenor de la misma constitucion española. Otro.... pero ¿para qué cansarse en referir lo que unánimemente decian todos los habitantes de la República? Bastante número de testigos aun sobreviven de cuanto decimos; y sobre todo, como ya lo hemos observado, el decreto de destruccion de los Jesuitas fué el que dió impulso á la revolucion, haciendo abrazar el partido de la independencia á cuantos se habian negado hasta allí á contribuir á ella solo por motivos políticos.

En una palabra, la opinion de los mexicanos á favor de la Compañía de Jesus, era tan general y pronunciada, que para gloria nuestra debemos conservar á la posteridad la noticia de que el grande apologista que tuvieron los nuevos Jesuitas en las córtes españolas, fué americano. Escúchese el voto del señor conde de Maulé, que es el diputado de quien acabamos de hablar:

"Reunida dice la comision de legislacion á la especial de hacienda, para tratar de un espediente promovido por el ayuntamiento de esta heróica villa, que pide la reposicion de los canónigos en la iglesia de S. Isidro, de donde fueron despojados de real órden, para el restablecimiento de los Jesuitas; he reservado mi voto para presentarlo al congreso, como lo hago, en el acto que las comisiones espresadas dan cuenta con su informe.

"El hecho se presenta como infraccion de las antiguas leyes del reino, que prescriben ciertas formalidades en la introduccion y establecimiento de cualquiera instituto religioso en España. Por no entrar en una materia tan vasta y tan complicada, solamente diré que no se trató de establecer un nuevo instituto, sino de restablecerlo en el uso de sus propiedades, llamando para esto el rey á los antiguos regulares que debian reunirse en estas sus antiguas casas para formar la Compañía de Jesus, entrar en el uso de sus funciones y hacerse cargo de la educacion de la juventud en España, de la cual S. M. concebia las mayores ventajas.

"Si este restablecimiento no ha sido en Madrid con todas las formalidades que expone el informe de las comisiones, las córtes lo declararán, y aun podrán suplir cualquiera informalidad. Mas en el caso que el congreso se determinara á que desocupasen los regulares de la Compañía su colegio imperial para colocar en él á los canónigos de S. Isidro, se podria trasladar á los primeros al noviciado ó casa profesa, mientras se determinaba otra cosa.

(1) "Defensa de los padres Jesuitas por los poblanos."

"Las comisiones, cuando parece que debieran concretarse á este solo punto del despojo de los canónigos de que trata el espediento del ayuntamiento, observo que se estienden inmensamente hasta pedir la absoluta y total abolicion de la Compañía de Jesus en España; ella se halla restablecida en Manresa, en Valencia, en Sevilla, en Trigueros, en Cádiz, y en América en México. Por hablar del pais de mi domicilio, diré que en Cádiz llegaron á reunir los Jesuitas mas de seiscientos discípulos diariamente, á los cuales enseñaban *gratis* los primeros rudimentos, y eran tan ministeriales en la asistencia á bien morir, confesonario etc., que manifestaban ser hijos dignos de su santo patriarca español. Lo cierto es que en dicha ciudad todos los sacerdotes que habia en el colegio, incluso el rector, por cumplir con su ministerio, murieron en la epidemia del año pasado de 1819. En Sevilla, Valencia y demas paises se observa en ellos igual fervor. De México escriben con entusiasmo de los progresos que hace la Compañía de Jesus. De Quito los llaman y aun han consignado una suma en Cádiz para el caso de su traslacion. Todo esto lo espongo en la sábia consideracion de las córtes, para que reflexionen cuánto se sentiria, así en la Península como en Ultramar, la abolicion que se propone por las comisiones reunidas. La mirarian como una nueva persecucion; ¿y quién sabe hasta donde se estenderian sus juicios? Sin entrar en comparaciones odiosas, todos conocen que esta congregacion es una de las mas útiles á la nacion, por las atenciones que abraza su instituto así en lo espiritual como en lo civil, siendo el descanso de los buenos padres de familia en la primera educacion que dan á sus hijos; al paso que pesa poco ó nada sobre el estado, pues ni pide limosna ni solicita otros edificios que los residuos que han quedado sin enagenarse, de sus antiguas temporalidades.

"En esta inteligencia, y reduciéndome al espediente del ayuntamiento, mi voto es, que conciliando las córtes el modo de reparar su queja á los canónigos de S. Isidro, respecto de las informalidades con que parece tomaron posesion los PP. Jesuitas, se les reponga en el lugar que ocupaban, trasladando á dichos padres á la casa profesa, ó como las córtes lo estimen conveniente. Madrid, Agosto 10 de 1820" (1).

No solo se hizo oir la voz de la razon en las córtes españoles, sino que tan luego como la santidad del Sr. Pio VII tuvo noticia del decreto de supresion que por fin llegó á sancionarse, dirigió un breve al rey de España Fernando VII, en el cual con sentidas quejas le manifiesta su dolor por aquella nueva persecucion que sufrian los

Impreso en México el mismo año.

Jesuitas; pieza que así como los reales decretos que hemos insertado arriba, demuestran el descaro con que se trató de engañar á los pueblos, queriéndoles persuadir que la pragmática sancion de Cárlos III, en que se mandó observar el breve de Clemente XIV, no habia sido derogado, por estar vigente en la curia romana; y por consiguiente que le habian faltado las formalidades necesarias. Escuchémoslo, y su lectura nos confirmará mas y mas la mala fé que siempre se observa con los Jesuitas. Dice así:

"Pio VII, á nuestro amado hijo el católico rey de las Españas.—Carísimo: no queriendo retardar la contestacion á la carta particular de V. M. en la que con fecha de 17 de Agosto me participa que las córtes han resuelto la extincion de la Compañía de Jesus en todos sus dominios, tomando las oportunas medidas para proveer á la decente manutencion de los individuos comprendidos en la antedicha resolucion: Nos, que sin mérito alguno hemos sido colocados por la divina misericordia, sobre la cátedra de la verdad, y que hacemos en la tierra las veces de aquel Dios que es la verdad por esencia, no podemos hablar con nadie y especialmente con el rey católico que siempre nos ha sido muy caro, otro lenguaje que el de la verdad. Usando, pues, de él con apostólica libertad, os decimos, que persuadidos de las grandes ventajas que la religion y la sociedad sacarian de los desvelos de los Jesuitas, no hemos podido saber sin un vivo disgusto la noticia que nos da V. M. de su extincion.

"El ejercicio continuo de las prácticas religiosas promovidas con un celo inagotable, la eficacia de sus buenos ejemplos para encaminar por la senda de la verdad, sus infatigables desvelos para la educacion moral y literaria que han arrancado elogios de la boca de sus mismos enemigos, el espíritu de caridad que abraza, el socorro de toda clase de personas y que tan particularmente distingue á la Compañía de Jesus, son para nosotros tantos motivos de un justo pesar al verla excluida de los dominios de un rey católico. Nos demasiado hemos debido reconocer en este hecho uno de aquellos golpes contra lo que esperábamos, y que con tanto dolor de nuestro corazon vemos se dan ahora con tanta frecuencia en ese reino á las cosas de la Iglesia. Nuestro corazon no puede dejar de dar los mas profundos suspiros al considerar que aquella gloriosa nacion que en los tiempos pasados ha sido nuestro consuelo, va á ser para Nos un manantial de inquietudes. Conocemos los religiosos sentimientos de V. M., el filial y sincero afecto que nos profesa; y por esto sentimos toda la amargura del disgusto que esta nuestra carta causará á su bello corazon. Empero próximos á dar al soberano Juez una estrechísima cuenta de todas nuestras operaciones, no quisiéramos ser reconvenidos ni castigados por haber callado á V. M. los peligros que vemos amenazan á esa ínclita nacion en las cosas de la religion y de la Iglesia.

"Un torrente de libros muy perniciosos innunda á la España con daño de la religion y de las buenas costumbres; se empieza ya á buscar pretesto para disminuir y envilecer al clero; los clérigos que forman la esperanza de la Iglesia, y los legos consagrados á Dios en el claustro con votos solemnes, se ven sujetos al servicio militar; se viola la inmunidad sagrada de las personas eclesiásticas; se atenta á la clausura de las vírgenes sagradas; se trata de la total abolicion de diezmos; se busca prescindir de la autoridad de la Santa Sede, en los objetos que dependen de ella; en una palabra se causan contínuas heridas á la disciplina eclesiástica y á las máximas conservadoras de la unidad católica, que han sido hasta ahora profesadas y tan dignamente puestas en práctica en los dominios de V. M. Nos, habiamos dado órdenes á nuestro núncio cerca de V. M. para que dirigiese con respeto, si, pero con libertad evangélica las representaciones de que no podemos prescindir sin faltar á nuestro deber; pero hasta hoy tenemos el disgusto de no haber visto el éxito que teniamos razon de esperar, de una nacion que reconoce y profesa la religion católica, apostólica, romana, como la única verdadera, y que no admite en su seno el ejercicio de ningun culto falso.

"Estamos muy lejos de querer atribuir á las religiosísimas intenciones de V. M. los inconvenientes que hemos indicado, y queremos estar persuadidos de que todo lo que hasta aquí, con sumo dolor nuestro, ha ocurrido en perjuicio de la Iglesia, habia sucedido contra las intenciones de su gobierno y los representantes mismos de la nacion, y por esto le suplicamos use de los remedios que estén á su alcance. Mas si á pesar de nuestros avisos y nuestros ruegos, nos viésemos en la precision de ser testigos de las peligrosas innovaciones en las cosas eclesiásticas, é introducirse falsas doctrinas que corrompan la pureza de la fé y la santidad de las costumbres y trastornen la disciplina de la Iglesia, Nos, debiendo cumplir con el mas sagrado deber que nos incumbe como supremo maestro y pastor de la Iglesia de Jesucristo, no podremos dejar de reclamar con apostólico celo cerca de V. M. tan benemérita de la Iglesia, para alejar de ella los peligros á que los enemigos de Dios y del órden esponen la salud espiritual de sus pueblos.

"Confiado en el auxilio divino, en la piedad católica, y en la sabiduría de su gobierno, depositamos con paternal confianza de nuestro corazon, nuestras aflicciones; y con hacer á V. M. partícipe de nuestro dolor, sentimos alivio y cobramos aliento con la esperanza de que mediante los religiosos desvelos de V. M. y la cooperacion de su gobierno, los intereses de la Iglesia católica de España quedarán al abrigo de los males que les amenazan.

"Con esta confianza suplicamos al dador de todo bien derrame sobre V. M. y sobre todo su reino sus mas abundantes beneficios, y con el mas cordial afecto damos á V. M. y á toda su real fami-

lia la apostólica bendicion. Dado el dia 15 de Septiembre del año de 1820, y 21 de nuestro pontificado" (1).

Entre tanto, los Jesuitas, sin tomar parte en aquella polémica, ántes bien, oponiéndose cuanto les era posible á que se imprimiera cosa alguna á su favor, como lo publicó uno de los autores de los papeles citados (2), no solo aguardaban tranquilamente el resultado de aquel decreto, de que con anterioridad se tuvo noticia en nuestro pais, sino que el padre provincial Pedro Canton ofició al virey, que era en esa época el conde del Venadito, y al Illmo. Sr. arzobispo, manifestándole su rendida obediencia y entera sumision á las disposiciones de la autoridad, sin que por su parte se opusiera resistencia alguna, cuya comunicacion se imprimió en los periódicos de la época.

A pesar, no obstante, de una opinion tan pronunciada á favor de los Jesuitas, y de lo comprometido que era en aquellas circunstancias dar este golpe de mano, de que debian seguirse, como en efecto se siguieron, tan pésimas consecuencias al gobierno español, se intimó el decreto de secularizacion á los Jesuitas el dia 22 de Enero en la noche, y al dia siguiente 23 se publicó por bando, y los Jesuitas residentes en México salieron el mismo dia del colegio de San Pedro y San Pablo, dando ejemplo el virtuosísimo padre Canton; verificándose á pocos dias la entrega de las fincas de San Gregorio y del seminario de San Ildefonso. Lo sensible que fué á los mexicanos este suceso, lo ha descrito con la tierna y dulce elocuencia que le era familiar, el Br. D. José Manuel Sartorio, en el voto que dirigió á la primera junta soberana, hecha la independencia á 3 de Noviembre de 1821 (3).

"¡O dolor! (decia) despues de pocos años que habiamos vuelto á disfrutar de los trabajos de esta Orden santa, una nueva borrasca nos la ha venido á desaparecer. Un decreto dado en las cortes ordena que se extinga; y un bando fulminado la arroja de sus casas. El público lloró, y yo lloré con él. Portería y calle de San Pedro y San Pablo, vosotras visteis nuestras lágrimas. ¡Ah!..... ¿Y qué ha excitado esta tempestad? ¿Qué cosa ha ocasionado esta nueva extincion? ¿Por ventura la Compañía ha cometido algun delito? ¿Ha faltado en algo á su instituto? ¿No ha estado trabajando continuamente en nuestro bien espiritual? Sea testigo el templo de Loreto, testigo su púlpito, testigos sus confesonarios, testigos los enfermos, testigos los hospitales y las cárceles, testigo la modestia, testigo la edificacion, testigo, en fin, el porte todo de estos benditos religiosos. Su conducta ha hecho siempre en lo pasado y

(1) Impreso en México el mismo año en la casa de Benavente.
(2) D. Juan Miguel Riezgo, autor del papel: "Justo reclamo, &c.," citado arriba.
(3) Impreso en México, en la casa de D. Alejandro Valdés.

en lo presente su mas completa apología; y ella ha hecho ver á todo ojo sensato que la sagrada Compañía era digna de mejor suerte que aquella que la ha perseguido."

El mismo ejemplo de obediencia á las autoridades dieron los Jesuitas de Durango y de Puebla; y en estas ciudades se hicieron las mismas demostraciones de dolor, aun mucho ántes de que llegara á publicarse el decreto. Pero los padres manejaron las cosas con tal prudencia, que á pesar del gran fermento que habia en ámbas, y especialmente en la última, para impedir su salida, ésta se verificó de un modo tan pacífico, merced á sus providencias, que hasta cierto punto y guardando proporcion, puede decirse de los nuevos hijos de la Compañía, lo que escribia un célebre viagero hablando de los antiguos en el Paraguay: "Yo no puedo terminar el justo elogio de estos hombres (los Jesuitas) sin hacer notar, que en una posicion en que la suma adhesion de los indios por su pastor, hubiera podido, con muy poco estímulo de su parte, dar lugar á todos los desórdenes que traen la violencia y la insurreccion; yo los he visto obedecer al decreto de su abolicion con la deferencia debida á la autoridad civil, y al mismo tiempo con la calma y la firmeza de las almas verdaderamente heróicas (1)."

Por lo respectivo á Durango, habia ménos dificultades, pues la escasez de sugetos aun no habia podido formalizar la direccion literaria de su nuevo colegio. Pero en Puebla no pasaba lo mismo. El colegio Carolino tenia no pocos alumnos, tanto internos ó colegiales, como externos que solo ocurrian á sus aulas. Así es que debia especialmente dirigirse la palabra á estos estudiantes tan adheridos á sus maestros; y el adjunto papel que les dirigió su rector, en la misma mañana que en México se publicaba el decreto, y en que ya se disponian los padres para salir ocultamente en la noche, como lo verificaron, manifiesta toda su obediencia y docilidad, y el espiritu de que estaban animados. Es como sigue:

"Mis muy amados hijos en Jesucristo.

"La debida obediencia á los superiores, que os he recomendado tantas veces; y el deseo de la tranquilidad pública, me ejecutan á separarme cuanto ántes de vds.—¡Ah! mañana á estas horas ya me habrán arrancado de vuestra amorosa y tierna compañía, sin permitirle á mi corazon ni aun el corto desahogo de poder manifestar sus sentimientos de ternura, ni el consuelo de abrazar á cada uno de vosotros, bendecirlo y aconsejarlo.—Lleno de amor para con todos, y del

(1) Pages. "Viage á la América del Sur," tomo II, pág. 190.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas vivo reconocimiento, solo no puedo dar á mis tiernos y amados hijos un abrazo paternal y el último adios; cosa que la naturaleza permite aun á los padres moribundos; pero yo tengo que reprimir aun los mas naturales y ligeros movimientos de mi corazon, para que no salgan al rostro.—Mi pronta salida acredita con el ejemplo muchos de los consejos que á vdes tengo dados; yo les recomiendo la memoria y práctica de todos, y principalmente la devocion á la Santísima Virgen, á quien los dejo recomendados, la frecuencia de sacramentos y la obediencia á toda autoridad civil y eclesiástica. —Yo los llevo en el corazon, los encomendaré á Dios Nuestro Señor diariamenre y los serviré en cuanto pueda.—Pido perdon a vdes. y sus padres de todas las faltas ú omisiones que la educacion haya tenido, y me encomiendo en sus oraciones.—De vdes. su amantísimo padre y siervo humildísimo.—Jhs.—*Basilio Arrillaga.*—Puebla, y Enero 23 de 1821 (1)."

De esta manera desapareció en nuestro pais la Compañía de Jesus, que se veia tan respetada y amada como en los dias de su mayor prosperidad; pero desapareció con gloria, pues en los cinco años escasos que existió, no solo se hizo apreciar por su irreprensible conducta, sino causó la mayor admiracion, al ver que en tan corto espacio de tiempo habia vuelto á emprender sus interrumpidos proyectos en la moralizacion del pueblo, en la educacion de la juventud y en sus misiones á las tribus bárbaras, á cuyas fronteras ya se habia aproximado. Desapareció, repetimos, la Compañía de Jesus; pero quedaron sus miembros dispersos para ejemplo de los mexicanos, y para servir en este angustioso periodo de años que han trascurrido desde su caida á la fecha, de un recuerdo de lo que fué ese cuerpo religioso, tan calumniado en sus máximas de los enemigos de la religion y órden público, como irreprensible en las costumbres de los que en todo tiempo lo han compuesto: de manera que parece que la Providencia no quiso que existiese tan poco, sino para perpetuar la memoria de sus virtudes y servicios, en los nuevamente restablecidos, para que su conducta en esta azarosa época formase la mejor apología contra las imputaciones de sus adversarios, y los llenase de confusion á los ojos de los hombres sensatos é imparciales. Nuestra patria en estos últimos años ha sido incendiada por la tea de la discordia: los partidos la han despedazado; las guerras civiles la han asolado; no ha habido clase que mas ó ménos no haya causado algun escándalo: todo ha sido desórden, todo confusion y amargura..... ¿Y qué papel han representado los Jesuitas en esta horrible tragedia? ¿Qué han hecho esos hombres á quienes se pintan como tan peligrosos, anarquistas y revolucionarios? Oigamos á un célebre y moderno escritor. "La Com-

(1) Impresa en Puebla en el mismo año.

pañía, dice Crétineau-Joly (1), ya no existia legalmente, quedó dispersa, y sus miembros no se ocuparon sino en hacer aisladamente el bien. En medio de las revoluciones de que este pais ha venido á ser teatro, unos reduciéndose al ejercicio del ministerio sacerdotal, y otros, por sus obras literarias ó religiosas, han honrado á su patria. Sobre todo (continúa) Basilio Arrillaga se ha creado especialmente una distinguida posicion política, por la actividad de su genio, por la estension de sus conocimientos y lo vigoroso de su estilo. Aunque Jesuita en toda la estension de la palabra, no le ha servido de obstáculo para que durante dos legislaturas se le haya obligado á ocupar un lugar en la cámara de senadores de la República mexicana. No ménos celoso defensor de las inmunidades de la Iglesia, tan frecuentemente atacada por los congresos, que del buen nombre de su Orden, ha repelido con igual energía los ultrajes con que algunos escritores intentaron cubrir á la Compañía de Jesus; y tal vez ésta ha debido á los luminosos escritos de Arrillaga (2), su restablecimiento parcial en ese pais (3)."

No ménos se distinguió entre los Jesuitas secularizados el padre Luis Gonzaga Gutierrez del Corral, cuya memoria debe ser eterna, así por la calidad de sus servicios, como en honor de la nueva provincia mexicana, de que fué uno de sus mayores ornamentos. Reproducirémos, aunque en extracto, la biografia que se publicó de él en un periódico religioso de esta capital (4).

El padre Luis Gutierrez del Corral nació en esta ciudad de México á 23 de Enero de 1799, de una familia aunque pobre, muy honrada. Desde muy niño tuvo la desgracia de perder á su padre; pero sus virtuosas inclinaciones y claros talentos, lo libertaron de las muy frecuentes y tristes consecuencias de la horfandad. Hizo una brillante carrera en el colegio de San Ildefonso, en latinidad, filosofia y teologia, y graduado en estas últimas facultades vistió la ropa de Jesuita el 20 de Mayo de 1818. Su salud fué muy quebrantada durante su noviciado, aunque esto no le impidió el dedicarse á todos los ministerios que sus demas connovicios, brillando especialmente en una grande facilidad para el

(1) *Histoire religieuse, politique et literaire de la Compagnie de Jesus*, tomo VI, capítulo 5.°, pág. 393.—Paris. 1846.

(2) Habla de la "Defensa de la Compañía de Jesus" impresa en México en 1842, en 5 gruesos tomos por Abadiano y Valdés, obra en que se han recopilado piezas muy selectas en su apología, publicadas en Europa en el siglo pasado y el presente, y ademas consta de otras originales dirigidas en su mayor parte por el Dr. Arrillaga, que ha ministrado todos los materiales para su formacion.

(3) Habla del decreto dado por el general Santa-Anna á 21 de Junio de 1843, de que hablaremos despues.

(4) "El Observador Católico." tomo I, núm. 7, del sábado 6 de Mayo de 1848, pág. 166 y siguientes.

púlpito y suma claridad para hacer el catecismo. Abolida la Compañía de Jesus en 1821, y ordenado de sacerdote en el siguiente, sirvió por espacio de nueve años de párroco en diversos curatos, predicando y confesando en idoma mexicano, que aprendió con perfeccion, así como el frances, el ingles, el italiano y el griego, que enseñó en el seminario de Puebla. En 1834 fué nombrado juez eclesiástico y vicario foráneo del pueblo de Zacatelco, cargo que desempeñó por tres años, hasta Febrero de 39 que volvió á Puebla, donde sirvió el curato de Señor San José: posteriormente el del Sagrario de la misma santa iglesia, pasando de allí, despues de haber optado el grado de licenciado en teología, mediante una funcion de las mas aplaudidas que ha habido en esta época en la universidad de México, á canónigo penitenciario de la repetida santa iglesia.

La literatura del padre Corral no era vulgar: á una instruccion no comun en las ciencias eclesiásticas, reunia grandes conocimientos en humanidades, historia profana y otros ramos de las fisicas y naturales, llevándose la palma una sublime elocuencia y facundia extraordinaria para el púlpito, que lo hizo uno de los mejores predicadores de su tiempo. La coleccion de sus sermones que se intenta publicar, hará conocer la verdad de lo que decimos. En la direccion de las almas no fué ménos distinguido: era incansable en el confesonario, y tan acertado y prudente en sus consejos y dictámenes, que era inmenso el número de personas de todas clases que acudian á consultarle en los negocios mas árduos y espinosos. Desempeñó igualmente varios cargos eclesiásticos, políticos y literarios, en que manifestó su alto saber, suma probidad y el justo concepto que merecia su persona. Siendo cura del Sagrario sirvió el de secretario de la venerable junta diocesana de censura, y de canónigo lo fué del gobierno eclesiástico de esa diócesis, en la sede vacante. Por dos veces fué vocal de la asamblea departamental de Puebla, y en ámbas se manejó como un hombre ilustrado y nada partidario. Fué tambien nombrado en 842 miembro de la junta nacional legislativa, y en 45 senador, empleo que renunció; pero en los que, segun sus talentos y calidades de orador, se habria distinguido tanto como el Dr. Arrillaga. Fué rector del colegio del Espíritu Santo, comisionado en diversas ocasiones para visitar los colegios y establecimientos literarios de Puebla, sócio de la junta lancasteriana de la misma, y subdirector en aquel Estado nombrado por la general de estudios de México; empleos y comisiones que desempeñó con aplauso universal.

Ultimamente, amigo del verdadero progreso, amó las mejoras materiales del pais, aunque sin mezclarse en ninguna revuelta, ni en preferir éste al otro sistema de gobierno; y solamente se mostró acérrimo siempre en la defensa de los fueros de la Iglesia, así en razon de su estado como por la íntima conviccion en que es-

taba, de ser conveniente á la organizacion de la sociedad civil el conservarlos. En dos palabras: fué un verdadero Jesuita en medio del siglo, y su nombre siempre será apreciado entre los mexicanos. Murió en la repetida ciudad de Puebla el dia 22 de Marzo del año de 1848, aun no cumplidos los 50 de su edad, con grande sentimiento de sus amigos que eran muchos, y su pérdida fué generalmente llorada por todas las clases de la sociedad.

Pero sobre todos los modernos Jesuitas, si no en literatura, á lo ménos en virtudes y respetabilidad ante el pueblo, resplandeció el venerabilísimo anciano R. P. Pedro Canton, á quien la Providencia conservó doce años despues de la segunda destruccion de su cuerpo en América, para servir no solo de un ejemplo vivo de lo que fué la antigua y la nueva Compañía de Jesus, sino como del último eslabon de la cadena entre ámbas. Muy escasas son las noticias que se conservan de este varon esclarecido; pero bastan ellas para hacer ilustre su memoria, que aun no se borra entre los que lo conocieron.

Nació en la ciudad de Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, de una familia muy decente, así por la línea paterna, como por la materna de los Ubiarcos, á 19 de Febrero de 1745. En esa ciudad hizo sus estudios en el colegio de San Juan, antiguo seminario de los Jesuitas, donde se distinguió no solo por sus talentos y aplicacion, sino por lo columbino de su carácter, que conservó hasta su ancianidad mas avanzada, siendo ésto tanto mas notable, cuanto que nada perdió de él ni por su viage á Europa, ni por su mucha dedicacion al confesonario. Apenas cumplidos diez y seis años solicitó entrar en la Compañía de Jesus, y admitido en ella por el padre provincial, que en la actualidad se hallaba de visita en aquel colegio, pasó á esta capital, y en seguida al noviciado de Tepotzotlan, donde tomó la sotana el 15 de Julio de 1761, distinguiéndose desde entónces por su humildad, obediencia y un constante ejercicio de paciencia y conformidad con la voluntad siempre adorable de Dios, que parece fué un preludio de las gravísimas tribulaciones que se le aguardaban durante su larga vida. Por lo que respecta á su obediencia, esta virtud fué en él tan de Jesuita, que habiéndole prevenido su padre, cuando lo mandó á esta ciudad, que no entrara en el portal, aun siendo ya hombre anciano, siempre rodeaba por no pasar por él; y como en la cuaresma de 1820, los Jesuitas hiciesen allí misiones, segun la antigua práctica de la provincia, y tuviese que asistir como superior, decia con gracia y la mayor sinceridad: "¿quién me habia de decir que sin desobedecer á mi padre habia de pasear de viejo el porta!?" Deportado á Italia en 1767 con sus demas hermanos, concluyó su teología en el palacio Herculano, á extramuros de la ciudad de Bolonia, donde se habia puesto la casa de estudios, con tal aprovechamiento, que despues de la supresion de la Orden recibió el grado de doctor en esa universidad á instancias de sus ami-

gos, grado literario de que nunca hizo mérito por su humildad, y aun se mortificó demasiado cuando por una casualidad llegó á saberse entre los modernos Jesuitas. Abolida la Compañía en 1773, se retiró á Roma, acompañado del padre José María de Castañiza, de quien fué inseparable compañero hasta la muerte. En esa capital del mundo cristiano se hizo distinguir por su devocion á la Sagrada Eucaristía, de que con dificultad se separaba, asistiendo toda la mañana á cuantas misas le era posible, y por la suavidad de su trato, por la regularidad de sus costumbres, y sobre todo, por el celo de la salvacion de las almas, especialmente de las de los niños, de los que desde recien ordenado de sacerdote fué perpetuo é incansable confesor. Pasó á Cádiz á fines del siglo pasado, donde así como su amado compañero el padre Castañiza, asistió con un valor apostólico á los apestados de la fiebre amarilla en 1800.

De vuelta á su patria se hizo dueño de los corazones de todos por sus virtudes, y continuando sus mismos ejercicios, era el confesor general de los niños en la iglesia del hospital de Jesus Nazareno de esta capital, y en el convento de la Enseñanza, en que confesaba casi á todas las colegialas. Restablecida la Compañía de Jesus en 1816, al momento, como hemos dicho, voló á incorporarse en el seno de su amantísima madre; hizo la profesion solemne de cuatro votos el 15 de Agosto del mismo año; y despues de la muerte del padre José María de Castañiza, golpe que sufrió con la mayor conformidad con la voluntad de Dios, sirvió el cargo de provincial hasta la nueva supresion de su Orden, ganándose el amor de los nuevos alumnos del instituto, muy especialmente por la igualdad de su carácter y su observancia religiosa, tan exacta como la del mas fervoroso novicio.

Suprimida de nuevo la Compañía de Jesus, se retiró al hospital de San Pedro de esta capital, dedicando todo el tiempo que le dejaban libre sus ministerios, en cultivar su espíritu y en acompañar á Jesus Sacramentado, en quien tenia todas sus delicias, edificando á toda la ciudad el venerable anciano, que era el primero en decir diariamente la misa, y permanecia en la iglesia hasta que no se acababa la última. Su celo por la salvacion de los niños lo acompañó hasta el sepulcro; siempre se le veia por las calles rodeado de ellos, y acariciándolos á todos sin la menor distincion de clases, de manera que generalmente se representaba á todos como una imágen viva de San José de Calazans.

Ultimamente, lleno de edad y oprimido por sus achaques, falleció, con sentimiento el mas vivo de toda clase de personas, pero muy principalmente del clero, el dia 16 de Octubre de 1833, á los 88 años, 7 meses 27 dias. En su última enfermedad, que fué una fiebre pútrida, en que perdió completamente la cabeza, todo su delirio fué dictar actos de contricion á los niños, como si los estuviese confesando, y no reconociendo en la voz á ninguno de los sugetos que le hablaban, aun los médicos y moradores del mismo colegio, con quienes trataba diariamente, se observó que únicamente reconocia á los que habian sido Jesuitas, aun cuando hubiese dejado de verlos por algun tiempo.

Parece que Dios quiso honrar á este respetabilísimo anciano en su muerte, no solo con el honorífico decreto con que la venerable congregacion de clérigos seculares de San Pedro dispuso que se le diese sepultura entre sus miembros difuntos, sino tambien con el llanto universal de los niños de esta ciudad, que sin que nadie los llamase asistieron en un prodigioso número á su entierro, y sus clamores y lágrimas interrumpieron repetidas veces el oficio, y hacian llorar á todos los concurrentes, al ver aquellas muestras del inocente y sincero dolor de los que lamentaban la pérdida de su buen padre.

El recuerdo de tales varones; la esperiencia de los servicios prestados por los Jesuitas durante el breve tiempo que habian existido entre nosotros; las honoríficas tradiciones de nuestros padres; y sobre todo, la natural piedad de los mexicanos, hizo que apenas hecha la independencia, se oyera un clamor general en toda la República á favor de su restablecimiento. A muy poco de la entrada del ejército trigarante en esta capital, se publicó en Puebla, y se reimprimió en México, un papel titulado: *Lo muy necesario*, que circuló con aprecio por toda la República; en él se escitaba á la suprema junta gubernativa al restablecimiento de la Compañía, haciéndole reflexionar que si la independencia *se hizo por la voluntad y opinion general, así debia hacerse la reparacion de los Jesuitas*, y recordándole el famoso consejo que el Dr. Diego de Borba, rector que habia sido de la univerdad de Paris, dió desde Roma al rey de Portugal D. Juan III, y que la historia ha sabido tan bien acreditar: "He hallado, le dice, unos hombres todos de Dios, sin otro interes que el de su gloria; emprendedores de cosas grandes por su servicio; pobres, humildes, infatigables: dedicados por voto á la conversion de los infieles: hechos á prueba de grandes fatigas y de terribles persecuciones; de ánimo invicto para cualquiera árdua empresa; y últimamente, como formados á proporcion de la necesidad de la India."

En la mencionada junta soberana se hizo el 3 de Noviembre del mismo año, una proposicion muy fundada á favor del mismo restablecimiento por el presbítero D. José Manuel Sartorio, uno de sus miembros, en el que se fundaba de un modo victorioso la nulidad del decreto, la injusticia con que se habia procedido por las cortes españolas, haciéndolo extensivo á las Américas, y la necesidad de reparar aquel agravio hecho á la nacion, y en cuya venganza ella se habia levantado en masa, pronunciándose como por uno de los principales motivos para sacudir el yugo de la metrópoli. Esta en efecto era la opinion de todos los mexicanos sensatos y religiosos; pero por desgracia desde entónces se vió lo poco que esos cuerpos que se llaman

sus representantes, la acatan y secundan. Tres ó cuatro individuos de esa junta, contaminados con las máximas del filosofismo que tantos males ha causado despues á nuestro pais, armaron tal polvareda, que por otra parte fomentaba el periódico que mas séquito tenia en la capital, titulado *El Sol* (1), que á pesar de cuanto se alegó á favor de los Jesuitas, así en esa asamblea, como por la imprenta, se decidió, contra la espectacion pública, que aquella supresion que pocos meses ántes se alegaba como un ultrage al pueblo, para escitarlo á tomar parte en la guerra de independencia, se reservase al congreso general.

Reunido éste, dos vecinos de Puebla, D. Antonio Bandini y D. Francisco Javier Ponce, dirigieron al muy ilustre ayuntamiento de esa ciudad una representacion firmada por novecientos y tantos sugetos, entre ellos los de primer viso y rango, así en lo eclesiástico como en lo militar y civil, en que le pedian se sirviese elevarla al congreso constituyente, recomendándola y apoyándola con su influjo, lo que habiendo conseguido con dos acuerdos de esa ilustre corporacion, uno de 24 de Enero y otro de 29 de Febrero de 1822, invitaron en seguida á diversos prelados, juntas provinciales, ayuntamientos, &c., logrando que multitud de ellos y otras personas uniesen sus votos á los de los poblanos, y solicitasen del mencionado congreso se restableciesen los Jesuitas en nuestra América. Los originales de las representaciones que siguen, y de otras que no se imprimieron, pero que forman un espediente bien voluminoso, existen en la secretaría del congreso, donde podrán consultarlas los que

(1) Desde esa época parece que se hicieron de estampilla los mismos argumentos contra los Jesuitas, de que constantemente se han servido sus enemigos, y actualmente han campeado en el *Federalista*, *Monitor*, *Siglo XIX*, *Arco-Iris* y demas ecos de la faccion antijesuítica. Libelos antiguos, aunque declarados tales por las legítimas autoridades y mil veces pulverizados: el breve de Clemente XIV, derogado por sus sucesores: la pragmática sancion de Cárlos III, abrogada por su nieto Fernando VII; los lugares comunes, en fin, contra todo cuerpo religioso, cuyos arbitrarios asertos ha desmentido la historia, y declarado erróneos la Iglesia. En todo se progresa ménos sobre Jesuitas, á cuyo cuerpo sucede lo mismo que con el catolicismo. Sus enemigos no saben mas que repetir unas mismas acusaciones, y con una frente de bronce siempre las sacan á la plaza como nuevas piezas de moneda, segun la espresion de Bayle, como si no hubiesen sido mil veces convertidas en polvo. Si alguno duda de esta verdad, le suplicamos que consulte el núm. 5 de *El Sol*, correspondiente al 19 de Diciembre de 1821, y verá el molde ó borrador de los demas articulejos publicados posteriormente en oposicion á los Jesuitas. Así es que bastaria para contestarles, reproducir cualquiera de las respuestas que se han dado á uno solo para contestar á todos; y si no creyésemos fastidiar á nuestros lectores, nada nos seria mas fácil que demostrarlo, reimprimiendo el diálogo que en contestacion á dicho periódico, publicó el referido padre Sartorio en 1822, en la imprenta de Valdés, en que con solo variar el nombre del papel á que se contestó y sustituir el de cualquiera otro de los actuales, quedaria refutado. ¡Tal es el servilismo y ningun saber de nuestros liberales é ilustrados periodistas!

duden de la realidad de lo que decimos. Hé aquí las que tenemos á la vista (1).

"A 20 de Febrero, el muy ilustre y venerable cabildo metropolitano de México se manifestó *pronto á cooperar oportunamente á tan piadosos deseos;* y á 26 del mismo, el de la insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, acordó unir sus votos á los del vecindario de Puebla, *corroborándolos con sus firmas.*

"El Exmo. ayuntamiento de México y Exma. audiencia, se reservaron manifestar su opinion; aunque no la contrariaron, en 21 de Febrero y 9 de Marzo.

"El muy ilustre y venerable cabildo eclesiástico de Oajaca, á 23 de Febrero, ofreció emplear cuantos arbitrios estuviesen de su parte para qne esta pretension lograse *el voto universal de los pueblos y su feliz provision.*

"El muy ilustre ayuntamiento de Tehuacan dirigió al congreso en 12 de Marzo la representacion firmada de ochenta y ocho de los principales vecinos, pidiendo el restablecimiento *de una religion de las mas útiles y benéficas.*

"Con el mismo empeño lo hizo el de la ciudaddeo Cmitan, lugar en que nunca hubo Jesuitas, á 6 de Marzo.

"El muy ilustre y venerable cabildo eclesiástico de Valladolid, manifestó sus deseos de cooperar por su parte á una empresa de que debia *resultar la mayor gloria de Dios y la felicidad del estado:* á 20 de Marzo.

"*Por aclamacion é inflamados todos sus individuos con un fuego santo,* el ilustre ayuntamiento de Guadalajara alabó el proyecto, *conviniendo uniforme en su grande utilidad,* remitiendo, para conseguirlo, la correspondiente representacion á sus diputados al congreso: á 15 de Marzo.

"El muy ilustre ayuntamiento de Durango elevó al congreso su solicitud en el mismo mes de Marzo, para que se sirviese restablecer á los Jesuitas, expresándose en los siguientes términos: "Nadie, "señor, puede dudar de la utilidad de estos religiosos, ni de su ar- "diente celo por la propagacion de la fé católica; pero sí, son mas "útiles y necesarios en estas dilatadas provincias, donde la mayor "parte de sus habitantes viven poco ménos que los gentiles, carecien- "do de toda instrucion, entregados al influjo de su razon natural y "á la inconstancia del entendimiento humano.

"La importancia del asunto (la restitucion de la benemérita Com- "pañía de Jesus) por las utilidades que de él deben resultar, llama "la atencion de esta corporacion, y desde luego se propone cooperar "á su pronto logro, recomendando á los representantes de esta pro-

(1) Véase la "Defensa de la Compañía de Jesus," Suplemento al tomo IV opúsculo 6.°, de donde hemos tomado estas noticias.

"vincia, esfuercen del modo que esté en su alcance la restauracion "dicha." Así contestó la Exma. diputacion provincial de Arispe, á 24 de Abril.

El muy ilustre y venerable cabildo eclesiástico de Yucatan, á 12 de Abril, ofreció "apurar todos los arbitrios posibles é imaginables "á la reposicion de los Jesuitas, convencido íntimamente de las "ventajas que su instituto ofrece á la religion, al estado y á la "patria."

"Los ilustres ayuntamientos de Epatlan, Tepapayuca, Clapanalan, Tepexco y Tepejojuma, impetraron la misma reposicion en los meses de Mayo y Junio.

"El vecindario de Orizava, en 16 de Marzo, dirigió á su ayuntamiento una representacion para que se elevase al congreso, firmada por doscientos veintisiete de sus principales individuos, verdaderamente racional, reflexiva y juiciosa. Defraudariamos el mérito de esta excelente manifestacion, si quisiéramos extractarla; mas no pudiendo darla toda entera, solamente mencionaremos un periodo, que hace muy á nuestro caso; y es como sigue: "Son muchos y de "lo principal del estado los que piden con encarecimiento la restau- "racion de este instituto. Los demas que no llegan á manifestarse "tanto, lo aprecian, y al ménos no lo verian con desagrado vuelto á "su antiguo ejercicio, porque se declararian sus panegiristas; y son "bien pocos los que pueden contradecirlo, y eso tal vez poseidos de "aquel espíritu que los ha dado á conocer á todas las autoridades."

"Los Ilustres Ayuntamientos de Acatlan y Chiautla, en el mes de Junio, se empeñaron por la consecucion de un objeto tan *santo*, como dice el primero, uniendo sus *votos al general; al que no habrá uno*, segun se expresa el segundo, *que se oponga, que no sea enemigo declarado de nuestra santa religion é independencia.*

La Exma. diputacion provincial de Puebla, en 12 de Julio, y la de Tlaxcala en 31 del mismo, dirigieron sus correspondientes representaciones para que fuesen restablecidos los Jesuitas, medida, en juicio de ésta, "que auxiliaria pasmosamente todos los artículos "radicales de los innumerables objetos de la mayor gravedad, que "debian llamar la atencion de los legisladores al constituir á la na- "cion; y que las conversaciones, los escritos publicados por la im- "prenta, los votos mas ardorosos de cada ciudadano, anuncian como "primicias el restablecimiento de una Compañía, que ahorrará mu- "chas fatigas á los padres de la patria en la obra casi infinita de la "regeneracion de este imperio..... y se considera, por lo tanto, "estrechamente obligada á apoyar la opinion general en favor de los "Jesuitas." Aquella terminantemente asegura, no "creer desempe- "ñar m jor las obligaciones de su instituto, que cuando sostiene la "opinion general, que no era otra en su provincia, que la restaura- "cion de los Jesuitas, para que por su medio prosperen las misiones

"de infieles, y se propague la fe católica; se proteja eficazmente la "educacion de la juventud, y se aumente el pasto espiritual de "nuestros dilatados pueblos que tanto lo necesitan:" todo lo cual prueba superabundantemente.

"El ilustre ayuntamiento de Tlacotepec, en 22 de Junio, elevó al congreso una representacion firmada por cuarenta y tres de sus primeros vecinos, recomendando *una peticion tan justa, santa y benéfica* á nuestro país.

"A 29 de Julio, 12 y 8 del mismo mes, unieron sus votos *al universal de los pueblos y su feliz provision*, el ilustre ayuntamiento de Tlapa y el de Tamazola y Tlalchichilco. recordando el segundo los esfuerzos de los mexicanos por hacer su independencia en defensa de la religion, y "no caer en los mismos errores que reprobó en "la antigua España," y afirmando el último (y con verdad) "que no "solo los ancianos y mozos, sino hasta los niños que asoman en el "uso de la razon, ansian por su breve verificativo, prometiéndose "con esto la total felicidad de la patria."

"La representacion de la populosa villa de Jalapa, hecha en 7 de Septiembre, no parece sino que se ha escrito hoy, pues manifiesta "el monstruoso desórden en que se viera la educacion religiosa, "moral y civil, desde que una guerra bárbara nos asoló, no cuidan- "do sus autores mas que en estender sus respectivos partidos, de- "jando impune todo lo que no fuese indiferencia ó traiciones..... "estos males de doce años (*ya á la fecha son treinta y nueve*), se "sanarán con ventajas con el restablecimiento de unos padres, cuya "doctrina, ejemplos y afanes, tienden exclusivamente á formar al "hombre de bien en todo sentido."

"Los ilustres ayuntamientos de Totimehuacan, Chiautla de la Sal, Monterey, Miahuatlan en la provincia de Oajaca, Tulancingo, Lagos, Olinalá, Tepegí de la Seda, Cholula, Huejutla y Cuernavaca, en los meses de Setiembre y Octubre, manifestaron su adhesion al voto general, ya dando á conocer el desagrado con que habian recibido un folleto injurioso y denigrativo á la Compañía, que bajo una simple cubierta se les hubiera remitido para corromper su opinion, exhortando á los Sres. Ponce y Bandini *á no desmayar de una empresa de que debia resultar la mayor gloria de Dios, bien y utilidad del naciente imperio;* ya ofreciéndose, sin ser invitados, á suscribir á su restablecimiento, ó juzgándolo como el mas oportuno medio, no solo de afianzar las bases de nuestra santa fe católica, "sino de unifor- "mar la opinion y sostener nuestra independencia," ya proclamando á los Jesuitas "padres esclarecidos, maestros de nuestra juventud, "sosten de las buenas costumbres y azote de los hereges y liberti- "nos, por cuya causa siempre han sido odiados y perseguidos de "éstos;" ya expresando la eficacia de sus deseos, protestando no tener jamas embarazo de firmar su solicitud de su puño y con *la san*

gre de sus venas; ya, en conclusion, "admirando no ver aun todavía "restablecida una sagrada religion, cuyos esclarecidos hijos siempre "fueron el azote mas terrible de las supersticiones y heregías, con- "sistentes martillos que supieron quebrantar sus mas formidables "cabezas, no dejando jamas las plumas de las manos para conver- "tirlas, ni los báculos apostólicos para ensanchar con ellos la fe ca- "tólica en las mas remotas provincias del orbe; pudiendo decir, "que desde su caida nos faltó el mas bien inspirado clarin del santo "Evangelio."

El vecindario de Querétaro, en una representacion firmada en 4 de Marzo, por mas de mil individuos, pidió el restablecimiento de los Jesuitas, uniendo sus votos "á los de casi todos los habitantes "de este setentrion. Los ministros del altar (decian) los desean "para alentarse con su ejemplo; los padres de familia para la edu- "cacion de sus hijos; todos para su direccion espiritual y temporal; y "sobre todo, clama por ellos la necesidad de mas obreros evangéli- "cos para la conversion de tantos infieles americanos....." Su muy ilustre ayuntamiento, en el que hubo varios debates, al fin hizo suya esta peticion, y elevándola al congreso en 9 de Agosto, haciéndose cargo de los argumentos que siempre se han invocado en contra de un *instituto tan útil y acreditado, como es el que desea la América Setentrional,* se expresó en estos términos: "La disposi- "cion del Sr. D. Cárlos III contuvo una reserva, propia de aquellos "tiempos tenebrosos, que resiste la ilustracion del dia, como poco "conforme á la *recta justicia;* y la resolucion de S. S. fué motivada "principalmente por las leyes de la prudencia, mas bien que *por de-* "*litos de los religiosos,* de los que ninguno se refiere." Y concluye de esta suerte: "El ayuntamiento intenta..... acreditar que su defe- "rencia á la solicitud indicada, no es ciega adhesion á aquellos re- "gulares, sino *convencimiento de su utilidad en beneficio de la religion* "*y de la patria,* En efecto, ¿qué cosa mas interesante á una y otra, "que la predicacion y propagacion del Evangelio; la administracion "de los sacramentos, la enseñanza pública, y procurar en todo la "mayor gloria de Dios?"

"Ademas de las solicitudes de estas corporaciones y de otras, de que no tenemos los comprobantes, pero que sabemos bien existen, pues once cabildos y corporaciones eclesiásticas fueron las que representaron por el restablecimiento de la Compañía, y de otros muchos ayuntamientos y juntas provinciales fué público se dirigieron directamente al congreso con el mismo fin: deben contarse ademas, los Illmos. arzobispos de México y obispo de Yucatan, el cura de Tepeyanco, quien dió á luz un famoso papel titulado: *Retrato de los Jesuitas,* por sí, y á nombre de mil ochocientos sesenta y nueve de sus feligreses, los curas de Tochtepec, Epatlan, Tepayuca, Tlacotepec, Huamustitlan, Tlacotepec, Tamazola, Aguascalientes, Chiau-

tla y otros, que firmaron en union de los vecinos de sus feligresías, el Exmo. Sr. ministro de relaciones Herrera, el señor rector de la universidad de México (1), el Sr. D. Celso de Iruela, comandante de armas de Oajaca y otros innumerables individuos, que solo en las representaciones que hemos mencionado pasaron de *cuatro mil,* de suerte que puede asegurarse de toda la República lo que de la ciudad y provincia de Puebla aseveró su diputacion provincial en 30 de Julio de 1823 (2), que estuvo *pronunciada del modo mas inequívoco y solemne por el restablecimienio de la Compañía, lo tuvo pedido repetidas veces al congreso, y fué uno de los primeros y estrechos encargos que se hicieron á sus diputados.* ¿Y á vista de todo esto, aun podrá dudarse de la voluntad general de los mexicanos? ¿Será posible que se controvierta todavía este punto?

"Ni se diga que esto ha sido un entusiasmo pasagero. Apenas se volvió á solicitar la restauracion de los Jesuitas en 1841, cerca de veinte años despues de estas ocurrencias, por la representacion del difunto padre Mendizabal, secundada por mas de doscientos individuos de la capital, entre ellos sugetos eclesiásticos, militares y empleados de los de mas condecoracion, patriotas muy conocidos por sus opiniones y servicios por la verdadera causa de la libertad, comerciantes, propietarios, literatos y otras personas considerables, algunas entre ellas preocupadas de buena fe contra los Jesuitas en 822, cuando en el corto espacio de tiempo en que se creyó oportuno y asequible lograr un decreto tan suspirado como contrariado, volvió á resonar el jamas extinguido voto en favor de esta Orden tan querida y recomendable á los mexicanos. Así es, que de Mayo á Agosto, á la solicitud de los vecinos de México, se reunió la ciudad de Leon y villa de Silao, y la siempre jesuítica Orizava, preparándose á hacer lo mismo otras poblaciones numerosas é ilustradas, y aun alguna muy distante y necesitada de los servicios de los Jesuitas, y el Illmo. Sr. obispo de Durango, uniéndose á sus dignos compañeros los de Linares, Resina y Tenagra, mandó por separado una exposicion sobre el particular al supremo gobierno."

A vista de tantos y tan diversos votos á favor del restableci-

---

(1) Lo era entónces el Sr. D. Agustin Pomposo Fernandez de San Salvador, constante apologista de la Orden de San Ignacio, como lo dió á conocer bastante, así en un opúsculo que en esa época publicó con el título de "Los Jesuitas horrendos," como en otro que habia publicado desde 1816, con el de "Los Jesuitas quitados y restituidos al Nuevo-Mundo," refutando en el primero á un libelo que se dió á luz entónces en un periódico, y en el último á varios de los que se habian compuesto en el siglo pasado contra la Compañía, entre otros *El verdadero retrato de los Jesuitas.* que hoy se nos ha vendido por un periodista queretano como una pieza esquisita y nunca oida.

(2) "Representacion al supremo poder ejecutivo de la nacion mexicana, para que se suspenda la ocupacion de la plata de las iglesias de los Jesuitas."—Puebla, 1823.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miento de la Compañía de Jesus, no puede comprenderse como es que aun permanezca esta suprimida en la república, y como haya logrado sobreponerse repetidas ocasiones á la voluntad general una muy reducida minoría, que se desaparece ante el inmenso número de los que han manifestado su opinion del modo mas claro y terminante; y mucho mas sorprende si se considera la calidad de esos adversarios. Ellos.... ¿pero con qué colores mas apropiados podremos pintarlos, que con los que se han servido los mismos pueblos, que en sus representaciones se han hecho ya cargo de este argumento? "Unicamente, dice la villa de "Silao, únicamente los enemigos del órden se empeñan en privar "á la república de tamaño bien; y con el objeto de seducir á los "sencillos, reproducen por donde quiera cuanto malo se ha dicho "de la Compañía, sin decir una palabra de lo mucho y muy bue-"no que en su elogio y defensa publicaron hombres mucho mas "dignos de respeto que sus antagonistas, y algunos de los cuales "veneramos en los altares (1)." "Si despues de esto, (se escribia "en 1822 por los queretanos) aun claman muchos porque (la Com-"pañía) quede estinguida para siempre, son mas incomparable-"mente los que claman por su restauracion; si se oyen invecti-"vas contra ella, mas se oyen sus alabanzas; si se ha escrito "mucho en su contra, mas se ha escrito en su favor; si se leen "con atencion unos y otros escritos, desde luego se advierte que "por una parte la envidia y por otra el ódio á la religion católica, son los que han dictado aquellos; cuando por el contrario "los otros son el efecto de la adhesion al cristianismo, y del de-"seo de verle reformado y propagado (2)." Pero qué, ¿esta contrariedad de sentimientos solo se vé en nuestro pais? No, responde el I. Ayuntamiento de Orizava (3) con Mr. de Bonald: "esta Com-"pañía célebre que *nunca será reemplazada sino por sí misma*, obje-"to de ódio para los unos, de veneracion y amor para los otros, *se-"ñal de contradiccion entre los hombres*, como el Salvador mismo de "los hombres, á cuyo servicio se habia consagrado; como él, pasó "*haciendo bien*; y como él, no recogió por recompensa sino la ingra-"titud y proscricion."

Así en efecto ha sucedido en la república; pues á las primeras representaciones de que hemos hablado, hechas en 1822, cerraron los oidos sus representantes como á un negocio de poca monta, y muy secundario para el bien del pais; y en 1841, cuando la tierna solicitud del difunto padre Francisco Mendizábal hizo saltar lágrimas á la mayor parte de los individuos de las cámaras, algunos preocu-

(1) Representacion impresa en Guanajuato en 1841.
(2) Véase su representacion publicada en la misma ciudad en 1822.
(3) En su representacion al soberano congreso en 29 de Junio de 1841.

pados le hicieron tal guerra hipócritamente y á la sordina, que no pudo conseguirse el decreto por el que se clamaba de todos los ángulos de la república; y agregándose á esto la caida del congreso por una de nuestras frecuentes revoluciones, quedó el negocio como en tiempo del imperio.

Sin embargo, como esta opinion de los mexicanos, por mas empeño que han tomado los enemigos de los Jesuitas, nunca jamás se ha podido corromper, ni aun disminuir en lo mas mínimo, el año de 1843, aprovechándose de las facultades extraordinarias de que se hallaba investido el Exmo. Sr. presidente provisional D. Antonio Lopez de Santa Anna, se solicitó de nuevo por sugetos muy ilustrados y patriotas el restablecimiento de la Compañía de Jesus; y si bien por las circunstancias de esa época, no pudo S. E. dar un decreto tan ámplio como se solicitaba, era necesario, y él mismo lo deseaba; no obstante, dictó el que pondremos á continuacion, que ha merecido los elogios de algunos europeos juiciosos é imparciales, como el célebre Cretineau-Joly, que lo ha citado en su famosa historia de la Compañía de Jesus (1); y el abate Andrés en su docto Diccionario de derecho canónico (2), insertándolo íntegro entre las varias disposiciones que en este siglo calamitoso *dan* (son sus palabras) *muchos consuelos á la Iglesia, y nos presagian tiempos muy felices.* Hé aquí su tenor que no puede ser mas honorífico á los Jesuitas.

"Considerando que los medios de fuerza y de conquista, no han "sido suficientes en mas de trescientos años para introducir los "usos de la civilizacion en las tribus bárbaras que habitan toda-"vía algunos de nuestros departamentos fronterizos, y que los ta-"lan y destruyen haciendo una guerra salvaje y sin cuartel; *que "la religion de la Compañía de Jesus se ha dedicado siempre con "un laudable celo á la reduccion de los indios bárbaros*, predicán-"doles una religion dulce, humana y eminentemente civilizadora; *"que varias autoridades de aquellos departamentos y muchos ciudada-"nos de los que mas se distinguen por su adhesion á los principios "liberales bien entendidos, han recomendado esta medida* como muy ca-"paz de contribuir á la seguridad del territorio donde residen las "tribus errantes, y *que esa institucion es admitida en los Estados-"Unidos y en otras repúblicas de América, sin mengua ni perjuicio "de la forma de gobierno republicana, ni de las libertades que tanta "sangre ha costado establecer en América*, en uso de las facultades "que me concede la séptima de las bases acordadas en Tacuba-"ya y sancionadas por voluntad de la nacion, he tenido á bien "decretar lo contenido en el artículo siguiente:

"Podrán establecerse misiones de la Compañía de Jesus en los

(1) Tomo VI pág. 393.—Paris 1846.
(2) Tomo I, pág. 13.—Madrid 1847.

"departamentos de Californias, Nuevo-México, Sonora, Sinaloa, "Durango, Chihuahua, Coahuila y Tejas, con el esclusivo obje- "to de que se dediquen á la civilizacion de las tribus llamadas "bárbaras por medio de la predicacion del Evangelio, para que "de este modo se asegure mas la integridad de nuestro territo- "rio.

"Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el "debido cumplimiento. Palacio del gobierno nacional en Tacu- "baya á 21 de Junio de 1843.—*Antonio Lopez de Santa-Anna.*— "*Pedro Velez*, ministro de justicia é instruccion pública."

Este decreto no ha tenido su verificativo por muy fundados motivos, no siendo el menor esa traba que se puso en él, de que los Jesuitas no pudiesen establecerse, sino con el *exclusivo* objeto de predicar el Evangelio á las tribus bárbaras, sin reflexionar lo bastante, que este ministerio de tanta importancia necesita el aprendizaje y la práctica de todos los demas del instituto de Loyola; de manera, que puede llamarse con toda propiedad el complemento y lo mas sublime de él. En efecto, la Compañía no dedica á esta clase de ministerios por lo comun, sino á los profesos de cuarto voto, ó coadjutores espirituales; es decir, á aquellos sacerdotes que ya han hecho todas sus pruebas, las que duran por espacio de 17 años (1), en cuyo tiempo, ocupándose en asistir á los enfermos en los hospitales, visitar á los presos en las cárceles, enseñando el Catecismo á los niños y gente ruda, y ejercitándose en la predicacion y confesonario &c., han adquirido un conocimiento práctico de las debilidades y miserias humanas, de los deplorables efectos del vicio y la ignorancia que tienen que combatir; y se han habituado al manejo de las armas de que se valen los hombres apostólicos para establecer no ménos las bases de la verdadera religion que los cimientos del edificio social. Por otra parte, ademas de las virtudes que en varios de estos oficios abatidos á los ojos del mundo se adquieren, junto con las practicas espirituales y contínua abnegacion de la vida religiosa, quiso San Ignacio que los misioneros de su órden fuesen tambien muy instruidos en las ciencias, no solo porque en algunas regiones tenian que disputar con hombres de bastante saber, sino tambien para que aun ocupados en el principal fin de su vocacion, esto es la salvacion de las almas, sirviesen tambien á la sociedad con los conocimientos que adquirieran en los paises que perlustraban (2). Así es

(1) Véase el opúsculo titulado: "De los Jesuitas y de su instituto," impreso en la casa de Abadiano en 1845, cap. IV.

(2) Las célebres cartas edificantes, la historia del Orinoco, los viages de Sicard, y otra multitud de obras de los misioneros Jesuitas prueban abundantemente lo que decimos.

que si se consulta la historia de la Compañía, al lado de un Ugarte, un Jogles, un Lallemand, un Anchieta, un Salvatierra y otros innumerables varones santos, se encuentran los nombres de un Verbiest, un Schall, un Parenin, un Vieira, un Kino, un Gumilla, un Sicard, un Charlevoix y otro inmenso número de sábios. De lo que se sigue, que si estos no se forman ántes, los resultados de sus misiones, si es que los Jesuitas las emprendian sin estos requisitos, jamás serian tan útiles como lo fueron ántes, ni tan satisfactorios como se desean, y como lo son actualmente en las tribus bárbaras del Norte, las de los Leken, Evremont, Smétt, Macarthy y otros grandes Jesuitas.

Convencidos de estas verdades algunos Estados, han principiado á dar decretos sobre el mismo restablecimiento, con mas amplitud que el del general Santa Anna, tales como el de Chihuahua, de 25 de Mayo de 1849, cuyo art. 1º dice así:

"Se faculta á los individuos que componen actualmente las co- "misiones de negocios eclesiásticos y de gobernacion, nombrados "de su seno, para que muevan todos los resortes que crean con- "ducentes á realizar en el Estado, no solo el establecimiento de "misiones de la Compañía de Jesus, como lo previene el decre- "to expedido por el gobierno general en 21 de Junio de 843, si- "no *la ámplia reposicion* de la mencionada Compañía, para que "*desarrollándose conforme á sus estatutos*, pueda ejercer libremente "toda su benéfica influencia."

El de Querétaro, aunque sin hacer mencion, como el anterior del decreto del gobierno provisional, que está vigente por no haber sufrido ni poder sufrir, sin chocar con la opinion pública, ninguna derogacion, lo ha reproducido en la misma amplitud que aquel, en el suyo de 18 de Diciembre último, como se demuestra por el tenor de él.

"Art. 1º Se establece en el Estado el instituto de la Compa- "ñía de Jesus, *en toda su plenitud*, y bajo las garantías de pro- "piedad, seguridad y libertad que explica el art. 8º de la cons- "titucion.

"2º El gobierno entregará con las seguridades legales los co- "legios de San Ignacio y San Francisco Javier, y los bienes y "derechos que les son anexos al instituto de que habla el artícu- "lo anterior, para que los dirija y administre conforme á sus re- "glas.

"3º El gobierno del Estado será patrono de los colegios, y á "virtud del patronato solo tiene derecho de protegerlos, haciendo "efectivas las garantías que expresa el art. 1º."

Hé aquí el estado que guarda el restablecimiento de la Compañía de Jesus en la república mexicana. Restaurada en 1816 con el mayor entusiasmo de los mexicanos, con todas las ritualidades

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

legales, entre ellas la expresion de la casi totalidad de sus representantes desde el año de 1810, la hemos visto extenderse en ménos de cinco años de la capital de la antigua Nueva España, á una de las mas populosas ciudades del centro, y á otra de las mas retiradas y confinante con las tribus bárbaras. La hemos visto solicitada en otras muchas y respetables poblaciones, aun en alguna en que no tuvo antiguamente ningun establecimiento. La hemos visto formada de sugetos muy escogidos, así en su literatura como en sus costumbres; trabajando en todos los ministerios de su instituto; edificando al pueblo por su conducta y observancia religiosa; consolando á los enfermos en los hospitales; suavizando las penas de los encarcelados, y enseñándoles el camino de corregir sus vicios; doctrinando á la niñez y á la gente ruda; instruyendo á la juventud en los colegios; preparándose para llevar la antorcha de la fé y de la civilizacion á nuestras hordas feroces y salvages; fomentando, en fin, la piedad, el órden y todas las virtudes cristianas, con su doctrina, con sus ejemplos y con todos los medios de que se vale la religion.

Hemos presenciado su sumision y respeto á las legítimas autoridades en su inesperada caida; caida tanto mas sensible para los nuevos miembros de la restaurada Compañía de Jesus, cuanto que acababa de rehabilitarse á su amada madre por los mismos soberanos que la habian condenado, por la silla apostólica que la habia vuelto á poner en el número de sus mas valientes milicias, por la aclamacion de los pueblos que confesaban su inocencia, y por los trastornos y calamidades públicas que habian sobrevenido á su destruccion, y de que habian sido los principales agentes, los mismos que ella habia tenido por sus mas implacables enemigos. Tanto mas acerbo debe considerarse este golpe á los Jesuitas mexicanos, cuanto que se les habia dado por un cuerpo legislativo, en que no se hallaban los representantes legítimos de su nacion; cuanto que veian el sumo dolor de la América en la supresion de su cuerpo; cuanto, por último, estaban sabiendo los progresos de sus hermanos en Francia, Italia, Alemania. Bélgica, Cantones Suizos, Inglaterra y Estados-Unidos del Norte, donde ciertamente no habia tantos honoríficos recuerdos á su favor, ni tan grande número de votos por su establecimiento y conservacion. Sí: los Jesuitas sirvieron mucho á todas las naciones, y no hay ninguna que no se confiese acreedora á ellos, ni historia de una sola de ellas, en que no ocupen los hijos de SanIgnacio una página muy distinguida; pero á pesar de todo esto, puede decirse que es todavía mas brillante la que recuerda sus méritos en la América. Ellos salvaron, en gran parte, los monumentos de su historia, y la mejor que acaso existe de sus antiguas glorias, es de la pluma de un Jesuita: ellos fundaron los mas grandiosos colegios que se conocen para la educacion literaria de la juventud, y templos magníficos para tributar culto al Dios vivo: ellos redujeron á los feroces chichimecas y otras tribus que aumentan ahora nuestra poblacion: ellos establecieron hospitales, monasterios y otras instituciones útiles: ellos socorrieron con mano rota á los pueblos en las pestes, hambres, inundaciones y otras calamidades públicas: ellos repartian el pan de la palabra divina en las ciudades populosas, y recorrian constantemente los pueblos todos de la América con sus misiones tan útiles á la conservacion de la moral pública: ellos dieron á conocer con mucha especialidad todo el valor de los talentos mexicanos; y cuando su deportacion á Italia, llenaron de honor á nuestra patria en la Europa, que hasta el dia mira con veneracion los nombres de los Clavijeros, Abades, Alegres, Marquez, Campois, Dávilas, Iturriagas, Landivares y Castros: ellos, en sus principios, fueron los padres de los indios; en sus tiempos florecientes, los maestros de nuestra juventud y el oráculo de nuestros sabios; en su destruccion el objeto de las lágrimas y profundo dolor de los mexicanos. Las artes, las ciencias, la agricultura, las obras de utilidad y beneficencia, en todas ellas se encuentra en nuestro pais la mano de un Jesuita (1).

Al par que la destruccion de la nueva Compañía de Jesus, hemos manifestado el sumo pesar de los pueblos del Anáhuac por su catástrofe, y sus ardientes votos por volver á plantar en nuestro suelo este árbol frondosísimo y repleto de los mas dulces y sazonados frutos. Su desgracia excitó tal indignacion entre los mexicanos, que su venganza fué una de las primeras causas que aceleraron su independencia de la metrópoli. Constituida México en nacion independiente, á la voz de dos simples particulares, toda se conmovió y alzó el grito á favor de sus queridos Jesuitas. Pasan los años y la nueva generacion vuelve á solicitar su restablecimiento al oir hablar á uno de sus miembros. Ultimamente, establecida bajo una forma de gobierno en que puede obrar con mas libertad, invoca la restauracion de este cuerpo inmortal en su afecto, para que lo cure de las mortales heridas que ha recibido durante ocho lustros de revoluciones. Y tantas pruebas no interrumpidas de un amor tan fino y tan cordial ¿no son las mas demostrativas del mérito de los hijos de San Ignacio? Tanto empeño por volver á ver en nuestro suelo ese instituto, ¿no demuestra del modo mas terminante toda la utilidad de los servicios que prestan los Jesuitas? En fin, ese instinto con que en tan diversas épocas y en tan distintas circunstancias todos ansían por el restablecimiento de la Compañía de Jesus, ¿no

(1) Véase la historia de la Compañía de Jesus en la provincia de Nueva España por el P. Francisco Javier Alegre, impresa en México en 1841.

hará conocer, aun á los hombres mas ciegos y preocupados, que esta es la medida salvadora, el medio mas eficaz y la institucion mas apropiada para devolver á nuestro pais la paz, la concordia y tranquilidad, que parece haber abandonado para siempre esta privilegiada region del universo?

Los mismos ataques que se dirigen á la Compañía de Jesus, obran fuertemente á favor de nuestra presuncion, y ellos mismos debieran haber abierto los ojos á las autoridades, así como han ilustrado á los hombres de bien para conocer que en su restablecimiento se echaban las bases de la futura prosperidad de la república. Basta observar quiénes son sus enemigos y la clase de armas con que la combaten, para persuadirse de esta verdad. Los periódicos que mas se han distinguido por su oposicion á los principios religiosos generalmente profesados en el pais, y los hombres mas notables en las filas de la anarquía y revolucion, son los que hacen mayor guerra á los Jesuitas; y los ataques que les dirigen no son embestidas indiferentes dadas á una corporacion particular sino que su empeño en perseguirla, aun despues de su desgracia, manifiesta de un modo claro y evidente, que alguna cosa grande hay que derribar, cuando se concentran tantos esfuerzos para conseguirlo. ¿Y cuáles son las armas con que se les hace la guerra? Folletos calumniosos, declarados tales por las autoridades en la época en que aparecieron, pulverizados por mil apologistas, y desmentidos por el juicio uniforme de los pueblos; injurias atrocísimas, indignas de hombres de decencia, contra unos individuos que en nada los han ofendido, que son el modelo del saber y las virtudes, y cuyos nombres son honrados en la historia de la Iglesia y de los paises cultos; decretos proscriptorios, anulados ya suficientemente por la misma autoridad de que emanaron, y sobre todo, por el unánime consentimiento de las naciones; lugares comunes contra todos los cuerpos colegiados; repeticion fria de las imputaciones hechas á todos; hipócrita observancia de unas leyes que no existen; fingidos miramientos por la libertad, la opinion y los derechos de los ciudadanos (1). Pero una simple respuesta basta para poner en claro toda su mala fé. Si la época de los regulares, cual cuotidianamente se nos dice ha pasado, si las leyes civiles de casi todos los estados, han proscripto las corporaciones religiosas, y particularmente la Compañía de Jesus, ¿por qué recelar de un cuerpo que de ningun modo puede inspirar temores á sus enemigos? Se dice que la opi-

(1) Sobre esto puede consultarse un impreso con el título de "Observaciones al dictámen que la comision de negocios eclesiásticos presentó al congreso constituyente del estado de Guatemala en 29 de Abril de 1845, consultando la derogacion del decreto de 3 de Julio de 843, que permitía establecerse en dicho estado á los padres Jesuitas."—México 1846.

nion pública los repele. Pues bien, no hay que alterarse: los Jesuitas jamás podrán naturalizarse en la república; nadie los seguirá; sus escuelas quedarán ciertamente desiertas; todos les cerrarán sus puertas, y estos padres á quienes se pintan tan peligrosos para la tranquilidad pública, se verán precisados á disolverse por sí mismos, ó á ir á solicitar acogida en naciones un poco ménos filosóficas que la nuestra; los *preocupados* llevarán un amargo desengaño, y desaparecerán para siempre de nosotros los horribles terrores que nos tienen sobrecogidos.

Estas observaciones óbvias y naturales son las que conspiran á acrecentar la importancia de la cuestion del restablecimiento de los Jesuitas; y las que explican esa lucha que existe en nuestro pais entre los amigos y adversarios de los hijos de Loyola, ó mas claro, entre la religion y la impiedad, entre el órden social y la anarquía. Si apénas se ha iniciado el restablecimiento de la Compañía de Jesus en la república, han arrojado el guante sus enemigos, lo han levantado y presentádose á la arena á combatirlos, no pocos esforzados campeones. Se les han opuesto libelos antiguos fa mantes y desacreditados, repletos de contradicciones é injurias; y la contestacion han sido escritos luminosos y modernos, llenos de crítica y de filosofia. Se ha invocado la autoridad en su contra, y se han opuesto á esos testimonios, otros verdaderamente autorizados. Se ha ocurrido á la historia; y esta ha llenado de confusion á los calumniadores. Ultimamente, se han pretendido hacer sospechosos en su patriotismo, en su ilustracion y en sus costumbres á los defensores de los Jesuitas; y los hombres mas patriotas, mas sabios y virtuosos han honrado las representaciones en que se pide su restablecimiento. Sobre todo, el argumento mas fuerte y al que nada puede oponerse, es la experiencia de lo que pasa, no solo en nuestro pais sino en todos los del universo: "Se cansan, dice un escritor, los gobiernos y las naciones de los trastornos revolucionarios; conocen la fecundidad é impotencia del filosofismo; tocan los males, perjuicios é inconvenientes de una educacion anárquica y escéntrica, y al punto se resuelven y tornan á las ideas evangélicas, como los cuerpos fisicos, tienden al centro de gravedad. Apenas las máximas cristianas, despues de los grandes cataclismos sociales, comienzan á retoñar con fuerza en medio de los pueblos, la necesidad de las corporaciones religiosas principia á sentirse, como único correctivo de los males á cuyo remedio se aspira (1)."

Concluyamos, pues, con que tan luego como las sociedades sacudidas hasta en sus mas hondos cimientos, comiencen á rehacerse á la voz del Evangelio, deponiendo las pretensiones escéntricas, y aca-

(1) "Importancia del restablecimiento de los Jesuitas para la pública educacion."—México 1845.

llando las rivalidades que los conmovian, para agruparse en torno de la doctrina que convierte una porcion de ciudadanos inconexos, en un cuerpo político unido y dócil, capaz de las mas grandes acciones y de los mas heróicos sacrificios; todas ellas volverán los ojos á aquel cuerpo, que realizó al propio tiempo que un pensamiento eminentemente evangélico, otro altamente político y gubernamental, pensamiento feliz y providencial que arrancó á la Europa de las garras del protestantismo en los mismos dias que llevaban la cruz y la civilizacion á las mas remotas regiones del globo; y que tan luego como acaben de desengañarse que las ideas filosóficas que han dominado por espacio de cerca de un siglo, no son otra cosa que el gérmen de la disolucion de los Estados, ocurrirán á aquella órden religiosa, cuya principal recomendacion, para reputarla por la mas apropiada para curar esos males, es ese mismo odio constante y encarnizado, que le profesan los predicadores de esas disolventes máximas. ¿Y qué cuerpo es ese, qué órden religiosa aquella de que tantos bienes deben esperar los pueblos? La Compañía de Jesus.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
6-29-83 MICROPILMADO R-74

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

